





HISTORIA

DE OAXACA

ESCRITA POR EL PRESBITERO

JOSÉ ANTONIO GAY



TOMO PRIMERO

MEXICO

IMPRENTA DEL COMERCIO, DE DUBLAN Y Cª

Calle de Cordobanes número 8

1881

AL SR. LIC. D.

Alejandro Arango y Escandon

HONRA DE LA PATRIA

POR SU LITERATURA
NO MENOS QUE POR SUS EMINENTES VIRTUDES CRISTIANAS

DEDICA ESTA OBRA

EL PRÉSBITERO

JOSE ANTONIO GAY

PRÓLOGO

VIVIENDO en el retiro y en el aislamiento de los hombres, es sin embargo posible gozar de amena y sábia conversacion, siempre que se tiene buen ánimo para trabar amistad con los libros. El deseo de ser útil á mi país me obligó á hacer apuntamientos de las noticias que en la lectura fuí encontrando relativas á Oaxaca. De esas notas resultó la presente historia. Al hacer su publicacion, no puedo ménos de tributar mis agradecimientos á los Sres. D. José M. Agreda y D. Estéban Cházari que me favorecieron, el segundo proporcionándome los datos manuscritos que tenia recogidos del Archivo Nacional, y el primero, que puso á mi disposicion su rica biblioteca, de donde tomé gran parte de las noticias que se consignan en este libro. Consagro igualmente un recuerdo de gratitud al M. R. P. V. Provincial Fr. José María Ortiz, que puso en mis manos documentos importantes del antiguo archivo de Santo Domingo.

He puesto los medios á mi alcance para que sea esta obra lo más completa posible. A pesar de mis esfuerzos, no he conseguido todo lo que se podia esperar. La negligencia y el egoismo con frecuencia ocultan por mucho tiempo, y aun dejan perecer inútilmente, documentos y noticias que bien merecian un lugar en la historia. Si álguien sabe conseguir y utilizar lo que yo no pude obtener, completará la obra que yo comienzo.

En ella he procurado constantemente que la narracion de los hechos sea el dictado de la verdad, y para apreciarlos he cuidado de consultar preferentemente á la buena fé. El fin de la obra es visible: despertar con el recuerdo de los gloriosos hechos de nuestros antepasados, una noble emulacion en las generaciones venideras.



HISTORIA DE OAXACA

CAPITULO I

GEOGRAFIA

1. Límites.—2. Configuracion y aspecto físico.—3. Mares, golfos, puertos. 4. Istmo.—5. Montes.—6. Volcanes.—7. Rios.—8. Climas.—9. Poblacion.—10. Idiomas.—11. Religion.—12. Carácter.

1.—Oaxaca, llamada por los españoles Antequera, Huaxyacac en el idioma mexicano, confina al N. con los Estados de Puebla y Veracruz: al O. con Puebla y Guerrero: hácia el S. está limitado por el mar Pacífico, y hácia el E. por el Estado de Chiapas. Está comprendido entre los 15° 45′ y 18° 21′ de latitud N. y los 0° 48′ y 5° 30′ de longitud oriental del meridiano de México. Su mayor extension de N. á S. es de 68 leguas y 79 de E. á O. La área de su superficie consta de 4,288 leguas cuadradas.

2.—La sierra, que en Puebla y México eleva sus picos á inmensa altura, se abate y extiende en el Estado de Oaxaca, ocupando casi toda su extension, lo cual es causa de su extremada fragosidad. Se encuentran pocos y estrechos va-

lles, y se suelen ver en la cumbre de las montañas los hermosos planos á que los geógrafos dan el nombre de mesas. Desde las costas del Pacífico se sube gradualmente hasta una altura de cerca de 4,000 metros sobre el nivel del mar, para bajar en seguida hasta las aguas del seno mexicano.

En Oaxaca, la Sierra Madre se divide en dos ramales que se dirigen separados, el uno directamente hácia el N. con el nombre de Sierra de Cuasimulco, y el otro que pasa cerca de la ciudad, y al cual se llama San Felipe del Agua, hácia el N. O., no llegando á reunirse otra vez sino en el Estado de Colima. En la prolongacion de la primera de estas cordilleras se forman las eminencias de Acultzingo, Orizaba, Perote, etc.; y entre una y otra queda la extensa mesa que cruza la República Mexicana.

Los numerosos montes de este Estado, cubiertos en su mayor parte de bosques espesos y sombríos, la multitud de cañadas, la vegetacion por donde quiera abundante y robusta, los rios que unas veces corren mansos y otras se precipitan en torrentes con sus riberas sembradas de plantas infinitas y de vistosísimas flores, todo presenta paisajes sorprendentes, cuadros salvajes que son característicos de la América, y que dejan admirado al viajero que los contempla.

Los principales puertos del Pacífico son la Ventosa, defendida al O. por el cerro del Morro, de 156 piés de altura, y la "Punta del Morro," roca angulosa que se interna en el mar separada del cerro por un arenal, Huatulco, San Angel, la Escondida, San Agustin, San Diego, Alotengo y la Albujera de Chacahua.

3.—Las costas del S. del Estado están bañadas por las aguas del gran Océano, en una extension de 111 leguas. La orilla occidental de la América, que desde las regiones polares del N. baja oblícuamente, encaminándose al S. O., toma en este Estado una direccion más sensible al Orien-

te, cerca de la Ventosa tuerce para el N., vuelve en seguida sobre sí, retrocede al S. y sigue aún por largo espacio una marcha tortuosa hasta la América meridional, dejando en Tehuantepec formado el golfo de este nombre, que más bien es un mar mediterráneo.

4.—Pertenece á Oaxaca el istmo de Tehuantepec formado por grandes llanuras hácia el S. y N. y atravesado de E. á O. por la Sierra Madre; se halla situado entre los 16° 5′ y 18° 31′ de latitud N. y los 3° 53′ y 5° 30′ de longitud oriental del meridiano de México. A veces ha sido territorio independiente y á veces ha formado parte del Estado de Oaxaca. Su extension es de 1,677 leguas cuadradas, y en él se ha fijado la atencion general por ser uno de los puntos más ventajosos para la comunicacion interoceánica, á causa de haber corta distancia entre los lagos formados por el Pacífico en el fondo del golfo de Tehuantepec y el rio Goatzacoalcos, que desde la Sierra Madre corre entre montañas de pizarra para el seno mexicano.

5.—Ya se ha dicho que el suelo de Oaxaca está erizado de montañas y cortado en todas direcciones por barrancos. Las alturas principales están en la Sierra Madre, y son Zempoaltepec, que es la más considerable en el distrito de Villa Alta y cuenta con 3,396 metros sobre el nivel del mar. La Sirena, al S. de San Juan Ozolotepec; Chicahuastla, en el distrito de Teposcolula; Coicoyan, al S. de Huajuapam; Jilotepec, al S. de Santiago Jilotepec en el distrito de Tlacolula; cordillera de Itundujia, en el distrito de Teposcolula; el cerro de los mijes, al S. de Quezaltepec, distrito de Tlacolula; San Felipe del Agua, al N. de Oaxaca; el Sombrerete, el Cacalote, el Tepanzacoalco y otros.

6.—Ningun volcan se ve actualmente en actividad en Oaxaca; existen sin embargo huellas de trabajos antiguos

plutónicos en las playas del Pacífico: en Cahuitan y sus cercanías en la Costa Chica, se ven esparcidas lavas; en Tapestla existen montañas de arenas que indudablemente en otro tiempo formaron el lecho del mar y que un levantamiento de que no hay memoria puso fuera del alcance de las olas; sobre éstas flotan con abundancia, aun al presente, la piedra pómez: y los terremotos que sacuden con frecuencia á aquel Estado, más estragosos á medida que el terreno está más próximo á las costas, demuestran que hay en el Océano, no léjos de Oaxaca, un centro activo que irradia sus movimientos en todas direcciones, un volcan submarino que Humboldt habia sospechado, situándolo cerca de las islas de Revillagigedo, pero que debe estar más próximo á las costas de Oaxaca.

7.—Los principales rios son el Quiotepec, que tiene su orígen en la Sierra Madre al N. de Oaxaca, siendo conocido hasta el pueblo de Dominguillo con el nombre de rio de las Vueltas: desde allí se reune con otros confluentes hasta pasar por el pueblo de Quiotepec: corre aún unas 40 leguas, se une al rio Tonto, forma con otros el Cosamaloapam, y desemboca caudaloso en el golfo de México. El rio de Villa Alta nace en las vertientes de Zempoaltepec y recorre 55 leguas hasta su confluencia en el rio Cosamaloapam. El de Tehuantepec se forma de las vertientes de Quiechapa, Amatlan y Mitla: recorre 39 leguas y desemboca en el golfo de Tehuantepec, formando el puerto de la Ventosa. El Atoyac, conocido en Jamiltepec por el rio Verde, nace en la Sierra Madre al N. de Oajaca, recorre 65 leguas y desemboca en el Océano Pacífico. El rio de Copalita se forma de varias vertientes en el distrito de Ejutla: recorre 20 leguas y desemboca en el Océano Pacífico, formando la barra de Copalita. Los rios de Nochixtlan, Peñoles y Teposcolula, despues de su confluencia, van á aumentar las aguas del rio Verde.

8.—Aunque Oaxaca por su situacion geográfica en la zona tórrida deberia tener un clima abrasador, á causa de la cordillera de montañas que lo atraviesan, goza de un temperamento por lo general benigno. Desde el Estado de Puebla el calor comienza á subir gradualmente hasta Tehuantepec, en que llega á ser excesivo. En las costas el aire que se respira es ardiente y malsano. Los demás puntos del Estado disfrutan de una temperatura diferente, segun es distinta su elevacion sobre el nivel del mar. Se puede decir que en solo este Estado se encuentran reunidos todos los climas, y aun sucede con bastante frecuencia, que en un solo dia pasa el viajero del más rigoroso frio al calor más extremado.

La temperatura es templada en Oaxaca, Santa María del Tule, Zaachila, Zimatlan, Tlacolula, Yanhuitlan, Huajuapam, Zoochila y Teotitlan. Es fria en Teposcolula, Nochixtlan, Coixtlahuac é Ixtlan. Es caliente en Pochutla, Jamiltepec, Choapam, Cuicatlan y Tuxtepec; finalmente, es variada en Yautepec, Ejutla, Villa Alta y Juquila.

9.—Políticamente se halla dividido Oaxaca en 26 distritos, cuya poblacion está distribuida como se ve en seguida:

Distritos.	Cabeceras.	Número de habitantes.
Centro	la Capital.	58,350
Etla.	,,	24,128
Zimatlan.	,,	43,723
Tlacolula.	,,	37,373
Yautepec.	,,	22,414
Villa Alta.	,,	44,362
Ixtlan.	,,	25,895
Choapam.	,,	11,021
Teotitlan del Camino.	,,	25,989
Cuicatlan.	,,	17,695
Tuxtepec.	,,	19,578
Teposcolula.	,,	30,091
Tlaxiaco.	,,	44,541
Nochixtlan.	,,	34,771

Distritos.	Cabeceras.	Número de habitantes.
Coixtlahuac.	Yanhuitlan.	14,894
Tustlahuac	,,	15,519
Huajuapam.	,,	34,771
Silacayoapam.	,,	25,789
Jamiltepec.	,,	36,627
Juquila.	,,	16,286
Ejutla.	,,	21,234
Ocotlan.	,,	29,828
Miahuatlan.	,,	35,122
Pochutla.	,,	11,335
Tehuantepec.	,,	24,438
Juchitan.	,,	27,782
		733,556

Se encuentran en el Estado dos ciudades, 43 villas, 920 pueblos, 85 haciendas, 533 ranchos, 15 labores, 200 trapiches, 10 molinos. y dos grandes fábricas de tejidos de algodon.

10.—Se hablan en Oaxaca, además del castellano, los siguientes idiomas: cuicateco, serrano, mixteco, mije, zapoteco, netzichu, chocho, chontal, mazateco, chinanteco, chatino, mexicano, amusgos, huave, tehuantepecano, zoque y triqui.

El cuicateco se habla en los cinco curatos: Atatlauca, Cuicatlan, Elotepec, Pápalo y Teotila.

El serrano se usa en Analco, Chicomesuchil, Coatlan, Ixtepeji, Ixtlan, Lapaguía, Loxicha, Miahuatlan, San Agustin Mixtepec, Ozolotepec, Piñas, Rio Hondo y Teococuilco.

El mixteco se acostumbra en Apoala, Almoloyas, Amusgos, Atoyac, Achiutla, Cuilapam, Chalcatongo, Chilapam, Cortijos, Huasolotitlan, Huizo, Itundujia, Yolotepec, Yanhuitlan, Justlahuac, Jamiltepec, Jaltepec, Marquesado, Mixtequilla, Nochixtlan, Peñoles, Peñasco, Pinotepa del Estado, Pinotepa de D. Luis, Cuanana, Sosola, Teozacoalco, Ti-

lantongo, Tecomastlahuac, Tamasulapam, Tejupan, Tututepec, Tlaxiaco, Tecomatlan y Teposcolula.

Los mijes viven en las parroquias de Acatlan, Atitlan, Ayutla, Jilotepec, Juquila, Lachixila, Puxmetacan, Quezaltepec, Totontepec, Lachixila, Guichicovi y Chichicastepec.

El zapoteco se habla en Ayoquezco. Etla, Mixtepec, Jalatlaco, Jalapa del Marqués, Lachicsio, Minas, Mitla, Nejapan, Ocotlan, Petapa, Quiatoni, Quiechapa, Quiegolani, Tlalixtac, Totolapa, Tilcajete, Teitipac, Tlacolula, Tlacochahuaya, Zimatlan, Zachila, Sautla, Zegache y Amatlan.

El netzichu se acostumbra en Betaza, Cajonos, Comaltepec, Choapam, Yagavila, Yaee, Yalala, Yahuivé, Latani, Tanetzi, Tabaa, Villa Alta y Zoochila.

El chocho está en uso en Coixtlahuac, San Cristóbal, San Gerónimo, Santa María, Santa Catalina, Ixcatlan, Santa Cruz, Tepenene, Cotundayá, Tequistepec, Concepcion, San Antonio, San Miguel, Magdalena, San Mateo y Santiago.

El chontal se habla en Tecaltepec, Tequisistlan, y los dos Mecaltepec. En los tres curatos, Huautla, Huehuetlan y Jalapa, se habla el mazateco.

El triqui se acostumbra en los dos pueblos de Chicahuaxtla y Copala.

El chinanteco está en uso en Yolos, Teotalcingo, Tepetotutla, Tlacoacintepec, Utsila y Valle Nacional.

El idioma chatino se habla en Teitipac, Juquila, Sola y Teojomulco. El mexicano está en uso en Teotitlan del Camino.

El amusgos es propio de Sochixtlahuaca y Amusgos.

El huave se acostumbra en San Mateo, Santa María, San Francisco, San Dionisio del mar é Ishuatan.

El tehuantepecano se habla en Tehuantepec, Juchitan, Espinal, Ixtaltepec, San Gerónimo, Chihuitan, Lahuiyaga, Tlacotepec, Comitancillo, y Huilotepec.

Los dos chimalapas, San Miguel Nistepec, Zanatepec y Tapana, pueblos todos situados en el itsmo, hablan el zoque.

11.—Desde el tiempo de la conquista española, la religion católica, apostólica, romana, dominó exclusivamente en el Estado de Oaxaca, quedando no obstante un reducido número de idólatras que adoraban sus falsas divinidades en cuevas solo de ellos conocidas.

Desde la independencia, á ninguno se ha perseguido por sus creencias religiosas. La Constitucion de 1857 y las leyes de reforma publicadas en Veracruz en 1859, proclamaron la libertad de cultos, á pesar de lo cual todos los oaxaqueños siguen como ántes el culto católico, que se encuentra servido por un obispo y 136 párrocos.

12.—La multitud de razas que puebla el Estado, diferentes unas de otras por el orígen, idiomas, hábitos, etc., forman un cuerpo heterogéneo, desunido, sin otro lazo que los aproxime que el de las creencias religiosas. Les falta el carácter nacional, y solo en general se puede decir que los oaxaqueños son belicosos, ligeros y dados á la embriaguez. Los indios son taciturnos, hospitalarios, trabajadores, sobrios, supersticiosos, dóciles en todo, excepto en su religion, á que son tenazmente apegados, sencillos y dulces en sus costumbres domésticas. Algunas ocasiones se advierte en ellos desconfianza y disimulo. Sus formas son regulares y atléticas, y siempre bien dibujados y manifestando el hábito del trabajo. Su trage es sencillísimo y en la tehuantepecana muy pintoresco. Esta última se viste con una enagua de indiana, sin camisa y el huepil muy fino, bordado de seda y oro con encajes y otras mil curiosidades, y cubre la cabeza, dejando ver el rostro por la abertura de una de las mangas.

En el ejército ha manifestado siempre el indio oaxaqueño mucha serenidad en el peligro y un valor heróico para vencerle.

Los negros costeños son indolentes y muy diestros en el manejo del arma blanca.

CAPITULO II

PRIMEROS POBLADORES DE OAXACA.

1. Relaciones entre la historia de México y de Oaxaca.—2. Gigantes.—3. Huesos fósiles.—4. Tradiciones.—5. Idiomas en sus relaciones con la etnografía.—6. Chatino.—7. Huave.—8. Dinamarqués.—9. Chontal.—10. Chinanteco.—11. Mije.

1.—La historia de Oaxaca se halla tan estrechamente enlazada con la de México, que no se puede prescindir de ésta al tratar de referir aquella. La suerte de Oaxaca ha sido idéntica á la suerte de toda la Nacion en todas sus épocas: siguió á la república en sus varias vicisitudes, sufrió los males de la devastadora guerra de independencia, disfrutó de inalterable paz durante los tres siglos de dominacion española, y en los tiempos que precedieron á la conquista, fué habitada por pueblos de orígen incógnito y de las mismas costumbres é índole, aunque de idioma diferente de los mexicanos. Las cuestiones religiosas, políticas ó sociales que han afectado á la una, igualmente han interesado á la otra; y esto que es muy natural en la actualidad, puesto que Oaxaca es una parte de la Nacion mexicana, no fué ménos cierto cuando los zapotecas, mixtecas, mijes, etc., formaban cuerpos de nacion tan separados é independientes de los mexicanos como de ellos mismos entre sí. Esto parece fundado en la naturaleza de las cosas. El terreno que pisan los oaxaqueños es el mismo que habitaron los aztecas, sin solucion alguna de

continuidad, pues las montañas que á veces cortan el camino, suficientes en verdad para detener un ejército en el caso de una invasion militar, no es bastante para estorbar el curso de las ideas ó entorpecer la comunicacion de usos y costumbres. Otro tanto se podria decir de Guatemala, si la distancia que la separa del centro de la Nacion mexicana no la pusiera fuera del alcance de su accion. Pero Oaxaca, bañada por los mismos mares, regada por los mismos rios, atravesada por las mismas cordilleras y bastante cercana á México, para que con él formase un todo bien unido, era forzoso que con él fuese arrastrada en la corriente de fortuna igual. Y si los acontecimientos en su carrera pudieron llevar consigo á los dos pueblos, la historia que refiere aquellos acontecimientos, necesariamente debe enlazar los de una y otra parte. Por esto no se debe extrañar, que frecuentemente tenga yo que referirme á la historia de México, al tejer la de una de sus provincias.

2.—La primera cuestion que ocurre deslindar es la de ¿quiénes fueron los primeros pobladores de este país? Creen algunos que fué habitado el continente americano por gigantes, es decir, por hombres corpulentos y de talla mucho mayor que la comun, hecho que si es exacto debe subir á la más remota antigüedad. No es inverosímil que ese suelo haya sido poblado en efecto por gigantes, pues parece que los hubo en el antiguo continente, tanto ántes del diluvio como en épocas muy posteriores; y nada estorba que de allí hayan pasado á las Américas, del mismo modo que pasaron los chichimecas, olmecas, mixtecas y demás tribus de ménos corpulencia. La Sagrada Escritura habla con bastante claridad de pueblos enteros de gigantes contemporáneos de Moisés. Sabios respetables han creido su existencia, y aun parecen comprobarla los enormes huesos humanos encontrados en diversas épocas en Europa y Asia.

3.—Sea sin embargo de esto lo que fuese, y restringiéndose al país de Anáhuac, se presume que alguna vez estuvo habitado por gigantes. Los fundamentos en que se apoya esta conjetura, son las tradiciones que así lo aseguran y las osamentas humanas, con exceso grandes, que se han encontrado en varios lugares. Torquemada asegura haber tenido en su poder una muela mayor que el puño de un hombre, extraida de una gran mandíbula que no se pudo conservar entera.[1] El mismo cuenta que Fr. Gerónimo de Zárate, franciscano, y Diego Muñoz Camargo, gobernador de indios en Tlaxcala, decian haber visto el cráneo á que la mandíbula correspondia, tan grande como "una tinaja de las que sirven de vino en Castilla." El padre Acosta refiere que el año de 1586, en la hacienda de Jesus del Monte, se halló el esqueleto de un gigante, cuya muela era del tamaño del puño. Otra de las mismas dimensiones, asegura Torquemada haber visto en poder de un mercader mexicano.

Boturini afirma tambien haber poseido fragmentos de muelas y dientes, que comparados con los comunes, resultarian cien veces mayores. Dice el mismo que "se hallan en frecuentes partes de Nueva España, huesos, cascos, muelas y dientes de gigantes, particularmente en los altos de Santa Fé, y en los territorios de Tlaxcala y Puebla."[2]

Betancourt asegura haber visto sacar del desagüe de Huehuetoca "huesos disformes, muy blancos y de que han hecho jarros olorosos para beber, que llamaban espodio, y una muela gruesa como un puño."

En Yucatan, segun cuenta D. Antonio de Herrera,[3] se descubrió cavada en la piedra viva, una sepultura en que estaba depositado "un cuerpo de extremada grandeza, deshecho, salvo unos pedazos de las canillas de las piernas, y de

1 Mon. Ind. cap. 13, lib. 1.
2 Idea de una Nueva historia general, § XVIII.
3 D. 4, l. 10, c. 4.

la cabeza sacaron una muela que pesaba poco ménos de libra y media."

En Oaxaca, aún recientemente se han desenterrado huesos que tenian apariencias de humanos, cuyo enorme tamaño dejaba calcular el de los hombres á que habian pertenecido. No há mucho, en las Mixtecas, fué hallado un hueso que parecia haber pertenecido á la pierna, pues estaba incompleto, conservando una sola de sus extremidades y cuyo diámetro hacia presumir una longitud completa gigantesca. Es seguro que muchos otros huesos como este, serian hallados fácilmente si se practicara una diligente pesquisa. Pero, bien, estos grandes huesos ¿demuestran concluyentemente que existieron gigantes en el país? Muchos no lo creen así, explicando el descubrimiento de estos huesos, por la precedente existencia, no de gigantes, sino de mastodontes, megaterios, ó alguna otra familia de animales perdida en el diluvio y desconocida ahora, pero de tamaño monstruoso, y cuyos esqueletos, cubiertos por las capas más superficiales de la tierra, se han podido conservar y ser despues descubiertos en nuestros dias. Y en efecto, tal razonamiento seria justo, ni podria sólidamente sostenerse la existencia de gigantes en Méxíco y Oaxaca, si para ello no hubiese más fundamento que el hallazgo de huesos grandes, pero aislados, sin trabazon alguna ni otras señales que demostrasen haber pertenecido á séres racionales. Mas no es así. ¿Cómo puede explicarse que los elefantes hayan recibido sepultura semejante en todo á la de los hombres, quedando sus esqueletos depositados en sepulcros simétricamente arreglados, con aquel artificio que los indios acostumbran en los suyos? Esto es, sin embargo, lo que se ve en Oaxaca.

A siete leguas de la ciudad, en la hacienda de San Antonio Teitipac, hace algunos años, un rio cercano en sus avenidas, descubrió unos sepulcros arreglados los unos al lado de los otros, puestos en forma de ataud con piedras

planas y cubiertos con piedras igualmente planas, que descansaban por sus extremos las unas en las otras, como suele verse en las cuevas de Monte Alban. Se conservan allí enteros los esqueletos, que por su forma no podia dudarse haber sido de hombres, pero cuyo tamaño era mucho mayor que el ordinario. Los esqueletos se ajustaban bien á los sepulcros, que parecian formados á propósito, y no dejaban duda que aquel lugar habia sido el panteon de un pueblo de gigantes. [1] Semejante á este, existe otro panteon dispuesto en semicírculo ó en forma de herradura cerca de Chilchotla, en la parroquia de Huautla, distrito de Teotitlan del Camino. [2]

4.—A estos datos hay que agregar las tradiciones de los indios, que todos los historiadores de México han consignado en sus obras. "Entre los pueblos incultos de América, dice Clavijero, se conserva la tradicion de haber existido en aquellos países ciertos hombres de desmesurada altura y corpulencia." "De estos gigantes, dice Boturini, tienen insignes memorias los indios, y dicen que se llamaban *quinametin hueytlacome*," esto es, hombres grandes y deformes, [3] Este último autor cree que "pertenecian á la prosapia de Chan, y que tomando su derrota por el Asia y América, fueron los primeros pobladores del riñon de la Nueva España." [4] Para los indios de Anáhuac fué tan notable la exis-

1 Aunque no vió el que esto escribe los sepulcros, tuvo ocasion de saber todos estos pormenores, porque en ese tiempo residia en la hacienda cuya administracion pertenecia á su familia. Algunos de los que los vieron viven aún y pueden señalar el lugar y aun los sepulcros, que no deben haber sido destruidos del todo.

2 Debo la noticia al Sr. cura Lic. D. Juan Parra, quien asegura haber practicado él mismo allí una excavacion.

3 Obra citada, § XVIII.

4 En toda la América se encontraron las mismas tradiciones de gigantes que en Anáhuac. En el Ecuador, contaron á Pizarro los indios, que en remotos tiempos habian aportado por la punta de Santa Elena, nave-

tencia de los gigantes y tan inolvidable debia ser su memoria, que su destruccion, debida á grandes terremotos, marcaba en su cronología el fin del segundo período del mundo, llamado por ellos "Tlaltonatiuch" ó edad de tierra, y el principio de la tercera "Eehecatonatiuch." [1] Esta destruccion, dicen las tradiciones, fué en el año "ce Tecpatl," *un pedernal*, por efecto de los enormes crímenes que cometieron, especialmente por su incontinencia y pecados contra naturaleza que les atrajo aquel fulminante castigo del cielo; [2] aunque no fué tan completa que no escapasen algunos, cuyos descendientes molestaron á los indios pobladores que vinieron despues, obligándoles á distribuirles largas comidas, por lo que algunos perecieron á manos de los mismos indios

gando en balsas, "hombres tan grandes, que los de comun estatura no les llegaban á la rodilla, y que no llevaban mujeres, ni iban vestidos, sino algunos con pieles de animales, y porque no hallaron agua, hicieron pozos, que hoy dia se ven con muy buena agua, y fresca, cavados en peña viva, obra misteriosa, y que comia cada uno más que cincuenta hombres; y porque la vianda no les bastaba, pescaban en la mar con redes. Las mujeres de la tierra no los podian sufrir, y los naturales hacian sus juntas para echarlos, porque eran aborrecibles, y usaban mucho el pecado nefando, sin vergüenza de las gentes ni temor de Dios; y aun dicen, que los castigó con fuego el cielo, estando todos juntos, usando su pecado, sin que quedasen sino algunos huesos, que hoy dia se ven, de increible grandeza; y un castellano afirmó haber hallado una muela que pesaba media libra; y otras señales afirman muchos haber visto con sus propios ojos. De donde se infiere que esta historia no es vana, y que estos hombres fueron allí de la parte del poniente del estrecho de Magallanes, como hoy dia los indios lo refieren y señalan." D. Antonio de Herrera (Dec. 4, l. 2, c. 2). En Yucatan se conserva igual tradicion. "Hay opinion, dice el mismo Herrera (D. 4, l. 10, c. 4), que antiguamente hubo hombres de grandísima estatura en esta tierra," (Yucatan). En el Perú y Chile, lo mismo que en la Florida, los indios hicieron á los conquistadores narraciones semejantes que los historiadores consignaron en sus obras, á veces sin creerlas, como Duran, obligados por el deber de no faltar á la verdad.

1 Clavijero, lib. 6. Boturini, obra cit.

2 Torquemada, lib. 1, cap. 13.

irritados, y otros, vagando por los campos como béstias devoradas por el hambre, murieron en fin, por falta de alimentos suficientes. [1]

5.—Pero si los gigantes existieron ó no pasan de séres fabulosos, no parece cuestion que por su interes á toda costa deba deslindarse, pues ningun individuo de su raza vive actualmente ni muchos siglos ántes de ahora. Prescindo, pues, de ellos para tratar de los posteriores pobladores del Estado de Oaxaca.

La primera observacion que se desprende de la pluma al tocar esta materia, es la de que no era uno mismo el idioma que se hablaba anteriormente á la conquista, como hasta la fecha se percibe entre los indios: esto demuestra el diferente orígen de las tribus que, unas al lado de las otras y en tiempos muy remotos, vinieron á poblar el territorio del Estado. Ya en otro lugar [2] enumeramos 17 idiomas, todos vivos, si se exceptúa uno solo, el ixcateco, que por lo mismo no fué allí nombrado. ¿Demostrará esto que eran otras tantas las naciones que en avenidas distintas y empujadas unas por otras fueron tomando aplazamiento en los sitios que hoy ocupan? Desde luego, por el exámen de los mismos idiomas y atendiendo á su índole y naturaleza íntima, se puede reducir este número notablemente. Basta oir hablar al indio serrano, al tehuantepecano y al netzichu, para comprender que su lenguaje no es más que un dialecto del idioma zapoteca. Los pueblos confinantes, cuando hablan diferente idioma, con las relaciones y comunicacion frecuente á que la cercanía los convida y aun obliga, varían siempre en su modo de expresarse, conservando en el acento y pronunciacion de las palabras algo de lo propio y adquiriendo algo de la vecindad: de esta suerte, con el trascurso del tiempo, se llega á formar un idioma medio, que participando de dos, no es

1 Torquemada y Boturini, lugs. cits.
2 Cap. I de esta historia.

sin embargo exactamente uno ni otro. Tal ha sucedido con el zapoteca, que en las cercanías de los mijes formó el netichso, y mezclado con el huave, hizo el tehuantepecano. El serrano es zapoteco más puro por no tener otra vecindad que la del netzichu.

A este modo tambien, por la cercanía de los pueblos que hablan el tehuantepecano y el chontal, llegó á formarse el idioma que se acostumbra en Huamelula, Hastata y Tenango: por lo ménos, del exámen comparativo del chontal puro, tal como se habla en Tepalcatepec con el de Huamelula, se desprende con bastante claridad que el último es una corrupcion del otro. [1]

No son, pues, los pueblos de estos idiomas naciones diferentes, sino un mismo pueblo váriamente modificado en el idioma.

6.—Quisiera yo decir otro tanto del chatino y que su idioma fuese mezcla del zapoteco y del mixteco, entre los cuales existe, y aun algunos lo han sospechado así, por las palabras mixtecas que han adoptado aquellos indios. Pero por una parte no se concibe cómo un idioma tan áspero y en extremo nasal, haya podido resultar de dos por su naturaleza dulces y muy bien cultivados. Además, que se diferencían tan notablemente estos tres idiomas, que no pueden creerse de una misma procedencia. El chatino se habla en una extension de terreno en extremo áspero y montuoso, que partiendo del Océano Pacífico corre directamente al Norte, comprendido entre dos líneas casi paralelas que al fin vienen á cerrarse á treinta ó cuarenta leguas de la costa: forma una lengua ó cuchilla que desde el mar del Sur penetra en el Estado, separando á los zapotecas, que tiene al Orien-

1 El Sr. cura D. Luis Z. Ruiz, que lo fué de Mecaltepec muchos años, y perfecto conocedor del chontal que se habla en todos esos pueblos, ha hecho en mi presencia este exámen comparativo, dejándome plenamente convencido de la verdad que dejo asentada.

te, de los mixtecas que quedan al Oeste. Fácil es presumir que algunos navegantes, arrebatados por alguna tempestad desde las islas de la Australia ó costeando desde el lugar de su procedencia en la misma América, pudieron desembarcar en la laguna de Chacahua, en las márgenes de rio Grande ó en alguna otra barra inmediata, y determinados á permanecer en el lugar, formasen las poblaciones de la parroquia de Juquila, extendiéndose despues hasta Teojomulco y Teosacualco. Esta venida debe haber sido posterior á la de los mixtecas y zapotecas, pues se vieron obligados á permanecer en agrias serranías y en profundos barrancos para defenderse de habitantes preexistentes. Debe haber sido sin embargo bien antigua y cuando los zapotecas no se habian multiplicado bastante, al ménos si es cierto que pudieron atravesar el valle de Zimatlan y fijar una colonia en las alturas de Teitipac, de donde los desalojaron despues dos caciques serranos, como se dirá más adelante. Siguiendo esta conjetura, pudiera creerse que los chatinos saltaron á tierra por la boquilla, pero hácia el lado siniestro del rio Verde, y que siguiendo la corriente de este rio, caudaloso en la costa, y por lo mismo para ellos una buena defensa natural, se extendieron poblando todo el espacio comprendido entre el rio desde la boquilla hasta los Mixtepecs.

En la línea divisoria de chatinos y mixtecos se habla una mezcla de ambos idiomas, conocida con el nombre de "choco," y por esto sin duda creyeron algunos que el chatino era dialecto del mixteca.

7.—Pero lo que en órden á los chatinos no pasa de ser una débil presuncion, puede tenerse como un hecho indisputable con relacion á los huaves. Habitan estos indios algunos pueblos del istmo de Tehuantepec, reducidos á ellos despues de haber ocupado una mayor extension del territorio. Por los años de 1660, un religioso franciscano, que por mucho tiempo habia doctrinado á los habitantes de Nicaragua, cu-

yo idioma poseia perfectamente, habiendo aportado á Tehuantepec y permanecido algunos dias allí, advirtió con sorpresa que no le era desconocido el lenguaje de algunos de sus moradores. Los huaves hablaban el mismo idioma que los indios de Nicaragua, si no se tenian presentes ligeras variaciones obra del tiempo y de la distancia.

Segun las historias y caractéres de los indios, estos huaves, ántes de venir á Tehuantepec, habitaban comarcas lejanas hácia el Sur; mas por guerras que sostuvieron ya entre sí ya con los vecinos y en las que fueron vencidos, siendo perseguidos, se hubieron de embarcar, determinados á emigrar á otros países. Costearon durante muchos dias en el Pacífico, probando tomar tierra aquí y allí; mas en unas partes hallaron poderosa resistencia y en otras el clima era mortífero ó la tierra improductiva. La extensa y fértil llanura de Tehuantepec los convidó á verificar un desembarque allí, en que por otra parte los habitantes no parecian quererles oponer la más leve resistencia. Sea, en efecto, porque fuesen pacíficos los habitantes de los mijes, que ya entónces en gran número poblaban el istmo, sea por la inclinacion que siempre han tenido á las montañas, lo cierto es que por voluntad, en virtud de amistosos convenios y sin ser compelidos por la fuerza de las armas, segun consta por antiguas pinturas, se retiraron á ellas, abandonando los llanos á los huaves, quienes se establecieron en ellos definitivamente. [1]

8.—A este modo, no há mucho, un naturalista dinamarqués, D. Federico Liecman, visitando el pueblo de Pochutla en la costa del mar del Sur, quedó sorprendido extrañamente, observando que no le era desconocido el idioma de los nativos del país. Es que tres siglos ántes, un corsario inglés á quien acompañaban tripulantes de la costa de Dinamar-

1 Burgoa. Geográfica descripcion de la parte septentrional del polo Artico, etc., parte 1ª, caps. 72 y 73.

ca, perseguido por sus depredaciones en nuestro litoral, al embarcarse violentamente, dejó en tierra muchos de los suyos que no tuvieron tiempo de seguirle, formando allí una colonia que conservó su idioma casi hasta nuestros dias. [1]

9.—Pero bien, lo que aconteció despues de la conquista, ¿no pudo igualmente haberse verificado ántes? ¿No se podrá explicar tambien de este modo la existencia en el país de los chontales y de los chinantecas? Porque, en efecto, los chontales, á semejanza de los huaves y chatinos, desde las costas del Pacífico y dejando á un lado por el Oeste á los zapotecas y por el Oriente á los zapoteco-tehuantepecanos, se internan directamente hácia el Norte en el Estado, ocupando una lengua considerable de terreno, en que tienen repartidos veintiseis pueblos y numerosas rancherías. Y aun en comprobacion de que sus antepasados, como los huaves, vinieron costeando de Centro América, se puede citar á Torquemada, quien afirma [2] que "la lengua más general en Honduras es la de los chontales." Probablemente estos indios, establecidos desde tiempo inmemorial en Nicaragua, á consecuencia de guerras civiles ú otras causas, se desprendieron en una fraccion considerable de los suyos, quienes embarcándose en la bahía de Honduras y rodeando por la costa toda la Península Yucateca, vinieron á reconocer mucho ántes que los españoles las bocas del Utzumacinta, y tomando tierra entre este rio y la barra de Santa Ana, se extendieron en el Estado de Tabasco, llegando hasta las costas

1 Me refirió el hecho D. Juan Parra, cura del lugar, á quien el gobernador del Estado, D. Antonio Leon, habia recomendado á D. Federico de Liecman, y que presenció el hecho con otros varios, como el subprefecto D. Luis Martinez, el alcalde Apolonio Manzano, D. José Vicente Siga, que vive, D. Estanislao Rodriguez, el fiscal Apolonio Rosario, sargento de la compañía de Pochutla, etc.

2 Mon. Ind. Lib. 3, cap. 41.

del Pacífico en el de Oaxaca. Si se hace esta suposicion, debe creerse que los chontales de estos dos últimos Estados, estaban ántes unidos formando un solo cuerpo de nacion, y que despues fueron cortados por los mijes, huaves, zapotecas y zoques, que invadiendo el terreno intermedio, separaron á unos de otros. Tambien puede suponerse que los chontales fuesen antiguamente un pueblo numeroso, que desde Honduras y el territorio de Belice, se extendiesen hasta Tabasco y Oaxaca, dividiéndose despues en fracciones por las nuevas invasiones de otros pueblos. Por lo ménos debe presumirse así, en el caso de ser uno mismo el chontal de Oaxaca y el que se habla en Tabasco y Belice, pues el mismo Torquemada advierte que á los últimos llamaron así los españoles, para denotar su rudeza: [1] "así los llamaron los castellanos, queriendo decir bozal ó rústico."

10.—La Chinantla es una provincia situada al norte de la ciudad de Oaxaca y que conserva aún su especial idioma. Este es de dificilísima pronunciacion: las vocales son de dudoso sonido, y las consonantes frecuentemente multiplicadas, al producirse, se modifican no por la lengua sino por los dientes. Las voces son escasas: una misma palabra pronunciada con fuerza denota un objeto y con suavidad otro muy diverso y acaso opuesto en el sentido. Primitivamente, los chinantecas deben haber sido colonia de marinos atrevidos ó náufragos establecidos en las costas del seno mexicano, y en efecto, allí fueron conocidos cuando la invasion española, y aún de los primeros que trataron los compañeros de Cortés aprovechando su bravura y destreza en la guerra contra Narvaez y en la toma de la metrópoli de México. Anteriormente á la conquista no tenian estos indios otro lazo de union aparte del idioma: andaban desnudos, cubriendo apénas las partes pudendas con un delan-

3 Mon. Ind. L. 3, c. 41.

talcillo de cortezas, y cada cual, como lo hacian tambien los chontales, levantaba su choza en el barranco que más les agradaba, sin formar pueblos ni reconocer otra autoridad que la de sus capitanes, solo cuando los guiaban al combate.[1] Aunque es de creer reconociesen á la divinidad, no practicaban culto alguno religioso, y en este punto ofrecen mucha semejanza con los isleños de Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico, etc. A mucha distancia de la civilizacion de los aztecas, su grado de cultura llevaba poca ventaja á la que los españoles encontraron en las islas referidas. Eran entónces notables por su indomable valor, por el órden con que combatian en las batallas y por la forma de sus armas, especialmente de sus largas lanzas, erizadas de navajas y parecidas á las que vieron en la Oceanía algunos navegantes del siglo XVI. Su posicion topográfica, sin embargo, en las playas del golfo mexicano y en las sierras inmediatas, revela que no fué el Pacífico el camino que siguieron para venir á Oaxaca, sino que se desprendieron de las Antillas al mismo tiempo que otras tribus salian de las mismas para posesionarse de Centro América. Es cosa notable, en efecto, que estas naciones de chinantecas y chontales, así como las que poblaron Centro América y Nicaragua, no participando de la adoracion del sol del Perú ni de la complicada teogonía de los antiguos mexicanos, á semejanza de aquellos isleños, no conservasen sino ideas muy elementales de religion, sin rastros, sino ligeros, de supersticiones idolátricas. Si alguno preguntase despues la procedencia de los pobladores de las Antillas, seria fácil responder que si el desconocido marino que á Colon dió noticia de las Américas, pudo extraviarse en su derrota hasta descubrir el Nuevo Mundo, otro tanto pudo acontecer ántes con los irlandeses, cartagineses ó romanos, pues á todos estos se ha atribuido el orígen de la poblacion de América,

1 Burgoa, 2ª parte de la geográfica descripcion, etc., c. 58.

y que si aquel pudo regresar, segun se dice, á las Canarias, ménos felices estos navegantes, acaso se hayan visto obligados á fundar una pequeña colonia que, multiplicada en el discurso de dos ó tres mil años, hubiese llegado á llenar las islas del golfo de México y aun alguna parte del continente americano. Una cosa es indubitable; á saber, que no todos los antiguos americanos vinieron del Norte ni traen del Asia su orígen primitivo. [1]

11.—De ninguno puede dudarse ménos que hayan tenido una procedencia europea que de los mijes. Es creible que su ingreso al territorio del Estado se haya verificado por el golfo, pues hácia ese lado se encuentra el núcleo principal de su nacion, en las montañas inmediatas á la playa: despues, la poblacion debe haberse derramado hácia el Sur, llenando el istmo y alcanzando las orillas del Pacífico. Los mijes en su invasion encontraron preexistentes á los chontales, aunque esparcidos como salvajes en los montes y sin forma alguna de nacion, pues de otro modo no podria explicarse cómo los hayan dejado divididos en dos grupos como se ven hasta la fecha, quedando uno de ellos al Noroeste en Oaxaca y el otro al Suroeste en el Estado de Tabasco. Esta invasion debe haberse verificado sin violencia, lo uno por el escaso número de chontales preexistentes y lo otro

1 El Sr. Herrera Perez, en sus "Estudios Históricos" publicados en la *Voz de México*, asegura como cosa cierta que los pobladores de las Antillas partieron de las Molucas, por ser cosa averiguada que unos y otros isleños hablan el mismo idioma. D. Antonio de Herrera, en sus Décadas, (Déc. 3, lib. 1, c. 3,) cuenta que Magallanes, en el viaje que lo inmortalizó por haber descubierto el estrecho á que dió su nombre, entre otras islas puso en el mapa por primera vez las de Maraquá, Zebú y las demás de un grupo á que dió el nombre de "Filipinas," y que no tuvieron dificultad para hacerse entender los españoles por medio de un indio que llevaban, cogido en las costas de la América que tocó en su larga navegacion.

porque sin duda eran entónces pacíficos los hábitos de los mijes, lo que se ve con evidencia en el hecho que dejamos referido, de haber dejado á los huaves posesionarse de las llanuras de Jalapa y la Ventosa, sin oponerles la más pequeña resistencia. El espíritu marcial se desarrolló en ellos posteriormente, cuando acometidos por los zapotecas, se vieron obligados á defenderse en sus montañas.

Para creer que su procedencia es europea, me fundo en las siguientes razones: 1ª Porque entiendo que invadieron el Estado por el golfo y no por el Pacífico. 2ª Por la índole y carácter de estos indios, así como por la constitucion física de su cuerpo: de talla elevada, de musculacion varonil y de una organizacion completa y bien proporcionada, la figura arrogante de un mije impone sin causar por eso desagrado. A este exterior corresponde un carácter vigoroso que se manifiesta aun en el tono de la voz: dóciles á la razon, han manifestado siempre que tienen energía bastante de espíritu para repeler la fuerza con la fuerza y sacudir toda opresion y todo yugo: [1] si aman tanto sus montañas y gustan del aislamiento, acaso sea por disfrutar de esa vida independiente que tienen hasta la fecha en sus pueblos, á que apénas llega la accion de los gobiernos. No son insociables; por el contrario, carecen de los defectos que hacen poco tratables á los otros indios; pero gustan de comunicarse íntimamente solo con los de su mismo idioma, y huyen de los demás por no ser oprimidos ni perder su libertad. Los que no los conocen bien han atribuido la aspereza aparente de su trato á las influencias del rudo país en que habitan; mas ¿por qué los chontales y los chimantecas que pueblan montañas igualmente agrias, no participan de las buenas y malas cualidades de los mijes? Con ojos del color de los de los habitantes de la antigua Albion, la mirada del mije no es

1 D. Antonio de Herrera dice que los mijes son más valientes que cuantas naciones hay en Nueva España (D. 4, l. 4, c. 7).

melancólica, ni su aire es abatido y desconfiado como el de los demás indios: ni habrá quien desconozca las diferencias de unos y otros teniéndolos á la vista. El tipo de los zapotecas y mixtecas, así como el de los aztecas, chichimecas, etc., sus costumbres, primitivas creencias y antiguo culto religioso, ofrece más de un rasgo de semejanza con los japoneses, malayos é indios orientales: los mijes se parecen más al europeo. En Tlahuitoltepec hay muchos de color rubio, por lo que los demás les llaman "hijos del sol," nombre que es sabido se daba por los mexicanos á los europeos. 3ª Por el amor al país. Habitan los mijes la más alta montaña y la más áspera serranía del Estado de Oaxaca. Los montes agrupados allí se hallan tan inmediatos, que la vista no descubre en todas direcciones sino líneas sinuosas y quebradas: se diria que se han replegado, en las convulsiones de la naturaleza, estrechándose los unos cerca de los otros, sin dar lugar á la formacion del más pequeño valle: una hoja de papel estrujada entre las manos, daria idea de la configuracion del país. De la cumbre de esas altivas montañas, desde donde se descubren el Atlántico y el Pacífico, se desprenden torrentes de agua cristalina que bajan mugiendo entre las peñas y barrancos. Sus faldas están vestidas por bosques sin término, continuamente humedecidos por las lluvias, y cruzados por el oso, el tigre, el leon, el leopardo y víboras innumerables. En esas laderas, dejando libre y alumbrada por el sol la frente de los montes, se agitan las nubes tempestuosas y arrojan raudales de agua que se precipitan en los rios. Estos corren atorrentados por las gargantas y profundas cañadas, arrastrando consigo los peñascos que arrancan en el monte. ¡Qué bellas, variadas y aun grandiosas perspectivas se ofrecen á la vista en medio de esta salvaje naturaleza! Ya son profundidades inconmensurables y abismos sombríos bordeados por una estrecha senda, ya rocas desnudas que se elevan perpendicularmente á desconocida altura, ó ya rios caudalosos que súbitamente se despren-

den de cumbres elevadísimas y se resuelven luego en menuda lluvia, contemplándose á lo léjos cual si fuesen ténue nubecilla que reposase sobre las copas de los cedros. Pero este espectáculo de una espléndida naturaleza, es bueno para ser visto, no para vivir sujeto á sus influencias: si este país es magnífico en sus galas, es tambien rudo en extremo, y á la vida humana ofrece sin cesar mil penas y peligros. El mije tiene que atravesar caminos difíciles; con frecuencia se ve obligado á luchar con las fieras; y sobre todo, tiene que pasar la existencia envuelto en húmedas y destempladas neblinas impenetrables á la luz del sol. Hay pueblos en que apénas se ve por algunas horas el astro del dia durante muchos meses. [1] Este país es, sin embargo, del que gustan los mijes, prefiriéndolo á las llanuras abrigadas y á más suaves y benignos climas. Ya se ha visto cómo los huaves abandonaron los terrenos bajos de la costa Sur, de grado y sin ser compelidos por la fuerza; el comercio los conduce á las playas del golfo por la parte del Norte y aun tienen allí rancherías y estancias; mas no desamparan por eso sus montañas á que vuelven siempre como á un comun centro: antiguamente pelearon con los zapotecas, no para apropiarse los mejores terrenos que éstos poseian, sino en defensa de sus montes; y moderadamente invitados á mudar sus pueblos de lugar, constantemente lo han rehusado. Se diria que sus progenitores nacieron en los países destemplados del norte de Europa; que en las montañas de Oaxaca encontraron un clima semejante, por lo que luego tomaron de ellas posesion, y que sus descendientes las conservan como un recuerdo de la patria. 4ª Por el idioma que hablan. Si algunos han creido que la grandiosidad y rudeza del suelo que habitan los mijes influye poderosamente en su doble condicion física y moral, en su arrogante talla y en

1 Vulgarmente se asegura que en Totontepec, son tres meses de llovizna, tres meses de aguaceros, tres meses de lodo y tres meses de todo.

su altiva índole, otros han juzgado que el acento fuerte y el tono destemplado de su voz, debe atribuirse á la costumbre de hacerse oir entre el ruido de los torrentes y el estruendo de las tempestades. Lo cierto es que los zapotecas, que habitan cerca de ellos y que disfrutan de un suelo igual, ni en la índole ni en el idioma participan de estas condiciones. Apénas habrá en el Estado de Oaxaca indios de más débil carácter que los netzichus del rincon, á pesar del vigor que desplega allá la naturaleza. El mije tiene un natural sobreabundante y enojoso, y así, su idioma es tosco, pero con cierta belleza varonil, que ha llamado siempre la atencion de quien lo escucha. [1] Lo notable es, que segun se asegura en la ciudad de Oaxaca como cosa cierta, algunos extranjeros (dálmatas ó polacos), entienden á los mijes. [2]

1 Tres siglos ántes de ahora se habia hecho ya esta observacion, cuando los españoles conquistaron la América. D. Antonio de Herrera (Década, 4, l. 4, c. 7), dice que la lengua de los mijes "es hablando muy grueso á manera de alemanes." Asegura tambien el mismo autor "que tenian barbas, cosa rara en aquellas partes."

2 La descripcion del país es de Burgoa, segunda parte geográfica descrip., etc., c. 56.—En el Dic. de histor. y geog., se publicó un artículo sobre mijes, plagado de errores. Casi no hay allí un concepto verdadero. Entre otras cosas dice que los mijes quedan reducidos al pueblo de Guichicovi, lo que es completamente falso, como es evidente para todo oaxaqueño.

CAPITULO III

PRIMEROS POBLADORES DE OAXACA.

(CONTINUACION.)

1. Primer pueblo zapoteca.—2. Zaachila.—3. Quetzalcoatl y los zapotecas. 4. Toltecas y zapotecas.—5. Epoca de la inmigracion zapoteca en Oaxaca.—6. Orígen fabuloso de los míxtecas.—7. Primer pueblo de las mixtecas altas.—8. Antiguedad en el país de los mixtecas.—9. Epoca de su inmigracion al suelo de Oaxaca.—10. Antiguos viajes de zapotecas y mixtecas.—11. Los triquis, chochos y huitinicamames.

1.—Los zapotecas tuvieron su asiento principal en el valle de Oaxaca, desde donde se extendieron por el Norte y Nordeste hasta encontrar á los mijes y chimantecas, y por el Sur hasta las costas del Pacífico. Por el Oeste tuvieron poco ensanche, pues hallaron un obstáculo primero en las montañas que limitan el valle mismo, pobladas de mixtecas, y más adelante en las otras montañas pobladas de chatinos, de que se habló ántes. Hácia el Este tambien estuvieron contenidos mucho tiempo por los chontales y los mijes, hasta que lograron abrir entre unos y otros un portillo y derramarse al istmo de Tehuantepec. Asegura Burgoa que los zapotecas se establecieron primitivamente en Teotitlan del Valle, noticia que recibió de antiguas tradiciones y pinturas y que apoya con el respeto y veneracion que merecieron hasta la conquista los caciques y sacerdotes de este pueblo. Y en verdad, el lugar era á propósito para una colonia naciente, hallándose defendido por el Norte con una

cadena de montañas y teniendo al Sur el extenso lago, que algunos suponen llenaba antiguamente el valle de Tlacolula. Burgoa no solo lo supone, sino que afirma haberse conservado hasta su tiempo entre los indios, la memoria de un gran lago formado en el valle de Oaxaca por las vertientes de los cerros y las aguas del Atoyac, que no teniendo salida por ningun lado, rebalsaban sobre el mismo valle, hasta que artificialmente se practicó un desagüe hácia el Sur, por los mismos indios. El terreno del valle demuestra, en efecto, haber sido este el asiento de un antiguo lago, y hasta el dia existen en las cuencas y bajos del valle, pequeñas lagunas y pantanos, restos del antiguo lago.

2.—En esta suposicion, los zapotecas, navegando sobre balsas y pequeñas embarcaciones, deben haber cruzado las aguas en todas direcciones, hasta dar con un islote ó eminencia de terreno, que saliendo fuera de las aguas y cubierto de vegetacion, convidaba á un nuevo establecimiento colonial. Los zapotecas fundaron en efecto allí un pueblo, que más adelante fué su capital, con el nombre de Zaachila ó Teotzapotlan. Multiplicada con el trascurso del tiempo la poblacion, estaba en el órden natural que se derramase hácia los cerros inmediatos de preferencia sobre los más lejanos; y el no haber sucedido así, demuestra que otras tribus habian invadido entretanto aquellos cerros, como en efecto hasta hoy los ocupan los mixtecas. [1]

3.—Pero ¿qué camino siguieron los zapotecas para llegar al valle de Oaxaca? Burgoa dice haber sido inútiles las pesquisas diligentes que practicó inquiriendo el orígen de estos indios, por haber sido destruidas por los frailes, como obra del demonio, las pinturas antiguas que decian algo de este asunto; aunque advierte el mismo que con ellas nada hu-

1 Burgoa. P. 1ª Geograf. desc.

biera adelantado, pues las noticias que contenian eran absurdas, haciendo proceder á unos de corpulentos árboles ó de rudos peñascos, y á otros de tigres y otras fieras, con que recomendaban su propio arrojo y valentía. Torquemada los hace venir del Norte, lo que se encuentra confirmado por las tradiciones de los indios y el sentido de sus pinturas, especialmente una que se halló en Coatlan hácia el tiempo de la conquista: [1] dice el referido historiador que algunos años despues de poblado Tollan, aportaron en Pánuco gentes de trages y costumbres desconocidas hasta entónces. Vestian túnicas largas y negras como las sotanas de los clérigos, abiertas por delante, con mangas anchas que llegaban hasta el codo. Su trato era dulce y su inteligencia bien desarrollada. Ecxelentes lapidarios, grandes artífices de oro y plata, no eran ménos industriosos en la agricultura y en las artes necesarias ó útiles para la vida humana. Estos extranjeros, guiados por su caudillo Quetzalcoatl, llegando á Tula enseñaron las artes al pueblo y dictaron leyes civilizadoras. Por esta causa fueron estimados y honrados en la ciudad capital de los toltecas; mas viéndose perseguidos despues, hubieron de huir refugiándose en Cholula, en donde permanecieron algunos años gobernando sábiamente al pueblo. Durante el tiempo de su residencia en este lugar, Quetzalcoatl envió una parte de los suyos "á las provincias de Huaxyacac, á poblarla, y á toda esa mixteca alta y zapotecas; y estas gentes dicen que hicieron aquellos grandes y suntuosísimos edificios de Mixtlan (que quiere decir infierno en lengua mexicana), que ciertamente es edificio muy de ver, porque se arguye de aquellos que lo obraron y edificaron, ser hombres de muy gran entendimiento y para mucho y de muy grandes fuerzas." Quetzalcoatl, que habia quedado entretanto en Cholula, sabiendo que Huemac, su gran enemigo y rey de Tula, sin descansar en su

1 Documentos inéditos de Indias, t. 12, p. 313.

odio, se dirigia contra él á la cabeza de un ejército, no queriendo resistirle con armas y pretextando querer visitar á sus colonias, salió con los suyos hácia Tabasco, Yucatan y *Campech*. Huemac no pudo haber á las manos á Quetzalcoatl, pero desahogó sus iras contra Cholula, sujetando además á su dominio, Izúcar, Atlixco, Tehuacan, etc., en los confines del Estado. [1]

Torquemada hace caníbales á estos extranjeros, lo que no es creible, atendidos el carácter suave y las costumbres humanas que les atribuye el mismo, por lo que los demás historiadores se guardan de hacerles tan grave imputacion. Clavijero, desentendiéndose del advenimiento por Pánuco de estos extranjeros, admite sin embargo toda la historia de Quetzalcoatl, á quien hace sumo sacerdote de Tula, confundiéndolos así á todos en el mismo orígen; pero si es exacta una parte de esta historia, ¿por qué no ha de ser admisible toda ella, cuando se apoya en el mismo fundamento? Torquemada consigna sencillamente la noticia, que encontró en las escrituras de los indios, por lo que es más digno de fé que Clavijero en esta parte.

En Teotitlan se conservaron algunos vestigios que parecen aludir á la colonia enviada por el famoso Quetzalcoatl. Teotitlan es el último escalon de la sierra que corre allí de Oriente á Poniente, separando el valle zapoteca de la Villa Alta y de los mijes. Tiene de particular esta montaña, que con sus vertientes divide las aguas, que las unas desde allí van á dar al Pacífico y por la falda opuesta corren las otras al golfo mexicano. Una de estas corrientes, desde lo más alto de la montaña, se desprende y baja atorrentada hasta lamer los suburbios de Teotitlan: desde gran altura tam-

1 Torquemada (Mon. Ind., lib. 3, c. 7). Confunde aquí á los zapotecas y mixtecas como en otros lugares de su obra. Lo mismo hace Clavijero. Ambos historiadores consagraron sus estudios especialmente á los antiguos pobladores del valle de México, sin extender mucho sus miradas á ese Estado.

bien, y siguiendo el lado oeste del torrente, se desprende y avanza un ramal ó ala de la misma montaña, que viene á terminar por un descenso repentino á la orilla de la poblacion. Es este ramal una enorme roca de una sola pieza, segun se ve, tajada perpendicularmente, de tal modo que entre ella y Teotitlan solo média el arroyuelo. En esta altura recibia culto el ídolo principal de los indios zapotecas. Suponian éstos que su dios les habia venido del cielo en forma de ave, acompañado de una luminosa constelacion, nombre que dieron al templo edificado en su honor (Xaquija en zapoteco). Segun las tradiciones, en aquella cumbre se dejaba ver la divinidad en medio de truenos, no solo de los sacerdotes sino de todo el pueblo, articulando en formidable són palabras confusas que se escuchaban en muchas leguas á la redonda, pero que solo eran inteligibles para ciertos ministros, quienes acomodando los oráculos á la forma del lenguaje vulgar, los trasmitian á los demás. De este modo se señalaban los dias festivos, se ordenaba el ceremonial del culto y se anunciaban los acontecimientos venideros. [1]

Yo quiero ver en toda esta relacion un recuerdo de Quetzalcoatl, cuyo nombre es el de una hermosa ave (Quetzali), hombre del cielo por la pureza de sus costumbres y doctrina, que para beneficio del país, vino acompañado de otros compañeros, verdadera pléyade de artífices y sabios, algunos de los cuales fijaron su residencia en Teotitlan, á que por lo mismo los zapotecas dieron el nombre de "constelacion celeste." Aun sus leyes se publicaban aquí, como ántes en Ezatzitepec (monte de clamores), desde una altura que dejaba percibir la voz á muchas leguas de distancia.

4.—Por lo demás, no se ha de creer que fueron únicamente los extranjeros, compañeros de Quetzalcoatl, los que

1 Burgoa, 2ª P. de la desc. geog., etc.

vinieron á poblar la zapoteca, sino tambien muchos otros de los primitivos pobladores de la ciudad de Tula, discípulos y adeptos suyos, que sinceramente se hubiesen adherido á la doctrina de su maestro, ni se ha de suponer tampoco que esa colonia haya sido la única inmigracion de toltecas en el país; muy al contrario, esa colonia se aumentó considerablemente con avenidas sucesivas de la misma nacion, principalmente por lo que tuvo lugar en la ruina de ese imperio. Los historiadores de México nos refieren que, en efecto, destruidos por el hambre, las guerras y otras plagas, los restos miserables de aquel pueblo perseguido por la desgracia, emigraron hácia Onohualco y Guatemala, dejando á muchos á su paso en el Estado de Oaxaca. Así llegó á poblarse el valle de Oaxaca, de modo que á la llegada de los chichimecas, que apénas encontraron toltecas en el valle de México, los zapotecas formaban un pueblo numeroso, segun informe que dieron á Xoloc sus emisarios, enviados en todas direcciones para recorrer el país.

Los zapotecas, por su parte, no desmerecieron este antiguo y noble orígen. Fueron tan inteligentes y hábiles como los toltecas, pues pudieron fabricar los célebres palacios de Mitla, monumento cierto de su civilizacion adelantada. Sus costumbres fueron por mucho tiempo humanas, como las de los toltecas, y siempre ménos crueles que las de los aztecas. Se creian los primeros pobladores de la tierra, alegando esa antigüedad como un título de honor y un motivo de preferencia sobre otros pueblos. Y aun las demás naciones los consideraban como tales, de modo que cuando los aztecas ó mexicanos tenian necesidad de un artífice para cualquiera obra, lo pedian al imperio zapoteca, con el nombre de tolteca, que llegó á ser sinónimo de diestro y entendido. [1]

Todavía se puede agregar, en confirmacion de esta con-

1 Clavijero y Torquemada.

jetura, la semejanza en el modo de computar los dias intercalares. Los aztecas no distinguian el año bisiesto de los comunes, reservando el dia sobrante para agregarlo con los demás, igualmente rezagados, al fin de un periodo de 52 años: así ajustaban la cuenta de los tiempos al curso del sol y verificaban en el calendario, aunque de diverso modo, la misma correccion escogitada por Julio César. Los zapotecas y mixtecas, segun dice Burgoa, así como los toltecas, segun Sigüenza, se acercaban más á la correccion juliana, intercalando el dia sobrante no al fin de un siglo de 52 años, sino cada cuatro años, agregándolo á los cinco llamados inútiles, como despues veremos. Segun Boturini, cien años ántes de la era cristiana corrigieron los toltecas su calendario de ese modo, agregando de cuatro en cuatro años un dia intercalar, hasta que los mexicanos introdujeron la novedad que queda referida, lo que á ser cierto, explica por qué los mixtecas y zapotecas, á quienes no alcanzaron las innovaciones de los aztecas, conservaron el método antiguo de contar el tiempo. [1]

Algunos han creido que zapotecas y toltecas no eran un solo pueblo sino dos que simultáneamente entraron en América y que unidos hicieron su peregrinacion por Asia. "A la muerte de Teponahuaztli, en la tierra de Cham, dice el Sr. P. Herrera, Cuapitz, [2] para proseguir su peregrinacion, se puso á la cabeza de los tolteca y de los xicallanca y de los olmeca y de los zapoteca." Cree este señor, que venian entónces viajando en direccion á México por el Asia, procedentes del país de Sennar, poco despues de haberse edificado la torre de Babel. En este caso hay que dar á los zapotecas la más remota antigüedad. En efecto, Teponahuaztli, segun el Sr. Núñez de la Vega, citado por Boturini, [3] fué

1 Vease el Diccionario de hist., etc., artículo "Dias intercalares."
2 *Voz de México,* t. 9, n. 36.
3 Idea de una historia general, § XVI, n. 14.

nieto de Noé, vió la torre de Babel y por mandato de Dios fué el primero que marchó á dividir y repartir las Indias occidentales. Así, pues, los zapotecas, con los toltecas, olmecas y jicalanques, peregrinaron desde el Asia para América, poblaron la ciudad antiquísima de Huehuetlapallan, intervinieron en la construccion de los célebres palacios del palenque, fabricaron solos los no ménos célebres de Mitla, y son acreedores á los insignes elogios que los historiadores tributan á la civilizacion adelantada de los toltecas. [1]

5.—Pero ¿cuál fué el tiempo preciso de la venida de los zapotecas á Oaxaca? Fácil seria señalarlo, si se supiese con certidumbre cuándo reinó Huematzin en Tollan; pero precisamente es este punto uno de los más embrollados de la historia de México. Torquemada, en el libro 1º de su Monarquía Indiana, dice que los toltecas llegaron á Tula á mediados del siglo VI, y pone á continuacion la série de sus reyes, entre los cuales no se cuenta Huemac. Los nombres de esos reyes, admitidos por todos los historiadores, son: Chalchiutlanetzin, Ijtlilcuechahuac, Huetzin, Totepeuh, Nacajoc, Mitl, Jiutxaltzin y Topiltzin, en cuyo tiempo acabó el imperio tolteca, dispersándose la nacion por el sur y el oriente de Anáhuac. En el libro 3º, el mismo Torquemada dice que Tula se pobló en el año 700 de la era vulgar, siendo su primer caudillo ó capitan, Totepeuh, á quien sucedieron como reyes, Topil, Huemac, Nauyotzin, Quautexpetlatl, Huetzin, Achitomel, etc. Si no se quiere ver una contradiccion en la historia de Torquemada, es necesario admitir que Totepeuh, Huetzin y Topil, señalados en la segunda série, son

1 Los zapotecas levantaban sus sepulcros á flor de tierra, y á la manera que se hacian por los Tracios y en la isla de Chipre, llamada por las Escrituras Sagradas "tierra de Citim," que fué la patria de los mexicanos. Noto esta semejanza, como lo haré despues con otras varias, sin deducir nada de aquí.

distintos de los que llevan el mismo nombre en la primera, y que tanto ellos como Huemac, gobernaron en Tula en el tiempo que medió desde la destruccion y ruina del imperio, hasta la venida de *Xoloc*, pues Nauyatzin y sus sucesores reinaron despues que los chichimecas se habian apoderado ya de la tierra. Pudiera creerse, en efecto, que la desolacion del imperio tolteca no haya sido tan completa, que de sus restos no hubiese podido formarse un segundo imperio, cuyo primer caudillo hubiera sido Totepeuh; pero en esto no están conformes los historiadores. Herrera Perez, [1] dice que estas familias, resto de los antiguos toltecas, se reunieron en Coyoacan bajo la direccion de Xihutemoc, á quien sucedió Nauyatzin, destronado por Xoloc, y esto es lo cierto, pues el mismo Torquemada nos lo cuenta así en los capítulos 19 y siguientes del primer libro de su obra citada.

Boturini dice [2] que reinando Ixtlilcuechahuac, (segundo rey de Tula en la primera série), cerca de los años 660 de la Encarnacion de Cristo, Huemac, célebre astrónomo, convocó á los sabios de esta nacion, y con su auxilio y el consentimiento del rey, formó el famoso libro *Teoamoxtli*, en que se daba razon del orígen de los indios, de su dispersion despues de la confusion de las lenguas en la torre de Babel, de su peregrinacion por el Asia, de las ciudades que fundaron en América, de la fundacion de Tula y de los monarcas que habian tenido hasta aquel tiempo, así como de las costumbres, leyes, ceremonias del culto y órden de contar el tiempo. Segun Boturini, pues, era Huemac un sabio y no un rey de Tula. Y que de este mismo Huemac nos habla Torquemada, se infiere de lo que el mismo dice en el libro 4, c. 14, asegurando que era un grandísimo hechicero y que se sirvió de sus malas artes para desterrar

1 *Voz de México*, t. 9, n. 13.
2 Idea de una hist., etc., § 21.

de Tula á Quetzalcoatl. El Sr. Herrera [1] dice haber encontrado la figura en relieve de este Huemac en la exploracion que hizo de Metlateyocca, en 1865, asegurando el mismo que si bien algunos dicen que murió en el reinado de Ixtlilcuechahuatl, otros refieren sus hechos principales hácia el reinado de su predecesor Chalchiuhtlanetzin. Si pues hácia esta época hubiésemos de fijar la venida de Quetzalcoatl y la consiguiente colonizacion de los zapotecas en el valle de Oaxaca, tendriamos que decir haberse verificado por el fin del siglo VIII en que este señor pone la muerte del primer monarca tolteca y el reinado del segundo.

Mas como aun admitiendo esta explicacion, quedarian por resolver gravísimas dificultades, no parece aventurado el pensamiento, indicado ya por algunos sabios pensadores, de que hubiese habido dos imperios toltecas. El primero, á que tal vez pertenezca la primera série de monarcas asginada por Torquemada á Tula, tuvo por capital á Huehuetlapallan, fundada á los 2237 años de la creacion del mundo, segun Veitia, [2] cuyos sumos sacerdotes llevaron el nombre comun "Huemac." En esta ciudad tuvo lugar la correccion del calendario verificada cien años ántes de la era cristiana, segun Boturini; en el año "un pedernal que corresponde á los 3901 de la creacion," segun Veitia. [3] Poco despues de esta correccion, los zapotecas, unidos á los olmecas y los jicalanques, se alejaron de su antigua patria para poblar el territorio que hoy pertenece á los Estados de Oaxaca y Puebla. [4] No muchos años despues, en el que los indios señalaban con el geroglífico de una caña, que debió ser el 63 de la era cristiana, [5] Quetzal-

1 *Voz de México*, t. 8, n, 294.
2 Historia antigua de México, cap. 2.
3 Ob. cit., t. 1, c. 4.
4 Veitia t. 1, c. 13.
5 Veitia, t. 1, c. 15.

coatl, á la cabeza de otros extranjeros, enseñó en Huehuetlapallan una doctrina nueva, intentando una reforma civilizadora. Perseguido por esta causa por el sumo sacerdote "Huemac," huyó á Cholula, desde donde envió algunos de sus discípulos hácia las comarcas zapotecas. Muchos siglos más tarde, por el año 544 de Jesucristo, segun Veitia, fué cuando por causa de guerras intestinas, gran número de toltecas se alejaron otra vez de Huehuetlapallan para poner en Tula los cimientos del segundo imperio, á que tal vez pertenezca la segunda série de monarcas de que habla Torquemada en el libro 3º de su "Monarquía Indiana." En esta suposicion, los zapotecas poblaron el valle de Oaxaca, poco ménos de cien años ántes de Jesucristo.

6.—A continuacion de los zapotecas, y desde el pié mismo de las montañas que limitan el valle hácia el Oeste y Noroeste, se asentaron los mixtecas sobre una extensa mesa que forman los ramales de la cordillera. Su venida debe haberse verificado despues de la de los zapotecas, á quienes encontraron ya posesionados del valle, que por lo mismo no pudieron ya ocupar, quedando en las montañas inmediatas, hácia donde tampoco los zapotecas pudieron extenderse, no obstante haberlo intentado varias veces. La nacion mixteca, de las más numerosas de Oaxaca, se dilata por una parte hasta las costas del Pacífico y por otra invade los Estados de Puebla y Guerrero, posicion que ocupaba desde una antigüedad bien remota. Su orígen es bastante oscuro. Burgoa dice que las noticias que encontró sobre la fundacion y principios de su monarquía, eran tan bárbaras y estaban mezcladas con tales supersticiones y errores, como las que se leen de los egipcios y babilonios, de las cuales consigna algunas, [1] sin aceptarlas. En el pueblo de

1 Palestra Indiana, 2ª parte, c. 23.

Achiutla [1] existen dos montes separados por un barranco en que corre un rio, poco caudaloso en verdad, pero notable porque el manantial de sus aguas brota en el fondo de una cueva que se ve al pié de uno de estos cerros. Las aguas del rio fecundaron en la antigüedad dos árboles hermosos y corpulentos, cuyas verdes hojas, desprendiéndose de las ramas al soplo del viento, eran llevadas por la mansa corriente. Estos árboles produjeron á los primeros caciques, varon y hembra, de quienes despues por generacion tuvo principio la nacion mixteca. Acaso esta fábula sea un recuerdo del paraíso, y si no, fué compuesta para conservar la memoria del primer lugar que los mixtecas poblaron en el país, y desde donde se extendieron despues en todas direcciones. Así lo da á entender otra leyenda extractada de las escrituras de los indios.

Los hijos de los árboles de Achiutla se dividieron la tierra, partiendo todos en busca de conquistas, pero siguiendo cada uno distinta direccion. El más valeroso de todos llegó á Tilantongo, armado con su escudo y sus saetas, pronto á medir sus fuerzas con el más poderoso adversario: la tierra estaba deshabitada, ni se presentaba enemigo alguno á quien combatir, si no era el sol que inundaba el mundo de luz y calor y á quien el mixteco tomó por el señor del lugar. Creyó el animoso campeon que el astro del dia, con sus rayos ardientes, le impedia apoderarse del puesto; mas no por esto desfalleció su valor: sin perder un momento, se cubrió con su escudo, sacó de su aljaba las saetas, y con esfuerzo robusto dirigió sus tiros al sol. Era la hora en que ya declinaba la tarde: en el horizonte se agrupaban nubes sombrías: el héroe creyó que el sol, herido de muerte, buscaba su tumba en una montaña que se veia á lo léjos: se juzgó, pues, vencedor: tomó posesion de la tierra y puso

1 *Achiutla,* de donde viene el agua. Herr. Perez, *Voz de México,* t. 9, n. 161.

allí la capital de su imperio. Esta leyenda fué inventada, en mi concepto, para que no se perdiese la memoria del primer pueblo poblado en las mixtecas altas, y lo comprueba, que la nobleza que entre ellos encontraron los españoles de la conquista, tenia por fundamento á los famosos héroes de Tilantongo y Achiutla; que de su prosapia descendian los caciques que gobernaban los demás pueblos mixtecas; que á Tilantongo y Achiutla llamaban los mixtecos, para servirme de las palabras de Burgoa, "Solariego, por primitivo en sus antiguallas;" y que en fin, "la victoria del sol es tan general en el blason de los mixtecas, que en los escudos de sus armas pintaban un capitan armado, con su penacho de plumas, arco, rodela y saetas en las manos, y en su presencia el sol ocultándose entre nubes pardas." [1]

7.—Algunos han querido dar sobre Tilantongo y Achiutla, el honor de ser el primer lugar poblado, á Sosola: esto no es creible. Sosola no está situada en el centro sino al sudeste de la nacion mixteca; pero no es de presumir que, si los mixtecas vinieron del noroeste, hayan fijado su residencia y la capital de su imperio en un extremo, para extenderse despues por el mismo camino que habian traido. Si, debe haber sido Sosola pueblo de importancia y teatro de antiguas batallas; plaza fuerte bien defendida por la naturaleza y el arte, veremos más adelante que muchas veces no la pudieron expugnar las armas de los aztecas. Los dos rios que la cercan, aunque de caudal escaso de aguas, robaron tanto por sus márgenes al cerro en que se halla situada, que se ve cortado á peña tajada desde grandísima altura, quedando Sosola aislada é inaccesible por todos lados, excepto un estrecho paso que le sirve de entrada. Los indios agregaron fortificaciones, segun las reglas militares que conocian, levantando en lugares á propósito murallas de piedra y lodo, de que

1 Burgoa, Geg. descrip. etc., 2ª parte, cs. 23 y 33.

aun queda una de cerca de una legua de extension. Así pudo Sosola librarse de las agresiones conquistadoras de los aztecas; pero Tilantongo y Achiutla tenian la primacía en el órden religioso y civil, y las tradiciones y escrituras estaban conformes en dar á éstas la prioridad del tiempo de ser fundadas.

Durante la dominacion española, se hallaron entre los mixtecas, en tiras muy largas y del ancho de una tercia de vara, de papel formado de cortezas de árbol ó de pieles curtidas, las pinturas significativas de los acontecimientos pasados de la nacion. Los doctos, mirando aquellas pinturas, explicaban los linajes y descendencias, las hazañas de sus héroes y las victorias del pueblo. Por ellas consta que los mixtecas vinieron del Noroeste, interrumpiendo su peregrinacion por mansiones duraderas de muchos años que hicieron en varias regiones. Como los mexicanos, fueron guiados por sus dioses, siendo el postrer lugar de su residencia Achiutla, en que aún se ven vestigios de los trabajos que emprendieron á su llegada. Como la mano del tiempo ha borrado estas huellas, copiaré lo que dice Burgoa para que se vea cómo era Achiutla hace 200 años:

"Llegados á un sitio asperísimo [1] que está entre el pueblo de Achiutla y Tilantongo, en una espaciosa llanada que hacen encumbrados montes que la cercan, se sitiaron allí, haciendo fortalezas y cercos inexpugnables, con tanta dilatacion, que en más de seis leguas en contorno llegó á poblarse de gente de guarnicion, teniendo á las espaldas, por la parte del Norte, una serranía tan espesa de arboleda, que ni cazadores la traginan hoy: todos los montes y barrancos están hoy señalados de camellones de arriba abajo como escalones, guarnecidos de piedras, que eran las medidas que daban los señores á los soldados y plebeyos para la siembra de sus semillas, conforme la familia de cada

1 Burgoa, 2ª parte, G. D. c. 23.

uno; y duran hasta hoy seguidos los camellones, aunque robados en las quebradas con las crecientes y avenidas de los arroyos. Y lo que se ofrece á discurrir es, que los capitanes ó señores primitivos fueron perseguidos de mayor poder, y buscaron sitio que les ayudase á la defensa; y con este recelo, se ejercitaban en armas como valientes y cultivaban y labraban los riscos para sembrar y recoger las semillas de que se mantenian, por no salir á buscar caza de animales y salir fuera de los cercos donde se pudiesen retirar escondidos. Y esto parece lo más conforme á la razon, porque el mayor señorío de estos mixtecas se conservó desde su antigüedad hasta que les amaneció la luz del Evangelio, en este pueblo de Tilantongo que fué la frontera de aquella poblacion; y tocó á uno de los hijos de aquel señor, que bautizándose, le pusieran los conquistadores el nombre del Rey N. S. D. Felipe de Austria, declarando con esto la sangre real de este gran cacique."

8.—Burgoa no señala la procedencia de estos indios, ni el tiempo de su peregrinacion, ni los lugares que poblaron ántes de llegar á Oaxaca. Cuenta sin embargo [1] que algunos años despues de la conquista y cuando ya los indios habian aprendido el alfabeto español, álguien puso en escritura fonética la significacion de sus símbolos y geroglíficos, formando de buen papel un libro parecido al Génesis hebreo. Se trataba allí de la creacion del mundo y del diluvio universal, y se referian los hechos de sus mayores, semejantes á las biografías de los patriarcas. No se pudo descubrir el nombre del autor. Los religiosos dominicos lo recogieron, guardándolo en el arca del depósito de Yanhuitlan, que luego cerraron con dos llaves, á pesar de lo cual el libro desapareció, encontrando los indios el modo de pillarlo.

1 Burgoa, 2ª parte, c. 24.

Este libro era tal vez el Teoamoxtli de Huemac, de que nos habla Boturini, escrito en tiempo de los toltecas, de quienes los mixtecas fueron descendientes ó compañeros. En efecto, fueron anteriores á los aztecas y á los chichimecas. Excelentes astrónomos, grandes lapidarios y perfectos artífices de oro y plata como los zapotecas, los mixtecas enseñaron las artes á los pueblos de Anáhuac, llevando por todas partes su nombre con honor. "Quinatzin vió asentarse en Tetzcoco, á los tlailotlaca y á los chimalpaneca, que venidos de la provincia mixteca, eran muy instruidos en las artes y geroglíficos," dice el Sr. Herrera Perez. "Los mixtecas y olmecas se asentaron hácia el nacimiento del sol y eran oficiales de todos oficios primos y sutiles en todo," dice Sahagun. "Los mixtecas [1] y los zapotecas poblaron los vastos países que despues tuvieron aquellos dos nombres. Eran pueblos civilizados é industriosos: tenian leyes, practicaban las artes de los mexicanos y adoptaban el mismo método para computar el tiempo y las mismas pinturas para perpetuar la memoria de los sucesos. En ellas representaban la creacion del mundo, el diluvio universal y la confusion de las lenguas, aunque mezclado todo con fábulas absurdas." "Creian, dice el mismo, [2] que sus antepasados habian venido de otros países, indicaban el camino que habian seguido, y aseguraban que se habian separado de los demás hombres despues de la torre de Babel."

La razon principal para creer la antigüedad de los mixtecas, es la configuracion del país que ocupaban y la relacion de sus linderos con los de los pueblos de distinto idioma. Si las tribus zapoteca, mixteca, chichimeca, nahuatlaque y mexicana vinieron todas del Noroeste y se fueron asentando unas en pos de otras en el país de Anáhuac, es

1 Clavijero, t. 2, p. 207.
2 Clavijero t. 2, p. 204.

preciso que las primeras, empujadas por las subsecuentes, se hayan agrupado hácia el Sudeste, como en efecto se ve en el Estado de Oaxaca. Así, pues, primero deben haber venido los pobladores de Zapotecan, luego los mixtecas y despues las otras tribus.

Si los mixtecas, viniendo del Norte para poblar las altas mesas de Oaxaca, hubieran tenido que cruzar el valle de México henchido ya de habitantes persistentes, hubieran sufrido resistencia: en el caso de dominarla, habrian quedado establecidos en el valle mismo, como lo hicieron los aztecas, ó siquiera se hiciera memoria del acontecimiento en los anales de los indios, como se anotó y se recordaba la venida de los alcolhuis y nahuatlaques; pero ningun historiador antiguo ni moderno asevera que los mixtecas hayan verificado ese paso por en medio de los chichimecas.

Los zapotecas se asentaron sin duda ninguna en el valle de Oaxaca, en el que se veia la flor de la nacion, la capital de su imperio y el santuario de sus dioses. Cuando con el trascurso del tiempo la poblacion multiplicada llenó el valle y tuvo necesidad de verterse por los lados, pudo hacerlo tanto por las montañas del Norte como por las que la limitan al Oeste. ¿Por qué hácia el Norte se derramó esa poblacion? Es claro que por no hallar dificultad para hacerlo en esa direccion. ¿Por qué, pues, los zapotecas no se dirigieron tambien hácia el Oeste, á pesar de tener por ese lado tan cercano el límite del valle? La razon tambien es obvia: porque en esos montes que se elevan á una ó dos leguas de Teotzapotlan, encontraban ya un obstáculo en los mixtecas que las tienen hasta el dia. Los zapotecas, pues, vinieron primero atravesando el país de los mixtecas, sin poblacion aún; despues llegaron éstos, cuando los primeros no se habian multiplicado lo bastante para oponerles resistencia, por lo que pudieron llegar hasta cerca de su capital.

Segun Gomara, de un personaje antiquísimo llamado Ix-

tac–Mixcoatl y de su mujer Itancueill, nacieron sus hijos Tolhua, Tenoch, Olmecatl, Gicallancatl, Mixtecatl y Otomitl, progenitores de otras tantas naciones. De Mixtecatl, entre los demás, descienden los que habitan el gran reino de Mixtecapan. Torquemada y Clavijero rehusan dar su asenso á tal noticia; se les hace increible que hablasen diferente idioma los hijos de un mismo padre, y en efecto, la reflexion es justa si se restringe á una familia reducida, es decir, si se habla estrictamente de un padre y de sus hijos; mas no tiene lugar si se trata de pueblos numerosos, multiplicados por cien generaciones, separados entre sí y distantes cuatro mil leguas de su patria primitiva, y cuya existencia social no cuenta ménos de cuarenta siglos. El zapoteca que se habla hoy en el valle de Oaxaca es tan vário, que no siempre se entienden los indios de pueblos cercanos, y de ningun modo se entienden cuando están distantes. La mano del tiempo lo ha modificado tanto, que los zapotecas de hoy no entienden los libros impresos en su idioma hace dos siglos. Es preciso tener presente que no se trata de una época reciente sino remotísima, y que Ixtac–Mixcoatl no es un personaje que haya existido de un siglo á esta parte, sino en los tiempos que siguieron próximamente á la ereccion de la torre de Babel. ¿Qué inconveniente habrá en que dos pueblos hablen idiomas tan distintos como el mixteco y mexicano, y que sin embargo, siguiendo paso á paso la línea recta de sus ascendientes, se llegase al fin por una parte á Mixtecatl, padre de los unos, y por la otra á Tenoch, progenitor de los otros? ¿Qué inconveniente habria en que ambos, Tenoch y Mixtecatl, hermanos entre sí, y de una lengua, hubiesen sin embargo procreado pueblos numerosos y de idioma diferente? Las pinturas de los indios así lo aseguraban, y yo no veo los inconvenientes que encuentra Torquemada. El mismo Clavijero [1] lo confiesa cuando dice: que

1 Disert. 1ª, t. 2.

"no era ésta sino una alegoría, convertida en historia por otros escritores, con la que los indios querian significar que todas aquellas naciones tenian un comun orígen." Un comun orígen, es decir, un comun progenitor, es, en efecto, lo que nos parece creible.

Tampoco nos parece, por las razones vertidas arriba, aceptable el pensamiento que insinúa Torquemada [1] de que los mixtecas hayan sido de los postreros en llegar al país de Anáhuac: es muy débil la conjetura fundada en que los mexicanos representados por Tenoch, uno de los seis hijos de Mixcoatl, no fueron los primeros en venir sino de los últimos, pues como el mismo Torquemada advierte, aunque todos hicieron su peregrinacion por el Noroeste, no marchaban reunidos sino en grupos, separados unos de otros por notable intervalo de tiempo.

9.—En comprobacion de lo que se viene diciendo, se puede hacer además otra observacion. Nadie duda que los toltecas fueron destruidos, entre otras causas, por las guerras que sostuvieron con otras naciones. Pero ¿qué sucedió con estas naciones? ¿Qué pueblos fueron estos tan poderosos que vencieron á los toltecas? Ninguno lo dice, y sin embargo, esos pueblos deben haber continuado morando en el país, pues no deben haber perecido en ruina completa como Tula, ni es probable que vencedores y vencidos hayan sufrido igual suerte. Esas naciones existian sin duda á la llegada de los chichimecas, y la soledad que éstos encontraron en el país es solo relativa, ni se ha de entender de todo Anáhuac, sino únicamente de aquellos lugares que al principio recorrieron y en que asentaron sus primeras poblaciones.

Si pues el país estaba ya poblado, no hay dificultad en creer que los mixtecas hayan sido del número de esos an-

1 Monarq. Ind., lib. I, cap. 12.

tiguos habitantes contemporáneos de los toltecas. En este caso, podria fijarse su llegada á Oaxaca hácia el tiempo de la fundacion de Tula ó poco ántes, cuando una parte de la poblacion de Huehuetlapallan, vencida en guerra civil, se alejó de la otra parte vencedora, para levantar en Anáhuac un nuevo imperio. D. Fernando de Alba Ixtlilxochitl [1] cuenta, en efecto, que los toltecas, salidos de su patria, despues de tocar en California y en algunos puertos de Jalisco, navegando en las aguas del Pacífico, llegaron á desembarcar en Huatulco, desde donde, atravesando varias provincias, llegaron á "Tochtepec," [2] lugar que poblaron ántes de colonizar en Tulancingo. Nada más preciso se puede desear en órden á la etnografía mixteca. Segun este mismo historiador, despues de los gigantes, primeros pobladores de Anáhuac, vinieron los olmecas, los jicalanques y los zapotecas, tomando los últimos asiento en el valle de Oaxaca, cuyo clima suave y fecundo suelo prefirieron á las destempladas é incultas montañas de la vecindad. Durante seis siglos, la nacion zapoteca se desarrolló lentamente, permaneciendo entretanto las alturas mixtecas despobladas. Mediado el siglo VI de la era vulgar, los toltecas, gobernados por siete jefes principales, invadieron otra vez el país de Anáhuac, cruzándolo en distintas direcciones: los unos, con sus caudillos respectivos, poblaron las costas de Jalisco; los otros se internaron en el país; otros, en fin, navegaron en el grande Océano, desembarcaron en Huatulco y fundaron á Tututepec.

1 Historia de los Chichimecas, c. 2.

2 Los historiadores confunden frecuentemente con el mismo nombre á Tututepec, pueblo de la costa del Sur, con Tuxtepec, de la costa norte. El Tochtepec, fundacion de los toltecas de esta época, es Tututepec, por encontrarse, como advierten los historiadores, no léjos de Huatulco, situado en las costas del Pacífico. El mismo Ixtlilxochitl le llama en varias de sus obras "Tototepec," nombre mexicano de que es corrupcion Tututepec.

Con el trascurso del tiempo, este pueblo, que debe haber sido pequeño en su principio, se multiplicó de modo que estaba floreciente y era ya famoso en tiempo de Mitl, sexto rey de Tula, que segun Clavijero, gobernó por el año 927. Aumentados los colonos, se derramaron al interior del país. Algunos, siguiendo los ramales de la cordillera, alcanzaron aquellas boscosas alturas, que hasta entónces los zapotecas habian visto con desden. No eran muchos y tenian una vida agreste: habitaban las cavernas y las selvas vírgenes, y en las quebradas y barrancos luchaban muchas veces con las fieras, por lo que los zapotecas, en su expresivo idioma, los llamaban "Miztoguijxi," *gatos salvajes*. Los mixtecas ó toltecas, por su parte, hallaron aquellas altas montañas, sombrías, cubiertas de nubes y frecuentadas por la lluvia y por las nieblas, por lo que le llamaron "Gnudzaoui-Gnuhu," *tierra de lluvias*, así como á la mixteca baja habian llamado "Gnnundua," *tierra baja*. Un siglo más tarde, el imperio de Tula fué destruido: los mixtecas, que habian tomado parte, defendiendo á sus hermanos los fundadores de aquel imperio, en la sangrienta lucha que decidió su suerte, sufrieron las consecuencias de una cruel derrota. Los vencedores penetraron en las altas mixtecas, se apoderaron de la tierra, la poblaron y continuaron dominando en ella hasta la llegada de los españoles. Fueron tal vez estos invasores aquellos valientes campeones que despues de fijar su residencia en Achiutla, salieron en busca de conquistas, reportando la gloria de combatir y vencer al sol. Los caciques de las mixtecas altas, en tiempo de la conquista española, se creian descendientes de los vencedores de Tula.

Tututepec se salvó esta vez de la ruina general, y aun era ya bastante fuerte para dar seguro abrigo á uno de los vencidos, Nacaxoch, su mujer, y su hijo Xiuhpopoca. [1]

1 Ixtlilxochuitl. Historia de los chichim., c. 3.

Al decir que los mixtecas llegaron á Oaxaca despues del siglo VI, solo se ha tenido presente la cronologia de Clavijero, en la que no todos están conformes. Careciendo de datos para señalar con precision esta época etnográfica; sin entrar en la cuestion de si los toltecas salieron de Huetlapallan en el año 544, "ce-tepatl" de las pinturas de los indios, como quiere el mencionado autor, ó en otro año diferente, me limitaré á exponer lo que sobre la peregrinacion de los toltecas, desde la confusion de las lenguas, ha publicado en la *Voz de México* el Sr. Herrera Perez; noticia de bastante interes para Oaxaca, pues en ella se comprende tambien el viaje de los zapotecas y mixtecas, y en que se insinúa el pensamiento vertido ántes de haber existido dos imperios toltecas.

10.—Segun este señor, no se deben confundir los toteca con los tolteca. Estos son los que fundaron en Tula, mediado el siglo VII, una insigne monarquía, que despues de cuatro siglos de esplendor, quedó eclipsada por causa de guerras, hambres y otras públicas calamidades, emigrando sus restos hácia Campeche y Guatemala; pero no fueron ellos los autores de los edificios cuyas magníficas ruinas se ven en Uxmal, Chichen y Mitla, pues son demasiado recientes respecto de la época que la generalidad de los arqueólogos da á estas obras admirables. Tales monumentos datan de una época muy antigua, cuyos recuerdos no están enteramente perdidos, aunque sí ocultos en el misterio de los pueblos. Datan del año "ce-tepatl," no del 544 de Clavijero, sino de otro "ce-tepatl" de los toteca señalado muchos siglos ántes de Jesucristo. Los toteca son los primitivos pobladores de Anáhuac.

En un precioso manuscrito, obra del sacerdote Cuauhtli-Coyotl, traducido por Ixtlioxochitl, desconocido aún por la generalidad y actualmente poseido por Herrera, se lee en geroglíficos antiquísimos la relacion del viaje que hicieron

los toteca por América y por Asia. Segun ese manuscrito, poco despues de edificada la torre de Babel y de haber sido confundidos los descendientes de Noé con la variedad de lenguas, de Senaar partieron siete personajes progenitores de otros muchos, dirigiéndose por el Asia Central hácia el extremo oriente. Llamábanse Teponahuaztli, Cuapitz, Votan, Apopotl, Calel, Hares y Tanub, y fueron llamados "Pléyades," ó "como las siete estrellas más visibles de la constelacion de los Septentriones, pues que venian alumbrando los pasos de sus hijos, la peregrinacion nada ménos de los que salieron de Senaar." Teponahuaztli fué el primer caudillo que los llevó hasta Calel ó Cael en que aconteció su muerte. Así lo refiere el sacerdote Coyotl:

"Al fin de muchos trabajos y cansancio, que algo aliviábamos con los Cuahutopiltin, que traiamos desde que salimos de Senaar y que nunca dejamos de las manos, ni por un momento abandonó alguno de los maestros, sentamos nuestras tiendas en una tierra á la cual pusimos el nombre de Cham

"Y abatido yo en extremo (Teponahuaztli) por el cocolixtle, y sintiéndome próximo á morir, llamé á Cuapitz y á Votan, á Apopotl y á Calel y á Hares y á Tanub

"Y les dije voy á morir, y aun no encontramos la tierra que buscamos

"Hermanos: seguid en la gran peregrinacion, no desmayeis: y dia vendrá en que os alenteis y hallareis el paraíso de nuestros padres

"Os encargo deis sepultura á mi cuerpo en esta tierra de bendicion, y que veais por los mios, pues son de vuestra carne y de vuestra sangre

"Tú Cuapitz quedas en mi lugar; y Votan y Calel y Hares y Apopotl y Tanub te servirán de consejeros: ellos te acompañarán y los unos sucederán á los otros: y cuando no ellos, los hijos de los hijos se apoderarán de la tierra

"Y la poblarán, y la regirán, y nuestro nombre será honrado, y las demás naciones publicarán todo lo que hicimos, y nuestra lengua será una, y sereis felices como hasta aquí

"Y Teponahuaztli durmió el sueño de sus padres, y sus hijos lo lloraron, y sus compañeros lo embalsamaron con hierbas, y con el popochomitl incensaron la tierra en que guardaron su cuerpo, y el llanto por su muerte fué grande

"Y acabaron los dias de luto y descanso con Chan, uno de los tres hijos del patriarca Noé, y Cuapitz su sucesor se puso á la cabeza de los toteca y de los xicallanca, y de los olmeca y de los zapoteca

"Y se acordó continuar la peregrinacion y así se hizo, y tomó Cuapitz el teponaztli y dió el toque de novedad, y todos se alistaron y comenzaron á sembrar la tierra y edificaron allí y se asentaron como en Calel ó Cael

"Y sucedió que despues de un huehuetiliztle se levantaron y continuaron su marcha y llegaron á Oallin y montes inmediatos, y se regocijaron y bendijeron al Señor, porque allí se habia movido el agua que ya les faltaba, y encontraron Cuahitl en abundanaia en el Altepetl."

Antes de llegar á este pueblo habian padecido por falta de mantenimientos; pero ya en él, desmontaron la tierra, y muerto el Ocelotl y comenzadas las lluvias, tuvieron semillas en suficiente cantidad. Despues de fundada la ciudad, levantaron un altar, hicieron brotar el fuego del pedernal y ofrecieron un solemne sacrificio. Allí escribieron en geroglíficos sus hechos, levantaron una gran pirámide en honor de Teponahuaztli y en torno siete más pequeñas dedicadas á las siete cabezas principales, y otras á sus hijos y nietos. [1]

1 A las siete brillantes pléyades, dice en otra parte el mismo Sr. Herrera Perez (*Voz de México*, t. 9, n. 117). levantaron siete monumentos llamados Miec, á su salida de Amaquemecan, "y despues de haber levantado (*Voz de México*, t. 9, n. 141), los siete monumentos á la cons-

Allí se hizo el cómputo encontrándose 160,000 hombres de armas, dándose al lugar por nombre *Nepohualco.* Allí, en fin, murió Cuapitz y recibió honrosa sepultura.

A Cuapitz sucedió Votan en el gobierno de las tribus errantes, llegando á una region donde abundaban los ciervos y las aguas con garzas, por lo que le dieron el nombre de Aztlan (en la Siberia).

En América entraron conducidos por Teponahuaspiltzintli. Atravesaron aún extensas tierras. En Jalisco quedaron algunos con Ehecatl y Cohuatl. Los demás, provistos de semillas de Tlaolli, Chian, Etl, Chilli, etc., pasaron de Acolloacan rodeando algunos rios y un lago. Entónces quisieron algunos separarse, siguiendo los xicalanques á su caudillo Teponahuaztli Xocollotzin, los olmecas á Cuapitzintli, y continuando los zapotecas su camino hácia Toctli, conducidos por su jefe Apopocapiltzintli.

El resto de los peregrinos siguió adelante. Votan y Teponahuaspiltzintli-Achtopan en Chiapa con los suyos, edificaron ciudades y labraron tierras. Tanub, Mases y Calel con los suyos, poblaron Yucatan y se extendieron por Centro-América, edificando entónces los nuevos pobladores á Tulha y á Tuluum y á Mitla. [1]

En efecto, los de la antigua Tlapalla edificaron esos monumentos en que se ve bien marcada la huella de la mano roja. Además, en Yucatan y Chiapa, como en Oaxaca, se

telacion de los septentriones en su salida de Huetlapallan, aparejados y armados con el arco y la flecha, y cargando cada uno la semilla del tlaolli, salieron hácia el Atoyac y ofrecieron los pájaros que los cazadores habian aprehendido."

1 Entre los que vinieron se recomiendan Chalcatl, Ilacanitl, Ehecatl, Cohuatl. Auhuacohuatl, Tzacatl y Metl, de los llamados toteca.

Lambat, Been y Chinax, hijos de Haus, Tanub y Calel.

Y los hijos de éstos, Mox, Ign, Ghanan, Abagh, Fox, Moxic.

Molo, Elab, Yatl, Enob.

Hix, Tziquin, Chatin, Chic, Cabogh y Aghual.

conserva el recuerdo de las pléyades, es decir, de los siete caudillos á quienes dieron este nombre. En Chiapas se cuentan siete estrellas errantes del calendario, correspondientes á los dias de la semana, á lo que se refieren tambien siete negritos de que habla el Sr. Núñez de la Vega, pintados en un cuadernillo indígena y en extremo venerados en el mismo Chiapa. Los pobladores de Yucatan se dieron á sí mismos el nombre de "pléyades," *Mayos* de *Maya*, constelacion grande, por el jefe que los guió á la tierra. [1]

Para comprobar la antigüedad que en ellas se atribuye á los primeros pobladores de la América, bastará una ligera observacion. Si ellos comenzaron su peregrinacion poco despues de la confusion de las lenguas, ¿cómo tardaron tres mil años en el viaje para llegar á Anáhuac hácia el siglo VII de nuestra era? Pero si estos pobladores residieron en Asia hasta este tiempo ¿cómo se explica que se hayan levantado en masa con sus dioses y caudillos, no una sino tantas naciones como idiomas se hablan en América, y lo que es más, sin huella ni memoria de su antigua residencia? Su separacion, pues, del Viejo Mundo debe ser antiquísima, anterior á Jesucristo, como siente Humboldt. Así lo cree tambien Clavijero respecto de los zapotecas y mixtecas.

11.—En la cumbre de una alta montaña, y rodeada por todas partes de mixtecas, se encuentra Chicahuaztla, cabecera de parroquia, en la cual, así como en cuatro pueblos sujetos y en Copala, se habla un idioma extraño, el triqui, llamado así por la repeticion frecuente de ciertas consonantes (tr, pr. gr., etc). ¿Los que lo hablan son mixtecas ó tienen otro orígen? Se ignora; ni queda memoria siquiera de que antiguamente se hablase el triqui en la mixteca. Burgoa hace á los chicahuaxtlas, mixtecas, cuyo idioma poseia; ni los

1 Las noticias que preceden pueden verse en los tomos 9 y 10 de la *Voz de México.*

primeros religiosos, Benedicto Hernandez y Gonzalo Lucero, que convirtieron á esos pueblos, notaron que hubiese diferencia entre ellos. Acaso con el trascurso del tiempo se hayan introducido variaciones tan notables, que en la actualidad no quede vestigio alguno de su comun orígen.

Como en Chicahuaxtla el triqui, el chocho se habla en una provincia sembrada en medio de la nacion mixteca. Muy probable juzgo que acostumbrasen este idioma los aliados del ejército mexicano que poblaron Coixtlahuaca y pueblos inmediatos, despues que sus caciques fueron vencidos por Moctezuma Ilhuicamina, como se verá despues. El chocho es el popoloca, segun se cree.

El mazateco se habla en las dos parroquias de Huautla y Huehuetlan, cuyos pueblos formaban antiguamente la nacion guatinicamame. El idioma se llamó mazateco, de la capital Mazatlan ó Metzatlan, que existe aún, pero ignoro por qué la nacion se llamó Guatinicamame. Torquemada cuenta que se pobló por los teochichimecas, quienes habiéndose asentado primero en Poyahutlan, por guerras que sostuvieron con los jochimilques y otros, desampararon el puesto emigrando hácia Puebla, desde donde invadieron despues la sierra de Huehuetlan, ocupada entónces por los olmecas y zacatecas.[1] Sospecho que, en efecto, el lugar, primitivamente, fué habitado por los toltecas ó sus compañeros de peregrinacion, permaneciendo independientes hasta que los dominaron los teochichimecas. Estos tambien estuvieron sujetos, aunque débilmente al principio, á los chichimecas de Tescuco. Techotlala dió á Huehuetlan señores feudales, que con otros tenian el deber de asistir al maestre-sala de Tescuco.

Como los chichimecas en sus avenidas no pasaron de la sierra de los mazatecos, y los aztecas en las suyas encontraron ya establecidos á los cuicatecas, debe creerse que ha-

1 Torquemada, lib. 3, c. 11.

yan sido éstos anteriores á unos y otros, y que pertenecen á los primitivos pobladores del Estado. Ocupaban el estrecho y profundo valle que va desde Atatlauca hasta Quiotepec, derramándose por un costado en las mixtecas y por el otro en las sierras de Pápalo y Teutila, hasta encontrar á los chinantecos y guatinicamames.[1] Su capital fué Cuicatlan, cerca del caudaloso rio de su nombre, situada en un terreno fértil, pero ardiente y enfermizo. Se mantuvieron siempre independientes.

Ixcatlan tenia su idioma propio y sus leyes y costumbres especiales; pero se ignora el orígen del pueblo, numeroso y bien poblado en otro tiempo. A la venida de los españoles, era un feudo del imperio mexicano.

De lo dicho hasta aquí se deduce que la mayor parte de los pobladores de Oaxaca vinieron del Noroeste, atravesando el Asia y el estrecho que la separa de América, ántes de pisar el país de Anáhuac. El resto vino del Sudeste, ya de las Antillas, ya de Centro América. En todos ellos se ve el tipo primitivo de los indios de Occidente. El color bronceado, la cabeza redonda, el cabello lacio y grueso, el carácter tímido, desconfiado y débil; en una palabra, la constitucion física y moral semejante en todos, demuestra en ellos la identidad de raza y de familia, haciendo visible su comun orígen. La variedad de costumbres y de leyes que se advierte, es obra de las distancias por que se hallan separados, y la diferencia de idiomas, el resultado de la accion del tiempo. Solo deben exceptuarse los mijes, que hasta en el trage demuestran su orígen europeo.

1 Probablemente los cuicatlecos fueron descendientes de Xelhua, pobladores de Cotastla y de Teotitlan del Camino, (segun Torquemada, l. 1. c. 12), de que despues quedaron separados por haber conquistado los mexicanos el último pueblo.

CAPITULO IV

ORGANIZACION, ARTES Y COSTUMBRES.

1. Relaciones entre México y Oaxaca.—2. Comercio.—3. Plateros y lapidarios.—4. Otros oficios.—5. Caza.—6. Agricultura.—7. Pesca.—8. Plantas medicinales.—9. Astronomía y cronología.—10. Organizacion política.

1.—Aun en la religion, leyes y costumbres, se percibe cierta semejanza entre los mexicanos y los indios pobladores de Oaxaca. Los historiadores se han limitado á notar esa semejanza, sin entrar en detalles; lo cual es causa de que poco especial se pueda decir de antiguas creencias, culto y usos del Estado. Sin embargo, eso poco que ha podido recogerse es suficiente para conocer que en medio de sus guerras, unos y otros mantenian cierta comunidad de ideas, señal presuntiva de la comunidad de orígen.

Digno de notarse es, ante todo, el uso general en que, anteriormente á la conquista, estaba en Oaxaca el idioma mexicano. En algunos pueblos se habla exclusivamente este idioma; lo que se explica por las invasiones de aquella nacion, que acostumbraba en sus marchas dejar colonias militares. Así, Teotitlan del Camino, fundado por los jicalanques, desolado por aztecas y reedificado por los mismos, habla hasta hoy el mexicano, y así tambien se usa tal idioma en San Martin Mexicapan y San Juan Chapultepec,

pueblos inmediatos á la ciudad, y antiguamente guarniciones que dejaron las tropas mexicanas á su paso para el Istmo. Pero además, en poblaciones propiamente zapotecas ó mixtecas, se hallaba tan extendido el mexicano, que los primeros misioneros, para convertir á la fé á los idólatras, aprendian con igual interes este idioma y los del país. Burgoa dice que el primero era general; y hasta el dia, los montes, los rios y pueblos conservan el nombre mexicano.[1] Es todavía más digno de observarse que muchos de estos pueblos tienen á la vez el nombre mexicano y el del país, de idéntica significacion.

Algunos explican este hecho, haciéndolo resultar de la dominacion azteca en Oaxaca; pero por la historia consta que ni fué muy antigua, ni universal, ni completa, sino muy pasajera esa dominacion, y por lo mismo, insuficiente para propagar tanto un idioma extranjero. Lo que se percibe con claridad es que un comercio vasto y sostenido ligaba á unos y otros pueblos, quienes tenian necesidad de entenderse para verificar sus cambios y contratos.

2.—La contratacion de Tehuantepec era valiosa para los aztecas.[2] Los mixtecas siempre sostuvieron un comercio activo con los pueblos más lejanos desde tiempos remotos, y sus instintos comerciales son hasta hoy bastante pronunciados. La mayor parte de las guerras que sostuvieron con los reyes de México se debieron á quejas de los mercaderes. Coahuixtlahuacan fué asolado por haber negado el paso á ciertos traficantes. Yanhuitlan enviaba sus granos y sus frutos hasta más allá de Guatemala. Nochixtlan era

1 Al acaso tomaremos para ejemplo los nombres Atoyac, Zimatlan, Ocotlan, Amatlan, Tehuantepec, entre los zapotecas; Atotonilco, Tututepec, Tlaxiaco, Teposcolula, Nochistlan, entre los mixtecas; Totontepec, Zempoaltepec, Chichicastepec, entre los mijes; y Tepalcatepec, Tequisistlan, entre los chontales; nombres todos mexicanos.

2 Torquemada, L. 14, c. 8.

un pueblo de negociantes, cuyos viajes utilizaba el cacique de Achiutla para promover alianzas y amistades con otros soberanos, adquirir noticias, concertar su política y prepararse á los combates. La grana de este pueblo se expendia frecuentemente en Nicaragua. [1]

Del comercio interior quedan vestigios en los tianguis ó ferias periódicas que sucesivamente tienen lugar en los pueblos del Estado; de la moneda corriente, en las almendras de cacao, diez de las cuales, aún no hace mucho, equivalian á un octavo de real, [2] y del comercio exterior, en el báculo que sirve de apoyo á los indios viajeros, resto de antiquísimas supersticiones. Para los que no han leido la historia de México, haré una ligera explicacion de lo que por esos bastones se significaba.

Para comodidad de los traficantes, habia caminos públicos que se componian todos los años pasada la estacion de las lluvias. En los montes y en los sitios despoblados habia casas á propósito para albergar á los caminantes; y para el paso de los rios se tenian preparadas barcas de forma especial, chatas y sin quilla ni velámen. Para el mismo intento se servian tambien de un amaño particular, llamado balsa por los españoles. Era un tablado cuadrado, compuesto de *otatli* y cañas sólidas atadas sobre unas calabazas grandes, duras y vacías, que de una orilla á la otra del rio era conducido por dos ó cuatro nadadores. Entre los varios puentes que cruzaban los rios, habia unos de forma singular, llamados *hamacas* hasta el dia: era un tejido de cuerdas naturales de cierto árbol, más flexibles que el mimbre, llamados bejucos y cuyas extremidades se ligaban á los árboles de las orillas opuestas. La seguridad de los caminos era perfecta, pues el hurto se castigaba con las penas más severas, y el más leve atentado contra un mercader

1 Burgoa, 2ª parte.

2 Cinco almendros se llama todavía la mitad de un octavo.

extranjero, era motivo para que estallasen guerras sangrientas. A pesar de esto, para conducir las mercancías á tierras lejanas, se juntaban muchos que se pudiesen mútuamente socorrer en el camino: cada cual tomaba su *petlacalli* ó *tlascali*, como lo llaman en Oaxaca, para llevarlo á las espaldas pendiente de la cabeza por medio de una cuerda, y empuñaba un baston negro y liso, que decian ser la imágen de su dios y con el que se creian seguros de peligros. Al llegar á una posada reunian y ataban todos los bastones para tributarles culto; y por la noche se sacaban sangre dos ó tres veces en honor de aquella divinidad. Era, pues, el baston de camino, la imágen de Tacateutli, dios del comercio y protector de los que se consagraban á su profesion.

Las anteriores líneas, tomadas en su mayor parte de Clavijero, son la pintura de las costumbres aún actuales de muchos de nuestros indios.

3.—Las monedas más usuales hemos dicho que eran las almendras de cacao; pero tambien acostumbraron servirse, ya de láminas de cobre recortadas de un modo particular, segun el uso de los toltecas, ya del oro en polvo; [1] pues del Estado salia casi todo el que circulaba en Anáhuac y acumulaban en su tesoro los emperadores aztecas. La industria minera durante el gobierno colonial, encontró depósitos considerables de metales preciosos en los Estados del norte de la Nacion; por lo que fueron desamparados, como más pobres, los minerales descubiertos en Oaxaca; pero es indudable que en el corazon de los montes de este Estado deben existir focos auríferos inagotables, pues las arenas que arrastraban los arroyos en sus vertientes, formaron aquellos ricos placeres de la Chinantla, Sosola y Tututepec, de que nos hablan los historiadores de la conquista.

1 Ixtlibachitl. Sumario relac. etc., f. 14.

El modo de beneficiar el oro era el siguiente: se distribuian los indios por las márgenes del rio aurífero, y en fuentes de madera recogian las arenas: llenaban de agua estos recipientes y les imprimian un movimiento suave, separando así los granos preciosos, que con su gravedad se recogian en el fondo, de las arenas inútiles que flotaban en la superficie: el líquido decantado, dejando un asiento de oro en el vaso, era de nuevo agitado y decantado en otro hasta dejar en poder del minero todo el metal que contenia. Los granos de oro se recogian en cañones de plumas gruesas como un dedo, dice Bernal Diaz, y poco ménos que las de los patos de Castilla. En Choapan se formaban con la arena pequeñas pilas por las que se hacia correr un hilo de agua, que arrastrando consigo lo más ligero, dejaba los granos gruesos que se recogian luego con cuidado. [1] Este mismo método seguian en las mixtecas. Con provisiones suficientes para diez ó doce dias, se dedicaban en ese tiempo á recoger arenas de oro que, depositadas en el cañon de gruesas plumas de ave, servian para cambiar en los mercados por otros objetos de utilidad, adquiriendo por este medio cada familia, cuanto necesitaba para vestirse y vivir descansadamente muchos dias. [2]

El oro que se obtenia por este medio imperfecto, no era muy puro ni de subidos quilates; pero suficiente para el tráfico, para el pago de tributos y para las joyas con que se adornaban. Las últimas se fabricaban fundiendo el oro en crisoles y vaciándolo en moldes de carbon que se destruian en seguida. Algunos sostienen en Oaxaca que por medio del jugo de ciertas plantas, reducian el oro á una masa pastosa semejante á la que resulta de su amalgama con el mercurio; no he podido comprobar el hecho, pero sí es indudable que el dorado se puede producir por ese modo

1 Burgoa, c. 63.
2 Herrera, Dec. 4, t. 4, c. 7.

tan sencillo; pues sé que en el Estado hay plantas que imprimen un color de oro permanente á los instrumentos con que se cortan.

Pero no solo del crisol sino tambien del martillo sabian aprovecharse para sus artefactos. Algunos han creido que los indios únicamente podrian trabajar los metales fundiéndolos y vaciándolos en moldes preparados. Sahagun [1] distingue dos clases de oficiales de oro y plata: los unos que "se llaman martilladores ó amajadores, porque éstos labran el oro de martillo, majándolo con piedras ó martillo, para hacerlo delgado como papel; y los otros, que se llaman *tlatlalcani*, que quiere decir, que asientas el oro ó alguna cosa en él, ó en la plata, estos son verdaderos oficiales, ó por otro nombre, se llaman *tulteca;* pero están divididos en dos partes, porque labran el oro cada uno en su manera." Y que en Oaxaca hubiese tambien este género de artífices, es cierto, pues recientemente los mixtecos han vendido á unos anticuarios europeos, láminas muy delgadas de oro, evidentemente trabajadas á martillo, que sus antepasados habian podido conservar y en que estaban grabados antiguos geroglíficos.

Usaban cadenas, zarcillos, collares y otras alhajas del precioso metal, que empleaban principalmente en la fabricacion de sus idolillos. Vaciaban tambien algunos animales, de que se servian en sus fiestas y bailes. Fabricaban tambien vajillas de plata, que de padres á hijos pasaron en herencia mucho tiempo despues de la conquista, segun atestigua Burgoa. La mayor parte de estos objetos fueron presa de la rapacidad de los conquistadores; algunos fueron convertidos en objetos del culto católico, y el resto fué vendido por los mismos indios, cuando cayeron en el estado de miseria que les trajo el gobierno colonial.

Para los usos domésticos solian usar del cobre, á que sa-

1 Historia de las cosas de Nueva España, lib. 9, c. 15.

bian dar el temple del acero, segun dice Torquemada. Yo he tenido en mi poder una hacha de este metal, encontrada en Huitzo en un sepulcro, bastante bien pulimentada y de la forma de las que acostumbran aún nuestros actuales campesinos.

No solo eran excelentes plateros sino tambien insignes lapidarios, como lo demuestra el idolillo encontrado en Achiutla y que era entre ellos alhaja antiquísima, sin memoria de su autor. Así la describe Burgoa:[1] "Era una esmeralda tan grande como un grueso pimiento de esta tierra: tenia labrada encima una avecilla ó pajarillo con grandísimo primor, y de arriba abajo enroscada una culebrilla con el mismo arte: la piedra era tan trasparente que brillaba desde el fondo, donde parecia como la llama de una vela ardiendo."

4.—Los canteros, arquitectos y alfareros no tenian rival en su arte. No sé por qué afirma Torquemada que no acertaron los indios á imitar en pintura ni escultura la figura humana. Bien es que, en gracia de la brevedad, en sus escrituras solo representasen las cosas por sus perfiles; pero cuando se proponian dar vida y colorido á las personas, sabian desempeñarlo tan bien como los mejores artistas de Europa. Hace poco, en un sepulcro de San Pedro Ixtlahuac se desenterró una piedra en que se veia tallada de medio relieve, con inimitable perfeccion, la figura de un rey sentado, no en un icpalli, sino en un trono, en el acto de recibir algun don de sus vasallos. De los sepulcros se han extraido tambien bultos de barro, acaso retratos, representando el rostro, el busto y aun el cuerpo entero de indios, ya del uno, ya del otro sexo, en que se veia el tipo americano tan bien imitado, que no fuera posible desconocerlo. Aun existen cerrados muchos de estos antiguos sepulcros en que seguramente hay depósitos de esculturas semejantes, testigos mudos de las adelantadas artes zapotecas.

1 Burgoa, 2ª parte, c. 28.

De la perfeccion á que habia llegado la pintura quedan muestras en los claustros de Etla y de Cuilapan. En el muro ruinoso del primero de estos conventos hay vestigios de las pinturas que lo adornaron en otro tiempo, apénas perceptibles, pero que dejan adivinar el insigne pincel que las trazó. En Cuilapan quedan dos medallones maltratados por el tiempo. El uno es la imágen del Salvador Crucificado; el otro es el busto de la Magdalena, visto de perfil. Son pinturas al temple, con tinta negra, delineadas por un indio. Los perfiles son correctos y las sombras maestras; pero lo admirable es la preparacion del plano en que se trazaron, pues habiéndose desplomado los techos, uno de estos medallones, expuesto á la libre accion del sol y de las lluvias, ha podido resistir por muchos siglos á tan destructores elementos, y lo que es más, á la injuria de los hombres que los tocan, pican y rayan á placer. No puede creerse que el autor hubiese recibido lecciones de los españoles, pues en los tiempos que siguieron inmediatamente á la conquista, ningun aventajado artista pasó á la América ni ménos á Oaxaca. ¿Qué gloria podian prometerse en un país cuyos habitantes eran juzgados poco superiores á los irracionales? Las primeras pinturas en Oaxaca fueron obra de misioneros que jamás habian tocado los pinceles y que con groseros trazos contorneaban las imágenes de la Vírgen y del Salvador, para hacerse comprender de los indios cuyo idioma ignoraban, segun cuenta Burgoa: es fácil concebir cuán incorrectas deberian ser aquellas piezas y qué lecciones darian á sus neófitos unos hombres consagrados exclusivamente á la conversion de los infieles. Fué posterior la época en que Arrué delineó los excelentes cuadros de Yanhuitlan. Además, que aun en la península es probable que haya sido desconocido en ese tiempo el modo de preparar el estuco que cubrió los muros de Cuilapan, pues los conquistadores, deslumbrados por el brillo de las paredes de Cempoalla, pudieron creer, aunque solo fuese pasa-

jeramente, que eran de bruñida plata. Sin duda pertenecia al mismo género el estucado de los antiquísimos palacios de Mitla, cuyos muros estaban cubiertos con un barniz brillante color de púrpura y que hasta hace poco tiempo se conservaba en pequeña parte.

Los palacios de Mitla son una obra maestra de aquellas tribus eminentemente cultas, que se inmortalizaron levantando entre otros los grandiosos monumentos del Palanque. Cien años ántes de Jesucristo, esas tribus, con los nombres de zapotecas, olmecas y jicalanques, invadieron por una parte Yucatan y por otra lo que es hoy el Estado de Oaxaca, dejando en ambos países señales inequívocas de su alta civilizacion. Los zapotecas edificaron el palacio de Mictlan, no en el momento de su llegada, sino algun tiempo despues, cuando perfectamente establecidos, quisieron consagrar un templo á la Divinidad, tal vez cien ó doscientos años despues de comenzada nuestra era, pudiéndoseles por lo mismo señalar, aproximadamente, una edad de 1600 años.

Al contemplar las suntuosas ruinas que hoy quedan de ellos, el observador se pregunta: ¿por qué medio se levantaron en el aire y fueron colocados en su lugar esos enormes monolitos que forman á la vez el quicio de tres puertas de algunos de sus salones? Algunas de estas grandes piedras no tienen ménos de nueve metros de longitud por uno de grueso y poco más de anchura. "Entre estos pueblos, dice Clavijero [1] cuando los albañiles alzaban un muro, amontonaban tierra por uno y otro lado, aumentando estos montones á medida que el muro se alzaba, de modo que cuando se concluia, se hallaba como enterrado y cubierto por la tierra que se habia amontonado: con lo que no necesitaban de andamiaje." Con este arte, desde el nivel natural del suelo se formaba un plano suavemente inclinado hasta la

1 Clavijero, t. 1, p. 377.

parte superior del muro que se habia construido, y por él, por medio de palancas, se podian llevar las piedras de mayor peso y ponerlas en su lugar.

Inútil es decir que no conocieron la arquitectura de los griegos ni de los godos: sus formas y proporciones arquitectónicas eran propias y formaban un órden especial de que se dará idea al describir despues estos palacios; sus puertas eran casi cuadradas y sus columnas sin bases ni capiteles; pero conocieron las bóvedas, pues las construyeron en el palacio subterráneo del mismo Mitla, y los arcos, de que aun queda uno perfectamente semicircular en el monte Alban.

El último lugar pertenece á construcciones de otro género: es una plaza militar, como lo son tambien una eminencia cercana á Mitla, otra llamada Guiengola y otras en varias partes. La plaza de Alban es un plano de cosa de 800 metros de circunferencia y de forma irregular, hecho á mano sobre la cumbre del monte de ese nombre, rodeado por un murallon bastante ancho, en cuyo término se levanta otro muro más angosto y que deja en torno un terraplen suficiente para dar paso á dos ó tres personas. El murallon no es contínuo en toda su extension, sino que se interrumpe á trechos; ni es sólido, pues lo atraviesa de un extremo á otro un pasadizo más amplio ó más estrecho, segun las circunstancias. Este murallon debió ser inaccesible en otro tiempo, y desde él arrojarian cantos rodadizos, y con espadas y saetas se defenderian de los asaltos de un ejército invasor, teniendo un último refugio, en el caso de una derrota, en los pasadizos y salones subterráneos cuya entrada seria fácil de cubrir. Algunas veces practicaban salidas subterráneas, de manera que vencidos en un fortin, desaparecian como por encanto, reapareciendo en otra fortificacion distante.

El espacio cerrado por una línea de murallas en Guiengola tiene cuatro leguas de largo y una y media de ancho

Es notable la cortina construida á la orilla de un precipicio, y que atravesando una quebrada profunda, separa la montaña fortificada de la cadena principal de la cordillera. Hay montones de ruinas y cuevas diseminadas, que sirvieron de habitacion en otro tiempo. [1]

Cerca del pueblo de Mitla existe tambien una fortificacion importante. A tres cuartos de legua de la poblacion hay una roca aislada, de doscientas varas de altura, que domina las colinas de la cordillera vecina, y en cuya cima se levanta la fortaleza. Esta tiene media legua de extension, limitada en forma de elipse por una robusta muralla de dos varas de espesor y seis de altura, con ángulos entrantes y salientes, agudos, obtusos y rectos, con interpolacion de cortinas, segun las reglas ordinarias. Solo es accesible la fortaleza por la parte que mira al pueblo; pero allí las murallas son más elevadas y la puerta de entrada está bien defendida por dos muros, que en forma de tenaza se unen por sus extremos con la muralla principal. A la orilla superior del taluz que hay en esta parte, se ven puestas en equilibrio piedras esféricas de una vara de diámetro, preparadas para ser oportunamente arrojadas sobre los enemigos. Una primera línea de murallas con su abertura en el centro, defiende la entrada principal. Entre las murallas existen aún apiladas piedras esféricas de diferentes tamaños que deberian ser arrojadas con honda; en el centro hay ruinas del edificio destinado al cuerpo de guardia; y en la parte opuesta á la de la entrada, una puerta falsa para introducir víveres y tropas de socorro, para lo que además abrieron á pico un camino sobre la roca. [2]

Son notables, además, en este órden, las ruinas de Coatlan, Justlahuac, Peñoles y el Salado, cerca de Quiotepec.

1 Orozco y Berra. Dic. geog. univ. artículo "Guiengola."

2 Guillermo Dupaix, con notas explicativas de Baradere y H. Biest, en el artículo del Dic. Mit. c. 19.

5.—Pero la ocupacion favorita de los indios era la caza, entre los que habitaban las montañas, y la agricultura para los pueblos sedentarios. Los chontales y los chochos vivian esparcidos en los montes, sin fabricar casas ni formar pueblos: eran corpulentos, forzudos, belicosos, de natural bárbaro y ánimo indisciplinado, los más bravos y carniceros del país. Carecian de sementeras, y para subsistir, aprovechaban los frutos naturales de los árboles y tenian el recurso de la caza á que se daban por completo. De dia discurrian por los montes, desnudos, apénas cubierta la cintura con una piel de tigre, y por la noche se reunian á lo sumo cinco ó seis en sus cuevas. A la entrada de éstas encendian grandes fuegos, y llevando el humo al interior, cerraban la puerta con ramas, y se arrojaban al suelo desnudo, sin otro abrigo que ese calor. Muy semejante á esta era la vida de los chinantecas y otros pueblos.

Cazaban las fieras por medio de máquinas ideadas con ingenio; las aves pequeñas sucumbian al golpe de la cerbatana; para las mayores se servian del arco y de artificiosos lazos. Cuando la caza era de recreo y en obsequio de algun cacique de importancia, se verificaba con estruendo y aparato de mayor solemnidad, Se preparaban con algunos dias de anticipacion, haciendo invitaciones á las personas principales, poniendo en corriente sus armas y acaso tambien cumpliendo con algunas ceremonias prescritas para estos casos en los rituales de su religion. Señalaban algun bosque poblado de fieras como teatro de la festiva recreacion; á la orilla de una corriente murmuradora, y en alguna eminencia, levantaban la tienda del cacique, para que sin riesgo pudiese presenciar la lucha de las béstias con los animados cazadores, y á la sombra de frondosos árboles reunian la leña y encendian las hogueras con que se hubiesen de preparar los alimentos de los convidados. El dia señalado, tres ó cuatrocientos hombres con venablos, saetas, chuzos y macanas, se metian por la espesura y en las barrancas y cuevas,

con tal ruido de silbidos y voces, que atronaban la montaña. Las fieras salian de sus madrigueras asombradas, y las unas se arrojaban haciéndose pedazos en los precipicios, y las otras caian atravesadas por el dardo, ó corrian al valle para dar á su vez en manos de los cazadores. La algazara y el regocijo resonaban en aquellas soledades, y los peñascos repercutian los gritos y las alegres carcajadas de la muchedumbre. A la caida de la tarde se replegaban todos á la sombra de los árboles para tomar aliento y comer. Cada grupo de cazadores conducia una fiera ó cervato de los que habian muerto, adornado con flores y hojas verdes, como obsequio al cacique ó héroe de la fiesta, y al fin de la jornada, que solia durar tres dias, se regalaban á los convidados vestidos y joyas de valor. Burgoa dice haber presenciado uno de estos espectáculos, [1] y aun se conserva esta costumbre entre los mijes, en Zimatlan, Ayoquesco, Tlacolula y demás pueblos del valle. [2] Así se hacia tambien hasta hace poco la corrida de los lobos, semejante, aunque en inferior escala, á la que los mexicanos dieron obsequiando al virey Mendoza en el llano del Cazadero.

6.—No por el ejercicio de la caza desamparaban los mixtecas el cuidado de las sementeras, consagrando en particular sus esfuerzos los mixtecas á la cria de la grana, que dió nombre á uno de sus pueblos, *Nochistlan*, "lugar de grana ó donde se cria la grana." Entre los zapotecas mereció la preferencia el cultivo del maíz, que tambien dió nombre á uno de sus pueblos, *Etlan*, ó como se dice en zapoteca, *Loohvanna*, "lugar del pan." En Cuilapan fué singular el esmero que pusieron en el plantío de nogales, de que existen aún grandes bosques. Esta nuez, llamada encarcelada por su forma, se cre-

1 Burgoa, 2ª parte, c. 24.

2 El grito de aviso que dan los zapotecas al percibir una liebre, es "guleza."

yó por algunos privativa de este pueblo, por lo ménos del valle de Oaxaca; [1] pero crecen tambien los nogales en la Siria y otros países. El maguey, el pimiento y la chia, de un uso general, merecieron tambien las atenciones de los indios. No conocian los licores fermentados que salen de la uva, de cuyo cultivo, por lo mismo, no cuidaban, aunque la veian crecer silvestre en las montañas; pero de la raíz del maguey hacian una preparacion alcohólica, gustosa y útil. Preparaciones semejantes obtenian de la tuna, de la cocolmeca y del cacao, fruto riquísimo de un árbol cultivado en los terrenos bajos de Oaxaca. No despreciaban el tabaco, cuyo uso entraba en una parte de sus observancias religiosas. En las tierras calientes desplegaba sus esbeltas hojas el platanero, y en las costas del Sur se ven hasta hoy bosques dilatados de hicacos, cocoteros, mameyes y zapotes; y como la tierra no los ha de haber producido por sí sola, es preciso que los indios hayan depositado en el suelo su simiente, cuidando además de su riego y crecimiento. Cansado seria enumerar las semillas, las frutas, las plantas medicinales, los árboles resinosos que fueron objeto de las atenciones de los indios; pero es preciso nombrar siquiera el precioso árbol que produce el algodon, cuya semilla se hubiera perdido del todo á la ruina de los toltecas, si no se hubiese conservado en las ardientes costas de Oaxaca.

7.—En órden á la pesca, es notable que abundando en los rios que vierten sus aguas en el golfo, sea nula completamente en los que se dirigen al Pacífico. En Yolos y otros pueblos de la sierra se obtienen bobos, truchas y anguilas por medio del anzuelo, la tarraya, ó cierta hierba que molida y arrojada al agua da muerte á los pescados. Los rios de Quiotepec, Utzila y la Chinantla, van á depositar muchos

1 Así lo juzgan Burgoa y Murguía Gabardi.—Apuntamientos estadísticos.

de los peces que arrastran en su corriente, en los lagos que forman en la costa. En uno de ellos, visitado por Motolinia por el año de 1530, nadaban á flor de agua tropas de sabalos, tan grandes como toninas. Se obtenia tambien allí, segun este religioso, el pez llamado *Manatí*, el mejor á su juicio y más preciado de los del Nuevo Mundo: era un anfibio del tamaño de un buey que pacia como éste la hierba del campo,[1] El mero, el robalo, el pargo, el sabalo y la mojarra, abundan en los lagos del Pacífico, principalmente en *la boca de la vieja* y Alotengo, albufera importante de diez ó doce leguas de extension. Chacahua es una laguna formada por los derrames del Atoyac, llamado tambien Rio Verde, bordeada de árboles y sembrada de isletas siempre verdes por su vegetacion exuberante: en sus anchos y profundos esteros se navega en ligeras canoas, frecuentemente á la sombra de los manglares y de los chico-zapoteros. La vista de sus aguas trasparentes y de sus tranquilas y azuladas ondas, de los próximos bosques en que descuellan palmeras gigantescas, y de los patos, cigüeñas, garzotas, alcatraces, cuervos marinos y otras innumerables aves que vuelan sobre la laguna ó acechan á su orilla, ha hecho siempre que la pesca en este lugar haya sido una deliciosa recreacion. Difícilmente se hallará en el mundo algo más bello en su género que la laguna de Chacahua.[2] No es ménos abundante la pesca en la laguna de Tehuantepec, que por estar agitada frecuetemente por los nortes, tomó el nombre de Ventosa. Es singular la del Camaron, por lo que la describiré con brevedad. Desde la orilla se desprende una lengua estrecha de tierra que penetra bastante entre las ondas: en ella, hincando cañas por sus extremos en el suelo, forman los huaves líneas espirales y calles tortuosas que inva-

1 Torquemada, lib. 14, c. 40.

2 Motolinia lo dice así de los esteros y lagos de la costa del Norte inferiores á esta.

den las aguas en el período ascendente de la marea. Entre esas cañas quedan aprisionados los pececillos, y los indios los recogen en el descenso de las aguas. Burgoa cree que el camaron es privativo de estas costas. En los rios se obtiene, cerca del Pacífico, un pececillo muy semejante, llamado *chacalin*, que toma un color rojo aproximado al fuego y que es gustoso con extremo. Un anfibio muy conocido, la iguana, fué alimento comun de los indios en las tierras calientes; ni despreciaron del todo el tiburon, que se acostumbra hasta el dia, con el nombre de tollo. Se pescan tambien, por recreo, la golondrina, el loro, la chupa-rosa y el caballo marino.

8.—Estos útiles ejercicios no impedian que buscasen los indios más altos conocimientos, Habian hecho un estudio concienzudo de las plantas, cuyas virtudes les habia hecho conocer una dilatada experiencia. De ellas se servian con buen éxito en la curacion de sus enfermedades. Sus médicos mezclaban frecuentemente sus prácticas supersticiosas con el ejercicio de su profesion; mas no por eso dejaban de ser fecundos en recursos para combatir las dolencias humanas.

Entre los mijes, generalmente se dedicaban á la profesion de curar enfermedades las mujeres, grandes herbolarias y conocedoras perfectas del carácter y malignidad de las enfermedades más comunes, pero mezclaban juntamente invocaciones y sortilegios en el ejercicio de sus conocimientos. Arrojaban ciertas semillas sobre una estera, y si la indicacion de la suerte era buena, prosegian la cura, y si no caia buena suerte, no volvian á la casa del enfermo. Conocian el clíster y lo usaban aplicando infusiones ó mixturas de hierbas para extraer los humores nocivos.[1]

Usaban tambien muchas veces el cauterio para los ve-

1 Herrera. Dec. 4, l. 4, c. 7.

nenos. Los bálsamos, gomas y perfumes que extraian de los árboles, á la vez que les proporcionaban goces inocentes, contribuian en ciertos casos á la conservacion de la salud. Seria necesario un libro para decir todo lo que sabian en este punto.

Hasta el dia no usan de otros simples ni de otros mixtos que sus hierbas, conservándose con ellas largos años, no obstante haberse perdido en la conquista, con sus sabios, la mayor parte de sus conocimientos, pues solo quedaron las noticias más vulgares y comunes. El *temazcalli* era de un uso general para cierta clase de enfermedades.

De esas plantas, además, extraian las preciosas tintas con que daban hermosos colores á la madera y á las telas. Usan aún los pintores y tejedores el *chicalotl*, el carmin que produce el *achiotl* y el ocre amarillo de que pagaban tributo algunos pueblos al emperador de México. La grana del cactus es bastante conocida, y el añil ha importado no escasas riquezas á Oaxaca. Para pintura usaban tambien de las brillantes plumas de algunos pájaros, de que pagaban tributo á México, Huehuetlan Matzatlan y Utzila, pueblo llamado así por una hermosa ave cuyo nombre, "huitzitzilin," se corrompió. Ototitlan daba tambien de tributo 24,000 manojos de plumas bellísimas. Para barnizar la madera se servian de varias gomas, especialmete la que destila el *cuatle* y que se conoce en el comercio con el nombre de "ambar amarillo."

Con esas mismas plantas se vestian, sacando del aloe ó maguey la pita, y convirtiendo en hilo el algodon para tejer con uno y otro sus ropas y mantas. Tehuantepec, Tlaxiaco y Choapan se distinguieron, aun despues de la conquista, por sus delicadas telas. Otatletlan, con otros pueblos, pagaba de tributo algunas cargas de algodon. [1]

1 Clavijero, t. 1, pág. 318.

9.—No eran ménos abundantes sus conocimientos astronómicos y cronológicos. Sabian orientarse con toda perfeccion y fijaban con exactitud los puntos cardinales: conocian las constelaciones y las señalaban por sus nombres, tenian su sistema planetario y trazaban en un plano las revoluciones de los astros, que señalaban con figuras de animales al modo de los astrónomos de Asia. Burgoa dice que estas noticias estaban mezcladas con disparates, absurdos y supersticiones. Lástima es que no hubiese escrito sino estas generalidades, obligado, como los demás religiosos, por el odio á la idolatría. "Repartian, dice este autor, la edad perfecta de la vida en 52 años, dando 13 de ellos á cada una de las partes del mundo, oriente, aquilon, poniente y mediodía. Conforme á la parte que aplicaban aquellos 13 años, se prometian la salud y los temporales: á los 13 años del oriente deseaban por fértiles y saludables; á los del norte tenian por varios; á los del poniente, buenos para la generacion, pero remisos para los frutos; al sur tenian por nocivo, de excesivos y secos calores. Observaban que desde la gentilidad, en los 13 años del sur les habian venido sus trabajos de hambres, pestes y guerras, y lo pintaban como la boca de un dragon echando llamas. Pasados los 13 años del sur, empezaban de nuevo la edad por el oriente. Empezaban su año el 12 de Marzo, invariable por la cercanía del equinoccio, dándole 18 meses de 20 dias, y otro más de 5, y éste, al cabo de 4 años, lo variaban como nuestro bisiesto, á 6 dias, por las 6 horas que sobraban cada año, que multiplicadas por cuatro años, hacen las 24 horas, que es un dia cabal, que sobra á 365 dias del año usual: llamaban en su lengua á aquellos 6 dias, mes menguado, errático; y en él habian de sembrar algunas sementeras, para ver por ellas, como acá nuestras cabañuelas, la fertilidad del año. Y cierto, que tienen algunos tan regulado este conocimiento, que las más veces previenen la abundancia de las aguas ó sequedad de los vientos que ha de seguirse."

He querido copiar textualmente las anteriores líneas, para que no se juzgue que atribuyo gratuitamente á los mixtecas el método de computar el tiempo de los mexicanos. Entre ambos pueblos existen, sin embargo, algunas diferencias. La primera es que los mixtecas comenzaban su año invariablemente el 12 de Marzo, miéntras que los mexicanos seguian en su cómputo un movimiento retrógrado desde el 26 hasta el 14 de Febrero, anticipándose un dia el principio del año en cada período de cuatro, [1] y reponiendo la primera fecha al cabo de 52 años. La segunda que los mexicanos agregaban constantemente al fin de cada año, cinco dias que llamaban *nemontení*, esto es, inútiles, y trece dias al fin de un siglo de 52 años por los bisiestos que habian tenido cabida en ese tiempo, miéntras que los mixtecas cada cuatro años agregaban uno de más á los cinco erráticos ó desconcertados, acercándose de este modo á nuestro modo de computar el tiempo.

Los zapotecas arreglaban su calendario de igual modo que los mixtecas, sino que comenzaban el año el 20 de Marzo, en lo que se conformaban con la fecha que al principio del año asigna D. Fernando de Alva Ixtlixochitl. [2] Boturini afirma que algunos de los indios de Oaxaca distribuian su año en trece meses, señalándolos con otras tantas figuras de dioses, miéntras que otros numeraban sus dias por vientos y culebras. [3] En ciertos informes dirigidos al rey de España en 1609, [4] se lee igual noticia, pues se afirma que los miahuatecas computaban el tiempo por lunaciones y que de un conjunto de estos meses formaban su año; pero Clavijero cree que tal año de trece meses debe haber sido

1 Clavijero, t. 1, pág. 266.

2 Gama, en el dic. de hist. pal. Calendario, t. 8.

3 Idea de una nueva historia, etc., par. 16, n. 10.

4 Doc. inéd. de Ind. tomo 9, pág. 210 y sigs.

el astronómico ó civil, pero no el religioso, que era como el de los mexicanos.[1]

En órden al bisiesto, en el informe ya mencionado, dirigido al rey de España en 1609 por los corregidores de los pueblos zapotecas, se asegura que lo arreglaban de diez en diez años, agregando tres dias á los 365 de que constaba el año comun, lo que á ser cierto demostraria poca exactitud en los cálculos zapotecas; mas no se ha de confiar mucho en esos informes dados por personas poco instruidas y sin interes alguno en conocer las antigüedades del país. Es probable, sin embargo, que se relacionase con los bisiestos algun período de diez ó mejor de veinte años, muy en uso en Yucatan, segun afirma Landa. "La forma de cuenta que tienen, dice el informe citado,[2] es por pinturas que hacen: los años contaban por las descendencias de sus pasados, y cada año contaban tomando por principio dél, cuando los árboles florecian, y por fin cuando volvian á retoñecer: los meses contaban por sus planetas, llamando al primero conejo, y al segundo liebre, y al tercero venado, y desta manera discurrian por todo el año, acomodando la naturaleza de los animales al tiempo que corria: tenian bisiesto que llaman "*Coci*" que quiere decir "sobra ó añadidura," el cual era de diez á diez años que hallaban de sobra tres dias, los cuales ayunaban, diciendo que los dioses les daban aquellos tres dias más de vida."

En una piedra circular, de una vara castellana de diámetro, encontrada en la mixteca y visible hoy en el Instituto de Oaxaca, se ven por ambas caras grabados geroglíficos semejantes á los que usaban los aztecas. Segun algunos, esa piedra es sencillamente la imágen del sol; segun otros, es un monumento consagrado al recuerdo de algun

1 Clavijero, tom. 1, p. 274.

2 Coleccion de Documentos inéditos del archivo de Indias, t, 9. p. 309.

acontecimiento notable; á saber, de la aparicion en el firmamento, hácia el Oriente, de una gran luz que permaneció visible por algunos años continuados y de que ciertamente hablan los historiadores de México. De cualquiera manera que sea, ese monumento hace sospechar que el calendario y los símbolos con que los mixtecas y zapotecas señalaban sus años y sus meses, eran semejantes á los que usaban los mexicanos.

10.—Los estudios astronómicos, el arreglo del calendario y la descripcion de sus hechos heróicos en sus libros ó pinturas, pertenecian á la clase privilegiada de los sacerdotes. Su organizacion política, social y religiosa se comprende por lo que ya queda escrito. Los diferentes Estados en que se dividia el territorio de Oaxaca fueron gobernados por jefes y señores propios, formando nacionalidades independientes y separadas unas de otras. Los guatinicamames pagaron tributo á los mixtecas ó á los mexicanos. Los mixtecas, al principio unidos, se dividieron despues de exterminados los toltecas, formando tres señoríos principales, que si bien no tenian dependencia alguna en el gobierno, se ayudaban en sus empresas, ligados por alianzas amistosas: el de Achiutla, cuyos príncipes decian proceder de los señores de Toltitlan-Tamazolac, [1] desde el tiempo en que éstos, destruido Tula, se apoderaron de las mixtecas altas, á los que estaban sometidos los caciques de Sosola, Yanhuitlan, Teposcolula, Tlaxiaco, Nochistlan, Alinoloyas y Jaltepec; el de Coixlahuac, que debe haber comprendido toda la provincia de los chochos, y el de Tututepec, cuyo rey, el más rico, segun se creia, de todos los de Anáhuac, daba el cacicazgo de Jamiltepec á un pariente suyo, concedia la investidura á los señores de los Pinote-

1 Alba Tezozomoc. Cron. mex. c. 33.

pas y otros pueblos, extendia su dominacion hasta Putla, [1] se dilataba por la costa á una distancia de sesenta leguas. Tenia una organizacion feudal esta monarquía, y pasaba el cetro de padres á hijos por la línea recta.

Los zapotecas tenian por feudatarios á los señores de Teococuilco, Ixtepeji, Teotitlan y Miahuatlan: un poco despues, se erigió un segundo trono zapoteca en Tehuantepec, unido al de Teotzapotlan por la sangre y la amistad.

Los mijes tenian por capital á Totontepec, subordinánseles, Juquila, Chichicastepec, Ayutla y otros cacicazgos, entre los que merecia el primer lugar Jaltepec, pueblo situado en la costa del Norte, cuyo aplazamiento, segun los vestigios y ruinas de edificios que se veian aún hace 200 años, tuvo más de una legua de extension y cuyos numerosos habitantes se computaban por los pelos de una piel que guardaban sus autoridades. Los chinantecas tenian su capital y sus caciques, y lo mismo debe presumirse de los chatinos. Los chontales vivian dispersos.

Todas estas naciones solian combatir unas con otras ó con los ejércitos mexicanos, por razones de interes y política idénticas á las que producen las guerras de Europa. Asentaban sus pueblos regularmente á las orillas de los rios, considerando para la eleccion del sitio, la abundancia y pureza de las aguas, la fertilidad del terreno y su disposicion á propósito para la defensa en el caso de agresion hostil. Sus casas, en pequeño número de piedra y de ladrillo crudo, y en su mayor parte de caña ú *otatl* cubiertas de zacate, estaban todas sombreadas por árboles copudos y rodeadas de jardines frescos y vistosos.

En la mixteca los caciques tenian sus palacios con departamentos separados para los hombres y para las mujeres, con el pavimento esterado y muelles cojines de pieles para recostarse blandamente. En lugar á propósito se cuidaba

1 Estud. ests. de Car.

siempre de cultivar con esmero un jardin bien regado y rico de flores perfumadas y vistosas, entre las cuales brillaba la tersa superficie de las aguas destinadas á baños de placer. En algunos pueblos, no solo los jardines y numerosos árboles frutales, sino extensas sementeras se hallaban próximas á las casas, por lo que éstas se veian distantes unas de otras y esparcidas en una notable extension. Aun habia comarcas en que las familias tenian dos habitaciones, la una en el pueblo cerca del jefe ó cacique que los gobernaba y en donde se reunian en determinadas ocasiones, y la otra distante del centro comun algunas leguas y en la que vivian aislados la mayor parte del año, cultivando sus maizales ó entregados á otras útiles ocupaciones. Este era el modo de ser de la Chinantla, así vivieron y viven los mazatecos, y aun quedan de igual costumbre vestigios en los cortijos y rancherías de la sierra y de ambas costas. No por eso se podrá decir que no guardaban vida civil, pues estaban unidos por el idioma, la religion, el gobierno, las costumbres, leyes é intereses, concertando sus fuerzas y moviéndose todos con unidad de accion, principalmente cuando se trataba de la utilidad comun.

Aun habia en todos estos pueblos dos instituciones excelentes y que deberian haberse conservado á toda costa. La una, que con distincion de los terrenos de propiedad particular, tenia otros cada pueblo que se cultivaban en comun todos los años, destinando al beneficio general sus productos: no há mucho que se conservaban aún en posesion de terrenos de esta clase, que fueron repartidos por recientes leyes. La otra, que en lugar preferente en cada pueblo cuidaban de construir y conservar en buen estado edificios destinados exclusivamente al hospedaje de los comerciantes y viajeros y á la recepcion solemne de los embajadores: el gobierno colonial conservó esta institucion, que va desapareciendo desde que la nacion se erigió en república. Esas casas no eran habitadas por particular alguno; pero en ellas ponian su

asiento las autoridades para decir justicia, ó en los dias de mercado para vigilar el órden, ó cuando el pueblo todo se reunia para discutir algun asunto de importancia.

Estas últimas reuniones nos demuestran que no era absoluto el gobierno de los caciques. Como en Grecia y Roma, en ciertas ocasiones señaladas por las leyes ó las circunstancias, se reunian los varones de competente edad (las mujeres no tenian voto) y en asamblea solemne se proponian, con claridad y exactitud, los asuntos graves que habian de ser tratados; se discutian con el más perfecto órden y la libertad más cumplida y se tomaba de comun acuerdo una determinacion definitiva, que sobre todos los obstáculos se hacia efectiva. El voto de los ancianos era el más bien oido y de más peso en estas asambleas. Tal costumbre se halló establecida en todas partes cuando la conquista fué un hecho, y no solo en Oaxaca, sino tambien en Chiapa y Guatemala (como puede leerse en Remesal); y la legislacion española, sábia en verdad, que no quiso pugnar con las costumbres de América, sino cuando relajaban el nervio del gobierno, desdecian del esplendor del trono ó perjudicaban los intereses de la península, quiso favorecer ésta, dándole vida por tres siglos y haciéndola pasar á nuestros dias.

En las generales asambleas del pueblo se tomaban determinaciones en vago: el desarrollo de los pormenores en la ejecucion, correspondia al señor ó Jefe del Estado. Resuelta, por ejemplo, una guerra, era el cacique quien designaba á los más expertos capitanes, ordenaba las filas del ejército, escogia el campo y mandaba en la batalla. Si en el curso de la campaña se creia conveniente entablar negociaciones diplomáticas, señalaba el cacique á los embajadores y les daba instrucciones á propósito. Para el despacho de los negocios administrativos, tenian destinado un salon de su palacio en que asistian constantemente dos personajes cuyo empleo era oir las peticiones, noticias y demandas, exponerlas al monarca, y volver con la respuesta, que no se

daba sin maduro consejo de hombres sabios y experimentados, principalmente de los más antiguos sacerdotes, quienes se esforzaban en sugerir expedientes acomodados á las circunstancias, recibiendo en recompensa joyas de valor. Mas como á veces convenia oir el dictámen de otras personas distinguidas en facultades especiales, la casa del cacique regularmente se veia frecuentada por capitanes, caballeros, maestros, predicadores de la ley, sortílegos y médicos. Las personas del pueblo que lograban la gracia de estar en la presencia del monarca, entraban descalzas, no levantaban los ojos, hablaban sumisamente y daban otras señales de su respeto y veneracion á la primera autoridad. [1] Hoy se reunen tales asambleas y en ellas se organiza el gobierno económico del pueblo, se hacen colectas y se imponen contribuciones para utilidad comun, se discute la aceptacion de las leyes y determinaciones del gobierno del Estado ó el modo de eludirlas y hacerlas ilusorias, y hasta se juzga como en un gran jurado y se falla sin apelacion en ciertos crímenes. [2] Ellas dan á Oaxaca una organizacion desconocida y de ningun modo detallada en nuestros códigos, y revelan que los caciques antiguos, que á veces obraban por sí solos, tenian frecuentemente que ser autorizados por los ancianos y nobles y á veces tambien que marchar de acuerdo con el pueblo. Así su gobierno venia á ser un mixto de monárquico y republicano, acaso el más perfecto de los sistemas conocidos.

1 Antonio de Herrera, D. 3, l. 3, c. 12.

2 Hace pocos años, en Teococuilco impusieron pena de muerte á un salteador incorregible, aplicando esta sentencia por sí mismos ya que los jueces ordinarios y los jefes políticos no eran bastante eficaces en la conservacion del órden público. En Soquiapan aplicaron la misma pena á un capitan que habia traicionado los intereses del pueblo en favor de cierto general. Yo mismo he oido conminar con esta pena y en una tal reunion al que se atreviese á denunciar las procesiones prohibidas por las leyes de reforma.

La sociedad es imposible sin el órden, es decir, sin el movimiento armónico de todos los miembros que la componen, encaminado á un fin que mediata ó inmediatamente debe ser la prosperidad del Estado. Las leyes sábias producen tal armonía; pero la obediencia de la ley es siempre el resultado de un móvil secreto, de un resorte poderoso, que desplegando su accion sobre cada individuo, imprime tambien en las masas un movimiento uniforme. Hay virtudes eminentemente sociales, que cultivadas con esmero por la mayor parte de un pueblo, no pueden ménos de dar á éste prosperidad y grandeza. Roma convirtió en culto religioso el amor á la patria. El amor á la gloria hizo algun tiempo que la Grecia descollase sobre todas las naciones del globo. Entre los antiguos indios existieron tambien algunas eminentes virtudes, fundamento y apoyo firmísimo del órden establecido. La base de su organizacion social era, en efecto, el apego á las tradiciones y la sumision respetuosa á la ancianidad. Para los que no los han tratado, es difícil comprender cuán adictos son á las costumbres que una vez adoptaron. Resisten con todas sus fuerzas la más pequeña novedad, ni bastan razonamientos ni violencias para introducirla; pero el solo recuerdo suscitado por alguno de sus mayores de un hecho consumado, es suficiente para que se repita cien veces y se convierta en el uso de largos siglos. Los conquistadores se plegaron al modo de ser del país, ántes que lograr que se adoptaran las costumbres de Europa: dominaron por la fuerza á los indios, se enriquecieron con sus despojos, extendieron sus creencias y los oprimieron con sus violencias, pero los indios conservaron con sus recuerdos sus hábitos tradicionales. Durante el gobierno colonial, los indios formaban una nacion embutida en el corazon de la otra que habian creado los españoles. Hoy, despues que por tres siglos y medio han dominado el cristianismo y las ideas extranjeras, no desamparan sus costumbres, á veces

supersticiosas; no olvidan sus lechos, sus chozas, sus pueblos ni sus caciques; aún temen el lúgubre grito del mochuelo; aún degüellan el pavon y esparcen por el suelo la sangre de la víctima.

Esa resistencia tenaz á las innovaciones, no es sin embargo franca, pues predomina la debilidad en el carácter de los indios, ni es universal limitándose á ciertos puntos de interes general para sus pueblos ó que afectan su organizacion social. El indio individualmente es dócil, se deja persuadir, ni puede afirmarse que sea inaccesible á la razon. Hay cierto contraste en su carácter que ha llamado siempre la atencion del observador: osado en consorcio con otros de su raza, es blando y fácil como la cera cuando está solo. Se le ha comparado á los pavones que atacan atrevidamente cuando forman multitud: si con esto se quiere expresar que le falta el valor, el concepto no es exacto, pues en Oaxaca es bien conocido su varonil esfuerzo y el heroismo á que puede llegar su ánimo indomable; pero es cierto que se deja vencer y dominar personalmente y en los casos más vulgares de la vida, miéntras lucha y persiste con obstinacion por los intereses de la comunidad de que él es parte. Se podia comparar la vida privada del indio á una mansa corriente, que se desliza sin ondas, que no pugna con los obstáculos que encuentra, ni los arrastra al paso, sino que los rodea sin estrépito para continuar su tranquilo curso. En Europa los pueblos son aglomeraciones de individuos, cada uno de los cuales tiene su valor y su significacion propia, que no pierde por entrar en sociedad; en América, el indio nada vale, desapareciendo en la comunidad, con la que forma una masa compacta y bien unida. La presuncion, el orgullo y la ambicion, tan comunes en el resto de la tierra, son desconocidas para el indio: el egoismo es palabra que no tiene significacion aquí. No es el indio un sér envilecido, es un hombre que no piensa en sí mismo y que es todo de su pueblo.

Hay en el indio cierta sencillez ingénita que se observa con agrado, cierta humildad connatural, que le obliga, no á arrastrarse por el lodo, sino á desaparecer en bien de sus hermanos. El momento de la necesidad entre ellos es la señal de abundantísimos auxilios. La *guelaguetza* es un don gratuito que ofrecen todos á porfía al que lo necesita, y que lleva consigo la obligacion de la reciprocidad. Y es tan vivo el afecto que se profesan mútuamente, como grande la veneracion á sus mayores: cuanto más ancianos son éstos, más profundamente respetados. Los jóvenes fuertes deben desplegar sus fuerzas en la agricultura y en la guerra; pero los sabios consejos de la experiencia y la prudencia han de recibirse de los labios de la ancianidad, cuyas palabras son recogidas como oráculos. Cualquiera puede hacerles justas observaciones, cuando se versan intereses de Estado, si se nos permite la palabra; pero el dictámen de los viejos cuenta siempre en su favor el peso de los años. Tal era la base sobre que descansaba antiguamente la sociedad entre los indios.

He señalado estos caractéres distintivos de los indios, sin exponer pruebas, porque son visibles, conservándose en gran parte á pesar de las poderosas y dilatadas influencias extranjeras. Su sencillez, rectitud y afectiva sensibilidad fueron conocidas por los primeros misioneros que aseguraban no tener pecados los indios, adelantándose algunos á decir que naturalmente eran cristianos y las mejores gentes del mundo. Es probable que tan buenas cualidades predominasen tambien en la mesa central de Anáhuac. Torquemada refiere que al recibir Moctezuma la primera noticia del arribo de Cortés á San Juan de Ulúa, trayendo á la memoria las antiguas profecías del país que anunciaban grandes males á la venida de ciertos extranjeros, no pudo ménos de llorar de pena; y que habiéndose derramado la nueva por el pueblo, en las calles y plazas se hacian corrillos y reuniones, en las que con razones tier-

nas y sentidas se incitaban todos á llorar.[1] He citado este hecho, porque él revela cómo los indios vivian en sus pueblos como en familia, unidos no solo por el interes comun, sino principalmente con el lazo fuerte de la benevolencia y del amor recíproco. Con tales elementos, ¿cómo no ha de ser posible una sociedad? ¿Cómo no ha de ser un pueblo próspero y feliz? ¿Qué hubiera sido de los indios, si hubiesen conservado la organizacion que tenian antiguamente? Se discute si la conquista fué un bien en las Américas. No es de mi incumbencia resolver esta cuestion. Solo notaré que, segun Las Casas, los reyes católicos, dejándoles su autonomía, deberian haberlos civilizado y convertido al cristianismo por la persuasion y los razonamientos de los misioneros.

La vida individual era tranquila y aun podia llamarse feliz. Habitaban un país abundantísimo en mantenimientos. A cada paso los árboles les brindaban azucarados frutos, la tierra se abria casi espontáneamente para ofrecerles copiosas cosechas de semillas nutritivas. Les bastaba extender la mano para alcanzar lo necesario. Se diria que trabajaban por placer más bien que por necesidad. Por otra parte, los indios eran parcos en extremo. La mesa no fué el más ansiado de sus placeres. Su templanza y sobriedad hubieran causado admiracion á los mismos espartanos. Sus comidas eran sencillas y reducidas á las preparaciones del maíz, del cacao, de ciertas plantas que usan todavía y á los objetos de caza que solian obtener, idénticas á las de los mexicanos que describen los historiadores.

Sus vestidos eran, en los varones, el *majtlatl* ó cinturon con que se cubrian los muslos y que se hacia de pieles bien curtidas ó de cierto tejido de hilos de maguey, el coton y la capa que tenian diversas formas, segun los lugares. Entre los *Tecos* de Zacatepec, cerca de la costa, era el coton

1 Torquemada, lib. 4, c. 15.

una camisa que se ajustaba al cuerpo hasta la cintura, y desde allí continuaba abierta por ambos lados hasta los tobillos, convirtiéndose en túnica de figura especial. Entre los mazatecos llegaba el coton por detrás hasta la cintura, continuándose por delante hasta las rodillas. Entre los zapotecas se hallaba cortado el coton hasta la cintura, pero lo cubrian por ambos lados adornos y bordados de gusto especial.

"Los mijes traian vestidas, dice Bernal Diaz, unas ropas de algodon muy largas que les daban hasta los piés, con muchas labores en ellas labradas, y eran, digamos ahora, á la manera de los albornoces moriscos."

Los mixtecas y zapotecas en general, habian alcanzado gran perfeccion en el arte de tejer, de manera que cualquiera que los haya tratado y conocido, teniendo noticia de lo que dicen de su rara habilidad los historiadores mexicanos, creeria verlos pintados en la descripcion que hace Ixtlilxochitl de las costumbres toltecas, de quienes por otra parte unos y otros se creian descendientes. "Eran las mujeres, dice el mencionado autor, grandes Hilanderas y Texedoras, texian mantas muy galanas de mil colores, y figuras las que ellas querian, y tan finas como las de Castilla, y texian las mantas de muchas maneras, unas que parecian de terciopelo, y otras como de paño fino, otras como damasco y raso, otras como lienzo delgado, y otras como lienzo grueso, como ellas querian y tenian necesidad." [1]

Las mujeres mixtecas y chinantecas usaban tambien el *maxtlal* en la cintura; pero todas las demás se envolvian en una manta como acostumbran aún en el valle. La parte superior del cuerpo estaba cubierta con el *huepilli*, adornado por lo comun con cintas de color y adornos caprichosos.

Las tehuantepecanas se cubrian la cabeza, sacando el rostro por la abertura correspondiente á uno de los brazos y

1 Sumaria relacion de las cosas que han sucedido en la Nueva España, escrita por D. Fernando Alva Ixtlilxochitl.

dejando caer hácia la espalda el resto del vestido: el conjunto adquiria cierta gracia particular. Entre las mijes, el *huepilli* caia en forma de túnica sobre la otra manta que ceñian á la cintura, llegando á las rodillas y dando tambien al conjunto cierta belleza digna de atencion. Comun á todos era otro paño ó capa cuadrilonga; era un tejido de algodon que los hombres llevaban sobre los hombros: más delicado era el tejido del paño que usaban las mujeres para sostener en la espalda el *tlascalli* ó á sus hijos pequeños; portándolo doblado sobre la cabeza, cuando no le daban otro empleo. [1]

El calzado era el *cachcli*, generalmente de pieles, y entre los nobles, de un sólido tejido de filamentos vegetales, tan flexible y dócil á todos los movimientos, como consistente. Los chinantecas preparaban este calzado y se distinguen hoy en tal artefacto. [2]

1 Veitia describe de este modo los vestidos de los toltecas, iguales á los que usan aún los indios de Oaxaca. "Usaban, (Veitia, t. 1, c. 27), una especie de pañetes ó calzoncillos con que cubrian lo más vergonzoso, desde la cintura á la mitad del muslo, y una manta cuadrada, anudada sobre el pecho, hácia el hombro siniestro, que descendia hasta los tobillos; pero en tiempo de invierno cubrian más el cuerpo con un sayo cerrado, sin mangas, con una sola abertura en la sumidad para entrar la cabeza, y dos á los lados para los brazos, y con él se cubrian hasta los muslos, á los que llaman *cotones*. Las mujeres usaban de las mismas mantas cuadradas, envolviéndolas desde la cinrura, como un faldellin ó refajo, y sus *huipiles*, cuya figura es la de una camisa sin mangas ni cuello, con una abertura en la sumidad y dos á los lados, por donde, entrando la cabeza y brazos, queda pendiente desde el cuello hasta las pantorrillas; y para salir de casa se ponian en la cabeza otra manta pequeña que caia por la espalda, y remataba en punta á manera de capilla de fraile." Este último paño ha cambiado de forma, pues en la actualidad, no se le ve terminado en punta.

2 Herrera dice que los mijes se vestian con pieles de venado "muy blancas y muy adobadas, con sesos de hombres" lo que no es exacto, pues lo mismo podrian adobarse con los sesos de cualquier bruto; además que era conocida la corteza del árbol que usan aún en la actualidad para curtir pieles. Es exacto que estaba muy adelantado el arte de adobar pieles de que usaban para sus pinturas, libros y vestidos.

CAPITULO V

RELIGION.

—

1. Vestigios del cristianismo.—2. Quetzalcoatl.—3. La cruz de Huatulco.—4. Guixipecochi.—5. Pintura encontrada en Nejapa.—6. El alma del mundo.—7. Sacerdotes mixtecas.—8. Adoratorios de Yanhuitlan, Tustlahuac y Tecomaztlahuac.—9. Divinidades zapotecas.—10. Mitla.—11. Sacerdotes y sacrificios zapotecas.

1.—La idolatría fué la religion antigua de Oaxaca; entre las groseras supersticiones de los indios se notaban ciertos vestigios de cristianismo, que no podian pasar desapercibidos, y que hacian sospechar, que habiendo profesado primitivamente la ley del Evangelio, habian degenerado despues en el culto absurdo de los ídolos. Semejantes huellas, muy sensibles, encontraron tambien sabios distinguidos en la complicada teogonía de los aztecas, señalándose de los antiguos el célebre mexicano Góngora, y de los modernos el Sr. Herrera Perez. Ambos han creido que Santo Tomás, uno de los apóstoles de Cristo, atravesando el Asia, llegó al país de Anáhuac, y predicó en él el Evangelio: para persuadirlo se apoyaron principalmente en fundamentos filológicos y en las tradiciones recogidas de los pueblos. Segun ellos, el nombre que llevó el santo apóstol en América, fué el de Quetzalcoatl, y en efecto, estuvo este personaje en la historia de México rodeado de misterios, se hizo famoso

por el carácter de sus hechos, y su memoria fué inolvidable para los indios de todos los idiomas que habitaron la nacion.

2.—Quetzalcoatl fué un hombre blanco, alto, corpulento, de frente ancha y ojos grandes, de cabellos largos y negros y de bien poblada barba. Integro en su conducta, austero en sus costumbres, y modesto ejemplarmente, por honestidad llevaba siempre los vestidos largos, entre los que se notaba una capa sembrada de cruces rojas. Penitente y severo consigo mismo, se heria el cuerpo con espinas y se sacaba sangre con frecuencia. Era suave en sus modales, y tan humano y sensible, que no podia escuchar tranquilamente que se hablase de la guerra, volviendo luego el rostro hácia otro lado. Industrioso y sabio, él inventó el arte de fundir metales y de labrar las piedras; prudente y justo, dictó leyes benéficas que hicieron la felicidad del país. Era sacerdote, y el tiempo de su pontificado fué la edad de oro del Anáhuac: los maizales crecian espontáneamente y sin esfuerzo, el algodon brotaba de la manzana teñido ya de colores hermosos, los frutos todos de la tierra eran abundantes y delicados y las aves mismas cantaban con más dulce canto y se vestian con más bello plumaje. Todas estas imágenes son expresivas del bienestar que se disfrutó en ese tiempo. Quetzalcoatl tuvo sus persecuciones y adversidades: ¿á qué hombre ilustre faltan contrariedades en sus grandiosos y benéficos designios? Residió algun tiempo en Tula, luego en Cholula, en que conservó grata memoria por muchos siglos. Los cholultecas mostraban á los conquistadores ciertas joyas que le habian pertenecido. Su presencia se recordaba tambien en Tabasco y Yucatan. Pero Quetzalcoatl no tenia reposo; queria resueltamente ser inmortal y gozar vida perpétua y por eso le agitaba sin cesar un vivo deseo de tornar á su patria, Tlapalla, en que residia otro anciano semejante que le aguardaba, segun aviso que le dió un sér sobrena-

tural que para este intento bajó del cielo en una tela de araña; por fin, aunque con pesar, abandonó á sus amigos y discípulos, y navegando en las aguas del golfo mexicano, volvió á su país. [1]

Los caractéres de Quetzalcoatl, dicen los historiadores, no pueden convenir sino á un apóstol, y que fuese Santo Tomás lo dice el nombre mismo que llevaba, pues Quetzalcoatl quiere decir tanto como gemelo precioso, estimable, significacion equivalente á la de Dídino. Si tal conjetura fuese correspondiente á la verdad histórica, quedarian esclarecidas las misteriosas leyendas de los indios y las no ménos misteriosas semejanzas de su culto con el del Evangelio. De unas y otras se hará mencion en la parte que toca á Oaxaca.

3.—La más notable de las primeras es la que se recogió de los habitantes de la costa del Pacífico, con ocasion de una cruz de madera hallada sobre la arena de la playa, á dos leguas del puerto de Huatulco. [2] Se hizo famosa esta cruz desde que Tomás Candisk agotó su ingenio y sus esfuerzos para destruirla, sin lograrlo. Se practicaron entónces por personas autorizadas y sensatas, activas diligencias y exquisitas pesquisas, haciéndose constar en un voluminoso expediente de más de dos mil folios y por las declaraciones de numerosos testigos, la tradicion de su orígen remoto y misterioso. Así habla Burgoa del santo madero:

"Nuestro Señor reservó (en Huatulco) el estandarte triunfal de su sagrada pasion y muerte en una muy descollada y hermosa cruz de más de mil y quinientos años de antigüedad, que sin conocer sus altísimos misterios, adoraban estos gentiles como cosa divina, como oficina general del remedio de

1 Clavijero y Torquemada, lib. 6, c. 24.

2 Su verdadero nombre, segun Veitia, es *Quauhtolco*, compuesto de *Quauhtli*, "madero" del verbo *toloa*, que significa hacer reverencia bajando la cabeza, y *so*, que denota lugar. El todo quiere decir: "Lugar donde se adora el madero." (T. 1, c. 16.)

todas sus necesidades y botica general de todas sus enfermedades. Observando las noticias y memorias de sus mayores, por el cómputo de sus siglos y edades, correspondia al de los apóstoles el tiempo en que vieron venir por la mar, como si viniese del Perú, un hombre anciano, blanco, con el trage que pintan á los apóstoles, de túnica larga, ceñido y con manto, el cabello y la barba larga, abrazado con aquella cruz. Espantados del prodigio, acudieron muchos á la playa á verle, y él les saludó muy benévolo en su misma lengua natural; y algunos dias estuvo enseñándoles muchas cosas que no pudieron entender: que los más de los dias y las noches se estaba hincado de rodillas, que comia muy poco y cuando se quiso ir les dijo: que les dejaba allí la señal de todo su remedio, y que la tuviesen con mucha veneracion y respeto, [1] que tiempo vendria en que les diese á conocer el verdadero Dios y Señor del cielo y de la tierra y lo que debian á aquel santo madero: y siendo grandísimo y muy pesado, el mismo venerable varon que lo traia lo puso y paró en el lugar que halló el corsario inglés."

"Este santo varon fué, segun opinan muchos, un santo apóstol, que no solo predicó en la India oriental, sino tambien en la occidental y en los reinos del Perú, donde se hallan graves testimonios y señales de haber llegado y predicado á aquellas naciones. Y en la de los chontales en esta provincia se ve en tierra, forjada otra cruz como con el dedo, sin que los siglos, aguas y vientos la borren. Entre la nacion mije, en el monte de Zempoaltepec, se ven en el dia de hoy esculpidas, en la cima de un peñasco de la cumbre de aquella inaccesible montaña, hácia los términos de Totontepec, dos plantas ó piés humanos; y otras cosas memo-

1 Brulio afirma, que no solo era venerada de tiempos muy antiguos (la cruz en Huatulco) sino que sus naturales tenian por tradicion de sus antepasados, que la habia puesto y colocado en aquel paraje el apóstol Santo Tomás, cuya imágen y propio nombre conservaban en los mapas, historias y pinturas de que usaban. (Veitia, t. 1, cap. 19).

rables que se han hallado en las Indias, así en los caractéres de sus historias, como en los simulacros y figuras que Nuestro Señor fué servido de guardar hasta los tiempos presentes, para que la ciega y supersticiosa naturaleza de estos indios no tuviese excusa entera, de que habia carecido totalmente de la luz del Evangelio, que sonó en todo el orbe: y siendo esta parte de la América la más dilatada, no la habian de olvidar aquellos sonoros clarines de la verdad, los santos apóstoles: y por otras muchas razones se puede entender, que el apóstol Santo Tomás, ó alguno de sus discípulos, fué el que llegó á este reino y trajo esta Santa Cruz, y con su mano la fijó sin otro instrumento en el suelo, sitio y lugar donde la halló Tomás Cambric."

Torquemada sospecha que fué plantada por el V. P. Fr. Martin de Valencia en alguna de sus excursiones apostólicas en los tiempos inmediatos á la conquista. Pero Burgoa sostiene que en esa época no llegaron franciscanos á Oaxaca, en que por otra parte ninguna memoria se hacia de estos religiosos, cosa imposible si ellos hubiesen sido los primeros en predicarles el Evangelio. Además, que suponiendo que Valencia hubiese venido á Tehuantepec en busca de navíos para pasar á la China, como quiere Torquemada, [1] no por eso se deduce que haya pasado por Huatulco, puerto distante del anterior, considerable número de leguas. En fin, tal conjetura contradice las tradiciones y escrituras de los indios en que constaba se habia levantado la cruz mil y quinientos años ántes de la conquista, como todo se comprobó auténtica y sólidamente, segun atestigua Burgoa, que dice haber tenido á la vista el expediente respectivo.

Cerca del rio de la arena, en el mismo Huatulco, en una piedra redonda, se halla esculpida la huella de un pié igual á la otra en el punto de la "Boquilla," próximo al arroyo

1 Torquemada, lib. 16. c. 28.

de la Cruz: se conserva la creencia de que estas son huellas de Santo Tomás Apóstol. En las inmediaciones del puerto, una roca destila un aceite muy eficaz para varias enfermedades: lleva el nombre del apóstol y es oloroso y de color de guinda subido. En el pueblo del Mesquital, en la sierra, se admira una cruz grabada en una piedra con varias inscripciones abreviadas, que segun la tradicion de los indios, fueron hechas por el apóstol. [1]

Es admirable que hablando muchos de los indios diferente idioma, hallándose incomunicados entre sí por causa de la guerra que sostenian mútuamente, y habitando comarcas distantes muchas leguas, estuviesen acordes en la narracion oral de ciertos acontecimientos de su historia, sin discrepar unos de otros ni apartarse del sentido de sus pinturas que guardaban religiosamente. Huatulco era un puerto del Pacífico en que se hablaba el mixteco ó zapoteco, distante cerca de cien leguas de Zempoaltepec en que se habla el mije y que se aproxima bastante al seno mexicano: en ambos lugares, sin embargo, se hablaba de igual modo en órden al memorable anciano. El mismo Burgoa refiere que siendo ya viejo Juan Ojeda, uno de los primeros sacerdotes católicos que administraron entre los mijes, quiso ver la cumbre del Zempoaltepec: encontró en ella una extensa mesa, plana como si á pico la hubiesen nivelado, formada por una sola piedra, en que se veian esculpidas dos plantas humanas, con la musculacion y la figura de los dedos tan bien grabados, como si para la obra se hubiera tenido el auxilio del cincel: se habria dicho que los piés habian gravitado sobre blanda cera, dejando en ella impresa con perfeccion su huella. Los indios mostraron en esta ocasion sus pieles pintadas en que se significaba, cómo en

1 D. Cárlos Bustamante, refiriéndose á Calancha, dice que cerca de Huatulco se veia el retrato de Santo Tomás y su nombre escrito en letras. El mismo consigna la tradicion de que los sabinos del Marquesado fueron plantados por el apóstol. (Adiciones al lib. 3º de Sahagun).

tiempos remotos habia llegado hasta ellos un hombre anciano, blanco, vestido con un ropaje igual al del apóstol de Huatulco, hablándoles en su idioma propio y persuadiéndoles que adorasen únicamente al verdadero Dios. Agregaban las pinturas, que como los mijes intentasen darle la muerte, se apartó el anciano hácia la cumbre de Zempoaltepec, en donde desapareció dejando sus vestigios impresos en la peña. [1]

Boturini dice que de la predicacion del mismo apóstol se hace memoria en los mapas de los chontales, "en que se halló una cruz milagrosísima," que tal vez sea la misma de que habla Burgoa. El mismo autor refiere que poseia entre los innumerables objetos de su rico museo, "el dibujo en lienzo de otra cruz de madera que se sacó con una máquina que se hizo á propósito, de una cueva inaccesible de la mixteca baja, y hoy dia se venera en la iglesia conventual de Tonalá y estaba depositada en dicha cueva desde los tiempos gentílicos," descubriéndose por las maravillas que obraba en las vigilias del apóstol. [2]

4.—Cruces como estas se han encontrado en Yucatan, Tepic y otros muchos lugares, cuya noticia consignan los historiadores juntamente con las tradiciones que explican su presencia en América; tradiciones que podrian pasar por fabulosas leyendas, si no se conformasen entre sí, aun en los pueblos más distantes, ni reconociesen todas un comun orígen: la predicacion y enseñanza de un anciano extranjero, Santo Tomás ó Quetzalcoatl, se presenta idéntica en la historia de los países más lejanos; es en el Perú como en Tula, en Yucatan como en Oaxaca, el sacerdote de una religion nueva, de un Dios desconocido, tan ardiente en su fé como puro y severo en sus costumbres. A su pa-

1 Burgoa, 2ª parte, c. 60.
2 Catálogo del Museo histórico indiano, § 34.

so dejaba sembradas cruces por donde quiera, y al alejarse anunciaba que más tarde llegarian por el Oriente otros hombres blancos y barbudos como él, trayendo la misma religion. Sabido es cuánto influyó en el espíritu de Moctezuma, á la llegada de Cortés, la persuasion de que era Quetzalcoatl quien regresaba de Tlapalla para recobrar su trono y sus dominios. No era solo en México, sino entre zapotecas y mixtecas que prevalecia esta creencia, fundada ya en la voz de los oráculos, ya en antiguas profecías. En Tehuantepec no solo hizo tal anuncio el previsor apóstol, sino que dejó un monumento permanente que lo hiciese inolvidable. Burgoa es quien lo cuenta [1] en estos términos: "Está en distancia de este sitio de Tehuantepec otro que llamaron *Guixipecochi* en su lengua, y hoy es el pueblo de la Magdalena: en el campo, cerca de un arroyo, hay un peñasco de hasta quince ó veinte estados de alto, y cerca de la cumbre una prodigiosa figura de tiempo inmemorable de su antigüedad, y entre las peñas, á distancia de doscientos pasos, se ve una estatua de un religioso con hábito blanco como el nuestro, (Burgoa era dominico), sentado en una silla de espaldar, la capilla puesta, la mano en la mejilla, vuelto el rostro al lado derecho, y al izquierdo una india con el trage y vestido que hoy usan de cobija ó manto blanco, cubierta hasta la cabeza, hincada de rodillas, como cuando en este tiempo se confiesan. Y esta figura les hacia tanto cuidado, porque aunque consultaban al demonio, nunca les respondió mas que: siempre la tuviesen por cosa misteriosa y de gran pronóstico, que en algun tiempo lo sabrian para daño suyo: hasta que empezando á gobernar Cosijopii, le pidieron sus vasallos y señores hiciese sacrificios á sus dioses y les pidiese declararan aquel presagio. Y así lo hizo, vistiéndose las vestiduras sacerdotales, de túnica blanca talar, mitra de plumas, cantidad de animales

1 Palestra Indiana, c. 72.

que ofreció al ídolo mayor que llamaban *corazon del reino*, y lo tenian en una isletilla como cué grande con arboleda muy grande y mucha caza de conejos y en medio una grande cueva y al rededor la grande laguna de San Dionisio al presente, para donde se embarcaban en canoas ó barcas. Acabado el sacrificio, que duró mucho tiempo, se volvió el rey á la muchedumbre de gente que le asistia, con el semblante triste y congojado, y les dijo: Hijos mios: lo que ha respondido el gran dios es, que ya se ha llegado el tiempo en que lo han de echar de esta tierra, porque presto vendrán sus enemigos de donde nace el sol, y serán unos hombres blancos, á cuyas fuerzas y armas no han de poder resistir todos los reyes de esta tierra, y nos la han de quitar y sujetar míseramente; y traerán despues otros hombres vestidos de aquel trage que veis en la figura, que serán nuestros sacerdotes, á quienes han de descubrir los que quedaren sus pecados de rodillas, como veis aquella mujer. Y es muy digno de advertir, que ni las indias se cubrian entónces de cobija, ni se usaban sillas de espaldar; y quiso Nuestro Señor ponerles tan propia la figura de todo, para despertador y aviso de su remedio en aquel peñasco."

Sea ó no cierto que el ídolo revelara anticipadamente al señor de Tehuantepec la venida de los españoles, es verdad que este rey expresaba un pensamiento dominante entónces y atribuido en su orígen á Quetzalcoatl; á saber, el anuncio de que habian de llegar por el Oriente poderosos extranjeros que dominarian el país y cambiarian la religion, no siendo ménos que existiera en el lugar mencionado la escultura representante de un dominico, pues Burgoa lo vió. Torquemada no hace mencion de estos hechos, por no haber tenido á la vista los manuscritos y pinturas zapotecas de donde Burgoa las extractó, como lo dice él mismo, pero sí refiere otros semejantes.

5.—"Viniendo, dice, de Guatemala Fr. Francisco Gómez, en compañía del varon santo Fr. Alonso de Escalona, pasando por el pueblo de Nejapa, de la provincia de Oaxaca, el Vicario de aquel convento, que es del Orden de Santo Domingo, les mostró unos papeles pintados, que habian sacado de unas pinturas antiquísimas, hechas en unos cueros largos, rollizos y muy ahumados, donde estaban tres ó cuatro cosas tocantes á nuestra fé, y eran la Madre de Nuestra Señora y tres hermanas hijas suyas, que las tenian por santas: y la que representaba á Nuestra Señora estaba con el cabello cogido al modo que lo cogen y atan las indias, y en el nudo que tienen atrás tenia metida una cruz pequeña, por la cual se daba á entender que era más santa, y que de aquella habia de nacer un gran profeta que habia de venir del cielo, y lo habia de parir sin ayuntamiento de varon, quedando ella Vírgen: y que á este gran profeta los de su pueblo lo habian de perseguir y querer mal, y lo habian de matar crucificándolo en una cruz. Y así estaba pintado crucificado y tenia atadas las manos y los piés en la cruz, sin clavos. Estaba tambien pintado el artículo de la resurreccion, cómo habia de resucitar y subir al cielo. Decian estos padres dominicos que hallaron estos cueros entre unos indios que vivian hácia la costa del mar del Sur, los cuales contaban que sus antepasados les dejaron aquella memoria."

Fr. Gregorio García cuenta esto mismo [1] y además refiere que en el pueblo de Quiechapa encontraron los dominicos, al entrar entre los indios zapotecas, "una biblia de solas figuras que guardaban de tiempo muy antiguo." Veitia dice que este libro ú otro mapa semejante paró en poder de Cárlos Sigüenza y Góngora y que se veian en él descritos no solo el pecado del hombre, su destierro del paraíso, el diluvio y la torre de Babel, sino tambien "la en-

1 Véase á Veitia, Historia antigua de México, t. 1, c. 17.

carnacion, nacimiento, pasion y muerte de Cristo, y la venida de un apóstol que predicó el Evangelio en aquellos primeros tiempos." Veitia poseyó la explicacion del mapa, mas no el original, que tal vez haya sido el mismo que Fr. Gregorio García [1] halló en manos de un Vicario de Cuilapan "con sus figuras, como los indios de aquel reino las tenian en sus libros ó pergaminos arrollados," y en que los mixtecas explicaban la creacion, el diluvio y otros antiguos acontecimientos. [2]

Descansando en la veracidad de los autores mencionados de cuya buena fé ninguno duda, resta preguntar si los hechos referidos en las tradiciones y pinturas no fueron un

1 Del orígen de los Ind. lib. 5, c. 4.

2 Noticias muy parecidas á los dogmas y á la historia del Evangelio se hallaron en Yucatan. Al clérigo Francisco Hernandez que conocia bien el mayo y doctrinaba á los indios de esta península, aseguró un indio, que ellos creian en Dios aun ántes que les predicaran el cristianismo, que este Dios era *Izona*, *Bacab* y *Echuah;* que *Izona* quiere decir "el gran Padre;" *Bacab*, "hijo del gran Padre," y *Echuah*, "Mercader;" que *Izona* era el creador de todas las cosas; *Bacab* habia nacido de una doncella, "Chiribirias," que quiere decir "madre del hijo del gran padre," la cual estaba en el cielo con Dios, y que la madre de Chiribirias se llamaba "Ischel;" que *Bacab* habia sido azotado, coronado de espinas y atado en un madero, en donde habia muerto, y vuelto á la vida despues de tres dias, subiendo á los cielos á unirse con el gran padre; que *Echuah* descendió luego á la tierra llenándola de bienes; y que los hombres todos no habrian de morir sino temporalmente. Agregaba el indio, que todas estas noticias las habian recibido de un extranjero llamado *Coxáz*, que en tiempos antiguos habia llegado con otros veinte compañeros á la tierra, enseñando á sus habitantes á confesar sus pecados y ayunar los viérnes, dia que llamaban "himis," en el cual dice habia muerto *Bacab*, y que aun conservaban la costumbre de ayunar así. Se hallaron igualmente en Yucatan ceremonias muy parecidas al bautismo y á la confesion sacramental. "En el Brasil, dice el Sr. las Casas en su apologético, que hallaron ó imaginaron hallar los portugueses rastros de Santo Tomás. Estas relaciones aisladas fueran acaso despreciables; mas reunidas todas, hacen sospechar, etc." (Véase á Remes. l. 5, c. 7).

sueño de los indios? Puede ser; pero es maravilloso que hayan soñado de igual modo los indios de Oaxaca y Tula, el Perú, Yucatan, Guatemala, etc. Se dirá que la suposicion de un apóstol que haya predicado el Evangelio en América trastorna las fechas que á su venida y á la fundacion de sus imperios respectivos asignan los aztecas, chichimecas y toltecas. Pero, ¿es exacto que estos toltecas fueron en efecto los primeros pobladores de Anáhuac? Las fechas en que existieron sus reyes ¿no marcarán una época de gloria de la ciudad de Tula y de su dominacion, circunscrita á estrechos límites más que la de haber llegado los primeros habitantes y la de un imperio que se extendiese á todo el continente? ¿Tula, no seria la parte de un todo, la pequeña fraccion de una muchedumbre inmensa que peregrinando por el Asia se derramase despues en la superficie dilatada de la América, poblada ya de tiempo inmemorial cuando se erigió en aquella ciudad el primer trono de que hay memoria? ¿Por qué al examinar esta importante cuestion no se ha contado con los elementos que suministran Oaxaca, Chiapas, Guatemala y aun Nicaragua, en que, segun se dice, se hablaba el mexicano desde tiempos remotísimos? Si los primeros toltecas vinieron en el siglo VIII ¿por qué no aportaron juntamente la filosofía de Confucio, el quietismo de Buda ó siquiera el uso del hierro conocido entónces ya de todo el mundo? ¿Por qué no se ven en Asia vestigios de su paso? [1] Lo único que se ve claro en las tinieblas de la historia antigua de Anáhuac, es que sus primitivos pobladores llegaron en época remotísima, que no se ha podido fijar exactamente; y careciendo de datos para resolver una cuestion por su naturaleza difí-

1 Alguno ha dicho que en la Tartaria Septentrional existe Aztlan, patria de los mexicanos. En el Asia central existen las ruinas de una ciudad, Oaulin, destruida ó abandonada hace más de 2,000 años. En Oálin estuvieron los toltecas. El idioma que se habla allí tiene alguna semejanza con el mexicano.

cil, expongo lo que me parece verosímil, ya que no sea lo verdadero.

6.—En el culto mismo de los indios se advierte alguna semejanza con las prácticas cristianas. Torquemada dice que en todo México eran iguales la religion y el culto dirigido principalmente en honor de un dios supremo, puramente espiritual y ajeno de toda materia, á quien designaban con el nombre de *Tezcatlipuca* ó *ánima del mundo.* [1] Era el criador del cielo y de la tierra, el señor del universo, por cuya providencia se gobernaban todas las cosas, cuya justicia remuneraba á cada cual segun sus obras, y en cuya esencia todos eran, vivian y se movian. Este dios invisible tenia diversos atributos que se hacian sensibles por medio de imágenes, deformes en verdad, pero profundamente significativas. Sea que el grosero vulgo convirtiese aquellas efigies en divinidades; pero la parte más culta é ilustrada se ha entendido que no era tan estúpidamente politeista como lo aseguraron los conquistadores.

Sea lo que fuere de la naturaleza de estas divinidades subalternas, en Oaxaca no se ha encontrado casi memoria de ellas. Tezcatlipoca por el contrario, fué profundamente venerado por zapotecas y mixtecas, aunque no con ese nombre. En la mayor anfractuosidad de la montaña de Achiutla se elevaba el adoratorio de la principal divinidad mixteca, cuya imágen era una esmeralda de cuatro dedos de longitud, en que se veia primorosamente grabada una avecilla y una serpiente, como ya se ha dicho: este ídolo era el centro comun de que partia el complicado tejido de venas por donde afluia la vida y el aliento á los mortales. Los mexicanos llamaban al omnipotente, "vida del mundo;" los mixtecas designaban á su esmeralda con el nombre de *corazon del pueblo*, y su veneracion y culto se extendian no

1 Torquemada, lib. 6, c. 15.

solo á una parte de Oaxaca, sino á la capital misma de los aztecas. En su templo asistia el sumo sacerdote mixteca, y allí daba sus respuestas cuando en ocasiones importantes le consultaban los orgullosos emperadores de México. Nada prueba mejor que los ídolos no eran el objeto final de las adoraciones de los indios y que sus dioses eran ménos groseros, más espirituales que esa comunidad de ideas religiosas por la que pueblos de distinto idioma y tal vez enemigos entre sí, tributaban sus homenajes á una misma divinidad designada con distinto nombre y representada con diversa forma. Esta piedra preciosa de Achiutla era, dice Herrera Perez, el verdadero *Yostaltepetl* (palabra compuesta de dos elementos: *Yottotl*, "corazon" y *Atlepetl*, "pueblo"), que se conservó entre los mexicanos y que á la vez de poner de bulto un centro de union, prueba que, como el corazon es lo más interesante de la vida animal, así en materia de religion, aquella imágen era lo más querido que tenian, no ya tratándose de la paz, sobre lo que se contaba con Huitzilopochtli, sino en otro sentido místico de la más fácil explicacion." [1]

7.—Se ha dicho que en este adoratorio asistia el sumo sacerdote de los mixtecas: nada más parecido á las vestiduras sacerdotales de los católicos que el ropaje de que usaba el pontífice [2] en el desempeño solemne de sus funciones. Se revestia primero una túnica larga tejida con hilos de vario color, y en que se veian bordados ó pintados los principales sucesos de su mitología; un roquete blanco caia sobre la túnica hasta las rodillas; sobre todo se cubria con una gran capa con su borla pendiente hácia la espalda, como la pluvial de los canónigos en el coro; ceñia el bra-

1 *Voz de México*, t. 9, n. 161.

2 Los mixtecas llamaban al sumo sacerdote *Taysacaa*, de *Tay*, "hombre," y *sacaa*, "pontífice."

zo izquierdo una faja de algodon curiosamente tejida y de que pendia una borla como el manípulo que usan los sacerdotes en la misa; del cuello y de los hombros pendia otra tira de algodon que se tomaria por estola; el calzado cubria y se ataba hasta la pantorrilla, y en fin, ceñia las sienes una corona ó mitra de plumas verdes entretejidas con esmero y adornadas con algunas figurillas de los ídolos. Era más ligero el vestido que se ponian en los bailes que solian tener en los patios del templo, entonando himnos en loor de la divinidad ó contando la historia de sus dioses. [1] A estos bailes concurrian, además del sumo pontífice, otros muchos sacerdotes subalternos que servian al primero en el ejercicio de las funciones sagradas, bien cubierto el rostro y el cuerpo con almagre y cierta tinta negra que destilaba el ocote con que se pintaban.

Se conservaban además en ese tiempo cuidadosamente los archivos mixtecas en que constaban la historia del pueblo, las leyes de sus monarcas y el ceremonial de su culto. El hijo del sumo sacerdote, convertido á la fé, explicó á los dominicos un gran número de los geroglíficos pintados en aquellas viejas escrituras; pero Burgoa no ha conservado sino las noticias relativas al tiempo de probacion de los jóvenes aspirantes al sacerdocio, moradores habituales de un monasterio anexo al templo. No eran admitidos en aquel seminario sino jóvenes de inmaculado corazon, puros en sus costumbres y que no hubiesen conocido mujer, en lo que eran severísimamente examinados: el castigo era espantoso cuando despues de recibidos se contaminaban con una liviandad siquiera. Durante un año eran probados con el mayor rigor: se abstenian de toda carne, de toda bebida fermentada, de todo lo que regala el paladar, limitando sus parcos alimentos al maíz tostado y algunas hierbas. De dia barrian las cuadras, lavaban los vasos, limpia-

1 Clavijero, t. 1, p. 250.—Torquemada, t. 9, c. 28.

ban las aras y asistian á los sacerdotes en los sacrificios ordinarios; en la noche velaban por turno, manteniendo vivo el fuego sagrado, y ejercitándose en largas oraciones y penitencias al pié de los altares. Su continente era humilde y su obediencia sin límites. Su principal ocupacion era el estudio del ceremonial del culto, de la sumision y rendimiento con que deberian hablar á la deidad y de las virtudes que habian de cultivar. Eran tan austeras sus costumbres, que si por el verdadero Dios se hubiera observado aquel género de vida, dice Burgoa, bien pudieran rivalizar con los Hilariones y Macarios.

Cuando llegó el marqués del Valle á Veracruz, conmovido todo el país por la extrañeza de los forasteros, el pontífice de Achiutla recibió de Moctezuma una solemne embajada, portadora de cuantiosos dones, con la peticion de un solemne sacrificio al reverenciado dios de aquel lugar, para saber la suerte que estaba reservada al pueblo. Hechas las oblaciones y quemados los perfumes que prescribia el ritual, el sumo sacerdote penetró solo en el santuario para consultar al ídolo. El pueblo, que habia quedado á la parte de afuera, oyó, entre ruido confuso de voces, el fatídico anuncio de que "habia concluido el señorío de Moctezuma." Los sucesos posteriores confirmaron esta profecía.

El sacerdocio era hereditario, y el último vástago de la familia convertida al cristianismo, muy venerado por los suyos despues de la conquista, dió honor por muchos años á la nueva fé, con la modestia, piedad y demás virtudes que rudimentalmente habia aprendido en el seminario de Achiutla. [1] Fué quien dió á los religiosos dominicos estas noticias,

1 Burgoa lo conoció. "Era, dice, un venerable viejo de gallarda disposicion, talle y cara, muy ladino, devoto y notablemente avisado. Vivió y murió con opinion de ajustado. Sabia grandemente las historias de su antigüedad, dicirniendo lo falso que detestaba de lo verdadero de su nobleza y casa solariega, como pudiera un grande de España. Los pueblos le trataron con mucho respeto que lo merecia por su autoridad

confirmadas además por las pinturas del archivo, en cuyo conocimiento estaba muy versado. [1]

8.—En el espacioso valle de Yanhuitlan habia otro adoratorio en que ofrecian sus sacrificios las mujeres y los que por cualquier impedimento no podian franquear las ásperas montañas del primero. Estaba servido por un patriarca dependiente del pontífice de Achiutla, siendo una misma la divinidad venerada en ambos lugares. En las cumbres de Chicahuaxtla habia tambien otro templo consagrado á los ídolos, aunque de ménos importancia.

Léjos de los principales centros de poblacion se abandonaban los indios á más vulgares supersticiones. Cerca de Justlahuac corre con disimulo, entre arbustos, un arroyuelo que más adelante penetra y se pierde en las tinieblas de una cueva profunda, cuya salida está á una legua de distancia. Por espacio de doscientos metros es accesible la gruta y se encuentra iluminada por los rayos solares á que da paso el enorme boqueron que sirve de entrada y que no tiene ménos de veinticinco varas de alto por seis de anchura. Las sales del agua que se filtra por las altas bóvedas han ido formando estalactitas y estalacmitas de figuras caprichosas: una de ellas es una fuente semicircular con sus peldaños y sus adornos distribuidos con regularidad: existe aún despues de doscientos años que Burgoa la describió. Otra de las figuras que se veia antiguamente era la estatua de un apóstol, con la capa sobre la cabeza, descubierto el rostro grave, las manos proporcionadas, y el conjunto como si fuese de metal vaciado. Desapareció destruida ésta por los religiosos á causa de las idolatrías de que era objeto.

A media legua de Teomastlahuac se ve un cerro de dos-

y venerable trato: hicieron grande estimacion del linaje de este Rabí que adoptó ya convertido por linaje el de Silva." Descripcion geográfica, 2ª parte, c. 26.

1 Burgoa. Desc. geog., 2ª parte, cap. 23.

cientas varas de altura, de pendiente muy rápida y erizada de peñascos en uno de sus costados. Al pié se extiende un lago cuyo diámetro apénas excede á un tiro de piedra, pero cuya profundidad es insondable. Antiguamente el lago estaba en la cumbre del cerrillo; mas las aguas se escurrieron por un conducto subterráneo, dejando en seco su lecho primitivo, visible hoy, por donde se arrojan frutos y otros cuerpos leves que flotan luego en la superficie del lago actual. Este se hace notable por dos circunstancias: la una, que está rodeado por una *tembladera*, es decir, que el suelo de sus orillas, bajo la presion de los piés, se mueve hasta cierta distancia y permanece oscilando como si estuviera sostenido por bejucos tendidos en el vacío y pendientes solo de sus extremos; la otra, que las aguas, antiguamente dulces, ahora impregnadas de azufre y sal, derramándose sin cesar por un arroyo, ni agotan los manantiales, ni disminuyen su caudal en el invierno, ni lo aumentan con las lluvias. Sin duda ninguna esta parte de la mixteca fué teatro en otro tiempo de convulsiones plutónicas y el lago es un volcan apagado en que al fuego ha sucedido el agua, como generalmente acontece. Segun las tradiciones, á los prisioneros de guerra sacrificaban en este lugar los indios, precipitándolos al lago en medio de cantos y bailes religiosos. Aun se practican ceremonias supersticiosas en ese lugar.

En las montañas de Chicahuaxtla existe otra cueva ó adoratorio de los indios, de que tuvieron noticia los primeros sacerdotes de la conquista, pero que hasta hoy no se ha podido descubrir. Tambien en Tututepec debe haber existido un gran templo, pues se ven esparcidos por allí fragmentos de ídolos gigantescos; mas solo esta huella queda de lo que fueron.

Se percibe que la religion de los mixtecas era más sencilla que la de los mexicanos. En toda la nacion no se encuentran ni la multitud de templos de Tenochtitlan, ni la multiplicidad de dioses de los aztecas. Ya hemos visto que

en Achiutla se tributaba culto á una esmeralda, imágen tal vez de aquel dios predicado por Quetzalcoatl, cuyo nombre, en sus dos elementos principales, estaba grabado en la misma piedra por los símbolos que los representaban: "Quetzalii," una avecilla, y "Cohuatl," la culebra. Veamos ahora cómo era este mismo el dios de los zapotecas y aun de los huaves.

9.—Teotitlan del Valle era la residencia del ídolo principal cuyas relaciones con el famoso Quetzalcoatl se han expuesto ya en otra parte. En Mitla levantaron los antiguos zapotecas un templo al dios representado en aquel ídolo y un suntuoso palacio que fuese la residencia de sus sacerdotes. Llamábase aquel palacio en zapoteca *Yoho-pechelichi Pezelao*, "Fortaleza de Pezelao." Pezelao es nombre compuesto de *Piezi*, "Oráculo," y *lao*, "de lo alto:" se puede interpretar, pues, el nombre completo, "Palacio del que pronuncia oráculos del cielo." El dios allí venerado era incorpóreo, pues lo designaban con el nombre *Pitao*, "comun á los espíritus;" pero no era un espíritu comun, sino superior á todos los demás y dotado de atributos que le eran exclusivos: era increado, por lo que le llamaban *Piyetao Piyexoo;* era infinito, sin principio, é inmortal, lo que expresaban llamándole *Coqui-cilla, Xetao Pillexao;* habia sido el criador del universo *Pitao Cozaana;* especialmente era el autor de los hombres y los peces *Uuichaana;* y por él se sostenian y gobernaban todas las criaturas, por lo que le decian *Coquiza Chibatiya Cozaanatao*. A este espíritu supremo, cuyos atributos que tan lacónica como enérgicamente caracteriza el idioma zapoteca, estaban subordinados otros espíritus ó génios inferiores, cada uno de los cuales tenia su empleo en el régimen del mundo. *Pitao Cocobi* era el génio de la abundancia y de las mieses, y *Pitao Cociyo* el de las lluvias; *Pitao Cozaana* presidia la pesca y la caza, y *Pitao Xoo* los terremotos; tres génios, *Pitao Zey*, *Pitao Yaa* y *Pitao Pec*,

suavizaban el infortunio y las miserias, y tres, *Pitao Peczé*, *Pitao Quelli* y *Pitao Yaaye*, derramaban entre los hombres riquezas y placeres; *Pitao Pecala* era el ángel que inspiraba los sueños y *Pitao Peeci* era el génio de los auspicios. [1] En toda esta nomenclatura se ve que si los zapotecas admitian espíritus varios, se guardaban de atribuirles divinidad, pues los subordinaban al espíritu increado, al infinito sér, creador de todas las cosas, el espíritu por excelencia, *Pitao*, como ellos le llamaban. Por lo que hace á *Pezelao*, si le pertenecia el palacio espléndido de Mitla, sin duda porque él lo edificó y en otro tiempo lo habitó, en Coatlan se le encuentra ya como un morador del cielo, inmediato á la divinidad y dispensador de bienes á los hombres. Herrera cuenta [2] que conservaban cuidadosamente en este pueblo la momia de un cacique, preservada de la corrupcion con bálsamos y aromas, que exponian á la expectacion pública en ciertos dias del año. Daban los indios al cacique el nombre de *Petela* y aseguraban que era uno de los que se habian salvado de las aguas del diluvio. Durante cierta pestilencia que desoló aquellas comarcas, dominando ya los españoles, los indios hicieron sacrificios á *Petela*, para que por su intercesion *Pezelao* aplacase aquella enfermedad. Un vicario del lugar, Bartolomé de Pisa, teniendo noticia de los sacrificios de los indios, buscó la momia, y habiéndola encontrado, públicamente la quemó. Posteriormente, otro párroco, Estéban Ramos, sabiendo que continuaban aún los sacrificios, aprehendió á los delincuentes y los remitió procesados al obispo. *Petela* era, pues, uno de los que se habian salvado en el diluvio, acaso uno de los caudillos que habian guiado en su peregrinacion á los zapotecas y toltecas, y *Pezelao* un sumo sacerdote por cuyos labios se comunicaban á

1 Vocabulario del P. Córdova.

2 Déc. 3ª, lib. 3º, cap. 14. Veanse tambien los estudios históricos de Carriedo.

los hombres los oráculos del cielo, el fundador de Mitla y de quien tal vez sucesivamente derivaron su autoridad los demás sumos sacerdotes zapotecas.

Los sacerdotes de los otros santuarios sembrados en número muy escaso en el país, estaban subordinados á éste. Es cosa singular que los zapotecas y los huaves, separados entre sí por la distancia, el idioma y los respectivos intereses, y que se acercaron poco ántes de la venida de los españoles solo para combatirse mútuamente, hayan adorado sin embargo á un mismo dios. Cuando los huaves fueron vencidos por los zapotecas, en las llanuras de Tehuantepec, se retiraron á un islote de formacion volcánica que descuella sobre las agitadas aguas de la laguna de San Dionisio. El clima los diezmaba, y los mantenimientos, reducidos á los productos de la pesca, eran mezquinos: la existencia se pasaba miserablemente; sin embargo, allí permanecieron con obstinacion encerrados sin mezclarse con sus vencedores. En una cueva levantaron el altar de su divinidad predilecta, y ante ella, el sacerdote, revestido con una túnica de algodon, semejante al alba, y ceñida la cabeza con una corona de plumas parecida á la que usaban los mixtecas, rodeado del pueblo hacia sus preces y ofrecia sus sacrificios. Lo raro es, repito, que á esta misma cueva vinieran á postrarse reverentes los dominadores zapotecas y que consultasen en sus dudas y necesidades á esos mismos sacerdotes, como ya hemos visto que lo hizo el rey de Tehuantepec con ocasion de saber la significacion de una antigua estatua. La divinidad era llamada "Corazon ó alma del pueblo:" [1] los indios estaban persuadidos que era el Atlante que sustentaba sobre sus hombros el orbe, de tal suerte, que cuando aquella se movia, el mundo era sacudido con extraños temblores.

1 En huave se llama el dios "Manyi," "y" es la letra que más se aproxima al sonido de los indios: la laguna se llama *Tileme,* "laguna sin fin."

El sacerdocio era hereditario y seguia la línea recta de consanguinidad.

Por el año de 1609 se descubrió otro objeto venerado por los tehuantepecanos, aunque no parece que le hayan dado el culto de latría propio del Sér Supremo, sino más bien aquel que se tributó á los héroes de bondad y de virtud. Un pastor extraviado encontró en la cumbre de un montecillo una espaciosa plazuela bien barrida, en cuyo centro, varias piedras planas, apoyándose por sus extremos las unas en las otras, hacian un hueco en que se hallaba depositada otra piedra blanca y esférica, groseramente perforada. La miraba el pastor tomándola en las manos, cuando le dió voces un indio anciano que salió de los matorrales, advirtiéndole que profanaba con su contacto aquel sagrado objeto, delito que no dejaria el cielo impune. [1]

El acontecimiento hizo ruido y los tribunales se ocuparon de conocerlo. Los indios explicaban su orígen de este modo: Al dar el rey de Teozapotlan á su hijo la corona de Tehuantepec, le recomendó juntamente que retuviera en sus Estados y proveyera al bienestar de una de sus hijas llamada *Pinopiáá*. Era ésta una doncella pura y honesta en extremo, devota de los dioses y á quien respetaban como santa los pueblos. Llegando esta vírgen á Jalapa se sintió herida por una enfermedad mortal. Cuando murió, en torno del féretro se reunieron todos los caciques y señores para llorar la pérdida prematura de la jóven amada del cielo y bienhechora de los hombres. Se preparaban ya á darle honrosa sepultura, cuando repentinamente desapareció el cadáver, trasformándose con estruendo en una esfera de piedra destinada por los dioses á recibir el culto de los suyos. Habia memoria de castigos ejemplares fulminados por el cielo contra los irrespetuosos que sin venerarla se acercaban á ella. [2]

1 Burgoa, 1ª parte. cap. 58.—2 Idem idem, cap. 71.

Algunos otros ejemplos de este culto tributado á las personas ilustres ó benéficas se encontraron entre los zapotecas de la sierra, como se verá despues, así como de ídolos y adoratorios escasos en verdad, atendida la extension del territorio de Oaxaca. Ignoro si recibia homenajes religiosos aquel ídolo que los mexicanos llamaban *Tzapotlatenan*, nombre que traduce el Sr. Herrera Perez, *Madre de los zapotecas.* Segun Torquemada, era la diosa de la medicina, habia inventado el aceite llamado *Oxitl* y otras medicinas de grande utilidad, y era honrada con sacrificios de víctimas humanas é himnos compuestos en loor suyo. Herrera Perez no asiente á estos conceptos. "*Tzapotl*, dice, es "zapote;" *Tlalli*, "tierra;" *Tla*, "cosa," y *Tenan*, "madre de alguno." *Tzapotlatenan*, "la Madre de la tierra donde se da el zapote;" en estricta significacion gramatical, "la Madre de los zapotecas," traduciendo la palabra libremente. Nada de medicina se ve que dé la palabra; y como fortalecerse con algo es en cierta manera curarse de la debilidad que se sufre, yo no encuentro en este nombre "Tzapotlatenan," otra cosa que un símbolo, geroglífico conmemorativo de lo que pasó en la peregrinacion primitiva, cuando al salir de *Tlapallanconco, Calel* ó *Cael*, faltaron provisiones á más de 400,000 que venian, y llegados á las orillas de un monte desfallecian, y entraron á buscar qué comer, y habiendo encontrado frutos de Tzapotl, los cortaron y comieron."

Si no se adopta por completo esta explicacion, por lo ménos hay que creer que Tzapotlatenan hubiese sido alguna mujer benéfica, cuyo recuerdo conservasen, como el de Pinopiáá, con veneracion los pueblos, sino es que fuese la misma Pinopiáá, cuyo ídolo se descubrió en Tehuantepec. De los sepulcros se han extraido multitud de piezas de todos tamaños, de barro, de piedra y oro, de figuras várias, á que se ha dado el nombre de ídolos, pero que realmente deben haber sido, los unos, retratos más ó ménos recargados de geroglíficos significativos de la índole, virtudes ó hechos

principales de la vida de las personas que representaban, y los otros, vasos adornados y dispuestos á propósito para colocar luces, ramos de flores ó perfumes. Tanto más aceptable es esta conjetura, cuanto que por lo regular estos idolillos están adheridos por la espalda, á manera de alto relieve, á una vasija dispuesta á propósito para recibir y contener alguna cosa. En Yucatan servian estos vasos para guardar las cenizas de los difuntos: [1] el mismo empleo deben haber tenido en Oaxaca.

El único dios á quien adoraban ciertamente, segun las noticias que han quedado, es aquel á quien los tehuantepecanos y mixtecas llamaron "alma del mundo," el Tezcatlipoca de los mexicanos, el dios invisible, creador del cielo y tierra y gobernador providente de todo el universo, el increado, el infinito de los zapotecas de Mitla. Como prueba de que fuese la dominante en los valles esta divinidad misma, se puede alegar, que cuando los sacerdotes de este Mitlan vieron invadida su espléndida residencia por los conquistadores, emigraron á Tehuantepec llevando consigo la estatua de su dios, á quien todo el pueblo, sin diferencia ni obstáculo, tributó igual culto por varios años.

10.—En realidad Mitla no era un templo, puesto que el ídolo más venerado de los zapotecas tenia su casa en Teotitlan, sino un vasto y suntuoso panteon: el nombre de Mitla, "infierno" en mexicano, denota el destino del grandioso edificio llamado por los indios del lugar *Liovaana*, "Centro del descanso." En el sitio que ocupa encontraron los primeros pobladores un hueco ó gruta profundísima que aprovecharon diestramente para la construccion del palacio. Así lo describe Burgoa: "Edificaron en cuadro esta opulenta casa ó panteon, en altos y bajos: éstos en aquel hueco ó concavidad que hallaron debajo de la tierra, igualando con

1 Herrera. Déc. 4, l. 10, c. 4.

maña las cuadras en proporcion, que cerraban, dejando un capacísimo patio; y para asegurar las cuatro salas iguales obraron lo que solo con las fuerzas é industria del artífice pudieran obrar unos bárbaros gentiles. No se sabe de qué cantera cortaron unos pilares tan gruesos de piedra, que apénas pueden dos hombres abarcarlos con los brazos: éstos, aunque sin descuello ni pedestales las cañas, tan parejos y lisos que admira, son de más de cinco varas de una pieza; éstos servian de sustentar el techo, que unos á otros en lugar de tabla son de losas de más de dos varas de largo, una de ancho y media de grueso, siguiéndose los pilares unos á otros para sustentar este peso. Las losas son tan parejas y ajustadas, que sin mezcla ni vetúmen alguno, parecen las junturas tablas traspaladas: y todas cuatro salas, siendo muy espaciosas, están en un mismo órden cubiertas, con esta forma de bovedaje."

"En las paredes fué donde excedieron á los mayores artífices del orbe, que de griegos ni egipcios he hallado escrito este modo de arquitectura; porque empiezan por los cimientos más ceñidos, y prosiguen en alto, dilatándose en forma de corona, con que excede el techo en latitud al cimiento, que parece estar á riesgo de caerse. El centro de las paredes es de una argamasa tan fuerte, que no se sabe de qué licor la amasaron. La superficie es de tan singular fábrica, que dejando como una vara de piedras losas labradas, tienen bordo para sustentar abajo la inmensidad de piedras blancas, que empieza del tamaño de una sesma, de la mitad el ancho, y la cuarta parte del grueso, tan alijadas y parejas como si salieran de un molde todas. De éstas era tanta multitud, que con ellas, encajadas unas con otras, fueron labrando varios vistosos romanos, de una vara de ancho cada uno y de largo toda la cuadra, con diversidad de labores cada uno hasta la coronacion, que en lo aseado excedia todo. Y lo que ha causado asombro á muchos arquitectos es el ajuste de estas piedrecillas, que fuese sin tener

un puño de mezcla, y que sin tener herramienta, consiguiesen con pedernales duros y arena, obrar esto con tanta fortaleza, que siendo antiquísima esta obra, sin memoria de los que la hicieron, durase hasta nuestros tiempos...."

"Los altos eran del mismo arte y tamaño que los bajos. Las portadas eran muy capaces, de una sola piedra cada lado del grueso de la pared, y el dintel ó umbral de arriba otras que abrazaban las dos de abajo. Las cuadras estaban repartidas una en frente de la otra."

Este suntuosísimo palacio servia de habitacion y sepulcro al sumo sacerdote de los zapotecas y para este fin fué edificado. En la organizacion religiosa de este pueblo, el pontífice de Mitla venia á tener cierta semejanza por su poder con el jefe de la Iglesia católica: era el vicario de la divinidad, el centro de la jurisdiccion, el moderador si no el árbitro de la disciplina, el oráculo de la fé y el canal por donde se comunicaba del cielo á la tierra toda gracia, todo perdon y todo poder, así en el órden espiritual como temporal. Inútil es por lo mismo agregar, que á su régimen y autoridad estaban sujetos, no solo los otros sacerdotes, sino tambien los pueblos y los reyes mismos á quienes él consagraba y deponia. Considerándose como inmediatamente cercano á la divinidad, era el instrumento de los favores y castigos divinos, el medianero de los hombres y el árbitro supremo de todas las causas. Su poder se extendia más allá de la tumba; y si á los vivos mandaba con imperio absoluto, á los muertos tambíen execraba, infamándolos perpétuamente con sus maldiciones, ó les concedia perdones y remisiones muy semejantes á nuestras indulgencias: por eso entre los indios fué llamado Mitla, "el palacio de los vivos y los muertos."

11.—Residia de contínuo este encumbrado personaje en el más amplio de los departamentos del palacio alto: en el salon principal tenia levantado un trono, en el que, sobre

muelles cojines y reclinándose en un ancho respaldo forrado con pieles de tigre y estofado de plumas menudas y sedosas, tomaba asiento para dar audiencia. A los lados estaban distribuidos otros asientos menores que llenaban sucesivamente los interesados en hablarle, aunque perteneciesen á las más altas jerarquías, los que llegaban allá, no cruzando el patio, que esto fuera falta de respeto, sino por callejones y puertas excusadas abiertas al intento. Los reyes y principales señores de Teozapotlan le consultaban con frecuencia, lo visitaban y honraban, y ciegamente obedecian sus mandamientos: les era permitido permanecer algunos dias y aun residir en el palacio; mas no en el departamento del sumo saderdote sino en otro limitado y estrecho, más allá del cual no les era permitido extenderse. Los sacerdotes subalternos tenian tambien un departamento separado al frente del de los reyes y al lado del pontífice supremo. A éste designaban los indios con el nombre de *Huijatóó*, es decir, "el gran atalaya, el que lo ve todo," y este nombre atribuyeron al Papa de Roma despues de cristianos; á los ministros inferiores del culto llamaban *Copavitóó*, "guardianes de los dioses," y así llamaron despues á los curas. "Colami Cobeé Pecala" era el nombre de los sacerdotes encargados de interpretar los sueños. En el gobierno económico del palacio no se reconocia otra autoridad que la del *Huijatóó* ó jefe de la religion.

Si la vida pública de éste era espléndida, la doméstica no carecia de suntuosidad y de placeres. Sobre bruñido pavimento habia tendidas delicadas y finísimas esteras que alcanzaban por todas partes el pié de los brillantes muros, de cuyo admirable estucado quedaban vestigios hasta hace muy poco. Allí todos reposaban de noche sobre lechos mullidos formados con blandas pieles y esteras curiosas y riquíimas, abrigándose con ropas no ménos valiosas tejidas de algodon y suaves plumas. Sus comidas eran ciervos, conejos y otros animales de montería, ó aves cogidas con el lazo ó

muertas al golpe de la saeta. Sus bebidas, siempre frias, se preparaban con cacao molido ó desleido en agua de maíz; otras veces eran frutas martajadas y fermentadas, ya solas ó ya mezcladas con el vino del maguey. Estos licores eran vedados para los plebeyos. Sus paseos eran en bellísimos jardines y á la sombra de largas calles y copudos árboles.

Al gran sacerdote estaban prohibidos los enlaces matrimoniales, ni podia él comunicar con mujeres sino en ciertas, señaladas y grandes solemnidades, que celebraban con aparato de costosos convites y abundancia de bebidas fermentadas que se distribuian con largueza y robaban el juicio á la mayoría de los convidados. En estas ocasiones, entre la nobleza del país se buscaban las doncellas más hermosas, quienes por entónces y temporalmente formaban el serrallo del sumo pontífice. Si alguna concebia, luego era separada y custodiada con esmero, á fin de que ninguna duda pudiese empañar la limpieza de la prole. Si el alumbramiento era de varon, éste seria el futuro sumo sacerdote, que nunca era elegido, invistiendo tan alta dignidad, en caso de muerte sin sucesion, el pariente más cercano.

En la sierra se notaban algunas diferencias en órden á la continencia de los sacerdotes. Estaba establecido allí que nadie pudiese acercarse á las aras sin negarse totalmente á la concupiscencia; por lo que cuantos se dedicaban al ministerio del altar, desde su niñez eran cruelmente retajados en los órganos de la generacion, de tal modo que les fuese imposible despues toda comunicacion con mujer. Llamábanse estos niños *Vijanos*, es decir, "dedicados á Dios," y eran por lo regular los hijos segundos de los caciques ó señores. Desde sus primeros años, estos niños eran separados de la comunicacion del mundo y de todo peligro de liviandad. Eran educados en el recogimiento, la honestidad y el ejercicio de otras virtudes, principalmente de la pureza, muy estimada de los indios. Crecian aprendiendo los ritos y ce-

remonias del culto, y ya sacerdotes, eran generalmente respetados. [1]

En Mitla, cuando se habia de celebrar una gran solemnidad, se daba prévio aviso á los *Copavitóó*, cuya obligacion era preparar en la capilla subterránea lo necesario para el sacrificio. A la hora conveniente, descendia el *Huijatóó*, seguido de gran acompañamiento, cubriéndose á su paso todos los plebeyos el rostro, para no morir si se atrevieran á mirarlo. Ya en el templo, le revestian los ministros una ropa blanca talar de algodon, semejante á las albas de los sacerdotes católicos. Sobre ella, le ponian otra vestidura parecida á la dalmática ó casulla, en que se veian bordadas figuras de fieras y de pájaros. Ceñian sus sienes con una mitra y calzaban sus piés con sandalias tejidas con hilos de varios y bellos colores. Así revestido el sumo sacerdote, con semblante grave y continente modesto, se llegaba al altar.

Era éste una piedra labrada sobre la que descansaba el ídolo, objeto del culto. Ante él, pero á distancia respetuosa, se postraba el sacerdote quemando incienso y esparciendo perfumes. Acercábase despues aun más á la divinidad y comenzaba á murmurar entre dientes una oracion. Su conversacion con el ídolo duraba largo tiempo, aunque siempre de un modo ininteligible para el vulgo; y entretanto que continuaba su plegaria, hacia visajes raros, se sacudia con movimientos extraordinarios y retorcia los miembros del modo más singular, rugiendo de repente y arrojando espantosos bramidos que imponian asombro y miedo á los circunstantes. En fin, salia del sublime rapto, y dirigiéndose al pueblo, anunciaba la revelacion que le habia hecho el cielo ó las mentiras que habia tenido tiempo de inventar.

Estas ceremonias se doblaban cuando se habia de inmolar alguna víctima humana. Hechas las preces de costum-

1 Burgoa, cap. 58.

bre en estos casos, los ministros se acercaban lentamente al infeliz que iba á ser sacrificado, lo extendian sobre una gran piedra, y le descubrian y dejaban desnudo el pecho; uno de ellos, armado con filosas navajas de pedernal, diestramente le rasgaba las entrañas, é introduciendo la mano con prontitud, le arrancaba el corazon, que aún palpitante y chorreando sangre, era llevado al sumo sacerdote. Este lo llegaba primero á los labios y luego lo ofrecia á los ídolos; entretanto que los otros ministros, cargando con el cuerpo muerto, lo iban á depositar en el sepulcro de sus bienaventurados, creyendo todos firmemente que aquel triste discurria ya contento por los verjeles y ferias de la eternidad.

Burgoa es á quien se deben estos pormenores, el cual se muestra flaco de memoria en uno de los puntos de su narracion. En el capítulo 3º, página 258, "Descripcion geográfica," de donde se han tomado las anteriores noticias, da á entender, como se ha visto, que algunas veces los zapotecas ofrecian á los dioses víctimas humanas, describiendo los sacrificios al modo con que tenian lugar en Tenochtitlan, ante las aras de Huitzilopochtli. Estaba nutrido con la lectura de los libros de su tiempo y preocupado con las ideas dominantes sobre la crueldad sanguinaria del culto religioso de los indios. [1] En Oaxaca no hay vestigios ni memoria de que jamás se hubiesen inmolado víctimas humanas en los templos. El mismo Burgoa lo confiesa en el capítulo 58, página 282 y siguientes del mismo libro, afirmando que jamás se sacrificaban hombres en los templos zapotecas.

1 Si se hubiesen de creer todas las matanzas de indios que nos cuentan los historiadores, hechas en alta escala, ya en las guerras, ya en los templos, preciso fuera persuadirse fundadamente que los conquistadores habian encontrado desierto y sin un habitante el país de Anáhuac. Los españoles, para encarecer los beneficios de la conquista, han procurado siempre recargar de colores sombríos el cuadro de las costumbres antiguas de los indios.

"En el momento de la adoracion, dice, quemaban aromas y derramaban perfumes. En los sacrificios degollaban palomas y otras aves. En las ocasiones más graves, los sacerdotes se picaban debajo de la lengua y detrás de las orejas, y con la sangre vertida empapaban pajas que ofrecian á sus dioses; mas no se ofrecian víctimas humanas." Así lo practicaban ciertos indios de la sierra, que despues de la conquista fueron sorprendidos idolatrando, como se referirá más adelante.



CAPITULO VI

PRACTICAS RELIGIOSAS.

1 Antiguos sacerdotes y nahuales.—2. Oraciones públicas y privadas.—3. Ceremonias usadas en el nacimiento.—4. El "Nahuatl" y la "Tona."—5. Educacion de la infancia.—6. Monasterios y colegios.—7. Matrimonios.—8. Sacrificios expiatorios.—9. La muerte y la eternidad.—10. El panteon de los zapotecas.—11. Culto de los difuntos.—12. Conclusion del capítulo.

1.—Generalmente al sacerdocio está unido el estudio de la sabiduría: si á esto se agrega que á los sacerdotes se ha creido en todos tiempos revestidos por la divinidad de una autoridad sobrenatural y de un poder superior capaz no solo de realizar maravillas en la tierra sino de abrir tambien á los mortales las puertas de una eternidad feliz ó desgraciada, se explica el temor reverencial que les han tenido los pueblos de todas las edades. Pero entre los indios de Oaxaca este respeto habia salido de los límites comunes, entrando de lleno en el dominio de la supersticion. Si en otros tiempos les fué predicado el Evangelio, la religion de Cristo habia degenerado entre ellos hasta convertirse en un conjunto de brujerías y de inútiles observancias. Sus sacerdotes, roto el encadenamiento sucesivo y careciendo de union con el centro comun, no podian tener legitimidad ni mision divina; y no comprendiendo que su destino era

superior á los mezquinos intereses personales, de hombres del cielo se habian trasformado en miserables hechiceros, forjadores de embustes y especuladores despreciables de la ignorancia del vulgo. Así es como han llegado á nuestros dias y son bastante conocidos con el nombre de brujos ó *nahuales*, y este carácter tenian antiguamente en los pueblos lejanos y ménos cultivados. Dicen que acostumbraban raer el pelo de la cabeza dejando un cerco de cabello como la corona de los monjes y que por eso hasta hoy se ven muchos de esta suerte. De todos modos, es cierto que fueron extraordinariamente venerados.

2.—En ciertos dias del año prescritos en su calendario ritual y en ocasiones de interes general, se agrupaba todo el pueblo en torno de los altares. Cuando alguna calamidad pública aquejaba á los indios del valle, demandaban á dios sus favores por mediacion del sumo pontífice de Mitla. Reunidos todos en la capilla subterránea, y hechas las preces y ceremonias de costumbre, el pontífice intimaba al pueblo, por conducto de sus ministros, el mandato de no alejarse hasta que los dioses estuviesen aplacados. Nadie se atrevia despues de esto á repasar los umbrales del santuario, perseverando todos en la oracion, ayunando y haciendo penitencia, sobre todo absteniéndose de tratar con mujeres y aun de verlas, miéntras no eran favorablemente despachados. [1]

Los mixtecas ayunaban la vigilia de sus fiestas comiendo únicamente pan de maíz y miel cruda extraida del maguey. Los zapotecas tenian un ayuno de cuarenta dias. [2]

Cuando la necesidad que deseaba remediarse era privada, se ocurria, segun la gravedad, ya al gran sacerdote, ya á los de jerarquía inferior. Las ocasiones comunes de

1 Burgoa. Desc. geog., c. 58.
2 Herrera. Déc. 3ª, lib. 3, c. 13.

hacer tales demandas, eran el nacimiento, la celebracion del matrimonio y la muerte.

3.—El nacimiento de un infante ha sido en todos los países un acontecimiento doméstico importante: la suerte futura del recien nacido interesa vivamente á la familia, que lo ama y le desea prosperidades desde el momento en que ha venido al mundo. La religion y la sociedad toman parte despues en el regocijo del hogar, y se esfuerzan á su vez por prevenir en el niño las inclinaciones que en el hombre se desplegarán como un resorte, imprimiendo acaso un poderoso impulso y dando nueva vida á sus contemporáneos. No es extraño, pues, que los indios hayan llevado sus cuidadosas atenciones á la cuna de los infantes, desde el momento en que eran alumbrados.

Prévio aviso, el sacerdote se acercaba á la casa de la mujer que acababa de ser madre para practicar allí las ceremonias necesarias. Primeramente, ponia en las manos del infante una saeta, si era varon; un malacate, si pertenecia al sexo femenil. Luego, sin dilacion, partia al campo á fin de recoger la leña necesaria para calentar cierta agua que se tenia por sagrada. Con ésta lavaba al infante, invocando á la divinidad con especiales fórmulas. Era otra ceremonia la imposicion de nombre. Este no se escogia al antojo, sino el que marcaba el calendario. Era el calendario un disco de piedra ó de metal en cuya circunferencia se veian talladas ó esculpidas varias figuras, de tal modo que á cada dia del año correspondiese un nombre de planta ó de animal. El sacerdote seguia determinadas reglas cuando aplicaba uno de estos nombres al que habia nacido en señalado dia.

4.—Los astrólogos de Europa relacionaban la vida humana con las estrellas, de tal modo que del curso de éstas hacian depender los acontecimientos de los pueblos y la suerte de los hombres. Más estrechamente aún relaciona-

ban los indios la vida del hombre con la del bruto que le tocaba en suerte. El sacerdote no solo imponia nombre á los recien nacidos, sino que los marcaba hiriéndoles detrás de las orejas, y ofreciendo á los dioses la sangre que brotaba, y además mostraba á los de la casa el animal cuyo nombre habia escogido, y que desde entónces era la *tona* del infante, es decir, su mejor amigo, la mitad de su sér, un otro yo, algo más inmediato y protector que el ángel tutelar de los cristianos.

A los primeros destellos de la razon, el niño era conducido al templo, y el sacerdote le daba una larga instruccion religiosa, recordándole que dios le habia dado vida y señalado dia en que naciera, que le habia buscado amigo y guardian en el animal que le habia sido indicado, y que por lo mismo, era forzoso agradeciese á su dios tan gran beneficio, "comunicando con el tal animal su suerte y fortuna" (palabras textuales, segun Burgoa). Acabada la exhortacion, que era larga y conmovedora, el sacerdote le mostraba segunda vez la béstia protectora, que segun los indios aseguraban, aunque fuese un leon, se presentaba dócil y mansa, dejándose abrazar y tratar por el niño. Una vez asegurada aquella alianza, la béstia y el niño corrian igual fortuna, próspera ó adversa, quedando la vida misma sujeta á idénticos peligros. Si la fiera en el bosque se veia cogida en un lazo ó atravesada por el dardo de algun cazador, las heridas aparecian en los miembros correspondientes del niño, sin que pudiera señalarse otra causa. Recíprocamente, si el niño, trasformado ya en jóven por la edad, en la guerra moria ó era mutilado, acontecia otro tanto con la *tona*. Tan persuadidos estaban los indios de esto, que no bastaria á desengañarlos la razon más concluyente. Reprendiendo Burgoa á un indio tan supersticiosa práctica, recibió esta contestacion: "Padre, esa fortuna fué con la que nací, que yo no la busqué: porque desde muy niño veo á ese animal muy cerca de mí, y suelo comer de lo que

come y sentir en los daños que él recibe y á mí no me efende."

Innumerables hechos se han referido en comprobacion de que esa relacion es real; hechos que alimentan la credulidad del vulgo y que aun á personas ilustradas han hecho vacilar. Por ejemplo, al P. Fr. Diego Serrano, en el paso de un rio cerca de Jalapa, asaltó un caiman, cuyas terribles mandíbulas alcanzaron el hocico del caballo de que fuertemente se asieron como si fuesen una sólida tenaza El noble bruto, de un salto, quedó con el religoso caballero fuera del rio, arrastrando consigo el lagarto, que no habia tenido tiempo de desprenderse. Al caer el caballo fuera del rio, descansó las dos manos herradas sobre el cuello del caiman, que fué muerto en el acto. Cuando el religioso llegó al pueblo de Jalapa, encontró muerto á un indio, quien parecia hollado por las manos de un caballo, cuyas herraduras tenia marcadas en el cuello. El caiman era la *tona* de aquel indio. He querido referir este hecho que se lee en las obras de Burgoa, [1] no para justificar la credulidad supersticiosa de los indios, sino para que se conozcan los otros muchos de igual clase que, á pesar de tres siglos de cristianismo, mantienen aún en nuestros dias tan insensata persuasion. Verdad es que no existen ya calendarios y que se han perdido de los registros de la memoria, el órden y la forma antigua de encontrar la *tona;* pero sustancialmente la supersticion vive; pues cuando es inminente el alumbramiento de un indio, los comadrones y parteras se dedican á delinear sobre la ceniza ó la arena culebritas, lagartijas y otros animales, marcando el que corresponde al instante de la aparicion, como el protector de la criatura.

Habia otro género de alianza y union más estrecha todavía, en virtud de la cual el hombre podia tomar á placer la figura de la béstia, ejecutando por este medio las ven-

1 Desc. geog., c. 7.

ganzas y maleficios que estaban á su alcance. Los unos se trasformaban en enormes serpientes, los otros en lobos ó coyotes. Detrás de los matorrales ó en la espesura de los bosques espiaban la ocasion de acometer á su víctima. De súbito, al bordear un precipicio, al cruzar una vereda solitaria, y cuando el viajero estaba ménos preparado, se veia asaltado por una fiera que lo heria y lo despedazaba sin piedad. El tal viajero habia tenido sin duda un altercado con el *nahuatl* ó brujo, y éste, con las apariencias de la fiera, tomaba venganza de su contrincante. Nada más temido ni más aborrecible que estos *nahuales*, por sus maleficios contínuos. Nunca de sus manos salia bien librado un enemigo, siendo bastante una desavenencia ó ligero desacuerdo para que el *nahuatl*, con sus malas artes y sin que nadie se apercibiese de ello, depositase un tiesto ó una angulosa y cortante guija debajo de la piel del rostro de su adversario, formándose luego en el lugar alguna dolorosa llaga incurable y eterna. Regularmente, el *nahuatl* comenzaba por dirigir torvas miradas que llenaban de consternacion y de espanto á la multitud que imaginaba el cúmulo de desgracias que seguirian á tan fatídico anuncio. Luego, en el suelo ó en un muro cualquiera, con groseros trazos, el *nahuatl* delineaba los perfiles del rostro de aquel á quien deseaba perjudicar, y en el lugar correspondiente á las sienes fijaba una espina: en el mismo instante la persona representada sentia en la cabeza un intenso dolor que no desaparecia miéntras el brujo no lo extraia por medio de conjuros y ensalmos.

Habia pueblos señalados por la profesion de *nahuales*; distinguiéndose entre los mixtecas el de Tecomastlahuac, en donde hallándose Burgoa de Ministro, setenta años despues de la conquista, hubo necesidad de arrojar y mantener en perpétuo destierro á dos de esos brujos, porque á fuerza de malignidad se habian hecho insoportables á los vecinos; ni habian bastado los esfuerzos de la justicia y las persuasiones de los frailes para corregirlos. El mismo Bur-

goa recogió y retuvo en aquella casa vicarial á otro anciano idólatra "de más de setenta años, que vivia en los montes desnudo, con el trage de su gentilidad y tenido entre los indios por gran sacerdote, quien conforme sus ritos diabólicos, bautizaba, confesaba, casaba, siempre con sacrificios y efusion de sangre, para la expiacion que enseñaba de culpas; y teniéndole con grillos, catequizándolo con caridad de cuerpo y alma, cuando daba muestras de muy reducido, acudiendo á la iglesia, oyendo misa todos los dias y rezando el rosario, se desapareció una noche sin poder hallar rastro ni noticia del, por grandes y exquisitas diligencias que se hicieron buscándole. Y los hechiceros eran tan perniciosos, que ni habia conclusion de filosofía natural que no desmintiesen, ni impenetrabilidad de cuerpos que no falsificasen." [1]

5.—Con los niños, se preocupaban además los sacerdotes por otro género de cuidados. Al primer lavatorio solemne, cuya semejanza con el bautismo ha llamado fuertemente la atencion de muchos, seguian otros en los veinte dias que sucedian al del alumbramiento, tiempo en que la madre recibia tambien varios baños rituales, celebrando todos el feliz acontecimiento con bailes y comidas. El aniversario del infante se solemnizaba con iguales fiestas; pero á los siete años, era el niño conducido al monasterio ó seminario, en que el superior le horadaba las orejas y le imponia un segundo nombre. [2]

Los hijos de los reyes y caciques pasaban indefectiblemente un año en estas casas religiosas. La recepcion era solemne. El alumno era llevado al templo con gran acompañamiento, y al són de varios instrumentos. Ya en él, le despojaban de sus vestiduras comunes y le revestian otras

1 Burgoa, 2ª parte, c. 32.
2 Herrera. Déc. 3, l. 3, c. 12.

untadas de gomas. El superior le entregaba una caña pequeña horadada y curiosamente dibujada, cuyo contenido eran lancetas de pedernal para herirse las orejas y lengua, derramando sangre en honor de los dioses: le frotaban además la frente, carrillos, pecho y espalda con hojas de beleño, frotacion que lo purificaba y santificaba, haciéndolo adicto al culto de la divinidad. El año de residencia en el monasterio era de abstinencia y de mortificacion, aprendiendo á obedecer con modestia y á padecer sin quejarse. Escuchaba con atencion las reprensiones y saludables consejos de los superiores y tomaba parte en los trabajos del santuario, cuidando de la limpieza y manteniendo vivo el fuego sagrado: le imponian las más duras fatigas y lo castigaban severamente por la menor falta. Concluido el año, recogia su primer trage, volvia á la casa de sus padres y le bañaban cuatro doncellas con aguas de olores, quitando el mal color que habia dado al rostro el humo del ocote. [1]

6.—Estos monasterios, además de los niños, eran habitados por monjes que profesaban castidad: los que faltaban á esta obligacion eran castigados á palos. Solo comian hierbas y legumbres, condimentadas por cuatro mujeres que servian por turno. Los caciques y ricos del país los proveian de lo necesario. Ayunaban en las vigilias de las grandes fiestas. Cosa rara: como los monjes católicos, no tenian cosa propia y hacian profesion de obedecer á sus respectivos superiores. Su ocupacion era meditar y orar, impetrando para los suyos los favores del cielo, educar á la juventud, corregir los vicios públicos y dar sabios consejos á los reyes. Eran muy estimados y respetados. El pueblo los veneraba como santos, y cuando morian, envueltos en una red de hilos de maguey eran sepultados en los patios del monasterio, de que no habian salido en vida sino para hacer peregrinaciones piadosas,

1 Herrera. Clavijero, t. 1, p. 263.

conducir los ejércitos ó desempeñar alguna mision importantísima. [1]

Clavijero dice que en la mixteca existian muchos de estos monasterios: lo mismo debe pensarse de la zapoteca. En Ixcatlan se sabe tambien que habia uno presidido por un sacerdote, cuyos penosos deberes correspondian á su respetabilidad. Estaba obligado á vivir siempre en el templo y á abstenerse absolutamente de comunicar con mujeres. Si su desgracia le hacia delinquir en este punto, irremisiblemente era descuartizado y sus miembros sangrientos se ponian á la vista del sucesor para que le sirviesen de escarmiento.

Por lo demás, la educacion de la juventud era dura y cual convenia al destino de cada uno. La mujer no era, como entre algunos europeos, un sér ocioso, un objeto de lujo, un costoso adorno del hogar, sino un sér racional y activo cuyos trabajos se reputaban el complemento de los del varon para integrar el bien y la felicidad de la familia: por eso al nacer recibia un malacate, símbolo que le recordaria perpétuamente sus deberes, enseñándole que con su laboriosidad y diligencia domésticas, no ménos que con su belleza y amor, tenia que hacer la delicia del hogar. Desde la infancia se ejercitaban en tener limpia la casa, preparar los alimentos y tejer los vestidos. El *metatl* y el *malacatl* son todavía su ocupacion favorita.

Los hombres estaban destinados á luchar en los campos de Marte: sus ejercicios eran por lo mismo, en la juventud, la natacion, la carrera y el salto: se mostraban diestros en el juego de la honda y certeros en el tiro de la saeta. Se cuenta de algunos pueblos de Oaxaca, que tenian tal ejercicio en el manejo del arco y la flecha, que arrojando al aire una mazorca, la desgranaban, y que mantenian suspensa una moneda el tiempo que gustaban. "Se acostumbraban, dice

1 Carriedo citando á Herrera.

Burgoa, desde niños, á la inclemencia del tiempo, sin abrigo; curtian la piel como fieras silvestres en la aspereza de los suelos, expuestos al bravo y pungente aguijon de las sabandijas: el alimento, fuera del de el pecho de la madre, siempre insípido y grosero: la diversion, los silbos y bramidos de aves montesinas y fieras, que á veces, saliendo de sus grutas, ensangrentaban sus garras en la piel del jóven." Formados así entre la aspereza de los montes y en la lucha contínua con las fieras, perdian el horror á la muerte, en términos, dice el mismo Burgoa, que los tigres mismos podian aprender de la irritacion y bravura que desplegaban en las batallas.

7.—El matrimonio no se hacia esperar mucho de la juventud americana. Sin dar lugar á los desórdenes que suelen ocasionar las pasiones mal contenidas, los padres arreglaban el casamiento de sus hijos apénas entrados en la pubertad, la cual, por otra parte, muy temprano se iniciaba entre ellos por efecto del clima. La eleccion de mujer se hacia por los padres del varon, con discrecion y buen juicio, escogiéndose una jóven hacendosa, limpia, diligente y hermosa, sin que para nada se contase con los bienes de fortuna. Los jefes de las respectivas familias celebraban los convenios, mediando algunos obsequios que cedian en beneficio de la pretensa ó de sus parientes y padres. A los interesados se daba prévio aviso y se les hacian largas y saludables amonestaciones, siendo digno de notar que jamás, en materia tan propia como importante, rehusasen su consentimiento á la eleccion que se les imponia, no habiendo noticia entre ellos de aquellas luchas causadas por la oposicion de las voluntades entre padres é hijos, y que frecuentemente llegan á tener en otros países un término trágico. No se enlazaban los parientes; mas no habia dificultad para que lo hiciesen mútuamente los más lejanos. Burgoa dice que en Tehuantepec se casaban con la viuda

de sus hermanos difuntos, recogiendo su fortuna y educando la prole como si fuese propia. D. Antonio de Herrera asegura que los matrimonios no se verificaban sino entre parientes, por no haber entre ellos grado prohibido; mas esto no parece exacto, pues no se tiene noticia de que se hubiesen unido padres é hijas ni hermanos con hermanas. El mismo agrega [1] que los nombres de los contrayentes no habian de convenir en el número, es decir, que si la mujer se llamaba "cuatro rosas," el varon debia tener por lo ménos el nombre de "cinco leones." [2] Por amor á la paz se escogian cónyuges de igual categoría; mas la diferencia de clase no era un obstáculo para el matrimonio, cuando mediaba la voluntad. Generalmente los sacerdotes conocian en todos los pormenores de estos enlaces y eran ellos los que señalaban el dia preciso en que se habian de verificar.

Llegado el momento solemne, los monjes y sacerdotes ó algunos ancianos y principales del pueblo iban en procesion por la novia, llevando presentes de oro y otras alhajas de valor: al regresar con ella, sufrian un asalto, disputándose con las armas, cómicamente, la posesion de la doncella una y otra familia, pero de modo que la victoria quedaba siempre por la del varon, [3] prosiguiendo entónces todos el camino, que se terminaba, sin otra novedad, en la casa del varon adornada con esteras y ramas de sauce. La ceremonia esencial parece que era anudar los vestidos de los desposados; pero se usaban otras tambien, como darse las manos y cortarse una parte de los cabellos. Entre los mixtecas, el novio llevaba en hombros por un breve rato á la desposada, denotando con esto la nueva y pesada carga que tomaba sobre sí. [4]

1 Déc. 3, t. 3, c. 12.

2 Estudios históricos, 1ª parte, p. 134.

3 Aún se acostumbra este modo en la costa del Sur, por Jamiltepec y Tututepec.

4 Torquemada, l. 13, c. 5.—Clavijero, t. 1, p. 293.

Los mazatecas se abstenian de consumar el matrimonio por espacio de veinte dias que empleaban en ayunos y penitencias.[1] En Ixcatlan, en la costa del Norte, el que deseaba el matrimonio, se presentaba á los sacerdotes, quienes, en lo alto del templo, ante la efigie de su dios y en un dia de tianguis, le cortaban algunos cabellos, y mostrándolo á la multitud, gritaban: "este quiere casarse." Descendiendo luego de allí, la primera mujer libre que hallaba al paso era su esposa. La que no lo queria por marido, evitaba en esta ocasion acercarse al templo.

La poligamia propiamente no existia entre los indios. Los reyes y grandes señores, por abuso, se permitian tener otras mujeres; pero éstas no eran esposas, ni los hijos habidos en ellas tenian derechos sino por falta de los legítimos. Tales uniones no eran sin embargo deshonrosas.

En la mujer se castigaba severamente el adulterio. En Ixcatlan la adúltera comparecia ante los jueces, y si era convicta, luego sufria la pena, siendo despedazada y los cuartos de su cuerpo repartidos á los testigos.[2] En la mixteca, daba el marido muerte al adúltero, limitándose á veces á cortarle las orejas, labios y narices. En Ixtepeji la adúltera era mutilada y multada: pagaba nueve mantas para el cacique, y quedaba privada de las orejas y las narices. En Huitzo debia ser acusada por el marido, y convicta, era repudiada, azotada y vendida por esclava. Entre los cuicatecas, sus bienes eran confiscados en beneficio del señor del pueblo, y en otros lugares les cortaban tambien los labios. Solian tambien multar al cómplice de la adúltera para sustentar la prole, si la habia.[3]

8.—Además del adulterio habia otros delitos que castigaban las leyes, como la desobediencia á las autoridades,

1 Torquemada, l. 15, c. 6.
2 Clavijero, t. 1, p. 323.
3 Carriedo, parte 1ª, caps. 28 y 29.—Herrera. Déc. 3, l. 3, c. 12.

la embriaguez y el robo, que en Ixtepeji tenia sentencia de muerte y privacion de los bienes de fortuna que cedian en favor del robado. Pero, ¿tenian alguna expiacion por sus culpas en el órden religioso? Los sacrificios mencionados hasta aquí, tenian más bien el carácter de impetratorios, ofreciéndose para obtener del cielo abundantes cosechas ú otros bienes. Las penitencias de los anacoretas eran un correctivo de las costumbres y un honor que se tributaba á los dioses. Más apariencia de satisfactorio tenia el ayuno de cuarenta dias que usaban mixtecas y zapotecas. En Cajonos, pueblo de la sierra, los indios fueron sorprendidos en los momentos de cumplir con una ceremonia de institucion antigua, á que se dió el nombre de "confesion de los pecados," por la semejanza que se le halló con el sacramento de la penitencia, aunque mejor se llamaria "sacrificio expiatorio de los pecados:" los pormenores se supieron por las deposiciones de los reos, que fueron compelidos á comparecer ante los jueces. De ramas y hierbas ásperas entretejidas se formaba una especie de fuente ó platon con que el pueblo se presentaba en determinado dia delante de sus sacerdotes. [1] Postrados todos á los piés de los ministros sagrados, declaraban que venian á pedir á sus dioses misericordia y perdon por las culpas cometidas en el curso del año; y sacando unas delgadas tiras de *totomoztli*, unidas de dos en dos y anudadas en el medio en forma de lazo, cada uno de los cuales representaba un pecado, las depositaban en la fuente, regándolas luego con la sangre que se extraian de las venas. El sacerdote tomaba el platon en las manos, y ofreciéndolo al ídolo, pedia con un gran razonamiento perdon por los pecados de aquellos siervos suyos: luego, vol-

1 D. Antonio de Herrera dice que en Nicaragua existian ciertos sacerdotes destinados á oir confesiones de pecados ajenos, imponiendo penitencias y guardando fielmente el sigilo bajo las más graves penas. (Déc. 3, l. 4, c. 7.)

viéndose al pueblo, decia: "que las culpas estaban borradas y que podian entregarse al regocijo y á las alegrías ordinarias." [1]

Pienso que haya sido este un sacrificio expiatorio, porque tenian profundamente grabada la idea de un Dios remunerador, que premiaba con tanta magnificencia las acciones virtuosas, como era terrible el rigor que desplegaba contra los malvados, no solo en la presente vida sino tambien en la futura, que suponian se dilataba sin límites más allá de la tumba. Es un hecho indisputable que la inmortalidad del alma, dogma fundamental de la razon humana, no ménos que de la religion, era bien conocida por los indios. La muerte no era para ellos un acontecimiento vulgar, ni la simple disolucion de un cuerpo orgánico, sino un solemne sacrificio que se ofrecia á la divinidad, la cual, aceptándolo, adquiria dominio sobre los cadáveres, que por lo mismo, le pertenecian ya y eran tenidos por sagrados. Esta idea sublime de la muerte, que juzgo no ha sido concebida por ningun otro pueblo pagano, no puede ménos de ser una enseñanza del cristianismo á que pertenece exclusivamente, si no se quiere que haya sido una sublime inspiracion del cielo. ¿De dónde les pudo venir el pensamiento, no ya de la inmortalidad del alma, sino de que el sepulcro era un verdadero altar en que se depositaba el cadáver como una ofrenda que podia ser acepta al Sér Supremo, quien la recogeria para darle nuevo aliento de vida en otro mundo feliz ó desgraciado? Porque estaban persuadidos de la resurreccion de los cuerpos, si bien este dogma no se conservaba puro por la mezcla de otros groseros errores.

9.—Cerca de Chalcatongo hay una montaña que los mixtecas llamaron en su idioma "Cumbre de cervatos," tal vez porque abundase la caza de este animal entre sus bre-

1 Burgoa, Desc. geog., c. 64.

ñas y carrascas. En ella, precedida por una ancha plaza, sembrada de flores, se llegaba á la entrada de una cueva, panteon de los mixtecas y puerta por donde debia pasarse á la eternidad. Allí, dice Burgoa, "hasta de los cadáveres pútridos y corruptos queria tener dominio y modo de veneracion el demonio, [1] persuadiendo á los reyes y señores, que despues de aquesta vida, le ofreciesen los suyos como en homenaje de la otra, en aquella pira ó sepulcro, general depósito imaginado para los Campos Elíseos que inventó la gentilidad, haciéndoles creer que aquella era puerta ó tránsito para las amenas florestas que les tenia prevenidas á sus almas; y aunque ruin, falso y mentiroso, no les negó la inmortalidad; pero añadió la resurreccion de los cuerpos para compañía del gozo que les esperaba." [2] "Esta cueva, dice Clavijero, era la puerta del paraíso, por lo que todos los nobles y señores se enterraban en aquellas inmediaciones, á fin de estar más cerca del sitio de las delicias eternas." [3]

Era ésta una de las muy pocas ocasiones en que se inmolaban en los altares víctimas humanas, segun lo cuenta Herrera, aunque en Oaxaca no queda memoria ni vestigio alguno. Desde que enfermaba gravemente el cacique, conmovido el pueblo, hacia votos y oraciones públicas por su salud, celebrando su restablecimiento con fiestas y grandes regocijos; pero si la muerte era el término de la dolencia, se continuaba hablando de él como si estuviese vivo, llegándose al cadáver los presentes y dirigiéndole la palabra como si aún pudiera contestar. El cadáver era amortajado con mantas de algodon; adornos de oro colgaban de las orejas y cuello, y anillos de valor brillaban en los dedos de las ma-

1 Sabido es que todo lo atribuian al demonio los monjes de aquel tiempo.

2 Burgoa, 2ª parte, c. 28.

3 Clavijero, t. 1, p. 225.

nos. Se le vestia además con el manto de su dignidad, y sobre sus sienes descansaba la mitra de hermosas plumas. A su lado ponian uno de sus esclavos vestido con la ropa de su señor, pero cubierto el rostro con una máscara: á este desgraciado tributaban los honores que solian al difunto, á quien cuatro sacerdotes tomaban en hombros á la media noche para darle sepultura. El acompañamiento numeroso del cadáver cruzaba los bosques y las cuestas y barrrancas de la montaña, haciendo brillar en la oscuridad sus fúnebres antorchas, hasta que llegaban á la puerta del paraíso, es decir, á la cueva de Chalcatongo, en donde el cadáver, embalsamado, era depositado en nichos formados en el muro. El esclavo era sacrificado y sepultado con las insignias de su efímera dignidad, pero sin quedar cubierto de tierra. Cada año se hacia una fiesta en que se celebraba el nacimiento del último cacique muerto, sin volverse á tratar más de su muerte.

Si los mixtecas creyeron la inmortalidad del alma, los zapotecas no eran ménos firmes en esta fé. Creian que todos aquellos que durante la vida habian obrado heróicamente, en especial los soldados que peleaban con esfuerzo, los sacerdotes y monjes que se atormentaban con cruentas penitencias y los hombres sacrificados en las aras de sus dioses, luego de exhalar el último aliento, entraban en un mundo nuevo, tomando tierra en una hermosa region sembrada de valles y florestas, regada por cristalinos manantiales y habitada por hombres que jamás envejecian, disfrutando de eterna juventud, y que discurrian sonriendo en jardines, siempre primaverales, ó entre la animacion y el bullicio de las ferias á que los indios fueron muy aficionados.

Dos puertas tenia la eternidad, una para los reyes, que era Mitla, y otra para los nobles, Teitipac. Este pueblo se llamó en la antigüedad *Zeetoba*. que quiere decir, "otro sepulcro," para distinguirlo del primero y más suntuoso que era Mitla: tambien se llamó *Quehuiquijezáá*, que significa

"palacio de piedra" ó "cátedra de enseñanza;" lo primero por haberse edificado uno sobre una gran piedra, y lo segundo, por el destino que se dió al edificio. Los reyes de Teożapotlan determinaron que residiesen allí sacerdotes distinguidos por su saber é inteligencia en los ritos y culto de sus dioses, así para que éstos fuesen mejor servidos, como para que dignamente se hiciesen los honores de la recepcion á los señores del país que llegasen á visitar el sepulcro de sus deudos difuntos. En estos casos eran consolados por los instruidos sacerdotes, que les persuadian las bellas esperanzas del otro mundo (así le llamaban), inspirando esfuerzo y valor para obrar generosamente con las promesas de sempiterno descanso, y logrando por este medio que los nobles y el pueblo saliesen de allí muchas veces determinados á entregarse á las cruentas penitencias que frecuentaban, ó á los golpes mortales de las armas enemigas peleando en los campos de batalla. Teitipac era, pues, una verdadera cátedra de enseñanza en que á los vivos se daban lecciones de la mayor importancia, con ocasion de los sepulcros de los muertos. [1]

10.—Pero el gran panteon zapoteca era sin duda Mitla. Se ha dicho ya, que en aquel palacio subterráneo habia cuatro departamentos, de los cuales el primero era el templo de la divinidad zapoteca: ahora debemos agregar, que el segundo estaba destinado para sepulcro del sumo pontífice y sus ministros, y que el tercero era cementerio de los reyes de Teozapotlan. Cuando alguno de éstos fallecia, su cadáver era vestido con sus mejores ropas, y adornado con ricas joyas que colgaban del cuello en forma de collares, ó rodeaban los brazos como pulseras: esbelto penacho de vistosas plumas coronaba sus sienes: en el brazo izquierdo le ponian el escudo y en la mano derecha el venablo de que

1 Burgoa, Desc. geog., cap. 48.

habia usado en la guerra. Así engalanado, era sentado en un rico asiento y llevado en hombros con gran acompañamiento de lo más noble de la tierra, desde la capital de su reino hasta el lugar de su eterno descanso. En el camino sonaban con lúgubre tono desacordes instrumentos, á cuyo eco se mezclaban los sollozos y tristes lamentos de la muchedumbre. Cuando la música cesaba, los cantores entonaban poéticas lamentaciones, publicando las hazañas y refiriendo la vida toda del monarca. Por intervalos se detenia la procesion bajo enramadas fúnebres, y en Mitla se preparaba una suntuosa pira en que se ponia y era quemado el cadáver.

El último departamento tenia una puerta cerrada con una pesada losa que se levantaba en determinadas ocasiones. Los cuerpos de las víctimas, despues del sacrificio, eran arrojados allí. Los capitanes que habian perecido en la guerra, aunque el combate se hubiese librado en lejanas tierras, eran tambien conducidos y sepultados allí. Muchos otros, cuando estaban perseguidos por la pobreza ó la enfermedad, solicitaban del sumo sacerdote poner fin á su infortunio, penetrando en la profunda cueva que se extendia al otro lado de la puerta: la losa entónces se levantaba, y dando paso al desgraciado que buscaba allí el descanso en sus penas y las grandes ferias de sus antepasados, caia de nuevo cerrando la puerta por mucho tiempo. El infeliz indio qne habia entrado en tan lóbrega gruta buscando el bienestar y la dicha, quedaba en ella sepultado vivo; vagaba por algunos dias en las tinieblas tropezando con huesos descarnados y cadáveres en putrefaccion, aislado de todo el género humano, destituido de todo socorro, sin esperanza aún de que pudieran ser oidos sus lamentos, y en fin, desfallecido por el hambre ó devorado por venenosos insectos, él mismo perecia.

Se dice que esa cueva corre debajo de tierra no ménos de cien leguas. Burgoa entiende que no exceden á treinta,

y cuenta que despues de la conquista, sabida su extremada profundidad por algunas personas curiosas, se propusieron reconocerla en toda su extension. Llegado el dia que señalaron, encendidas las teas, tendidos los cordeles para evitar un fatal extravío y seguidos de muchedumbre de indios, varios religiosos de Santo Domingo y personas principales de la ciudad, descendieron al palacio subterráneo é hicieron levantar la losa que cerraba la puerta de la gruta. Adelantaron algunos pasos en aquella sombría mansion de los muertos, y á la luz de las antorchas distinguieron prolongadas filas de gruesas columnas que sustentaban la techumbre. Hubieran continuado adelante en aquellas lóbregas galerías, si el miedo importuno no les da un poderoso asalto. Pero observaron que el suelo era húmedo en extremo, que se arrastraban cerca peligrosas sabandijas y que el aire que se respiraba distaba mucho de ser puro; á esto se agregó que un golpe de viento súbitamente apagó las teas: se apresuraron, pues, todos á salir, tapiando en seguida la entrada con cal y cantos, como permanece hasta el dia. [1]

Algunos pueblos tenian su panteon particular: en medio de un valle ó en la cumbre de una colina se aplanaba un pedazo de terreno dispuesto en cuadro perfectamente orientado, á cuyos lados se levantaban pequeñas eminencias, cerritos artificiales, cada uno de los cuales contenia en el corazon el sepulcro de un cacique. [2] Practicando excavaciones y removiendo la tierra superficial de tales eminencias, se descubre la última morada de aquellos poderosos señores, por lo regular en forma de sala cuadrilonga con su puerta de entrada, y en medio de uno de los muros abierto un pequeño nicho de que se extraen lebrillos, marmitas y otros objetos de barro, y además, un busto de metal ó de barro

1 Burgoa. Desc. geog., c. 53.

2 Brasseur de Bourboux dice, citando el Códice Letillier de la Biblioteca Real, que los sepultaban con los piés vueltos al Oriente.

representando la figura humana. Se ha creido que fuesen tales esculturas idolillos; pero es más probable que solo hayan sido retratos del finado depositado allí. Así lo persuade por una parte la exactitud y perfeccion con que sin parecerse unas á otras imitan los contornos y expresion del rostro de los indios, y por otra, las noticias en este sentido que no faltan y que consignan los historiadores. "Otra manera de sacrificio fingido tenian, dice Torquemada, [1] y era este: Cuando alguno moria ahogado ó de muerte, que no lo quemaban como acostumbraban comunmente, sino que lo enterraban, *hacian unas imágenes que los representaban*, y poníanlas en los altares de los ídolos, y mucha ofrenda de pan y vino juntamente, el cual sacrificio era muy acepto al demonio y de los indios muy usado."

Es verdad que en los sepulcros se encuentran juntamente con estas efigies, restos de maíz y otros granos; pero no entiendo que hayan sido puestos allí en clase de ofrenda á la divinidad, sino como provisiones para el viaje al otro mundo: me fundo, primero, en que tambien se encuentran armas, instrumentos de labranza, calzados y otros objetos que no se ofrecian en los altares; y segundo, en la persuasion que tenian de la resurreccion de los cuerpos, no el último dia de los tiempos, como lo creemos los católicos, sino inmediatamente despues de la muerte, [2] debiendo, ántes de llegar á su destino final, atravesar rios caudalosos y solitarias comarcas, en las que se dejarian sentir con todo su rigor el cansancio, el hambre y el frio, si no se llevaba suficiente provision de abrigos y víveres. Perseverando aún muchos en esta creencia, acostumbran todavía enterrar á

1 Torquemada. Lib. 7, cap. 8.

2 Esta regla tiene sus excepciones, pues los mijes esperaban, como los católicos, una resurreccion futura, por lo que cuidaban de recoger los huesos de los difuntos y guardarlos en una espuerta, "para que no los anden buscando cuando se levanten." (Segun dice Herrera. D. 4, l. 4, c. 7).

sus muertos con un surtido de pimiento y tortillas, algunos vestidos nuevos y el instrumento músico que tocaron durante su vida presente, juzgando que más allá de la tumba tendrán ocasion de modular gratas armonías.

11.—El culto de los difuntos no terminaba en el sepulcro. Además del aniversario que celebraba cada uno en particular, acostumbraban levantar en los templos, en honra de los muertos, un catafalco cubierto de velos negros, sobre los que derramaban flores y frutos y en torno de los cuales oraban:[1] tenian tambien una fiesta ó conmemoracion de los difuntos en comun, cuyo dia, por una singular coincidencia, correspondia próximamente al tiempo en que los católicos celebramos la nuestra. Se preparaban los indios matando gran cantidad de pavos y otras aves obtenidas en la caza, y disponiendo variedad de manjares, entre los que sobresalian en esta ocasion los tamales *(petlaltamali)*, y el *mole* ó *totomoli*. Estos manjares se ponian en una mesa ó altar que no faltaba en las casas de los indios, como ofrenda por los difuntos; y llegada la noche, en torno de ella, de pié ó sentados todos los miembros de la familia, velaban, orando á sus dioses, para que por intercesion de los suyos, que suponian asistiendo á su lado, les concediesen salud, buenas cosechas y prosperidad en todas sus cosas. En toda la noche no se atrevian á levantar los ojos por temor de que si en el momento de hacerlo estaban acaso los muertos gustando aquellos manjares, quedarian afrentados y corridos y pedirian para los vivos ejemplares castigos. A la mañana siguiente se daban mútuamente los parabienes por haber cumplido su deber, y los manjares se repartian entre los pobres y forasteros, y no habiéndolos, se arrojaban en lugares ocultos: los muertos habian extraido de ellos la parte nutritiva, dejándolos

1 Brasseur, citando el Códice Letillier de la Biblioteca Real, fol. 2.

vacíos y sin jugo, y tocándolos los habian hecho sagrados. [1]

En la actualidad, en el dia de finados, se deposita en el altar que aun acostumbran en sus casas los indios, gran cantidad de frutas, principalmente calabazas y cañas de azúcar, á que se agregan algunas piezas de pan á que se da la figura de un muerto. En la noche, grupos de músicos ó de forasteros recorren las casas, y despues de cantar algunas oraciones de rodillas ante cada uno de los altares, recogen y llevan consigo los dones allí colocados. Así es como una práctica, modificándose y trasformándose con el trascurso de los siglos, conserva sin embargo sustancialmente su sér primitivo. Esta costumbre es la misma que tenian los indios idólatras, sino que ahora las preces y ofrendas se dirigen al Dios de los cristianos. ¿Qué dioses presidian antiguamente la ceremonia de los difuntos? "En este lugar, dice Torquemada, que llaman Mictlan, decian que habia un dios, que se llamaba *Mictlautecutli*, que quiere decir "señor del infierno," y por otro nombre se llamaba *Tzuntenioc*, que quiere decir "hombre que baja la cabeza," y una diosa que se llamaba *Mictecacihuatl*, que quiere decir "la mujer que echa al infierno," y ésta decian que era la mujer de *Mictlantecutli*." [2] En el mismo sentido habla Clavijero [3] y si bien ambos historiadores se refieren á los habitantes de Anáhuac en general, entiendo que sus noticias se pueden aplicar á Oaxaca, por hallarse en el país de los zapotecas el célebre palacio y subterráneo llamado *Mictlan* ó "infierno," por los mexicanos; pero es preciso advertir que segun las leyendas que se conservan en la memoria de la Matlacigua ó Mitlancihuatl, ni ella ni Mictlantecutli tienen apariencia de haber sido divinidades de los indios. La Matla-

1 Burgoa. D. G. c. 74.
2 Torquemada. Lib. 13, c. 48.
3 Clavijero, t. 1, p. 225.

cihua era un sér fantástico que tan breve tomaba la forma de un niño como de un coloso, y ya en figura de mujer seducia con sus irresistibles y mágicos encantos á los hombres, ó ya como gigantesca esfinge oprimia á los más valientes: era un génio malévolo cuyo destino era pervertir y dañar, resolviéndose despues en humo y disipándose coma leve airecillo: es decir, el diablo de los indios. Clavijero cree que situaban el infierno en el centro de la tierra, lo que explica por qué á Mitla dieron este nombre, pues acaso imaginaron que la profunda cueva que tiene alií su entrada, conducia al oscurísimo lugar en que eternamente habitarian los malos.

Tambien habia génios buenos, ángeles tutelares de los pueblos, de los montes y de los valles, así como de los hombres, pues á ninguno faltaban estos séres protectores. Por eso hay ahora tantas cruces á la salida de los pueblos y en las cumbres y cañadas de los montes, pues los primeros misioneros levantaron ermitas y pusieron el signo de la redencion en todos aquellos puntos en que se tributaba culto á esos génios que los misioneros creyeron antiguas divinidades.

Antes de concluir este capítulo, daremos algunas noticias de la cosmogonía de los zapotecas y mixtecas, segun se encuentra en la obra del P. Gregorio García. [1]

Los primeros suponian que ántes de los tiempos, vivian en divino matrimonio *Xchmel* y *Xtmana*, padre y madre de tres hijos, de los cuales el mayor, soberbio y presuntuoso, contra la voluntad de sus progenitores, quiso desplegar su poder creador: su orgullo quedó inmediatamente castigado: de sus manos brotaron solo vasos de barro, inútiles ó viles; siendo además su autor lanzado á los infiernos. Los otros dos hermanos, *Hunchevan* y *Hunavan*, por no haber contrariado la voluntad paterna, pudieron crear los cie-

1 "Del orígen de los indios." Lib. 5, caps. 4 y 6.

los y las plantas, el aire, el fuego y la tierra, de que despues formaron al hombre y la mujer, primeros pobladores del globo. Los zapotecas distinguian perfectamente á estos séres de la divinidad suprema.

Los mixtecas suponian á la tierra cubierta de agua y envuelta en las tinieblas y fingieron un dios cuyo nombre era "Un ciervo" y su sobrenombre "Culebra de leon," y una diosa que tenia por nombre "Un ciervo" y por sobrenombre "Culebra de tigre," dotados ambos de figura humana, quienes con su sabiduría y poder habian hecho brotar del seno de las aguas una gran peña, sobre la que edificaron, para habitarlos, suntuosísimos palacios. El cielo descansaba sobre el filo de una gran hacha de cobre, que estaba sostenida por el palacio de los dos dioses. De ellos procedieron por generacion todos los dioses. Dos fueron sus primeros hijos, discretos y sabios en todas las artes: el uno llamado "Viento de nueve culebras;" el otro "Viento de nueve cavernas," nombres significativos del dia en que nacieron. El primero se trasformaba frecuentemente en águila, elevándose y discurriendo por las alturas en rápido vuelo; el segundo tomaba de preferencia la forma de alada serpiente, siendo tan sutil que traspasaba, sin dejar huella, las paredes y las peñas. Ambos hermanos, sobre incensarios de barro, quemaron hojas de beleño molido, ofreciendo este sacrificio á sus padres; y cuando lo creyeron oportuno, saliendo de la casa paterna, cultivaron un extenso verjel de perfumadas flores y recogieron de un huerto inmediato frutos azucarados. Por sus ruegos, los dioses, sus padres, recogieron las aguas en un lugar, fabricaron el cielo, produjeron la luz é hicieron visible al mundo. Ya se habian multiplicado bastante estos dioses, cuando un general diluvio ahogó á la mayor parte. El creador de todas las cosas restauró entónces el género humano, y se pobló el reino mixteca.

12.—De lo dicho en este capítulo y en el anterior, se deduce que en medio de las prácticas supersticiosas é idolátricas de los indios, habia ciertamente, y no podian ménos de advertirse, huellas medio borradas de un antiguo cristianismo, al grado de haber sospechado algunos que la docilidad al Evangelio y la poca resistencia que opusieron á su predicacion, se debió al parecido que encontraron entre la nueva doctrina que se les inculcaba y sus antiguas creencias. Tuvieron en verdad que castigar, enmendar, cambiar y suprimir mucho de lo viejo; pero afortunadamente era esto de lo más odioso y de lo más ridículo: por ejemplo, los sacrificios sangrientos de los ídolos y el poder arbitrario de los brujos. ¿Qué cosa más irracional que el abatimiento profundo y la tristeza inconsolable que hacia caer sobre el pecho la cabeza del indio, al escucharse el fatídico canto del buho nocturno? ¿No se les ve aún acobardarse y desfallecer bajo la impresion de ese lúgubre canto que juzgan un anuncio de muerte? ¿Qué cosa más risible que la superchería de los brujos que extraen de los miembros adoloridos piedra, espinas y otros objetos, sin dejar lesion ni rastro en ellos de la maravillosa curacion? ¿Qué afinidad tiene con los sentimientos humanos que inspira el catolicismo, la práctica de recoger limosnas en la piel de un hombre inmolado en las aras, ni los sacrificios de niños, acostumbrados en Utzila, de que nos habla Herrera en sus Décadas? Pero no todo lo que hacian era execrable, ni absurdo todo lo que pensaban. Sus abluciones, purificaciones, unciones, enlaces, expiaciones y penitencias, tenian bastante semejanza con los sacramentos de la Iglesia católica. Adoraban á un Dios Supremo, creador y conservador del mundo; conocian la inmortalidad del alma y los premios y penas de la otra vida, y sus ideas morales, sin estar exentas de errores, se habian aproximado á las cristianas más que las de ninguna otra nacion. Podria decirse que el alma naturalmente cristiana de los indios, reformándose paulatinamen-

te con el trabajo de largos siglos, habia logrado acercarse tanto cuanto era posible al Evangelio; pero semejante suposicion es inadmisible bajo todos aspectos: el hombre abandonado al peso de su naturaleza, no puede aproximarse á la dura severidad cristiana, ni ménos alcanzar sus altas verdades. ¿Qué pueblo lo ha hecho? Los aztecas ensangrentaban más sus inhumanos altares, á proporcion que adelantaban en civilizacion y cultura. Y si los zapotecas y mixtecas tuvieron más puros é inocentes sacrificios, lo debieron á su adhesion y apego constante á sus instituciones antiguas. Más aceptable parece la opinion de que adoptado por los indios el cristianismo que les predicara un apóstol en remotas edades, estando aislados y sin comunicacion con el resto del género humano en estas apartadas regiones de la América, con el trascurso de los siglos corrompieron sus creencias y viciaron su culto, mezclándolo con mil prácticas supersticiosas. Presumo que esta sospecha se ha de confirmar, convirtiéndose en evidencia más adelante, cuando nuestros arqueólogos é historiadores emprendan un estudio más vasto y profundo de las antigüedades del país.

CAPITULO VII

GUERRAS.

1. Guerra de los toltecas.—2. Dzahuindanda.—3. El mercado de Putla.—4. Los almoloyas y los cuicatecos.—5. Profunda paz en Zapotecapan.—6. Baalóó y Baalachi, sus primeros guerreros.—7. Cochicahuala, Meneyadela y Pichina.—8. Fundacion de Zaachilla-yoo.—9. Formidable lucha entre zapotecas y mijes.—10. Guerra de Huehuetlan.—11. Atonaltzin.—12. Guerras de Ajayacatl y Tezoc.—13. Preliminar sobre las guerras de Ahuizotl.

1.—El deseo exagerado de dominacion armó el brazo de los aztecas contra todos los pueblos de Anáhuac que no les rendian vasallaje: á esta causa se deben principalmente las guerras que ensangrentaron en la antigüedad á Oaxaca. Pocas luchas sostuvieron unas con otras las varias naciones que la poblaban entónces; y aun éstas, en su mayor parte, tuvieron lugar en tiempos más recientes, cuando se acercaba la época de la invasion española. Los primeros pobladores, al aportar en las costas despues de un naufragio, ó al internarse en las montañas al fin de una larga peregrinacion, veian dilatarse ante ellos un territorio fértil y extenso, de que podian tomar posesion sin sufrir la resistencia más leve, sin disputarla primero, pues todo estaba solitario y desierto. El héroe de Achiutla fué en vano que se armara con su escudo y sus saetas, y que con paso resuelto marchase en busca de gloriosas conquistas: nadie se opuso á su es-

fuerzo, y á pesar suyo hubo de apoderarse pacíficamente de las llanuras de Tilantongo. Más adelante, multiplicada la poblacion, se suscitaron algunas diferencias que se resolvieron en los campos del honor.

En la primera guerra en que intervinieron los mixtecas, la suerte les fué adversa. Cuatrocientos años llevaba Tula de fundada, cuando Topiltzin, uno de sus reyes, por sus desórdenes, se hizo despreciable. Muchas y graves calamidades sucesivas habian diezmado á la nacion tolteca, que en su debilidad se vió amenazada de un exterminio completo por tres poderosos reyes de la costa de Jalisco. La presencia del peligro hizo cuerdo á Topiltzin, que procuró rehabilitar su persona, ejercitando virtudes propias de un monarca, y prevenir su ruina por medio de alianzas ventajosas. Tututepec, que tenia tambien cuatro siglos de existencia, y que en prosperidad constante se habia multiplicado hasta llenar las costas y derramarse en las montañas, fué uno de los pueblos que tomaron las armas en favor de sus hermanos y antiguos compañeros los toltecas. En la contienda, Tula quedó vencida, como se ha dicho en esta historia, y los mixtecas, huyendo en su derrota, desampararon las altas mesas de la mixteca y tomaron refugio en Tututepec, su antigua capital.

Tal acontecimiento tuvo lugar por el año de 1116 [1] y está fundado en las tradiciones de los indios. Los mixtecas formaban en la antigüedad dos naciones, que unas veces unidas por amistosa alianza y otras combatiendo mútuamente, se mantuvieron siempre independientes; en una y otra se hablaba, sin embargo, un mismo idioma. Si se quiere explicar esta separacion de pueblos hermanos, y que al principio deben haber formado un solo cuerpo de nacion, preciso es admitir una lucha precedente como la que se aca-

1 En ese año fueron vencidos los toltecas segun Veitia, (t. 1, c. 33). Clavijero pone la muerte de Topiltzin en el año 1052.

ba de referir. Así se comprende, además, por qué los unos de estos indios decian haber llegado del Oeste, miéntras los otros referian al Noroeste su punto de partida. Los caciques de Achiutla aseguraban que sus antepasados habian vencido á los toltecas, y aun esa guerra es acaso una de las que habian consignado en sus pinturas, aunque mezclada con mil fábulas y errores. Burgoa la describe en su Palestra Indiana.

2.—Refiere este sabio dominicano haber desentrañado de una pintura antigua recogida en Achiutla, que un esforzado capitan de ese pueblo, el que con más gloria gobernó sus ejércitos, llamado Dzahuindanda, cuando trataba de dar cima á una empresa, guiado por virtud superior, subia á cierta montaña de difícil acceso y allí oraba pidiendo al númen protector de los suyos, el número de soldados que se proporcionaba á la magnitud de la obra: sacudia luego una bolsa ó talego de que andaba siempre provisto, y hacia salir de ella ejércitos numerosísimos, con sus arcos y rodelas, ya dispuestos á combatir. El caudillo arreglaba por falanjes aquellos innumerables soldados, les daba órden y disciplina, y á su cabeza marchaba en silencio hácia la provincia que trataba de conquistar. Así sorprendió en cierta ocasion á los mexicanos, talando sus sementeras, poniendo sitio á su capital y reduciendo á su rey á tales estrecheces, que solo á fuerza de dones y súplicas hubiese de salvarse de una ruina infalible. El monarca mexicano reconoció la superioridad del mixteco, y anualmente, desde entónces, mandaba una rica ofrenda al templo de Achiutla, de lo que los achiutecos se manifestaban orgullosos y satisfechos.

Como se ve, semejante narracion tiene mucho de fantástica. Los historiadores de México no hacen mencion de esa campaña, ni recuerdan que los mixtecas hubiesen puesto ese apretado cerco á la señora de Anáhuac; pero es exacto que los reyes de Tenochtitlan hacian frecuentes consul-

tas y dones á los sacerdotes de Achiutla, y que Dzahuindanda fué realmente un soberano de este pueblo, pues su dinastía se conservó hasta el tiempo de la conquista, y sus descendientes se bautizaron, tomando el principal el nombre de D. Felipe, por el rey que gobernaba entónces á España. Burgoa conoció y trató á un último vástago de su familia, muy respetado de los indios y que usaba el apellido de "Silva."[1] México aun no existia en ese tiempo; pero las batallas deben haberse librado ciertamente, y Dzahuindanda debe haber sido el invasor de las mixtecas altas, el fundador de la monarquía de Achiutla y uno de los reyes coaligados para destruir á Tula.

La maravillosa montaña que tan oportunamente proporcionaba numerosas huestes á Dzahuindanda, se encumbra á cosa de tres leguas de Achiutla, pasando un arroyo que tiene al Oriente y atravesando despues un collado de corta extension y una série de barrancos profundos y de peñascos poco ménos que inaccesibles. Antes de cruzar el arroyo, se ve otra eminencia de agria subida coronada por una mesa, en la que los ancianos, los sacerdotes y nobles tenian sus deliberaciones, para dar la paz ó la guerra á las naciones vecinas. La poblacion se extendia por más de una legua en las lomas inmediatas: constaba de más de cuatro mil familias, y se aprovechaba de las vegas de un rio que las baña al Oeste, para sus sementeras que trabajaban los macehuales en beneficio de los nobles. Cada año se nombraban oficiales que ordenaban por cuadrillas á los labradores del pueblo, y todos los dias, á la salida del sol, los llamaban á voces, señalándoles labor y castigando con rigor ejecutivo al que faltaba á su tarea. Los vecinos eran tan conocidos y estaban tan bien contados por los ministros de la autoridad, que ningun forastero podia pasar los linderos del pueblo, sin ser cogido y examinado escrupulosamente.

1 Burgoa, 2ª par., caps. 23 y 26.

Eran los achiutecos modestos y graves y tenian reputacion de valientes y políticos. Fueron gobernados moderada y discretamente por los caciques descendientes de los señores de Toltitlan.

3.—Dzahuindanda y sus inmediatos sucesores, despues de asentarse sólidamente en Achiutla y Tilantongo, deben haber intentado avasallar á los tututepeques, provocándolos á una batalla que desidiese de su suerte. La batalla se dió, pero el éxito no correspondió al designio concebido. El señor de Tututepec impuso, entre las condiciones de la paz, la de que se verificase una feria anual en los llanos inmediatos á Putla, á que los vencidos deberian concurrir con sus frutos y con valiosos objetos que tributaban al vencedor.

Hasta hoy se ven allí las ruinas de los antiguos edificios levantados para servir en la gran feria que duraba muchos dias, y en cuyo centro se erguia, suntuosamente decorado, el del cacique de Tututepec, que asistia personalmente y se recreaba paseando la mirada por los innumerables traficantes que circulaban contratando en todas direcciones. La feria no debió, sin embargo, ser ventajosa para los mixtecos de los altos, pues la condicion de verificarla, con el trascurso del tiempo llegó á hacerse insoportable, dando de esta suerte motivo á una nueva guerra que por fin estalló con furor. Los mixtecas de las montañas se fortificaron en una muy quebrada, cuya cúspide descuella soberbia entre las nubes: rodearon el campo de una fuerte muralla que aun está en pié, y aprovechando juntamente las quebradas del terreno, convirtieron el puesto en inexpugnable castillo. Se proveyeron además de mantenimientos suficientes para un largo sitio y de galgas y peñas que llegada la ocasion harian rodar sobre los invasores: preparados así, esperaron tranquilamente al enemigo. Este llegó al fin, rodeó el lugar amurallado formando un estrecho cerco, buscó senda para llegar á las manos, la batalla se empeñó, y fué tan sangrienta que,

se contaron despues veintidos mil cadáveres. La compasion tuvo entónces cabida en tan fieros corazones, y la prudencia pudo aconsejar que no se derramase más sangre por las leves causas que habian motivado el combate. Manteniéndose, pues, independiente uno y otro cacique, cultivaron relaciones de buena amistad, y desde entónces una comun alianza los hizo caminar de acuerdo en sus empresas.

4.—Los grandes señores de Coaixtlahuac eran electos por el rey de Tilantongo, á quien veneraban y de quien nunca pretendieron emanciparse. Como acontece generalmente, entre los pobladores honrados de las mixtecas circulaban algunos malvados que, perseguidos por la justicia, se veian en la necesidad de huir, poniéndose fuera del alcance de las autoridades en las ásperas montañas de las *Almoloyas*. Estas son dos, que corren cosa de seis leguas de Norte á Sur, y tan vecinas, que desde la una se ven los edificios y las personas que discurren por los patios y calles de los pueblos de la otra. Las separa un barranco tan profundo que causa vértigo contemplar su sima desde una altura. La vegetacion es escasa por falta de humus y de agua; pero abundan serpientes y arañas venenosas, leones, águilas, buhos y murciélagos, que tienen su casa en las grietas de los peñascos. Los peligros que trae consigo la proximidad de estos dañosos animales y la carencia de mantenimientos, hacian que las montañas estuviesen despobladas, si no era de ciertos foragidos que uno á uno fueron agrupándose hasta formar un pueblo y algunas estancias miserables. Al Oriente, y en el fondo de un valle estrecho, bastante cerca de Almoloyas, tenian su residencia indios de otro idioma y de distinta provincia, sujetos á Cuicatlan. Estos pueblos vivian con descanso, sembrando en las vegas del rio que lleva el mismo nombre de Cuicatlan, y recogiendo cosechas crecidas de semillas y de exquisitas frutas. El contraste que hacia la riqueza de los unos con la escasez

y miseria de los otros, produjo una guerra. Deseosos los de Almoloyas de hacer suya una parte de la riqueza vecina, pidieron socorro al pueblo de Yanhuitlan, cuyo señor, mirando en los que pedian, no ya prófugos criminales sino compatriotas hambrientos, pactando con ellos un tributo anual, puso á sus órdenes un ejército que recorrió militarmente los pueblos de Cuicatlan, los venció y sujetó á la dominacion de Almoloyas.

5.—Ya hemos dicho que los zapotecas pertenecen á la primera inmigracion tolteca verificada cien años ántes de nuestra éra. La colonia establecida en el valle de Oaxaca debe haber sido al principio muy pequeña, pues necesitó de mucho tiempo para multiplicarse. Durante cerca de seiscientos años fueron desarrollándose lentamente en medio de inalterable paz, que ninguna causa podia turbar, pues la tierra se dilataba solitaria en todas direcciones, ofreciendo á sus escasos pobladores mayor cantidad de frutos de los que pudieran desear, frutos que ningun otro pueblo disputaba.

Hácia el tiempo de la segunda inmigracion tolteca, por fines del siglo VI, dicen algunos, que los zapotecas, con los olmecas y jicalanques, desampararon la tierra que poseian, emigrando á Yucatan, las Islas y el Perú. Veitia dice que "no hay memoria de que entre estas naciones y la tolteca hubiese habido en tiempo alguno disension, oposicion ni guerra que pudiese haberlos obligado á dejar la tierra." [1] Antes bien, Ixtlilxochitl asegura "que á su arribo los toltecas se unieron por matrimonios y alianzas á los naturales que habitaban ya la América." [2] Los zapotecas se mantienen aún en el valle de Oaxaca, no conservan memoria de haber sostenido antiguamente guerra alguna contra los toltecas, ni es probable que hubiesen éstos intentado siquiera

1 Veitia. Historia antigua de México, t. 1, c. 25.
2 Historia de los chichimecas, c. 2.

dominarlos. Rodeados por todas partes de ásperas montañas, y distantes más de cien leguas de la ciudad de Tula, por esto solo parecian estar al abrigo de todo intento de conquista. Sus más próximos vecinos en ese tiempo fueron los pocos mixtecas que alejándose de Tututepec, recorrian la mesa de las mixtecas altas; pero eran demasiado escasos en número para pretender dominarlos por la fuerza. Los zapotecas, pues, pudieron conservar la paz por otros cuatrocientos años.

No fué suficiente á perturbar su tranquilidad la ruina de la nacion tolteca; ántes bien, contribuyó poderosamente á su engrandecimiento y mayor prosperidad, pues aquel infortunado pueblo, al dispersarse, llevó al valle de Oaxaca una parte de su poblacion, de su civilizacion y de su riqueza. Algun tiempo despues, á la cabeza de innumerables chichimecas, llegó al valle de México, Xolotl, quien, habiendo tomado posesion de la tierra, quiso que cuatro señores de los que le acompañaban, reconociesen por los cuatro vientos los Estados que acababa de adquirir. En cumplimiento de su comision, recorrieron aquellos señores, entre otros pueblos, Goatzacoalcos, Guatemala y Tehuantepec, encontrando por todas partes, principalmente en las costas de uno y otro mar, muchos toltecas que los recibian de paz y les daban noticia de los productos de la tierra. [1]

6.—Pero en este tiempo los zapotecas habian crecido, de suerte que necesitaban ya terreno en que extenderse. El primer paso que dieron fué hácia una montaña frontera de Teotitlan, en cuyas inmediaciones habian permanecido hasta entónces. Al Oriente de Teitipac, corre una muy alta montaña, cuya cima es la primera que visita el sol con sus rayos por la mañana, percibiéndose con claridad por Este, Poniente y Sur, á distancia de veinte leguas, y aun desde Achiu-

1 Veitia. Historia antigua de México, t. 2, c. 3.

tla y Tilantongo por las mixtecas. En esa cumbre formaron pueblo algunos indios, segun dice Burgoa, de los primitivos habitantes de la tierra, y que probablemente eran chatinos, que atravesando el valle de Zachila, tomaron posesion de aquella eminencia. Cerriles é independientes, y además, naturalmente defendidos por las asperezas de la montaña, no fueron conquistados ni estuvieron sujetos á nadie por mucho tiempo. Dos capitanes de Macuilzúchil emprendieron la obra de vencerlos, como lo consiguieron, con horrible mortandad de ambas partes. Cien años despues de la conquista quedaban aún innumerables osamentas humanas blanqueadas por las lluvias y el sol, medio deshechas por el tiempo, amontonadas en forma de muralla, figurando pirámides, ó esparcidas en desórden por las cuestas, testimonio irrecusable del encarnizado combate que sostuvo, de los dos capitanes, el que acometió la subida por el camino de San Lúcas. Llamábanse los dos capitanes *Baalóó* y *Baalachi:* Burgoa, guiándose por un manuscrito de Fr. Domingo Grijelmo, que fué párroco de Teitipac en los tiempos próximamente siguientes á la conquista española, sospecha que fueron éstos dos caciques que por barrios se habian repartido el gobierno de Macuilzúchil y que, bautizados, tomaron los nombres de Baltazar y Gaspar; mas esta conjetura no parece fundada, pues el mismo Burgoa dice, que constituyendo en señorío especial el pueblo de Teitipac, *Baalóó* y *Baalachi* se establecieron en Tlacochahuaya, desde donde gobernaban por una parte á Macuilzúchil y por otra á Chilateca, que les quedó sujeta en recuerdo de su victoria; todo lo cual no pudo ser sino en época muy anterior á la conquista española, pues cuando los aztecas invadieron el valle de Oaxaca, Tlacochahuaya era ya un cacicazgo importante. Probablemente son de esa época las fortificaciones que se ven aún en San Pedrito, cerca de Tlacolula.

Hácia la misma época debe remontarse la fundacion de

Talistac, debida á un cacique de Ixtepeji, que descendiendo de sus montañas con algunos de sus vasallos, se estableció al pié de la sierra, aunque sin ánimo de permanecer allí mucho tiempo, sino más bien dispuesto á volver á las alturas luego que le fuese adversa la suerte. Esto último jamás llegó á verificarse, y Tlalistac quedó, como se ve hasta el dia, en la puerta de la sierra de Ixtlan. [1]

7.—Teitipac y Tlalistac distaban poco de Teotitlan, centro primitivo de la nacion zapoteca, manantial que deberia derramar sucesivamente la poblacion en todas direcciones. Bogando los zapotecas sobre ligeras barcas, en las aguas del lago que aun debia cubrir el valle de Oaxaca, adelantaron despues considerablemente sus colonias hácia el Sur. La ménos avanzada de esas colonias fué Amatlan, llamada así por los mexicanos, á causa de sus blancos edificios. Su nombre zapoteca, *Quatila*, "tierra de combates," revela que su fundacion fué el resultado de una hazaña militar. El nombre de su fundador, *Cochicahuala*, "el que pelea de noche," descubre que la victoria reportada por los zapotecas en aquel lugar, se debió principalmente á la sorpresa y á la astucia de su caudillo. ¿A quiénes combatieron esta vez los zapotecas? Acaso á los chatinos, que resguardados por las alturas de Teitipac, que habian fortificado, se hubiesen tambien posesionado de aquel pueblo. En este caso, *Baalóó* y *Balachi*, vencedores en Teitipac, es de creer descendiesen por la falda opuesta de la montaña, y poniendo asechanzas al pueblo de Amatla, lo hubiesen al fin tomado por sorpresa. Pero puede igualmente sospecharse que hayan sido los chontales, invasores no ménos antiguos del territorio de Oaxaca y que se habian extendido hasta cerca de Amatlan. El pueblo está fundado á la orilla del rio *Guetogi*, "rio de cañas," y desde Cochicahuala enumeró veinti-

1 Burgoa, Desc. geog., c. 54.

cuatro caciques, que se sucedieron, siguiendo la línea recta de consanguinidad, hasta la venida de los españoles. Sus armas en la antigüedad fueron una águila que asia con una de sus garras una espada de navajas y con la otra una rodela de plumas. [1]

Otro caudillo, Meneyadela, capitaneando gran número de zapotecas, avanzó más hácia las feraces comarcas de la costa del Sur, tomando posesion de un lugar que llamaron despues los mexicanos *Coatlan*, "lugar de la culebra," por haber visto una serpiente enroscada sobre un peñasco. En zapoteca se llamó el pueblo *Huihuogui*, "rio de los señores," y adoptó por armas un indio con rodela en una mano y un haz de flechas en la otra. Los coatecos significaban en sus pinturas que habian venido del Norte, aseguraban conservar consigo los restos de "Petela," patriarca de los zapotecas, contemporáneo del diluvio, y tuvieron hasta la invasion española por caciques á los descendientes de Meneyadela, en número de veinte. [2]

Otro grupo considerable de zapotecas se derramó por las montañas de Miahuatlan, deteniéndose algunos en las vegas de un rio inmediato, en que cada cual tomó terreno á su placer, lo cultivó como cosa propia y edificó casa en medio de sus maizales. Así lo revela el nombre zapoteca que tuvo en la antigüedad, *Pelopenitza*, "entre las flores de maíz." [3] Aquellos terrenos á ninguno hasta entónces habian pertenecido, y cualquiera, en consecuencia, podia legítimamente apoderarse de ellos; pero las ambiciones de los pueblos y de sus jefes, difícilmente se contienen en los límites de lo legítimo y de lo justo. Aquel grupo de zapotecas cre-

1 Relacion que se hizo en 1609 para remitir al rey de España. Se lee en la coleccion de documentos inéditos de Indias, t. 9, p. 309.

2 Relacion que se hizo al rey de España en 1609, tomada de la coleccion inédita de documentos de Indias.

3 Tambien se llamó *Guecheto* ó *Gurchixo*. Vease la coleccion de documentos inéditos de Indias, t. 9, p. 210.

ció considerablemente, y creyéndose demasiado estrecho en los terrenos que pacíficamente poseia, volvió en torno los ojos buscando campos dilatados en que ensancharse. Mas no era posible hacerlo ya pacíficamente en todas direcciones, por estar ceñidos en sus posesiones por los chontales que poblaban el Ozolotepec: contra éstos, pues, fueron en armas los miahuateques. Fué la ocasion la muerte de uno de sus caciques, "Pichina Vedella," cuyos dos hijos, comprendiendo las dificultades de acordarse en el gobierno, determinaron que el mayor, al frente de un ejército, partiese buscando un reino con el filo de su espada, quedando el menor con el cacicazgo que habia heredado. Los ozolotepeques, por su parte, no se descuidaron, poniéndose en armas para resistir á sus injustos invasores. La lucha que siguió á tales preparativos fué terrible; pero la suerte no dispensó esta vez su favor á la justicia: de setenta mil chontales que se opusieron al paso de los zapotecas, quedaron solo mil con vida. Los vencedores impusieron su idioma y su gobierno á los ozolotepeques, pueblos que progresaron despues, en términos de contar uno solo de ellos, á la venida de los españoles, treinta mil habitantes. [1]

8.—Estas guerras podian calificarse de empresas particulares, llevadas á término feliz por los esfuerzos aislados de capitanes subalternos; la nacion entera se interesó vivamente en otras de utilidad comun: tal fué la traslacion á Teozapotlan de la capital del reino. Despues de Teotitlan, parece haber sido Mitla por mucho tiempo la residencia principal de los soberanos zapotecas. Brasseur de Bourbourg [2] citando el Códice Chimalpopoca [3] afirma

1 Coleccion de documentos inéditos del archivo de Indias, t. 9. p. 210 y siguientes.

2 Histoire des Nations civilicée de Mexique, etc., t. 3, c. 2.

3 Códice Chimalpopoca, hist. cronol.

que en 1351 reinaba allí "Ozomatli." Teozapotlan no habia sido entretanto mas que un islote cubierto de vegetacion, que descollaba en medio de un extenso lago y era frecuentado por navegantes y por pescadores. La necesidad de ponerse al abrigo de toda agresion extraña fué la que inspiró el pensamiento de convertir el islote en fortaleza. Un rey guerrero fué quien puso en ejecucion este designio. El nombre zapoteca de Teozapotlan nos descubre el nombre de su fundador. Llamábase el pueblo *Zaachilla-Yoo*, que quiere decir, "Fortaleza de *Zaachilla*." Zaachilla fué, en efecto, un génio emprendedor á quien Burgoa atribuye la reduccion de los chontales y conquista de Nejapa: él fué quien levantó en Teozapotlan sobre una roca la fortaleza de siete cuerpos, que parecia entónces amenazar á las montañas vecinas, y cuyas ruinas se ven esparcidas al presente. Brasseur dice que Zaachilla fué hijo de *Wuiyatóó* ó *Huijatóó*, y como con este nombre se designaba en Mitla á los sumos sacerdotes, se puede sospechar que, ántes de Zaachilla, hubiesen estado reunidas en una misma persona las dos supremas dignidades, sacerdotal y real.

9.—Hemos dicho que Zaachilla habia sido un rey guerrero: así lo mostró en la campaña emprendida contra los pueblos mijes. Tuvieron éstos un señor llamado Condoy, belicoso y osado, y tan temible, que al atravesar las montañas, los peñascos mismos se le inclinaban, segun decian, rindiéndole homenajes humildes. Si hemos de creer lo que contaban de él, no habia tenido padres ni otros ascendientes, apareciendo en el mundo de repente y en edad ya perfecta: sin dilacion tomó luego las riendas de la nacion mije, y vigorosamente la defendió de todos sus enemigos. Sus ejércitos eran numerosos y aguerridos, y sin descanso estaban ocupados en campañas difíciles ó en ejercicios de la profesion, endureciéndose y disciplinándose cada dia más con las fatigas, marchas y correrías en que los tenia de con-

tínuo su incansable caudillo. Residia en Totontepec: nadie habia tenido la gloria de vencerlo; ántes bien, temerosos de su indomable valor, pero recelando que por sí solos fueran insuficientes para destruirlo, formaron una formidable liga los zapotecas del valle y los de la sierra con los mixtecas. Los ejércitos coligados, conducidos por Zaachilla I, se situaron al pié del Zempoaltepec, en cuyas gargantas y desfiladeros tenian su campo los mijes. Como á pesar del prodigioso número de soldados que comandaba, la liga no tenia confianza en la victoria, en lugar de acometer á Condoy en sus posesiones, determinó incendiar los grandes bosques de la montaña, creyendo reducir por este medio al extremo á Condoy aun ántes de haber llegado á las manos. La ejecucion correspondió al pensamiento: las teas incendiarias discurrieron en todos sentidos, y pronto no se vió en torno de la montaña sino un círculo inmenso de fuego que se iba estrechando á medida que las horas corrian, alejando hácia el centro á las fieras que espantadas se mezclaban con los defensores, huyendo en confusion á las cumbres. La hierba desaparecia rápidamente convertida en cenizas, miéntras los orgullosos pinos y los cedros seculares se rompian con estruendo y rodaban ardiendo á las profundas barrancas. No tardó mucho el Zempoaltepec en quemarse desde su raíz á la cima, ofreciendo el espectáculo de un mar inmenso de llamas, cuya luz rojiza reflejaba en las montañas vecinas, alumbrándolas con fulgor siniestro, y cuyo negro humo, en forma de enormes cúmulos, subia imponente á confundirse con las nubes. En una área de cincuenta leguas desapareció toda vegetacion á los pocos dias, no quedando sino restos humeantes del voraz incendio; pero Condoy no fué por eso vencido, pues sus enemigos nunca pudieron apoderarse de los picos y cuevas en que se habian refugiado los mijes; ántes bien, aquella medida salvaje irritó más los ánimos, encendiendo entre las partes contendientes un odio implacable que despues se pronunciaba sangriento á

la más leve ocasion. En efecto, sin llevar á su término la campaña, los zapotecas se retiraron, dejando guarniciones hácia Nejapa, en algunos pueblos de los que pudieron conquistar, para contener la venganza de los mijes que, por allí, como una avalancha, podian precipitarse de sus montañas y derramarse en el valle; pero desde entónces, unos y otros fueron constantemente opuestos, haciendo los últimos demasiado sensible su resentimiento, tanto como su fuerza, robustez é indomable orgullo, con sus acometidas frecuentes á los pueblos vecinos, en las que los desgraciados netzichus y serranos que no morian, soportaban las consecuencias del más completo despojo. [1]

Por lo que hace á Condoy, debemos agregar que tan extraordinarias eran las cualidades que le atribuian, que llegaban á trasformarlo los suyos en un sér sobrehumano. Como le negaban el nacimiento, así tambien aseguraban que no habia muerto. Lo habian visto venir á la tierra saliendo de una cueva que penetra en los montes, no léjos de Juquila de los mijes; y á este modo decian, que cuando despues de haber gobernado á los suyos, quiso apartarse del mundo, se entró en la misma cueva acompañado de sus capitanes, y cargado con el oro y demás despojos de sus victorias, y cerrando por dentro la entrada de la gruta, partió por sendas solo de él conocidas, á remotas é ignoradas regiones. Tanto alucinó esta fábula á ciertos españoles, que en 1655 emprendieron viaje de México, arrastrando á su paso á muchos oaxaqueños, para explorar la gruta de Condoy. Emplearon algun tiempo y dinero en buscar los tradicionales tesoros. En Cacalotepec hicieron algunas excavaciones: extendieron sus pesquisas por otros pueblos: en fin, sacaron en claro la conviccion de su engaño. La cueva de Juquila servia de sepulcro á los caciques mijes. [2]

1 Burgoa. Desc. Geog., cap. 56.
2 Burgoa, Desc. geog., c. 61.

10.—Pero cuando estos acontecimientos tuvieron lugar, los mixtecas habian cruzado ya repetidas veces sus armas con los aztecas. Antes de que éstos llegasen á México y en el mismo año de 1351, en que se sabe que reinaba Ozomatli en Mitla, los mixtecas sostuvieron una guerra sangrienta contra los guerreros de Tehuacan, ignorándose las causas que las provocaron y el resultado que tuvieron despues de éste; no parecen haber tenido los mixtecas otro encuentro belicoso con los chichimecas, dueños entónces de la mesa central de Anáhuac, ó por lo ménos, no queda constancia ni noticia cierta que los hubiesen cambatido. Es probable que los mixtecas hayan invadido, con pretensiones de conquista, la sierra de Huautla y Huehuetlan, pues en medio de la nacion guatinicamame dejaron un pueblo de su idioma, que no debe haberse establecido allí pacíficamente. Acaso los señores de Mazatlan, en la misma sierra, hayan tomado parte en las revueltas que turbaron el gobierno de los sucesores de Nopaltzin, á quienes estaban sujetos. Tal vez estos poderosos reyes hayan llevado victoriosas sus armas hasta penetrar en lo que es hoy el Estado de Oaxaca, dando motivo para la guerra referida del tiempo de Ozomatli, pero no se sabe. Más bien se hallan señales de relaciones amistosas en el aprecio que hacian de los lapidarios y plateros mixtecas, á quienes honraban sobremanera los señores de Acolhuacan.

11.—La primera guerra que la historia hace constar de los mixtecas y pueblos vecinos, es la que se suscitó entre Coixtlahuac y los mexicanos. Estos últimos, miserables y abatidos al principio, á fuerza de osadía y constancia habian logrado darse rey y edificar una suntuosa capital, y hacerse respetar por los habitantes del valle de su nombre. No tardó mucho sin que la fortuna, que les habia comenzado á sonreir, se declarase abiertamente en su favor, concediéndoles que no solo sacudiesen el yugo que los oprimia, sino

á su turno fuesen los dominadores de la tierra. Ya habian hecho importantes conquistas, cuando subió al trono de Tenochtitlan, Moctezuma el primero, llamado tambien Ilhuicamina, capitan famoso por su valor y hazañas inmortales. No era ménos altivo el ánimo de Atonaltzin, que gobernaba por ese tiempo en Coixtlahuacan, ni estaba ménos orgulloso este caudillo por las victorias que habia conseguido de los pueblos convecinos. Habia oido hablar de las campañas llevadas á feliz término por los mexicanos, cuya fuerza se creia incontrastable y cuya gloria se publicaba ya en todas partes. Estos rumores no le eran muy gratos, así porque tenia conciencia de su propia grandeza y el orgullo no sufre rivalidad, como porque acaso presumió que algun dia le alcanzase la ambicion mexicana y fuese él mismo atado al carro triunfal de su prosperidad no interrumpida. A esto se agregaban algunos insultos que se permitian los soldados de la guarnicion vecina del pueblo de Tlaxiaco, que envanecidos, proclamaban la propia superioridad sobre las demás naciones de Anáhuac. Esta guarnicion habia sido puesta allí por Moctezuma, que habia sabido ganar el corazon de *Malinalli*, feudatario hasta entónces del príncipe mixteca, pero que faltando á sus deberes se habia declarado por los mexicanos, lo que sin duda humillaba el amor propio de Atonaltzin, que no llevaba muy resignadamente la afrenta. Por estos motivos, pues, ó por otros que no se saben, el caudillo mixteco no miraba con sanos ojos á los mexicanos, ostentaba despreciarlos y aun les causaba todo el mal que podia. A los comerciantes negaba el paso por sus dominios, y si alguno, contraviniendo á sus órdenes, franqueaba el lindero de sus tierras, era cogido y severamente penado.

Estas hostilidades se repitieron tantas veces, que llegaron al conocimiento de Moctezuma, á quien indignó principalmente un acto de verdadera barbarie, el último que se habian permitido los mixtecas. Aquel acto marcadamente

hostil contra los mexicanos, se debió, segun se dice, á las inspiraciones de otro pueblo que los odiaba y queria precipitar contra ellos en guerra abierta al poderoso Atonaltzin. Coaixtlahuac, que figuraba entónces como gran ciudad, entre otras causas de prosperidad, tenia la de un mercado á que concurrian ricos extranjeros de México y Tezcuco, de Chalco, Cuyoacan y Xochimilco, de Azcaputzalco y de Tacuba, para adquirir grana y plumas, jícaras con adornos de oro y plata, tejidos delicados de algodon y de pelo de conejo, cacao y oro que allá se cambiaba en abundancia. Cierto dia, por mandato de la autoridad, aquellos extranjeros, en un doblez de camino, fueron asaltados, despojados de todas sus riquezas y muertos en número de ciento sesenta, salvándose apénas unos pocos de Tultitlan que se apresuraron á dar noticia de su desgracia al rey de México. [1]

Segun costumbre invariable de aquellos tiempos, el monarca azteca envió al orgulloso Atonaltzin una solemne embajada preguntándole la causa de su conducta y amenazándole con la guerra si no le daba una satisfaccion cumplida. Tal amenaza no pudo ménos de ahondar la herida que habia ya recibido en su orgullo Atonaltzin: recibió con desprecio á los embajadores, hizo sacar alguna parte de sus riquezas, y poniéndolas delante de los mexicanos, les dijo: "Llevad este regalo á vuestro rey, y decidle que por él conocerá el amor que mis súbditos me tienen y la defensa que harán de mi persona. Acepto gustoso la guerra que me proponeis, y quede en ella decidido si los mexicanos me tributarán á mí, ó yo á los mexicanos."

Moctezuma escuchó con admiracion la respuesta de Atonaltzin. "Estas arrogantes palabras, dijo á Netzahualcoyotl, que reinaba entónces en Tezcuco, demuestran un valiente corazon: sin duda es necesario un gran poder para sojuz-

1 Historia de los indios de Nueva España, por Diego Duran, t. 1, c. 22.

garlo: apercibámonos para la guerra y veamos si los hechos corresponden á una respuesta presuntuosa."

En efecto, los tres reyes aliados, el de México, el de Acolhuacan y el de Tlacopan ó Tacuba, llamado Totoquihuatzin, de acuerdo levantaron en sus respectivos Estados ejércitos considerables, á que se agregaron otros señores que quisieron tomar parte en la contienda. Unidos todos, marcharon para la mixteca, en donde Atonaltzin convocaba á sus vasallos, y les hacia presente su sonrojo y la triste esclavitud á que se verian sujetos, si como otros pueblos, eran vencidos por los mexicanos, miéntras que vencedores reportarian una gloria incomparable y dominarian fácilmente toda la tierra. Cuando hubo reunido sus huestes, las ordenó y salió al encuentro de sus enemigos. Aquellos dos caudillos rivales, eran César y Pompeyo que se disputaban el imperio del mundo que les era conocido.

Los dos ejércitos no tardaron en ponerse á la vista, acampando el uno al frente del contrario. Moctezuma ordenó sus filas, y las presentó en batalla al enemigo. Los mixtecas acometieron, pero con empuje tan violento y rudo, que al primer choque hicieron suya la victoria. No valieron á los mexicanos y tezcucanos su número y la ventaja de sus armas: huyeron y se dispersaron, dejando el campo sembrado de cadáveres. [1]

La empresa de vencer á los mixtecas tuvo que abandonarse por entónces; pero la vergüenza de la derrota estimuló á Moctezuma y á Netzahualcoyotl á levantar nuevos ejércitos y prepararse mejor para la nueva campaña que oportunamente se proponian abrir. Tampoco Atonaltzin se dormia sobre los laureles conquistados; ántes bien, sabiendo que los mexicanos eran constantes en la ejecucion de sus designios y que una vez emprendida una obra, no acostumbraban desampararla á la primera adversidad; previendo

1 Torquemada. Mon. Ind. l. 2, c. 48

que volverian á combatirle con mayores fuerzas, por su parte procuró aumentar las probabilidades de buen éxito, haciendo alianza con los tlaxcaltecas y huejocinques, enemigos antiguos é irreconciliables de los mexicanos. Unos y otros asintieron á la súplica y deseos de Atonaltzin, acudiendo á su auxilio con gente que luego fué puesta en actividad por el previsor y diligente capitan mixteca. El presidio de Tlaxiaco era una amenaza contínua sobre sus Estados; y en el caso de una nueva guerra que sobrevendria sin duda, era un enemigo formidable que lo combatiria por la espalda: ante todo era preciso deshacerse de él. A la cabeza, pues, de los aliados, marchó para Tlaxiaco y lo combatió vigorosamente y sin descanso. Aún la fortuna le fué propicia: el mejor éxito coronó sus esperanzas; se apoderó del pueblo: los tlaxiaqueños se le rindieron; los mexicanos fueron pasados á cuchillo, quedando en la condicion de esclavos los pocos que sobrevivieron.

Entre tanto, y á partir de la primera derrota de los mexicanos, habia pasado un año, tiempo que Moctezuma habia empleado en hacer nuevas alianzas, levantar más numerosos ejércitos y prepararse de todas maneras para la nueva campaña en que pensaba reparar su crédito y lavar su honra un poco menoscabada desde el último descalabro. Ya estaba en marcha [1] para la mixteca, con los reyes de Tezcuco y Tlacopan y otros muchísimos amigos y confederados [2] al frente de un ejército de doscientos mil soldados, sin contar con cien mil tamemes encargados del bagaje, asemejándose por su número los combatientes, á las masas

1 Duran dice que tomaron parte en esta guerra "Chalco, Tezcuco, Ixtapalapa, Culhucan, Mexicatzinco, Xuchimilco, Uitzilopochco, Cuyoacan, Tacuba, Aztcaputzalco, Tullan, Matlatzinco, y tantas gentes que cubrian el sol, y fué tanto el aparato de guerra que para esta entrada se juntó, cuanto en ninguna de las demás se habian visto ni juntado." (Historia de los indios, t. 1, c. 22.)

2 Alva Tezozomoc. Crón. mex. c. 23.

de langosta que suelen cubrir la luz del sol al cruzar los aires, cuando recibió la noticia del desastre de Tlaxiaco. Este nuevo revés acabó de exasperar su ánimo ya indignado: corrió con los suyos al encuentro del ejército mixteca, lo acometió con ímpetu irresistible; al primer choque los venció, y en sus manos quedaron tambien los tlaxcaltecas y huejocinques. No deberian terminar aquí las desgracias de Atonaltzin. Este príncipe vió entrada su capital por los enemigos, incendiados sus santuarios y destrozada la flor de sus ejércitos. Moctezuma le impuso un feudo y lo dejó tranquilo, miéntras él proseguia la carrera de sus victorias; pero la vista de los innumerables heridos y muertos que habian sido recogidos despues de la batalla, conmovió tan hondamente á los demás caciques mixtecas que habian tomado parte en la contienda, que sin respetar la desgracia de su caudillo, comenzaron á hacerle cargos, acriminándolo por haber emprendido sin discrecion una guerra peligrosa contra el parecer de los demás, y principalmente por haber mezclado en sus filas á los tlaxcaltecas y huejocinques, quienes, ni habian resistido varonilmente el empuje del enemigo, y sí habian introducido en el campo el desórden con su fuga, debiéndose á ellos la ruina que padecian. Pasando de las palabras á los hechos, amotináronse sin miedo alguno á la autoridad, y roto el freno de toda obediencia y sujecion, dieron muerte á Atonaltzin y á los tlaxcaltecas y huejocinques que aun tenian vida. Así fué como Coaixtlahuac, de nacion independiente y poderosa, vino á quedar débil y tributaria de los mexicanos. Una leve causa fué el principio de la guerra: los acontecimientos se encadenaron de modo que el fin fuese notablemente funesto á los mixtecas. Así es como las cosas más pequeñas suelen decidir la ruina de los imperios.

Moctezuma, por su parte, tenia todos los caractéres de cumplido general: sabia vencer tanto como aprovecharse de la victoria conseguida. En Coixtlahuacan dejó un fuerte

destacamento de tropas, que mezcladas despues con los naturales del país, produjeron el idioma chocho que aun está en uso. En Teotitlan del Camino y pueblos inmediatos quedaron fuertes guarniciones.

El resto del ejército de Moctezuma se dividió en dos secciones: la una se dirigió á la costa del Pacífico, dejando el camino que atravesaba sembrado en toda su extension de partidas de tropa que guardaban la espalda del principal cuerpo del ejército y le aseguraban una oportuna retirada. Los mexicanos se apoderaron de Tututepec; pero no parece que hayan continuado por esta vez sus conquistas adelante, pues la campaña se habia emprendido contra los mixtecas, cuyos dominios concluian aquí, continuando despues los de los zapotecas y chatinos que no tomaron parte en la contienda; además, entre estos últimos no quedan, como entre los mixtecas, vestigios del paso de los mexicanos; ántes bien, las escrituras zapotecas aseguran que nunca su capital, Teozapotlan, fué ocupada por fuerzas aztecas, sin embargo de que lo contrario refiere Clavijero. Así pues, de Tututepec debe haberse regresado Moctezuma, cargado de despojos y justamente orgulloso con sus triunfos; pero las tropas que habian sido señaladas para resguardo del camino, quedaron en sus estaciones formando una línea militar, que mantenia la puerta abierta para nuevas conquistas siempre que los mexicanos quisieran. Quedan aún de ella vestigios en las estancias, rancherías y pueblos de la "Estanzuelilla," el "Zapote," la "Estanzuela," el "Rincon," "Mesones," "San Antonio Ocotlan," "Buenavista," "Constancia del Rosario," "Pueblo nuevo," "Barrio de San Sebastian," "Ranchos de San Antonio," "Nuchita," el "Rosario," "San Miguel Astlata," etc., [1] todos los cuales hablan el mexicano.

La otra seccion se internó en las montañas de Huautla y

1 Pertencen á los distritos de Huajuapan, Coaixtlahuac, Silacayoapan, Tlaxiaco y Jamiltepec.

Huehuetlan, á un lado de Teotitlan del Camino, y siguiendo por allí su derrota hácia el seno mexicano, apoderáronse de Utzila (Huitzilan) y de toda la Chinantla, á que entónces impusieron el tributo de ciertas cantidades de oro que pronto dejaron de pagar. Por este lado se extendieron más, dice Clavijero, con motivo de la guerra que promovió Cotaxtla. [1]

Estos acontecimientos tenian lugar por los años de 1455 y 1456 [2] Entre los pueblos conquistados pone Torquemada el de *Quauhnochco* [3] que podian sospecharse ser Huatulco, pues *Quauhtocho* ó Huatusco no se conquistó sino dos años despues. [4] No lo creo así, pues el mismo Torquemada señala en el reinado de Ajayacatl, sucesor de Moctezuma, la guerra de *Coatulco*, que sin duda es el puerto de Huatulco. Ignoro igualmente cuál es el pueblo conquistado en ese tiempo con el nombre de *Tlatlatelco.*

Moctezuma habia penetrado en el corazon de las mixtecas; mas para llegar á ellas tenia que cruzar países no sujetos aún á los mexicanos. Estos pueblos intermedios independientes, dada una ocasion, podrian cerrar el paso y causar graves daños á los dominadores de Coixtlahuacan. Para evitar estos inconvenientes y conservar seguras las conquistas hechas en las mixtecas de Oaxaca, era preciso emprender la de aquellos que aun se mantenian libres de todo yugo. Tal fué la obra á que dió cima el rey de México el año de 1457, apoderándose por una parte de la Cotaxtla, llevando en seguida sus armas por la costa que bordea el seno mexicano, hasta cerca de Goatzacoalcos, y por otra, sojuzgando á los mixtecas que habian logrado salvarse de sus armas en la campaña anterior, en la frontera de

1 Pueden verse Clavijero, t. 1, pág. 168, y Torquemada, l. 2, c. 48.
2 Códice Chimalp. Hist. Cron.
3 Torquemada. L. 2, c. 48.
4 Torquemada. L. 2, c. 49.

Oaxaca que mira á los Estados de Puebla y Guerrero. Quedáronle, pues, tributarios en esta ocasion, Tamasola ó Tamazulapan, Cuisla, Acatlan, Piastla y Jilotepec.

Las ventajas que reportaron los mexicanos de esta gran victoria, fueron incalculables. Sus primeros despojos fueron las delicadas plumas de hermosos colores y las preciosas telas, aterciopeladas unas, brillantes otras por el color del oro y plata que sabian los mixtecas imprimirles perfectamente, las pieles blandas y los lujosos muebles conocidos hasta entónces solo por la fama, los deliciosos aromas de Tututepec, las valiosas alhajas de Achiutla y el oro en polvo de Sosola. Cargados con estas riquezas los prisioneros coaixtlahuaques, hicieron su entrada en la capital de los aztecas, custodiados por sus vencedores. Los ancianos de México salian á perfumarlos con incienso, como víctimas destinadas á Huitzilopochtli, miéntras los desgraciados cautivos entonaban cantos de muerte y ejecutaban la danza fúnebre de los vencidos. Jamás hasta entónces los mexicanos habian visto tanta abundancia, tal profusion de riquezas, ni tan gran facilidad para adquirir las superfluidades de la vida como entónces. [1]

La más preciosa adquisicion, no para los mexicanos, sino para Moctezuma, fué la reina de Coahuixtlahuac, la viuda de Atonaltzin, á cuya muerte se dice que no fué completamente extraño aquel príncipe. [2] Jamás el célebre capitan habia visto reunida en una sola mujer tanta belleza á tanta majestad. Entre el desórden de los combates y el furor de las llamas, habia contemplado á la desolada princesa derramar lágrimas, y se habia sentido conmovido por una pasion irresistible: resolvió poseerla y hacerla suya á toda costa. Despues de la muerte de Atonaltzin, fué, en efecto, conduci-

1 Vease á Brasseur de Bourbourg, Lib. 10, cap. 5, quien cita el Códice Chimalpopoca, hist. cron.

2 Alva Tezozomoc. Crónic. mex., cap. 33.



India Zapoteca.

da la hermosa viuda á México, donde se construyó para su residencia un suntuoso palacio y se la rodeó de toda suerte de consideraciones. El rey vencedor, sin violentar el corazon de la princesa, quiso cautivarse sus afectos á fuerza de generosidad y de magníficas liberalidades; mas fué desdeñada su ternura. La reina mixteca fué insensible al amor de Moctezuma, rechazó constantemente sus proposiciones de matrimonio y murió siendo cautiva suya, pero fiel á la memoria de Atonaltzin.[1]

Los mixtecas se habian creido vencedores del sol; Moctezuma, derrotando á los mixtecas, presumió haber sido favorecido por el sol, á cuyo honor quiso consagrar un monumento. En el centro de una piedra redonda mandó esculpir la imágen del astro del dia, rodeada por sus rayos, entre los que se labraron los símbolos significativos de las victorias conseguidas hasta entónces por los mexicanos. Se llamó esta piedra *Quauhxicalli*, "vaso de águilas," y su destino fué servir para el sacrificio que se hizo de los mixtecas prisioneros. En Coaixtlahuac, en lugar de Atonaltzin, gobernó *Cuauxochitl*, nombrado por el rey de México, ante quien cada ochenta dias tenia obligacion de comparecer con el tributo que le habia sido señalado.[2]

12.—Como se ve, el camino de la dominacion azteca en Oaxaca ya estaba abierto, y los sucesores de Moctezuma, para consumarla, no tenian más que proseguir la carrera que habia comenzado aquel héroe, autor sin duda de la prosperidad mexicana. Moctezuma murió en 1464, sucediéndole Ajayacatl. Era costumbre mexicana que los reyes nuevamente electos, promovieran algunas guerras en las que pudieran reunir el considerable número de prisioneros que sacrificaban para dar esplendor á las ceremonias de su coronacion. Con este designio, Ajayacatl, al frente de un po-

1 Alva Tezozomoc, ya citado.
2 Duran. Hist. de los Ind. de Nuev. Esp. c. 23

deroso ejército, atravesó la Cotaxtla, siguió la costa de Cosamaloapan hasta Goatzacoalcos y se internó en las montañas del istmo. Los pueblos huaves, que poblaban entónces las llanuras de Tehuantepec, y los del Estado de Chiapas, que se vieron de repente y sin antecedente alguno invadidos por aquellos extranjeros, se reunieron para detenerlos en su marcha. La batalla se empeñó, peleando con igual ardor unos y otros. Como la batalla duraba y el éxito se hacia dudoso, Ajayacatl quiso decidirla en su favor por medio de un ardid. Se adelantó á sus tropas é insultó á sus enemigos provocándolos á recrudecer la lucha; cuando los vió con más calor en el combate, dió á los suyos la órden de ponerse en fuga. Los contrarios, que juzgaron suya la victoria, siguieron á los fugitivos, sin advertir que daban en una emboscada hábilmente preparada. De repente, la mitad del ejército mexicano, que se habia ocultado entre los maizales y los árboles de un bosque, saliendo de su escondite, atacó á los tehuantepecanos por la espalda, miéntras la otra mitad volvia caras y los combatia por el frente. La sorpresa en semejantes casos introduce el desórden en las filas, que se revuelven sin hallar medio de salvarse: los tehuantepecanos, estrechados por todas partes, fueron completamente vencidos, siendo perseguidos los que no quedaron en el puesto, hasta su capital, que fué asolada, lo mismo que su templo. Los mexicanos continuaron aún sus conquistas por este lado, siguiendo la costa del Pacífico, desde Tehuantepec hasta Huatulco, puerto del dominio zapoteca, no muy léjos de Tututepec, á que habian llegado los ejércitos de Moctezuma. Así, los mexicanos, sin penetrar aún en el valle de Oaxaca, lo habian rodeado, formando con sus conquistas y sus armas un inmenso círculo militar, que más tarde hubiera oprimido, estrechándose, á las zapotecas, si otros acontecimientos no lo hubieran estorbado. [1]

1 Clavijero, t. 1, pág. 172.—Torquemada, lib. 2, c. 55.

Claro está que los prisioneros cogidos en esta guerra, fueron sacrificados á Huitzilopochtli en la coronacion de Ajayacatl.

Las nuevas posesiones, sin embargo, soportando de mala gana el yugo de los vencedores y hallándose á bastante distancia para que pudieran ser prontamente sofocados los intentos de revuelta, se rebelaban con frecuencia, ya en un punto ya en otro. En Huatulco deben haber quedado algunos mexicanos, pues su idioma aun no ha desaparecido por allí. En Tehuantepec, ninguno sin duda quedó, porque muy distante de México la guarnicion, no hubiera podido recibir socorros. Ni aun tributo pagaron en lo sucesivo, á pesar de su derrota. Por Tuxtepec, tenia necesidad el emperador azteca de mantener un cuerpo considerable de tropas para haber de conservar sujeta la tierra. Teotitlan se rebeló aun en vida de este rey Ajayacatl, dando muerte á varios mexicanos. A su vez pagaron caro los teotiteques su amor á la independencia, pues el rey de México, despues de vencerlos, no dejó uno con vida de sus antiguos pobladores. [1] Desde entónces Teotitlan fué habitado exclusivamente por mexicanos.

Tizoc, sucesor de Ajayacatl, tuvo tambien necesidad de enfrenar á los mixtecas, de los cuales catorce ciudades se habian insurreccionado, haciendo cabeza los pueblos de Chila y Yanhuitlan, lo mismo que Tlapan y Tamapchco. Fueron éstos vencidos; mas no se tienen pormenores sobre la guerra que promovieron. [2]

13.—No son escasas las noticias de la terrible lucha que sostuvo Ahuizotl con los zapotecas. Los historiadores de México solo dicen generalidades de esta guerra, refiriendo que para hacer cautivos y sacrificarlos en la fiesta de su coronacion, habia marchado aquel rey contra los zapotecas. Sin du-

1 Betancourt. Parte 2ª, c. 16.—Torquemada, c. 59.
2 En esta insurreccion habia entrado Mazatlan. (Clav. t. 1, p. 182.)

da por haberle sido esta vez la suerte adversa, los mexicanos no consignaron en sus pinturas sino la circunstancia de que los prisioneros hechos entónces habian sido inmolados en la dedicacion del gran templo de *Huitzilopochtli*, callando los demás sucesos que no les eran gratos: los historiadores, que solo consultaron tales manuscritos, no pudieron conocer lo demás que habia pasado en realidad, pero cuya memoria no encontraban. Burgoa no podia ignorar los hechos de Oaxaca, por haber bebido en fuentes zapotecas. Entre éstos vivió habitualmente, conocia el país con perfeccion, tenia á la vista las antiguas pinturas de Teozapotlan y Tehuantepec, escuchaba cada dia la narracion tradicional que le hacian los indios de las guerras de sus antepasados, ni podia dudar de su exactitud que comprobaban las osamentas aún esparcidas, las murallas levantadas y la tierra removida del suelo que fué en otro tiempo campo de batalla. Así que, merece en este punto la preferencia de ser creido.

Tan abundantes eran las noticias que poseia este historiador, que saliendo del laconismo y mesura que se habia prescrito en todo lo que no tocaba especialmente á su órden, contra su costumbre se detiene refiriendo detalles importantes y curiosos de la guerra: No fija, sin embargo, con seguridad, el tiempo de los acontecimientos. Guiado por las pinturas zapotecas, unas veces los refiere al reinado de Moctezuma Xocoyotzin ó el postrero de este nombre; mas no pudiendo conciliar las fechas con otros datos en ningun modo despreciables, los hacia retroceder más de cien años, atribuyéndolos acaso al otro Moctezuma. Ni una ni otra cosa es aceptable en mi sentir. Al tiempo de la conquista española vivia aún Cosijopii, rey de Tehuantepec, con una edad lo ménos de cuarenta años, pues tenia una hija de veinte ó veinticinco de nacida. Pero este rey nació, segun las historias zapotecas, poco despues de la sangrienta guerra que se hicieron zapotecas y mexicanos. Esta

guerra debe fijarse, pues, aproximadamente, cuarenta años ántes de la conquista española de Tehuantepec; es decir, por el año 1486, en el que aun no reinaba Moctezuma Xocoyotzin. Por otra parte, á la venida de los españoles vivia Cosijoesa, rey de Teozapotlan, que fué quien dirigió aquella guerra, lo que demuestra que no aconteció en el tiempo de Moctezuma Ilhuicamina, pues fuera necesario entónces dar á Cosijoesa 130 ó 140 de vida, lo que, si no es imposible, tampoco consta. Además, que aquel rey fué, si no el primero, uno de los primeros que comenzaron á ensanchar los dominios, ántes muy estrechos, de los mexicanos, haciéndolos llegar, segun se sabe, hasta las mixtecas; pero no es creible que este capitan, desde sus primeros pasos, hubiese llevado sus armas victoriosas hasta Guatemala y Nicaragua, como lo hicieron despues otros generales. En fin, la guerra misma y sus inmediatas consecuencias, se resienten de una época más moderna, como se dirá despues, por lo que no se puede atribuir á Ajayacatl ni á Tizoc, siendo este último demasiado tímido para tan larga y sangrienta campaña. Juzgo, pues, que debe ponerse al principio del reinado de Ahuizotl. Los acaecimientos se verán descritos en el capítulo siguiente.

CAPITULO VIII

ANTIGUAS GUERRAS.

1. Carácter de los reyes zapotecas.—2. Guarniciones en Nejapa.—3. Política de Zaachilla III.—4. El rio de Vueltas y el de San Antonio.—5. La guarnicion de Huaxyacac.—6. Los comerciantes mexicanos.—7. Guerra de Mitla.—8. Guerra de Tehuantepec.—9. La fortaleza de Guiengola.—10. Sitio de esta plaza.—11. Paz, alianza y matrimonio.—12. Consecuencias de esta guerra.—13. Conducta noble de Coyolicaltzin.—14. Cosijopii.

1.—Como se ha visto, los mexicanos habian penetrado en el centro de las mixtecas oaxaqueñas, apoderándose á mano armada de la parte más llana y accesible, en que habian logrado hacer tributarias poblaciones tan importantes como Tlaxiaco, Tamazulapan, Coaixtlahuac y Yanhuitlan; quedaban, sin embargo, por sojuzgar, Achiutla y Sosola, pueblos ventajosamente situados en gargantas y desfiladeros defendidos por sí solos y en los que vivian aún independientes los mixtecas, como en sus últimos atrincheramientos. Esta parte, la más fragosa de la mixteca, formaba un muro difícil de franquear, más allá del cual se extendian las fértiles llanuras zapotecas, á que habia llegado el rumor de las guerras, pero no el estrago de las armas mexicanas. Habian estado gobernados los indios de Teozapotlan por una série de príncipes de la misma sangre, entre los que se distinguieron algunos por sus proezas militares ó por la

equidad y prudencia de sus determinaciones. *Zaachilla* se hizo inmortal dando su nombre á la capital de su imperio, que solo para los mexicanos se llamó Teozapotlan. Seguramente por sus grandiosas obras mereció la admiracion ó el amor de sus contemporáneos, que se acostumbraron á designar el lugar de su residencia con el nombre del famoso monarca, nombre que se trasmitió á la posteridad, llegando á otras generaciones, que olvidaron los hechos del rey, mas no el nombre de Zaachilla.

Fué él quien llevó la guerra á las montañas de los mijes, y el mismo ó su inmediato sucesor, Zaachilla II, el que al retirarse de Totontepec cuerdamente, no quiso dar por concluidas las hostilidades. Los mijes, por naturaleza orgullosos y altivos, distaban mucho de haber sido completamente vencidos, y reponiéndose de las pérdidas sufridas, podrian al cabo de un tiempo más ó ménos largo, reunir de nuevo todas sus fuerzas y hacer temblar el imperio zapoteca, si no destruirlo del todo. El rey de Zaachilla era previsor, y reflexionó que despues del incendio de Zempoaltepec, no debia esperarse un porvenir tranquilo y sonriente, descubriendo con su mirada perspicaz, en un no lejano horizonte, nubes sombrías que más adelante se resolverian entre los estragos de la tempestad más violenta. Mirando, pues, que por la parte de Villa-alta estaba bien resguardado por las colonias establecidas allí de súbditos suyos, quiso cerrar un portillo por donde podrian desbordarse á los valles los mijes. Esta medida del rey zapoteca es digna de elogio, pues nada hay tan funesto como la ciega confianza á que se abandona un caudillo que duerme sobre sus glorias pasadas.

Esta sábia prudencia era uno de los caractéres que distinguieron á los príncipes de Zaachilla. Los mixtecas eran valientes y fuertes; en los zapotecas descollaba más el ingenio y la inteligencia, sobresaliendo estas cualidades principalmente en sus gobernantes. Eran sus reyes tan cautos

con los enemigos como discretos con sus propios vasallos. Para estimular á éstos á nobles y atrevidas acciones, les ofrecian recompensas magníficas; mas al cumplir sus ofertas, cuidaban de hacerlo de modo que aun quedase algo que desear á la esperanza, no defraudada en verdad, mas tampoco cumplidamente satisfecha. Para refrenar á los enemigos, ponian en juego lejanas precauciones y cautelas exquisitas, sin omitir á veces las que sugiere la astucia y la perfidia, teniendo siempre delante de los ojos, que para vencer, ayuda más la industria y el arte que la fuerza.

2.—Para evitar las irrupciones de los mijes, el rey de Zaachilla los arrojó del pueblo de Nejapa y puso allí un presidio que más adelante se trasformó en un pueblo de más de dos mil casados. Los mijes se retiraron á *Majaltepec* y *Laquixonaxi;* mas aun allí quiso el zapoteca tenerlos oprimidos, adelantando sus tropas cuatro leguas más allá de la caida del rio *Nejapan* "rio de ceniza." Además, puso fuertes guarniciones hácia el Norte en el pueblo de *Quijevecusas*, y hácia el Sur, en *Quijechapa* y *Quijecolani.* Existen en el dia estos pueblos cuyos nombres tienen una significacion demostrativa de los lugares en que se situaron. Quiechapan (Quijechapam), trae su orígen, segun la tradicion, de una roca, que en su forma natural representa una mujer, tal como si la hubiese pulido el cincel, y de cuyo seno brotaba el agua del hermoso rio que riega el pueblo de este nombre. *Quiegolani* quiere decir, segun algunos, "dentro del rio," porque el pueblo en su antigüedad estaba situado en esa disposicion: en este caso, el pueblo deberia llamarse *Quegotani;* segun otros, quiere decir "peña tajada," porque los zapotecas, habiendo expulsado y asolado el antiguo pueblo de ese nombre, edificaron otro nuevo al pié de una roca inexpugnable que les sirvió de fortin. [1]

1 Burgoa, Desc. Geog., part. 1ª, c. 65.

Las guarniciones zapotecas permanecieron en sus puestos durante algunos años, cumpliendo su destino de mantener á respetable distancia á los guerreros mijes; pero entretanto, los reyes de Teozapotlan maduraban grandes designios que habian concebido para librarse de los temores que les inspiraban otros más peligrosos enemigos: los mixtecas y los mexicanos. El último de aquellos reyes, Zaachilla III, biznieto de Zachilla, fundador de Teozapotlan, por sus cualidades personales era el más á propósito para darles cima.

3.—Los mixtecas, como se ha dicho, habitaban al oeste y noroeste de Oaxaca, teniendo por lindero, con la nacion zapoteca, las montañas que limitan el valle de este nombre. Para su seguridad y para vigilar de cerca á sus vecinos, el cacique de Achiutla hizo descender al valle una parte de sus tropas, que se fijó permanentemente al pié de las montañas. Por un lado formaron estos soldados el pueblo de Guajolotitlan y por otro el de Cuilapan. Este último, próximo á Zachila, era motivo de sobresalto para el rey zapoteca, que teniendo allí su capital, no podia ver sin zozobra y ansiedad la cercanía de unos extranjeros emprendedores y valientes. No estaba en aptitud de arrojarlos de su suelo, ni de causarles el menor daño, pues se reconocia débil é inferior á los mixtecas. Sabiendo que si rompia con ellos abiertamente llevaria en la guerra la peor parte, ya que no podia hacerse á ellos superior por la fuerza, se propuso vencerlos con la astucia. Entró en pláticas amistosas con el rey mixteca; para mejor cautivar su voluntad le hizo dones y obsequios de valor; le propuso una alianza ofensiva y defensiva en la que se pactaba la union de las dos naciones para combatir los ejércitos de México; el designio de Zaachilla III era comprometer en una nueva guerra á los mixtecas, dejar á éstos el peso de todos los combates y caer sobre ellos y vencerlos cuando ya las luchas

sangrientas los hubiesen diezmado y enflaquecido: el mismo Zaachilla no parecia correr un grave riesgo, pues ántes que los mexicanos llegasen á sus Estados, era preciso que los mixtecas que estaban en sus fronteras hubieran sido aniquilados y arrasadas sus formidables posiciones de Achiutla y de Sosola, lo que no era presumible; y aun en este caso, entraria en pláticas con los vencedores, concertaria nuevos planes acomodados á las circunstancias, envolveria en los hilos de su astuta política á los mexicanos, y de todos modos, encontraria el arte de vivir en armonía con ellos.

Esto acontecia en los momentos de marchar los ejércitos mexicanos en direccion á las mixtecas. Ya se ha dicho cómo aquellas tropas habian rodeado el valle de Oaxaca sin penetrar en él por fuerza de armas: los viajeros y comerciantes contaban que era este un país rico y bien poblado, y al rey de Tenochtitlan entró invencible deseo de verlo. Además, aquel valle sin duda era el camino más recto para llegar al pueblo lejano de Tehuantepec, ya vencido una vez, y al que se proponia de nuevo aproximarse en són de guerra, para hacer cautivos numerosos, sin tener que rodear tanto, como ántes, siguiendo la costa de Cosamaloapan ó la de Tututepec y Huatulco, pueblos que ya le tributaban. En fin, queria penetrar en las comarcas de Chiapas, Guatemala y Nicaragua, sujetarlas á su imperio y ver hasta dónde se extendia la tierra en esa direccion. Siguiendo la costumbre de aquellos tiempos, envió sus embajadores á los señores independientes de la zapoteca y la mixteca, pidiendo paso á sus ejércitos. Segun lo que despues se vió, es de presumirse que Zaachilla desempeñase perfectamente su pérfido papel, confabulándose secretamente con los embajadores, miéntras al rey mixteca inspiraba que los recibiese desazonada y hostilmente. Este último, por su parte, sencillo aunque valiente, teniendo á sus órdenes soldados numerosos endurecidos en las correrías de sus montañas, diestros en el manejo de las armas y ejercitados en las bata-

llas que habian sostenido contra los mexicanos, no recelando malicia ni falsedad en las gestiones de Zaachilla III, entró llanamente en la confederacion propuesta y contestó negativamente á la demanda de los embajadores. La guerra quedó, pues, declarada y las hostilidades comenzaron.

4.—Bien resguardado por sus montañas el valle de Oaxaca, para llegar á él un ejército invasor tendria que seguir uno de los caminos que han abierto por un lado el rio de Vueltas y por otro el de San Antonio, en los que las dificultades parecen menores, aunque no dejan de ser bastante sérias, debiendo ser completamente vana la pretension de franquear el paso por otra direccion. El primero de estos rios lleva ese nombre de la direccion de sus aguas, que corriendo entre dos montañas que se tocan por su base, tienen que variar su curso continuamente al chocar ya contra una ya contra otra. Las dos montañas se elevan casi perpendicularmente á gran altura por ambos lados, y el rio forma una línea serpental de cuatro leguas, debiendo cruzarse ciento sesenta y tres veces para salvar el paso, sin contar con otros obstáculos de ningun modo despreciables que deben superarse. Hasta hoy nunca por fuerza de armas ha sido expugnado este lugar. La configuracion del rio de San Antonio es idéntica, sino que sus ondas son únicamente setenta, la garganta es ménos estrecha y el paso tiene siete leguas de longitud. A un costado de este rio, que conduce rectamente á la mixteca, se hallaba la fuerte posicion de Sosola.

El último camino fué el escogido por los mexicanos. Los zapotecas se colocaron en las alturas de Huitzo, en la frontera de sus dominios, pero á retaguardia de los mixtecas, que ocupando todo el rio de San Antonio, deberian ser los primeros en combatir, llevando todo el peso de la guerra, segun los deseos de Zaachilla. Se ignoran los pormenores de las batallas; pero se sabe que se libraron algu-

nas y que al fin los mexicanos, sin lograr su intento, hubieron de retroceder, cayendo á la cañada de Cuicatlan para tomar el otro camino del rio de Vueltas. Al recibirse tal noticia en el campo zapoteca, se admiraron y sorprendieron todos, manifestándose resueltos á combatirlos tambien por ese rumbo: Zaachilla extendió su línea defensiva desde Huitzo hasta una montaña vecina en cuya cumbre levantó un fortin, que se llamó entónces, *Güijazóó*, es decir, "atalaya de guerra," y además, libró terminantes órdenes para que se matuviesen sobre las armas los señores de Teococuilco, y tomó otras enérgicas medidas á fin de contener la marcha de los mexicanos. Zaachilla III era un héroe de comedia. Si hubiera querido, el rio de Vueltas habria sido la tumba de Ahuizotl. Lo cierto es que de repente, sin dar un combate, el rey de México apareció con todo su ejército en el valle de Oaxaca. Tal debia ser el resultado de los convenios secretos de Zaachilla III con los embajadores mexicanos. Pero, ¡cuánto disgusto y cuántas iras cómicas debe haber desplegado el hipócrita monarca para que sus artificios no hubiesen quedado manifiestos al rey de Achiutla!

5.—En efecto, el candoroso descendiente de Dzahuindanda no abrió los ojos ante tamaña decepcion. Le representó el astuto Zaachilla que nada mejor podia haber acontecido; que si Ahuizotl cruzaba el valle y llegaba, como queria, hasta Tehuantepec, se alejaba mucho de los suyos; y que allí podria destruirlo á su placer sin que le fuese dable recibir auxilios prontos y eficaces; y que por lo mismo, lo conveniente seria por lo pronto recibirlos de paz, asegurándose de que no harian daño los soldados como en país enemigo, y aparentarles benevolencia miéntras llegaba la ocasion de destrozarlos. Los mixtecas se conformaron con este parecer y remitieron á un poco despues la prosecucion de la lucha.

En las vertientes de San Juan del Estado y de Huitzo tiene principio aún un rio á que los mexicanos llamaron *Atoyac.* El ejército de Ahuizotl, siguiendo la corriente de sus aguas, anduvo siete leguas, atravesando las fértiles llanuras de Etla, hasta un lugar en que el valle se estrechaba dando paso al rio entre un bosque de huajes: aquí se detuvo para descansar. Desde una altura inmediata, el general mexicano dominaba con la vista, por un lado, el valle de Etla que acababa de cruzar, y por otro, los de Tlacolula y Zaachilla, poblados por los zapotecas: desde allí podia comenzar sus correrías en todas direcciones, destrozando con sus tropas los pueblos zapotecas, si éstos le hubieran sido hostiles; el no haberlo hecho respetando los dominios de Zaachilla, demuestra que ambos caudillos obraban con el más perfecto acuerdo. Sin embargo, debiendo marchar el grueso de sus tropas hácia Tehuantepec, para cubrir su espalda y tener libre de todo peligro la retirada, pensó dejar en aquel lugar un fuerte destacamento comandado por valientes capitanes que mantuvieran en su deber á los amigos y á los enemigos. En efecto, los soldados señalados para permanecer en la estacion, talaron una parte del bosque de huajes, levantaron sus viviendas á las márgenes de Atoyac, y dieron principio á la vida social de un pueblo que más adelante deberia ser la capital del Estado de Oaxaca é influir más ó ménos poderosamente en los destinos de toda la nacion. Al pueblo llamaron los mexicanos *Huaxyacac,* que quiere decir, segun Clavijero, "en la extremidad del huagin," por haberla fundado al extremo de un bosque de estos árboles: la representaban pintando una rama de huaje sobre una nariz, como puede verse en la coleccion de pinturas que dió á luz el Sr. Lorenzana.[1] Entre tanto, Ahuizotl regresó á su capital, y el ejército expedicionario, llevando á su cabeza uno de los más expertos generales, siguió su derrota, pasando, sin recibir

1 Vease á Clavijero, t. 1, p. 420.

daño, por el valle de Tlacolula y por los presidios de Nejapa y Quiegolani. Esto acontecia en el año 1486.[1]

Los tehuantepecanos, con el escarmiento que habian recibido en tiempo de Ajayacatl, no opusieron la menor resistencia al ejército invasor. No teniendo, pues, que hacer allí los mexicanos, dejaron una parte de las tropas, y el resto recorrió las fronteras de Chiapa, llegó al seno mexicano y por la costa volvió á México, en que para honrar al cruel *Huitzilopochtli* se sacrificaron seis mil zapotecas y veinticuatro mil mixtecas.

6.—Los mexicanos sabian aprovechar sus victorias: sus conquistas ensanchaban el campo al comercio, que cada dia se hacia más activo y vasto, y el comercio á su vez era un elemento poderoso de ulteriores conquistas. Los ejércitos aztecas se habian abierto paso al rigor de las armas hasta Huaxyacac, en que levantaron una fortaleza para establecerse de un modo permanente, miéntras por la costa del Norte sostenian en Tochtepec tropas avanzadas. Estos soldados vivian sobre el país que pisaban, permitiéndose además toda suerte de atropellamientos y desmanes, como debe presumirse de unos hombres que á la altanería de vencedores reunian la necesidad de vivir por la extorsion y la violencia. "Los soldados, dice Duran,[2] no comian ni tenian más descanso de mientras iban á las guerras, porque lo uno eran servidos por los caminos de todas las ciudades, villas y lugares de todo lo que avian menester de comer, beber, vestir y calzar, y lo otro avian licencia de robar donde no se lo daban, y demas deso los despojos de riquezas y esclavos no avia quien se los quitase, porque todo era suyo."

1 Vease á Brasseur Bourbourg. Histoire de Mexique, tom. 3º, lib. 11, cap. 3.

2 Historia de México, tom. 1, c. 28.

Estos males no eran los únicos que sufrian los pueblos sojuzgados por los mexicanos. No solo tenian inseguros sus intereses y vivian en contínua zozobra temiendo por el honor de sus hijas y esposas, que frecuente y escandalosamente recibian de la soldadesca injurias irreparables, sino que además, eran obligados á contribuir con sus tesoros, sin libertad de manifestar el menor disgusto, al enriquecimiento de los muchos comerciantes que con este título se cruzaban en todas direcciones, ávidos de una fortuna que adquirian á toda costa, imponiendo á placer y á nombre de su soberano los cambios y contratos más inícuos. Estos comerciantes, desde Chalco, Azcapuzalco, México ó Tezcuco, caminaban libremente hasta las fronteras militares. Llegando á Tuxtepec ó á Huaxyacac debian cambiar de idioma y trage, pues temian perecer en manos de los enemigos que poblaban las comarcas ulteriores. Regularmente marchaban perfectamente armados y reunidos en grandes caravanas de mil ó de dos mil personas. Ya en camino, del cuerpo principal se desprendian pequeños grupos, que disimuladamente se internaban y discurrian, ejerciendo un odioso espionaje en pueblos que ó no los conocian ó se guardaban bien de ofenderlos por miedo de la venganza de los reyes mexicanos.

Estos habian hecho inviolable y sagrada la persona de los comerciantes, porque realmente no eran otra cosa que emisarios que exploraban el campo de sus enemigos: frecuentemente los investian con el carácter de representantes suyos, castigaban con el mayor rigor la menor ofensa que se les infiriese, y acantonaban en las fronteras grandes cuerpos militares que los defendiesen, y que con el pretexto de vengar las injurias que hubiesen recibido, estuviesen prontos á adelantar sus conquistas. "Cuando iban á entrar en la tierrra de los enemigos, dice Sahagun, [1] que eran los de Tehuantepec y los de Tzapotlan y los de Chapanecatl, por

1 Historia de las cosas de Nueva España. Lib, 9, caps. 2 y 4.

cuyos términos iban, enviaban aviso á los de la provincia á donde se dirigian, para que supiesen que llegaban y les saliesen de paz; y yendo por la tierra de los dichos iban de noche y no de dia. Los dichos mercaderes se llaman tambien capitanes y soldados disimulados en hábito de mercaderes, que andaban por todas partes, que cercaban y daban guerra á las provincias y pueblos."

Pero estos comerciantes que la corte de México se complacia en honrar por la importancia de los servicios que prestaban, eran aborrecibles con extremo á los pueblos fronterizos, que veian en ellos, así como en las tropas que los favorecian, una constante amenaza á su independencia y libertad.

Por otra parte, el rey de Teozapotlan tenia motivos especiales de profundo desagrado: habia sufrido en la ejecucion de sus designios una sensible contrariedad. Para debilitar á los mixtecas, procuró meterlos en una guerra peligrosa; mas léjos de alcanzar sus fines, él mismo fué invadido en sus Estados por aquellos temibles extranjeros que toda la tierra querian avasallar. Habia sido cogido en sus propios lazos y se veia humillado en su orgullo de monarca. Necesario era librarse de aquellos opresores y emprender la obra de sacarlos de sus dominios, aunque para ello fuese preciso correr el riesgo de sucumbir en la demanda. Zaachilla III tomó esta resolucion definitiva. Para llevarla á término cumplido, tomó las medidas convenientes: renovó sus alianzas, levantó secretamente sus ejércitos, dictó sus órdenes á los caciques que le estaban subordinados, extendió sus influencias á los pueblos lejanos de Tehuantepec y de la costa del Atlántico, y pronto ya á dar el golpe meditado, fué sobrecogido por la muerte.

Era preciso que semejante adversidad retardarse la sangrienta guerra preparada; pero fué insuficiente para impedirla del todo: los ánimos estaban predispuestos y Zaachilla habia dejado por heredero de su cetro á su hijo Cosijoe-

sa,[1] héroe en el valor y más profundamente astuto que su padre. Celebradas, pues, las ceremonias de entronizacion y tomadas las precauciones que aconsejaba la prudencia, la guerra comenzó.

7.—Como era de esperarse, la primera sangre vertida fué de los odiados comerciantes. Cierta caravana que de Tuxtepec habia pasado á Jicalanco, regresaba ya cargada de riquezas á su patria. Algunos de ellos, separándose de los demás, segun costumbre, atravesaron las montañas zapotecas, y sin recibir daño, llegaron hasta el valle de Oaxaca. Al pasar cerca del antiguo santuario de Mitla fueron reconocidos, asaltados y muertos por los súbditos de Cosijoesa, que daban así principio á las hostilidades. Duran refiere el acontecimiento en estos términos:[2] "Los cuales, volviendo á su ciudad llegaron á un pueblo que está ántes de llegar á Guajaca, que se llama Mictlan. Llegados allí, los de Guajaca tuvieron noticia de su llegada, y saliéndoles al camino á la salida del pueblo de Mictlan, los mataron y les quitaron todo lo que traian de oro y joyas y cosas de concha de mucha curiosidad y guesos de pescado y otras curiosidades que los de Guazacualco enviaban al rey Moctezuma, y muertos los dejaron fuera del camino para que fuesen comidos por las aves, y asi fué que allí fueron comidos de las auras."[3]

Este atentado fué como la señal de un general asalto á todos los mercaderes que viajaban por el país. Por donde quiera estos infelices se vieron acometidos[4] en los caminos,

1 Vease á Brasseur de Bourbourg. Histoire de Mexique, t. 3, lib. 11, cap. 3.

2 Duran refiere esta guerra al tiempo del reinado de Moctezuma Ilhuicamina; pero consta que la guerra de Mitla fué en 1494. (Códice Letell. Rem).

3 Duran, Historia. Tom. 1, cap. 28.

4 Brasseur citado, l. 11, c. 3.

despojados de sus mercaderías y cruelmente atormentados por los implacables zapotecas, que arrastraban sus cadáveres y los arrojaban en los barrancos para que fuesen pasto de las fieras. No fué mejor la suerte de los cuerpos del ejército mexicano encargados de su defensa: las plazas militares fueron sucesivamente batidas y tomadas, sin que en todo Oaxaca se hubiesen podido salvar sino dos fortalezas, Teotitlan del Camino y Huaxyacac. Una gran caravana de mercaderes que viajaba entónces por la costa del Norte, fué repentinamente acometida por los tehuantepeques, los zapotecas y otros pueblos: forzada á encerrarse en *Quahutenanco*, para no perecer, tuvo que sostener un largo y estrecho sitio de cuatro años. [1]

Ahuizotl recibió la primera noticia de aquellas revueltas, de unos mercaderes chalcas, que, al pasar por Mitla, reconocieron á las primeras víctimas de los zapotecas, medio devoradas ya por las fieras, y que escurriéndose por los bosques habian podido llegar salvos á México: indignado, á la cabeza de sesenta mil combatientes [2] marchó con sus aliados hácia Huaxyacac. Los zapotecas supieron que se aproximaba, cuando Mitla lo tenia con todas sus fuerzas sobre sí. Este desgraciado pueblo fué pronto presa de Ahuizotl: sus casas fueron incendiadas y sus habitantes pasados á cuchillo. No se perdonó á los ancianos ni á los niños. El antiguo santuario vió por primera vez á sus respetados sacerdotes destrozados por el filo de la espada. Los mexicanos contaron que la sangre habia corrido á torrentes, que los edificios habian sido arrancados desde sus cimientos y que los zapotecas habian sido exterminados, en términos que hubiese sido preciso repoblar la comarca. Mitla, sin embargo, pudo sostener una nueva gue-

1 Sahagun. Historia de las cosas de Nueva España, l. 9, c. 2.

2 Ese número de soldados le dan Brasseur y Duran en los lugares citados.

rra no muchos años despues. De todas maneras, la guerra parece haberse limitado por entónces á este pueblo; y ya sea porque Ahuizotl se hubiese dejado conmover con la matanza de Mitla, ó ya que Cosijoesa hubiese encontrado el medio de aparecer neutral, la saña mexicana no se hizo extensiva á los demás pueblos del valle. Dándose por satisfecho de las injurias recibidas, Ahuizotl dirigió sérias amenazas á Cuilapan y á Teozapotlan, obligándolos á mantenerse en respeto, mandó que el grueso de su ejército continuase su marcha hácia Tehuantepec, Soconusco y Guatemala, y el mismo regresó á su capital para saborear los frutos de su victoria. El saqueo de Mitla tuvo lugar en 1494, pues se sabe que en este año fueron inmolados á Huitzilopochtli los cautivos de este pueblo. [1]

8.—Pero Ahuizotl habia dado demasiado pronto por concluida la campaña. La partida del ejército enemigo hácia Tehuantepec, era la ocasion escogida por Cosijoesa para dar á sus planes completo desarrollo. Luego envió sus embajadores al rey de Achiutla para decirle que habia llegado el tiempo de obrar; que el ejército mexicano, dividido en dos secciones, distantes uno de otro considerable número de leguas, podia ser destruido fácilmente; que para tan gloriosa empresa pusiese sus soldados á las órdenes del mismo Cosijoesa; que iria á Tehuantepec, miéntras el rey de Achiutla quedaba en sus Estados cuidando no llegase al enemigo socorro alguno de Tenochtitlan. Para más asegurarlo, le indicó la conveniencia de que soldados mixtecas guardasen el órden en Teozapotlan durante la ausencia del cacique.

Como resultado de estas inspiraciones, descendieron al valle de las montañas mixtecas venticuatro mil soldados mandados por veinticuatro valientes capitanes dispuestos á

1 Brasseur en el lugar dicho, citando el Cód. Tell. Rem.

marchar á donde los llevase Cosijoesa, miéntras otro considerable cuerpo de tropas se encargaba de guardar el órden en Teozapotlan.

La idea del momento del zapoteca habia sido combatir efectivamente con los mixtecas á los mexicanos, y al mismo tiempo debilitar con este pretexto la frontera mixteca y caer sobre ella cuando fuese ménos esperado, disponiendo despues á su placer de los soldados indiscretamente puestos á sus órdenes y que préviamente se habia propuesto desarmar en su capital, Zachila. Tan pérfido pensamiento no se realizó, porque el rey mixteco, no por recelar cosa alguna de la lealtad de su confederado, sino por la costumbre de guardar las avenidas de su imperio al enviar sus tropas á lejanas conquistas, dispuso que otras no ménos numerosas permaneciesen en observacion en el pueblo de Cuilapan.

Tan sábia determinacion hubiera colocado en muy difícil posicion á otro ménos fecundo en recursos que el ingenioso Cosijoesa: porque, en efecto, ni podía sin peligro de ser vencido atacar las fronteras de sus cautos aliados, ni sabia qué hacer de aquellas tropas puestas á sus órdenes para una campaña que no queria emprender abiertamente bajo su propia responsabilidad. En tal conflicto, Cosijoesa resolvió caminar á la campaña. Pero el tortuoso zapoteca, tomando consejo de su perverso corazon, se habia reservado para esta ocasion volver á su primer designio. Contra su gusto, y á pesar suyo, se veia obligado á buscar en la guerra la enemistad de los mexicanos, á quienes hubiera preferido seguir engañando con las falsas señales de secreta amistad, miéntras movia y lanzaba contra ellos á la nacion vecina; pero aun dando el rostro á los peligros, él encontraria el modo de destruir á los mexicanos con los mixtecas, y á éstos con las armas de aquellos, quedando él solo aprovechado despues de la sangrienta lucha. Además, que podia demostrar en un caso extremo, que entre las cualidades de su persona no hacia falta el valor heróico.

Levantó, pues, tropas en sus Estados, declaró la guerra á Tehuantepec, destinó los pueblos de Nejapan y Quiechapan para proveer de armas y mantenimientos á su ejército y para que allí fuesen curados sus heridos, puso en la vanguardia á los mixtecas, entró á sangre y fuego por los valles y las sierras, sujetando á su dominacion toda la tierra. Nadie le resistió con éxito en el camino de Tehuantepec, así porque los mexicanos, llevando sus miras adelante, habian dejado escasas guarniciones ó cuerpos de inválidos y enfermos, como porque los mismos mexicanos, en su tránsito, habian sembrado ya el espanto y el miedo por todas partes. En todo esto los mixtecas habian estado en los puestos más difíciles y peligrosos: ellos solos combatian y eran despedazados en lo más encarnizado y cruel de las batallas. Despues de una marcha heróica entre dos cerros, que los mixtecas pasaron peleando sin cesar, Cosijoesa llegó victorioso á la entrada del valle de Tehuantepec.

En esta última villa necesitó hacer un esfuerzo supremo de inteligencia y de valor para salir airoso en su empresa. Toda dilacion deberia serle funesta en el punto que la guerra habia alcanzado, porque noticiosos de su llegada los generales mexicanos que andaban por Guatemala, era forzoso que á toda prisa regresasen sobre él, miéntras por el lado contrario, Ahuizotl, sabedor de lo que pasaba, enviaria, preciso era suponerlo, ejércitos de refresco al socorro de los suyos. Sin pérdida de tiempo, deberia obtener una victoria decisiva ó resolverse á perecer: pues bien, lo primero era sobremanera difícil: habia que vencer á la guarnicion mexicana que habia quedado en Tehuantepec, y ésta era un ejército en forma, numeroso y aguerrido; además, habia que desalojar á los huaves, antiguos pobladores del lugar, unidos entónces á los mexicanos, arrojándolos de sus hogares, lo que por sí solo presentaba no poca dificultad. Todo lo hizo el rey de Zachila con la prontitud y destreza de un experto general.

9.—No bien hubo ceñido sus sienes con tan rápida como ilustre victoria, cuando vió realizadas sus previsiones, recibiendo la noticia de que, en efecto, el emperador de México, sabedor de los acontecimientos, destacaba contra él sus capitanes más afamados y sus tropas más aguerridas, tan cierto de vencer, que habia inculcado entre sus órdenes la muy expresiva de que fuese conducido vivo á su presencia el rey de Zachila, para ejecutar en él un castigo que sirviese en lo futuro de escarmiento. El soberano de México estaba indignado por tanta osadía, no pudiendo comprender que hubiese álguien en el mundo capaz de resistir la invencible pujanza mexicana; y estaba determinado á desplegar su poder, cuan grande era, contra el temerario Cosijoesa. Este, por su parte, era demasiado sabio y prudente para dejarse arrullar por los cantos de victoria, arrojándose á descansar sobre sus primeros laureles. Reflexionó que la fuerza enemiga era superior y mejor disciplinada que la suya; que al aproximarse á Tehuantepec, la tierra se conmoveria, y que estando recientemente conquistada y aun mal sujeta á sus nuevos dominadores, se rebelaria contra ellos uniéndose á los mexicanos, y que solo él tendria que combatir á tantos adversarios, sin contar con recursos algunos en el país.

No por eso perdió el ánimo. Fortaleció las plazas; recorrió con mirada inteligente los montes, buscando sitio á propósito para establecer su campo; en una cordillera que corre bordeada y defendida por un caudaloso rio desde Jalapa, escogió una alta cima, en la que con peñas y lejas levantó un fuerte muro, sin olvidar el respectivo contra-muro; pareciéndole insuficiente el agua que brotaba de unos manantiales dentro del recinto fortificado, abrió estanques y algibes capacísimos, que llenó de agua y de peces vivos; hizo un gran acopio de carne salada, maíz y otras semillas, librando además apremiantes órdenes á Nejapa y Quiegolani para que se le remitiesen continuamente repuestos de gente,

vituallas, saetas, chuzos, mazas y todo género de armas para el ejército; embarazó el paso del rio con los obstáculos que le sugirió su ingenio; determinó que los mixtecas, en número de veinte mil, todos esforzados y valientes, se situaran en la banda opuesta del mismo rio, hácia el Norte, en un pequeño valle; y en fin, él mismo, cuando lo creyó oportuno, preparado con enormes montones de piedra para arrojar y hacer rodar, y provisto de saetas y arpones envenenados, se encerró con los suyos en el recinto amurallado, resuelto á perecer ántes que rendirse. Anduvo en todas estas fatigas con tanta diligencia, que cuando el ejército mexicano llegó, todo estaba terminado, y prontos, zapotecas y mixtecas, á una tenaz y vigorosa resistencia.

10.—Los soldados de Ahuizotl estaban cansados de un viaje de más de ciento veinte leguas, muchos habian llegado enfermos, ó se sintieron dolientes al pisar el suelo ardiente y malsano de Tehuantepec, y además, el aspecto marcial de los enemigos y el formidable de su campo, era capaz de imponer miedo á los más valientes: para no exponer, pues, el ejército entero en el éxito muy dudoso de una sola batalla, resolvieron los generales no acometer, sino reducir por hambre á los zapotecas, y por lo mismo, acamparon desde luego en las vertientes de la montaña fortificada: de este modo, además, daban tiempo para que las tropas que andaban por Guatemala y que á largas marchas regresaban, pudieran reunírseles, engrosando sus filas y haciendo más verosímil el buen resultado de la campaña.

Los primeros dias, los dos ejércitos permanecieron á la vista, sin más novedad que algunos choques poco importantes entre las tropas avanzadas de uno y otro. Los mexicanos se ocupaban en rodear la montaña para hacer formal y estrecho el sitio; los zapotecas practicaban sendas ocultas para caer de improviso sobre sus enemigos. Regularmente los primeros, durante el dia, trabajaban ó combatian, y á la

noche, dejando bien colocada su gran guardia, se recogian á su campo. Cuidadosamente observados por los zapotecas, una noche, cuando ménos lo esperaban, vieron á éstos llegar á su campo, pero con tanta rapidez, que apénas pudieron evitar una total derrota. Los zapotecas, por los caminos abiertos poco ántes, habian descendido con tanto silencio, que los mexicanos no se apercibieron del movimiento hasta que los tuvieron sobre sí.

Desde esta ocasion, estos últimos fueron extraordinariamente vigilantes, sin que por eso evitaran que con igual sorpresa y gran estrago los acometieran de nuevo los zapotecas. Estos, por lo regular, al combatir se dividian en dos secciones, de manera que cuando la vanguardia se hallaba en lo más empeñado de la lucha, la retaguardia entraba de refresco á decidirla. La imaginacion de Cosijoesa era inagotable en ardides, siempre de infalible resultado por lo mismo que eran creaciones de su fecunda inventiva. Frecuentemente, miéntras una parte de los suyos hacia frente á campo abierto al enemigo, él mismo, con la otra parte, encontraba el modo de escurrirse por los barrancos y bosques, cayendo de repente á retaguardia de los mexicanos ó invadiendo el campo descuidado del enemigo y haciendo en él carnicería espantosa. Así, un dia por un lado, una noche por otro, variando los acontecimientos, pronto encontraron los mexicanos que les faltaba la mitad de la gente, sin contar con los muchos enfermos y heridos que, léjos de ser útiles al ejército activo, le estorbaban.

Además, que los zapotecas no se conformaban con vencer, sino que de los muertos mismos que se recogian en el campo, salando y disecando la carne, hacian nuevas provisiones. A un capitan que cogieron herido le mostraron una especie de baluarte formado con los cráneos y demás huesos de los mexicanos, cuya carne, convertida en cecina, estaba ya en los almacenes; en seguida le devolvieron la libertad para que aterrorizara á los suyos con la narracion

de lo que acababa de ver. Aquel sitio parecia interminable. Los mexicanos no pudieron vencer solos ni reunidos con los de Guatemala que esperaban. En el espacio de siete meses, tres veces habian llegado de México refuerzos considerables, sin que nunca se lograra forzar la garganta y llegar al valle de Tehuantepec, ya que no destrozar completamente á Cosijoesa.

Mirando, pues, Ahuizotl que el valor del rey zapoteca era invencible, que sus soldados disminuian con rapidez, así por los estragos de la guerra como porque las enfermedades los diezmaban, y que nada lograba por la fuerza, quiso tentar el camino de las negociaciones y propuso la paz á Cosijoesa bajo condiciones ventajosas. El rey zapoteca dió esperanzas de llegar á un final avenimiento y entró en pláticas con los mexicanos. Como el arreglo definitivo debia sufrir retardos por hallarse muy distante Ahuizotl y Cosijoesa no quisiese perder el tiempo inútilmente, levantó una parte de sus tropas, la condujo por las orillas del mar, rumbo á Soconusco, conquistó para sí el país sobre que habian pasado ya las armas mexicanas, y regresó á su campo cargado de despojos.

11.—Entretanto, sus representantes habian tenido tiempo de ir á México y arreglar con Ahuizotl las condiciones de la paz, entre las que figuraba como la principal, por creerse que habia de ser el sólido cimiento de la firme y duradera alianza que uniria en lo sucesivo á los dos reyes, el enlace matrimonial de Cosijoesa con la más bella de las hijas de Ahuizotl. [1] Las historias zapotecas, que siempre

1 Varian los historiadores al tratar del parentesco de la esposa de Cosijoesa con los emperadores de México: unos creen que era hija de Moctezuma, otros la hacen su hermana y otros su sobrina. El Cód. Letell. de la Bibliot. real dice que era hija de este emperador. Duran no decide la cuestion: "desta Señora quentan algunos, dice, (tom. 1, c. 55), que no era hija de Moutezuma, sino hermana, en lo cual va poco á de-

mezclaban influencias sobrenaturales con los acontecimientos más vulgares, no dejaron de entretejer en la narracion de este hecho histórico una leyenda divertida. Cuentan, pues, que el rey de México estaba interesado por particulares fines en este matrimonio, pero que Cosijoesa andaba remiso en aceptar la condicion, así por no conocer á la doncella sino por el eco de la fama, como por las desconfianzas que abrigaba sobre la buena fé de las operaciones del temido emperador de México. No ignorando éste lo que pasaba, y deseando disipar las dudas y temores que anidaban en el pecho del desconfiado Cosijoesa, rogó á sus encantadores y hechiceros que pusiesen delante de sus ojos á su seductora hija. En consecuencia, un dia en que el último se disponia al baño que iba á tomar en ciertos manantiales que brotan de un hermoso bosque, muy cerca de la villa de Tehuantepec, conocidos con el nombre de "Charcos de la Marquesa," teniendo ya prevenidos el jabon y vasos de la tierra, aprovechando el momento en que sus camareros lo dejaron solo, se le apareció la jóven ostentando su esbelto talle y su belleza peregrina. Los primeros instantes fueron del dominio exclusivo de la sorpresa y de la admiracion; mas reponiéndose presto Cosijoesa, preguntó "¿quién era y que deseaba?" La jóven respondió que era la hija más querida del emperador de México; que la fama de las proezas del guerrero le habian herido como un dardo el corazon; que no habia podido evitar que anidase en su pecho el amor, y que sus dioses le habian concedido la satisfaccion de verle. Tomó luego en las manos un jabon oloroso que llevaba á prevencion y un rico vaso de oro extraido del palacio de su padre, y comenzó á lavar al rey de Zachila, concertan-

cir." Burgoa tampoco se determina por ninguna de estas opiniones. En esta duda, nos ha parecido, juzgando por las circunstancias del acontecimiento, que fuese hija de Ahuizotl y por lo mismo hermana carnal ó prima de Moctezuma.

do entretanto las condiciones de la boda: arregló que el príncipe zapoteca enviase embajadores que la pidiesen á su padre, y que desde luego se preparase convenientemente el camino por donde habia de ser conducida con pompa y aparato, advirtiéndole que en la corte de Tenochtitlan, los embajadores la reconocerian por un gracioso lunar orlado de vello que le mostró en una de sus manos. Terminados estos arreglos, los génios, de un vuelo, la condujeron otra vez á su patria.

Como era de esperarse, las paces se hicieron entre ambos monarcas. Los embajadores de Cosijoesa ofrecieron al soberano de México riquísimos presentes: entre las princesas escogieron á la más bella, quien al disimulo, llevando al cabello una de sus manos, habia dejado ver un gracioso lunar. Esta fué conducida en rica silla de manos, que cargaron grandes señores hasta Tehuantepec. El camino fué una fiesta contínua. Las bodas se celebraron en medio del regocijo de todos, zapotecas, mixtecas y mexicanos, y con la pompa y suntuosidad de un rey que tenia voluntad de ostentar en esta ocasion toda su magnificencia. Desde entónces, Cocijoesa y la hija de Ahuizotl se amaron con efusion, guardándose fé inviolable. Los zapotecas llamaron en su idioma á esta reina, *Pelaxilla*, "Copo de algodon," sin duda por su extraordinaria blancura, nombre de igual significacion al de *Coyolicatzin* que le daban los mexicanos. La montaña fortificada por Cosijoesa es la que se conoce con el nombre de *Guiengola*, en que hasta hoy se ven murallones en pié y restos humanos esparcidos. El vencedor permaneció algun tiempo en Tehuantepec gustando las delicias de la victoria. Los huaves se retiraron á un islote de las lagunas vecinas al mar, en donde erigieron pueblos que aún permanecen. Los zapotecas se esparcieron por la llanura tomando posesion de los terrenos más fértiles, que se apropiaron con el derecho de conquista, dando principio á esas generaciones de tehuantepeques, perpétuamente activos y des-

contentos, que tantas guerras habian de promover con su inquietud y su valor. Despues, el rey regresó á sus Estados, satisfecho y contento.

12.—Sin embargo, las guerras tienen sus consecuencias, que no todas son favorables al vencedor. Los mixtecas, que tan bien se habian conducido triunfando de los mayores peligros y desempeñando lo más fuerte de los combates, no fueron favorecidos en el reparto de los despojos. Miéntras los zapotecas se habian posesionado de toda la tierra, ellos estaban circunscritos á la estrecha área que se extiende por la banda del rio en que tuvieron su campo.

El rey de Zachila les cedió en recompensa de su poderosa ayuda, aquel corto terreno para que edificaran un pueblo, como lo hicieron, conservándose hasta hoy éste con el nombre de "Mixtequilla." Semejante injusticia era forzoso que produjese disgustos que, aumentándose en lo sucesivo con nuevas injurias, al fin estallaron, declarándose nuevas guerras, que despues se describirán. Por otra parte, el rey de México no habia sufrido con gusto la humillacion de sus armas, ántes bien, deseaba con el más vivo ardor reparar de alguna manera su afrenta. En la imposibilidad de hacer otra cosa mejor, habia consentido en la paz, pero en una paz que no podia ser duradera y que mejor deberia llamarse una tregua, supuesta la intencion de romperla luego que las circunstancias fuesen mejores. El hecho mismo de ofrecer Ahuizotl á Cosijoesa la mejor de sus hijas, revelaba que habia ya un designio secreto, preconcebido y bien meditado, cuya ejecucion se habia reservado al tiempo.

El deseo de reunir cautivos y el asegurar las conquistas de la costa del Norte, condujo los ejércitos mexicanos á *Quauhtla*, en la provincia de *Cuextlan*, en que hicieron cruda guerra, pasando despues á la Chinantla. Esta campaña, que dirigió Chimalpopocatzin, rey de Tlacopan, fué costosa, pues quedaron en los campos de batalla algunos de los más

afamados capitanes. Ahuitzotl queria tener por este lado seguro el paso á Guatemala, ya que no lograra el camino directo por el reino de Zapotecapan, como se habia prometido. Este mismo rey llevó la guerra á las fronteras mixtecas, que temia se le rebelaran en el caso premeditado de una expedicion más remota.

Fué sin duda en esta ocasion cuando Ahuizotl, libre ya de los cuidados que le inspiraba la guerra de Tehuantepec, pudo mandar á Moctezuma (el segundo) que era entónces *Tlacochcalcatl*, segun dice Sahagun, [1] á la cabeza de un cuerpo respetable de tropas, en auxilio de los mercaderes que aun permanecian sitiados en *Quauhtenanco*. Quedaron libres, en efecto, estos valerosos comerciantes, obligando á los tehuantepeques á levantar el sitio, debiendo su salvacion más bien á su propio esfuerzo que al tardío socorro de Moctezuma, á quien encontraron estando ya victoriosos y en el camino de su patria. Ixtlilzochitl pone esta victoria en el año de 1497, y los reveses sufridos en Tehuantepec, en el año precedente de 1496. Estas son sus palabras: "En 1496, el ejército reunido de los tres jefes del imperio marchó contra Tehuantepec; mas sufrió una derrota que disminuyó mucho su reputacion. Dios les hizo comprender que estaba irritado con los sacrificios humanos; pero aun les reservaba otros castigos. En 1497 conquistaron las dos provincias de Amaxtlan y Xochitlan," que con la de Tehuantepec habian concurrido al sitio de *Quauhtenanco*. [2]

Cuando hubo pacificado los pueblos de sus Estados, y creyó llegada la oportunidad esperada, bien madurados sus

1 Historia de las cosas de Nueva España. Lib. 9, cap. 2.

2 Sahagun dice (lib. 9, cap. 2), que cercaron á Quauhtenanco, los de Tehuantepec, los de Izootlan, de *Xochitlan*, de Amastecatl, de Quauhtzontla, de Atlan, Omitlan y de Mapachtecatl. Duran dice (Historia, etc., cap. 46), que con Tehuantepec se habian rebelado las provincias de Xolotla, Izuatlan, Miahuacatlan y *Amaxtlan*.

proyectos relativos á los zapotecas, los puso inmediatamente en la vía de los hechos.

13.—Envió embajadores al rey de Zachila, con el fin ostensible de hacerle algunos obsequios, renovar y afirmar la mútua amistad y alianza y pedir paso á sus tropas para los reinos de Chiapa y de Guatemala, pero con instrucciones reservadas para observar el poder y las fuerzas de Teozapotlan y para hablar con la esposa del rey á quien intentaba, poniendo en juego su afecto filial, persuadir que tomase parte en sus trabajos secretos. Los embajadores, cumpliendo su encargo, sugirieron á la esposa de Cosijoesa, que con ternura y halagos procurase arrancar á su marido la revelacion de quiénes eran sus dioses protectores tan poderosos, y del lugar en que estaban depositadas sus armas envenenadas, que tanto estrago hicieron en los ejércitos mexicanos. El fin era caer súbitamente, con pretexto del paso á Chiapa, sobre los zapotecas desprevenidos, cuyas armerías deberian ser préviamente incendiadas. Colocada así la reina entre su padre y su esposo, por efecto de las sugestiones del primero, y obligada á optar por alguno de ellos, se decidió por el último, descubriéndole toda la trama. Afortunadamente, Cosijoesa no era violento, y despidiendo con bondad á los embajadores, á quienes pudo sacrificar á sus resentimientos, se previno para la nueva guerra tomando las más exquisitas precauciones. Avanzó tropas á sus fronteras, reparó las murallas y fortificaciones de Guiengola; se abasteció de mantenimientos; hizo un nuevo acopio de armas tocando la punta de las saetas con venenos fortísimos; levantó nuevos cuerpos, los disciplinó y dotó con ellos suficientemente todas sus plazas: cuando vió terminados sus preparativos, avisó al soberano de México que sus tropas podian pasar para Guatemala. Ahuizotl ordenó que la mitad de su ejército rodease por Tuxtepec, Cosamaloapam y Goatzacoalcos para venir á caer á Tehuantepec, miéntras el resto

seguia el camino recto. Pero al pisar estos últimos los dominios de Cosijoesa, se encontraron con otro ejército más numeroso de zapotecas que seguia cuidadosamente sus pasos y observaba todos sus movimientos.

Así, Ahuizotl, que pensaba dar una sorpresa, fué él mismo sorprendido y descubierto en sus designios secretos. Sus ejércitos pasaron sin recibir daño, pero con bastante recelo y temor y acompañados constantemente por las tropas reales que no los desampararon en sus marchas hasta que los pusieron más allá de Tehuantepec, en lugares en que no tuviesen posibilidad de causar alteracion alguna. Si es admirable la fidelidad y el amor que manifestó en esta ocasion la esposa de Cosijoesa, no lo es ménos la prudencia de este monarca, que no quiso aprovechar la noticia anticipada que tuvo de las traidoras operaciones del rey de México para destrozar sus ejércitos, sino solo para precaverse de una ruina segura, sin derramar la sangre de sus enemigos y conservando, con su suegro, por respeto á su esposa, muy buena amistad y las mejores relaciones.

La otra parte del ejército mexicano, al mando de Tliltototl, conquistó los pueblos de Jaltepec, poblados de mijes y muy numerosos en la costa del Norte, y Amatlan ó Amatan, en el Estado de Tabasco, y prosiguiendo su derrota, llegó á Izquijochitlan, que tal vez seria Juchitan, llamado así por una flor exquisita que producia la tierra con abundancia; y unido con los que habian cruzado la zapoteca, se internaron en Guatemala y Nicaragua, haciendo prodigios de valor, si bien Clavijero advierte que no fueron permanentes estas conquistas.[1]

Los historiadores de México refieren que en esta vez fué batido y tomado Tehuantepec, lo que no es exacto, pues

1 Estos acontecimientos se refieren al año 1502, en el Cód. Tell. Rem. Duran tambien los cuenta en el tom. 1, cap. 55 de su Historia de las Indias de Nueva España.

los mexicanos no hicieron más que pasar hácia Chiapa y Guatemala, observados de cerca por los ejércitos zapotecas. El error debe haber tenido su orígen en los mapas antiguos de los indios, en los que se ha de haber pintado, entre los de otros pueblos conquistados en esta campaña, el símbolo que representaba á Tehuantepec, sin expresar si habia sido tambien conquistado ó si se marcaba en el mapa solo para indicar los riesgos que habia salvado el ejército allí. Consignada primitivamete la noticia de un modo indeciso, era fácil una equivocacion en los que escribieron bebiendo la historia en estas fuentes. Clavijero [1] advierte la falta de pormenores en esta guerra, lo que es extraño supuesta su importancia y grandeza, principalmente cuando abundan los detalles en otras de menor significacion y valor. Por otra parte, Tehuantepec, ya vencido otra vez por las armas de Ajayacatl, si en esta ocasion lo hubiera sido tambien, no hubiera quedado bajo el dominio de Cosijoesa sino del rey de México, que hubiera puesto quien lo gobernase en su nombre, como se practicaba en otros lugares; pero esto nunca llegó á verificarse, pues hasta el tiempo de la conquista, Tehuantepec estaba sujeto á Teozapotlan. Además, ningunos vestigios quedan ni en las costumbres ni en el idioma, de que por algun tiempo hubiese sostenido guarnicion mexicana, como se observan en Pochutla y en la mixteca. En fin, los vencedores hubieran impuesto á los vencidos tributos que los tehuantepecanos nunca pagaron, segun advierte Torquemada, [2] pues al decir de este autor, si los mexicanos se esforzaban en tener abierto el ca-

1 Clavijero, t. 1, p. 189.

2 Copio textualmente sus palabras, (lib. 14, c. 8): "En medio de sus posiciones (de los mexicanos) habia algunos reinos como era el de Teguantepec, que eran sus enemigos, que no le pagaban pecho, aunque les valia mucho la contratacion que tenian y algunas guerras que les daban, porque ellos traian algunas veces muy ricos despojos y cautivos para los sacrificios."

mino del istmo, lo hacian principalmente "por el provecho de la contratacion con los de aquellas comarcas." Burgoa dice expresamente que los hechos, como quedan referidos, se cuentan así en las historias zapotecas, las cuales "es cierto que no llegaron (como de tan distante nacion) á las manos del docto P. Torquemada, tan noticioso y erudito, y los mexicanos no las referian en sus anuales por no ser decentes á su grandeza."

Cosijoesa, es cierto que en esta época siguió dominando en Tehuantepec, aunque sin residir mas que por temporadas en esta villa: generalmente dejaba quien la gobernase en su nombre, y él habitaba sus palacios de Teozapotlan. Los zapotecas se esparcieron en las llanuras del istmo, utilizando en la agricultura la fecundidad de la tierra, y formando entre otros pueblos los de Tehuantepec y Jalapa: la mixtequilla fué poblada por los mixtecas. Sus relaciones con los mexicanos fueron las del comercio y de la amistad, hasta que algo las modificaron dos acontecimientos. El uno fué la muerte de Ahuizotl, en 1502, sucediéndole en el trono Moctezuma Xocoyotzin, á quien el parentesco no unia tan estrechamente con Cosijoesa y en quien por lo mismo se podian presumir intenciones hostiles.

14.—El otro acontecimiento es el nacimiento de Cosijopii. Cosijoesa tuvo cinco hijos legítimos: el primero fué Vitopáá, que murió muy niño; del segundo no se tiene noticia alguna. Se ignora si estos dos eran hijos de la princesa mexicana ó de alguna otra esposa que haya poseido el rey de Zachila, ántes de enlazarse con aquella. El tercero, nieto ciertamente de Ahuizotl y de quien ahora se trata, es Cosijopii. El cuarto y el quinto pertenecieron al bello sexo: Pinopiáá, mujer de excelentes cualidades y de raras virtudes, quien desechando ventajosos enlaces, murió vírgen en Tehuantepec, siendo venerada por los zapotecas aun despues de sus dias, como ya se ha referido; y Donaaji, que alcan-

zó la conquista española y fué bautizada con el nombre de Magdalena.

El nacimiento de Cosijopii fué celebrado con regocijos públicos que turbaron los augures y astrólogos con anuncios fatídicos sobre la suerte futura de aquel infante. Declararon que seria grande y feliz en la primera mitad de su vida; que reinaria prósperamente por algun tiempo; que seria respetado y temido por las naciones vecinas, pero que al fin perderia su trono y poder, acabando entre infelices sucesos. Hay quien dice que á causa de estos fatídicos pronósticos se le impuso el nombre de *Cosijopii*, que quiere decir "rayo de aire," para significar que empezaria á reinar con el estruendo del rayo, pero que acabaria cual viento desvanecido. Corria, en efecto, no solo entónces sino desde mucho ántes, entre los zapotecas y demás naciones de Oaxaca, la persuasion creada por los oráculos, de que habria de llegar una época en que del Oriente aportasen en las tierras de Anáhuac, hombres blancos en el color y fuertes en el combate, quienes los vencerian, despojándolos de sus tesoros tanto como de sus antiguas creencias, sustituyendo á éstas las de una religion nueva y desconocida para ellos. Cosijopii pudo escuchar más adelante otros anuncios más explícitos en confirmacion de los anteriores, especialmente el que tuvo lugar con motivo de la estatua de un religioso dominico hallada en Tehuantepec, de que ya se ha hecho mencion, y además, en su misma persona vió realizadas las profecías hechas en su nacimiento.

Al principio de su vida todas las cosas le sucedieron prósperamente. Siendo jóven y descubriendo raros talentos, fué coronado rey de Tehuantepec por su padre, quien erigió allí para su hijo un trono, quedando él consagrado exclusivamente al gobierno de Teozapotlan. Cosijopii, que habia heredado la prudencia y el valor de Cosijoesa, quiso comenzar su reinado haciendo alianza con los chiapanecas, gente robusta y batalladora, venida de Nicaragua y esta-

blecida en una sierra inexpugnable, quienes, obrando por las inspiraciones de Cosijopii, se resistieron siempre al poder de los mexicanos. El empeño de Cosijopii por conservar esta amistad, era una sábia precaucion contra Moctezuma, de quien todo lo temia y á quien nunca perdia de vista. Con ella tenia una fuerte guardia avanzada que detuviese á los ejércitos mexicanos que rodeasen por la costa del Norte y los dominios del señor de Tabasco, miéntras que, á imitacion de su padre, á los que seguian el camino recto, solo permitia el paso preciso, sin cesar un momento de observarlos con todo cuidado. [1]

1 Sobre todo este capítulo puede verse á Burgoa, 2ª parte de la Descrip. Geog., caps. 71 y 72.



CAPITULO IX

ANTIGUAS GUERRAS.

(CONTINUACION.)

1. La flor de Yucuama.—2. Traicion de Sosola.—3. No pueden los mexicanos forzar el rio de San Antonio.—4. Debilidad de Cuzcacuauhqui.—5. Sorpresa de Sosola.—6. Guerra de Mitla.—7. Débil sujecion de los pueblos vencidos por los mexicanos.—8. Jaltepec y Quetzaltepec.—9. Discordia entre zapotecas y mixtecas.—10. Estalla la guerra entre estos pueblos.

1.—Con los reveses que las armas mexicanas habian sufrido en Tehuantepec, se habia relajado notablemente la sujecion de los pueblos anteriormente vencidos por los reyes de México. Los zapotecas, despues de la lucha, habian quedado señores de sí mismos sin perder su autonomía, sin recibir la ley, sin rendir vasallaje ni pagar tributo á los dominadores de la tierra, á despecho del tiempo y de los esfuerzos empleados en someterlos á la dominacion azteca: esto, que por sí solo era un grave mal, puesto que detenia, aunque solo fuese temporalmente, el progreso creciente de las conquistas mexicanas, podia ser además en el porvenir funestamente trascendental, porque mostrando al mundo que no eran invencibles los emperadores de México, los pueblos tributarios cobrarian ánimo y se rebelarian, con la esperanza de obtener un éxito feliz en sus revueltas. Así es que á la entrada de Moctezuma en el gobierno, los caci-

ques de Achiutla y Tilantongo se mantenian independientes, los mixtecas de Coaixtlahuac, Tlaxiaco y Tututepec, vencidos por Ajayacatl y Moctezuma I, estaban mal sujetos, pagaban flojamente sus tributos y manifestaban deseos de sacudir el yugo que los oprimia, miéntras otros tomaban abiertamente las armas y manifestaban de un modo sangriento su odio á los dominadores.

Estos últimos, más cercanos á las fronteras mexicanas y pertenecientes hoy al Estado de Puebla, fueron prontamente vencidos, cooperando con sus prisioneros á la mayor solemnidad de la coronacion de Moctezuma en que fueron sacrificados. Los mixtecas de Oaxaca se conducian con más prudencia, y aleccionados por Cosijoesa, no emprendian una guerra sino despues de unirse por fuertes alianzas y de combinar sus operaciones del mejor modo, para reunir en su favor las mayores probabilidades de triunfo. Moctezuma tal vez tenia noticias de la revolucion que se estaba preparando, y para prevenirla, dió la investidura del señorío de Tlaxiaco á Tliljochitl, capitan famoso que habia merecido bien de su patria con sus hazañas, y que por otra parte, siendo muy adicto á Moctezuma, le daria anticipados avisos de lo que se tramase en las cercanías de sus Estados, y en el caso de una rebelion afrontaria resueltamente los peligros.

Tliljochitl, sin embargo, no pudo prestar á su señor tan importantes servicios sino poco tiempo, y es probable que haya muerto no mucho despues de tomar posesion de sus dominios, pues á los dos años, en 1505, se encontraba ya gobernando Tlaxiaco un tal Mallinali, con quien los mixtecas pudieron entenderse. Como acontece generalmente cuando los ánimos están mal preparados, las hostilidades comenzaron por una causa pequeñísima. Los súbditos del rey de Achiutla, durante la campaña de Tehuantepec, habian recogido la simiente de un árbol, que se cubre por algunos meses del año de flores pequeñas y blancas de

olor suavísimo, superior aún al de la rosa de Alejandría. Al regresar á su patria ofrecieron la semilla á su rey, quien procuró cultivar con esmero en sus jardines la planta que nació de ella y que se conocia con el nombre de *Izquijochil*. El arbolito pronto creció con el cuidado y se cubrió de fragantes flores. El cacique mixteca se recreaba con el aroma de aquel árbol que perfumaba todo el jardin, y estaba orgulloso de poseerlo, así porque solo se reproduce por lo regular en los climas ardientes, como porque le recordaba la victoria que habia reportado de los mexicanos en *Guiengola*. Este postrer motivo fué tal vez la causa del disgusto de Moctezuma, que resueltamente quiso tener tambien aquel árbol en sus jardines.

El año segundo de su imperio envió una comision á la mixteca, para conseguir el logro de su deseo. Los embajadores, en presencia del cacique de Tlaxiaco, dijeron: que Ahuizotl, ántes de morir, habia oido la fama del hermoso árbol; y que distraido por atenciones várias no habia podido adquirirlo; pero que habiendo dejado el encargo á su sucesor, Moctezuma lo mandaba pedir amistosamente, ofreciendo el precio que se le pidiese. Tal demanda, en el fondo, era arrogante; el recuerdo de Ahuizotl mezclado en ella, envolvia una verdadera amenaza, puesto que siendo el árbol fruto de una victoria, pedirlo á nombre del rey vencido, era realmente exigirlo so pena de comprometerse de nuevo en la guerra. Es verdad que en una época remota los mixtecas habian sufrido repetidas derrotas quedando obligados á pagar tributo al emperador de México; pero esto habia sido en tiempo de Moctezuma I, y sucesos posteriores habian modificado notablemente el estado de las cosas. Era cierto que ántes algunos señores de la mixteca recibian la investidura de sus Estados de las manos del rey de México; pero el rey de Achiutla se habia conservado independiente, y el mismo Mallinali, cacique de Tlaxiaco, estaba ya resuelto á sacudir el yugo azteca.

El mixteco oyó, pues, la demanda, y comprendiendo su amenazador sentido, contestó con indignacion: "¿Qué decís vosotros que parece que traeis vuelto el seso? ¿Quién es este Moctezuma que decís por cuyos mensajeros venís á mi corte? ¿Por ventura Moctezuma Ilhuicamina no es muerto muchos años há, al cual han sucedido en el reino mexicano otros muchos reyes? ¿Quién es este Moctezuma que nombrais? Y si es que hay alguno ahora y es rey de México, id y decidle, que le tengo por enemigo, que no quiero darle mis flores y que advierta que la montaña que humea tengo por mis linderos y términos."[1] Esta respuesta tan arrogante como la demanda habia sido, produjo la guerra; pero las iras de Moctezuma recayeron principalmente sobre Mallinali, cuyo pueblo fué incendiado y pasados á cuchillo sus habitantes, sin quedar uno, pues el mismo Mallinali, conducido á México en calidad de prisionero, fué sacrificado poco despues. Las tropas del rey de Achiutla sufrieron tambien un revés, y el árbol disputado paró en poder de los mexicanos.[2]

2.—Esta pequeña adversidad no hizo desfallecer á los mixtecas; solo les advirtió que fuesen más cautos en el porvenir y que no debian emprender la guerra sino cuando tuviesen segura la victoria. Los mexicanos dejaron guarniciones en Tlaxiaco, que reedificaron haciéndola poblar

1 Esta respuesta que á la letra está tomada de Torquemada (Lib. 2, c. 6), demuestra que la peticion no era cual convenia entre dos reyes iguales, sino que envolvia el reconocimiento del vasallaje, lo que rehusaba el de Achiutla. Torquemada dice que el mensaje se dirigió á Mallinali, señor de Tlaxiaco; Burgoa dice que al rey de Yucuama, pueblo sujeto á Tlaxiaco. Se sabe que tambien el rey de Achiutla intervino en la guerra.

2 Así lo dice Torquemada (Mon. Ind. Lib. 2, cap. 69); pero Burgoa, que recibió sus noticias de los mixtecas, dice que la flor no llegó á verse en México, por haberse secado el arbolito en el camino.

de nuevo, confiando el gobierno á un tal Texacan, [1] adicto á Moctezuma en extremo; en Coaixtlahuac, cuyo señor era en esta época Cetepatl, hombre atrevido y emprendedor y cuyo hermano, de carácter completamente opuesto, gobernaba por los mexicanos la nacion guatinicamame; y en Huaxyacac, pues desde los tiempos de Ahuizotl no se habia desamparado esta estacion militar, estableciéndose allí los soldados de un modo permanente con sus mujeres é hijos. En Tzotzolan presidia un mixteca á quien los mexicanos llamaron Nahuiljochitl, animoso y fuerte cooperador del rey de Achiutla. Todos, á excepcion únicamente del gobernador de Tlaxiaco, estaban animados de la misma aversion á los mexicanos y del mismo deseo de humillar sus armas con un vigoroso golpe. A fuerza de meditar, llegaron á un plan de operaciones bien concertado y que mantuvieron en el más vigoroso secreto hasta su ejecucion. El alma de la conjuracion debe haber sido Cosijoesa, que desde la muerte de Ahuizotl estaba temeroso de ser invadido en sus Estados, y que siguiendo ostensiblemente una conducta de abstencion, atizaba en secreto á los mixtecas, cuyas relaciones amistosas conservaba, inspirándoles resoluciones extremas.

Cuando Moctezuma enviaba sus ejércitos á Guatemala, Cosijoesa no les negaba el paso, limitándose á sostener un ejército de observacion que los acompañase hasta el lindero de Tehuantepec en que reinó despues Cosijopii y que se condujo de igual modo que su padre. Así aconteció en el año 1505, en que con motivo de algunas hostilidades de los indios de Centro América, las tropas de Moctezuma cruzaron el país zapoteca llevando la guerra á los insurrec-

1 Supongo que fué colocado en el gobierno de Tlaxiaco, pues fué el que descubrió á Moctezuma la conspiracion de las mixtecas, segun dice Torquemada. Que Tlaxiaco fué reedificado, no hay duda, pues existia á la venida de los españoles.

tos. Bien conocia el rey de Zachila que aquella servidumbre, además de no ser honrosa, pues á pesar suyo los mexicanos cuando querian pisaban el territorio de sus Estados sin obtener el consentimiento de nadie, era peligrosa con exceso, pues estando á las puertas de su capital una guarnicion enemiga, en Huaxyacac, hasta donde los mexicanos podian llegar sin que nadie se apercibiese de ello, cuando ménos lo pensase podia tener en su mismo palacio un ejército entero de Moctezuma. Para librarse, pues, de aquel enemigo que podia llamarse casero, no cesaba de azuzar á los mixtecas, empujándolos á una guerra que de todos modos, pensaba, le habia de ser útil. El paso que los mexicanos habian verificado últimamente hácia Guatemala, en que tal vez observó algunos actos de hostilidad, lo estimuló á obrar con más diligencia, y tanto hizo, en efecto, que los mixtecas se resolvieron á no diferir por más tiempo la revolucion meditada.

Cetepatl preparó un gran convite, para el que invitó á sus convecinos y en especial á la guarnicion mexicana de Huaxyacac: los mensajeros dijeron á los soldados que poblaban el último lugar, que no concurriesen solos, sino con sus mujeres é hijos, para que todos tuviesen parte en los obsequios y el júbilo, pues lo que se deseaba era darles una prueba de afectuosa amistad. Así se hizo en efecto. Los mexicanos estuvieron presentes al festin y fueron obsequiados espléndidamente. Los manjares fueron abundantes y el vino corrió sin medida. Despues de la mesa, Cetepatl abrió sus almacenes y distribuyó entre todos, segun costumbre de aquellos tiempos, ricos vestidos: no reparaba en estos crecidos gastos, porque se prometia reponerse muy presto con el despojo de una victoria.

El convite acabó sin el más pequeño disgusto. A la mañana siguiente, los mexicanos salieron con sus familias de Coaixtlahuac y se encaminaron al lugar de su residencia, bien ajenos de que atravesaban un grave riesgo: sin recelo des-

cendieron á la cañada de San Antonio y salvaron algunos puntos peligrosos. Cuando cruzaban lo más estrecho de la garganta, Nahuiljochitl, que con los suyos habia salido de Tzotzolan, apostándose en una barranca, cayó súbitamente sobre los mexicanos: éstos, que fueron cogidos en el mayor descuido y que ni aun habian tenido la precaucion de llevar sus armas consigo, no pudieron oponer la menor resistencia, y perecieron todos, sin excepcion.

3.—Entraba en el cálculo de los mixtecas que se conservase el secreto de sus operaciones, pues tal vez se habian propuesto combatir en detall á sus enemigos, pareciéndoles que vencerian sorprendiendo partidas aisladas mejor que librando un general combate; era difícil, sin embargo, que permaneciese oculto por mucho tiempo un hecho tan grave y al que concurrieron tantas personas, como habia sido el destrozo de Sosola: así fué que, muy pronto Texacan tuvo noticias pormenorizadas de todo, y sin perder un instante, dió aviso á Moctezuma de tan abominable traicion.

El rey de México y sus aliados los de Tezcuco y Tlacopan consultaron entre sí el modo de tomar pronta y cumplida satisfaccion por la injuria que habian recibido; levantaron un formidable ejército y se encaminaron á las mixtecas decididos á vencer ó morir. Ni uno ni otro propósito pudieron cumplir; pues los mixtecas pelearon tan reciamente, que los mexicanos se vieron en la necesidad de retroceder con la afrenta de una derrota. Se ignoran los pormenores de la batalla, que debe haber sido terrible. Torquemada se limita á decir que los mexicanos se volvieron y que los mixtecas quedaron seguros en sus puestos, porque "además de ser muchos, eran malhechores y peleaban como los que sabian que eran dignos de muerte [1] (por la matanza de Sosola) cuando fuesen habidos á las manos."

1 Torquemada. Lib. 2, c. 75.

Los mexicanos levantaron nuevas tropas y segunda vez se encaminaron á la provincia mixteca; pero fueron tambien vencidos segunda vez. *Cuitlahuac*, que mandaba en jefe á los mexicanos, pudo llegar á las gargantas del pueblo de Sosola, en cuyo recinto amurallado se habian encerrado los enemigos; pero de allí no pudo dar un paso más adelante, pues la resistencia que opusieron los mixtecas fué del todo invencible. Cuitlahuac se vió, pues, obligado á retroceder.

4.—En otra ocasion los mexicanos habian logrado llegar al valle zapoteca siguiendo la cañada de Cuicatlan; pero en ésta, los puntos más difíciles estaban tomados por el enemigo y hubiera sido imposible forzarlos. Convencido de ello el general mexicano, despues de haber tentado inútilmente ponerse de acuerdo con los cuicatecos que debieron haber tenido participio en esta conjuracion, se dirigió con su ejército por Teotitlan del Camino hácia las alturas de Huautla. Gobernaba entónces á los mazatecos *Cuzcacuauhqui*, hermano de Cetepatl, cacique de Coaixtlahuac, hombre de carácter pusilánime y débil, que aunque comprometido con los mixtecas, por sí solo era incapaz de obrar con resolucion y vigor. Luego que supo la aproximacion de los mexicanos á sus Estados, se adelantó á recibirlos, haciendo las mayores protestas de lealtad y revelando los designios de su hermano y de los otros señores, asegurando que él ninguna parte habia tomado en el complot y que estaba inocente de las desgracias y males causados. *Tatlatzincatzin*, y los otros señores de México que acompañaron en esta campaña á Cuitlahuac, dieron gracias al cobarde Cuzcacuauhqui por las importantes noticias que les daba y se propusieron aprovecharlas del modo más conveniente.

Nahuiljochitl y el rey de Achiutla habian quedado vencedores hasta entónces; pero como la retirada de Cuitlahuac no habia sido en desórden ni tampoco el ejército invasor

completamente deshecho, presumieron con fundamento, que despues de tomar algun descanso en su capital y de reponerse de las pasadas pérdidas, volverian á su intento como lo acostumbraban los mexicanos, insistiendo en combatirlos hasta dejarlos vencidos. Resolvieron, pues, tambien ellos prepararse del mejor modo para la siguiente campaña, extendiendo la revolucion á otras provincias, concertando nuevas alianzas y fortificando sus plazas militares, para todo lo que juzgaban tener tiempo bastante. A Tututepec, por su importancia, creyeron deber ir personalmente para concertarse con aquel poderoso cacique; en otras partes ya tenian emisarios activos.

5.—Pero Cuitlahuac no habia regresado á México como los mixtecas pensaban, sino que tomando conocimiento exacto de la configuracion del país y de la posicion relativa de los pueblos así amigos como enemigos, aprovechando las revelaciones de Cuzcacuauhqui, habia emprendido hacer un inmenso rodeo con sus tropas por las agrias sierras del norte de Oaxaca, evitando en lo posible tocar en lugares poblados para llegar á Sosola sin ser sentido. Las marchas se hicieron con el mayor sigilo; Cuitlahuac llegó á Sosola cuando era ménos esperado; los mixtecas estaban descuidados y sus jefes ausentes en Tututepec; la sorpresa fué completa; el asalto de la fortaleza fué de noche; los mixtecas, al ver en su campo á los enemigos que juzgaban muy distantes, corrieron apresuradamente á las armas, y aunque con trabajo, pudieron defenderse obligando á los mexicanos á replegarse hácia el rio en que habian sido muertos los soldados de la guarnicion de Huaxyacac. Aquí [1] habia tomado préviamente Cuitlahuac buenas posiciones y se detuvo haciendo frente de nuevo á los mixtecas. Este punto era la llave de la cañada disputada por donde se podia impe-

1 Probablemente las Sedas.

dir el paso en lo sucesivo á las guarniciones que se dirigiesen á Huaxyacac é importaba tanto á los mexicanos conservarlo como á los mixtecas recobrarlo. Al siguiente dia, pues, se renovó el combate, disputándose la victoria con igual furor por una y otra parte. Pero los mixtecas tenian grandes desventajas, porque la sorpresa de la noche pasada los habia desmoralizado algo, el ejército no estaba todo reunido, pues fracciones considerables se habian separado del cuerpo principal en la confianza de la lejanía de Cuitlahuac; y sobre todo, la falta de sus caudillos los hacia pelear sin órden. Así, pues, los mexicanos quedaron en su puesto, y los mixtecas, despues de sufrir considerables pérdidas, se retiraron á Sosola, cuyas fuertes murallas evitaron que su ruina fuese completa.

La noticia del desastre sorprendió á Nahuitzochitl cuando ya venia de camino con fuerte auxilio que le habia proporcionado el rey de Tututepec: apresuró sus marchas; recogió á su paso á muchos de los dispersos; llegó á Sosola, y sin pérdida de tiempo, presentó batalla al enemigo. Esta fué reñida y sangrienta; pero es fatal una derrota, pues regularmente abre la puerta á otras muchas. Nahuitzochitl fué vencido: una parte de sus tropas se refugió con el general en las fortificaciones de Sosola; el resto se dispersó, huyendo los unos al valle zapoteca y los otros hácia las montañas en que pudieron salvarse.

El fruto de esta victoria para los mexicanos fué tener el paso libre por la cañada de San Antonio á Huaxyacac, en donde repusieron el presidio tal como ántes se hallaba, recogiendo en el valle á muchos de los mixtecas dispersos. Es probable que habiendo sospechado las perfidias de Cosijoesa, le hayan impuesto en esta ocasion tributo á varios de sus pueblos, como Tlacochuaya y Mitla, sin contar con Cuilapan, que por ser mixteco era preciso que pasase por esa humillacion. Torquemada parece indicar que Sosola tambien haya sido entrado; pero esto no es exacto, pues asegura Burgoa

que el rey de Achiutla era quien nombraba gobernador aun en tiempo de la conquista española para Sosola, y que no se habia interrumpido esta costumbre desde hacia muchos años. Coaixtlahuac cayó en poder de los vencedores y su señor, Cetepatl, fué llevado cautivo á México, en cuyo lugar entró á gobernar Cuzcacuauhqui, cacique de Huautla, en recompensa de su debilidad y su perfidia. Se extendieron los mexicanos tambien hácia la costa del Sur, invadiendo los dominios del rey de Tututepec y otras poblaciones inmediatas que pertenecen hoy al Estado de Guerrero. Sucedió esta guerra el año 1506, [1] y los prisioneros hechos en esta campaña fueron conducidos á México y sacrificados en número de mil [2] en la fiesta de *Tlacajipehualiztli* (que quiere decir, segun Torquemada, "desuellamiento de hombres)." Cetepatl fué reservado hasta que descubrió sus cómplices y los designios de los rebeldes, pero por fin sufrió la suerte de los demás.

6.—Nahuiljochitl, principal promovedor de la guerra, habia quedado vivo; el rey de Achiutla tampoco habia resentido consecuencias inmediatas de la derrota; pero el mejor librado de todos habia sido Cosijoesa, cuyas capitales, Zachila y Tehuantepec, habian sido respetadas y estaban intactas, aunque con temor de recibir algun daño. Así es que no tardó en estallar una segunda revolucion encabezada por Sosola [3] y Mitla. Moctezuma creyó deber acompañarse

1 Brasseur. Tom. 3, l. 11, cap. 4, citando el Códice Chimalp. Hist. cronol.

2 Duran, (Historia de las Indias de Nueva España, t. 1, c. 57), señala este número de víctimas mixtecas sacrificadas en la fiesta llamada "Desollamiento;" pero la campaña está descrita con poca exactitud. Parece igualmente referirse á esta guerra lo que cuenta Duran en la misma obra, c. 65. Lo que dejamos referido está tomado en su mayor parte de Torquemada y de Burgoa.

3 Torquemada dice "Zollam;" pero este pueblo no parece haber sos-

de sus aliados por la importancia de los pueblos rebelados. El ejército confederado tenia libre ya el paso de la cañada; pero Sosola era demasiado fuerte, como se habia experimentado repetidas veces; determinaron, pues, los generales pasar adelante y sujetar á Mitla. Los zapotecas que poblaban este lugar eran valientes, como lo habian demostrado en Guiengola; pero se distinguian especialmente por su astucia y los golpes de ingenio con que solian salvarse en las mayores estrecheces. Así aconteció en esta vez: desampararon el pueblo y se fortificaron en un cerro que se eleva en forma de cono á poca distancia. Las murallas que levantaron entónces y el acopio de piedras permanecen aún. Los mexicanos los cercaron, y al mismo tiempo que los fatigaban con asaltos contínuos, por el hambre los obligaban á rendirse. Los zapotecas, en efecto, deben haberse visto reducidos á la mayor extremidad, pues una noche desaparecieron, sin saberse cómo ni por qué camino. Los mexicanos entraron en el campo desamparado, maravillándose de que sus defensores hubieran podido salir sin ser notados, pues les constaba que el sitio era estrecho y grande su propia vigilancia. Mayor fué su admiracion, cuando á poco descubrieron al enemigo ventajosamente situado en una montaña próxima. Hubieron, pues, de emprender nuevo sitio y de empezar otra vez la guerra que creian acabada. Los zapotecas se condujeron en la segunda montaña como en la primera: pelearon con brío, y cuando se vieron reducidos al extremo, desaparecieron como por encanto, dejándose ver en un tercer monte bien fortificado, que fué de nuevo sitiado por los mexicanos. Tan admirable era el ingenio de los unos en acumular obstáculos, como la perseverancia de los otros en vencerlos. Los zapotecas deben haber escapado por algun conducto subterráneo que fuera

tenido guerra alguna con los mexicanos: era pueblo muy corto y situado léjos del camino que seguian los ejércitos de Moctezuma.

útil descubrir. Vencidos en la tercera montaña, desaparecieron igualmente, pero sin que los mexicanos volviesen á tener noticia de ellos. Se volvieron, pues, éstos á su capital con bien escaso provecho de sus fatigas. Los pocos viejos ó enfermos que habian quedado en el pueblo, fueron los únicos cautivos que honraron su triunfo. Cuitlahuac dirigió esta expedicion, quien ya que tan escasa gloria reportó de la campaña de Oaxaca, quiso batir de paso á Quauhquechollan, haciendo allí proezas de valor y reuniendo prisioneros que sacrificar en México. [1]

7.—Este acontecimiento tuvo lugar en el año 1507. El estado en que las cosas quedaron entónces se conservó inalterable hasta la llegada de los españoles, en órden á las relaciones que ligaban á zapotecas y mixtecas con los mexicanos. Torquemada refiere [2] que Moctezuma, á los diez años de reinar, hizo guerra al pueblo de Tlachquiauhco, asolando al pueblo y dando muerte á su cacique Malinalli; pero este Malinalli habia sido vencido y muerto desde el segundo año del reinado de Moctezuma, como el mismo Torquemada lo dice, si no es que se trate de otro capitan del mismo nombre. Segun el mismo autor, los prisioneros hechos en esta guerra subieron á más de doce mil y fueron sacrificados en la dedicacion de dos edificios de los mexicanos llamados *Tlamatcinco* y *Quauhxicali*.

Tambien se cuenta que en el año 11º de su reinado, el mismo rey peleó reciamente contra el pueblo de Nopalla en que hizo ciento cuarenta prisioneros, pero perdiendo muchos de los suyos; pues solo de los capitanes de fama y de los señores notables de su ejército, le faltaron veinte. Es probable que este Nopalla haya sido un pueblo de la mix-

1 Para esta campaña se han tenido presentes las tradiciones de Oaxaca. Torquemada y Clavijero tambien hablan de ella.

2 Torquemada, l. 2, c. 79.

teca en cuyas inmediaciones se ven atrincheramientos formidables; pero no se tiene certeza del hecho y faltan pormenores sobre las batallas que allí se hayan librado.

Las revueltas de los mixtecas, sí es exacto que habian comunicado por todas partes un peligroso contagio y que en los pueblos más distantes abiertamente hacian armas contra los reyes aztecas. Ilhuicamina habia sido sin duda un gran capitan y á sus esfuerzos se debia la preponderancia en Anáhuac de la nacion mexicana; pero sus sucesores distaban mucho de haberse colocado á su altura: lo habian procurado imitar en su gloriosa carrera; pero encadenándose los acontecimientos con vária fortuna, de ningun modo podria afirmarse que habian mejorado la condicion del imperio: ni la dominacion azteca era firme y segura en los pueblos sujetos por la conquista, ni siquiera se habian realmente ensanchado sus límites, á pesar de las frecuentes marchas de sus ejércitos hácia Guatemala; pues en estas correrías no hacian otra cosa que abrir con las armas un camino que se cerraba inmediatamente despues de que habian pasado, no reportando muchas veces de sus fatigas militares otro fruto que los prisioneros que llevaban á sacrificar á sus dioses. En tiempo del último rey Moctezuma, era tan general el odio que se les tenia y tan extendido estaba el deseo de sacudir su tiránico yugo, que apénas podian los emperadores disfrutar momentos de paz: ya tenian que reprimir una insurreccion manifiesta, ya que sofocar una conjuracion subterránea: en donde quiera se veian precisados á sostener numerosas guarniciones, sin embargo de las cuales las revoluciones estallaban tan pronto en un punto como en otro; ni habian acabado de vencer en Occidente cuando tenian que correr al Oriente. Se ha dicho con verdad que no fueron los españoles los que vencieron al coloso de Anáhuac, sino los pueblos tributarios que en aquellos audaces extranjeros hallaron un núcleo en que reunir su odio para tomar una terrible venganza. Fácil hubiera sido prever que

aquellos resentimientos que fermentaban aislados, si los españoles no hubiesen venido, habrian encontrado algun otro centro de union, terminando por asolar ó siquiera por abatir á la orgullosa Tenochtitlan.

En Oaxaca segunda vez habian logrado abrir el paso hácia Guatemala; pero habia sido al precio de perder el otro camino que seguian ántes por la costa del Norte. Asegura Burgoa que nunca los zapotecas los dejaron de acompañar en sus marchas, sin permitirles el más pequeño desmando; y entretanto, los activos reyes de Zachila y Tehuantepec no cesaban de promover secretamente nuevas revueltas. Cosijopii en particular cultivaba cuidadosamente la amistad de los chiapanecas, indios valientes que viniendo de Nicaragua se habian establecido en una sierra que nunca pudieron expugnar, segun se dice, los mexicanos. No era ménos vivo el calor que ponia entre los mijes, indios no ménos varoniles y que habian recibido injurias repetidas de las tropas aztecas. Y tanto estos últimos como los chiapanecas deben haber estado en relaciones y alianza con los caciques de Goatzacoalcos y Tabasco, que nutrian el mismo odio en su pecho. Por el mismo rumbo y en las montañas vecinas al golfo, se extendia la nacion chinanteca, inculta y ruda como era quebrado su suelo, la que si bien habia pagado feudo á los mexicanos, lo habia hecho de mala gana, y aun parece que lo habia rehusado últimamente, no permitiendo á éstos la entrada en sus gargantas inaccesibles. Todos estos pueblos reunidos se rebelaron, procurando arrojar de la tierra los soldados aztecas, como lo consiguieron, y lo prueba el que, habiendo tenido éstos por allí el paso libre desde los tiempos de Ahuizotl, hácia la época de la llegada de Hernan Cortés, las guarniciones no franqueaban las fronteras del señor de Goatzacoalcos, ni tenian entrada en las montañas mijes ni chinantecas, como lo atestigua Bernal Diaz. [1]

1 Bernal Diaz, caps. 102 y 103.

8.—Es evidente que los mexicanos no recibieron pacíficamente semejante desaire, sino que levantando con sus aliados un fuerte cuerpo de tropas, se dirigieron á los rebeldes. Los ramales de la cordillera que atraviesa Oaxaca se abaten hácia el Norte, llegando á extinguirse en una vasta llanura que desde el pié de la sierra se dilata hasta la orilla del mar. Esta gran llanura se ve cortada por caudalosos rios cuyas márgenes antiguamente estaban muy bien pobladas. Jaltepec, habitada por mijes, se distinguia entre las demás por sus hermosos edificios que se sucedian por más de una legua y cuyos habitantes eran tantos, que las autoridades los contaban en los pelos de una gran piel, segun afirma Burgoa: este era el pueblo que se habia puesto á la cabeza de la insurreccion. Para resistir á los mexicanos, los mijes habian acumulado por todas partes obstáculos que hiciesen imposible ó por lo ménos muy difícil la marcha de un ejército, pasando el arado por los caminos y borrando las sendas, practicando excavaciones, abriendo profundas zanjas y levantando albarradas, cerrando la entrada de sus pueblos y rodeándolas de palizada y de fuertes reparos de mampostería. Moctezuma, que dirigió personalmente esta campaña, sentó sus reales á la vista de Jaltepec; y para no proceder inconsiderablemente, determinó ante todo practicar un reconocimiento del campo contrario. Sus exploradores le dieron noticia de que los mijes estaban con poca vigilancia, y como prueba del descuido á que se abandonaban, le presentaron piedras de moler, torteras, escudillas y otras vasijas de barro tomadas del campamento enemigo, y aun algunos niños sustraidos del lado de sus madres entregadas al sueño. Tanto descuido hizo comprender al general mexicano que le seria fácil obtener la victoria. Sin perder los momentos, dividió su ejército en tres secciones; [1] señaló á los tezcucanos y tepanecas, generales valientes y ex-

1 Duran. Historia de las Indias de Nueva España, tom. 1, cap. 55.

pertos que los dirigiesen en el combate, y poniéndose él mismo á la cabeza de los aztecas, dió á Jaltepec tan rudo ataque, que lo rindió. La misma suerte corrieron otros pueblos. Los vencidos se refugiaron en una montaña del istmo, "Quetzaltepec," en la que se pudieron salvar.

Al hablar de los combates de que fué teatro esta montaña, Duran [1] parece dar á entender que Tototepec y Quetzaltepec eran pueblos cercanos, ligados por intereses comunes, y gobernados, si no por idénticos señores, con tal subordinacion del uno al otro, que al mandato del cacique de Quetzaltepec, los dos pueblos se hubiesen levantado en armas contra los mexicanos, siendo igualmente ambos vencidos por el mismo ejército; lo que no es exacto, pues Tututepec ó Tototepec está situado en las orillas del Pacífico, cerca de lo que es hoy el Estado de Guerrero y fué habitado siempre por mixtecas, miéntras Quetzaltepec, habitado por mijes, se aproxima al mar del Norte, casi en los linderos de Chiapa y de Tabasco. Quetzaltepec era un pueblo situado en una montaña inaccesible en que se ven aún restos de fortificaciones antiguas y que se levanta en el istmo en las cercanías de Jaltepec, de que acaba de tratarse. El cacique de Jaltepec estaba sujeto al de Quetzaltepec; por su mandato debe haber tomado las armas contra los mexicanos, y los mijes, vencidos en el primero de estos pueblos, deben haberse amparado en las fragosidades del segundo.

Duran dice que la causa de esta guerra fué el asesinato de cien mexicanos comisionados por Moctezuma para pedir "una arena apropiada para labrar las piedras y tambien el esmeril para brunillas y ponellas muy limpias y resplan decientes;" peticion que no solo desechó con enojo el mije, sino que insultó á los mexicanos, diciéndoles que sin duda se le acercaban con tanto atrevimiento porque hasta entónces no habian probado en un combate su valor, pero que

1 Duran. Historia de las Indias de Nueva España, tom. 1º, cap. 56.

tenia determinacion de pelear con ellos con todo su poder; y pasando de las palabras á los hechos, les mandó matar y arrojar sus cadáveres en el rio que lleva el nombre del pueblo.

Para vengar este cruel insulto, Moctezuma marchó hácia Quetzaltepec á la cabeza de cuatrocientos mil soldados. Los mijes, á las escabrosidades de la montaña habian agregado cortaduras, palizadas y trincheras que hiciesen más difícil la subida; y en torno del pueblo habian levantado cinco órdenes de murallas, de las cuales la primera tenia "tres brazos en alto y cuatro en ancho" y la última "seis brazos en alto y seis en ancho." Moctezuma quiso tomar la plaza por sorpresa; mas los quezaltepeques le demostraron con sus armas que no dormian, como los de Jaltepec, al frente de sus enemigos. Estos quisieron dar un asalto al pueblo á la luz del dia; pero los mijes tenian deseo tan vivo de combatir, que saliendo de sus atrincheramientos, se adelantaron á recibir en campo abierto á los asaltantes. La lucha fué terrible: se combatió todo ese dia; la sangre se derramó copiosamente, resintiendo sensibles pérdidas los dos ejércitos; mas al fin los mexicanos hubieron de retirarse, quedando por los sitiados la ventaja. Del mismo modo y con idéntico resultado se peleó el segundo dia; mas apurando sus esfuerzos al tercero y sacrificando mucha gente, pudieron los mexicanos acercarse al primer atrincheramiento y aun apoderarse de él á viva fuerza. Tres dias batieron sin resultado la segunda muralla; mas al fin, escalando los unos miéntras otros practicaban cavas subterráneas por muchas partes, pudieron entrar en el pueblo cuyas calles y casas encontraron desiertas. Los mijes habian tenido tiempo de poner en salvo no solo á sus mujeres é hijos, sino aun sus riquezas y guerreros. Los despojos de la victoria fueron ningunos. Duran dice que en virtud de tratados y pactos de amistad y paz celebrados entre los quetzaltepeques y Moctezuma, aquellos poblaron otra vez la ciudad que habian

desamparado, y éste pudo recompensar con algunos dones á sus soldados más ameritados; lo que nos revela que realmente el pueblo no fué entrado á viva fuerza, pues segun costumbre, hubiera sido asolado por los vencedores, que hubieran llevado á México y sacrificado ante sus dioses gran número de prisioneros.[1] Burgoa, que conocia bien á éstos, entre quienes vivió recogiendo sus tradiciones y contemplando sus pinturas, está tan léjos de creer que haya sido tomado Quetzaltepec por los mexicanos, que aun la ruina de Jaltepec atribuye mejor que á éstos á las guerras de Condoy[2]

En esta misma campaña ó en otra posterior, quisieron los mexicanos adelantar más sus conquistas apoderándose de Amatlan á Amatan, en el Estado de Chiapas; pero en el camino les sobrevino una manga ó sifon (muy frecuentes por ese rumbo), y descargó sobre ellos tal cantidad de piedra, que muchos murieron y el resto se vió precisado á regresar sin reportar ventaja alguna. Insistieron los mexicanos peleando repetidas veces con los pueblos del istmo; mas solo salian victoriosos en las llanuras. Por 1513 atacaron á *Cihuapohualoyan* y á *Cuexcomaixtlahuacan* y al primero asolaron; mas los defensores del segundo se refugiaron en Quetzaltepec. Inútiles fueron los esfuerzos que hicieron para apoderarse de esta montaña; la conservaron siempre sus invencibles defensores. Aun en las llanuras el cacique de Goatzacoalcos mostró á los españoles un lugar que llamaban *Cuilonemiqui*, es decir, "lugar en que fueron vencidos los cobardes mexicanos." El resultado de todo fué, como se ha dicho, que las guarniciones desampararan para siempre las montañas y que aun en la llanura retrocedieran hasta donde los españoles los encontraron.

1 Duran. Hist., lib. 1º, etc., cap. 56.
2 Burgoa. Palestra Indiana, cap. 62.

9.—Entretanto la discordia, con su sangrienta mano, habia roto ya el estrecho lazo que uniera ántes á los mixtecas y zapotecas: la guerra se habia interpuesto entre dos reyes amigos. El cacique de Achiutla poco á poco habia ido desengañándose y reconociendo que los consejos de Cosijoesa no eran dictados por la buena fé y la sincera amistad. Sus soldados se habian conducido esforzadamente en Sosola y en Guiengola; muchos habian probado con su muerte su indomable valor; otros habian sido mutilados en las batallas; numerosas familias quedaban en la orfandad; ellos habian llevado el peso de los peligros, afrontando con denuedo á los enemigos y aun sufrido considerables pérdidas en sus Estados; y miéntras que el rey de Zachila, que regularmente se estaba quieto en su capital, se habia engrandecido adquiriendo el reino de Tehuantepec que habia regalado á su hijo, ellos, por toda recompensa, solo habian recibido la mixtequilla, es decir, el corto pedazo de terreno á que se habia circunscrito su campamento de Guiengola. Era lo más notable, que aquel enemigo constante de los mexicanos, el perpétuo atizador de la guerra, habia sido respetado por ellos y aun parecia vivir con Moctezuma en la mejor armonía. Se diria que Cosijoesa habia jugado pérfidamente con la lealtad de un noble aliado: así lo comprendia ya el rey mixteca; sin embargo, no manifestó estar quejoso.

Pero Cosijoesa estaba envanecido con su triunfo; habia logrado todo su deseo: los mixtecas habian diezmado á los mexicanos y éstos habian destrozado á los mixtecas. A los últimos especialmente despreciaba Cosijoesa por su candor y sencillez, y juzgándolos debilitados en extremo, osadamente entraba por los sembrados y frutales de Cuilapan, tomando para sí lo que queria, alegando que las tierras del valle eran de su propiedad. No satisfecho con esto, envió un embajador, persona de representacion entre los suyos, para que notificase al mixteco desamparase los valles y se restituyese á la sierra en que primitivamente estaban sus

linderos, pues él habia determinado recobrar lo que con todo derecho le pertenecia. El rey mixteco respondió con moderacion, que pudiera ser que originariamente las tierras de Cuilapan hubiesen pertenecido al zapoteca, pero que de tiempo inmemorial las poseian sus propios súbditos, quienes habian edificado sus casas y tenian cultivadas grandes sementeras; que sus actuales habitantes allí habian nacido, se habian multiplicado y tenian los restos de sus antepasados; que además, en aquel pueblo residian permanentemente las tropas que guardaban las fronteras de su imperio, y que por lo mismo, la demanda del zapoteca era impertinente y no merecia ser obsequiada. Con estas razones acompañó la órden de que, para lo que pudiera ofrecerse, estuviesen dispuestos y en pié de guerra sus ejércitos.

10.—El mixteco habia recibido duras lecciones del pasado y no queria nuevas decepciones en el porvenir. Pero Cosijoesa lo miraba con tal desprecio como si fuese un enemigo ya vencido. Sin escuchar, pues, excusas ni temer ejércitos, mandó que por la fuerza se arrancase á los mixtecas de sus casas y se les aventase á sus montañas. En efecto, el mandato se comenzó á ejecutar, pero con tales violencias, que los vecinos de Cuilapan, sin esperar tropas disciplinadas, se levantaron en masa, rompieron las filas enemigas, despedazaron á sus perseguidores, y al general mismo, habiendo podido aprisionarlo, suspendieron de un árbol.

No satisfechos con esto, y unidos con fuerzas respetables, los cuilapecas tomaron la iniciativa, acometiendo á los zapotecas en sus mismas posiciones. Sucesivamente fueron adelantando su invasion y ganando por el rigor de las armas, uno en pos de otro los pueblos del valle: llegaron victoriosos por el Oriente hasta Chichicapan; por el Sur hasta Lachiláá (San Martin), y en las goteras mismas de la capital zapoteca sentaron sus reales, por un lado en lo que despues fué pueblo de San Raimundo, y por el otro, pasado

el rio, en el lugar que hoy es San Pablo. Desde aquí hostilizaban á los zachileños, sin dejarlos llegar aun á las orillas de su capital; no satisfechos con esto, penetraron al interior de Teozapotlan y en su centro dejaron un destacamento que se atrincheró como para no salir nunca de allí: estos últimos soldados, acumulando piedras y tierra dentro del recinto fortificado, levantaron una especie de montaña ó castillo que dominaba la poblacion, y desde allí causaban gran daño en los vecinos con piedras y otras armas arrojadizas; algunas veces practicaban salidas, al mismo tiempo que la otra parte del ejército batia reciamente los suburbios de la ciudad. Tanto era el perjuicio que hacian y tan imposible fué arrojarlos de Teozapotlan, que Cosijoesa prefirió huir con los suyos, y no teniendo por seguro ningun punto del valle, fijándose en la cumbre de un monte que se conoce con el nombre de "María Sanchez" y que descuella con arrogancia entre los pueblos de Santa Catalina y Santa Ana Segache, desde allí convocó á sus vasallos y envió correos violentos á los caciques que le estaban subordinados, especialmente á uno muy poderoso de la montaña en que existe aún el pueblo de la Magdalena, preparándose además con todo género de pertrechos para una encarnizada pelea.

Los mixtecas entretanto, viéndose dueños del valle, se extendieron á su placer, fundando pueblos de su idioma, que se usa aún en ellos. Al sur de la ciudad de Oaxaca existe Jojocotlan, y al oriente Huayapan, Santa Lucía, San Francisquito y San Sebastian, edificados entónces. A Cuilapan habian fundado en un lugar cenagoso á la falda de un cerro que destila mucha agua, de que se formaba un arroyo con que regaban sus sementeras: le llamaron en su idioma *Sa ha yucu*, que quiere decir, "al pié del monte." Los habitantes componian entónces quince mil familias, y en esta ocasion se distribuyeron por barrios, de modo que en cada uno de ellos mandaba uno de los capitanes, jefe de

uno de los cuerpos del ejército que habia acudido en auxilio del pueblo en los momentos del peligro. Los habitantes tenian obligacion de acudir con sus armas cada vez que oyesen sonar la "concha" que daba en todas partes la señal de rebato. Además, para que este órden no se perturbase con el trascurso del tiempo, el rey mixteca dió á los gobernadores de barrio, el derecho de traspasar en herencia sus propiedades al primogénito de sus hijos, sin que en ningun tiempo les fuese permitido enajenarlas á los extraños. Se conservaron estos mayorazgos por las leyes españolas, y es bastante reciente la fecha en que los terrenos que formaban su patrimonio se comenzaron á enajenar á toda suerte de personas. Los caciques se bautizaron tomando los nombres de Guzman y otros de orígen español, la mayor parte de los cuales llevan aún sus descendientes actuales. [1]

Estas atenciones no distraian sin embargo al rey mixteco de modo que olvidase los cuidados de la guerra pendiente. Sus tropas se dirigieron al cerro de "María Sanchez" y acampando al pié de sus contrafuertes, comenzaron las hostilidades, poniendo cerco á Segache. Se combatió con teson; mas al fin los zapotecas abandonaron el pueblo. Los mixtecas, como verdaderamente valientes, eran generosos y usaban de clemencia con el vencido: no destruyeron el pueblo; se limitaron á mediar la poblacion mezclándola con vecinos mixtecas: á las mujeres y ancianos que habian desamparado los zapotecas al huir, señaláron una parte del pueblo quedando ellos con la otra mitad que mira hácia el Oriente. Terminadas estas operaciones, se encaminaron al cerro que servia de postrer refugio al infeliz Cosijoesa, y le pusieron sitio. Y como Cosijopii se movia en favor de su padre, los mixtecas avisaron al rey de Tututepec, que estaba en combinacion con ellos, indicándole que siguiese la costa

1 Burgoa, 2ª parte., Descr., Geog.. cap. 37.

del Sur y que con los suyos entrase en las tierras de Tehuantepec, haciendo por ese lado una poderosa diversion, á fin de que el rey de Zachila quedase aislado y sin esperanza de socorro.

Todo sonreia en torno de los mixtecas, y Cosijoesa parecia destinado á caer en sus manos. Segun las apariencias, deberia pagar en su ancianidad los crímenes de toda su vida y recoger, en fin, el fruto de sus antiguas perfidias; no fué este sin embargo el término de la guerra. Hay hombres para quienes la desgracia y la muerte seria suave pena, y que providencialmente son reservados para otro castigo más digno: la impunidad. Si los acontecimientos hubieran seguido el curso que llevaban, acaso no hubieran valido á Cosijoesa su astucia y su profunda maldad; pero cuando la guerra se recrudecia y parecia inminente un asalto al "María Sanchez," los españoles llegaron al valle y todas las cosas cambiaron de faz.

Los mixtecas conservaron la memoria de sus victorias, y para perpetuarla, compusieron hermosas poesías, que cantaba el pueblo de Cuilapan muchos años despues, al mismo tiempo que se representaban al vivo los más remarcables hechos de aquella historia. La persona del embajador de Zachila era figurada por un respetable anciano que repetia los razonamientos del rey zapoteca, recibiendo las graves contestaciones de otro personaje que representaba al monarca de Achiutla. A esta escena pacífica seguia otra en que se combatia cómicamente por los pueblos contrarios. El embajador era cogido de repente y atado con fuertes cuerdas. Los actores, adornados con hermosos penachos, bailaban [1] segun la forma que usaban los

1 Burgoa dice (2ª p. c. 37) haber visto este baile. No sé si es el mismo que aun se usa en alguno de los pueblos del valle. Tal vez sea este mismo el orígen de una diversion pública muy frecuente hasta hace pocos años en las fiestas de la ciudad de Oaxaca, que se conocia con el

mexicanos, y el pueblo aplaudia extraordinariamente la gloria de sus guerreros, cuando el embajador, suspenso de un árbol, imitaba con perfeccion las convulsiones de la agonía.

nombre de "el ahorcado," porque, en efecto, se representaba el acto de serlo un hombre.



CAPITULO X

LA CONQUISTA.

1. Hernan Cortés navega en las aguas del golfo mexicano y entra en la capital de los aztecas.—2. Exploracion á la Chinantla.—3 .Exploracion á Sosola.—4. Los reyes de Zachila y Tehuantepec abdican: inmediatas consecuencias de este hecho.—5. Cortés se prepara contra Narvaez.—6. Velazquez y Tobilla.—7. Los chinantecas llegan momentos despues de la batalla de Cempoala.—8. Consecuencias de la Noche triste.—9. Los zapotecas y chinantecas se mantienen adictos á Cortés.—10. Carta de Barrientos á Cortés.—11. Francisco de Orozco y Gonzalo Sandoval en Oaxaca.—12. Briones entre los mijes.—13. Primeros repartimientos en la costa del Norte de Oaxaca.—14. Toma de Oaxaca por los españoles.

1.—En el año de 1519, Hernando Cortés salió de la isla de Cuba con direccion á la península de Yucatan, con instrucciones de Diego Velazquez para convertir cuentas de vidrio y otras bujerías en oro, pero con ánimo decidido de tomar tierra en el continente y de apoderarse de ella por la fuerza. Su armada surcó el seno mexicano, entró en el rio de Tabasco, tocó algunos otros puntos de tierra firme, y en fin, el desembarque se hizo en la Veracruz: al pasar los navíos cerca de la costa y casi rozando con ella, fueron vistos por algunos chinantecas, quienes ya tenian algunas noticias de los españoles por los rumores de las guerras que habian tenido éstos con el señor de Tabasco. La novedad pronto se supo en todas partes. Los

indios de Oaxaca contaron á Burgoa que la noticia de que habian llegado ciertos extranjeros de blanca tez y de crecida barba, corrió de boca en boca con celeridad estupenda, causando en todos los ánimos honda conmocion. El anuncio de los oráculos sagrados se cumplia; habia llegado el tiempo señalado en las antiguas profecías; ya no tendrian grandeza ni poder los reyes, prosperidad ni gloria las naciones de América; los indios serian reducidos poco ménos que á la condicion de miserables esclavos.

Cortés se dirigió por Tlaxcala á México. Moctezuma lo recibió como amigo y hospedó á los españoles espléndidamente; pero aquellos huéspedes, tan ingratos como audaces, correspondieron á la liberalidad magnífica del rey de Tenochtitlan, arrancándolo de su solio, cargándolo de cadenas y causándole directa ó indirectamente la muerte. Al delito regularmente sigue la expiacion, y la *noche triste* [1] se encargó de cubrir como un paño funerario los cadáveres de la mayor parte de aquellos extranjeros audaces. Antes de tan espantoso desastre habian vivido en México seis meses, y durante este tiempo, en las pláticas con Moctezuma, encontraron ocasion para conocer una parte de Oaxaca.

2.—Cortés y otros capitanes, que conversaban con el rey de México en cierta ocasion, le preguntaron ¿de dónde extraian sus vasallos el polvo de oro? Moctezuma nombró varios lugares, entre ellos Tuxtepec [2] cerca de donde habian tomado tierra los conquistadores, agregando, que "cerca de aquella provincia hay otras buenas minas en partes que no son sujetas, que se dicen los chinantecas y zapotecas y que no le obedecen," [3] ofreciendo enviar prácticos á estos

1 Noche triste llamaron los españoles la en que fueron derrotados por los mexicanos.

2 Guztepec, dice Bernal Diaz.

3 Bernal Diaz, caps. 102 y 103. Puede verse tambien á Herrera. Déc. 2, lib. 9, cap. 1.

lugares, si Cortés les asociaba soldados españoles. En efecto, Cortés mandó á Pizarro, mancebo de 25 años, con cuatro soldados que conocian algo los trabajos de las minas y cuatro prácticos mexicanos, quienes en los rios de Tuxtepec, Malinaltepec y otros, auxiliados por mucha gente de la comarca, recogieron gran cantidad de oro.

Subieron despues las montañas de la Chinantla, y venciendo con buenas palabras la resistencia de los naturales del país, que los salieron á recibir armados con grandes lanzas, arcos, flechas y "pavesinas," [1] pudieron pasar los españoles solos, negándose á los mexicanos la licencia de hacerlo, por los señores de la tierra. Lavaron allí las arenas en ocho rios, segun el modo que acostumbraban los indios, y recogieron gran cantidad del precioso metal.

Concluida su comision, los españoles dirigieron una mirada á la tierra que les pareció buena, no solo por las minas, sino por la abundancia de granos y frutos desconocidos hasta entónces para ellos, y por el afable trato de los caciques que les mostraban una franca y sincera amistad. Determinaron quedarse y cultivar, con el auxilio de los brazos de los chinantecas que se les ofrecian espontáneamente, el maíz, el cacahuate, algodon, cacao y otras semillas de valor, para lo que los caciques les señalaron desde luego terrenos de grande extension; reunieron tambien gran cantidad de aves que se proponian criar y multiplicar en provecho propio; se propusieron, en fin, examinar más escrupulosamente las márgenes de los rios y las quebradas de la montaña, presumiendo encontrar ricos filones de oro.

Los soldados que á toda costa se resolvieron á vivir en Chinantla fueron [2] Barrientos, uno de los Heredias (el viejo), uno de los Escalonas (el mozo) y Cervantes, llamado el "Chocarrero." Pizarro, sin dejar de tomar parte en la

1 Bernal Diaz.

2 Estos nombres están tomados de Bernal Diaz, lug. cit.

empresa, quiso volver á Mexico, tanto para dar cuenta del encargo que le habia hecho Cortés, como para no pugnar abiertamente con éste, cosa que le acarrearia perjuicios. Con él emprendieron viaje dos caciques, para buscar la amistad del capitan español y hacerle obsequios con oro que tanto apetecia. Como todos aquellos pueblos nutrian un odio antiguo á los mexicanos, los caciques llevaban la mira de suscitarles, si podian, grandes dificultades, sembrando entre ellos y los españoles enemistades y guerras de que reportaran ventaja: no dejaron, pues, de exponer á Cortés los robos y violencias de todo género que las guarniciones aztecas se permitian contra ellos, así como el inexplicable enfado que les causaban y el mortal aborrecimiento que les habian cobrado, al extremo de no querer aun escuchar sus nombres. Cortés les ofreció su ayuda haciéndoles halagüeñas promesas, y para que no recibiesen daño en el camino de retorno á su país, mandó que los acompañasen dos mexicanos. Desde este tiempo los chinanteques fueron amigos fieles de los españoles, á quienes prestaron importantes servicios; pero Cortés nò aprobó que se hubiesen quedado entre ellos Barrientos y sus compañeros, á quienes llamó por medio de otro soldado, Alonso Luis. que partió para este intento de México.

Otra expedicion hicieron por este tiempo hácia el mismo rumbo, aunque por distinto motivo. Moctezuma habia mostrado á Cortés un mapa en que se veian los puertos, rios, lagos, ancones, etc., de la costa norte, apareciendo entre otros el rio Goatzacoalcos. Los españoles tenian ya de él algunos datos, pero eran escasos y querian completar el reconocimiento, sondeando su profundidad, para utilizarlo, hasta donde fuese posible, en la navegacion. Diego de Ordaz, destinado á este trabajo en compañía de otros españoles y mexicanos, emprendió inmediatamente el viaje. En las fronteras de la provincia encontraron las guarniciones mexicanas que hasta allí se detenian en sus correrías por

ser enemigos los indios de Goatzacoalcos. Y tanto ellos como los de Chinantla se quejaron amargamente de las injusticias y atentados contínuos de aquellas tropas. Allí contaron á Ordaz que hacia poco habian reñido fuertemente con los mexicanos, venciéndolos en un lugar que por esto llamaron "Cuilonemiqui." [1]

3.—Antes habia mandado á dos españoles que acompañados de mexicanos se dirigiesen á Sosola, cuyo rio, segun afirmaba Moctezuma, abundaba en placeres de oro. Como el camino estaba abierto desde la última guerra de los mixtecas y guarnecido por tropas que formaban una línea hasta Huaxyacac, los españoles pudieron tranquilamente llegar al rio de San Antonio, juzgar de la riqueza de las minas de Sosola y regresar á México, no solo con las muestras del oro recogido, sino con la importantísima noticia de que todas aquellas comarcas estaban henchidas de gente "que se vestia mejor que los mexicanos y que habitaban en casas muy bien obradas y de mejor cantería que en ninguna de estas partes se habia visto." [2]

Los españoles habian quedado en su tránsito por las naciones zapoteca y mixteca, extrañamente sorprendidos al ver las grandes poblaciones de Tamazulapan, Sosola, Yanhuitlan y otras que encontraron al paso, y aun los palacios de Mitla que pudieron contemplar alargando en dos jornadas el camino que habian traido hasta las minas. No ménos se admiraron al oir decir que no á mucha distancia del valle y en la direccion del Sur, las ondas de un mar inmenso batian las costas de la América, noticia de la mayor importancia que se apresuraron á contar á Hernando Cortés. [3] Los zapotecas, por su parte, estaban maravillados de

1 La palabra debe estar alterada como hacian con todas los españoles.

2 Cartas de Cortés, edicion de Lorenzana, p. 165.

3 Así lo da á entender en sus cartas á Cárlos V, edicion de Lorenzana, p. 302.

ver aquellos extranjeros por tantos años esperados, á cuyo esfuerzo habian de ceder todos los poderes de la tierra.

Cosijoesa, rey de Zachila, y Cosijopii, rey de Tehuantepec, tenian ya conocimiento de que Moctezuma, despues de acogerlos en su corte honrosamente, habia resignado su trono, abdicando en favor del rey de España, de quien se reconoció vasallo desde entónces, obligándose á pagar tributo. Preocupados ambos por aquel gran acontecimiento que realizaba los antiguos fatídicos anuncios, no creyendo que pudiesen resistir con éxito á unos hombres que, segun todas las apariencias, eran protegidos por divinidades superiores, mirándolos ya pisar sus tierras, determinaron entregarse de paz, aun ántes de oir la menor intimacion de guerra. [1]

4.—Escogieron grandes señores de la corte de Teozapotlan, quienes cargados de oro y joyas se dirigiesen á Cortés con el carácter de embajadores. Luego que éstos llegaron á México, pidieron audiencia al general español, y á nombre de los soberanos de Zachila y Tehuantepec ofrecieron sus personas, vasallos y reinos, y además una amistad segura, leal é inquebrantable. Cortés respondió, que recibia el vasallaje que le rendian, como representante del rey de España, á quien todos deberian reconocer como señor, pues el mismo Cortés habia sido enviado por él para hacerles conocer el verdadero Dios: que le avisaria la

1 "Hijo mio, dijo á Cosijopii su padre el rey de Zachila, los dioses eternos así lo han ordenado, y el invicto abuelo tuyo, obligado por disposiciones celestiales, acaba de recibir á los extranjeros bajo la techumbre de sus palacios: convengamos tú y yo en hacer felices á nuestros pueblos, entregando este depósito á los dioses, segun lo ha dispuesto su divino agrado." Le encargó además que enviase embajadores que con los suyos ofreciesen sus reinos y solicitasen la amistad de los forasteros, asegurándole que "pues eran poderosos, los servirian y protegerian fielmente." (Carriedo, cap. 20, t. 1º).

buena voluntad y el rendimiento que le mostraban aquellos reinos y que por su parte Cosijoesa y Cosijopii esperasen recompensas magníficas, como más adelante lo verian. Los obsequió dándoles algunas cuentas de vidrio y los embajadores volvieron á su país admirados de la figura, de los vestidos, armas y caballos de los españoles.

El paso dado por los zapotecas produjo diversas impresiones en los ánimos, segun estaban éstos preparados. Bastaba que hubiera sido aquel un pensamiento de Cosijoesa para que los mixtecas quedaran con recelo y con disgusto; además, que podia serles funesta la amistad de sus enemigos con aquellos extranjeros de quienes se contaban cosas estupendas; y en fin, á su juicio era una vileza, una indignidad andar en solicitud del favor de aquellos advenedizos que trataban de subyugar á los señores de la tierra: apresuraron en consecuencia las operaciones de la guerra para darle fin y tener tiempo de hostilizar á los españoles. Fué entónces cuando arrojaron de Zachila á Cosijoesa, y el rey de Tututepec, de acuerdo con el de Achiutla, se movió con gran estruendo de su capital, y entrando en Tehuantepec, amenazó de cerca á Cosijopii. Este no pudo correr en defensa de su padre, tanto porque se veia precisado á defenderse en sus propios Estados, cuanto porque habiéndolos cedido á D. Hernando Cortés, esperaba que éste los defendiese con sus propios recursos, limitándose, por tanto, á darle aviso de lo que pasaba. [1]

A Moctezuma no fué grata la amistad de Cortés con los zapotecas, así como tampoco le habian sido satisfactorias las quejas formuladas contra él por los chinantecas. Le parecia que Cortés insensiblemente se iria atrayendo y haciendo suyos á los indios hasta formar un partido poderoso capaz de imponer miedo al imperio mexicano. [2] Es-

1 Está tomado de Burg., 2ª par. de la Desc. Geog. citada otras veces.

2 El mayor cuidado de Moctezuma, dice Torquemada, era verse li-

tos mismos temores experimentaron todos los habitantes de Tenochtitlan, al grado que algunos meses despues, Quauhtemoc, temiendo, dice Bernal Diaz, "que les correriamos lo de Guaxaca y otras provincias, y que á todos los atraeriamos á nuestra amistad, envió á sus mensajeros por todos los pueblos, para que estuviesen muy alerta con todas sus armas: y á los caciques daba joyas de oro y á otros perdonaba tributos, y sobre todo mandaba ir muy grandes capitanes y guarniciones de gente de guerra, para que mirasen no les entrásemos en sus tierras." En consecuencia, Moctezuma insinuó á Cortés la conveniencia de que saliera de México, persuadiéndolo con las mejores razones que pudo y aun expresándole claramente que tal era su volundad.

Cortés, por su parte, rebosaba de júbilo con tales acontecimientos, porque adquiria por este medio, sin dar un tiro, grandes provincias, que más adelante le serian útiles, ayudándolo á dominar por la fuerza las que rehusasen someterse de grado á su autoridad. "En esta Ciudad, dice en una de sus cartas á Cárlos V, estuve pacificando y atrayendo al servicio de V. M. muchas provincias y tierras pobladas de muchas y muy grandes ciudades y villas y fortalezas, y descubriendo minas y sabiendo y inquiriendo muchos secretos de las tierras del Señorío de Moctezuma, como de otras que con él confinan, y él tenia noticia, que son tantas y tan maravillosas que son casi increibles." [1] Pero como en el curso de la vida, rara vez todas las cosas acontecen prósperamente, un suceso adverso llegó á turbar la alegría del conquistador.

bre de aquella gente, y mucho más despues que supo que demás de la confederacion que Hernando Cortés tenia hecha con los tlaxcaltecas, la habia hecho con los chinantecas y con otros, de donde inferia que de la estancia de los castellanos en su reino, no se podia seguir ningun bien. (Lib. 4, c. 63).

1 Cartas de Cortés, ed. cit., pág. 115.

5.—Narvaez llegó á San Juan de Ulúa con la resolucion de castigar el alzamiento de Cortés, para lo que contaba con una escuadra suficiente y temible en aquellas circunstancias. A las dificultades naturales que por sí sola ofrecia la empresa de apoderarse por bien ó por mal del imperio de los Moctezumas, se agregaban las muy graves que suscitaba el gobernador de la isla española, Diego Velazquez, que era quien enviaba aquella escuadra, resentido por la ingratitud de Cortés ó envidioso de su gloria. Cualquiera hubiera perdido la presencia de ánimo á la aproximacion de un ejército superior en el número y por lo ménos igual en la disciplina al de los conquistadores, algun tanto disminuidos, no muy sujetos á su valeroso caudillo y frecuentemente acosados por peligros incontables. Cuántas veces, sintiéndose estremecer al considarar la magnitud de su obra, rompiendo toda sujecion, quisieron las tropas retroceder; pero Cortés tenia las dotes de un completo capitan, y con una inteligencia y actividad que le honran, sin perder un instante su sangre fria, miéntras engañaba al rey de los aztecas, entreteniéndole con buenas palabras, procuraba debilitar al enemigo seduciendo á los soldados de Narvaez y relajando entre ellos el vigor de la obediencia y él mismo se robustecia de todas maneras.

Entre sus primeros cuidados fué uno recoger una parte de las tropas que habian ido á poblar á Goatzacoalcos y procurarse otras de la provincia de Chinantla, que reputaba de las mejores del país. Los chinanteques tenian un aspecto marcial imponente, de modo que los mismos españoles quedaron sorprendidos al verlos. Sus armas favoritas eran unas grandes lanzas, con navajas filosas de pedernal, de las que se usaban entónces, distribuidas convenientemente por ambos lados. Cortés creyó que aquellas lanzas eran una ventajosa arma, y luego que supo que Narvaez marchaba contra él, señaló á un soldado llamado *Tobilla*, que habia combatido en Italia, diestro en el manejo de todas armas y

más aún en el de la pica, para que les pidiese trescientas de las que acostumbraban, con la única reforma de sustituir las navajas de pedernal con otras de cobre, conforme á la muestra que dió. Tobilla deberia reunir, además, dos mil chinantecas y dirigirse con ellos á un lugar designado en que indios y españoles habian de combatir á Narvaez. [1]

Los caciques de Chinantla se prestaron con gusto á esta demanda por el odio que tenian á los mexicanos. Aun permanecia entre ellos Barrientos. De los otros españoles que habian ido con Pizarro en busca de minas, Cervantes, Escalona y Alonso Luis ó Hernandez, alejándose de las montañas, trataban de enriquecerse con los preciosos frutos de las fértiles llanuras de la costa en que cultivaban grandes sementeras. El último habia llevado el mandato de Cortés, para que desamparasen el lugar y se restituyesen á México; mas léjos de cumplirlo, él mismo se quedó con los otros, prefiriendo á los azares de la guerra, el bienestar de Chinantla, en que pensaba hacer una fortuna más fácil, segura y pronta. Todos se volvieron adversos á su general, por el solo hecho de contravenir á sus órdenes, pues no podian ménos de recelar que serian castigados severamente, ó por lo ménos separados de aquel lugar que les habia salido tan á placer. Así es que cuando Pánfilo Narvaez llegó á la Isla de Sacrificios, acudieron á él los soldados últimamente nombrados, quejándose con amargura de Cortés, lo que, como era de esperarse, no disgustaba al comandante [2] de la escuadra de Velazquez. [3]

6.—No se condujeron del mismo modo los españoles que á las órdenes de Diego de Ordaz [4] habian ido á poblar la

1 Bernal Diaz, cap. 118.

2 Torquemada, lib. 4, cap. 13.

3 Herrera, Déc. 2, l. 9, c. 18, dice que se quejaron de Cortés con Narvaez y da á entender que se quedaron con él.

4 Bernal Diaz dice que fué Ordaz quien los llevó á Goatzacoalcos; á la

provincia de Goatzacoalcos. Por haber regresado á México este capitan, habia quedado con el mando de las tropas Juan Velazquez de Leon, pariente del gobernador de Cuba. Los soldados eran ciento cincuenta, y pareciéndoles bien el pueblo de Tuxtepec, se establecieron allí pensando convertirlo en villa española.[1] Narvaez escribió al capitan una carta, persuadiéndolo á rebelarse contra Cortés; mas Velazquez, léjos de consentir en aquella traicion, remitió la carta original á su general, y tomando informes minuciosos de los intentos y fuerzas del enemigo, marchó en persona hácia México, llevando consigo una parte de sus tropas y dejando la otra de guarnicion en Tuxtepec.[2] Velazquez de Leon se unió con Hernando Cortés en Cholula y tomó parte con él en la sorpresa de Cempoala.[3]

Tobilla tambien cumplió satisfactoriamente con su encargo. Pidió á los chinantecas las armas y soldados que deseaba Cortés, y los indios, con prontitud extraordinaria, prepararon sus lanzas erizándolas de cortantes navajas de cobre y remitiéndolas sin pérdida de tiempo. Bernal Diaz dice[4] que eran "muy extremadas de buenas." Tobilla, que fué el encargado de conducirlas, con doscientos chinantecas llegó al campo de Cortés oportunamente, y las distribuyó y enseñó el modo de manejarlas, habiendo sido muy útiles en la batalla.

llegada de Cortés los mandaba sin embargo Velazquez, como lo dice Cortés en sus cartas, pág. 110.

1 Así lo dice Cortés, pág. 118 de sus cartas. "Así mismo (se informó Narvaez) de la gente que yo enviaba á Quacucalco, y como estaban en una provincia, treinta leguas del dicho puerto, que se dice Tuchitebeque, etc."

2 Cortés en sus cartas, pág, 119, dice que Velazquez llevó todas sus tropas; pero es cierto que en Tuxtepec quedaron 60 ú 80 soldados, segun se verá despues. Bernal Diaz dice que eran éstos de los de Narvaez, cap. 160.

3 Cortés. Cartas citadas, pág. 123.

4 Bernal Diaz, cap. 118.

Esta se dió en la noche del 26 al 27 de Mayo de 1520. Cortés asaltó el campo de Narvaez y lo tomó en pocas horas. Barrientos, que habia quedado en la Chinantla disponiendo las tropas de indígenas que habia pedido Cortés, marchó, en efecto, el dia que se le habia señalado; mas por haberse adelantado en algunas horas el combate, no pudieron mostrar los indios su valor. Comenzaba á rayar el 27 de Mayo, y aun trascurrian los primeros momentos del triunfo, [1] cuando los chinantecas, "entraron en Cempoala, dice Bernal Diaz, [2] con muy gran ordenanza, de dos en dos, y como traian las lanzas muy grandes y de buen cuerpo, y teniendo en ellas una braza de cuchilla de pedernales, que cortan tanto como navajas, y traia cada indio una rodela como pavesina, y con sus banderas tendidas, y con muchos plumajes, y atambores y trompetillas, y entre cada lancero é lancero un flechero, é dando gritos y silvos, decian, viva el rey, viva el rey, y Hernando Cortés en su real nombre, y entraron muy bravosos, que era cosa de notar, y serian mil y quinientos, que parecian de la manera y concierto que venian que eran tres mil, y cuando los de Narvaez los vieron, se admiraron, é dicen que dijeron unos á otros, que si aquella gente los tomara en medio ó entraran con nosotros, que tal les pararan, y Cortés habló á los indios capitanes muy amorosamente, agradeciéndoles su venida, y les dió cuentas de Castilla, y les mandó que luego se volviesen á sus pueblos, y tornó á enviar con ellos al mismo Barrientos."

8.—Cortés regresó á México victorioso; mas ya el aspecto de esta ciudad habia cambiado notablemente. Los mexicanos, perdida la paciencia, habian comenzado á hos-

1 Algunos dicen que los chinantecas tuvieron parte en la batalla; Bernal Diaz, que fué testigo de vista, afirma lo contrario. Tal vez hayan prestado servicios en ella, los 200 que marcharon con Tobilla.

2 Bernal Diaz, cap. 123.

tilizar á los españoles, siendo inútiles, para sosegarlos, los esfuerzos de Cortés. El desastre de la *noche triste* fué el término de aquella guerra, que por poco arroja por tierra los pensamientos levantados de Cortés. Este animoso caudillo, sin dejarse quebrantar por tamaña adversidad, con una perseverancia de héroe, procuró rehacerse en Tlaxcala de la espantosa derrota que en México habia sufrido. La mayor parte de sus tropas habia perecido, restándole apénas un puñado de soldados heridos y estropeados, que más bien parecian reclamar los cuidados de un hospital que alentar con el coraje de las batallas. Sin embargo, los pueblos aliados se mantenian fieles, y esta era una esperanza. Asido á ella Cortés, rehusó retirarse á pesar de las representaciones de sus tropas, obstinándose en permanecer en Tlaxcala, que fué desde entónces el centro de sus nuevas operaciones, cuya mira final era el sitio de Tenochtitlan. Seguirlo en todas sus campañas seria ajeno de esta obra; solo se dirá, por lo mismo, aquello que se relacione inmediatamente con Oaxaca.

La noticia de la derrota de los españoles en México habia circulado velozmente, llevando por todos los pueblos el terror para los amigos de Cortés y el aliento para los que deseaban cl triunfo de Moctezuma. En Tuxtepec habia numerosa guarnicion mexicana y juntamente algunos españoles en número de sesenta ú ochenta, [1] que obedecian á un tal Salcedo, probablemente desde la separacion de Velazquez de Leon. Los mexicanos, cobrando ánimo con los rumores que corrian, atacaron á los españoles, cuyo jefe se habia descuidado en tan graves circunstancias. Todos murieron: sus armas y sus pieles curtidas fueron puestas en el templo de Tuxtepec como ofrenda de los indios á sus dioses. Entre los cadáveres estaban los de tres mujeres de Castilla que llevadas por los navíos de Narvaez ha-

1 Torquemada dice que eran 160, l. 4, c. 78; Bernal Diaz dice que 60; cap. 157.

bian quedado allí. No solo éstos perecieron, pues que hallándose otros muchos españoles esparcidos en grupos de dos ó tres individuos cada uno, que buscaban minas ó llegaban de la isla de Cuba, sucesivamente fueron sorprendidos y muertos por los indios. Cortés dice que sucumbieron más de cien españoles, [1] en cuyo número se deben contar tres de los soldados que con Pizarro habian entrado en Chinantla. Se habian alejado demasiado de las montañas y fueron sorprendidos en los bajos de Tuxtepec; Barrientos escapó con vida, refugiándose entre los indios de Malinaltepec y de Yolos, hácia donde estaban las minas que habia empezado á explotar. Los chinanteques no le faltaron en aquellas circunstancias difíciles: lo defendieron con brío de sus enemigos, formaron un grueso cuerpo de ejército y descendieron de la sierra buscando á los mexicanos, de quienes consiguieron algunas ventajas en las llanuras de la costa. Cortés, sabiendo lo que pasaba, envió tambien desde Tepeaca á Diego Ordaz y Alonso de Avila con algunos caballos y hasta veinte mil indios aliados, que hicieron algunas correrías matando cuantos podian y recogiendo armas, ropas, joyas y penachos de hermosas plumas; mas si obtuvieron algunas veutajas, la victoria estuvo léjos de ser completa: hubo necesidad de enviar segunda expedicion con el mismo intento, despues de la toma de México. [2] Los capitanes Ordaz y Avila, á su regreso, dijeron á Cortés que los mexicanos habian peleado varonilmente, usando de picas largas, con la punta endurecida al fuego á la manera de las de los españoles.

1 "E porque ciertas provincias que están en la costa del mar del norte á 10, 15 y á 30 leguas, dende que la dicha Ciudad de Temixtitan se habia alzado, ellas estaban rebeladas, y los naturales de ellas habian muerto á traicion, y sobre seguro, mas de cien españoles." (Cartas citadas, pág. 304).

2 Torquemada, l. 4, c. 78. Bernal Diaz, caps. 149 y 153.

9.—Si estos adversos acontecimientos hacian congojosa la situacion de Cortés, otros favorables no podian ménos de dar aliento á sus esperanzas. Aun no habia terminado la campaña de Tepeaca y pueblos circunvecinos, cuando recibió á ciertos embajadores de Cosijoesa. [1] Hallábase de presente poblando á Izúcar que acababa de sujetar, cuando los representantes se le presentaron diciéndole que hablaban á nombre de ocho pueblos, debiendo llegar en breve los embajadores de los otros cuatro que restaban de la provincia: [2] se excusaron de no haber dado este paso ántes por el temor que les inspiraban los mexicanos; pero protestaron que nunca habian hecho armas contra los españoles ni concurrido á la muerte de ningnno de ellos, asegurando que desde que se ofrecieron como vasallos al rey de España, le habian permanecido leales y adictos de voluntad. Inútil fuera añadir que Cortés se lisonjeó con las mejores

1 Cortés dice en sus cartas citadas, pág. 165: "Tambien vinieron de ocho pueblos de la provincia de *Coastoaca*, que es una, de que en los capítulos antes de este hice mencion, que habian visto los españoles, que yo envié á buscar oro á la provincia de Zuzula, donde, y en la de Tamazula, porque está junto á ella, dije, que habia muy grandes poblaciones, y casas muy bien obradas, de mejor cantería, que en ninguna de estas partes se habia visto: la cual dicha provincia de Coastoaca está quarenta leguas de allí de Izzucán." El anotador de estas cartas advierte que "Tamazula está en la provincia de Sinaloa á la costa del Sur." Clavijero nota el despropósito, t. 2, pág. 124, y explica, que Coastoaca es "Coixtlahuaca, llamada por los españoles Justlahuaca;" pero el mismo incurre en un error. Hay dos pueblos: el uno es mixteco y se llama Justlahuac, y el otro que pertenece á la provincia de los chochos en el centro de los mixtecas, se ha llamado y se llama Coaixtlahuac. No creo que Coastoaca fuese ninguno de estos dos pueblos, pues los mixtecas no fueron adictos á Cortés y en ese tiempo promovian á Cosijoesa una guerra cruel, precisamente por haberle enviado embajadores. Aun despues hostilizaron bastante á los españoles, como veremos. Así que, Coastoaca es Oaxaca ó Huaxyacac, en el valle de Zapotecas, y los embajadores fueron de Cosijoesa.

2 Segun esto eran doce los caciques sujetos á Cosijoesa.

esperanzas, al escuchar las protestas de fidelidad de los zapotecas. "Puede Vuestra Alteza estar cierto, escribia con este motivo á Cárlos V, que siendo Nuestro Señor servido en su real ventura, en muy breve tiempo se tornará á ganar lo perdido, ó mucha parte de ello, porque de cada dia se vienen á ofrecer por vasallos de Vuestra Majestad, de muchas Provincias y Ciudades."

Tambien los chinantecas enviaron protestas de adhesion y fidelidad inviolable á Hernan Cortés. De los cinco españoles que habian penetrado en aquella provincia, tres habian perecido, salvándose Barrientos entre los indios amigos, como se tiene referido. El mismo amparo buscó y con la misma fortuna el otro soldado que se llamaba Cervantes. Barrientos, acaudillando cuerpos numerosos de chinantecas, descendia con frecuencia á los llanos de la costa y daba fuertes batidas á los mexicanos, saliendo vencedor muchas veces y retirándose á sus propias montañas cuando le era adversa la suerte. Pero nada sabian de los demás conquistadores, sino era lo poco que barruntaban de la conducta de los caciques de la Chinantla, que no les permitian alejarse solos fuera de sus montañas para evitar que les diesen la muerte sus enemigos, entendiendo que toda la tierra estaba en conflagracion, y que pocos ó ningunos españoles quedaban vivos. En tal incertidumbre pasaron cerca de un año, hasta principios de 1521. Repuesto algun tanto Cortés, los mismos caciques anunciaron á Barrientos que, segun sus noticias, habia en Tepeaca algunos españoles, proponiéndole aventurar dos indios, que caminando de noche y excusando atravesar lugares poblados, inquiriesen la verdad de los hechos, llegando al mismo pueblo de Tepeaca y hablando con los españoles si les fuese posible.

10.—Determinados á hacerlo, Barrientos escribió una carta concebida en estos términos: "Nobles Señores, dos ó tres cartas he escrito á Vuestras Mercedes, y no sé si han

aportado allá, ó nó: y pues de aquellas no he recibido respuesta, tambien pongo en duda habella de esta. Hagoos, Señores, saber: como todos los naturales de esta tierra de Culúa andan levantados, y de guerra, é muchas veces nos han acometido; pero siempre, loores á Nuestro Señor, hemos sido vencedores. Y con los de Tuxtepeque y su parcialidad de Culúa, [1] cada dia tenemos guerra, los que están en servicio de sus Altezas, y por sus vasallos son siete villas de los Tenez: y yo, y Nicolas siempre estamos en la Chinantla, que es la cabezera: mucho quisiera saber adonde está el capitan para le poder escribir, y hacer saber las cosas de acá. Y si por ventura me escribieredes de donde él está, y embiaredes veinte, ó treinta Españoles, irme ya, con dos Principales de aquí, que tienen deseo de ver, y fablar al capitan, y seria bien, que viniesen, porque como es tiempo agora de coger el cacao estorban los de Culúa con las guerras. Nuestro Señor guarde las Nobles personas de Vuestras Mercedes, como desean. De Chinantla á no se quantos del mes de Abril de mil quinientos, y veinte, y un años. A servicio de Vuèstras Mercedes: *Hernando de Barrientos.*"

Los dos indios llegaron, en efecto, á Tepeaca y hablaron con los españoles que habia dejado Cortés para resguardo de la plaza, quienes los dirigieron á Tezcoco, en que se hallaba ya el general disponiendo el sitio de México. Cortés se alegró al recibir la carta, pues presumia que rebelados tambien los chinantecas hubiesen dado muerte á los dos españoles, y escribió á éstos dándoles esperanzas de que concluido el sitio de México les daria eficaz y abundante socorro. En efecto, la famosa capital de los mexicanos fué cercada por todas partes, combatida por un ejército de más de doscientos mil hombres entre españoles y aliados, y to-

1 Los mexicanos.

mada, en fin, despues de un sitio de setenta y cinco dias en que por ambas partes se hicieron prodigios de valor.

11.—Entretanto, los mixtecas de Oaxaca habian hostilizado á los españoles que quedaron, en número de sesenta, resguardando Tepeaca ó "Segura de la frontera," como la llamaba Cortés. El teniente que mandaba estas tropas quiso reprimir la osadía de aquellos indios que asaltaban los pueblos amigos y hacian notable daño á los tepeaqueños. Con treinta de los suyos y gran número de aliados entró, pues, en Oaxaca y peleó briosamente con los mixtecas, aunque con tan poca fortuna, que léjos de alcanzar la menor ventaja, hubo de volver la espalda retrocediendo algo más de prisa de lo que quisiera. [1]

Con este motivo, luego que terminó el asedio de la capital, Francisco de Orozco, que era el teniente de Tepeaca, ocurrió á Cortés, representándole la necesidad de enviar una expedicion hácia Oaxaca, tanto para vengar la afrenta de su derrota, como porque así se abria el camino de la mar del Sur, que segun noticias, quedaba en esa direccion. Cortés tenia conocimiento de tan importante circunstancia y deseaba encontrar un paso hácia las islas de la "especería:" fácilmente, pues, convino con Orozco. Además, coincidió con la venida de este capitan la de nuevos comisionados de los reyes zapotecas. Fué la causa, que habiendo sonado en todas partes el derrumbe de la gran Tenochtitlan, de los pueblos más lejanos llegaban los caciques ó sus representantes para contemplar las espantosas ruinas, asegurarse de la exactitud de un hecho que tenian por imposible y presentar sus respetos y sumision al vencedor. En fin, los soldados de Cortés querian recoger el fruto de sus fatigas: habian peleado como héroes, deseosos de adquirir gloria y

1 Así lo dijo él mismo á Cortés, á saber, que "le habian fecho bolver, aunque no tanto despacio, como el quisiera." (Cartas cit., p. 305).

riquezas: México habia sucumbido; todos los poderes de la tierra, despues de aquella espléndida victoria, se abatirian bajo sus armas; ante ellos se dilataban vastísimas comarcas sembradas de pueblos, cubiertas de vegetacion, ricas en metales preciosos; nada los detenia para enseñorearse del continente y acopiar tesoros inmensos. [1] Cediendo, pues, Cortés á las repetidas instancias de los suyos, organizó cuerpos expedicionarios que marchasen en varias direcciones.

A Gonzalo de Sandoval dió treinta y cinco caballos, doscientos infantes españoles y gran número de indios, señalándole el camino de Tuxtepec: en él debia vengar graves injurias. Durante la guerra pasada, las guarniciones mexicanas habian acometido y muerto á los enemigos residentes en Tuxtepec; vencida la capital, la lucha carecia de objeto, por lo que aquellas guarniciones se dieron de paz. [2] A pesar de esto, Sandoval aprehendió á uno de los mexicanos y lo hizo quemar. Acaso haya contribuido á tan cruel ejecucion la vista de los despojos de los españoles que aun permanecian en el templo en que los indios los habian ofrecido á los ídolos. Era éste una especie de torrecilla en que los españoles habian buscado un refugio al ser perseguidos, encontrando una muerte de hambre y de sed, los que no sucumbieron á las heridas. Sandoval estuvo algunos dias en la desventurada fortaleza, ocupándose en recoger á los mexicanos culpables de la rebelion; mas solo á uno castigó, pareciéndole prudente perdonar á los otros.

1 Qué tales eran las ideas dominantes de los conquistadores, se percibe fácilmente leyendo la obra del sincero Bernal Diaz.

2 Así lo dice Cortés en sus cartas, pág. 305. "Y el Alguacil mayor, dende á veinte, y cinco dias me escribió, como habia llegado á la Provincia de Guatuzco: y que aunque llevaba harto recelo que se habia de ver en aprieto con los enemigos por ser gente muy diestra en la guerra, que habian salido de paz." Esto mismo repitió en otra carta escrita quince dias despues, asegurando que toda la tierra estaba de paz, por lo que Cortés mandó poblar Tuxtepec.

12.—Inmediatas al pueblo se veian las montañas habitadas por chinantecas, netzichus y mijes. Los primeros habian sido leales amigos y aun se podria presumir que lo eran los segundos por vasallos de Cosijoesa; pero los mijes no habian tenido relaciones algunas con los españoles. A todos, sin embargo, y sin hacer diferencia, mandó llamar Sandoval, exigiendo que se declarasen vasallos del rey de España. Algunos caciques ocurrieron al llamado; pero los mijes lo rehusaron, haciendo cabeza el pueblo de Tiltepec, ahora de la parroquia de Chichicastepec. [1] Sandoval envió contra ellos cien españoles y otros tantos auxiliares mandados por Briones, que habia militado en Italia y que durante el sitio de México gobernó los bergantines de la laguna. La provincia rebelde se internaba cosa de diez leguas en las peñosas sierras del norte de Oaxaca, en las que penetró confiadamente Briones atravesando laderas cortadas por precipicios, rodeando inaccesibles peñascos y cruzando con frecuencia bosques humedecidos continuamente por el rocío y la lluvia. En estas montañas, las sendas son estrechas y el paso se ve impedido muchas veces por obstáculos que de ningun modo pueden franquear las caballerías; y como el declive es rápido y en algunos lugares son perpétuos la humedad y los lodos, aun los que marchan á pié, corren grave riesgo de dar una caida y rodar hasta una profundidad espantosa. En una de estas temibles gargantas marchaban uno á uno los soldados de Briones, bien ocupados en evitar los riesgos que ofrecia por sí solo el camino, cuando los acometieron los mijes. Saliendo éstos de sus barrancas y bosques, armados con sus grandes lanzas y sus excelentes

1 Bernal Diaz dice, (c. 160), que era pueblo de zapotecas, en cuyo caso habria sido encabezado el movimiento por Tiltepec del Rincon, pueblo netzichu de la parroquia de Yagavila: ambos pueblos están situados en agrias montañas hácia el rumbo de Totontepec. Yo he creido que fué Tiltepec de los mijes, por haber sido estos indios constantemente adversos á los españoles.

escudos de forma oblonga que les cubrian todo el cuerpo, repentinamente atronaron el aire con gritos y alaridos, que repercutiendo en las quiebras de la montaña, formaban un eco prolongado y temeroso. No fué necesario más para desconcertar á los españoles, que desde el primer momento se declararon en completa derrota: los unos rodaron en las cuestas; los otros se enredaron en los bejucos al querer esconderse en los bosques; los demás huyeron en el más perfecto desórden. Murieron algunos y otros muchos salieron heridos y el mismo Briones llevó un flechazo. Cuando los fugitivos llegaron más que de paso á Tuxtepec, Sandoval dijo á Briones: "¿Parécele, Señor Capitan, que son estas tierras otras que las donde anduvo militando? ¿Qué dirán ahora los zapotecas, que no somos tan varones como creian que éramos? No quisiera haberle enviado, pues así fué desbaratado." La causa de la pulla era que Briones se jactaba de valiente, y contaba de sí grandes hazañas, asegurando que en Italia habia muerto y herido, hendido cabezas y cuerpos de hombres: contestó con enojo, que quisiera mejor haber batallado contra ejércitos grandes de turcos, que contra aquellos tan esforzados indios. El pueblo que reportó la victoria fué Tiltepec. [1]

13.—Como además de los estropeados habia muchos españoles enfermos por la influencia del clima, por entónces Sandoval no pudo reponerse de las pérdidas, ni insistir en la conquista de los pueblos rebeldes. Estos tal vez quisieron ver de cerca el estado de sus enemigos, pues llamados por Sandoval, se presentaron representados por veinte ancianos de Jaltepec, [2] ofreciendo diez cañutos llenos de granos de oro y algunas joyas de varias hechuras: pedian auxilio para combatir á otros pueblos que les eran contrarios.

1 Bernal Diaz, cap. 160. (Cartas de Cortés, págs. 305 y 306).

2 Bernal Diaz dice que eran zapotecas; Jaltepec pertenece á los mijes

Que no era su intencion recta, se probó á poco con la guerra que promovieron; mas por entónces, Sandoval los recibió alegremente, les repartió cuentas, les prometió auxilios para más adelante, y tomando en rehenes tres indios, mandó que los demás regresasen acompañados de Bernal Diaz, Alonso Diaz y otros seis españoles, que debian observar la configuracion del terreno, notando los pasos peligrosos para el caso de un rompimiento, y al mismo tiempo examinar si habia minas de oro.

Efectivamente, se recogieron arenas del apetecido metal, suficientes para llenar cuatro cañutos del grueso de un dedo. Este oro constituia la principal riqueza en ese tiempo, de los caciques mijes y netzichus que residian en Totontepec y en Chiapan. Alborozados los españoles, mostraron el oro reunido á Sandoval, quien, habiendo ya recibido de Çortés la órden de poblar, juzgó conveniente repartir entre los suyos toda aquella extension de terreno. La provincia de Jaltepec tocó en encomienda al capitan Luis Marin: Sandoval creia darle con ella un condado; y él mismo tomó para sí á Guaspaltepec, que entónces era lo mejor que se encontraba por allí: aun pudo recibir de pronto de manos de estos indios, sobre quince mil pesos. Recorrió Sandoval gran parte de la costa, regalando á los españoles, pueblos de zapotecas, chinantecas, mijes y zoques de Oaxaca, sin contar con otros de Tabasco y Chiapa que igualmente se dieron en encomienda; mas, habiendo tenido que partir á México desde Goatzacoalcos, para hacer compañía á Doña Catalina Juarez, esposa de Cortés, aprovecharon su ausencia los indios, tomando las armas contra los españoles que

hasta el dia. El trage que llevaban demuestra claramente que no eran zapotecas. "Tenian vestidas unas mantas de algodon muy largas, que les daban hasta los piés, con muchas labores en ellas labradas, y eran digamos ahora á la manera de albornoces moriscos." Usan aún los mijes este vestido. Ixtlilxochitl nombra entre los pueblos que se sometieron esta vez á Sandoval, á Quetzaltepec.

habian quedado, siendo el primero en rebelarse Jaltepec, á que siguieron despues otros muchos pueblos. Algunos de los encomenderos murieron y los indios no se redujeron otra vez sino despues de muchas fatigas. [1]

14.—D. Hernando Cortés se hallaba en Coyoacan cuando mandó á Sandoval hácia la costa del Norte, y aun permanecia en la misma poblacion, cuando poco despues, cediendo á las gestiones de Orozco, lo destinó á la conquista del centro de Oaxaca. Anteriormente ya se tenia noticia de la riqueza de la tierra, debida en particular á dos españoles que por mandato del general, pocos dias despues de haberse rendido México, habian acompañado á los señores zapotecas que para felicitar á los vencedores se hallaban en la capital y regresaban á su país. Estos españoles fueron los primeros que llegaron á Tehuantepec, obligados por el vivo deseo de encontrar un paso á la mar del Sur, descubrimiento que Cortés anhelaba como el complemento de su gloria. Con este pensamiento recorrieron una parte de la costa, observando de tránsito la fertilidad del suelo y buscando vetas de oro, que creyeron haber encontrado de una riqueza extraordinaria. De ellas, llevaron algunas muestras á México, de donde fueron luego remitidas por Cortés á Cárlos V. [2] A Orozco se dieron treinta caballos, ochen-

1 Bernal Diaz, cap. 160.

2 D. Antonio de Herrera dice que Francisco Chico y otros tres castellanos, por mandato de Cortés, fueron descubriendo la costa desde Zacatula hasta Tehuantepec: tomaron posesion de la tierra y de los mares, pusieron cruces y pidieron oro y perlas. De estos cuatro, segun parece, solo dos llegaron á Tehuantepec; uno de ellos, segun el mismo Herrera, Juan del Valle, á quien por este servicio y otros importantes prestados en la conquista de México y Guatemala, premió el rey de España con un escudo de armas. (Herrera, Déc. 4, lib. 4, c. 2). Ixtlilxochitl dice (Cruantés Horribles des conquerants de Mexique, etc., en la coleccion de Ternaux-compans, t. 8, pag. 118), que varios texcocanos

ta infantes españoles y gran número de aliados el 30 de Octubre de 1521, los cuales todos, despues de pasar revista en Tepeaca y de haberse unido con otros indios amigos del mismo pueblo, se internaron en las mixtecas de Oaxaca. El camino no debe haber estado muy despejado de enemigos, pues tuvieron que combatir reciamente dos ó tres veces ántes de llegar á Huaxyacac.

Ixtlilxochitl dice en general que algunas de las tropas de su cargo fueron enviadas en socorro de Tepeaca, Itzocan y de muchas otras villas dependientes de Tezcoco, contra las de los reinos de la Mixteca, de la Zapoteca, de Huaxyacac, sus vecinos, que les hacian mucho mal. Como éstas eran muy valientes se libraron tres batallas. Un gran número de combatientes perecieron de una y otra parte; mas al fin Huaxyacac y una gran parte de la provincia mixteca fueron conquistadas." [1]

Se ignoran muchos de los pormenores de esta campaña, conservándose la única tradicion de que una de las más reñidas batallas se dió en un punto fuerte del famoso rio de San Antonio. A Oaxaca llegaron á fines del mismo año. [2]

se dirigieron á Tehuantepec y otras provincias con el fin de someterlas á los españoles, y que "con ellos fueron tomando diversos caminos, encargados por Cortés de reconocer el mar del Sur." Lo mismo dice Chimalpain. (Hist. de la conq. de Hernando Cortés, t. 2, pág. 89).

1 Voyages, Relations et memoires, etc., par Ternaux-compans, t. 8, pág. 118.

2 Algunos han creido que los españoles llegaron á Oaxaca el 7 de Julio de 1522, dia de San Marcial, elegido por esta causa patron de la ciudad, y en cuyo dia se paseaba por las calles solemnemente el pendon real. Esta ceremonia recordaba el dia en que se comenzaron á repartir solemnemente solares en el aplazamiento de la antigua Huaxyacac, para la fundacion de la ciudad que los españoles llamaron "Guajaca;" pero que no fué el siete de Julio la entrada de los conquistadores, se ve claramente en las cartas de Cortés. En la que dirigió á Cárlos V con fecha 15 de Mayo de 1522, dice: que "Pedro de Alvarado se

El 25 de Diciembre celebraba el cabildo eclesiástico de Oaxaca una funcion religiosa, concurriendo formado en cuerpo á San Juan de Dios en recuerdo de haber sido éste el dia del ingreso de los españoles en aquella ciudad.

El ejército invasor se detuvo á la márgen derecha del Atoyac, en el lugar que ocupa el pueblo de Santa Anita, y debajo de un árbol de huajes, el sacerdote clérigo Juan Diaz, que acompañaba á las tropas expedicionarias, celebró la primera misa que se dijo en Oaxaca, oyéndola los soldados que estaban acampados en el sitio. Los mexicanos que estaban de guarnicion en Huaxyacac, se retiraron á Peñoles, llamado así hasta la fecha por los españoles, á causa de seis peñoles defendidos por la naturaleza y bien fortificados por el arte, en que hicieron rostro á los invasores.

El primero de estos peñoles, llamado Itzquintepec, era un campo cerrado por un muro de cal y canto de una legua de circuito, que no pudo salvar Francisco de Orozco. En este campo habia mexicanos y mixtecas, que á ser vencidos, contaban con otras cinco fortificaciones en que se hubieran sostenido mucho tiempo. Pero no tenian certidumbre del estado en que se encontraba el resto de la nacion. Así pues, hicieron proposiciones á Orozco, á fin de enviar comisionados á Cortés para tratar con él, comisionados que con este pretexto deberian pedir instrucciones al señor de las mixtecas é inspeccionar la tierra. Orozco

partió de esta cuidad (Cuyoacan) al último de Henero de este presente año," á pacificar la provincia de Tututepec que aún permanecia sin conquistar. Esta expedicion se determinó, entre otras causas, porque el teniente de "Segura de la frontera" habia escrito que las tropas de su mando no tenian ya objeto, porque "á la provincia de Guaxaca la tenian ya pacífica:" así es que Alvarado deberia recoger las tropas de Orozco y marchar con ellas á la conquista de Tututepec. Es claro, pues, que el último de Enero estaba pacificado el valle de Oaxaca, y que por lo mismo, su entrada no pudo haberse verificado el 1º de Julio. (Cartas citadas, pág. 314.)

hubiera querido sojuzgar por la fuerza el campo enemigo; mas en la imposibilidad de hacerlo, pues muchos dias habian pasado y los indios permanecian invencibles, consintió en que saliesen los comisionados que se desempeñaron en pocos dias, regresando con tristes noticias. México estaba en verdad destruido; Cortés concedia la paz. El señor de los mixtecas daba su mandato para que se rindiesen, en virtud de que los oráculos habian declarado que aquellos extranjeros serian los dominadores de la tierra, y seria inútil por lo mismo el derramamiento de la sangre. Admirable es en verdad la prontitud con que estos indios se sometieron á las determinaciones conocidas de lo alto.

Los mixtecas, que habian combatido á los españoles en el rio de San Antonio, quisieron sin embargo continuar las hostilidades en Oaxaca: recogieron sus tropas esparcidas, sin exceptuar las que estrechaban á Cosijoesa en el cerro de María Sanchez, y las situaron convenientemente en la cumbre del Alban. [1] La guerra se hubiera prolongado por largo tiempo, á perseverar los mixtecas en su propósito; mas el rey de Achiutla, sériamente amonestado por los sacerdotes de sus dioses, circuló la órden de que cesasen los combates, pues tal era la voluntad del cielo. Los españoles ofrecieron á mixtecas y zapotecas reconocerles sus derechos y conservarlos en posesion de sus Estados respectivos, los indios depusieron sus armas, y Orozco pudo escribir á Cortés que aquella conquista, fácil en verdad, estaba consumada. Con los españoles vinieron algunos mexicanos en número de cuatro mil, que fijando su residencia en Huaxyacac, formaron los pueblos de el Marquesado, San Martin y San Juan Chapultepec, Xochimilco y Tepeaca, del señorío del marqués del Valle.

1 Burgoa dice que los mixtecas de Cuilapan intentaron la resistencia, que no se llevó á cabo por la causa que se expone.

CAPITULO XI

PRINCIPIO DEL GOBIERNO ESPAÑOL EN OAXACA.

1. Conquista de Tututepec.—2. Prision y muerte del cacique.—3. Se funda y se despuebla la Villa de Segura.—4. Primeros pobladores españoles de Oaxaca.—5. Cortés la manda despoblar.—6. Los mijes resisten con éxito á los españoles.—7. La rebelion se hace general.—8. Crueldades de los indios.—9. Campaña de Chirinos.—10. Primer viaje de Cortés á Oaxaca.—11. En Tehuantepec hace bautizar á Cosijopii: se construyen algunas embarcaciones.—12. La Villa de San Ildefonso.—13. Hostilidades de los mijes.

1.—Francisco de Orozco habia dado por terminada la campaña de Oaxaca demasiado pronto. Es verdad que la influencia de los sacerdotes de Achiutla habia desarmado á los mixtecas del Valle; es verdad tambien que los zapotecas jamás habian intentado resistir á los españoles; pero quedaba el rey de Tututepec, quien ménos dócil ó más incrédulo, léjos de seguir el ejemplo de los otros caciques, perseveraba obstinado en sus hostilidades, haciendo á Tehuantepec el mal que podia, miéntras por otra parte amenazaba á los conquistadores. Cosijopii dió comision á algunos de los suyos para que llevándole un presente de oro á Cortés, [1] le representasen los perjuicios que recibian sus

1 "El Señor de Tecoantepec embió un presente de oro, plumeria y armas, ofreciendo su persona y estado al servicio del rey de Castilla y no

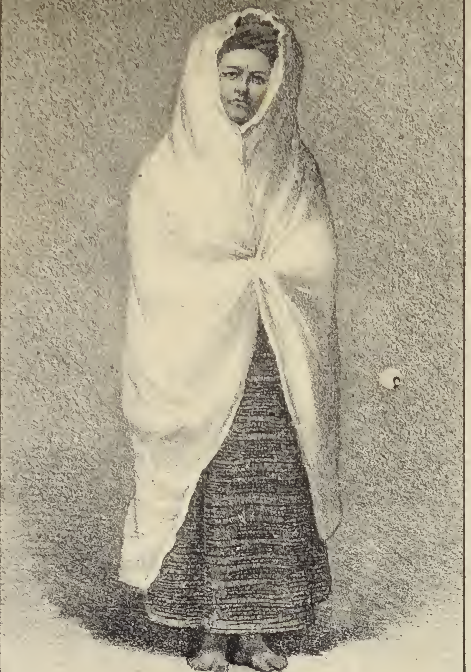
súbditos de los tututepeques, precisamente por causa de la amistad que los ligaba con los españoles, pidiendo en consecuencia tropas, que unidas con las suyas, fuesen suficientes á repeler las incesantes agresiones de aquellos enemigos. [1] Cortés hizo confianza para esta guerra, que no creia despreciable, de Pedro de Alvarado, quien el 31 de Enero de 1522 salió de Coyoacan con treinta y cinco caballos y ciento ochenta infantes. En Oaxaca se le unieron algunos otros, formando un total de cuarenta caballos y doscientos infantes, en que habia cuarenta escopeteros y ballesteros y dos tiros pequeños de campo, sin contar con los indios auxiliares. [2] Por el 20 de Febrero escribió Alvarado desde Oaxaca que con estas fuerzas se ponia ya en marcha para Tutusatepec, avisando que por ciertos espías que habia cogido, sabia que los enemigos le esperaban con resolucion de combatir, pero que él haria grandes esfuerzos para someterlos. Acompañaba al ejército el sacerdote Fr. Bartolomé de Olmedo, religioso mercedario que Cortés habia traido de Cuba y que le prestó durante la conquista, con sus prudentes consejos, importantes servicios. El 4 de Marzo entró Alvarado en Tututepec [3] y segun informaba á Cortés en carta que le dirigió, no habia sostenido una gran lucha, pues tres ó cuatro pueblos que intentaron resistirle, habian desistido brevemente. El rey, con los principales de su corte, se ade-

mucho despues pidió gente castellana y caballos contra el de Tututepec." (Herr. D. 3, l. 3, cap. 17).

1 Cartas cits. de Cortés, pág. 314. Bernal Diaz cuenta toda la campaña en el cap. 161.

2 "Demas de los españoles llevaba mucha y buena gente de guerra." (Cart. p. 314).

3 Cortés dice que ese dia recibió la carta de Alvarado, dándole á conocer su entrada en Tututepec; pero es probable que el 4 de Marzo fuese la fecha de haberse escrito la carta, pues no habia tiempo suficient para hacer la conquista y escribir, etc. Bernal Diaz dice que tardó Alvarado cuarenta dias en llegar á Tututepec.





Indias Mistecas

lantó á recibir á D. Pedro, conduciéndolo á su palacio, que era espacioso y bello, en donde le dió hospedaje, lo mismo que á todos sus soldados.

2.—Cerca de la habitacion del rey estaba el templo de los dioses, y en torno se agrupaban las casas del vecindario, cuyos techos eran todos de zacate, y se hallaban tan cercanas unas de otras, que justamente se podia temer un incendio. El P. Olmedo, que habia hecho estas observaciones, las comunicó inmediatamente á D. Pedro de Alvarado, advirtiendo el grave riesgo á que estaban expuestos, pues con la más pequeña diligencia, cuando los viesen descuidados, los indios podrian rodearlos de llamas poniendo fuego á sus casas, y combatirlos al mismo tiempo, destruyéndolos con tanta más facilidad, cuanto que en la quebrada loma que servia de asiento al pueblo, las caballerías serian inútiles del todo: buscó el mismo religioso un lugar más á propósito fuera de poblado y condujo allá á los españoles. El rey siguió á su campo á D. Pedro de Alvarado, proveyó de abundantes víveres á los invasores y al capitan obsequió con cantidad considerable de oro. Esta generosidad fué la ruina del cacique. Despertada la codicia de Alvarado con aquella muestra, exigió mayores sumas, que el rey satisfacia con diarios y cuantiosos dones. Pero la sed de oro era insaciable en Alvarado. Desde Coyoacan habia pensado enriquecerse en Tututepec, pues segun los informes de los tehuantepecanos, poseia este pueblo ricas minas y sus caciques eran dueños de inmensos caudales y de joyas de valor inapreciable. Entre otras cosas, Alvarado mandó que le hiciesen unos estribos de oro semejantes á otros que llevaba, siendo al punto obedecido. Ya en Oaxaca, habia reunido cinco ó seis mil pesos de oro, segun se decia, aperreando á los señores de la tierra, es decir, azuzando á sus perros feroces para que despedazaran á los indefensos indios, obligándolos, para evitar la muerte, á dar cuanto oro tenian;

en Tututepec se valió tambien de este medio bárbaro para conseguir que el desgraciado cacique le diese el oro suficiente para fabricar una cadena con que tener sujeto su caballo. Crecida fué tambien la cantidad de perlas y joyas que reunió.

Cortés dice en sus cartas que llegaron á montar las dádivas del rey á veinticinco mil castellanos. Lo mismo asegura Herrera, y sin duda fué esta cantidad la que Alvarado confesó haber recibido y que entregó á Hernando Cortés, segun las prevenciones relativas que este general habia hecho. [1] Bernal Diaz dice, que el dinero obtenido entónces, subia á más de treinta mil pesos, y el mismo Alvarado declaró en su proceso haber quintado treinta mil pesos de oro. [2]

No satisfecho aún, aherrojó entre cadenas al infortunado cacique, [3] quien se indignó en términos de perder la salud.

1 Cortes le escribió "que todo el oro que pudiese haber, que lo truxese consigo para enviar á su Magestad, por causa que habian los Franceses lo que habian enviado con Alonzo de Avila é Quiñones, é que no diese parte de ello á ningun soldado." (Bernal Diaz, cap. 161).

2 Ramirez.—Proceso de Alvarado.

3 En el diccionario de Historia y Geografía, t. 10, artículo "Vazquez de Tapia," se lee: "XIII. A las treze preguntas dixo que lo queste testigo sabe desta pregunta es que andando vecytando ciertos pueblos en la comarca de Guaxaca los Señores de los dichos pueblos se le quejaron á este testigo diziendo quel dicho Alvarado avia aperreado algunos dellos especialmente en el pueblo de Cuscatlan que todos ellos desian que le havian dado oro é que en un pueblo que se dise Yutepeque le avia mandado faxer una taza é otras ciertas joyas de oro é este testigo vido un rétulo escrito en la pared que dezian aqui estuvo el criado Dalvarado haziendo ciertas joyas de oro é que es publico que en Guaxaca le dieron mucho oro é que se pasó á poblar á Tututepeque á donde cada dia le daban dos ó tres tejuelos de oro que pesaban á cincuenta pesos syn otra mucha cantidad de oro que le dieron."

Hazañas semejantes habia hecho ántes Alvarado, como se ve por la respuesta referente á la pregunta X, en las mismas declaraciones de Bernaldino Vazquez de Tapia citadas y que se contiene en es-

El pretexto que tomó para este procedimiento indigno, fué la previsora presuncion del religioso Olmedo, que Alvarado quiso hacer pasar por realidad. Fr. Bartolomé de Olmedo quiso apartar á los suyos prudentemente de un peligro, haciéndolos acampar fuera de poblado, pues no era indiscreto pensar que los indios procurasen librarse de sus enemigos por un incendio tan fácilmente practicable; pero esta prevision, bastante por sí sola para precaver males posibles, no lo era para imputar semejantes intentos al cacique, ni ménos para proceder contra él como si realmente fuese culpable. Bien habria podido el rey combatir á los españoles dentro ó fuera de Tututepec; pero nada indicaba que abrigase tal designio: ni se habia manifestado contrariado por las medidas de Alvarado ni habia dejado de proseguir, sin recelo, cultivando su amistad. Ixtlilxochitl, que asegura haberse hallado en esta campaña con sus tropas, cuenta que él advirtió y previno la traicion de los tututepeques. Cortés dice, que Dios habia descubierto la trama de los indios. Bernal Diaz dice, que los tehuantepeques sugirieron esa

tos términos: "X. A la decima pregunta dixo que sabe este testigo quel dicho Alvarado estando de Teniente en la Veracruz algunos mercaderes que allí estaban hazia que les diese fiadas algunas mercaderias é á menos precio pero que no sabe si lo pagó é que sabe que el dicho Señor de Pápalo siendo cristiano tenian aquellas dos yndias hermosas é supo este testigo que le tomó la una la cual vido en su casa é que no contento con avelle tomado aquella oyó decir muy público que le avia tomado la otra é quel dicho Señor de Pápalo siendo el primero que en estas partes se habia tornado cristiano é el mayor amigo de los cristianos visto el grande agravio que se le hizo de enojo fué público que murió." Así fué cómo los chinantecas tuvieron pronto la recompensa de su adhesion á los españoles. Al ver tales infamias, se ve cualquiera obligado á confesar que tenia razon el célebre Las Casas, cuando á la muerte de Alvarado exclamaba con la vehemencia de su carácter: "¡Oh cuántos huérfanos hizo, cuántos orbó de sus hijas.... y plega á Dios que del haya avido misericordia, y se contente con el mal fin que al cabo le dió!"

infundada sospecha, lo que no es increible, puesta su ave
sion á los tututepecanos; pero él mismo agrega que "otr
españoles de fé y de creer, dixeron que por sacalle much
oro, é sin justicia murió en las prisiones" (el cacique). L
verdad es que no habia la menor apariencia que justifica
las sospechas de Alvarado, puesto que él mismo escribe
Cortés, que "toda la provincia estaba tan pacífica que
podia ser más, y que tenian sus mercados y contratacio
como ántes; y que la tierra era muy rica de minas de o
y que en su presencia le habian sacado una muestra,
que tres dias ántes habia estado en la mar, y tomado
posesion de ella, y que en su presencia habian sacado u
muestra de perlas," la cual fué remitida á España.

Pero ni la inocencia ni el oro del rey, lo libró de la p
sion. El P. Olmedo acudió al lado del cacique, cuando s
po su desgracia, para consolarlo y animarlo; mas sus d
ces palabras no fueron bastantes á impedir que la indign
cion abreviase los dias del preso, que murió de ira y d
pecho.[1] El señorío quedó en el hijo del cacique, el cu
estando bajo el poder de Alvarado, sufrió mayor despo
que su padre.

3.—Se fundó una villa á que se dió el nombre de "S
gura de la Frontera," porque la mayor parte de sus veci
habian pertenecido á Tepeaca ó "Segura de la Fronte
y se dieron á éstos en repartimiento los pueblos de la com
ca. Las poblaciones que se encomendaron entónces fue
Oaxaca, Coaixtlahuac, Coatlan, Tlaxiaco, Jalapa y o
vecinas.[2] Alvarado pensó entónces en volver á Méx
rico por los despojos de los mixtecas; pero los soldados
se avenian con esta determinacion, pues quedaban pr

1 "No bastó para que no se muriese encorajado é de pesar." (B
Diaz, c. 261).

2 Cortés, cartas citadas, pág. 334.

los de la parte del botin que juzgaban les correspondia, y en la imposibilidad de lograr nada por representaciones pacíficas, que habian repetido infructuosamente, hubieron de resolverse al fin á matar al capitan y á sus hermanos.

No habian dejado ellos tambien de enriquecerse al ejemplo de su general. Alvarado dijo en su proceso, que despues de fundada la villa, nombrados regidores y alcaldes y hechos los repartimientos de costumbre, los indios "daban oro á sus amos como suelen hazer." [1] Además, Alvarado remitió á México con su hermano Jorge cuarenta mil duros que deberian repartirse á sus soldados. Estos, en fin, no han de haber guardado una conducta ejemplarmente moderada, siendo increible que cuando su capitan, al decir de Francisco Verdugo, [2] "hazia armar los tiros de fuego é poner á la boca quatro ó cinco indios é fazia que pusiesen fuego á los dichos tyros é mataba los dichos indios que allí estaban con el dicho tyro," los soldados respetasen tanto las propiedades del pueblo conquistado que no hubiesen tomado algunos de aquellos "tejuelos de oro que pesaban á cinquenta pesos," dos ó tres de los cuales regalaban los tututepeques á D. Pedro de Alvarado cada dia. [3] Nada de esto, sin embargo, los satisfacia, y mal contentos de su fortuna, se enfurecian contra el general que á su juicio se apropiaba indebidamente lo que con todo derecho les pertenecia.

Alvarado supo lo que se trataba por el P. Olmedo, á quien descubrió toda la trama uno de los soldados complicados, llamado Trebejo. Como recibió la noticia en medio de una partida de caza que seguia con algunos de los conjurados, de pronto disimuló, y fingiéndose acometido por dolor de costado, regresó á su habitacion, desde donde por medio de los alcaldes y alguaciles y de sus dos hermanos, Gonza-

1 Respuesta al cargo XIV.

2 Uno de los testigos que declararon en el proceso citado, pág. 15.

3 Declaracion de Bernaldino Vazquez de Tapia, pág. 39.

lo y Jorge, aprehendió á los más culpables, ahorcando á dos, que se prepararon á la muerte cristianamente, recibiendo los auxilios espirituales del P. Olmedo.

Alvarado encontró bastante rico é importante al pueblo de Tututepec para tomar el señorío de él, que le concedió Cortés en un diploma fechado el 24 de Agosto de este mismo año de 1522, concebido en los términos siguientes: "*Cédula de deposito para Pedro de Alvarado de los pueblos Tututepe é Xalapa é otros pueblos.*—Por la presente se deposita en vos Pedro de Alvarado vezino de la Villa de Segura la Frontera los Señores y naturales de los pueblos de Tututepeque con Quizquitali y Apichagua y Chacaltepeque y Centepeque y Teteltongo y Chila que le son subjetos y el Señor y naturales del pueblo de Xalapa para que os syrvai dellos é os ayuden en vuestras haziendas é granjerias conforme á las ordenanzas que sobresto estan hechas é se harán é con cargo que tengais de las yndustrias en las cosas de nuestra Santa fee cathólica poniendo para ello la vigilancia é solicitud posyble é necesaria fecha á XXIV de agosto de MDXXII años—*Hernando Cortez*—Por mandado del capitan general mi señor—*Alonso de Villanueva.*"

No léjos del pueblo se hizo adjudicar un fértil terreno conocido entónces con el nombre de "La viuda," [2] nombr persona de confianza que en su nombre gobernase el pueblo de Jalapa, repartió entre sus principales amigos algunos otros pueblos, como ya se indicó, y además envió españoles que recorriesen la tierra y la reconociesen en varias direcciones: algunos de ellos fueron recibidos á pedradas en el pueblo de Astata, teniendo que retroceder á toda prisa para no morir. Con este pretexto, Alvarado recorrió con parte de sus tropas los pueblos de la costa, llegan

1 Proceso de Alvarado publicado por D. Fernando Ramirez, pág. 17

2 Id. Declaracion de Guillen de Laso, pág. 121. Tal vez sean los terrenos conocidos aún con el nombre de "Llano de la viuda."

do hasta Tehuantepec, poblacion que Cortés se habia señalado en encomienda. Se dijo que Cosijopii, á quien los mexicanos llamaron *Xolo*, le habia obsequiado con diez cargas de oro, prometiéndole cuanto quisiese si le entregaba al cacique de Jalapa que se le habia insubordinado; tambien se dijo que habia puesto en el tormento al cacique de Jalapa, á su hermano y á una hermana para arrancarles su oro [1] y que no habiéndolo conseguido, asoló á Jalapa dando muerte á más de veinte mil indios; pero Alvarado negó estos hechos, ni se ven en su proceso enteramente comprobados. Es cierto que hallándose en Tehuantepec cuatro españoles que de Soconusco volvian á México cargados de riquezas, dieron en manos de los chontales, indios cerriles que aun no habian sido conquistados: perdieron cuanto llevaban, quedando uno muerto y salvándose los otros tres heridos en Jalapa, desde donde dieron á D. Pedro de Alvarado aviso de su adversidad. Cosijopii puso á las órdenes de Alvarado veinticuatro mil guerreros con los que, y sus españoles, se resolvió á franquear este general las fronteras enemigas. Supongo que el pueblo acometido en esta ocasion fué Tequisistlan, el más adelantado de los chontales hácia Tehuantepec, y aun el único que tenia cierta forma y organizacion política, por existir allí un destacamento destinado desde tiempos antiguos á hostilizar continuamente á los zapotecas del istmo, viviendo los demás esparcidos en las agrias serranías de la Chontalpa. Alvarado cuenta de este modo la batalla:

"Me estavan esperando en el campo é tenian consigo todo lo que avian tomado á los españoles é como llegué á ellos tenian en el campo una arvoleda grande contrafecha é en ella una gran celada de yndios de guerra é los questaban fuera hazian muestra á fin que osase llegar donde estava é no volviese huyendo por ver tanta gente é espere

1 Declaracion de Alonso Monillo, en el proceso citado, pág. 48.

la gente de pie de mi capitania y estandola esperando los dichos yndios questaban fuera de dicha arvoleda me acometieron á mi é á toda la gente que conmigo estava é de la primera flecha que tiraron me hirieron en la frente é me dieron tanta priesa que ni me aprovechava requerilles ni dejalles de requerir é tove por prencipal remedio romper por ellos é andando asy travados salieron en socorro de los dichos yndios los de la celada questava en la arvoleda é pusyeron nuestras personas en mucho peligro é heridos muchos de los españoles plugo á Nuestro Señor que los vencimos." [1] Entre otros españoles, Cristóbal Flores, García del Pilar y Alonso de Ojeda, sacaron graves heridas, viéndose Alvarado á la muerte de la que recibió en la frente. De la Chontalpa fué cogido prisionero un capitan, con lo que Alvarado dió por pacificada esta nacion, que permaneció tan indómita como ántes.

Alvarado regresó á México con todos sus tesoros. Los vecinos de Segura debieron añadir á la privacion de su parte en los despojos de Tututepec, las incomodidades de un clima caluroso en extremo, poblado de mosquitos, de chinches voladoras y de sabandijas venenosas, tan enfermizo, que los que no sucumbieron á graves y extrañas dolencias, se vieron bastante cercanos al sepulcro, y en fin, poco productivo, pues de sus encomiendas no se prometian grandes ventajas. Se reunieron en cabildo los alcaldes y regidores y concertaron despoblar el lugar, como se verificó, derramándose los vecinos por Tehuantepec, Guatemala y otras partes. De esta dispersion salieron Juan Cedeño y Hernando de Badajoz, [2] primeros pobladores de Oaxaca, á donde se dirigieron con la mayor parte de los fugitivos de la costa.

1 Descargos de Alvarado en el proceso citado, pág 75.
2 Así lo dice D. Antonio de Herrera, Déc 3, l. 3, c. 17.

4.—Es probable que muchos hubiesen tenido ántes el pensamiento de fijar su residencia en el valle zapoteca; pero fué en esta época cuando la villa española de Oaxaca se erigió formalmente con nombramiento de alcaldes y regidores que hiciesen cuerpo de república, aunque sin autorizacion del rey de España, que se obtuvo hasta 1526. Sensible es la pérdida del archivo de la ciudad, pues de él se hubieran obtenido preciosas noticias históricas del mayor interes para Oaxaca. En una de las últimas revoluciones [1] hubo personas bastante bárbaras que se ensañaron contra los amarillentos manuscritos del ayuntamiento, creyendo acaso prestar, con el acto heróico de destruirlos, un servicio importante á su patria. Yo ví el libro que contenia la fundacion de la ciudad y las primeras actas de su ayuntamiento, circulando en las manos de la ínfima plebe, pero no me fué posible adquirirlo. Así es tambien cómo de los archivos eclesiásticos han desaparecido documentos preciosos. Quisiera decir cómo se hizo el reparto de los solares y quiénes fueron los primeros pobladores de Oaxaca. En la imposibilidad de hacerlo, señalaré siquiera algunos nombres recogidos de aquí y de allí en los libros y en los manuscritos.

Además de Juan Cedeño y Hernando de Badajoz, ya mencionados, se deben contar otras cien ó ciento veinte personas establecidas en Oaxaca, pues ya se ha dicho que la mayor parte de los vecinos de Segura en la Costa chica se trasladaron al valle. Todos eran soldados y pocas ó ningunas mujeres españolas parece que andaban entre ellos, pues muy escasas eran en número las que venian de la península, y éstas se dirigian á México. Posteriormente, creció este número con motivo de la guerra de los mijes y otras que se suscitaron, por causa de las minas que se buscaban con el mayor interes y porque en las revueltas de México,

1 Si no me engaña la memoria, fué cuando la invasion francesa.

que se habia dividido en bandos durante las ausencias de Costés, muchos de los perseguidos se ponian á salvo entre los zapotecas, siendo entre éstos personas notables Avila, Hurtado de Mendoza y Francisco de las Casas, que en sus adversidades buscaban un abrigo en Yanhuitlan. Rodrigo de Paz se preparaba tambien poco ántes de su muerte á marchar á Oaxaca; pero sus enemigos no le dieron tiempo; como él, otros muchos, para librarse de la tiranía de Salazar y Chirinos, se escondieron en Oaxaca tan perfectamente, que no fueron hallados sino cuando se restableció la paz; por el regreso de Cortés, y por otros motivos, la poblacion de Oaxaca fué aumentando de modo que al verificarse la ereccion con autoridad del rey, se podian contar quinientas familias, todas, segun dice Burgoa, de sangre pura sin mezcla de africanos, de judíos, ni de turcos. Este fué el núcleo que desarrollado con el trascurso de los tiempos por generaciones sucesivas, formó la ciudad de Oaxaca como existe en la actualidad.

Francisco de Orozco se retiró á Tepeaca, pues era teniente de allí al dirigirse Alvarado para Tututepec; sin embargo, posteriormente debe haber regresado para Oaxaca pues la generalidad lo pone como uno de sus primeros vecinos. Gutierre de Badajoz, regidor que habia sido de Tepeaca y alcalde en Tututepec, Juan de Burgos y dos soldados que se conocian con los nombres de "Guinea" y "San Miguel" y que fueron el uno repostero y el otro despensero de Cortés en su viaje á Honduras, se establecieron entónces en Oaxaca. Otros dos soldados que habian perdido cada uno un ojo en el sitio de México, fueron igualmente de los primeros pobladores: se llamaban Roman López y N Ojeda. Lorenzo Genovés, marido de una portuguesa de crecida edad. Un Ochoa, vizcaino, hombre rico y preeminente. Un Tarifa, casado con Catalina Muñoz. Un Aztorga anciano ya. Francisco Flores, persona muy noble, y Gonzalo Dominguez, tan esforzado, que se le nivelaba con Cri

tóbal de Olea, el que salvó á Cortés: era de rostro alegre, de conversacion insinuante y de un cuerpo bien proporcionado: murió en Tehuantepec por efecto de una caida del caballo. Matías de la Mesquita, encomendero de algunos pueblos del istmo, y dueño de algunos terrenos que luego cedió á los dominicos de Tehuantepec y que por su nombre se llamaron la "Mexquitana." [1] Juan Núñez de Mercado, que segun algunos fué el primero que entró á pacificar Oaxaca, tal vez en compañía de Francisco de Orozco. Francisco de Alvarez, Hernan Juarez de Mazuelos, Gaspar de Vargas, Martin de la Mesquita, encomendero de Zimatlan, y Gerónimo de Salinas, que obtuvo despues la misma encomienda; Alonso Ruiz, encomendero de Ozolotepec, y Gregorio de Monjarraz, de Miahuatlan; Hernando de Aguilar, Cristóbal de Chavez, persona importante, que desempeñó el corregimiento de Villa–alta, un Juan Antonio, encomendero de la mitad de la nacion guatinicamame, y Bartolomé Sanchez, encomendero de Coyotepec. [2]

Francisco de las Casas, hidalgo de Estremadura y pariente de Cortés, en recompensa de haber traido de España las provisiones reales en que se conferia á éste el gobierno de México, recibió la encomienda de Yanhuitlan. Gozó poco tiempo de su encomienda, pues por el año de 1524 fué en persecucion de Olid, por comision de Cortés, en compañía de Juan Núñez de Mercado. Al año siguiente regresó á México por Oaxaca, mas no se detuvo en su eucomienda. Por causa de las persecuciones que sufrió se refugió algunos dias en la mixteca; pero habiendo sido descubierto, fué llevado á México y luego embarcado para España: durante la navegacion naufragó en la costa Fayel, pero no murió, pereciendo solo el navío. [3]

1 Burgoa, 2ª part., cap. 74.
2 Crónica de San Diego.
3 Historia de tres siglos, por el P. Cavo y Torquemada.

El pueblo de Guaspaltepec sufrió varios cambios en el trascurso de pocos años. Su primer encomendero fué Gonzalo de Sandoval. Nuño de Guzman lo dió á Rodrigo de Albornoz; mas á poco se quitó á éste el repartimiento al ser removida la audiencia de que el primero fué presidente. D. Martin Cortés, hijo de Doña Marina, parece que fué tambien encomendero de la mixteca, y á otras dos hijas bastardas del conquistador se repartieron los pueblos de Chinantla, [1] Más adelante se hará mencion de otras personas; al presente se ha querido solamente dar una idea del modo con que se iba organizando lo que es hoy el Estado de Oaxaca.

5.—El consejo de despoblar la costa no fué aprobado por Cortés, quien mandó procesar á los autores y los sentenció á muerte; no se llevó á cabo la pena por intervencion del P. Olmedo que suplicó se conmutase en otra ménos cruel: fueron desterrados. El juez pesquisador enviado por Cortés fué Diego de Ocampo.

Al proceder jurídicamente contra los vecinos de Tututepec, Cortés habia tenido un segundo designio próximamente relacionado con sus personales intereses. Los cuarenta mil pesos conducidos á México por Jorge de Alvarado para repartir entre los conquistadores del lugar, de que el mismo Cortés habia dispuesto en su totalidad segun algunos, le habian dado á conocer la riqueza de un pueblo que quisiera él solo disfrutar. Habia cometido el desacierto de mandarlo poblar, poniéndolo en manos de Pedro de Alvarado y de sus tropas; mas ya que éstas por su voluntad lo habian desamparado, conveniente creyó hacer constar judicialmente el hecho, para que los imprudentes vecinos no tuviesen despues lugar de arrepentirse. Muchos, en efecto, conocieron despues su yerro y acusaron á Cortés

1 Bernal Diaz, cap. 204.

ante la audiencia de México, de que habia despoblado á Tututepec para cogérselo; pero Gutierre de Badajoz, que parece más bien informado y verídico, en el proceso que se sustanció por esta y otras causas, cuenta en estos términos lo acontecido: [1] "Estando asy poblados *(en Tututepec)* porque la tierra era doliente é los naturales della no querian servir á los vezinos se yva cada uno por su parte acordó el dicho cavildo de elegir un alcalde é lo eligió de pedimento de todo el pueblo para que asy elegido remediase como no muriesen de hambre é que eligieron á este testigo *(Gutierre de Badajos)* é queste testigo por que le parescio mejor tierra la dicha Guaxaca se fué á ella con todos los vezinos lo qual sabido por el dicho D. Fernando Cortes enbió luego á Diego Docampo por pesquisador é sobre todo se fizo un proceso al qual se remite este testigo." Lo mismo sustancialmente cuenta Cortés en sus descargos. [2] Este capitan se atribuyó, en efecto, la encomienda de Tututepec, que solo ella le producia cincuenta pesos diarios, de modo que en cierta ocasion Rodrigo Rangel pudo entregarle catorce mil pesos de lo que habia recogido en este pueblo. [3]

Que Hernando Cortés hubiese deseado la despoblacion de Tututepec, para apropiarse tan rica encomienda, está muy léjos de ser increible, puesto que con igual designio habia mandado ya una vez despoblar lo que es hoy la ciudad de Oaxaca. Parece que al principio el pueblo de *Huaxyacac* fué señalado con Coatlan, Tehuantepec y otros para el rey de España. Poco despues de ocupado por las tropas de Francisco de Orozco, "los conquistadores que allí se

1 Sumario de la residencia tomada á D. Fernando Cortés, gobernador y capitan general de la Nueva España, t. 2, pág. 291.

2 Pueden verse en los tomos 27 y 28 de la Coleccion de documentos inéditos de Indias.

3 Cortés no desmiente tales aseveraciones; se disculpa con los crecidos gastos que hacia en servicio del rey. (Doc. inéd. de Ind., t. 27).

hallaron enviaron á esta dicha Cibdad fasta ocho ó nueve mill castellanos de oro los quales se tomaron por mandado del dicho D. Fernando para dar á Juan de Rivera é Alonso Dávila é Quiñones que yvan por procuradores á Castilla é que dellos no ovieron parte los conquistadores que los ganaron é que lo sabe este testigo [1] por que á la sazon que pasó lo suso dicho fué público é notorio en esta dicha cibdad é vido este testigo quexarse algunos de los conquistadores que avian sido en ganar el dicho oro." Algunas otras pruebas tenia de la riqueza de la tierra, por lo que tuvo por conveniente disfrutarla solo, sugiriendo á los compañeros de Orozco el pensamiento de preferir Tututepec para la villa que pensaban fundar. Con el mismo intento ántes habia repetido sus órdenes á Orozco, mandándole volviese con sus tropas á México, y no habiéndolo conseguido, determinó la jornada de Pedro de Alvarado, á quien debian unirse los soldados de Oaxaca. Gutierre refiere tales acontecimientos de este modo:

"Despues de ganada esta cibdad *(México)*, se pobló la villa de Segura de la Frontera ques en la provincia de Tepeaca que antes avia fundado enombró á este testigo por regidor della é este testigo é otros fueron á poblar é resydir á la dicha villa é estando é resydiendo en la dicha villa el dicho D. Fernando Cortez escrivio una carta al cavildo de la dicha villa diciendole que mudasen de alli la dicha villa é la pasasen á Guaxaca por que hera mejor tierra é que asy lo fisieron é estando en Guaxaca por que fué ynformado que la tierra era muy rica escribió una carta al dicho cabildo diziendole que no poblasen en la dicha Guaxaca syno que se fuesen á poblar á Tutepeque donde estaba Pedro de Alvarado é que asy lo fiizieron é poblaron en el dicho Tutepeque." Refiere en seguida cómo este pueblo, á poco de fundado, se despobló, sobre lo que formalizó un proceso

1 Juan de Burgos. Residencia de Fernando Cortés, t. 1, pág. 153.

Diego de Ocampo, y luego agrega: "é despues de ydo el dicho Diego Docampo prendió á los regidores é los truxo á esta cibdad de cuya cabsa se despobló la dicha villa de Guaxaca queste testigo como alcalde avia hecho é el dicho D. Fernando Cortes se la tomó para sy é á la provincia de Tutepeque é se la á tenido é tiene." [1] Lo que Badajoz refiere aquí se encuentra confirmado por el dicho de otros varios testigos que declararon en su causa, siendo de notar que Cortés mismo, para justificarse, no niega el hecho, limitándose á exponer en su descargo, que Tututepec se habia despoblado sin su voluntad, y que Oaxaca no estaba erigida en villa por competente autoridad, [2] porque si bien algunas personas privadas dijeron "que allí querian morir é fazer villa," tambien era cierto "quen la Provincia de Guaxaca, nunca hobo villa poblada, ni nunca tal villa es mandado fazer." [3] Consta, pues, que en el espacio de dos años, con el nombre de "Segura de la frontera" la ciudad actual de Oaxaca fué poblada y despoblada dos veces: la una en el año de 1521, recientemente conquistada la provincia por Francisco de Orozco, y la otra, en 1522, despues que Juan Cedeño y Hernando de Badajoz, primeros padres de la patria, la fundaron con determinacion de morir en el lugar.

Si de los doscientos cuarenta soldados españoles que llevó á Tututepec Pedro de Alvarado, se descuentan los que se esparcieron en las mixtecas y en la costa, ya en busca de minas, ya en los repartimientos de los pueblos, en número aproximado de ochenta, y los setenta que el mismo capitan condujo hácia Tehuantepec, quedan poco más de cien personas que se establecieron entónces en la antigua Huaxyacac. [4] Este número se disminuyó de pronto muy considera-

1 Residencia de Cortés, t. 2º, págs. 291 y 292.
2 Doc. inéd. de Ind., t. 27, pág. 25.
3 Doc. inéd. de Ind., t. 27, pág. 241.
4 Residencia de Cortés, t. 1º, pág. 75.

blemente por la persecucion que á la nueva villa hizo Diego de Ocampo, poniendo en prision á su alcalde y regidores, quitándoles sus repartimientos, condenándolos á perder sus bienes y aun sentenciándolos á muerte, [1] pena que no se ejecutó porque el intento solo era de obligarlos á dejar el lugar. Cortés pudo darse por entónces por victorioso en su empresa: tomó para sí la Chinantla, Tehuantepec, Jalapa y todo el valle de Oaxaca, cuya villa española se tuvo como definitivamente abandonada. En ella, Cortés edificó casas y puso por su teniente y mayordomo de sus haciendas á su cuñado Juan Suarez, con el principal objeto de reunir tesoros y remitirlos á México. Sus acusadores dije- ron que este Juan Suarez ó Juarez, dió de palos y puso en cepo para arrancarle oro, á cierto señor de Oaxaca llama- do *Tacatecle;* [2] que con el cepo tambien castigó á otro quince caciques de la misma provincia de Oaxaca, por n haber pagado el tributo que se les impuso, [3] siendo este s principal interes y el trabajo de las minas, á que atendi preferentemente el célebre conquistador, cuidando poc de premiar á sus soldados, ni de enseñar á los indios la f de Cristo, aprovechando toda oportunidad para aumenta su fortuna; por lo que, habiéndose quejado el cacique d Cuicatlan de cuarenta y cinco muertes perpetradas por cacique de Teutila en indios de la cañada y en españole Cortés dejó impune tal delito por el concierto que celebra ba entónces con el segundo, de entregarle mil pesos d oro cada cuarenta dias, [4] manifestando tan poca religio que de las riquezas así reunidas no pagaba diezmo, pu por el de la Chinantla fué excomulgado en 1526, poco á tes de embarcarse para España. Tales imputaciones ac

1 Residencia de Cortés, t. 1º, págs. 75 y 157.
2 Residencia de Cortés, t. 2, pág. 36.
3 Id., t. 1, pág. 94.
4 Id., t. 2, págs. 137 y 282.

so hayan sido exageradas por el odio; pero no debe disputarse que tengan un fondo de verdad, pues es cierto que los conquistadores españoles buscaron por todas partes con avidez el oro, sin el que les habria faltado uno de los más poderosos estímulos en sus descubrimientos.

Cortés dió en encomienda el pueblo de Cuicatlan á Juan Tirado y Gonzalo de Robles. [1] Tututepec, que con Pochutla, Tonameca y Teposcolula, habia pertenecido sucesivamente á Pedro de Alvarado y al mismo Hernan Cortés, fué concedido á Gonzalo de Salazar, que sacó de allí más de quince mil castellanos: perteneció despues á D. Tristan de Arellano. [2] Jalapa, Tehuantepec y toda la Chinantla quedaron bajo el cuidado de mayordomos que las administraban en beneficio de Cortés.

Los indios de Tututepec, por haber recibido agravios considerables de los españoles, se rebelaron contra ellos luego que los vieron alejarse. Pedro de Alvado, con nuevas fuerzas, se dirigió á ellos, y aunque hubo varios encuentros y murieron algunos españoles, la tierra quedó pacificada. Los indios no se encontraron suficientes para continuar con éxito las hostilidades, y cedieron, esperando mejor oportunidad, que no tardó efectivamente en llegar. Cortés dió el señorío de Tututepec á un hijo del rey muerto en la prision, que Avarado habia llevado consigo á México.

6.—No acontecia otro tanto en la costa del Norte, en que los mijes y netzichus habian quedado siempre victoriosos en los diversos combates que habian dado resistiendo á los conquistadores. Desde la partida de Sandoval de la villa del Espíritu Santo, que poblaron sus soldados en Goatzacoalcos, los indios no habian cesado de hostilizar á los invasores, no limitándose á defender con vigor sus mon-

1 Idem, pág. 282.
2 Doc. inéd., de Ind., tom. 27, pág. 228.

35

tañas, sino descendiendo á la llanura y acometiendo al enemigo cerca de sus posiciones. El nervio principal de la guerra eran los mijes; mas con ellos se habian unido por un lado los zapotecas netzichus y por otro los zoques, extendiéndose la liga hasta el pueblo de Chiapas. Los castellanos, en esta lucha tenian que vencer, además del valor indomable de los indios, las dificultades que á cada paso les oponia la naturaleza, atravesando ciénegas y caudalosos rios en la llanura, y franqueando barrancos y cimas fortificadas en la serranía. Entre las últimas se distinguia el cerro de Quetzaltepec en el istmo, fortaleza que ya se habia hecho famosa en los tiempos de Moctezuma. Los españoles llevaban sus armas, ya en una direccion, ya en otra, trabajando sin descanso por reducir á los rebeldes, sin conseguirlo: las adversidades no eran escasas, y cuando despues de un asalto que disminuia en el número y causaba la muerte de muchísimos aliados, por fin era tomada una plaza, se tornaba ésta á insurreccionar, tan pronto como se veia libre de la presencia de sus enemigos. En la direccion de Chiapas adelantaron algo sus conquistas; de los mijes nunca salieron victoriosos; y como éstos, por la cercanía, los fatigaban extraordinariamente, creyéndose insuficientes para domarlos, pidieron socorro á Cortés [1] que lo envió efectivamente. Se dió el mando de esta expedicion á Rodrigo Rangel, recientemente llegado de la península, hombre inútil para la guerra pero que deseaba distinguirse por alguna gloriosa hazaña. Bernal Diaz dice que "estaba siempre doliente y con grandes dolores y bubas y muy flaco y las zancas y piernas muy delgadas, cuerpo y cabeza abierta." Cortés le hizo presente que aquellos zapotecas eran gente indómita, y que sus sierras no prestaban acceso, principalmente á las caballerías: insistió sin embargo en dirigir la campaña, y acompañado de Pedro de Ircio, Bernal Diaz y otros valien-

1 Bernal Diaz, c. 166.

tes capitanes, por mediados del año 1523, partió internándose en la sierra. Los que ya conocian los peligros de la comarca, llevaban harto temor de una sorpresa y descalabro como el de Briones; por fortuna los indios se limitaron esta vez á desamparar sus pueblos, escondiéndose en los bosques y quiebras, de manera que los españoles no encontraban séres vivientes en ninguna parte. Este género de guerra era cómodo para los mijes, que acostumbrados á la dureza de los montes, no se exponian á ninguna privacion, ni sufrian ningun daño del enemigo, que no encontrando sino raíces con que alimentarse, tenia forzosamente que alejarse. Y como á la vez llovia con abundancia, los estrechos caminos estaban intransitables por el lodo y Rangel no podia ya más con sus dolores, hubieron de volverse sin hacer cosa de provecho. [1]

El 8 de Diciembre del mismo año, salió nuevo socorro de México para combatir "á las provincias comarcanas á la Villa del Espíritu Santo," que no puede dudarse fuesen las mismas de los mijes y sus aliados. Eran estas fuerzas cien infantes, treinta caballos y dos tiros, que sirvieron para invadir Tabasco y Chiapas, empresa que pareció más fácil á Rangel, cuyas ridículas proezas describe extensamente Bernal Diaz. Entre los zapotecas y mijes no se adelantó cosa alguna; por el contrario, los españoles morian frecuentemente en sus manos, y los pueblos cercanos, que no pertenecian á la liga de la sierra, sufrian sorpresas y asaltos nocturnos en que perecian centenares: los que no querian ver sus casas incendiadas, tenian que entrar en la confederacion y militar contra los españoles. De este modo la rebelion iba cundiendo y amenazaba hacerse general. Fué preciso, pues, enviar nuevo auxilio que salió

1 Cortés dice únicamente, Cartas citadas, pág. 372, que Rangel "ahora un año habia ido con gente sobre ellos y por ser tiempo de muchas aguas no pudo hacer cosa ninguna."

de México el 5 de Febrero de 1524. Mandaba Rodrigo Rangel este cuerpo que constaba de ciento cincuenta infantes y cuatro bocas de fuego, supriméndose las caballerías por juzgarse inútiles. Tanto enfado tenia Cortés por las contínuas derrotas de sus soldados, que á pesar de haber declarado Cárlos V libres á todos los indios, manumitiendo á los que hubiesen sido marcados como esclavos, ordenó que los que fuesen cogidos vivos, se repartiesen luego entre los conquistadores, señalados con el hierro de la esclavitud. "Bien puede tener por muy cierto Vuestra Exelencia, escribia á Cárlos V, que la menor de estas entradas me cuesta más de cinco mil pesos de oro." [1] Todos se estrellaron contra la firme resistencia de los mijes.

7.—Estos reveses contínuos no solo aumentaban el brío y animaban extraordinariamente á los rebeldes, sino que iban extendiendo la insurreccion por todas partes. Los pueblos que no habian doblado la cerviz al yugo español, se abstenian de someterse hasta ver el fin de aquella guerra; y los que hasta allí habian sido amigos de los conquistadores, se tornaban enemigos uniéndose á los mijes, ó tenian que sufrir las consecuencias de su fidelidad, sufriendo las acometidas de los insurrectos y mirando muchas veces incendiadas y destruidas sus casas. Contribuia mucho á la prosperidad de las armas mijes, la falta de soldados que se notaba entre los castellanos, pues los más andaban ocupados en lejanas conquistas y otros estaban distraidos en la formacion de la nueva ciudad de México, que se reconstruia en ese tiempo, ó en el fomento de los intereses que habian creado ya. En el valle zapoteca y en las mixtecas altas, habia esparcidos algunos que deseaban oro y bienestar mejor que glorias militares. En Tuxtla se habian asentado otros, dedicándose con tanto esmero al cultivo del al-

1 Cartas citadas, págs. 371, 372 y 373.

godon, que á los pocos años de conquistado México, se exportaba ya para España. [1] Cristóbal de Olid habia llevado á la conquista de Honduras un cuerpo de tropas bastante fuerte para aquellos tiempos. Casi al mismo tiempo salió para Chiapa y Guatemala D. Pedro de Alvarado en 6 de Diciembre de 1523, [2] con ciento sesenta caballos, trescientos infantes, cuatro piezas de artillería y muchos indios aliados: este ejército siguió el camino de la mixteca, atravesó el valle zapoteca, y pasando por Tehuantepec, siguió en direccion á Guatemala, sin más obstáculo que un peñol fortificado que se debió allanar al paso. [3] Olid en Honduras trató de observar, en órden á Cortés, la conducta que habia seguido éste para con Velazquez de Leon, gobernador de Cuba, desconociéndolo y trabajando por su cuenta; pero Cortés no era hombre para sufrir en silencio una injuria de tal tamaño, por lo que hubo de marchar él mismo á Honduras por fines de 1524, á fin de reducirlo al órden y á la subordinacion debida. Este viaje, alejando al hombre temido de los indios, inspiró confianza á los rebeldes, cuya insurreccion tomó proporciones alarmantes en Oaxaca. Desde los mijes se extendió por un lado hácia Chiapa, sin alcanzar sin embargo en el istmo á la ciudad de Tehuantepec en que Cosijopii se mantenia fiel, y por el otro, hácia las montañas de los netzichus, cundiendo entre los zapotecas serranos, que muchos tomaron las armas, como el cacique de Teococuilco, miéntras otros se mantenian en expectacion del suceso como el de Ixtepeji. Los cuicatecas, que hasta entónces se habian conservado en la inaccion como simples espectadores, ó que habian favorecido el partido de Cortés, se rebelaron tambien, distinguién-

1 Disertaciones de Alaman, t. 2º, p. 69.

2 Cartas citadas, pág 369.

3 Se llamaba Guelamo, dice Bernal Diaz, por un español que lo tuvo despues en encomienda.

dose entre ellos los caciques de Pápalo y Teutila. Los mixtecas de Sosola, que se habian sujetado de mala gana al dominio español, tomaron igualmente las armas, aunque parece que con algun retardo, pues al principio de la guerra no defendieron el difícil puerto de San Antonio. Los que con más ardor se pronunciaron contra los españoles, fueron los zapotecas de Coatlan y los mixtecas de Tututepec.

8.—Estos últimos dieron de repente sobre una partida de españoles, que en número de cuarenta andaba por la costa: ya presos, los condujeron á un patio cerrado con un muro almenado de considerable altura, y rodeándolos más de dos mil indios, los herian, arrojándoles varas endurecidas al fuego. Los desgraciados españoles, esforzándose para salir, se abrazaban con las almenas en que dejaban impresas sus ensangrentadas manos para memoria de su cruel muerte. Al fin se reconocieron impotentes para librarse de los indios, y resignándose á su suerte, poniéndose de rodillas levantaron al cielo los ojos, y animándose unos á otros, acabaron la vida con sentimientos cristianos.

En otros pueblos fueron los españoles cogidos uno á uno, y en medio de tormentos fueron igualmente muertos. Algunos fueron encerrados por varios dias, sin probar el menor alimento; y cuando ya el hambre los hacia desfallecer, les cortaban los indios un brazo ó una pierna, que puesta en las brazas en su presencia, la ofrecian como único manjar á sus dueños. Otros fueron expuestos, hasta espirar, á la accion de un fuego lento. Otros perdieron la piel, que les fué arrancada por sus verdugos, y otros padecieron diversos y extraños géneros de muerte, escogitados por el odio de los indios.[1] En Coatlan fueron muertos cosa de

1 Remesal. Libro 4, c. 2.

cincuenta españoles, y ocho ó diez mil indios esclavos, que andaban ocupados en el trabajo de las minas. [1]

No era menor el desórden en la costa del Norte. Así lo dice Herrera describiendo algunos de los abusos cometidos por G. Salazar y Pero Almindez Chirinos, que se habian apoderado de la autoridad durante la ausencia de Cortés: "Enviaron á todas las provincias á pedir el oro y joyas que tenian los señores, y les escudriñaron las casas y se las tomaron por fuerza, con todas las alhajas de plumería y riquezas que tenian, haciéndoles mal tratamiento, cosa que sintieron mucho, y si la esperanza que Cortés era vivo no los tuviera en freno se alzaran: y con todo eso se fueron muchos desesperados á los montes, de donde salian á los caminos y mataban á los cristianos, y en un solo pueblo mataron quince, y mucha parte de la costa del Norte se alteró."

9.—Estas graves alteraciones iban propagándose rápidamente por todas partes con motivo de las violencias de los gobernadores de México, á la sombra de sus desórdenes y tiranía, que teniendo fija la atencion de los españoles, no les daba tiempo para perseguir vigorosamente á los rebeldes: de tal manera, que se temió sériamente que una insurreccion general echase por tierra la conquista de Cortés, siendo muy probable que los mismos españoles fugitivos y escondidos la fomentasen en secreto. La colonia establecida en Huaxyacac, se creyó en grave riesgo de perecer toda, por lo que uno en pos de otro envió correos violentos avisando á los gobernadores de México la situacion difícil que guardaba. La noticia causó profunda sensacion, por lo que Pero Almindez Chirinos salió inmediatamente contra los rebeldes, al frente de cien caballos y doble número de infantes, con abundantes pro-

1 Alaman, en la 4ª de sus disertaciones sobre la historia de México.

visiones de todo género y sumas respetables de oro. Eran estos soldados, no del número de los viejos y aguerridos conquistadores, sino gente bisoña, recientemente llegada de la península en busca de riquezas, y el capitan, más experto en el manejo de las rentas reales que en el mando de los ejércitos. Al llegar á Oaxaca se dirigió en efecto á los enemigos y sentó su campo cerca del primer punto fortificado; pero en lugar de estrecharlo vigorosamente en sus reales, Chirinos se dió al lujo y á la ostentacion, permitiendo que á su vez los soldados se abandonasen al juego y á la disipacion; y miéntras se distraian de esta suerte, los indios caian de sorpresa sobre ellos causándoles daño considerable. Cuando los rebeldes se veian muy oprimidos, burlando la vigilancia de Chirinos, desamparaban de noche el campo y reaparecian en alguna otra cumbre; y así, defendiéndose con bravura y pasando de uno á otro peñol, por el hecho solo de no ser vencidos, se daban por satisfechos y vencedores, ni daban la menor importancia á un enemigo tan descuidado como indolente. En México se llegó á saber lo que pasaba, y el factor Salazar, para poner remedio, mandó que interviniese en las operaciones militares un capitan más práctico y conocedor del terreno, "Andrés de Monjaraz;" pero que en aquella sazon estaba tullido de bubas y no era para hacer cosa que buena fuese." [1] Hubo un peñol en que los indios cercados completamente se defendieron con bizarría por cuarenta dias, al fin de los cuales alzaron su real y desaparecieron sin ser sentidos, dejando á los españoles la vergüenza de no haber obtenido el menor fruto de la campaña.

Sin duda alguna, México se hubiera emancipado desde este tiempo, pues la revolucion de Oaxaca habia tomado proporciones extraordinarias, y ya en la capital se temia sé-

1 Bernal Diaz, cap. 189, y el padre Cavo en los tres siglos de México, lib. 2, n. 10.

riamente un levantamiento: los españoles no hubieran podido reprimir la insurreccion, así porque no existian mas que unos pocos de aquellos héroes, primeros compañeros de Cortés, como porque estaban divididos en facciones y debilitados por el odio y la guerra que se hacian mútuamente. Chirinos, sabiendo que su compañero de gobierno habia sido cogido y preso en México, sin haber hecho cosa alguna de provecho en Oaxaca, salió precipitadamente rumbo á Tlaxcala, en donde á su vez fué aprehendido por Tapia y guardado en una jaula, junto á otra que servia de prision á Salazar.

La villa de Oaxaca ó de "Segura de la Frontera," entretanto, habia tenido la fortuna de aumentar su poblacion. Cortés deseaba alejar de allí á los españoles para ser solo el dueño de la tierra; Salazar y Chirinos, que se habian constituido sus émulos en el poder y que tan ahincadamente procuraron rebajar su crédito, enflaquecer su autoridad y destruir con sus bienes de fortuna sus elementos de gloria y de grandeza, aprovecharon su ausencia para levantar de nuevo la villa que habia querido desolar. Le quitaron en efecto las poblaciones más numerosas y productivas de la provincia de los zapotecas, encabezándolas con el nombre del rey de España. Chirinos dice expresamente que al ir hácia los zapotecas habia tenido el intento "de poblar Segura de la Frontera" y pacificar la tierra alborotada por Estrada; y cuando este capitan, despues de su infructuosa campaña, hubo de volver á México. como teniente suyo y de su compañero de gobierno, quedó en Oaxaca Andrés de Monjaraz, removido préviamente, como es claro, el mayordomo de Cortés. Los amigos de los gobernadores reemplazaron entónces en los repartimientos á los antiguos poseedores: Gonzalo Sandoval fué removido de Guaspaltepec, y Gregorio de Monjaraz consiguió la encomienda de Miahuatlan; á los pocos pobladores de Huaxyacac se debieron agregar algunos de los soldados de Chirinos, y los gobernadores

mismos deben haberse dirigido al rey de España, dando noticias de aquella provincia y pidiendo fuese con su autoridad erigida formalmente en villa.

Los indios, á pesar de sus victorias, no desplegaron confiadamente sus fuerzas, por no tener certeza de que hubiese muerto Cortés, como habian propagado sus enemigos, pues el nombre solo de este célebre campeon los intimidaba y los ponia en respeto. En efecto, despues de una jornada de dos años en que los padecimientos y las adversidades probaron duramente el ánimo de Hernan Cortés, á principios de 1526 pudo tomar puerto en Veracruz, encaminarse á México y recibir al paso las comisiones de los zapotecas, que le ofrecian regalos y le protestaban su adhesion. [1]

10.—No se debe creer por eso que la revolucion hubiese terminado completamente: se habian sometido los pueblos del valle, dispuestos siempre á contemporizar con los conquistadores, pero de ningun modo las sierras, principalmente las que nunca habian sido sometidas. Así lo debe haber presenciado D. Pedro de Alvarado, que regresando del viaje á las Hibueras por Guatemala y Tehuantepec, en donde dejó algunos muertos por efecto del clima, especialmente á un indio mexicano que habia sido capitan general de Cuatemoc y que al bautizarse habia tomado el nombre de Juan Velazquez, es probable que haya dado importantes noticias á Cortés sobre el Estado de Oaxaca. Este habia llegado á México á mediados de Junio, [2] recibiendo el poder de los gobernadores Estrada y Albornoz, que habian sucedido á Salazar y Chirinos, para depositarlo al mes siguiente en las manos de D. Luis Ponce de Leon, nombrado por Cárlos V juez de residencia del mismo Cortés. Ponce de Leon murió á los pocos dias, dejando en su lugar al Lic. D. Márcos de Agui-

1 Bernal Diaz, caps. 189 y 190.
2 Alaman, disertaciones.

lar, que gobernó el resto del año, muriendo á principios del siguiente. Durante los siete meses de su gobierno, Cortés se encaminó á Oaxaca y Tehuantepec, viaje en que además de la pacificacion de los indios, tenia la mira de preparar en la segunda de estas poblaciones algunos buques para descubrir las islas de "especería" y el estrecho que segun sus cálculos deberia unir el Atlántico y el Pacífico. Los historiadores no hablan de este viaje de Cortés, pero tampoco permenorizan sus ocupaciones en este tiempo, pasando rápidamente desde la toma de posesion del gobierno por Aguilar hasta su muerte, que algunos ponen pocos dias despues. Alaman demuestra que Aguilar murió en Febrero ó Marzo del siguiente año, durando por lo mismo en el gobierno cosa de siete meses, que no dejaron sino escasa memoria de los acontecimientos de México. El choque de intereses y pasiones que tenia lugar entre los personajes más caracterizados de esta capital, la suerte de Cortés que se discutia en los tribunales y en la que iba envuelta la de los encomenderos y conquistadores, y aun el porvenir de la nacion á cuyo gobierno se trataba en la corte de los reyes católicos de dar una forma estable y una organizacion conveniente y útil, era lo que absorbia todos los cuidados, fijándose apénas la atencion de los escritores en lo que pasaba en las provincias un poco lejanas. Así, ninguno casi recuerda que en este año de 1526, por cédula de 14 de Setiembre del emperador Cárlos V, refrendada por su secretario Francisco de los Cobos y rubricada por el presidente del Consejo de Indias, obispo de Osma, por los obispos de Ciudad Rodrigo y de Canarias y por el Lic. Beltran, se mandaban repartir los solares á los conquistadores y demás personas que quisiesen ser vecinos de Oaxaca, que solo tuvo en este diploma el título de villa, advirtiéndose en la misma cédula, que de preferencia se designasen los lugares más cómodos para los templos que se hubiesen de edificar, así de regulares como del clero secular. Otro tanto sucede con

las villas españolas de San Ildefonso y de Nejapan, de cuya fundacion apénas queda memoria.

Alonso de Estrada, en carta dirigida al rey de España el 20 de Setiembre de 1526, supone que se mantenian rebeldes algunos pueblos zapotecas, y dice que Cortés, sin embargo de haber entregado el cargo de capitan general á Márcos de Aguilar, "no por eso dejaba de dar el artillería y municion y otras armas á capitanes que desde aquí se an despachado para la conquista de una grand provincia que se dice de zapotecas." [1] Cortés dice que señaló á tres capitanes para que entrasen en la provincia por distintas partes; pero él mismo debe haber creido despues necesaria su presencia, pues Burgoa, fundado en documentos hallados en Tehuantepec, juzgó que Cortés pasó de México á Tehuantepec hácia fines de 1526 ó principios de 1527. A su paso por el rio de San Antonio, encontró alguna resistencia en los mixtecas de Sosola, que aun permanecian rebelados. Bernal Diaz, que lo acompañaba, se defendió bizarramente en un peñol á que por esta circunstancia quedó el nombre "del Bernal." Se cuenta que en recompensa de su heróica hazaña, se dió al valiente soldado el terreno que alcanzase á mirar desde el peñol.

Al llegar á la última montaña mixteca, cuya cumbre se denomina ahora de las "Sedas," Cortés, dirigiendo la vista al valle de Etla, quedó agradablemente sorprendido: los rios, desprendiéndose de las sierras inmediatas, corrian al fondo del valle, regando los sembrados que en forma de tablero se dilataban por las vegas, con los tintes de un bien cultivado jardin. Se propuso desde entónces que la villa de Etla fuese una de las de su marquesado, como lo consiguió en efecto dos años despues. Los caciques de Teococuilco y pueblos inmediatos, que solo tenian noticias del gran conquistador por los ecos de la fama, al saber que llegaba se

1 Doc. inéd. de Indias, tom. 13, pág. 85.

le acercaron para verlo, tratar con él de paz y manifestar su determinacion de abrazar el catolicismo. Por falta de sacerdotes no pudieron ser instruidos de pronto: un poco más adelante recibieron el bautismo, aun tal vez sin suficiente instruccion, pues á poco se rebelaron de nuevo, apostatando de la fé recibida. Fué entónces cuando Cortés, para sujetarlos y reconquistarlos, hizo confianza del maestre de campo Martin de la Mesquita, valiente capitan que contaba entre sus hazañas la de haberse apoderado, en medio de una lluvia de saetas, de un fuerte peñol de Guatemala. Este pacificó en efecto aquella parte de la sierra, llegando con felicidad hasta Teutila. Burgoa dice haber visto el testimonio auténtico de sus proezas. Lo más notable fué que, por premio de sus servicios, no quisiese recibir este recomendable soldado repartimiento de indios, por temor de gravar su conciencia, quedando satisfecho con percibir algunas ligeras retribuciones del erario real. Por lo que hace á Cortés, luego que entró en posesion del valle, procuró aprovecharse del agua, haciéndola servir en unos molinos que por su mandato se hicieron y que aun existen, enseñando juntamente á los indios el modo de cultivar el trigo, ramo de agricultura á que aún se dedican en la actualidad. [1]

Causó igualmente muy grata impresion á Cortés, Cuilapan con sus quince mil familias y sus grandes bosques de nogales. No se detuvo mucho en Oaxaca ni ladeó su camino, dirigiéndose derechamente á Tehuantepec. A los chontales que aun no estaban conquistados envió á Maldonado, llamado "el Ancho," soldado de aliento, que en efecto los venció por la superioridad de sus armas, pero que habiéndose retirado en seguida con sus tropas, los dejó en su barbarie primitiva. No era posible conquistar ordenada y regularmente á una tribu que vivia esparcida en las cuevas y barrancas de sus montañas. El grupo más numeroso

1 Burgoa, 2ª parte. cap. 40.

de chontales se veia en Tequisistlan, destacamento de tropas puestas en atalaya para vigilar los movimientos de los tehuantepecanos. Este pueblo se dió en encomienda á un Alavez, del número de los compañeros de Cortés.

11.—En Tehuantepec admiró este general la opulencia del país y la magnificencia y autoridad de su rey. El celo de Cortés por la propagacion de la fé católica era muy ardiente, y lo primero que hizo en esa villa fué tratar de la conversion al cristianismo de Cosijopii. Vacilaba éste y los sacerdotes de sus antiguos dioses lo repugnaban abiertamente; pero al fin, con verdad ó disimulo, el rey se resolvió, fué instruido en los misterios del Evangelio y las aguas del bautismo bañaron sus sienes. El acto conmovió á la multitud, al grado de temerse con seriedad un desórden; no hubo sin embargo funestas consecuencias, y las salvas de artillería y los regocijos públicos entretuvieron á los pueblos los primeros dias. El rey mismo se mostró al principio católico fervoroso, dando á conocer al mismo tiempo en todos sus actos su excelente índole y su inteligencia nada comun, y haciéndose notar principalmente por cierto aire de superioridad y grandeza que imponia respeto á cuantos le trataban. Se llamó en el bautismo D. Juan Cortés. [1] Es de creer que fuese Fr. Bartolomé de Olmedo quien lavase en la fuente bautismal al rey de Tehuantepec, pues Bernal Diaz dice, hablando de la desgraciada expedicion de Rangel: "Y dende allí á 2 años ó poco tiempo mas volvimos de hecho á los zapotecas y á las demas provincias, y las conquistamos y truximos de paz: y el buen fray Bartolome de Olmedo que era santo frayle, trabajó mucho con ellos y les enseñaba los articulos de la fe y bautiso en aquella provincia mas de quinientos indios; pero en verdad que estaba cansado y viejo, y que no podia ya andar cami-

1 Burgoa, 2ª parte, cap. 73.

nos, que tenia una mala enfermedad." Al decir esto se refería probablemente á la expedicion de Cortés á Tehuantepec, en que se halló, pues consta que á los mijes y zapotecas netzichus no los rindieron aun mucho tiempo despues.

Si no descuidaba la propagacion de la fé, ménos desatendia Cortés sus propios intereses. Le dominaba el pensamiento de hacer descubrimientos de nuevas tierras en la mar del Sur, y sin perder los momentos, al llegar á Tehuantepec procuró que se construyesen bajeles. En las montañas del istmo mandó que se cortase la madera necesaria, que luego era conducida en hombros de indios, á veces desde una distancia de veinte leguas. [1] La jarcia, velas, artillería y cuanto era necesario, se conducia desde las costas del seno mexicano, en que se depositaba, hasta el golfo de Tehuantepec, á brazos tambien de los miserables indios, pues ni se habian propagado aún las béstias, ni habia caminos propios para las caballerías en esa direccion. [2] Cuando estuvieron concluidos los buques se hicieron flotar en la gran laguna de San Mateo del mar; pero al sacarlos por la barra, una ráfaga del Norte que sopla allí con furia, empujó violentamente á una de las dos embarcaciones, que chocando contra los peñascos, pereció sin remedio. El otro navío se inutilizó tambien poco despues.

Uno de los motivos que tuvo Cortés para la construccion de estas embarcaciones, fué el deseo de complacer al emperador, que le habia recomendado prestase algun socorro á

1 Burgoa, 2ª parte, cap. 75.

2 Así lo dice Burgoa, des. geog., 2ª par., cap. 73. "El estrecho de tierra de mar del Sur al del Norte, serán como treinta leguas que le hacen península del morro de Tehuantepec, al puerto de Pechugui, en el desembocadero de un caudaloso rio deste nombre, donde se solia desembarcar la xarcia y artillería que llaman leva, y se traia de España, y de aquí en ombros de estos miserables indios se pasaba al mar del sur, porque en bestias por una aspera serrania que está en medio, no era posible."

la flota que al mando del comendador de Rodas Fray D. García de Loayza, despues de cruzar el Atlántico y de salvar el peligroso estrecho de Magallanes, navegaba en el Pacífico con rumbo á las Molucas. Refiere D. Antonio de Herrera que el 25 de Julio de 1526, un patache de la flotilla de García de Loaiza, que mandaba Santiago de Guevara, separado de las otras naves que seguian su direccion á las Molucas, se acercó sin saberlo á las costas de México. No teniendo batel en que dirigirse á tierra un clérigo, Juan de Arraizaga, se metió dentro de una caja, que flotando sobre la agua y atada con cuerdas para seguridad, fuese llevada por las olas hácia la playa. Como á un cuarto de legua de tierra, la caja se volcó, y el clérigo se ahogaba ya, pero cinco indios de los que andaban en la playa, lo sacaron salvo. Fué bien recibido en un pueblo cercano, cuyo cacique dió aviso á un gobernador español que se hallaba á veintitres leguas de distancia. Toda la tripulacion desembarcó despues y fué tratada espléndidamente por el mismo cacique y el gobernador cristiano. El pueblo en cuyas inmediaciones desembarcaron los tripulantes del patache, era Mazatlan en Chiapa, y el gobernador español residia en Tehuantepec. [1] Despues de algunos dias de descanso, se acordó que el clérigo Arraizaga fuese á México para pedir á Cortés los ayudase en la continuacion de su viaje á las Molucas, y que entre tanto el patache llegase al puerto de Tehuantepec, en que se esperaria el socorro.

El navío llegó en efecto á Tehuantepec á principios de Setiembre de 1526. El capitan se dirigió á la villa de Oaxaca, en donde murió poco despues. En México, sabidas las noticias que llevó el clérigo Arraizaga se determinó que continuase la navegacion en el mismo navío el capitan Hernan Perez Bocanegra. Cortés quiso hablar ántes con el piloto de Guevara, por lo que Fran-

1 D. Antonio de Herrera, Déc. 3, lib. 9, c. 6.

cisco Maldonado fué "en postas tomando cavallos á la dicha provincia" [1] á fin de traerlo á México, lo que demuestra que sin embargo del estado de guerra de algunos pueblos zapotecas, habia ya en ese tiempo en los caminos de Oaxaca y de Tehuantepec, estaciones con caballerías que sin duda comenzaban á abundar. El navío de Guevara estaba tan maltratado que no pudo navegar, por lo que Bocanegra se volvió á México. Cortés, en carta dirigida al Emperador á 28 de Mayo de 1527, refiere que en el patache que arribó á Tehuantepec, iba por piloto un Ortuño de Alango" y que "luego como fué avisado de la venida deste navío, despachó para que se pusiese mucho recabdo en él, y á los que en el venian provellesen de todo lo que hubiesen menester asi para sus personas como si para el navio trujesen alguna necesidad de reparo, y que si luego se quisiese hacer á la vela le proveyesen de todos los bastimentos necesarios para su viaje, por que el aportó á una provincia donde se le podia dar todo buen aviamiento, la cual está desta cibdad ciento é treinta leguas." Expone despues la oposicion que sufria de las autoridades de México en el intento de socorrer la armada de García Loaiza, sin embargo de lo cual, determinaba enviar tres navíos que habia preparado á las órdenes de Alvaro Saavedra Ceron, y al fin concluye diciendo, que "por el mal recabdo é nigligencia que hobo en su despacho, le echaron al traves (al patache), por que como estuvo ocho meses en aque puerto, comiose de broma, y luego despaché para que la gente que en habia de ir fuese en estotros:" [2] lo que demuestra que el navío del comendador, fué inutilizado á fines de Abril de 1527.

1 Declaracion de Bocanegra en la causa de Cortés, t. 2, pág. 315. Vease tambien la carta de Cortés al rey de España en 11 de Setiembre de 1526. Cartas y Relaciones etc., pág 375.

2 Escritos sueltos de Hernando Cortés, págs. 157 y 159.

12.—Pero en Tehuantepec se continuaron construyendo embarcaciones, de modo que en 1529, Diego de Ocampo desde allí pudo hacer el viaje al Callao del Perú, siendo el primero que viajaba con ese rumbo. Cortés llevó á cabo otras expediciones desde el mismo puerto, como se dirá más adelante. En Oaxaca se ignora que hubiese hecho por entónces alguna otra cosa de importancia, y á principios de 1527 se hallaba ya en México de regreso; pero Márcos de Aguilar se ocupaba con interes de los pueblos de esta provincia. Para sujetar á los serranos rebeldes, envió á Gaspar Pacheco, comandante de las fuerzas españolas y mexicanas que juzgó suficientes, para dominar en fin á un enemigo tenaz que amenazaba sin cesar.

Desde la venida á Oaxaca de Cortés, á quien se habian sometido los caciques serranos inmediatos al valle, la guerra se habia concentrado á las agrias montañas de los mijes y netzichus. Un odio antiguo separaba á unos y otros pueblos: desde el incendio de Totontepec los mijes concibieron un resentimiento profundo, que no habia cicatrizado el tiempo y que prorumpia en hostilidades abiertas contra los zapotecas luego que se les presentaba la menor oportunidad. Por intervalos se reunian masas considerables de aquellos, las que sedientas de venganza se precipitaban como una avalancha sobre los últimos, talando las sementeras, incendiando los pueblos y derramando la sangre de sus enemigos, sin piedad. No se alejaban demasiado de sus montañas en estas correrías, y su fin principal era, segun parece, mantenerse libres del yugo zapoteca: hostilizaban para no ser hostilizados; sin embargo, chorreaba aún la sangre de sus últimas luchas segun asegura Burgoa, cuando los españoles llegaron, siendo tal acontecimiento nuevo motivo para el desacuerdo de ambos pueblos. Los zapotecas se unieron á los españoles, y los mijes los combatieron con tenacidad incansable. Cuando Cortés partió para las Hibueras, unos y otros militaron bajo las banderas de la rebelion; mas lue-

go que aquel caudillo regresó á México, la desuniou reapareció y las mútuas hostilidades continuaron como ántes.

A la llegada de Pacheco, los caciques zapotecas de la sierra procuraron granjearse su amistad, estimando útil la vecindad de los extranjeros, que tal vez los defenderian de los asaltos de aquellos terribles bandoleros. Pacheco hizo en efecto algunos esfuerzos para domar á los mijes; pero sus caballerías no podian acometer en impetuosa carrera; ni siquiera avanzar sin peligro en la montaña, en cuyas innumerables quiebras y profundos dobleces se perdian los españoles, sin encontrar á los indios sino cuando, embarazados por la configuracion del terreno, ningun daño podian causarles.

Una de las más poderosas armas de los españoles en esta guerra, fueron los lebreles adiestrados para la caza de los indios, á quienes seguian hasta sus cuevas despedazándolos como si fuesen fieras. Los perros de Pacheco estaban "tan acostumbrados á velar, dice Herrera en sus Décadas, [1] que no tomaban indio que no lo matasen y se lo comiesen, por estar muy cebados en ellos." Pero con este arte no era dominar el grueso del ejército enemigo lo que se conseguia, sino ejecutar crueles muertes en indios indefensos ó que se hubiesen desmandado fuera de las filas. A uno de éstos, espía del caudillo de los mijes, cogido por los españoles, se le ofreció la vida si declaraba en dónde estaba su cacique. Rehusándose el indio á declarar y no aprovechando promesas ni amenazas, Pacheco mandó soltar los perros que luego hicieron presa en él. Miéntras era despedazado y devorado por los perros, el indio los miraba y tranquilamente les decia: "Bravos, comed bien, que así me pintarán en la piel del tigre y se me contará entre los valientes, por no descubrir á mi señor." Pacheco ahorcó á muchos y torturó de varios modos á otros de los desgraciados que caian en sus manos, mas sin fruto, pues al morir los indios decian

1 Herrera. Déc. 4, lib. 4, c. 7.

serenos: "que aquello era un sueño de que despertarian gozosos en la futura vida." [1]

Como pues las ventajas que por este medio se obtenian eran escasas en extremo, comprendiendo que por el indomable valor de los mijes y por las evidentes ventajas de sus inaccesibles posiciones, mejor que emprender una guerra á campo abierto, en que seguramente llevaria la peor parte, se debia preferir la formacion de un presidio que contuviese las incursiones de los enemigos, con autorizacion del gobierno de México, adoptó en fin Pacheco la determinacion que muchos años ántes habia llevado á cabo Cosijoesa por el rumbo de Quiechapa, y fundó la Villa-alta.

Un dia de San Ildefonso, por esta razon patron del pueblo, enarboló en la plaza el estandarte real, y elevando el escudo de sus armas, hizo que los indios de varias naciones allí reunidos, zapotecas, serranos, netzichus, mijes, chinantecas y guatinicamames, prestaran obediencia á los reyes católicos y se redujesen al gremio de la Iglesia. Claro es que aquellos indios, á que se quiso dar el carácter de representantes de todos los demás que no se hallaron presentes al acto, ni comprendieron la significacion de la ceremonia, ni quedaron por ella convencidos de la verdad de la religion católica, ni mucho ménos cuidaron de permanecer sujetos á la monarquía española, sino en lo muy poco de que no podian librarse los que estaban bajo el inmediato dominio de la fuerza. Se repartieron luego solares entre treinta familias españolas y notable cantidad de mexicanos, que se establecieron al poniente de la villa, en los barrios llamados *Ixtlan* y *Analco*, que ellos fundaron. Estos indios, trabajadores industriosos, plantaron en torno de sus habitaciones jardines y huertos que les eran útiles, al mismo tiempo que les servian de agradable recreacion. [2]

1 Herrera. Déc. 4, lib. 4, c. 7.

2 Burgoa, Desc. Geog., 2ª parte, caps. 54 y siguientes.

13.—Pacheco regresó á México, en que á poco, por muerte de Aguilar, entró á gobernar Alonso de Estrada, quien deseando tener la gloria de pacificar las provincias de zapotecas y mijes, cosa que ninguno de sus antecesores habia logrado, formó dos cuerpos de tropas: el uno, que contaba como cien soldados al mando de Barrios, deberia invadir las sierras de Oaxaca, por las vertientes que se derraman á la costa del Norte; el otro, con otros cien soldados y diez caballos al mando de un Figuero, deberia caminar por el valle de Oaxaca, dirigiéndose hácia el rumbo de Villa-alta. Barrios tuvo la suerte de los que le habian precedido en la misma empresa: subió á las montañas, avanzó algunas leguas en las cañadas y llegó hasta cerca de los Tiltepeques; pero la noche que ménos lo esperaba, los indios cayeron sobre su campo, tan repentinamente, que murió el capitan y otros siete soldados, quedando todos los demás heridos, "y si de presto no tomaran las de Villadiego, y se vinieran á acoger á unos pueblos de paz, todos murieran." [1]

No fué más feliz por su lado Figuero: era éste natural de Cáceres, antiguo capitan en España y amigo del tesorero Alonso de Estrada. Figuero fué autorizado para tener bajo sus órdenes á un Alonso de Herrera que desde la partida de Gaspar Pacheco habia quedado gobernando en Villa-alta, por nombramiento del mismo Estrada y de Cortés: luego que llegó á la sierra, dió aviso á éste prescribiéndole que se avistase con él. De las explicaciones que se dieron resultó un desacuerdo tan completo, que ambos capitanes pusieron mano á las espadas, resultando herido Figuero y tres de sus soldados que quisieron favorecerlo. Considerando entónces Figuero que las sierras eran difíciles y los indios valientes; que sus tropas eran nuevas y poco acostumbradas á la guerra y que él mismo

1 Bernal Diaz, c. 194.

tenia un brazo inútil á causa de las heridas que habia recibido de Alonso Herrera, cambió designio, y en lugar de proseguir la conquista de los mijes "acordó de andarse á desenterrar sepulturas de los enterramientos de los caciques de aquella provincia, porque en ellas halló cantidad de joyas de oro con que antiguamente tenian costumbre de se enterrar los principales de aquellos pueblos, y dióse tal maña, que sacó de ellos sobre cien mil pesos de oro, y con otras joyas que hubo de otros dos pueblos, acordó de dejar la conquista é pueblos en que estaba, y dexólos muy más de guerra á algunos dellos, que los halló, y fué á México y dende allí se iba á Castilla el Figuero con su oro."

Copié literalmente las anteriores líneas de Bernal Diaz, para que no se crea que exagero. La avaricia de muchos de los españoles de la conquista y de tiempos posteriores, causó males incontables en Oaxaca. Si hubiésemos de creer lo que nos cuentan algunos escritores, la península ibérica no hizo mas que derramar bienes á raudales en las Américas. Segun su decir, los tres siglos de dominacion española fueron una época de prosperidad constante, una edad de oro en que la tierra manaba leche y miel, y en que los habitantes del antiguo Anáhuac, henchidos de felicidad, no tenian motivo para desplegar los labios y proferir una sola queja. En semejantes materias, las proposiciones absolutas son por lo comun falsas. Confesemos que las leyes del gobierno colonial eran generalmente sábias y benéficas; mas no neguemos que su aplicacion no correspondia con frecuencia á la intencion de los legisladores. Confesemos igualmente que por sus nobles acciones se hicieron acreedores á una memoria inmortal muchos españoles, pues españoles fueron los sacerdotes que convirtieron al cristianismo á los indios, los redujeron á la vida civil y levantaron esos grandiosos monumentos que aún admiramos; pero no desconozcamos que con estos insignes bienhechores de la humanidad vinieron otros muchos, españoles tambien, movidos por ignominio-

sas pasiones, que recorrieron Oaxaca sedientos de oro, y que, como veremos despues, para satisfacer su avaricia, no se detuvieron en los medios, causando males irreparables. Ya en este tiempo, siete años despues de la conquista, muchos hacian trabajar á millares de indios en las minas, de los cuales hemos visto que perecieron cuatro mil en la insurreccion de Coatlan; otros los obligaban á trabajos excesivos en la agricultura á que se dedicaban cerca de los pueblos que les habian tocado en encomienda, adjudicándose porciones considerables de terreno, lo que dió orígen á las actuales haciendas de Oaxaca. Además, estos encomenderos cometian otros mil géneros de abusos, haciéndose servir gratuitamente, extorsionando á sus encomendados con insoportables exacciones, y aun apoderándose de sus alhajitas y de las semillas que tenian acopiadas para sustentarse. Ya se refirió lo que hizo D. Pedro de Alvarado con el infortunado cacique de Tututepec: muy de presumir es que igual licencia se permitieran otros en órden á los demás indios, pues veian el ejemplo que les daban sus caudillos. Finalmente, muchos, como Figuero, se dieron á desenterrar tesoros guardados en las sepulturas, lo que debe haber sido sumamente doloroso para los que veian profanar los cadáveres de sus queridos antepasados.

Figuero no logró el fruto de su singular industria. Poco despues de embarcado en Veracruz, un recio temporal dió al través con el buque en que navegaba: el oro fué al fondo del Océano y Figuero se ahogó. Los mijes quedaron en su rebelion. Los vecinos de Goatzacoalcos hicieron notables esfuerzos por dominarlos, y en efecto, los pueblos inmediatos á la villa del Espíritu Santo, que habian fundado los españoles, se daban de paz, miéntras duraba el invierno, empuñando las armas de nuevo luego que con las aguas los caminos se hacian difíciles y las tropas del gobierno quedaban imposibilitadas por esto para sujetarlos. Bernal Diaz dice que se quebrantó harto en aquella conquista en que

se halló por tres veces sin lograr nunca dominar la tierra por completo.

Alonso de Herrera quedó gobernando en Villa–alta, y aunque Estrada lo mandó apreheuder, no lo consiguió por haberse refugiado en unas sierras muy ásperas. Un soldado que solia andar con él, fué cogido, y en pena de los delitos de Herrera, le cortaron una mano.



CAPITULO XII

PRINCIPIOS DEL CRISTIANISNO.

—

. El Evangelio se empieza á predicar en Oaxaca.—2. Primer templo.—3. Primeros religiosos que llegaron á Oaxaca.—4. Gonzalo Lucero.—5. Se erigen formalmente la villa de Antequera y el primer convento de dominicos.—6. Se construyen navíos en Tehuantepec.—7. Los dominicos defienden á los indios.—8. Ereccion de la ciudad de Antequera y del obispado.—9. El primer obispo que tuvo.—10. Trabajos apostólicos de Lucero.—11. Los dominicos en Tehuantepec.—12. Los dominicos en las mixtecas.

1.—La religion católica se propagaba lentamente entre os indios. Los conquistadores los despojaban de sus viejos imulacros, que se reducian á polvo si eran de barro, y eran uidadosamente conservados si estaban formados de algun recioso metal; pero aquellas violencias poco aprovechaban ara arrancar del corazon los sentimientos supersticiosos ue habian nutrido desde su infancia los conquistados, quienes en secreto continuaban idolatrando. [1] El primer sacer-

1 Remesal, l. 6, c. 7, da una idea del modo con que propagaban el vangelio los españoles. "Como no tenian, dice, puesto seguro, todo el cado de altar era portátil, y en una arquilla muy pequeña cabia, ara, liz, vinajeras, casulla y alba, cruz, candeleros y retablo. Este de ordi-rio era la imágen del glorioso apóstol Santiago, patron de España, en forma que apareció al rey D. Alonso de Castilla en la batalla de Cla-

dote que pisó Oaxaca, fué Juan Diaz, quien acompañó á Francisco de Orozco en la expedicion á Oaxaca. "El egercito español, dice Burgoa, [1] no trajo más sacerdote que un padre clerigo de ánimo y de buen espíritu por capitan, y deciales misa cuando habia oportunidad, y la primera que dijo en este valle fue, estando alojado el campo despues del rio, en la ladera del cerro que llaman de Chapultepec, donde se pobló despues Santa Anna, y se hizo una enramada y se puso el altar portátil debajo de un arbol grande, que echa unas vainillas muy coloradas, y dentro una semilla de malísimo olor, y muy caliente: cómenla por regalo los indios con el agua de chile, y llámanla los mexicanos Guaxe y por esta planta y primer plaza que ocuparon, pusiero

vijo, en un caballo blanco armado, peleando con muchos moros á lo piés, etc. Y como los pintores de aquel tiempo no eran tan primos c mo Michael Angel, ni los colores tan perfectos como los de Roma, aunque lo fueran y el artífice muy aventajado, el traer de ordinario lienzo doblado ó arrebujado le hacia salir siempre en público deslucid y con mil arrugas y no las quitaba el cuadro, porque de ordinario colgaban de un ramo torcido, ó lo fijaban con dos clavos de palo por parte de arriba, y como para la Christiandad de los españoles todos est accidentes importaban poco, en viendo su imágen de Santiago, se arr dillaban y hacian mil muestras de devocion, llegando á ellos los ro rios, las espadas, los sombreros, y besando las esquinas del lienzo p rotas y desfloradas que estuviesen: de esta veneracion entendieron indios, que aquella imágen era el dios de los españoles; y como le v armado á caballo con espada ensangrentada en alto y hombres muer en el campo, tenianle por dios muy valiente y que por servirle lo e tambien tanto los españoles, y de aquí venia el rendírseles con facilid y desmayar en las batallas al primer encuentro. Y como era este enga de los indios en tanto provecho de los españoles, con alguna culpa omision, no procuraban sacarlos del, aunque nunca les dijeron cla mente que sí. Corria la voz á los enemigos y todo se hacia bien, y S tiago armado y á caballo era el Dios de los cristianos. Eralo tamb Santa María, sin saber el indio si era hombre ó mujer, por que oyi español que la nombraba muchas veces, y aunque pocas ó ninguna v su imágen concibieron grandess cosas de Santa María, etc."

1 Burgoa, 2ª parte, Dec. Geog., c. 37.

á esta Cuidad siendo villa nombre de Guaxaca, y despues Antequera y Ciudad, por lo que se parece en el sitio y vecindad, á la noble del Andalucia: y con esta ocupacion de decir misa y confesar á los soldados tenia el buen sacerdote satisfecho á su obligacion, sin tener lugar, él ni otro, de entrar por los pueblos á predicar, ni enseñar la doctrina para baptizar los indios; y en parte fué conveniente, para que perdiesen el miedo y terror con que miraban á los huespedes."

En las dos expediciones que hizo D. Pedro de Alvarado á Tututepec por el valle de Oaxaca, fué acompañado del venerable religioso Fr. Bartolomé de Olmedo, y en el segundo viaje con otro sacerdote que habia llegado con la escuadra de Garay, [1] segun dice Bernal Diaz. Es muy probable que aquel prudente religioso, bastante celoso del cumplimiento de su deber, procurase la conversion de los indios y recogiese de sus trabajos algun fruto; pero se ignora cuánto haya sido éste: solo se tiene la noticia general de que Cosijoesa, rey de Zachila, fué lavado por las aguas del bautismo. Fr. Bartolomé estuvo además en la costa del Norte, sirviendo de capellan en alguno de los cuerpos destinados á la pacificacion de los netzichus y mijes; entró en las sierras de estos indios y trabajó, con su acostumbrada actividad, en predicar y enseñar los artículos principales de la fé, logrando bautizar cosa de quinientas personas; pero ya en este tiempo le acosaban las enfermedades y los años, los caminos le fatigaban mucho, y no permaneció largo tiempo en esas provincias. [2]

2.—Aparte de estos sacerdotes, se sabe que en la villa de Oaxaca, para el ejercicio del culto entre los vecinos, residia permanentemente otro, cuyo nombre se ignora,

1 En el primer viaje tambien le acompañaron el clérigo Juan Diaz y el diácono Aguilar.

2 Bernal Diaz, c. 169.

quien edificó el primer templo, bastante humilde en verdad, pues era de paja, pero que sirvió de catedral al primer obispo de Antequera. Burgoa da alguna luz para reconocer el sitio que ocupó: enumerando los templos de la ciudad, dice: "Hay otra iglesia, que fué la primitiva de la ciudad, y su catedral, aplicada al beneficio de Jalatlaco: está renovada y muy decente, EN LA PLAZA QUE FUE DEL MARQUES DEL VALLE, al principio de la fundacion de esta ciudad y cerca del centro de ella: tiene al Sur las huertas de donde trahen las flores para los templos y hortaliza para el sustento; y en estos solares se ha edificado otra iglesia al culto de la inmensa Trinidad, acudiendo las familias de la Ciudad al festejo." Por estas señales, se reconoce con claridad el templo de San Juan de Dios, ahora en ruina, y que siquiera por su venerable antigüedad deberia haberse reparado.

3.—Torquemada dice, [1] que los franciscanos recorrieron la provincia de zapotecas, enseñando la fé aun en Tehuantepec, siendo en consecuencia del número de los primeros sacerdotes que admiraron la magnificencia de los palacios de Mitla, de que da alguna noticia. Semejante aseveracion no es del todo improbable, pues desde 1524 en que los franciscanos llegaron á México con el padre Valencia, hasta 1528, en que fueron á Oaxaca los primeros dominicos, tiempo hubo para que los primeros prolongaran sus viajes apostólicos hasta los zapotecas, de quienes se sabia que eran numerosos, y que los principales se mostraban dóciles á los españoles. El mismo Cortés, que permaneció algun tiempo en Tehuantepec construyendo dos embarcaciones, debe haber llevado consigo algunos sacerdotes para el servicio del culto y la conversion de los indios, de que tan celoso se mostró siempre. Estos sacerdotes pueden haber sido francisca-

1 Torquemada, lib. 3, c. 29 de su Monarquía Indiana.

nos, pues casi eran entónces los únicos en México; pero Burgoa da fé de que ningun vestigio quedaba del paso de los franciscanos, y que ántes, de los documentos antiguos que tuvo á la vista, se deducia claramente que nunca habian estado en Tehuantepec ántes de los religiosos de Santo Domingo.

Los primeros que sin duda alguna trabajaron en la propagacion de la fé católica entre los pueblos zapotecas, fueron estos últimos religiosos. Fr. Domingo de Betanzos, uno de los primeros religiosos de la órden de Predicadores que llegaron á México, deseoso de enviar obreros apostólicos á esta provincia, se acercó á Cortés haciéndole presente la desgracia de los indios sepultados en los vicios y en errores increibles de que no podian librarse, así porque sus idiomas eran difíciles, como porque vivian retirados en sus montañas, léjos del comercio y trato de los pocos españoles que se habian establecido en la villa de Oaxaca; proponiéndole la mision de religiosos de su órden, quienes con el auxilio de la predicacion convirtiesen al cristianismo aquella numerosa gentilidad, para lo que le pedia su proteccion. Cortés aceptó gustoso la proposicion, escribiendo cartas de recomendacion á los vecinos de la villa, en que suplicaba fuesen los religiosos acogidos con agrado. Debe haber acontecido esto en el año de 1527, poco ántes de la marcha á España de D. Hernando Cortés; mas por varias causas los religiosos no se dirigieron á Oaxaca, sino hasta el siguiente de 1528. Fr. Gonzalo Lucero, sacerdote, y Fr. Bernardino de Minaya, diácono, fueron los señalados para poner los primeros fundamentos de la religion en este Estado.

4.—El primero nació en San Juan del Cuervo, lugar del condado de Niebla en Andalucía, de padres labradores de profesion, aunque no desprovistos de fortuna. Desde su infancia descubrió mucha mansedumbre y una gran apacibi-

lidad de carácter que lo hacian amable á todos. Aprendió las primeras letras bajo la vigilancia de un anciano ayo que le inspiró sentimientos eminentemente religiosos. En Sevilla, al lado de un tio, persona de juicio y de autoridad en el lugar, aprendió gramática y retórica con tanto aprovechamiento como esmero ponia en cultivar las virtudes morales. Del templo de los dominicos, á que todas las tardes concurria para orar miéntras se cantaba la salve, pasó al convento en que recibió el hábito y profesion, estudiando á continuacion con aplauso filisofía y teología. Notables fueron los ejemplos de obediencia, templanza, exactitud y severidad religiosa, y sobre todo de mansedumbre y modestia que dió á sus hermanos de religion en el claustro. Hoy se desprecian por muchos esas multiplicadas prácticas de austeridad y mortificacion, prescritas en las constituciones de las órdenes monacales; pero entónces se cultivaban cuidadosamente esos metódicos ejercicios á que se daba mucha importancia y con que se formaron aquellos hombres de hierro que arrostraban todos los peligros en cumplimiento de su deber.

Contaba Lucero algunos años de profeso, habia recibido el diaconado y estaba destinado al magisterio de las ciencias en su convento, cuando se presentó al superior Fr. Tomás Ortiz, poniendo á su vista las amplias facultades pontificias y reales que habia obtenido para llevar en su compañía á los religiosos que voluntariamente quisieran alistarse en las milicias apostólicas de América. Algunos le dieron en efecto sus nombres, preparándose valerosamente para aquel viaje lejano en que acaso les esperaba la muerte. Se cuenta que Fr. Tomás, al pasar la vista por el rostro de Lucero, exclamó: "Este es el que el Señor ha escogido." Se hicieron á la vela nueve compañeros de Fr. Tomás, arrastrando consigo otros tres al pasar por la isla española, entre los que se contaba el célebre Betanzos, completándose con ellos doce que llegaron á México por Junio de 1526. Por muerte

de cuatro de estos religiosos y separacion de cinco que se determinaron á regresar á España con Fr. Tomás, quedaron en la capital de Nueva España solamente tres religiosos dominicos: Betanzos, superior; Lucero, maestro de novicios, y Bernardino de Minaya, que muy pronto comenzó á recibir las órdenes sagradas, pues aun entónces era novicio bajo la direccion de Lucero.

Cuando estos dos últimos religiosos llegaron á Oaxaca, presentaron á los principales vecinos las recomendaciones de Cortés, y en consecuencia, fueron recibidos con agrado por la Villa. En su obsequio, la república pidió al capellan de la única iglesia de paja que se habia levantado, les diese allí un abrigo, como en efecto lo hizo, señalándoles para habitacion una parte de la estrecha sacristía, por falta de otro mejor local. En aquel pequeñísimo convento se dedicaron los dos frailes á la observancia escrupulosa de las constituciones y reglas de su instituto, usando del templo de San Juan de Dios para sus oraciones y penitencias, así como para las pláticas que frecuentemente hacian al pueblo. Su vestido era muy pobre y su comida escasa y frugal, no solo por exigirlo así la regla, sino por la condicion y naturaleza de los tiempos, pues ni se habian multiplicado los ganados en la tierra, ni se contaba en el valle con abundante pesca: así, por lo comun se sustentaban con pimientos y tortillas, regalándose los dias más notables con algunas hierbas preparadas segun el uso del país. Los mismos alimentos debe entenderse que usaba en ese tiempo el vecindario de Oaxaca.

5.—Entretanto, á México habian llegado veinticuatro nuevos religiosos, que con los que habian recibido en esta capital el hábito y profesion, hacian un número de cuarenta: pudo en consecuencia Betanzos disponer de tres, con quienes, autorizado por el superior y acompañado de D. Pedro de Alvarado, se dirigió á Guatemala. A su paso

por Oaxaca dió á Lucero saludables instrucciones, inspirándole que se dirigiese á México para pedir al superior la aprobacion de lo hecho y procurar la venida de nuevos operarios. Así lo hizo Lucero; pero ántes, y con oportunidad de la Cédula real, en que Cárlos V mandaba distribuir los solares y sitios de la villa, dándose la preferencia en el reparto á los templos que se habian de erigir en honor del Altísimo, cédula que no llegó á Oaxaca sino hasta el año 1528, presentó en toda forma peticion al cabildo y regimiento para que fuesen designados solares en que fundar iglesia y convento de su órden. La súplica fué otorgada, como se ve en el siguiente instrumento que dió á luz Burgoa:

"Yo Francisco de Herrera, Escribano de su Magestad é su nott.º publico en la su corte y en todos los de sus reynos y señorios, Escribano publico del consejo de esta Villa de Antequera é de sus provincias que es en esta de Guaxaca de esta Nueva España, doy fé, á todos los que la presente vieren como oy Viernes á 24 de Julio, año del Nacimiento de Ntro. Salvador Jesucristo de 1529, estando ayuntados en su cabildo é ayuntamiento segun lo han de uso y costumbre de se ayuntar los Señores Joan Pelaez de Verrio, Alcalde mayor é Theniente de capitan general en esta dicha Villa por su Magestad, é Bartholomé de Zarate Alcalde ordinario, é Alonzo de Tavera é Francisco de Zamora é Gonzalo de Robles Regidores de la dicha Villa, habiendola fecho y fundado como su Magestad manda: acordaron de dar y dieron solares á los vecinos é pobladores de ella, como se suele hacer en las otras Villas de esta Nueva España, entre los cuales dieron y señalaron al Monasterio del Señor Santo Domingo de la misma dicha Villa, para que en ellos se haga el dicho Monasterio, doce solares á la larga que comienzan desde una calle donde está el solar de Christóval de Barrios y por la otra parte linda con la calle de Tehuantepeque é con dos calles que atraviesan por los

dichos solares y van á dar á otras dos calles principales, é por que de antes de agora el dicho Señor Alcalde mayor habia señalado para la fundacion del dicho Monasterio no mas de ocho solares, y porque para su morada y assistencia de dichos religiosos que .en adelante fueren ay necesidad de huerta donde puedan tener alguna recreacion y socorro para su sustento, los dichos Señores y Cabildo les dan y añiden otros cuatro solares mas, de manera que por todos son y hacen doce solares, los cuales dichos doce solares el dicho Monasterio su Mayordomo y Procurador ayan y tengan por suyos y como tales los percivan para siempre jamas; y se les mandó dar dellos título é possecion que aprehendieron ante mí.

"E yo el dicho escribano le dí tal segun ante mi pasó De que doy fe, y esta valga por tal, que es fecho el dicho dia mes y año de arriba, y en fe de lo cual fue aquí este + un signo en testimonio de verdad.

"*Francisco de Herrera*, Escribano publico y de Su Magestad."

Por el anterior documento se ve que por Julio de 1528 se hizo el reparto de solares de Oaxaca, siendo su alcalde mayor, el primero despues que se erigió con autoridad real en villa, Juan Pelaez. Cortés deseaba que le hubiese pertenecido con las otras villas de su marquesado, por lo que no habia perdonado diligencia para evitar que se poblase en el lugar una villa de españoles, que temia justamente habian de ser un obstáculo á sus miras. Sus enemigos, que creian debilitarlo desincorporando de sus dominios la rica provincia de Oaxaca, renovaban en cada oportunidad sus esfuerzos para poblarla enviando colonias españolas. Ya hemos visto que miéntras Cortés estuvo ausente en Centro-América, establecieron de hecho la villa poniendo como primera autoridad á Andrés de Monjaraz, y pidiendo la necesaria autorizacion al rey de España. Tal peticion habia sido favorablemente despachada desde el año de 1526; pero en-

tretanto que la provision llegaba á su destino, Cortés, habiendo regresado de su expedicion á las Hibueras, despobló tercera vez la villa, poniendo sus administradores en Huaxyacac y en Tehuantepec. El cuidado de sus intereses obligó á este célebre conquistador en el siguiente año de 1527 á embarcarse para España, en donde negoció en efecto el marquesado del valle de Oaxaca, como pequeña remuneracion por los eminentes servicios que habia prestado á la corona de Castilla. Durante su ausencia, la audiencia, presidida por Nuño de Guzman, que habia quedado gobernando en México y que se mostraba más adversa aún á los intereses de Cortés que las autoridades anteriores, mandó poblar por cuarta vez la villa de Huaxyacac, dándole entónces el nombre de Antequera, con el fin, segun se dijo, de tener en respeto á los mixtecas y precaver las alteraciones de la tierra; mas en realidad, por agraviar á Cortés, irrogándole una injuria y causándole una pérdida que se creia de importancia, al mismo tiempo que adquirian la gloria de una fundacion que no les pertenecia y que servian al aprovechamiento de sus amigos y parientes. D. Antonio de Herrera dice [1] que "para pacificar la tierra, mandaron poblar en Guajaca, en el lugar que tenia este nombre, la Ciudad que llaman de Antequera, en la misma parte, á donde residia la guarnicion que tenia Moctezuma, con que juzgaban, que todo el reino mixteco estaria en sociego." En la residencia seguida contra los oidores Matienzo y Delgadillo, se les acusa de que "fizieron una villa en la dicha Provincia de Guaxaca, é quitaron al dicho D. Hernando Cortez los pueblos que tenia en la dicha Provincia despues que sopieron que se llamaba Marquez del valle de Guaxaca." Cortés, en carta dirigida á Cárlos V el 10 de Octubre de 1530, [2] dice: "luego que les constó la merced que V. M. me hizo del

1 Déc. 4, lib. 4, cap. 11.
2 Escritos sueltos de Cortés, pág. 181.

valle de Güaxaca, habiendo visto las proviciones originales, por que tuviese contradicion y por dar color á su dapñada voluntad fundaron una villa en el dicho valle y repartieron los pueblos del que yo tenia y V. M. me hizo merced, á los vecinos de la dicha villa, los cuales son todos hermanos, parientes, allegados de los dichos Presidente é Oidores." Cortés parece quejarse en otra carta, [3] de que se le hubiese llamado Antequera, como para dar á entender que no era lo mismo que Oaxaca, villa comprendida entre las de su marquesado; y sobre la eleccion del sitio y reparto de solares, dice:

"Los vecinos españoles de la villa de Antequera, que por premio *(apremio)* de los oidores pasados fundaron una aldea en el medio de los terminos y pueblo de Guaxaca, de que S. M. me hizo merced, para que hubiese título de mi marquesado, que con haberseme agraviado tienen solo los solares de sus casas, las cuales hicieron en sitio no bueno y en mas perjuicio de los naturales, pues para hacerlas los echaron de las suyas y les tomaron sus heredades, enviaron su procurador á esa corte para que se le diese título de cibdad, por que debajo deste nombre se pudiesen salvar de ser mio todo el suelo, pues S. M. me hizo mercedes de ello, y se les dieron provisiones para que ellos mismos entre si repartiesen ciertos saltos de molinos y tierra de labor y egidos para el pueblo, todo de la tierra de que S. M. me hizo merced, de como digo tengo mi título, por que de otro, pues ellos mismos viven en lo mio, no podian haberlo; y sin hacer caso de la Audiencia y de mi como parte, hicieron repartimiento y cada uno comenzó á romper su parte y usar dello, y para si solo trajo (Berrio, alcalde mayor puesto por la Audiencia), cedula en blanco

3 Carta al Presidente y Oidores del Real Consejo de las Indias, fecha en Tehuantepec el 26 de Enero de 1533. Escritos sueltos de Cortés, pág. 243.

para nombrar regidores, y vende los cargos tan publicamente, que dispone de los regimientos como si fuese una mercaduria. Yo he reclamado de todo y hecho mis requerimientos y protestaciones, y aprovecha tanto como si no se hiciese; y pues V. S. y mercedes saben que en el privilegio que S. M. me dió de la merced de los veinte y tres mil vasallos traia á Guaxaca, justo fuera que debajo de nombrarla el procurador Antequera, yo no recibiera tanto agravio, ó que ya que se ha hecho, se provea el remedio conforme á lo que el Lic. Núñez pedirá, que pedirlo ya en esta Real Audiencia es como lo que dicen en esos reinos, que en cierta parte ahorcan al hombre y despues se ve su justicia muy despacio."

El más completo desacuerdo reinaba, pues, entre Cortés y los pobladores de Antequera. Estos no solo se habian repartido solares atropellando los derechos de los indios á quienes despojaron de sus terrenos y arrojaron de sus casas por órden de la Audiencia, repartiendo corrientes y salto de agua para molinos, edificando granjas y tomando para sus haciendas los terrenos de los pueblos, sino que las rentas de estos pueblos que Cortés habia tomado para sí ó habia dado á sus amigos, ellos se las dividieron ó las adjudicaron al rey de España. Así Cuilapan y Teposcolula fueron en este tiempo la encomienda de Juan Pelaez, y Tehuantepec se determinó que perteneciese á la corona. Cortés por su parte habia negociado el título de marqués del Valle de Oaxaca, que le fué concedido el 6 de Julio del mismo año de 1528, haciendo comprender entre las villas de su mayorazgo Cuilapan, Etla, Tehuantepec y *Huaxyacac*, nombres que no significaban estrictamente para él los pueblos así llamados, pues quiso extender sus dominios á "Tuxtla, Jalapa, Tlapacoya, Talistac, Macuihuchil, Cimatlan, Tepecimatlan, Ocotlan, Tanquehaguay, Peñoles, Quaxulutitlan, Cuxutepeque, Tulzapotlan, Mietlan, Tacalula, Capotlan, Nexapa, Xilotepeque, Maxaltepeque, Teccistlan, Acatepeque y Texquilava-

ca." [1] Además, Cortés habia conseguido que le fuesen cedidos los resíduos de los productos, hechos los gastos de corregimiento, etc., de los pueblos de Tututepec, Mitla, Teococuilco, Teotitlan, Chichicapan y toda la Chinantla; [2] de manera, que con pequeñas limitaciones, se puede decir que era dueño, por donacion del rey de España, de todo lo que es hoy el Estado de Oaxaca.

Hernan Cortés era hombre demasiado práctico para tener su marquesado como un título de mero honor: así que, luego de haber retornado á México de su viaje á España, mandó cobrar los tributos de sus pueblos. De Tehuantepec, Cuilapan, Oaxaca, Temazulapan y otros lugares, salieron de dos en dos indios principales comisionados para dar la obediencia al marqués como señor y presentarle los tributos y alhajas de oro que pedia. En nombre suyo, Maldonado hizo alcalde de Tehuantepec á Francisco de Paz, que desempeñaba su encargo con escribano real, creaba fiscales y alguaciles, levantaba mojones, señalaba linderos, hacia repartimientos de indios, y entre otras acciones atrevidas derribó una horca levantada en nombre del rey y rehusó recibir á los visitadores y obedecer los mandamientos de las autoridades de Antequera. En Cuilapan, Diego de Guinea recogia para Cortés todo el oro que alcanzaba y hacia esfuerzos notables por ensanchar sus dominios; [3] y en Oaxaca, por órden del marqués, se acercaban tanto los indios mexicanos á la villa de españoles, que casi no podian éstos dar un paso fuera de sus casas sin tropezar con las de aquellos. Hasta hoy se confunden por la cercanía con la ciudad los pueblos de Xochimilco, Jalatlaco, San Juan Chapultepec, San Martin Mexicapan y Santa María del Marquesado.

Los religiosos dominicos entretanto, luego que recibieron

1 Doc. Inéd. de Indias, tom. 12, pág 561.
2 Id. pág. 338.
3 Id. tom. 13, pág. 182.

la donacion de los solares, convocaron á los indios mexicanos súbditos del marqués, suplicando les prestasen su ayuda en la edificacion de un convento. Con ellos, el diácono Minaya zanjó los cimientos, amasó el barro con sus propias manos, llevó sobre sus hombros los adobes, levantó los muros, débiles en verdad entónces, y fabricó en fin el templo y la casa que deseaba. Aquel primer convento, situado en el lugar que ocupó despues el que se conoció con el nombre de San Pablo, quedó irregular y poco seguro por la falta de pericia del diácono director. Los arquitectos y albañiles, á la sazon estaban atareados con la construccion de las casas que todos los vecinos se apresuraban á levantar en los solares que se les habia repartido; y aun sin este embarazo los religiosos nunca hubieran podido pagar el trabajo de estos artífices.

Miéntras Minaya trabajaba en el edificio material, Lucero discurria por los pueblos de indios zapotecas y mixtecas, evangelizando á los que hablaban el mexicano, y aprendiendo diligentemente los idiomas del país, sin perder de vista á los españoles, predicando y confesando casi en su totalidad á los habitantes de la villa. Cuando le pareció oportuno, se dirigió á México acompañado de Minaya, dejando en su lugar uno de los frailes que Betanzos habia sacado de la capital para su excursion por Guatemala.

6.—Los religiosos dominicanos de México resintieron algunas alteraciones en este tiempo por su gobierno interior, lo que retardó algunos años el regreso á Oaxaca de Lucero. La cuestion vital que se agitaba entónces era relativa á la forma de gobierno que regiria en lo sucesivo los destinos de la Nueva España. Los españoles estaban divididos en facciones. Los antiguos conquistadores deseaban gozar el fruto de su trabajo, repartiéndose los indios vencidos, con exclusion, á lo ménos en la parte más florida de la tierra, de los que habian llegado en tiempos más recien-

tes á México. La corte de España, que tenia resolucion de mandar soberanamente en las Américas, temerosa de que Cortés, si se le dejaba demasiada influencia, se alzara con los dominios que habia conquistado á fuerza de armas, no cesaba de enviar oficiales reales, revestidos de grande autoridad, que hiciesen contrapeso al marqués y á sus adictos. De esta suerte se formaron dos partidos, que por poco no llegaron á las manos, que cometieron grandes desórdenes, que se permitieron abusos inauditos, que recíprocamente se hicieron gravísimos males, pero que á los indios sobre todo causaron irreparables daños. En Oaxaca se hacia sentir notablemente la tiranía de algunos aventureros, que devorados por el hambre de riquezas, sacrificaban en los trabajos de las minas á muchos desgraciados, por lo que se hicieron necesarias ciertas ordenanzas correctivas que se publicaron entónces. [1] No estaban exentos de vejaciones los españoles mismos de las villas recientemente fundadas. Fuera del alcance de la vigilancia de las autoridades centrales de la nacion, Oaxaca, desde sus principios, ha sido oprimida por despreciables tiranuelos. De los que la gobernaron en tiempo del funestamente célebre Nuño de Guzman, no quedaron poco quejosos sus vecinos. Berrio, su alcalde y hermano del oidor Delgadillo, les hizo agravios de mucha consideracion, miéntras ejecutaba otro tanto en Villa-alta el teniente Delgadillo, hechura tambien del oidor del mismo nombre. [2] En vano fué que los agraviados hiciesen visible á la audiencia el daño que habian recibido, pues los delincuentes no recibieron castigo alguno. [3]

Cortés mismo, al desarrollar sus grandes pensamientos, no podia ménos de hacerse gravoso en extremo á los infe-

1 Los tres siglos de México, por el P. Cavo, lib. 3, núm. 4.

2 Bernal Diaz, c. 196.

3 Así lo dijeron los religiosos más autorizados entónces en México, en una representacion dirigida al rey de España en favor de Cortés. Se sabe que Berrio estuvo preso en 1530.

lices indios. Para llevar adelante los nuevos descubrimientos que premeditaba en la mar del Sur, daba calor en el puerto de Tehuantepec á la construccion de nuevas embarcaciones, trabajo cuya parte más fatigosa tocaba á los indios, que cortaban la madera y la conducian en hombros, lo mismo que la jarcia, artillería, etc., desde las costas del seno mexicano.

Cuando Cortés partió á España el año 1527, dejó en Tehuantepec cuatro navíos casi acabados, á que despues se agregó otro construido en el mismo puerto, convertido en astillero por el incansable capitan. Era el destino de estos buques seguir la estela de Saavedra, navegando en el Pacífico con rumbo á las Molucas. Cuando Maldonado, que por ausencia de Cortés entendia en estas obras, las vió terminadas y creyó que los navíos estaban ya en estado de emprender la proyectada navegacion, pidió algunos auxilios á la Audiencia, que léjos de concedérselos, redujo á prision al mismo Maldonado. Pueblos enteros tomaban parte diariamente en los trabajos del astillero; la Audiencia los mandó despedir: se habia hecho considerable acopio de víveres, armas, velas, jarcia y objetos de comercio; fué desamparado, robado y destruido: los maestros y oficiales que dirigian la obra permanecieron sin ocupacion un año entero, derramándose al fin por otros pueblos en busca de trabajo; y Maldonado, que á fuerza de oro pudo salir de su prision, fué condenado á pagar más de tres mil pesos de salarios que cobraron aquellos maestros por el tiempo en que nada hicieron: Cortés perdió más de veinte mil castellanos, y los navíos, podridos y comidos de broma, no sirvieron para cosa alguna. [1]

Esta adversidad no quebrantó el ánimo de Cortés que de nuevo empezó la construccion de cuatro embarcacio-

1 Carta de Cortés al emperador, fecha en Tezcuco, 10 de Octubre de 1530: se ve en los escritos de Cortés, pág. 187.

nes, dos en Acapulco y dos en Tehuantepec. Cárlos V era quien promovia estos viajes, deseoso de que se encontrase el estrecho que se sospechaba comunicaria el Atlántico y el Pacífico, así como de que se descubriesen nuevas tierras en el segundo de estos océanos. Cortés se habia comprometido á realizar el pensamiento, preparando en los puertos de Nueva España los buques necesarios, y en 1531 fué requerido por la Audiencia para que desempeñase su palabra. En consecuencia, venciendo gravísimas dificultades suscitadas á veces por la Audiencia misma, en Mayo de 1532 despachó, al mando de Hurtado de Mendoza, los dos navíos que tenia en Acapulco; y entretanto él quedó dando calor á los trabajos de construccion de los de Tehuantepec,[1] los que segun se prometia, se harian á la vela en Marzo de 1533.[2] Los navíos de Hurtado de Mendoza hicieron un viaje desgraciado: el uno se perdió; el otro cayó en poder de Nuño de Guzman que andaba entónces por Jalisco.[3]

La pérdida de Hurtado de Mendoza obligó á Cortés á enviar en su busca los dos navíos que ya estaban listos en Tehuantepec,[4] bien provistos de artillería, objetos de comercio, buenos marineros y setenta soldados. Al salir del puerto, apartó el viento las dos embarcaciones, llevando á la una "San Lázaro," que mandaba Hernando de Grijalva, y cuyo piloto era un portugués, Martin de Acosta, cosa de

1 Carta de Cortés al emperador, el 20 de Abril de 1532: se lee en los Escritos sueltos de Cortés, pág. 196.

2 Carta de Cortés al emperador, fecha en Tehuantepec, el 25 de Enero de 1533.

3 Los tres siglos de México, por el P. Cavo, lib. 3, n. 7.

4 Remesal dice, l. 2, c. 9, que los navíos que Cortés construyó en Tehuantepec, á pocos dias de haberse botado al agua se comieron de carcoma. Tal vez haya sucedido así con algunas de las embarcaciones que se construyeron ántes, pues consta que no solo estos navíos fabricó Cortés en esta villa.

doscientas leguas mar adentro en que se descubrió una isla que se llamó de Santo Tomás: recorrió Grijalva la costa desde los 16° latitud N. hasta los 23° 30′, describiéndola y marcándola en sus cartas. La otra, que mandaba Diego de Becerra, cuyo piloto era un buen cosmógrafo llamado Ortuño Jimenez, pudo seguir su rumbo; mas durante la navegacion, riñeron el piloto y el capitan; el segundo, que fué el vencido, fué arrojado á las costas de Jalisco con algunos franciscanos, miéntras el primero, prosiguiendo su navegacion, llegó á la bahía de Santa Cruz en la Baja California, en que murieron á manos de los indios muchos españoles, regresando solo siete á las costas de Jalisco. [1]

Tal desastre conmovió tanto á Cortés, que quiso abandonar los descubrimientos, conquistas y navíos y buscar fortuna en el comercio, probando reponer en esta nueva profesion las pérdidas pasadas. "Estando descuidado, dice en una de sus cartas, [2] de tornar tan aina este descubrimiento, por la mala dicha que en las dos armadas pasadas habia habido, de que ya he hecho relacion, y por haberme dejado muy gastado y aun cansado, habia acordado de tornarme mercader, y con un navío que me habia quedado, y otro que hacia enviar caballos y otras cosas al Perú para pagar las debdas que debia." Con esta intencion compró sesenta caballos, muchas armas, víveres y objetos de comercio para remitir al Perú; mas luego, mudando determinacion, se embarcó el mismo en tres navíos que tenia surtos en Chiametla, mandando que le siguieran otros que habia preparado en Tehuantepec. La desgracia se obstinó persiguiendo al gran conquistador, que sufrió, con los que le acompañaron, hambre y miserias indescriptibles en esta expedicion. Corrió válida en México la noticia de que habia

1 Bernal Diaz, c. 200.

2 Dirigida al Presidente y oidores de la Real Audiencia de Indias, de 8 de Febrero de 1534. Escritos sueltos de Cortés, pág. 262.

muerto, y ciertamente muchos de los suyos sucumbieron; mas él pudo regresar con vida para continuar construyendo navíos en prosecucion de su designio.

En efecto, luego que llegó hizo acabar los navíos que estaban ya en su astillero de Tehuantepec, los abasteció de mantenimientos y armas y los envió con gente suficiente al mando de Francisco de Ulloa hácia California. Tampoco en esta ocasion tuvo Cortés ventura. Una de estas embarcaciones, volviendo á las costas de Nueva España para dar noticia de las tierras descubiertas, fué tenazmente hostilizada por el virey D. Antonio de Mendoza; seguida por tierra desde Colima en una extension de más de ciento veinte leguas por tropas de caballería, la embarcacion se alejaba de los puertos, surgiendo en costas abiertas y bravas en que era maltratada por la resaca; un temporal le llevó las anclas y el batel: obligado entónces por la necesidad á entrar en el puerto de Huatulco, el piloto y los marineros fueron presos y el navío se perdió.

No quedó satisfecho con esto D. Antonio de Mendoza: adverso á estas expediciones de Cortés, para que no pudiese armar otros navíos preparados para ir en socorro de Ulloa, prohibió que persona alguna, sin su licencia, saliese de Nueva España, mandó á Gómez de Villafañe, corregidor de Guatemala, que en Tehuantepec se apoderase de los navíos, velas, jarcia y demás aparejos que allí estaban, é intimó graves penas á los oficiales y maestros si se atrevian á botar al agua los navíos ó á seguirlos construyendo. [1]

Como se ve, se obstinó el infortunio en perseguir á Hernan Cortés; pero Tehuantepec tuvo la gloria de haber contribuido á los descubrimientos de aquella época, saliendo de sus astilleros los navíos que hicieron conocer la navegacion de las Molucas, del Perú y de la Baja California. Al

1 Memorial sobre agravios que habia hecho á Cortés D. Antonio de Mendoza.—1540—Se lee en los Escritos sueltos de Cortés, pág. 299.

mismo tiempo, Huatulco comenzaba á ser frecuentado y daba esperanza de ser en el porvenir uno de los centros del comercio de las Américas. Durante las revueltas del Perú, varios navíos de la América del Sud llegaron á su excelente puerto: uno de ellos llevó á D. Hernando Pizarro de paso para España. Habiendo sido preso en Antequera, fué luego puesto en libertad por mandato del virey, pudiendo en consecuencia proseguir su marcha á Veracruz. D. Pedro de Alvarado, cuando pretendia descubrir nuevas tierras en el Pacífico, tambien aportó en Huatulco con trece muy buenos navíos para tomar tres mil tocinos, muchos novillos, puercos y carneros, semillas y otras provisiones acopiadas por el marqués del Valle; no consiguió abastecerse por habérselo impedido D. Luis de Castilla y Peralmindez Chirinos, por órden del virey, lo que, segun dice Cortés, fué causa del mal éxito de aquella expedicion. [1] Posteriormente, segun veremos, Huatulco fué invadido por escuadras de corsarios.

Los designios de Cortés fueron sin duda grandiosos; mas para su realizacion fué necesario que los indios viviesen doblados bajo el peso de un trabajo insoportable. Así es como muchos se hacen famosos con el sudor y las miserias de los pueblos. Ya por ese tiempo, la Providencia les habia suscitado insignes defensores en los religiosos de Santo Domingo. Fr. Bartolomé de Las Casas, dejando la toga de abogado por el hábito de religioso, con toda la energía de su ardiente espíritu, tomó á su cargo el amparo de los indios. Increible parece lo que trabajó en solicitud del bienestar de sus patrocinados. Tan pronto se le veia en México como en el Perú y en Guatemala. Solo á España hizo desde América más de doce viajes. Arrostrando el odio de los conquistadores que llegaron á lanzarle piedras siendo obispo de Chiapa, por todas partes clamaba con la vehemencia

1 Memorial pidiendo residencia contra D. Antonio de Mendoza.—1543.—Se lee en los Escritos sueltos de Cortés, pág. 325.

de su génio, que no eran las armas sino la predicacion el medio escogido por Jesucristo para la propagacion del Evangelio. En este sentido escribió muchos libros, de los cuales unos se dieron á la prensa y otros quedaron inéditos.

7.—Sea que los dominicos hubiesen inspirado semejantes ideas á Las Casas, ó que éste las comunicase á sus correligionarios, lo cierto es que todos participaban de sus simpatías, y con igual ardor trabajaban por los intereses de los indios. Aun á las otras Ordenes regulares existentes en América se hizo extensiva igual solicitud, de manera que si Las Casas, con ruda franqueza tenia valor para decir á Cárlos V en su presencia: "no pido para mí merced ni galardon alguno, y si alguna vez lo hiciese consiento en ser tenido como engañador; no me afano por el buen servicio de Vuestra Magestad, que por ello no me moveria de aquí á aquel rincon; lo que deseo hacer constar y es cierto, es que los indios han nacido libres, que lo son por naturaleza y que la religion á ninguno quita su libertad ni mete en servidumbre:" [1] los franciscanos, con más moderacion pero no con menor verdad, escribian al mismo emperador: "Menor mal es que ningun habitador del Nuevo-Mundo se convierta á nuestra santa religion y que el Señorío del rey se pierda para siempre, que el obligar á aquellos pueblos á lo uno y á lo otro con la esclavitud." [2] Los obispos de aquellos primeros tiempos, no fueron ménos celosos del bienestar de los americanos, y es muy honroso en verdad á los reyes de España, haber cedido á las inspiraciones de estos hombres eminentemente humanitarios, dictando leyes que aseguraron para siempre su libertad.

Entre las acertadas medidas tomadas á este fin, fué una enviar á México una Audiencia formada por hombres pru-

1 Remesal, l. 2, c. 19.
2 Cavo, l. 2, núm. 31.

dentes y juiciosos, cuya presidencia se confirió á D. Sebastian Ramirez de Fuenleal, obispo de la Española, persona llena de virtudes y cuyas nobles acciones merecen eterna gratitud. Este personaje, obligado por su amor á la justicia y á la humanidad, emprendió viaje á Oaxaca para remediar los abusos que viese y ordenar el gobierno de la provincia. [1] El lugar le pareció á propósito para residencia de un obispo, que luego pidió al emperador, y juzgando que su proposicion seria bien recibida, señaló el sitio en que debería levantarse la iglesia catedral. Por ese tiempo habiéndose rebelado los indios de Tepetotutla, el diligente Fuenleal los apaciguó sin estrépito y con la mayor brevedad. [2] Procuró además fomentar el cultivo de la cochinilla y el de las moreras para la cria del gusano de seda. Pero de este acontecimiento, así como de los que precedieron á la erecion en ciudad de la villa de Antequera, debemos hablar más extensamente.

Segun hemos visto, Cortés y los pobladores de la villa caminaban enteramente desacordes. Poco despues de haber vuelto aquel de España, y aun ántes de entrar en México, hallándose en Tezcuco, el 10 de Octubre de 1530, escribió al emperador quejándose de que la Audiencia, para dañarlo, habia fundado la villa, repartiendo todos los otros pueblos de su marquesado, con el fin de que "hoviese opositores é defendiesen la posesion, pues no era menester más de oponerse siendo ellos los jueces, á los cuales dieron, luego que en la tierra entré, mandamientos de amparo y con ellos me requirieron; por manera, que demas de haberme tomado toda cuanta hacienda, mueble y raiz yo dejé en esta Nueva España, me quitaron los dichos pueblos é me han dejado sin tener de donde haya una hanega de pan." Manifiesta despues en la misma carta confianza de

1 Remesal dice que fué toda la Audiencia.
2 Torquemada, l. 5, c. 10, y Antonio de Herrera, Déc. 4, l. 9, c. 141.

que á todo pondria remedio la nueva Audiencia que deberia sustituir á la que habia presidido Nuño de Guzman. La nueva Audiencia llegó en efecto; mas no fué del todo complaciente con Hernan Cortés. La primera contrariedad que tuvo fué relativa al ejercicio de su cargo de capitan general. Para reprimir la rebelion que todavía se agitaba en Oaxaca quiso poner en pié un cuerpo de tropas españolas; mas los oidores limitaron de tal suerte su autoridad, que se vió en la precision de apartarse del propósito.

Oaxaca continuaba en efecto siendo teatro de notables desórdenes. Por una parte los españoles procuraban utilizar sus encomiendas y adelantar los trabajos de las minas que habian descubierto, sacrificando á los indios y sacando de ellos las riquezas que derramaban pródigamente despues en México, miéntras los indios por otra parte, acosados por sus dominadores, empuñaban con frecuencia las armas para resistir á sus extorsiones y violencias. Coatlan habia quedado definitivamente consignado al erario real. El último de sus caciques, el veintiuno, contándolos desde el que habia fundado el pueblo, quien al bautizarse habia tomado el nombre de Fernando Cortés, gobernaba á sus vasallos bajo la vigilancia de los españoles, en nombre del rey de España, á quien pagaba el tributo que le habia sido señalado. Muerto el cacique, le sucedieron en el cargo de gobernador de indios sus descendientes en línea recta, D. Juan de Ayala, D. Angel Villafañe y D. Buenaventura Ayala y Luna. De la misma manera, D. Fernando de la Cueva quedó gobernando el pueblo de Amatlan, que tenia entónces cinco mil casas. Alonso Ruiz y su hijo Andrés Ruiz, fueron sucesivamente los encomenderos de Ozolotepec. Desde el tiempo mismo de la conquista, los españoles se establecieron en diez estancias en contorno de Miahuatlan, pueblo henchido entónces de habitantes que fueron la encomienda de Gregorio Monjaraz. Por algun delito que cometió, fué privado su hijo Mateo de Monja-

raz de la mitad de la encomienda, que se dió á Alonso de Loaiza. A Mateo siguió Gregorio de Monjaraz, despues del cual la media encomienda entró en la corona de Castilla. En la otra mitad de la encomienda, despues de Alonso Loaiza, siguió Diego de Loaiza y Paz, y Doña Juana de Calvo, su madre. En Miahuatlan, por 1530, encontró un indio el modo de insurreccionar á los miahuateques, ozolotepeques y coateques contra los españoles, acaudillándolos y haciéndose su soberano con el nombre de "Pitio." Esto acontecia al mismo tiempo que los chontales se mantenian independientes y que los mijes empuñaban de nuevo las armas amenazando acometer á la villa de San Ildefonso. Habiéndose internado mucho Alonso Tavera y otros seis españoles, llevando cada uno gran número de esclavos para el laboreo de minas en las montañas de las sierras netzichu y mije, los indios dieron sobre ellos, matándolos y amenazando acabar con la Villa-alta.

En la instruccion que dió Cortés al Lic. Núñez, su apoderado en la corte de España, sobre agravios que habia recibido, se lee: que "por esta revolucion y alzamiento, de que no poco temor ay en algunos españoles, al Marques le pareció de dar órden como la gente que ay en la tierra estoviese en hórden y á punto con sus armas y caballos que abia, lo qual el comunicó con el dicho Presidente é oidores, por que en los naturales de la tierra abia avido muchas señales de quererse alzar con muerte de algunos españoles y levantamiento de algunos pueblos, y con acuerdo de los dichos oidores é usando de su cargo de General, mandó pregonar que todos saliesen á la reseña, so cierta pena, y así salieron los dichos oidores y el Marques, y muchos no quisieron salir, á los quales el quisiera penar, y los dichos oidores no lo consintieron, á cuya causa se quedó sin dar órden ninguna para la defension de la tierra." Posteriormente se reunió varias veces Cortés con los miembros de la Audiencia, para discutir los medios de sofocar aquella rebelion; mas las

opiniones no se conformaron, [1] y el marqués, renunciando al deseo de dirigir personalmente la campaña, consagró sus atenciones á los navíos que, como se ha dicho, tenia en sus astilleros de Tehuantepec.

Otros capitanes, nombrados por el marqués, con instrucciones de la Audiencia, marcharon á combatir á los insurrectos de Oaxaca. [2] Estos, destrozando indios y derramando mucha sangre, vencieron, aunque no sin trabajo, á "Pitio," á quien con otros de los rebeldes condujeron en triunfo á México. [3]

La insurreccion de la sierra fué combatida por los vecinos de la villa de Antequera: así lo dice el Ayuntamiento de la misma villa en carta que dirigió á la Audiencia en 26 de Abril de 1531, carta que por pertenecer á los primeros tiempos de Antequera, se copiará aquí en parte. Dice así: [4]

"Ilustre y muy magnificos Señores.—El consejo, justicia é regimiento de la Villa de Antequera, del valle de Guaxaca, diez mil veces besan las manos de Vuestra Señoria y mercedes, por la buena voluntad con que an favorecido las cosas desta villa, segund que de muchas personas an sido infirmados, y en especial de Diego de Porras, regidor, que fué á esa cibdad por procurador della; y somos ciertos que, si de todo fuesen sabidores de quanto cumple al servicio de Dios Nuestro Señor y de su Magestad, é al bien é pacificacion desta villa é la Sant Alifonso de los zapotecas, é á las tierras é provincias á ellas comarcanas, con mucha mas eficacia serian favorecidas; y porque despues de la muerte de Alonso Tavera con los demas, en un pueblo que se dice

1 Coleccion de Doc. Inéd. de Ind., tom. 13, pág. 13.

2 Carta de Cortés al emperador, de 20 de Abril de 1532, enrte los "Escritos sueltos de Cortés," pág. 192.

3 Coleccion de Doc. Inéd. de Ind., tom. 9, págs. 210 y sigs.

4 Coleccion de Doc. Inéd. de Ind., tom. 13, pág. 182.

Tiltepeque de los zapotecas an muerto otros seis españoles que andaban á coger oro con muchos esclavos y porque fuimos muy informados que toda la tierra estaba alborotada, y por parte de la dicha villa de Sant Alifonso, que estaba en mucho peligro, pedido de parte de su Magestad socorro é favor; y conosciendo las muy justas ocupaciones que Vuestra Señoria y mercedes tenian, é asimesmo la calidad de los naturales desta tierra, con zelo de servir á su Magestad é no dar lugar á que los naturales pusiesen en obra su ruin propósito, fue acordado de que Juan de Valdivieso, alcalde, fuese con veinticinco hombres españoles é indios amigos á facer muestra, para que los naturales conosciesen que abia gente que resistiese su malvada intencion, y para que diesen favor á los españoles de la dicha villa de Sant Alifonso, segund veran por el traslado que les enviamos junto con esto, y el lunes que se encontraron veinte y cuatro dias deste presente mes recebimos junto.... (*roto*) Juan de Valdevieso é de Anton Perez, alcalde de la dicha villa de Sant Alifonso de los zapotecas....de Bartolomé Zárate que llevó cargo de los naturales amigos, esas cartas que con esta van refrendadas del escribano, del consejo por donde claro se conoce el claro servicio de Dios Nuestro Señor y de su Magestad y bien desta tierra que es permanezca aquí esta Villa como lo ahora está; y aunque no estoviera hecha y poblada muy cumplidero á servicio de Su Magestad poblalla; y ayer martes se despachó desta villa Lope de Sayavedra con otros diez hombres, para que con ellos se juntase con los otros que estan muy cerca de Tepeltolutla y hiciesen lo que mas le pareciese que convenia á servicio de Su Magestad; y en esta Villa queda poca gente, y esos que quedamos de noche nos velamos á caballo. Vuestra Señoria y mercedes deben mandar que todos los que tienen indios en comarca desta villa se vengan á residir á ella so graves penas, que no es justo que gocen de los indios quien no los ayuda á sostener." Se refieren á continuacion los

abusos que en Tehuantepec cometia Rodrigo de Paz y en Cuilapan Diego de Guinea, de que ya se habló ántes, y luego concluye así la carta:

"Y segund que del dicho Diego de Porras somos informados, en nombre desta villa ha sido suplicado para ante Su Magestad de ciertas cosas que el dicho D. Hernando Cortes trae de merced en su perjuicio; por que conviene á servicio de su Magestad hazelle dello larga relacion, é por que mejor se pueda efectuar y esta villa no pierda su derecho, acordose en su nombre de enviar con los dichos negocios al dicho Diego de Porras, el qual, aunque con mucha dificultad, lo ha acectado, por que con su ida creemos de quitar á Vuestra Señoria y mercedes de mucho trabajo como esta aparejado; por que les suplicamos que, ansí en dar licencia é facultad para que en nombre desta Villa el dicho Diego de Porras vaya á negociar lo suso dicho, como por todo lo demas que se ofresciere, Vuestra Señoria y mercedes favorezcan esta villa, pues es cosa en que tanto se sirve Nuestro Señor y Su Magestad, é por la pacificacion destas dos villas é sus comarcas, pues han visto con quand pocas novedades á...... *(roto)* naturales cometido tan grandes delitos y no los dejarán de hacer en tanto que la tierra no se acabare de asentar y poner en concierto. Nuestro Señor abmente y prospere, y las muy altas y muy magnificas personas de Vuestra Señoria y mercedes en su santo servicio. Desta villa de Antequera, miercoles veinte y seis de Abril de mil quinientos treinta y un años. De Vuestra Señoria y mercedes muy ciertos servidores, que sus ilustres y muy magnificas manos besamos.—*Juan Gutierrez Sedeño.* —*Pedro Pimentel.*—...... *(roto) deza Zamora.*—*Diego de Porras.*—*Cristóval Gil.*—*Martin de la Mesquita.*—Por mandado de los Señores justicia é Regidores, *Rodrigo Ramirez*, escribano publico é del consejo." [1]

1 Doc. Inéd. de Ind., tom. 13, pág. 182.

Se advierte en el último párrafo que los alcaldes y regidores de Antequera trabajaban activamente no solo por sustraerse del dominio del marqués, sino tambien por engrandecer su villa á costa del marquesado. Cortés era dueño del valle, de los pueblos asentados en él, y aun del suelo de la villa, por donacion que le habia hecho el rey de España, título cuya legitimidad no podian desconocer las autoridades establecidas, pero cuyo sentido y extension le era vivamente disputado. Cortés, con el nombre de Cuilapan, hacia comprender tambien en sus dominios á los pueblos de Ocotlan y Miahuatlan; los alcaldes de Antequera, por el contrario, no solo ejercian su autoridad en Cuilapan, sino que pretendian estarle sujetos los indios de Tehuantepec. En esta última villa no consentian los mayordomos de Cortés alguaciles ni visitadores reales, ni dejaban usar varas de justicia por el rey; [1] recíprocamente en Antequera eran vejados los agentes y procuradores del marqués, como aconteció á Diego del Castillo, persona considerada entónces, quien por haber hecho á los alcaldes un pedimento firmado por el Lic, Sandoval, "en lugar de respuesta le prendieron y tuvieron en la cárcel pública y con grillos, y le condenaron en penas, y no se hizo más caso del pedimento." [2] Cortés cobraba para sí el tributo de los pueblos de su marquesado: los vecinos de Antequera tenian tal procedimiento por un atentado contra los derechos reales, digno de ser condenado por la Audiencia de México á la que como tal lo denunciaban. [3] En fin, la Audiencia suplicó al

1 Así lo dicen los alcaldes de Antequera en la carta citada.

2 Carta de Cortés al presidente y oidores de la Real Audiencia de México.—Escritos sueltos, pág. 256.

3 En la informacion hecha en México sobre obsequios de los indios á Cortés, se lee la declaracion de Juan Pelaez de Barrio, que en la parte relativa á Oaxaca, es así: "E que asi mismo sabe este testigo, que despues desto, en el mes de Henero del año de quinientos é treinta é uno, estando este testigo en la villa de Guaxaca, supo de los Señores del pue-

rey en nombre del Ayuntamiento de Antequera, fuesen revocadas las mercedes concedidas á Cortés que cedian en perjuicio de la villa, levantó informacion sobre los puertos de mar y calidad de los pueblos que constituian el marquesado, privó á éste de muchos pueblos sujetos ó anexos á Cuilapa, Tehuantepec y Oaxaca, erigió á otros en corregimiento, y finalmente, dirigió á la corte de España informes no del todo satisfactorios á los intereses del marqués. "No

blo de Cuylapa, é de Guaxaca é de Etla é de otros del Valle de Guaxaca, como todos avian recogido cantidad de oro en tejuelos, é cuentas, é tigres de oro é otras joyas para lo traer al dicho Marques; é en la manera como lo supo es queste testigo tenia á cargo en nombre de su Magestad los pueblos de Cuylapa é Guaxaca, que estaban en su cabeza é cobraba dellos los tributos, é quando llego este testigo al dicho Guaxaca, que iva desta cibdad, no halló en los dichos pueblos á los Señores dellos, é preguntando donde estavan, le dixeron que heran venidos á servir á su amo el Marques á México, é que ya el rey no hera su amo, é este testigo les pidió el tributo que debian á su Magestad entonces, é la Señora de Cuylapa le respondió que de donde se lo abian de dar, que todo lo abian traido al dicho Marques; é que este testigo, por se mejor informar, hizo venir á un fraile dominico, que se dice Fray Cristoval de Hontiveros, delante de su vicario, é fizo venir allí la Señora de Cuylapa, para le reñir, porque sin licencia deste testigo abia venido á México, pues heran de Su Magestad, é la Señora respondió é dixo que Guinea, questaba allí por mayordomo de las haciendas del dicho Marques, se lo abia mandado que fuesen á ver al Marques, é que heran suyos, é que asi como tuvieron nueva quel Marques venia, fueron dos principales del pueblo de Cuilapa é otros dos del pueblo de Guaxaca é asi de los otros pueblos á ver al dicho Marques al puerto por mandado del dicho Guinea, y estos indios volvieron á Guaxaca despues de venido é desembarcado el dicho Marques, é lo dixeron á los Señores de los pueblos del Valle, é quel Marques los llamaba, é así le fueron á ver, todo lo qual este testigo supo de la Señora de Cuylapa é de otros principales de los dichos pueblos, por que se lo dixo delante de los dichos frayles; é allí se les preguntó enteramente de lo que abian traydo al dicho Marques, é la Señora dixo que ciertos tigres de oro grandes é otras joyas, que son las que ha dicho, y el dicho Fray Pedro le dixo á la dicha Señora, diciendole palabras feas: *por que no decis la verdad, que yo lo vi fundir, y por que no das el tributo que debes al Rey;* y ella dixo que queria que le hiciese ella, é

sé, decia éste en carta al Consejo de Indias, [1] que necesidad hay destas cosas, pues creo que allá ni acá no se debe sentir el Emperador nuestro Señor que la merced que me hizo con todo lo en la villa nombrado, fué sin conocer la cuantía della; pues al tiempo que se me dió declaré la calidad de cada cosa y lo que era puerto; y lo que habia en cada pueblo, y sobrel, y sabido esto, se me dió el privilegio de merced de que cada dia me quitan un pedazo."

El Municipio de Antequera envió persona competente, Diego de Porras, que ante el rey hiciese valer sus derechos y pidiese para la villa gracias y excepciones. Cediendo, en efecto, Cárlos V á las representaciones de los vecinos de Antequera que rehusaban estar sujetos á otro que no fuese el mismo rey, la separó de las que habia concedido á Hernan Cortés. Mas como, á pesar de esto, quedaba tan cercada por los terrenos del marqués, que por todas partes era necesario cruzarlos para entrar en ella, el 25 de Abril de 1532, la reina Doña Juana, á solicitud del mismo Regimiento de Antequera, despachó cédula, concediendo á ésta para ejidos, dehesas, huertas, estancias, haciendas, etc., la merced de una legua de terreno en torno de la poblacion española; mas como esta concesion perjudicaba los derechos de los indios y del marqués, se opuso éste á que la villa entrase en posesion de aquella gracia. El vecindario se quejó á la Audiencia real, que en el siguiente año de 1533 despachó provision para que el marqués y sus

que no tenia que dar, é que Guinea estaba enojado y el dicho Marques, é queste testigo encargó á los Señores é principales de Tequantepeque que ivan á ver al dicho Marques, é les preguntó donde ivan, é le dixeron que á México á ver al Marques, que decian que hera venido de Castilla é traya pobreza; é questo fué público en toda esta tierra, é aun en Teposcolula fueron mensajeros de México á llamar á los Señores de Teposcolula, que hera deste testigo, que viniesen á México; é questa es la verdad, &c." Colec. de Doc. Inéd. de Ind., tom. 12, págs. 536 y 537.

1 Escritos sueltos de Cortés, pág. 246.

apoderados se abstuviesen de inquietar al municipio en la posesion y uso de las gracias concedidas. Se siguió por este motivo un litigio cuyo resultado fué adverso á la Villa de Antequera. [1]

En la misma fecha, 25 de Abril de 1532, en Medina del Campo, concedió Cárlos V á la villa el título de ciudad, con excepcion de treinta años de la paga de servicio ordinario, [2] encomendándose su gobierno político á su cabildo y Regimiento con dos alcaldes ordinarios de annua eleccion y un alcalde mayor que al principio fué eleccion del virey, haciendo el nombramiento desde 1677 el rey de España.

En obispado fué erigido Oaxaca por Paulo III en el consistorio secreto celebrado el 21 de Junio de 1535. La bula de ereccion comienza con estas palabras: *Illuis fulciti præsidio.* Se le llamó Antequera, por la semejanza que algunos españoles encontraron con Antequera de Andalucía.

Fué su primer obispo Fr. Francisco Jimenez, religioso franciscano residente desde el año 1524 en México, que con el P. Valencia, llegó á predicar el Evangelio recientemente concluida la conquista. Al pedir Cárlos V al Sumo Pontífice que se erigiese el nuevo obispado de Oaxaca, presentó á este religioso: mas fuese porque la muerte se anticipó, ó porque no aceptó la dignidad episcopal, Jimenez no llegó á consagrarse.

En España se comprendia la necesidad de erigir nuevas sillas episcopales, pues era demasiado extenso el territorio de la Nueva España para que dos obispos solos, el de México y el de Yucatan, pudiesen atender á todas las necesidades; pero la mirada del rey no se habia fijado en Oaxaca para centro de la diócesis, sino en Goatzacoalcos. Así es que entre las instrucciones que dió á su embajador en Roma el conde Cifuentes, una de ellas era, que significase

1 MS. de la Biblioteca de Santo Domingo de Oaxaca.

2 D. Antonio de Herrera. Déc. 5, lib. 2, c. 8.

al pontífice que: "habiendo muchos dias que habia mandado poblar de cristianos la provincia de Guazcalco, y hasta ahora no se habia proveido Prelado en ella: por la relacion y confianza que tenia de la vida y meritos de Fr. Francisco Jimenez de la orden de S. Francisco, y que haria mucho fruto en la conversion de los indios naturales de aquella provincia, así por su buena doctrina, como la experiencia que tenia de sus calidades y condiciones: y para que en ello hubiese mejor aparejo, le presentase á su santidad en su nombre para obispo de aquella provincia, con los límites que por entonces y para adelante se señalasen por su persona real ó por el Supremo Consejo de Indias, con facultad que los limites de el se pudiesen alterar y mudar cuando y como adelante pareciese convenir," encargándole además que "procurase que en el despacho de las bulas hubiese brevedad." [1] Segun dice Levanto en sus manuscristos, se despachó la bula por el Sumo Pontífice el 14 de Enero de 1534, erigiendo el obispado de Oaxaca y nombrando por su primer obispo á Fr. Francisco Jimenez, quien, porque no aceptó, ó porque murió ántes que le llegasen las bulas, no llegó á consagrarse. Tal vez, sin embargo, el obispado se confirió con el nombre de Goatzacoalcos, y á esto se debe la variedad que se nota en los historiadores respecto de la diócesis de Jimenez, á quien unos hacen obispo de Yucatan y otros de Tlaxcala. [2] Si esto pasó así, la idea de formar un obispado en Goatzacoalcos quedó tan grabada en el ánimo del rey de España, que al despacharse las bulas del Sr. Zárate, se le encargó "señalase juntamente con la real Audiencia los límites del obispado (de Oaxaca) y de los de México, Tlaxcala y *Guazacoal-*

1 Herrera. Déc. 5, l. 6, c. 14.

2 Vease á Betancourt. Crónica de la Provincia del Santo Evangelio, pág. 81, en donde dice que Jimenez fué electo obispo de Oaxaca por cédula de 14 de Mayo de 1534 y que murió el 31 de Julio de 1537.

co:" [1] aunque mejor se diria que el Sr. Zárate fué el primer obispo de Oaxaca, y que Jimenez fué electo obispo de Goatzacoalcos ó Tabasco, diócesis que el rey de España trataba empeñosamente de erigir, [2] pues algunos años despues, á la venida del virey Enriquez, se despacharon aún bulas para el obispado de Goatzacoalcos en favor de Fr. Domingo Tineo, religioso dominico, que habia fallecido un año ántes. [3]

9.—El Illmo. Sr. D. Juan López de Zárate, varon de prendas, santo y muy docto, licenciado en teología y en ambos derechos, y canónigo que habia sido de la catedral de Oviedo, que sin duda alguna fué promovido en 1535, al entrar en su diócesis encontró que otros operarios habian comenzado á desmontar el terreno en que él deberia plantar la celestial viña. Betanzos regresó de Guatemala á principios de 1531, y dejando en Oaxaca dos de sus religiosos, marchó á México y de allí á Roma, en 1533, para tratar negocios importantes de su Orden. En todo este tiempo Lucero permaneció en la capital de Nueva España, obligado por el precepto de los superiores. Fué hasta 1533 cuando vió segunda vez la villa zapoteca. Era tan general y excelente el concepto que habia logrado este religioso, que cuando se supo en Oaxaca su aproximacion, el ayuntamiento en cuerpo y casi todos los vecinos salieron á su encuentro, manifestando al verlo, que se honraban con llevar á sus labios los andrajos que vestia. El convento edificado dos años ántes estaba bien conservado por la solicitud de los republicanos, pues los dos frailes que habia dejado Betanzos, al saber que éste marchaba á Roma, habian salido en su seguimiento. El 7 de Noviembre de este

1 Herrera. Déc. 5, l. 9, c. 1.
2 Cedulario de Puga, t. 1, págs. 322 y 323.
3 Remesal, lib. 10, c. 20, núm. 4.

mismo año de 33, los alcaldes Francisco Flores y Sebastian de Grijalva, Francisco Alavez y Salas, alguacil mayor, el capitan Juan de Porras Alvarado, Diego de Orozco, Bernardino de Santiago, Cristóbal Gil y otros regidores dieron dos solares, agregándolos á los doce cedidos con anterioridad, á fin de que ampliasen su templo. Lucero construyó además seis celdas de dos varas y media en cuadro, para habitacion suya y de tres compañeros, y reasumiendo su antigua vida, comenzó de nuevo á evangelizar á los pueblos.

A solicitud de Cortés se establecieron algunos dominicos en Etla, edificando iglesia de paja como entónces era posible, en lo más fértil del pueblo que se llama Natividad, como quinientos pasos abajo de la actual. En Tlacochahuaya y en Teotitlan del Valle se oyó tambien esta vez la voz del cristianismo. Lucero llegó en algunas de sus correrías hasta la Villa-alta. Los esfuerzos principales del ardiente misionero se dirigian á la conversion de los indios; pero aunque algo hubiese adelantado en el conocimiento del idioma zapoteca, aún no podia hacerse entender con perfeccion, lo que le obligaba á buscar otros medios de conseguir su intento. Con trazos no muy delicados, pues jamás habia tocado los pinceles, pintaba los principales misterios de la fé, exponiéndolos despues á la vista de los indios. Debe creerse que por este camino poco adelantaban los indios en el conocimiento de las instituciones católicas.

Para que se tenga una idea de las dificultades con que luchaba para hacerse entender y persuadir los dogmas y la moral cristiana, copiaremos las siguientes líneas de Dávila Padilla, que contienen curiosos pormenores sobre la predicacion evangélica en aquellos tiempos. [1] "Traia el cuidadoso predicador una esfera, cuya novedad causaba

1 Las tomamos de los Anales del Museo. Tomo 1, ent. 5, págs. 206 y 207.

mucho contento á los indios, y su declaracion mucho provecho. Dábales á entender cómo el sol y los demás planetas no hacian mas que lo que Dios les mandaba, dando vueltas al mundo y sirviéndole con su luz. Manifestaba cómo toda la máquina de los cielos y tierra estaba sujeta á que en un punto la deshiciese Dios, como lo hizo." ......
"Para dar esto mejor á entender traia pintada su doctrina en unos lienzos grandes, y en llegando á cualquier pueblo hacia luego colgar la pintura, para que todos la viesen: y en habiendo despertado deseos de entenderla con la dificultad que causaba el ignorarla, cogia el bendito maestro una vara en la mano con que les iba señalando y declarando lo que significaba la pintura. En un lienzo llevaba pintada la gloria de Dios entronizado en el cielo empíreo, adorado de ángeles y reverenciado de Santos; entre quien ponia algunos indios, declarándoles que habian sido los que, recibiendo la fé, habian vivido segun ella hasta la muerte. Asistian los ángeles con varios instrumentos músicos y cantos de alabanza, que significaban el regocijo de los bienaventurados en la presencia de Dios. En el propio lienzo estaba pintada la pena de los condenados en oscuro fuego del infierno, que sin dar luz abrasa en aquella carcel perpetua, donde con la vista de horribles demonios y varios géneros de tormentos pagan los malos los pecados que en esta vida cometieron. Estan tambien pintados en aquel lugar miserable, indios y indias, declarándoles el predicador, que habian sido los que no habian recibido la fé, y los que recibida, quebrantaron los mandamientos de Dios y murieron sin penitencia."

"En otro lienzo grande traia pintadas grandes aguas, que significaban las mudanzas y poca firmeza de la vida presente. En las aguas andaban dos grandes bergantines, que los indios conocian por nombre de canoas, y llevaban muy diferente gente y derrota. En el un bergantin iban caminando hácia lo alto indios y indias con sus rosarios en las ma-

nos y al cuello, unos tomando disciplinas y otros puestas las manos orando, y todos acompañados de ángeles que llevaban remos en las manos, y los daban á los indios para que remasen en demanda de la gloria, que descubria en lo alto del lienzo los principios de la que estaba en el otro cumplidamente pintada. Estaban muchos demonios asidos de aquella lancha, deteniéndola para que no caminase: y á unos derribaban los ángeles y á otros los mesmos indios con las armas del santo rosario. Unos perseveraban con rostros feroces en la procecucion de sus asechanzas, y otros se volvian confusos y rendidos, apoderándose del otro bergantin á donde se hallában contentos y quietos como cosa suya. Iban en este, indios y indias, embriagándose con grandes vazos de vino. Otros riñéndose y quitándose la vida, y otros en deshonesta compañía de hombres y mujeres, que se daban las manos y brazos. Estaban los ángeles volando sobre esta infernal barquilla, y los desventurados que en ella iban tan atentos y cabisbajos á sus entretenimientos, que dejaban por espaldas las inspiraciones que los ángeles traian de parte de Dios, dándoles rosarios: y ponian los tristes sus ojos y manos en los vazos de vino que los demonios ofrecian á unos; y en las mujeres que presentes estaban á otros. Remaban los demonios en este su bergantin con grande contento y porfiadas fuerzas, significando sus ansias por llegar al desventurado puerto del infierno, que estaba comenzado á pintar en una esquina baja del lienzo, y proseguido en otro. Con grande sentimiento y viveza de espíritu representaba el siervo de Dios la lástima que tenia y debian todos tener á los condenados, y la santa envidia que los bienaventurados provocan en la seguridad eterna de sus gozos." [1]

Al inconveniente de la ignorancia en el idioma se agregaba la escasez de sacerdotes, que imponia al religioso la

1 Fr. Agustin Dávila Padilla, lib. 1, cap. 81.

obligacion de recorrer los pueblos sin detenerse en ninguno. Es verdad que sus costumbres puras y severas, su templanza, desinteres, incansable actividad, mansedumbre y dulzura, contrastando con la licencia y rapacidad de otros españoles, no podia ménos que conmover á los indios. ¡Qué diferencia entre la suavidad humilde de Lucero y la crueldad feroz de Pacheco, que los hacia despedazar por hambrientos mastines! Mas como, á pesar de todo, apénas entendian lo que aquel religioso les decia, su predicacion más bien puede llamarse una preparacion al Evangelio que el Evangelio mismo. En estos ejercicios perseveró hasta el año de 35 en que regresó á México para la eleccion de vicario provincial. En esta vez fué destinado á la mixteca, sustituyéndole en Oaxaca Fr. Tomás de San Juan, que se hizo famoso en ese tiempo por su devocion al rosario.

10.—En aquel tiempo se disputaban los frailes la ventaja en las penitencias y virtudes propias de su estado, en la modestia, humildad, suavidad en las palabras, valor en el sufrimiento y presteza para acudir al socorro de las necesidades de sus semejantes. Con estas armas llegaron en 1538 á Tehuantepec. Esta poblacion, como se ha dicho, era una de las villas del marquesado de D. Fernando Cortés, quien procuró desde el principio aclimatar en las inmediaciones ganado del que llegaba de España, formando estancias que se conocen aún con el nombre de Marquesanas. La misma granjería estableció en Jalapa, otra de sus villas, de cuatrocientos vecinos, regada por dos hermosos rios; pero no recogió mucho provecho, porque sus mayordomos, léjos de la vigilancia del marqués, sangraban las haciendas en utilidad propia. A mediados del siguiente siglo, apénas nacian por año seis ó setecientas cabezas de ganado lanar. [1]

1 Burgoa. Palestra Indiana.

Igual fortuna corrieron las cuadrillas empleadas por Cortés en las inmediaciones de Tehuantepec, en recoger arenas de oro. Segun la cuenta que se liquidó á Cristóbal Molina, mayordomo de este ramo, en 28 de Setiembre de 1543, solo se habian recogido en seis meses de trabajo cosa de seiscientos pesos. La cortedad de estos productos hicieron abandonar este ramo allí. [1]

El rey de Tehuantepec, como se ha dicho, habia abrazado el cristianismo, siendo probable que otros muchos imitasen su ejemplo. Algunos sacerdotes habian estado allí de paso, como Fr. Bartolomé Las Casas, Fr. Luis Cancer, los padres Minaya y Angulo, quienes predicaron el Evangelio; pero no habiendo permanecido mucho tiempo entre aquellos indios, la semilla de la divina palabra no produjo todo el fruto que fuera de desear. Los primeros que residieron en Tehuantepec con el carácter de vicarios, fueron Fr. Gregorio Beteta y Fr. Bernardo de Alburquerque.

El primero era uno de esos hombres incansables en la prosecucion de un pensamiento y cuyo destino providencial parece ser el martirio, cuando no la realizacion de grandes hechos. Reunia á notables talentos, conocimientos abundantes en las ciencias sagradas y una constitucion capaz de todas las fatigas. Para convertir almas, que era su más ardiente deseo, emprendió largos viajes, siendo el más notable el que quiso llevar á cabo por tierra desde México á la Florida. Como es de suponer, no tocó el término que se proponia; pero en el camino, á los salvajes, entre los cuales atravesaba, dió algunas luces de las verdades del Evangelio. Fué el primer apóstol y celosísimo pastor de los tehuantepeques. Murió en el convento de San Pedro mártir de Toledo, el año de 1562. Escribió "la doctrina cristiana" en lengua zapoteca.

Como del segundo tendrá que hablarse despues con ex-

1 Alaman, Disertaciones, t. 2, pág. 77.

tension, solo se notará aquí, que durante su permanencia en Tehuantepec, habiendo concedido el rey de España que los religiosos edificasen conventos en los pueblos de indios á mocion de Cortés, Cosijopii construyó á su costa el magnífico que se admira hasta la fecha, ordenando además que el barrio de San Blas, que se componia de pescadores, llevase á los religiosos diariamente el pescado necesario para que se sustentasen ocho personas y los sirvientes que tuviesen. Regaló tambien muchos objetos de valor que fueron destinados al culto católico. Este acontecimiento debe haber tenido lugar el año de 1544 y siguientes, pues la cédula real se expidió en Valladolid á 7 de Setiembre de 43. [1]

11.—No era menor la actividad que desplegaban estos religiosos por la mixteca: habia convento en Yanhuitlan, pues el vicario de esta casa, Fr. Dionisio de Rivera, dió el hábito, á 6 de Enero de ese año, á Fr. Dionisio de la Anunciacion, y poco despues á Fr Vicente de San Pedro. Los primeros que predicaron el Evangelio allí, segun dice Burgoa, Francisco Marin y Pedro Fernandez, frailes dominicos, comenzaron por Acatlan sus excursiones apostólicas, se detuvieron algun tiempo en Chila y penetraron despues á Yanhuitlan. Siendo insuficientes estos religiosos, á instansias del Sr. Obispo Zárate, y de acuerdo con el virey, se dirigieron al mismo lugar otros dos frailes, Domingo de Santa Maria y Gonzalo Lucero.

Fr. Domingo era natural de Jerez de la Frontera y de la noble familia de los Hinojosas. En sus primeros estudios descubrió bellos talentos. Vino á México deseoso de adquirir riquezas; pero conmovido por un sermon que oyó al V. P. Betanzos, cambió de propósito y recibió el hábito de religioso. En las mixtecas residió un año, discurriendo por los pueblos en solicitud de los indios. Aprendió con perfec-

1 Burgoa, Palestra Indiana, cap. 9.

cion el idioma, y más adelante dió á la prensa un diccionario que utilizaron sus sucesores. Con Fr. Pedro Fernandez se fijó en el pueblo de Yanhuitlan, que tenia entónces doce mil familias.

El primer cuidado de estos sacerdotes, despues del que les inspiraba la conversion de los infieles, fué el de edificar un templo en que adorar al Sér Supremo y reunir al abrigo del sol á los neófitos que trataban de instruir en las reglas de la vida cristiana. Obtenida la licencia del vicario provincial y el consentimiento del virey, pusieron manos á esta obra. Pero el encomendero del lugar, hombre de estrecho corazon, les rehusó todo favor, por lo que la primera casa que fabricaron fué de paja, como lo habia sido la de Oaxaca.

No era menor el ardor que desplegaba Fr. Gonzalo Lucero. Para comprender el género de vida que acostumbró al cumplir la mision que le confiaron sus superiores en órden á las mixtecas, es preciso arrojar una mirada á los innumerables pueblos que él primero y despues otros convirtieron al cristianismo. El país vasto de las mixtecas estaba entónces muy poblado por muchos miles de idólatras, obstinados en sus errores y apegados á sus antiguos vicios. Todo el que conozca la naturaleza del hombre, podrá medir en toda su magnitud la firmeza con que se adhiere el corazon á las creencias religiosas de la infancia, tanto más queridas cuanto mejor favorecen las pasiones: enormes eran las dificultades que Lucero deberia superar. Sin embargo, dos hombres, Fr. Gonzalo uno de ellos, sin armas ni poder, persuaden á casi todos los mixtecas que rompan sus tradiciones, despedacen sus ídolos, abandonen sus costumbres libres y adopten la severa ley cristiana: esto es un milagro en donde quiera que se verifique, en Roma como en Oaxaca. El hecho es incontestable: las mixtecas fueron atraidas dulcemente á la fé por la palabra de un humilde religioso.

¡Pero cuánto sacrificio y qué abnegacion no fueron necesarias para dar cima á la gigantesca empresa! Fr. Gonzalo carecia de necesidades personales: sin calzado marchaba entre las ciénegas ó sobre los riscos; vestia un hábito hecho girones por el uso; su lecho era la superficie de la tierra y su almohada el primer madero ó la primera piedra que alcanzaba la mano. Tal desprendimiento y olvido de sí mismo estaba acompañado de tal solicitud por el bien espiritual y temporal de los indios, que no podian ménos éstos de quedar admirados. A todas partes acudia: visitaba y curaba á los enfermos; bautizaba á los niños; á unos enseñaba los rudimentos de los dogmas; rebatia los errores de otros con mansas razones, y á todos persuadia, de la manera más dulce é insinuante, que adorasen á Jesucristo. Todo esto hacia sin faltar á sus mortificaciones ordinarias y sus fervorosas oraciones, tan frecuentes, que por ellas mereció el honroso nombre de "amigo de Dios." Su residencia habitual fué Tlaxiaco, en donde tambien fué sepultado su cadáver. Su muerte fué sentida y llorada generalmente, y el Sér Supremo dió una muestra de que sus obras le fueron aceptas: dos años despues de sepultado, se encontró su cadáver íntegro y fresco, gloria ilustre propia de los bienaveturados. Se le depositó en esta ocasion en más digno lugar, al cuerno derecho del altar de la capilla, cubriéndose su sepulcro con una losa en que se lee esta inscripcion:

HIC JACET.
FR. GUNDIZAL' LUCERO
OMNIUM VIRTUTUM
RELIGIONISQUE SPLENDORE
EGREGIÉ PRÆDITUS.

CAPITULO XIII

EL ILUSTRISIMO SEÑOR ZARATE.

1. Don Juan López de Zárate, primer obispo de Oaxaca.—2. Padecimientos de los indios.—3. Tributos que pagaban.—4. Carta del Sr. Zárate.—5. Modo de ser de Oaxaca en ese tiempo.—6. Trabajos del clero en defensa de los indios.—7. Los caciques de Tlacochahuaya y Nochistlan.—8. Fr. Benito Fernandez.—9. Los indios intentan darle muerte.—10. Fr. Benito en los adoratorios mixtecas.—11. Muerte de este religioso.—12. Insurreccion de los indios.—13. Se pide la ereccion de algunas fortalezas en Oaxaca.

1.—El Sr. obispo D. Juan López de Zárate llegó á Oaxaca por los años de 1536 á 1538, pues hay alguna variedad. Tenia instruccion científica bastante para el desempeño de su alto ministerio, y se hacia recomendable por algunas virtudes, entre las cuales sobresalia su misericordia y compasion para con los indígenas, llevando su desprendimiento al extremo de despojarse de sus vestidos para socorrerlos. Dejó fama en la diócesis de predicador apostólico, por los sermones é instrucciones que frecuentemente hizo, tanto en la ciudad como en todo el obispado, cuyos límites fijó por especial comision de Roma y Madrid. Personalmente trabajó mucho, pues todo lo tenia que crear y organizar en una iglesia nuevamente fundada y compuesta en su mayor parte de indios aún idólatras; pero se le debe más por las acertadas medidas que adoptó para multi-

plicar y hacer útiles las fatigas de su clero. Comprendia las atribuciones de su dignidad y queria desplegar su autoridad superior, no mirando los mezquinos resultados de su accion aislada, sino haciendo mover en armonía los resortes de la religion y de la sociedad.

Nombrado obispo, reunió y llevó consigo algun número de clérigos resueltos á permanecer con él en su diócesis. En Oaxaca recorrió los principales pueblos sometidos á su vigilancia, dividiendo las parroquias y dando á cada una su pastor. En Ocotlan colocó un párroco, dos en la Villa-alta, distribuyó otros por la mixteca, y para Cuilapan designó á uno de sus capellanes, persona docta, á quien ofreció una canongía luego que la catedral quedase apta para el culto.

Observó que sus clérigos eran insuficientes para las necesidades de su dilatada diócesis, por lo que, para no carecer de operarios, suplicó al virey é instó al provincial de dominicos, enviasen á Oaxaca mayor número de regulares.

Los frailes de Santo Domingo recorrian los pueblos sin hacer mansion en ninguno, de lo que resultaba que los efectos de su predicacion no tenian consistencia. El señor obispo, para remediar este mal, con los de México y Tlaxcala recabó cédula del emperador, en que se mandaba que los religiosos residiesen y edificasen conventos en los pueblos de indios á costa de sus encomenderos.

2.—El negocio más grave que apremiaba el celo y los cuidados de los obispos y religiosos de aquel tiempo, era la suerte de los indios contra cuya libertad y bienestar atentaban continuamente los españoles. Dividíase la sociedad entónces en dos clases solamente: la de los dominadores y la de los vencidos, y la condicion de los últimos no podia ser más miserable: imbuidos aún en sus viejas supersticiones, de que no habian tenido tiempo de salir, si estaban libres de que sus fieros sacerdotes los sacrificasen en sus templos, habian caido por otra parte en manos de unos

vencedores frecuentemente sin misericordia. Los encomenderos, no solo los despojaban de todas sus alhajas de valor, no solo los obligaban en las minas y en la agricultura á trabajos muy superiores á sus fuerzas, sin darles alimento alguno, sino que les daban tal tratamiento, que ni siendo esclavos hubieran merecido. Para que no se crea que exagero, copio las palabras de Burgoa:

"Los miserables indios salieron de aquel intolerable yugo (de la idolatría) para pasar á otro, si no tan sangriento, mucho más general en la crueldad, pues aquel no le llevaban los reyes y Señores exentos por su autoridad, y á queste rindieron las coronas y nobleza, tan miserablemente sujetos, que la esclavitud era exempcion y la defensa culpa capital para el suplicio, tan irracional, que los despedazaban en raciones para sustentar mastines." [1] En comprobacion de que hubo españoles que se permitieran tan incalificable maldad, cita Burgoa como testigo de vista á Fr. Bartolomé Las Casas; y pudiera agregarse á Remesal que refiere hechos semejantes, perpetrados en Chiapa en los tiempos mismos en que él escribia su historia. [2] Pero si por ser religiosos dominicos y por lo mismo ardientes defensores de los indios, se juzgan parciales y poco dignos de fé los tres autores citados, ninguna tacha se opondrá á la autoridad del Sr. Alaman, escritor juicioso que si se inclinó alguna vez en sus obras históricas á una parte mejor que a otra, no fué ciertamente á la que favorecia á los indios Hablando este sabio mexicano de los excesos de toda clase á que se abandonó la Audiencia presidida por Nuño d Guzman, dice que, por órden de Delgadillo fué violad cierta especie de monasterio de Tezcuco, en que se edu caban nobles mexicanas, viudas ó doncellas, bajo la d reccion de una señora respetable. Dos jóvenes indias d

1 Burgoa. Palestra Indiana, c. 10.
2 Remesal, lib. 6, c. 20, núm. 6.

buen parecer fueron extraidas de esta casa y conducidas por el hermano del mismo Delgadillo, nombrado justicia mayor de Oaxaca, á esta ciudad "haciendolas llevar en hombros de indios por el camino, así como tambien sus perros, los cuales se divertian en lanzar sobre los desgraciados indios." [1] Eran estos perros feroces, adiestrados para la guerra y de que ya vimos el uso que hizo Gaspar Pacheco, persiguiendo á los indios en Villa–alta.

Si no todos los españoles llevaban su barbarie á ese extremo, los más moderados no se afrentaban de dar á los indios un trato que hubiera sido brutal para un esclavo. "Era comun sentir entre ellos, vuelvo á citar á Burgoa, que á los indios no se les podia mandar ni pedir cosa por bien, y quieren que el indio, por naturaleza libre, esté tan sujeto al mandato del más vil negro esclavo, y que obedesca con tal prontitud, aunque tenga mucho que hacer, y sin hacer distincion del noble al plebeyo, en su tierra dada por Dios, que si se escusa ó rehusa el trabajo, es inmediato el apremio con el agravio á bofetadas y empellones, quitándoles la ropa y el sombrero, para que sobre el rigor de la ofensa, el despojo los mueva á la puntualidad del servicio, que á veces manchados con sangre, no por eso rediman la injuria de palabras con que les pagan el rendimiento."

Aún habia eclesiásticos que participaban de estas opiniones y sentian semejante desprecio por los indios, aunque moderándolo por sentimientos de religion y moralidad que no podian ménos de abrigar. D. Pedro Gómez Maraver, dean de la catedral de Antequera, ministro celoso del catolicismo en Oaxaca, y que despues, en el año 1545 fué promovido á la mitra de Guadalajara, de que fué primer obispo, [2] en carta dirigida al rey de España el 1° de

1 Alaman. Disertacion cuarta, pág. 258.

2 El Sr. Gómez Maraver, era natural de Granada. En su obispado dió su nombre á un cacique, convertido por él al cristianismo, de quien

Junio de 1544, se esfuerza en persuadirle que declare por esclavos á una parte de los indios, es á saber, "los que se levantaren ó por delitos merescieren muerte criminal cometidos contra españoles" y que los demás "se repartan perpetuamente entre los conquistadores y pobladores, conforme á la calidad y servicios de cada uno," creyendo que de otro modo la Nueva España seria "un monstruo, todo pies," quedando en ella los caballeros y gente noble afligidos por miserable pobreza é igualados del todo con los indios. Dice, que los indios son "gente bestial, ingrata, de mala inclinacion, mentirosa, amiga de novedades, muy desvergonzada y atrevida, y tanta y en tan excesivo modo, que si el temor de las leyes y justicias no los apresase y la poderosa mano de Dios no los detuviese, no habria un solo soplo;" y luego asegura que "pues tenemos por esperiencia que nunca el siervo hace buen jornal ni labor, si no le fuere puesto el pié sobre el pescuezo, ni estos naturales seran cristianos ni estaran subjetos al dominio de V. M. si unas veces no fuesen opresos con la lanza y otras favorecidos con amor y justicia." [1] El mismo Gómez Maraver confesaba sin embargo, la utilidad que reportaban los españoles del trabajo de los indios, afirmando, que no teniendo aquellos "otra renta, hacienda ni grangeria para sustentamiento de sus mugeres é hijos y los grandes gastos desta tierra, por ser los precios escesivos, sino tener indios encomendados, sin ellos no se puede hacer heredad, labranza ni grangeria, mas antes lo comenzado se perderá por falta de quien lo sustente."

3.—Los indios eran, en efecto, un manantial de riquezas y el cimiento sobre que levantaban su fortuna los es-

descienden los Maraver de Tlajomulco. Vease á Herrera, Déc. 7, lib. 10, c. 13.

1 Se lee toda la carta en la Coleccion de documentos inéditos de Indias, t. 8, pág. 199.

pañoles residentes en Oaxaca. No solo por respirar el ambiente puro, ni por contemplar el trasparente cielo de Antequera se determinaron á permanecer en ella sus primeros pobladores; la esperanza de un dorado porvenir era principalmente lo que allí los lisonjeaba. Cada uno de ellos poseia un repartimiento de indios que diligentemente explotaba en beneficio de su caudal. Las mercedes [1] que la autoridad les concedia para sus haciendas y labores, eran despojos de los terrenos de los indios; terrenos que beneficiaban los indios mismos, sin otra renumeracion que el roce que tenian los españoles y la enseñanza política y religiosa que podian recibir con esa ocasion. Además, los indios construian las casas en que habian de vivir los españoles, las reparaban cuando estaban ya deterioradas, prestaban importantes servicios domésticos, y en los caminos sustituian ventajosamente con el nombre de tamemes, á las béstias de carga. Esto último estaba prohibido por repetidas cédulas reales, sin embargo de lo que, los vecinos de Oaxaca continuaban cargando á los indios como si fuesen caballerías. No todos los españoles eran sin embargo igualmente sus opresores; algunos habia dotados de sentimientos humanos y que cediendo á las amonestaciones de los frailes, los trataban como si fuesen hermanos. Francisco de Sevilla, que sin duda era uno de éstos, siendo alcalde de San Ildefonso, prohibió severamente que fueran vejados los indios. Los vecinos de Villa-alta representaron al virey D. Antonio de Mendoza, que si no contaban con los servicios de éstos, se verian obligados á despoblar la villa. El virey mandó practicar una informacion, [2] y poco despues

1 No solo concedian estas mercedes los vireyes, sino tambien los alcaldes mayores que ponia en Tehuantepec el marqués del Valle, por lo que D. Luis de Velasco, en 1555, libró mandamiento prohibiendo esa práctica como abusiva.

2 El mandamiento que para que se practicara esta informacion libró el virey, es el siguiente: "Yo D. Antonio de Mendoza, hago saber á vos

confirmó lo que habia dispuesto Sevilla fallando en favor de los indios.

Además de todo esto, los pueblos tenian que tributar al mismo tiempo á sus antiguos señores y á los encomenderos y que contribuir á los gastos del culto y sustento de los sacerdotes que se iban estableciendo entre ellos. Estos tributos eran regularmente fijos; mas solian variar en perjuicio de los indios por abuso de los caciques y de los encomenderos. En 1550, Bartolomé Sanchez pidió que el pueblo de Coyotepec, su encomienda, le aumentase la comida,

Francisco de sevylla alcalde mayor por su magestad en la provincia de los zapotecas de la nueva españa que por parte de la justicia é Regidores é vezinos de la vylla de Santalefonso de la dicha provincia me fué fecha Relacion diziendo que ya me costaba como los vezinos de la dicha villa tenian sus casas pobladas con sus hijos é mugeres en la dicha villa de diez y seys años á esta parte en servicio de su magestad padeciendo y pasando muchas necesidades é que á causa de ser los naturales de la dicha provincia velicosos é yndomiticos é de poco trabajo é biciosos en los pecados contra nuestra santa fé católica é que trabajando en ello no podia ser sino que tomasen muchas cosas de nuestra santa fee por que trataran con los españoles que á ella Residen é que vos os abiades querido entremeter á les quitar á los dichos vezinos los yndios que asi les benian á fazer é Reparar las casas en que biben que eran de paja é cada un año tenian necesidad de las Reparar y Remediar y les abeis mandado que no lo hagan de lo qual los dichos vezinos Reciben mucho daño demas de ser muy pobres y demas que los dichos naturales tomaban buenos exemplos y dotrinas é se haria domesticos tratando como trataban en este los españoles é si asi no lo hiziesen se harian yncorregibles como antes lo sabian ser por que no habia gente mas yncorregible en esta nueva españa é que demas desto á los naturales de la dicha provincia les benian provecho é utilidad por que ponian morales é cañaberales de azucar é hazian heredades á los vezinos de la dicha provincia é que tomarian la policia dello de que podian ser probedyados é que asi mesmo abiades mandado é vedado que los vezinos de la dicha vylla é provincia no enbiasen yndios nyngunos por tamemes de que de mucho tiempo tenian por costumbre de ymbiar de unas provincias á otras cargados de bastimentos é probeymientos necesarios así de lana como de algodon é puercos é otras cosas que trayan en la provincia de Guaxaca que son

" ya que el era uno de los primeros conquistadores de aquella tierra, ya que tenia muchos hijos y padecia necesidad, ya que los indios podian dar mas de lo que daban." [1] Los guatinicamames estaban encomendados desde 1536 á un español, Juan Antonio, que no satisfecho con exigirles grandes cantidades de cacao, ropa, gallinas y otras cosas, les daba un tratamiento brutal, en términos de morir algunos á consecuencia de los golpes y de quedar despoblado el pueblo de Jocotepec, huyendo por temor los indios, á los montes. En 1551, elevaron éstos algunas quejas y se decretó prision contra él; [2] mas permanecia cuatro años despues poseedor de la encomienda, pues de sus rentas mandó sustraer el virey D. Luis de Velasco, veinte pesos que con otros ciento treinta que se tomaban de los tributos rea-

beynte é cinco leguas poco mas ó menos donde son naturales los dichos yndios é que si esto se les quitase no se podrian sustentar ny bibir ni la dicha vylla por ser la dicha vylla tierra estéril é fragosa é ynabitable é de grandes sierras é que se despoblaria é me pidió é suplicó lo mandase Remediar mandando os que consintiesedes todo lo suso dicho é no se lo proibysedes ó á lo menos entretanto que fuese ynformado de lo suso dicho mandase que no se probeyese lo suso dicho mandando os que sobreseyesedes lo que teneys mandado é que ellos se sirviesen de los dichos yndios como hasta aquí lo abian hecho por ser ia servicio de dios nuestro señor é de su magestad demas de la dicha policia é buenas costumbres que deprenderian tratando con los españoles é no tratando con ellos se bolberian á sus sacrificios é ydolatrias porque la tierra era aparezida para ello por ser como es la dicha provincia é naturales della yndomitos y desconocidos de nuestra santa fee en la qual se yndustrarian é por mi visto lo suso dicho mandé dar este mi mandamiento en la dicha rrazon por el qual oos mando que luego que os sea notificado veades lo suso dicho y acerca dello enbieys ante mi Relacion particular de cada cosa de lo suso dicho é de lo que os pareciere que se debe proveer acerca dello fecho en mexico á 21 del mes de agosto de 1543 años don antonio de mendoza por mandado su señoria antonio de turcios." (Apuntes manuscritos sacados del Archivo de la Nacion por el Sr. Estéban Cházari).

1 Archivo Nac., vol. 3, fol. 140, vuelta.

2 Id., vol. 3, fol. 307, vuelta.

les que pagaban los mismos pueblos, completasen el honorario de Bartolomé Sanchez Reina, clérigo, primer capellan ó párroco de los guatinicamames. [1]

Tambien se quejaron los indios del Valle de Oaxaca de que los encargados de cobrar los tributos del marqués, les aumentaban inconsideradamente las sementeras; mas léjos de recibir alivio, por representacion de Juan de Albornoz, alguacil mayor de la ciudad, mandó el virey, en Febrero de 1551, que todos los pueblos aumentasen sus siembras anuales, porque la "República desa Cibdad padece mucha necesidad, así por los pocos bastimentos como por los muchos pasajeros que por ella ban á guatimala é provincia del peru é á otras partes." [2] Los mexicanos del marquesado eran además perjudicados por los mixtecas de Cuilapan que se metian en sus terrenos y se apoderaban de ellos por fuerza; por los de Huejotzingo, Tlaxcala, Tehuantepec y otros lugares distantes que se establecian de asiento entre ellos sin contibuir á los gastos comunes, [3] y por los negros, meztizos, y aun españoles é indios que salian á los caminos y recorrian la plaza del mercado, despojándolos violentamente y sin solucion de precio de las gallinas, pescado, maíz, trigo y otros objetos, desazonándolos de modo que no concurrian ya á los tianguis en los dias establecidos. [4]

4.—Una carta escrita el 30 de Mayo de 1544 á S. A. por el Sr. obispo Zárate da cumplida idea de lo que era la ciudad de Antequera en ese tiempo. En el órden religioso se notaba falta de sacerdotes. La diócesis era tan exten-

1 Archivo Nac., vol. 4, fol. 207, vuelta.
2 Id., vol. 3, fol. 67.
3 Id., vol. 3, fol. 289.
4 Id., vol. 3, fol. 289, vuelta.
5 Se lee en la Coleccion de Doc. Inéd. de Ind., tom. 7, pág. 542 y siguientes.

sa que bien merecia dividirse en tres. El terreno era tan quebrado que pocos se atrevian á cruzarlo, y los eclesiásticos tan poco numerosos, que de los dominicos solo se contaban ocho, repartidos en dos conventos, uno en la ciudad y otro en las mixtecas. Estos frailes se ocupaban de aprender los idiomas del país, de que ya habian compuesto dos vocabularios, zapoteca y mixteca, en instruir en la fé á los infieles, en administrar el bautismo y el matrimonio y en otras obras igualmente útiles; mas no habiendo separado á los convertidos de los infieles, unos y otros vivian confundidos en la misma adoracion de los ídolos, como cuando no habia cristianos. Era necesario que el rey enviase nuevos religiosos que se estableciesen de un modo permanente y edificasen casas, pues como los dos monasterios que ya tenian, podian levantar otros doce que formasen provincia independiente de la de México. No era ménos necesario el envío de clérigos que viviesen entre los indios con el carácter de párrocos inamovibles, pues se contaba hasta entónces con muy escaso número de ellos. Habian sido presentadas cuatro personas para dignidades de la catedral y otras cuatro para las canongías; pero "algunos huelgan mas de tomar partidos de pueblos que no de servir á la iglesia, otros estan en la Ciudad de México y Sanabria dejó la canongia por ser cura." Contaba ya la iglesia con un órgano y estaba bien servida; mas para la conversion de los indios eran necesarios otros clérigos celosos que pudieran sustentarse con el producto de los diezmos, pues él solo no podria recorrer toda la diócesis ni pagar visitador, pues sus rentas eran tan escasas, que apénas le bastaban para comprar el vino y el aceite indispensables.

En el órden temporal no era ménos lamentable el estado de Antequera. El virey no lo sabia ni ponia remedio porque no visitaba la ciudad, á causa de no estar aún bien deslindados los terrenos del marqués y los que pertenecian á la corona. Antequera pertenecia al rey; Oaxaca era del

marqués, pero Oaxaca y Antequera eran una misma cosa. La ciudad fué asentada donde está "maliciosamente por hacer mal al marqués; pero la malicia redunda sobre los pobladores que cayeron en el hoyo que aparejaban para otros," porque habiendo crecido los indios y cercado por todas partes á la ciudad, los españoles no tenian salida alguna para sus ganados ni terrenos en que sembrar ni la ciudad contaba con ejidos, dehesas ni propiedad alguna de que disponer, teniendo que proveerse de mantenimientos á precio de oro de mano de los indios. Dueños éstos de sus propiedades, vendian tan caras las semillas, que una fanega de trigo llegó á valer un peso y una fanega de maíz medio peso. De aquí no pudo resultar sino el empobrecimiento de la ciudad, cuyos vecinos ricos, unos con sus tesoros se ausentaron, otros murieron y sus intereses perecieron, y los demás se apresuraban en sus corregimientos y encomiendas á enriquecerse para alejarse, quedando en la ciudad solo treinta vecinos que vivian sobresaltados por las inquietudes de los indios y que al fin tambien se ausentarian. Los indios sufrian algunas vejaciones porque los españoles "no pueden dejar de les hacer daños con sus estancias y ganados, que no hay donde estén sino en la tierrra de los naturales." Además, los corregidores habian de "cobrar á dia dado el tributo para lo entregar á los oficiales, y lo han de llevar hasta Mexico: y sinó lo lleva ó lo invia, lo destruyen, y por dar buena cuenta para que le den otro año corregimiento, ha de encarcelar los indios y no les puede dar espera;" si bien tienen éstos tal seguridad del favor que las autoridades les dispensan, que " maltratan á los españoles y se atreven á prenderlos, y los atan y por poca cosa saben llevarlos ante la justicia."

Se ve por el extracto que se acaba de hacer de la carta del Sr. Zárate que si, como afirma Burgoa, fueron quinientas las primeras familias que poblaron Antequera, se habia reducido este número en términos de quedar en 1544 solo treinta vecinos españoles. Se ve tambien la facilidad con que

aprendieron á defenderse los indios de las agresiones de los españoles, llevándolos á los tribunales, entablando demandas y sosteniendo litigios, cuyo término regularmente, por el favor de las autoridades, no les era adverso. Poner en juego los recursos legales combinados con los de la astucia y del ingenio en guarda de los intereses, era más propio del carácter taimado y socarron de los zapotecas que ofrecer la resistencia ruda, pero franca, que habian usado siempre los mixtecas. Habia en aquellos indios una inclinacion latente á este género de contiendas, que se manifestó con motivo de la proteccion que les dispensó la corte de España. Encontrando buena acogida, compasion por sus miserias y determinacion de protegerlos en los vireyes y las audiencias, creyeron haber descubierto el medio de prevalecer sobre sus dominadores, y comenzaron esa interminable série de pleitos judiciales que han atormentado perpétuamente á los propietarios de Oaxaca y que mantienen aún inseguras las propiedades rústicas. Los conquistadores consiguieron formar estancias, labores y haciendas en los terrenos de los indios y trasmitir á sus descendientes tales fincas; mas no alcanzaron á descubrir el modo de poseerlas pacíficamente, pues los pueblos colindantes han tenido siempre camino de introducirse en sus terrenos, apoderarse de ellos por la fuerza y de promover al menor reclamo largos y costosísimos litigios.

En la época de que se viene hablando no cesaban de llegar representaciones y quejas á los vireyes Mendoza y Velasco, no solo del valle sino de toda Oaxaca, por injurias que recibian de los españoles y aun de otros indios. En 1550, los de Yanhuitlan se quejaron de haber sido atacados á mano armada por los de Teposcolula, cuando iban á la obra del templo que estaban edificando. [1] El 19 de Marzo de 1543, los del pueblo de Zitatlan, sujeto á Huatulco,

1 Arch. Nac., vol. 3, fol. 201, vuelta.

cuyo corregidor era entónces Enrique de Canseco, se quejaron de que los de Huamelula se metian en dos estancias que tenian llamadas Totolapan y Ealotepec. [1] En 1554 nombró el virey juez de comision á Alonso de Buiza, alcalde mayor de la provincia de los zapotecas, para que visitase las estancias llamadas "Almolongas," "La Ventosa" y las demás que tuviese el marqués del Valle, inquiriendo si era cierto que se sostenian con gran daño de los indios, como ellos decian, para poner el remedio conveniente. [2]

Otro juez equitativo y recto, el Dr. Antonio Rodriguez de Quesada, oidor de la Real Audiencia de Nueva España, por especial comision del rey habia visitado poco ántes las posesiones del marqués, dictando providencias acertadas para que los indios no fuesen recargados de contribuciones ni faltasen por eso rentas al marqués, á los religiosos dominicos y al abatido rey de Tehuantepec, D. Juan Cortés Cosijopii. Reconociendo á éste los servicios importantes que habia prestado en la pacificacion, así de los pueblos zapotecas como de la provincia de Guatemala y otras, mandó que fuese tenido como señor natural de los tehuantepecanos sujetándose á su mando [3] y pagándole tributo anual, con prohibicion sin embargo de que fuesen obligados á trabajos personales sin la debida remuneracion. [4] De un modo semejante ordenó contribuciones en favor del marqués del Valle. A los cinco pueblos que tenian los huaves prescribió que diesen una carga anual de cien pescados por persona para beneficio de los pasajeros, sustento de los religiosos y utilidad comun. Con el mismo fin de atender á las necesidades generales, mandó que entre todos los indios de Tehuantepec beneficiasen una sementera de cua-

1 Arch. Nac., vol. 2, fol. 86, vuelta.
2 Id., vol. 4, fols. 27 y 87.
3 Id., vol. 4, f. 138.
4 Id., vol. 4, f. 142.

trocientas varas en cuadro, [1] prohibió que hubiese regatones ó revendedores y desterró de la villa á los españoles, mulatos y mestizos que no vivian castamente. [2] Ordenó además que de las rentas de Cortés se tomasen anualmente doscientos pesos para pagar un "maestro español que entienda en la obra de los monasterios" de Tehuantepec y Jalapa, y ciento sesenta fanegas de maíz, sesenta fanegas de trigo, doce arrobas de vino y doce de aceite, veinticuatro libras de cera, cuarenta arrobas de lana, doce de sebo y diez puercos para sustento de los religiosos y sostenimiento del culto. [3]

5.—En el gobierno civil la autoridad real se iba sobreponiendo poco á poco á las pretensiones del marqués y de los encomenderos. El poder de éstos se iba debilitando cada dia, miéntras la primera se robustecia, concentrándose á pocos pueblos. En la ciudad, por 1550, fué juez de composicion, y en 1551, corregidor D. Luis de Leon Romano, persona muy activa y celosa del bien público. [4]

Le sucedió en el corregimiento Juan Bautista Avendaño, en el año de 54. Los corregidores de la Chinantla, Utzila, Ojitlan y Ayutla, se habian ido ausentando de sus partidos, por lo cual, el corregidor de Villa-alta, que se llamaba entónces provincia de zapotecas, mijes y chontales, extendia su jurisdiccion, por 1555, á todos estos lugares y á la mitad de la provincia guatinicamame, miéntras á Bartolomé de Camas, alcalde mayor de Teposcolula, se le daba juris-

1 Arch. Nac., fol. 141.
2 Id., vol. 4, fol. 144.
3 Id., fol. 139.
4 Los indios mexicanos anotaron el arribo á México de Leon Romano en estos términos: "*8 Pedernal (1552). Llegó aquí D. Luis de Leon Romano, quien buscó muchos medios de discordia.*" (Anales mexicanos ms. en la biblioteca del Sr. Agreda.) En Oaxaca se condujo muy bien con los indios.

diccion sobre las posesiones de D. Tristan de Arellano, la mayor parte de los pueblos de la mixteca y muchos de la sierra.

En beneficio de Oaxaca sus escasos pobladores habian abierto ya en este tiempo algunos caminos y trabajaban activamente por dejar otros en estado de ser transitados cómodamente y sin peligro. En 1554, la ciudad se quejó de que habiendo abierto á su costa el camino que conduce á Tehuacan, lo habian puesto intransitable los ganados, por lo que Mendoza ordenó que fuese compuesto por los pueblos del paso, bajo la pena de cien pesos de oro. [1] El mismo virey habia mandado, en 1550, á Gaspar de San Martin, coregidor de Nochistlan, que compusiese el que va de Zapotitlan á la ciudad, [2] y en 1551 al corregidor de Villa-alta que reparase los que de allí conducen á Guaspaltepec, la Chinantla, Tehuantepec y la ciudad. [3] Se sabe además que Oaxaca y Tehuantepec eran entónces continuamente transitados por los que iban de México para Guatemala y el Perú, lo que demuestra que los caminos no eran inaccesibles.

Las minas se trabajaban activamente, al principio de la conquista, segun el antiguo método de los indios, es decir, recogiendo arenas de oro en algunos rios y fundiéndolas despues. Alaman dice, que Cortés tenia cuadrillas empleadas en recoger arenas de oro en las inmediaciones de Tehuantepec. [4] Parece que despues se explotaron algunos filones, pues desde 1543, el alcalde mayor de Villa-alta recibió órden de ver un sitio que habia pedido Luis de Lizana para fundir y beneficiar metales de una mina que habia descubierto en términos de Ocotepec. [5]

1 Archivo Nacional, vol. 2, fol. 334, vuelta.
2 Id., vol. 3, fol. 188.
3 Id., v. 2, f. 333.
4 Tomo 2º de sus disertaciones, pág. 74.
5 Archivo nacional, vol. 2, fol. 167.

En lo que sin duda Oaxaca estaba notablemente adelantado era en la agricultura. Se cuenta que todo el trigo de México procede de tres semillas que un esclavo de Cortés se encontró casualmente en el bolsillo y sembró en el pueblo de Tepeaca. La tierra de Oaxaca pareció á sus primeros conquistadores apropiada para el desarrollo de esa semilla. Ya hemos visto los esfuerzos que hacian los pobladores de Oaxaca para repartirse saltos de agua y levantar molinos; una de las acusaciones que hicieron al marqués en su residencia, fué haber despoblado la villa, sin embargo de parecer tan acomodada para formar grandes sementeras de trigo. Cortés lo mandó sembrar en el valle de Etla y cosechaba cantidades suficientes para proveer á las necesidades de la ciudad y aun para remitir á otros pueblos, pues el Dr. Quesada, en su visita de Tehuantepec, ordenó que los religiosos dominicos recibiesen el trigo que les habia señalado en "Guaxaca, donde el marqués lo tiene en abundancia, porque al presente no se hace trigo en estas tierras."

Ya hemos visto que los vecinos de Villa-alta enseñaban á los indios el cultivo de la caña de azúcar. Las vides, dice el Sr. Zárate, [1] que no se pudieron lograr "aunque las han puesto con no pocos gastos y trabajos y con demasiadas pasiones con los naturales y criados del marqués." En las mixtecas habian prosperado extraordinariamente las moreras y los gusanos de seda, de la que se recogia y beneficiaba no escasa cantidad. Muchos árboles frutales tambien habian sido trasplantados á Oaxaca, y aun se cultivaban con el mejor éxito en los jardines delicadas flores europeas.

Varios son los que se han atribuido la gloria de haber trasportado y conseguido reproducir estas plantas bajo el benigno clima de Oaxaca. Uno de ellos, Alonso Figue-

1 Carta ya citada.

rola, era clérigo instruido, pero que gustaba de vivir en movimiento, sin adquirir estabilidad en ningun lugar. Habia sido capellan del almirante D. Fadrique. Por inspiraciones del Lic. Lujan, se determinó á pasar con el primer virey á México. Agraciado por el rey de España con la chantría de la catedral de Oaxaca, permaneció algun tiempo en esta ciudad; mas habiéndose ausentado despues más de un año por la inquietud de su carácter, el Sr. obispo Zárate, que abrigaba sospechas de que fuese fraile, lo privó de la canongía, de lo que Figuerola quedó resentido y quejoso, Durante su permanencia en Oaxaca, recorrió la tierra en busca de piedras preciosas: asegura él que "en términos de la mixteca hallo rastro de rubies y cerca de un rio cantidad de zafiros." En Tonalá descubrió tambien heliotropo ó girasol, piedra preciosa llamada así por Plinio, "en pedazos tan grandes como la cabeza de un hombre:" descubrió igualmente turquesas y amatistas y en Nejapa grandes pedazos de hermosa ágata. Enseñó á los indios á vidriar el barro, que ántes, dice, "daban medio peso por una olla mediana y no tenian un plato en que comer sinó venia de Castilla." Enseñó tambien el canto y la música, y por mandado del obispo de México "escribió un libro para instruir á los indios en criar la seda hasta teñirla." [1]

El otro es el religioso dominico Fr. Jordan de Piamonte, de quien dice Remesal [2] que llevó de España para Oaxaca semillas de árboles frutales y de las flores más estimadas en Europa, las que con su esmerado cultivo prosperaron tanto que en el año de 46 pudo ya de sus jardines proveer de semillas al convento de dominicos de Chiapa, desde donde pasaron despues á Guatemala y Honduras, siendo en consecuencia deudores los habitantes de Centro-América

1 Doc. para la Hist. de Méx., tom. 3, pág. 530.
2 Remesal, lib. 7, cap. 21, núm. 4.

á Fr. Jordan y á los jardines de Oaxaca, del placer que disfrutan con el aroma del albahaca, las azucenas, rosas alejandrinas, etc. [1]

Es probable que además de estas dos personas hayan procurado tambien otras la aclimatacion en Oaxaca de plantas exóticas. Consta que Francisco de Herrera, escribano de la ciudad, se habia dedicado á cultivar las plantas que no eran conocidas en la tierra, para cuyo fomento, el 21 de Junio de 1543, el virey le concedió una caballería de tierra, en virtud de la cédula real siguiente: "El Rey—Don Antonio de Mendoza nuestro viso Rey é gobernador de la nueva españa é presidente de la nuestra audiencia y chancilleria Real que en ella Reside francisco de herrera nuestro escribano del número y consejo de la cibdad de antequera me ha fecho Relacion que las huertas que la dicha cibdad le dió las tiene pobladas de plantas y que agora lleva ochenta barriles de todas las plantas y arboles que en esta tierra faltan y me suplicó le hiziese merced de mandar os que le diesedes huertas y caballerias en que pudiese poner las dichas plantas pues dello tanto provecho resultaba como se abian dado en la cibdad de los angeles á los vecinos della ó como la my merced fuese é yo acatando lo suso dicho y el beneficio que se sigue de llevar el dicho francisco de herrera las dichas plantas á esa tierra para la perpetuidad dellas tobelo por bien por ende yo vos mando que sin perjuicio de nuestra corona Real ni de otro tercero alguno deys y señaleys al dicho francisco de herrera en la dicha cibdad de antequera y sus terminos huertas y caballerias de tierras en que pueda plantar y poner las dichas plantas segund y de la manera y con las condiciones que se han dado y dan en

1 Este religioso fué desterrado por los vireyes de México, á causa de la franqueza con que se declaró en favor de los indios y contra los conquistadores. (Rem., l. 8, c. 26, n. 2).

la dicha cibdad de los angeles á los vezinos della. Fecha en Toledo á diez y ocho dias del mes de abril de mill y quinientos y treynta y nueve años Yo el Rey Por mandato de Su Magestad, *Juan de Samano.*"

Es admirable la actividad de los españoles que residian entónces en Oaxaca, que siendo tan pocos bastaban para mantener en paz la tierra, gobernarla y utilizar en provecho propio el trabajo de los indios, reprimir la rebelion de algunos pueblos y disponer de tiempo para dedicarse al cultivo de las flores. Tres elementos se combinaban entónces variamente, pugnando cada uno por prevalecer sobre los otros: los indios, que aun se agitaban queriendo sacudir el yugo de los extranjeros; los españoles, que trabajaban por fijar permanentemente el nuevo órden de cosas que habian establecido, y los dominicos, á que se habian unido algunos españoles y á quienes las autoridades sostenian con poderoso apoyo, los cuales por una parte luchaban por sacar á los indios de sus vicios y de sus errores, y por otra se esforzaban en librarlos de las vejaciones que les causaban sin cesar otros españoles poco humanos.

El Sr obispo Zárate, que presenciaba las crueldades y altanería de estos españoles, para remediar tanto mal multiplicaba sus instancias, pidiendo la venida de aquellos valerosos frailes, que por una parte combatian con resolucion el orgullo y arbitrariedades de sus compatriotas, y por otra sabian atraer á la vida social y á las creencias católicas, con su dulzura y su desinteres, á los indígenas. Pero esta misma oposicion de los dominicos, sus frecuentes correcciones y advertencias, las solicitudes de los obispos en favor de los indios, y las medidas de las autoridades que se iban poniendo del lado de la desgracia, irritaban más el orgullo de los encomenderos. Para excusar sus abusos, los unos reclamaban que siendo los señores del país por derecho de conquista, los vencidos les pertenecian y eran legítimamente

sus esclavos; otros alegaban que los indios eran infieles, y que por tanto merecian ser tratados como perros, [1] y que si algunos se mostraban dóciles al cristianismo, por su idiotismo eran incapaces de recibir los sacramentos y aún de alcanzar á ver la luz del Evangelio; otros en fin avanzaron aun más y se atrevieron á decir que los indios no eran hombres racionales. [2] Fué necesario que la voz de la religion se dejase oir para desvanecer conceptos tan injuriosos á los indios y conseguir finalmente su libertad.

6.—Desde 1539 asistió el Sr Zárate á una junta con los obispos Zumárraga y Quiroga, los prelados regulares y otras personas, declarando en ella que los indios eran capaces de los sacramentos, dando reglas para que les fuesen discretamente administrados. [3] A España no cesaba de escribir, refiriendo los abusos de los españoles y abogando por la libertad de los indios. Debidas á sus esfuerzos unidos á los de los demás señores obispos. á las multiplicadas instancias de los regulares y so-

1 Léanse en Bernal Diaz las frecuentes irritantes frases que escribe en ese sentido.

2 Fr. Bartolomé de Las Casas, en un memorial que presentó al emperador sobre la materia, le dice: "Infamaronlos de bestias, por hallarlos tan mansos y tan humildes, osando decir que eran incapaces de la ley ó fé de Jesucristo: la qual es formada heregia, y Vuestra Magestad puede mandar quemar á qualquiera que con pertinacia osase afirmarlo. Y plugiera á Dios que los hubieran tratado siquiera como á sus bestias, por que no hubieran con inmensa cantidad muerto tantos." Los obispos de México acudieron al Santo Padre pidiéndole condenara tan funesta creencia, distinguiéndose entre ellos el que lo era de Tlaxcala, Fr. Julian Garcés. Hizo la embajada á Roma con este intento Fr. Bernardino de Minaya, y fué tan bien oido por Su Santidad, que desde luego se despachó el famoso breve en que declara no que los indios sean hombres, sino que son libres y dignos de ser solicitados para el cristianismo. (Remesal, lib. 3, c. 16).

3 Torquemada, 16, c. 10. Alaman, disertaciones, d. 7, pág. 151.

bre todo al celo ardiente, á la infatigable actividad, á los doctos y valientes razonamientos de Fr. Bartolomé de Las Casas, fueron aquellas famosas leyes que por fin establecieron de un modo permanente la libertad de los indios, y cuya ejecucion se encomendó al visitador Tello de Sandoval. Como de ellas se sacaron muchos traslados, que se remitieron á los regulares para que las explicasen á los indios, luego que éstos entendieron su contenido, llenos de júbilo celebraron con bailes y cantares festivos el fausto acontecimiento. Su gratitud los obligó á repetir por muchos años con gusto el nombre de su protector Las Casas; y Remesal atestigua que aun por 1616, hallándose en las Almoloyas, oyó á los mixtecas cantar en su idioma: "El obispo trajo las leyes, démosle gracias por ello, etc." [1]

Con ocasion de hacer cumplir estas leyes, y prévia convocatoria que hizo el Sr. Tello Sandoval, se reunió otra vez el obispo de Oaxaca con los demás de la Nueva España, los prelados regulares y muchas personas principales, el año de 1546. Las Casas habia sido detenido en el camino por mandato del virey, que lo era D. Antonio de Mendoza, por causa de la alteracion que produjo en México la sola noticia de su próxima llegada. Despues de algunos dias, sosegados los ánimos de los encomenderos y no temiéndose ya desórdenes, pudo entrar en la capital y tomar parte en las conferencias. El virey le mandó cumplimentar por su bienvenida; mas el intransigente prelado contestó; que no podia pasar personalmente á mostrar su agradecimiento al virey, porque así él como toda la Audiencia estaban excomulgados, por haber mandado cortar por sentencia la mano de un clérigo de Oaxaca.

Los obispos discutian con el más vivo interes el modo de salvar de la esclavitud á los miserables indios, cuando nuevos desasosiegos de los encomenderos obligaron

1 Remesal, lib. 4, c. 13, núm. 1.

al virey, que temia una rebelion formal, á prohibir que se tratara tan peligroso punto. Las Casas clamó contra los que atacaban la ley de Dios y hacian enmudecer á los pastores y obtuvo la libertad de hablar sobre el mismo asunto, aunque no con los demás obispos, porque decian los encomenderos que siendo defensores de los indios no podian dejar de estar determinados en su favor. Azarosa condicion es en verdad esta de los prelados del catolicismo de haber de luchar constantemente contra el desolador torrente de los vicios y errores de su siglo. [1]

Estos viajes del Sr. Zárate y su solicitud pastoral no lo pusieron á salvo de la maledicencia de que fué perseguido constantemente; pero su memoria no quedó manchada y su nombre ha pasado limpio á la posteridad. Para su recreo, fundó una estancia de ovejas hácia el sur de Tlalistac, y por el norte del mismo pueblo unos buenos molinos que duran en la actualidad y en que pasaba algunas temporadas: á su muerte, haciendo escrúpulo de disponer á su placer y en favor de sus parientes, que los tenia muy cercanos, [2] de esas fincas, por el sudor que habian derramado en sus labores los indios, declaró á éstos por sus herederos, quienes en efecto las poseyeron un siglo, enajenándolas al fin. El pueblo mismo de Tlalistac fué cedido por el obispo al que fuese prior del convento de dominicos de la ciudad, el cual, para la administracion espiritual, enviaba en su lugar un religioso de su Orden: así fué servido este pueblo durante todo ese siglo.

7.—Por este tiempo, ó poco ántes, tuvieron lugar dos acontecimientos de poca trascendencia, pero que se pueden

1 Alaman, disertacion 7, pág. 151. Cavo, lib. 3, núms. 33 y 34. Rem., l. 7, c. 16.

2 Tenia algunas sobrinas, de las cuales una casó con D. Cristóbal Ramirez de Aguilar, tronco de la familia de este nombre en Oaxaca, y dos sobrinos que abrazaron la carrera de la Iglesia.

considerar como la última muestra que dieron los caciques de su grandeza pasada. El uno es el matrimonio que celebró en Tlacochahuaya el hijo de Cosijoesa, heredero de la corona real de Zachila y hermano del rey de Tehuantepec, con una india de la principal nobleza. Las fiestas fueron espléndidas y la concurrencia inmensa, tanto de españoles como de los antiguos señores del país; mas habiendo surgido algunas diferencias entre los convidados, apelaron todos á las armas y murieron muchos, aun españoles, entre todos el jóven marido, que á los tres dias de sus bodas fué sepultado con pompa y asistencia de los mismos que habian sido convidados á las fiestas del matrimonio. Tlacochahuaya fué la encomienda de un español que deberia poseerla él y sus sucesores por cinco vidas, quedando al fin incorporado el pueblo en la corona real.[1]

El otro es el enlace nupcial de la última heredera de los caciques de Nochixtlan. Llamábase Doña Cecilia de Velasco, y era tan bella y discreta en su persona como magnífica en sus liberalidades: sus cualidades, dice Burgoa, la hacian digna de un trono y sus tesoros correspondian á la nobleza de sus antepasados. Un encomendero pretendió su mano; pero ella se unió á otro cacique, siendo las fiestas del matrimonio notables por el concurso de convidados. Nunca mudó de trage; pero el que usaba era tan costoso que solo los reyes pudieran competir en lujo con la cacica. Vivió rodeada de los respetos de sus súbditos, que en su obsequio disponian frecuentes partidas de caza al uso antiguo. Murió sin sucesion y sus bienes quedaron al convento que edificaban los religiosos en Nochistlan.

8.—En toda la mixteca habia progresado considerablemente el cristianismo, lo que se debia al natural dócil de los indios, tanto como al celo infatigable de los excelentes

1 Burgoa, 2ª par. cap. 51.

predicadores que la Providencia les habia deparado. Al célebre Lucero acompañó y sucedió en las fatigas del apostolado el no ménos admirable Fr. Benito Fernandez. Se ignoran la patria y los padres de este religioso, teniéndose solo noticia de que su primera educacion fué cristiana y esmerada; que á los doce años emprendió el estudio del idioma de Ciceron, continuando despues con aprovechamiento los de filosofía y teología, y que á los diez y siete recibió el hábito de los predicadores en San Estéban de Salamanca. Solicitado por Fr. Vicente de las Casas, renunció los honores de las prelaturas y la gloria de las letras y marchó á México. A esa sazon, el Sr. obispo Zárate pedia urgentemente misioneros para Oaxaca, y Fr. Benito fué señalado entre los compañeros de Lucero.

Fué siempre un perfecto religioso. No tenia más deseo ni otra aspiracion que la de conquistar almas para Jesucristo. Su hábito era un saco estrecho y corto, áspero y roto, vestido sobre los cilicios que dia y noche le ceñian el cuerpo; su calzado de pita le servia solamente en poblado por la honestidad, despojándose de él y caminando en sus frecuentes viajes con los piés desnudos, sin cuidarse de los guijarros ni de las espinas. Su comida eran las tortillas que le ofrecian espontáneamente, pues jamás pedia cosa alguna. Pasaba la noche allí en donde le sorprendia, reclinándose al pié de un árbol ó al pobre abrigo de algun peñasco: aun despues de fabricados conventos en la mixteca, no se vió mas cama en la celda de Fernandez que la desnuda tabla en que dormia cubierto con su capa en lugar de sábana. Las únicas alhajas que apreció y conservó toda la vida fueron la Biblia y sus breviarios: jamás tocó moneda de plata ó de oro, y si alguna vez se la ofrecieron de limosna, la remitió al compañero ó á otra persona que pudiera con ella comprar lo necesario.

De condicion era mansísimo, naturalmente dócil y blando, acomodándose con suma facilidad á la flema del indio

y á la torpeza natural con que practicaba aquello de que no tenia costumbre. Por lo regular tenia los ojos bajos, sus pasos eran medidos y su porte modesto, Tímido y receloso de sí mismo, nunca con mujer habló á solas. Cuidó mucho del aseo y limpieza de los templos, y celebraba la misa con tal ternura, que movia los afectos de los concurrentes. Prevenia flores y perfumes para honrar al divino Sacramento por donde quiera que hubiese de llevarlo. Tan ocupado tenia el corazon por afectos celestes, que al viajar iba juntamente cantando poesías que él mismo componia para expresar sus sentimientos y desahogar el fuego que lo devoraba. Su pensamiento dominante era el de convertir almas, por una sola de las cuales diera la vuelta al mundo y derramara sin pesar toda su sangre. Claro está que el miedo era el menor obstáculo que pudiera embarazar su ministerio.

9.—En Tlaxiaco habia puesto el Sr. Zárate uno de sus clérigos de párroco; mas ignorando el idioma y siendo crecido el número de feligreses, pues solo la cabecera tenia entónces cuatro mil casados, [1] todos aún infieles, el sacerdote pidió ser sustituido en el encargo de doctrinarlos, para lo que se juzgó insuficiente. Lucero recorria entónces la mixteca y fué asignado al pueblo de Tlaxiaco, en donde murió, como se ha dicho. Fernandez lo acompañó hasta el último suspiro. Administró despues Achiutla, á donde fué llevado á la muerte de un sacerdote anciano del clero secular. Al entrar allí el religioso, poseedor ya con perfeccion del idioma mixteco, soltó la lengua combatiendo con energía los errores y supersticiones de los idólatras. La elocuencia varonil del fraile los sorprendió; pero más los intimidó el co-

1 Decayó despues la poblacion en térmlnos que á mediados del siguiente siglo solo contaba 150 vecinos. Este núcleo se desarrolló posteriormente, formando la poblacion actual.

nocimiento profundo que manifestaba tener, no solo de los más escondidos y secretos misterios de su religion, sino hasta de los términos escogidos, conocidos de muy pocos, de que hacian uso para encubrir sus idolatrías.

Temiendo que el celoso y ardiente misionero diese por tierra con toda la máquina de sus viejas supersticiones, se reunieron los indios para deliberar, determinando darle la muerte, no con violencia, que esto los expondria á la venganza de los españoles, sino lentamente, sin ruido, por hambre. Rodearon, pues, la choza que lo albergaba, formando un ancho cerco de hombres, una muralla humana, que nadie podia frãnquear para entrar ni para salir. El religioso, á quien no llegaba un grano de maíz de fuera, cogido en aquella prision de repente sin provision alguna ni medio de procurársela por la imposibilidad de romper el círculo de indios que vigilaban sin cesar, hubiera perecido sin duda, si algunos neófitos, compadecidos, no hubieran encontrado el modo de abastecerlo, arrojando por sobre las bardas algunas tortillas por la noche. Con ellas el sacerdote se sustentó por muchos dias, lo que dió lugar á que los indios reflexionasen que aquella muerte lenta y cruel que se proponian causar no los libraba de responsabilidad, y que por lo mismo, con los españoles quedaban sujetos á idénticas consecuencias que si derramasen la sangre del misionero. Le dieron, pues, carta de suelta: entónces Fr. Benito, con más fortaleza y brío, dió vuelo é su predicacion, combatiendo rudamente las idolatrías de sus perseguidores.

10.—Llegó á saber que en lo más alto de las montañas de Achiutla tenian el mayor adoratorio de su ídolo, residencia del sumo pontífice oráculo de toda la nacion: luego se determinó á encaramarse por aquellos riscos, y seguido de muchedumbre de indios, llegó á la cumbre. Allí vió distribuidos en nichos, colocados sobre piedras man-

chadas con sangre, envueltos aún en el incienso de sacrificios recientes, gran número de ídolos de figuras varias. La indignacion se apoderó de su ánimo, y sin detenerse por el miedo, comenzó á derribarlos de sus peanas y á hollarlos en presencia de todo el pueblo, al mismo tiempo que los conjuraba, en idioma mixteca para ser entendido, á que se defendieran si pudiesen. "Falsos, les decia, mentirosos y engañadores, salid de esas piedras y maderos inmundos y mostrad vuestras fuerzas contra este solo hombre que os avergüenza;" y arremetia furioso contra ellos.

Temblaban los indios creyendo segura la ruina del mundo con el destrozo de sus divinidades; mas al observar asombrados que nada extrardinario acontecia y que tan mal se defendian ellas de los insultos del fraile, fueron desengañándose, cobraron aliento y trataron de revelar el escondite del ídolo principal. Llamábase éste "Corazon del reino," como ya se ha dicho en otra vez, y recibia culto en el lugar más secreto. Un indio llamado Gonzalo López lo llevó á la presencia de Fr. Benito, envuelto aún, como estaba en su adoratorio, en delicados y ricos paños. Cuando el religioso lo tomó en sus manos no pudo ménos de maravillarse y aún de llorar sorprendido por la hermosura de aquella rara y valiosa joya.

Por entónces el buen sacerdote se limitó á guardar en el bolsillo al dios de los mixtecas, predicando un largo sermon sobre las perfecciones del verdadero Dios; mas un poco despues, no queriendo dejar vestigio alguno de las antiguas idolatrías, pulverizada la preciosa piedra y mezclada con tierra, la esparció por el suelo, hollándola repetidas veces y predicando nuevo sermon sobre el asunto.

No fué esta la única ocasion en que Fr. Benito mostró su valor y su incontrastable celo. Cerca del pueblo de Chalcatongo, y en una montaña muy alta, existia una profunda cueva, obra de la naturaleza, que los mixtecas hicieron el vestíbulo de la eternidad. Como ya se ha referido

ántes, creian estos indios en la inmortalidad del alma y la resurreccion de los cuerpos, y juzgaban que aquella cueva era la puerta del paraíso y el paso necesario para llegar á las florestas siempre amenas de la otra vida. Cuando moria, pues, algun cacique, su cadáver era llevado entre ceremonias extrañas y depositado en la cueva, cuya entrada estaba prohibida, bajo pena de muerte, á todos los vivientes, excepto á los sacerdotes, quienes, para mantener al pueblo en sus errores, contaban mil sobrenaturales quimeras de aquel lugar. Fr. Benito, en el curso de sus correrías, tuvo noticia de la misteriosa cueva y resolvió llegar á ella en compañía del pueblo y franquear atrevidamente aquella puerta del cielo.

Los indios, unos temiendo el enojo de sus dioses que habria de caer terrible, segun presumian, sobre el osado fraile; otros, por la prohibicion general de entrar, le acompañaron solo hasta la puerta de la cueva, sin atreverse á dar un paso más; pero Fr. Benito, encomendándose á Jesucristo por las asechanzas que pudieran haberle preparado los idólatras sacerdotes, entró resueltamente. Luego, al reconocer el lugar, descubrió una dilatada cuadra escasamente alumbrada por ciertas troneras abiertas en la bóveda. A los lados estaban distribuidos poyos en forma de urnas, y en ellas depositados cuerpos humanos, recientemente amortajados y adornados con piedras de valor. Llegándose más próximamente, reconoció con sorpresa el rostro de algunos caciques é indios principales, aun de pueblos distantes, con quienes habia conversado muchas veces, juzgándolos cristianos excelentes, entre los cuales le fué fácil distinguir á un anciano, rey de Achiutla, de la noble estirpe de Dzahuindanda y padre de los Silvas mixtecas, de quienes se habló ya en otra ocasion. Penetrado entónces el religioso de vivo dolor, por la desgracia de aquellos indios muertos en el seno de la infidelidad ó de la apostasía, prorumpió al principio en lágrimas y exclamacio-

nes que se oian desde afuera, y que por la muchedumbre agrupada á la entrada de la gruta eran tomadas como resultado previsto de la increible audacia del fraile, como muestra de la venganza de sus dioses. Mas acallando luego el religioso la voz de su pesar para dar cabida en el pecho á la indignacion, acometió con ímpetu á los cuerpos muertos, los arrancó de sus nichos, los arrojó al suelo, los holló, al mismo tiempo que los despojaba de sus vestidos y alhajas. Vió en seguida un segundo salon más interior, penetró en él, descubrió muchos ídolos de madera, de piedra y de oro, de figuras diferentes y pinturas en papel de maguey, de las que usaban los indios como libros; todo lo desgarró y despedazó, haciendo estragos en cuantos objetos llegaban á sus manos.

Cuando los indios juzgaban que habia muerto en extraño castigo, víctima de su desacato é impiedad, fué saliendo el fraile sudoroso y fatigado del combate que sostuvo con los cuerpos muertos, llevando consigo como trofeo de su victoria los fragmentos de los ídolos y los despojos de los cadáveres. Como de costumbre, predicó un sermon ardiente con que no solo convirtió á muchos á la fé, sino lo que es más, logró que los mismos mixtecas formasen una hoguera y quemasen sus ídolos y aun algunos de los cadáveres de sus caciques.

Refiero el hecho sin apreciarlo. Algunos lamentarán la destruccion de las pinturas y otros objetos que hubieran acaso suministrado importantes noticias para conocer la antigüedad; otros no creerán muy sensible la pérdida de los ídolos, pues á trueque de ella el cristianismo se propagó y los mixtecas fueron civilizados. ¿Cuánto hubieran tardado en efecto ántes de adoptar la fé católica, si hubiesen conservado aquellas escrituras que les recordaban su historia y sus pasadas glorias juntamente con sus viejas supersticiones? El único fin que guiaba las acciones del religioso era la conversion de las almas, importándole muy poco en ver-

dad el daño que pudiera recibir la arqueología en el incendio de aquellas ridículas divinidades. Lo que es sorprendente sin duda es la docilidad de los indios, que atizaron ellos mismos la hoguera que reduciria á cenizas los cadáveres de sus antepasados, hecho que demuestra la fuerza irresistible de la palabra de aquel sacerdote, si no prueba la debilidad más estupenda en el carácter de los indios.

11.—Hizo un tercer descubrimiento Fr. Benito, de idéntica naturaleza, por las cercanías de Chicahuaxtla, corriendo un grave riesgo de perder la vida al ser arrastrado por las aguas de un torrente, mas con la fortuna de sorprender á los sacerdotes en el momento de ofrecer sacrificios á divinidades americanas, así como de atraerlos con sus razonamientos á la fé cristiana. Incansable misionero, predicó el Evangelio tambien en Justlahuac y Teomastlahuac, recorrió la mixteca baja y se le debe la conversion al catolicismo de Ometepec, Jamiltepec y Tututepec, cuyos ídolos despedazó segun costumbre. Su carácter dulce, su valor irresistible, su celo incontrastable, su desprendimiento nunca desmentido, le atrajeron los respetos y veneracion de los indios, que lo amaron tiernamente despues de haber intentado darle muerte. Convertidos á millares por su palabra los idólatras, lo vieron como un padre comun, á quien consultaban en sus diferencias domésticas y de cuya autoridad se valian para terminar sus pleitos más obstinados.

En el pueblo de Achiutla, que habia sido el principal teatro de su celo, entregó el espíritu al Creador, el 23 de Agosto de 1550, [1] á consecuencia de un gravísimo accidente de perlesía. Lo más importante de sus funerales fué la gratitud de los indios, que sinceramente lo lloraron. Fué tanto el dolor de éstos, que se les veia correr desolados por las calles mesándose los cabellos y levantando lastimeros cla-

1 Histoire generale de l'Amerique, par Touron. Tom. 5, Troisieme parte, Livre second, §. LXXXIX.

mores al cielo. "¿Qué haremos, decian, qué haremos ahora, solos, huérfanos y descarriados, sin padre que nos ampare ni maestro que nos enseñe, sin defensa y sin remedio en nuestras adversidades y trabajos? Cachorruelos aún, carecemos ya del dueño que nos sustentaba con pasto divino. ¿Quién bautizará nuestros hijos, quién nos mostrará el camino del cielo?" Y llegando en tropel al templo, se convidaban unos á otros, diciendo: "Venid y lloremos al buen padre que nos hizo cristianos, que nos hablaba en nuestro idioma de un amor y de una esperanza divinas." En el templo era el rumor de las voces y sollozos tal, que conmoviera al más insensible.

La gratitud de los indios pasó de padres á hijos, de tal suerte, que cien años despues, aún ponian flores y derramaban lágrimas en su sepulcro. Burgoa cuenta que siendo vicario provincial y hallándose en la visita de las casas de su Orden, las justicias de Achiutla le rogaron levantase el sepulcro de Fr. Benito, para evitar que los niños indiscretamente lo pisasen, y que no pudiendo conseguir esto por la prohibicion de la Iglesia, lo rodearon con un barandillo que satisfacia su deseo.

No era menor en Oaxaca que en la mixteca la diligencia que ponian los religiosos de Santo Domingo en propagar el catolicismo. Desde 1535 la casa de Oaxaca habia sido aceptada en el capítulo provincial celebrado en México, asignando como su primer vicario á Fr. Pedro del Rosario, como se ha dicho ya. Sucesivamente habian desempeñado el mismo destino Alburquerque y Mayorga, quienes con cuatro religiosos habitaban el convento de San Pablo. El 4 de Setiembre de 1547 se erigió en convento formal, señalándose como á su primer prior al Sr. Alburquerque y asignándole otros trece religiosos moradores. [1] Esta copiosa re-

1 Los trece compañeros de Fr. Bernardo de Alburquerque fueron: 1º Fr. Francisco de Mayorga. 2º Fr. Francisco Marin. 3º Fr. Alon-

mesa satisfacia los deseos del Sr. obispo Zárate y las necesidades de la diócesis, pues todos se esforzaban en moralizar á los españoles de la ciudad y en civilizar á los indios cuyos protectores eran. Para que no faltasen más adelante ministros competentes á la religion, se pensó luego en formar un noviciado, cosa que tuvo efecto en el siguiente año de 1548, siendo los primeros oaxaqueños que tomaron el hábito regular, Fr. Juan de Carmona, hijo de Juan Rodriguez de Carmona, y Fr. Juan de Alavez, hijo de Melchor de Alavez y de María de Salas, vecinos estos últimos de la ciudad y de los primeros conquistadores. [1]

so de Santiago, que fué segundo prior de Oaxaca. 4º Fr. Pedro García. 5º Fr. Fernando Mendez, "á quien señalamos como Rector de Teología," dicen las actas de este capítulo. 6º Fr. Pedro de Hinojosa. 7º Fr. Juan de Córdova. Estos fueron los sacerdotes. Los coristas son: 8º Fr. Juan de Alcázar. 9º Fr. Bernardo Gómez. 10º Fr. Francisco de Loaiza. 11º Fr. Luis Rengino. 12º Fr. Francisco Murguía. 13º Fr. Pedro de los Rios, lego. Está tomada esta noticia de un MS. del P. Fr. Bernardo Levanto, quien la tomó de las actas capitulares del año 1547.

1 Discute Fr. Bernardo Levanto, en un libro manuscrito suyo que poseo, quién fué el primer maestro de novicios en el convento de dominicos de Oaxaca, sin decidir la cuestion. Las primeras profesiones que se hicieron el año de 1549, están firmadas por mano y letra de Fr. Jordan de Santa Catalina, como se veia en el libro de profesiones de Santo Domingo, que se comenzó á escribir ese año, lo que parece indicar que hubiese sido este religioso el primer maestro de novicios. Los historiadores de la Orden afirman, sin smbargo, que no llegó á la América Fr. Jordan sino hasta 1550, aún diácono ó subdiácono, agregando que permaneció en México dos años; que en el de 52 llegó á Oaxaca, siendo luego enviado á Villa-alta, y que hasta el de 53 fué creado maestro de novicios por el Sr. Alburquerque. Además, en una deposicion jurídica hecha por órden del provincial despues de muerto Fr. Jordan, y que existia original en los archivos de Santo Domingo, Fr. Luis de San Miguel expresa lo que sigue: "Acerca de lo que N. P. manda se diga lo que se sabe de mi padre Fr. Jordan: Digo, que le traté mas de cincuenta años: fué discipulo del padre Fr. Cristóval de la Cruz: y llegado que fué á Guaxaca le hizieron maestro de novicios, donde me crió mas de dos

12.—Benéficos á los indios, no lo eran ménos estos religiosos á los españoles, pues su intervencion bastó repetidas ocasiones para desarmar á los primeros, resueltos á perecer si no exterminaban á los últimos. Aun vivia Lucero, cuando una insurreccion de los mixteques y pueblos chatinos de la costa del Sur introdujo la turbacion en el ánimo de los conquistadores. El virey Mendoza suplicó á este religioso pusiese en actividad su influencia para sosegar aquella inquietud; y así se verificó, en efecto, á costa de la salud del fraile, que en aquellas comarcas ardientes y malsanas contrajo la enfermedad de que vino á morir en Tlaxiaco.[1]

No mucho despues hubo otra insurreccion de más imponente aspecto. Algunos indios propagaron entre los suyos que habia aparecido un nuevo dios. Con esta nueva se levantaron en masa los pueblos, y ordenados por cuerpos en forma de guerra, marcharon todos determinados á destruir la ciudad. Moraban entónces en ésta cinco religiosos gobernados aún por el vicario Fr. Bernardo Alburquerque, pues aconteció el hecho á principios de Junio de 1547, cuando aún no estaba declarado convento prioral San Pablo; pero la casualidad aumentó el número de frailes por hallarse cuatro de paso de Guatemala para México. Uno de los últimos, Fr. Tomás de la Torre, quedó en Oaxaca custodiando la casa, distribuyéndose los demás por los pueblos para pacificarlos y desarmarlos. Así se verificó en efecto: pues estando para romper los dos ejércitos, el de los indios que acome-

años, aunque ya era profeso, y de su poder sali á cantar misa." Fr. Cristóbal de la Cruz fué maestro de novicios en México por 1550. Luego entónces Fr. Jordan, su discípulo, estaba en la capital. Fr. Luis de San Miguel profesó en Oaxaca el 1º de Abril de 1552, y ya profeso, recibió lecciones de Fr. Jordan. Entónces fué éste maestro de novicios hasta 1553. Levanto cree que Fr. Tomás de San Juan (del Rosario), desempeñó este encargo el primero en Oaxaca. (Levanto, fols. 46 y 47. MS).

1 Burgoa, Palestra Ind.

tia y el de los españoles en defensa propia, un fraile y un clérigo, cabalgando en buenos caballos, corrieron hácia los indios, y luego que estuvieron á distancia de hacerse oir, dieron voces llamándolos al órden. Acudieron dos mancebos, señores principales conocidos del religioso, los que observando que así éste como el clérigo estaban desarmados, dejaron ellos mismos sus armas y se acercaron lo bastante para hablar sin alzar mucho la voz. Los sacerdotes les hicieron presente el gran yerro que cometian poniéndose en armas contra los españoles, que al cabo los rendirian, vendiéndolos como esclavos, siendo el motivo y causa de todas las muertes y daños que habian de seguirse una locura, pues lo era la invencion de los que contaban que habia aparecido un nuevo dios, á quien tenian encerrado, decian, en una petaca que se abriria en la plaza de Antequera, vencidos y muertos los españoles: porque, agregaron los sacerdotes, ¿quién pelea por lo que no sabe? y ¿quién pone á peligro su vida por lo que no ha visto, pudiéndose ver y siendo tan fácil esto como abrir una petaca? Prometieron además, en nombre del rey, perdon á todos si dejaban las armas.

Los dos capitanes indios dieron muestras de quedar convencidos, pidiendo al religioso que para persuadir á los demás jefes de la insurreccion que cediesen en sus pretensiones hostiles, les permitiesen llevar consigo dos jóvenes españoles que hablasen en nombre de los demás á los indios. Así quedó concertado, y aún se dieron instrucciones á los dos españoles sobre lo que hubiesen de hacer para desempeñar con provecho su comision. Cuando los demás caciques entendieron que se trataba de paz y tuvieron á las manos á los dos comisionados, sin escucharles una sola palabra, les dieron inmediatamente la muerte. Los dos jóvenes caciques, que bajo la fé de su palabra habian prometido devolver ilesos á los comisionados, al saber su muerte se indignaron, y levantando las tropas que les estaban subordinadas, regresaron á sus pueblos, resueltos á no continuar la

guerra comenzada. El resto del ejército insurrecto, con esta escision, quedó considerablemente disminuido, y juzgándose insuficiente por sí solo para dominar á los españoles, se dispersó, teniendo de este modo fin aquella guerra que tantos desastres prometia.

Tal vez el gérmen de esta revolucion, no sofocado completamente, produjo las que siguieron en los años inmediatos. En el de 48, los habitantes de *Tiquipam*, fiados en la aspereza de sus montañas, sacudieron el yugo de los españoles. El virey Mendoza dió un cuerpo de tropas al capitan Tristan de Arellano, con la órden de sujetarlos prontamente, castigando solo á los caudillos. Así se verificó, quedando quietos los indios y preso el motor de la revuelta, que era un cacique D. Sebastian. [1]

Más general fué la insurreccion del año de 1550. La causa parece haber sido alguna vejacion de las que se permitian las autoridades en los miserables indios. En consecuencia, los ancianos caciques de algunos pueblos recordaron á sus antiguos dioses y la proteccion que creian recibir de ellos, especialmente á Quetzalcoatl, quien al ausentarse en épocas pasadas habia ofrecido parecer de nuevo y libertar á la nacion de sus enemigos. Exhortaron, pues, á la juventud á tomar las armas, anunciándole que habia llegado el divino caudillo y que los libertaria de la esclavitud en que gemian. Mendoza envió prontamente soldados que dejaron escarmentados á los rebeldes. [2]

13.—Por su distancia de la capital, Oaxaca ha estado siempre expuesta á los desafueros de ciertos tiranuelos que han gobernado á su antojo, tanto como á las correrías de los que perseguidos en México por sus crímenes ó por otras causas, en las sierras de este Estado han encontrado

1 Cavo. Tres siglos, lib. 4, núm. 4.
2 Cavo. Historia de tres siglos, lib. 4, núm. 8.

un abrigo á que no alcanza fácilmente el poder. Un corregidor provocó las revoluciones de que se acaba de hablar, con sus atentados al bienestar de los indios, al mismo tiempo que se sofocaba en México otra cuyos fautores escapaban á Oaxaca y Tehuantepec para librarse del castigo que les amenazaba. Por mandato de Mendoza, los corregidores de estas ciudades aseguraron á los delincuentes.[1]

Estos desórdenes tenian intimidados á los vecinos de San Ildefonso Villa-alta, quienes el 17 de Abril de 1551 nombraron procurador á Juan Gómez, para que en su nombre representase al virey los peligros en que estaban y la imposibilidad de dominarlos si no se tomaban ciertas providencias que indicaban. Decian al virey, que los indios de aquella sierra eran pobres y bulliciosos, indómitos y holgazanes, que jamás habian servido á Moctezuma ni á otro señor de la tierra; que hacia veinticuatro años que se habia fundado la villa, sin faltarle en cada uno de ellos alguna rebelion, y que en la última que habia ocurrido el año próximo anterior, sin oportuno socorro de Oaxaca hubieran perecido seguramente los veinte vecinos de San Ildefonso; por lo que pedian se aumentase hasta cincuenta el número de los españoles, con familia y casa en la villa y repartimiento de indios de los pueblos inmediatos. Pedian tambien que fuese edificada una casa fuerte, como ya estaba mandado por D. Antonio de Mendoza, para que en ella se amparasen las mujeres y niños en tiempo de necesidad, y en que hubiese depositados en nombre del rey cincuenta arcabuces y cincuenta ballestas, y que luego que fuese necesario, la ciudad de Antequera les mandase socorro así de gente como de bastimentos. Suplicaban además, que los que hubiesen de ser alcaldes mayores, fuesen elegidos de los vecinos de la villa, casados y que supiesen administrar justicia, pues "por estar tan lejos de la ciudad de Mé-

1 Cavo. Historia de tres siglos, lib. 4, núm. 5.

xico y por no se poder ir á quejar se hacian muchas injusticias." Pedian, en fin, que les diesen poder para obligar á los indios al trabajo, pues Francisco de Sevilla les habia hecho el daño de "quitarles la comida," que no podian conseguir con ningun dinero, á causa de que por el favor que aquel habia dispensado á los naturales, éstos "habian dejado de sembrar por matarlos de hambre, como publicamente lo decian." Firmaron este documento Juan de Alda, Bartolomé Alcántara, Juan Bautista, Juan Antonio, Francisco de T, Juan Manzano, escribano de cabildo. [1]

Esta exposicion revela, por una parte, que las ideas de órden y los humanitarios sentimientos que predicaban los dominicos iban prevaleciendo en el ánimo de algunos españoles y trasformándose poco á poco en hechos á pesar de las resistencias que encontraban; por otra parte, demuestra que los indios pugnaban aún por librarse de la dominacion de los españoles, á quienes no cesaban de hostilizar por los medios que estaban á su alcance. Los indios, en efecto, sufrian impacientemente el yugo de los extranjeros, y como su estado de rebelion era permanente y se temia que en alguno de sus frecuentes levantamientos quedasen victoriosos, se pensó sériamente y aún se pidió al rey la facultad de levantar una fortaleza en la ciudad. El pensamiento no se llegó á realizar, por haber informado el virey Mendoza que la fortaleza no era necesaria. [2]

Despues de Francisco de Sevilla, fueron alcaldes mayores en Villa-alta, Cristóbal de Chavez, Juan de Alda, Alonso de Buiza y Juan de Salinas.

1 Archivo nacional, vol. 3, fol. 337.
2 Herrera. Déc. 6, lib. 3, cap. 20.

CAPITULO XIV

LAS NUEVAS INSTITUCIONES PREVALECEN SOBRE LAS ANTIGUAS.

1. Los mixtecas se acomodan á las nuevas instituciones.—2. Los vireyes favorecen á los indios.—3. Estado en que se hallaba la ciudad de Oaxaca en 1550.—4. Ejidos.—5. Se da principio á los estudios de teología, latinidad y artes.—6. La villa de Nejapan.—7. El Sr. Alburquerque.—8. Sus virtudes siendo obispo.—9. Visita la villa de Tehuantepec.—10. Abatimiento y apostasía de Cosijopii.—11. Queda descubierto su delito.—12. Prision de Cosijopii.—13. Reflexiones sobre su muerte.

1.—Los indios mixtecas, de natural dócil, se acomodaron fácilmente á las costumbres de los nuevos señores de la tierra y cada dia progresaban más en la civilizacion europea. Los yanhuitecas tuvieron por primer encomendero á D. Francisco de las Casas, pariente cercano de Cortés, hombre de espíritu levantado y de pensamientos nada comunes, á quien los indios vieron con gusto en su compañía. Su ejercicio favorito era la caza y la equitacion, de que tuvo principio la decidida aficion que crearon y conservan á cabalgar los mixtecas. Habiendo arrastrado Cortés en su mala suerte á Casas, fué éste privado de la encomienda de Yanhuitlan, sin duda en el período de gobierno de Nuño de Guzman, sustituyéndole algun otro de ruin ánimo y á quien nada debieron los indios, hasta que por muerte de éste restituyó el rey al primero la encomienda. Fué esto en ocasion que los religiosos dominicos trataban de fabricar con-

vento de su Orden, con autoridad que para ello les habia concedido el rey de España; y como el encomendero era magnífico en todas sus acciones, no solo se prestó á los intentos de los frailes sino que excedió sus esperanzas.

Concibió un plan grandioso para la construccion del templo y del convento. Hizo venir de España los mejores arquitectos y pintores, sacándolos de los que se habian distinguido en el Escorial, que Felipe II acababa de edificar. Se buscó cantería y cal, se terraplenó el terreno, y se comenzó la obra con entusiasmo y gusto general. Sin contar los oficiales que labraban las piedras y preparaban la mezcla, los que asistian á los maestros que daban los trazos sobre las piezas de arquitectura, ni los demás que trabajaban inmediatamente en el edificio, los mozos que conducian piedra y cal desde largas distancias, eran seis mil, que se turnaban por fracciones de seiscientos cada dia. La primera piedra se puso por mano del prelado regular y la segunda por el magnifico encomendero: á su imitacion los vecinos continuaron poniendo los cimientos entre los cuales arrojaban preseas de oro, miéntras los religiosos y el pueblo invocaban de rodillas la proteccion de la Vírgen María, rezando las letanías.

El trabajo no solo se comenzó con ardor, sino que se continuó con perseverancia, sin disminuir el número de operarios por tiempo de veinticinco años, hasta que se coronó con el éxito más feliz. Describir las bellezas arquitectónicas del suntuosísimo templo, así como el mérito de las pinturas que se debieron al pincel de Andrés de la Concha, quede reservado á otra pluma; á mí sea bastante indicar, que formado para ser la admiracion de los siglos, ha tenido la desgracia de ser convertido muchas veces en cuartel militar, y que hubo álguien que mandó derribar parte del insigne convento, por haber servido á la defensa de sus enemigos políticos en alguna de nuestras bárbaras revoluciones.

En la portada, por causa de la menor firmeza del terra-

plen correspondiente, se abrieron dos grandes grietas que afectaban á la capilla mayor y al coro. Un maestro italiano remedió el daño, levantando dos estribos que ciñesen el templo desde el cimiento hasta la cornisa, con tanto acierto, que con ellos y el auxilio de dos terremotos que sacudieron la tierra poco despues, se cerraron las grietas, encadenándose de nuevo los sillares tan perfectamente, que no se advierte su desunion. [1]

No eran menores los adelantos que tenian en la agricultura, las artes y el comercio. Los nochixtecas llevaban su grana hasta Guatemala y comenzaban á exportarla á Europa, pues este precioso animal se hizo estimable luego á los españoles. Los campos se cubrieron de trigo, aunque la tierra reproducia la simiente traida de Europa, cambiando ligeramente su color y gusto. Los primeros frailes [2] encontraron algunas moreras silvestres, y teniendo conocimiento del modo de obtener la seda, enseñaron á los indios el cultivo de aquellos árboles, que pronto, en las vegas del rio de Achiutla, se multiplicaron con el cuidado, formando bosques de dos y tres leguas de extension. La simiente del gusano productor de la seda se debió probablemente á Fuenleal, pues fué quien la introdujo en México: lo cierto es que no mucho despues de la conquista, se fabricaban en la mixteca excelentes tafetanes [3] y se exportaba una seda que asegura Burgoa, tal vez con exageracion, era tan blanda, suave y luciente, que ninguna otra del orbe se le aventajaba. Cosa de cincuenta años gozaron los indios el fruto de su industria, hasta que el gusano de la codicia devoró al de la seda, porque fueron tan crecidas las demandas de este noble efecto

1 Burgoa, 2ª parte.

2 Asegura Burgoa que la plantacion y cultivo de las moreras se debe al P. Marin.

3 El Sr. Alaman en sus Disertaciones, disertacion 6, página 69, dice que los tafetanes y seda empleadas en las exequias de D. Fernando y D. Pedro Cortés en 1629, eran mixtecas.

que hicieron los encomenderos, el precio que ellos mismos le señalaban y satisfacian á los dueños, tan bajo y mezquino, y las alcabalas y derechos reales tan exorbitantes, principalmente por los abusos de los oficiales de la hacienda pública, que por excusar gravámenes y perjuicios, prefirieron los achiutecas talar sus campos de moreras.[1] Gonzalo de las Casas, pariente cercano de San Felipe de Jesus, y tal vez hijo de D. Francisco de las Casas, que residió mucho tiempo en la mixteca como alcalde mayor y encomendero, fundado en la experiencia de lo que habia visto practicar, escribió un libro, el primero impreso en español sobre el cultivo de la seda, que intituló: "Arte para criar seda en la Nueva España." En Tehuantepec deben haberse cultivado las moreras por el mismo tiempo, pues aún se conserva la industria aunque en mezquinas proporciones.

2.—Los indios de Teposcolula, estimulados por los de Yanhuitlan, quisieron tambien fabricar su iglesia, dándole grandes y bellas proporciones. El antiguo pueblo no tenia el mismo asiento que hoy, hallándose sus casas esparcidas sobre los peñascos y en las cuestas y laderas de la montaña. Los dominicos, despues de haber docilitado á los indios con la predicacion del Evangelio, buscaron una hermosa vega bien regada por aguas corrientes, y en medio de ella comenzaron á edificar su iglesia y monasterio. La eleccion del sitio no pareció bien al virey Mendoza, que prohibió á los indios levantar sus casas en la vega, porque, decia, "es muy humeda y ellos han de adolescer, asi por el sitio como por ser casas nuevas, y ocupan la tierra que es de regadio con las casas y es poca." [2]

Es admirable la solicitud paternal que tuvo este gober-

1 Burgoa, 2ª par. cap. 26.

2 Instrucciones que los vireyes de Nueva España dejaron á sus sucesores, fol. 239.

nante y su inmediato sucesor, del bien de los indios y el trabajo que tomaban, descendiendo en el ejercicio de su autoridad á los más pequeños y al parecer despreciables pormenores. No se entregaban á vanas abstracciones ni desarrollaban para gobernar sistemas ni teorías: su mirada estaba fija en cada pueblo, en cada persona, en cada circunstancia, y el ánimo dispuesto siempre á remediar el mal, grande ó pequeño, en donde quiera que se hallase. Se resentia el país de abusos lamentables; mas ningun daño dejaba de evitarse por culpa de los gobernantes. Tan pronto se impedia que los jueces, con pretexto de castigar excesos, condenasen á los indios á servicios personales, [1] como se prohibia que los frailes los obligasen á oir misa por medio de penas pecuniarias; [2] y con tanto celo era honrado D. Felipe de Austria, cacique de Teozacualco, [3] como era sometido á residencia el corregidor de Antequera, Juan de Céspedes. [4] A Juan de Limpias Carbajal, corregidor de Cuicatlan, se mandaba que inquiriese si Juan López, su predecesor, habia exigido de los indios servicios y comida sin paga; [5] y á Juan de Salazar que reprimiese los abusos de "feas palabras" que se permitia contra los vecinos de Jaltepec, Juan de Villafañe, hijo de Angel de Villafañe, encomendero de aquel pueblo. [6] A Juan Enriquez de Novoa, corregidor de Texupa, se daba comision para restituir á la comunidad de Huajuapan, la casa que le habia quitado Ruiz, su antiguo encomendero, [7] y á Juan de Canseco, que devolviese á Doña Ana y D. Pedro, nietos del rey último de Tututepec, los bienes y macehuales que por herencia de

1 Archivo nacional, vol. 4, fol. 194.
2 Id., vol. 5, fol. 221.
3 Id., vol. 6, fol. 130.
4 Id., vol. 5, fol. 67.
5 Id., vol. 5, fol. 234.
6 Id., vol. 5, fol. 78.
7 Id., vol. 6, fol. 124, vuelta.

su padre les pertenecian. [1] No se excusaban de la vigilancia de la autoridad estos caciques, amonestados frecuentemente para que no recargasen demasiado de tributos á sus súbditos, ni los religiosos mismos, protectores insignes de los indios.

Solian, en efecto, cometerse abusos por algunas personas del clero, que prontamente eran reprimidos. Los vecinos de Jicallan se quejaron por este tiempo de que habiéndolos industriado en la religion por espacio de veinticinco años los religiosos de San Agustin, del convento de Tlapa, se les habia impuesto despues un clérigo que les exigia "ochenta pesos de salario y otros treinta y seis pesos para la obra de la iglesia de Guaxaca," y que no habiendo podido recoger esta suma, se habia llevado al pueblo de Zacatepec los vasos sagrados y los ornamentos de su templo. [2]

Los indios de Cuilapan tambien se quejaron de que los dominicos hacian trabajar á más de seiscientos en la fábrica del templo, de que se hablará despues, siendo en consecuencia reducido este número, por el virey, á la sexta parte. [3]

Para alivio de los indios de Teitipac, ordenó el mismo virey que de los restos de tributos se diesen á los dominicos 300 pesos anuales. [4]

El pueblo de Ocotlan, que anteriormente á la conquista estaba situado en la montaña, se reunió en torno de su primer templo, que se levantó de paja en medio del valle; mas como el sitio era bajo y las aguas fueron abundantes en 1556, no pudiendo sufrir la humedad, eligieron el asiento que hoy tiene, dando la traza del pueblo los religiosos dominicos.

1 Archivo nacional, vol. 6, fol. 132.
2 Id., vol. 6, fol. 196.
3 Id., vol. 5, fol. 221.
4 Id., vol. 6, fol. 362.

3.—En la ciudad la corporacion municipal seguia padeciendo por falta de ejidos de que carecia desde su fundacion, como se ha dicho, encontrándose los vecinos estrechamente ceñidos por los pueblos mexicanos del marquesado. Para librarse de la opresion en que vivian, habian inspirado al virey D. Antonio de Mendoza que el asiento de la ciudad no habia sido bien escogido y que convendria mudarla á otro sitio. Con este pensamiento la visitó, estando ya de viaje para el Perú; mas tuvo ocasion de rectificarlo con presencia del lugar. Escribiendo á D. Luis de Velasco sobre la materia, dice: "hame parecido lo contrario, porque (el sitio) es el mejor que hay en la comarca, y así por tal tenia Motezuma la guarnicion de mexicanos en el con que aseguraba la tierra, y no conviene que se mude de allí. El daño que tiene es, que como no tenian casas los españoles cuando la poblaron, metieronse en las de los indios mejicanos que llaman Guajaca, que es un pedazo de tierra de media legua de largo y no tanto de ancho; y pudiendo asentar el lugar no un tiro de arcabuz de donde está, lo pusieron casi en una ciénaga, y tienen las casas donde habian de tener las huertas y el egido; y esto procedió de tener el Marques del Valle hecha allí una casa sobre un cú, y Francisco Maldonado otra casa buena, y por no perder estas y con ser los que mandaban el pueblo, no lo consintieron hacer." [1] Lo que explica por qué se llamó Plaza del Marqués la del mercado de Oaxaca: la plaza era suya y en uno de sus costados tenian edificadas buenas casas, así Francisco Maldonado como el mismo marqués, sobre el cú ó templo que á sus dioses habian dedicado los mexicanos de la guarnicion de Moctezuma: hasta allí llegaba el antiguo pueblo de Huaxyacac. Poco más al Norte habian tomado asiento los pobladores de Antequera, trazando su plaza y levantando sus casas á pocos pasos de distancia de

1 Instrucciones de los vireyes á sus sucesores, pág. 238.

las de Cortés. Los edificios, así privados como públicos que se estaban construyendo, especialmente los monasterios y los templos, distaban mucho de ser una obra correcta de arte, pues "ni en las trazas, decia Mendoza, ni en lo demas no se hacia lo que convenia, por no tener quien los entendiese, ni supiese dar órden en ello." Hácia el sud de la plaza del mercado se extendian terrenos anegadizos cubiertos de carrizales, bañados con frecuencia por los derrames del Atoyac: eran del todo inhabitables. "A mí me parece, decia el mismo Sr. Mendoza, que de la plaza abajo no se deben hacer casas de nuevo, ni V. S. dé favor para que nadie labre si no fuere á la parte de arriba de la iglesia." Para utilizar esta ciénega y contar por ese lado con terreno en que poder edificar nuevas casas, se pensó en alejar el rio trescientas brazas, haciéndolo pasar por el pié del monte Alban. Con la actividad que distinguia en aquellos tiempos á los españoles, pronto se puso en obra el pensamiento, pues consta que en Abril de 1561, siendo corregidor Cristóbal de Espíndola, con acuerdo del obispo, cabildo y regimiento de la ciudad, por mandato del virey iban de Cuilapan, Etla, Tlalistac, Tlacochahuaya, Coyotepec, Zachila, Huitzo, Zimatlan, Ocotlan y Teitipac, quinientos indios al trabajo "de retirar el rio de Atoyac, pagando guaxaca la herramienta necesaria y la comida por el tiempo que dure la obra." [1] El beneficio que recibió entónces la ciudad, aún se disfruta, pues el rio no volvió á reconocer su antiguo cauce; pero los edificios construidos sobre el falso terreno logrado por esa industria, constantemente han sido los más inseguros y estropeados en los terremotos.

No solo este trabajo, sino todos los de utilidad pública, estaban repartidos entre los indios. Estos, además, construian sin retribucion las casas que habian de habitar los

1 Archivo nacional, vol. 5, fol. 287, vuelta.

españoles, siendo tan necesarios para esto, que segun el mismo Mendoza, "sino se diese orden como ellos los hiciesen, excusado seria tratar de edificios ni de grangerias ningunas para los españoles." A su cargo estaba igualmente todo lo que se relacionaba con el servicio privado de los vecinos de Oaxaca. Cada pueblo contribuia con un número fijo de personas que constituian el repartimiento de Antequera, pues trabajaban á las órdenes de la ciudad y en su provecho; pero muchas veces se aumentaba ese número para servir á particulares intereses. [1] Por más que parezca semejante práctica abusiva, no está abolida totalmente: muchos indios sirven aún gratuitamente, aunque sin sufrir violencia, en las casas de Oaxaca; y para las obras de utilidad pública la autoridad dicta sus órdenes y de los pueblos salen cuadrillas de trabajadores que no son comunmente remunerados.

Al principio muchos de estos indios, conocidos entónces con el nombre de "naborias," para acudir prontamente á lo que les mandase la ciudad, fijaron en ella misma su residencia. Tenian á su cargo las casas del ayuntamiento, audiencia y cárcel, desempeñaban oficio de alguaciles para la ejecucion de autos de justicia entre los que concurrian los sábados al mercado, cuidaban del caño que abastecia de agua á la ciudad y de las barreras necesarias á los alfareros, y servian á los españoles en sus casas particulares, ó en las huertas y jardines que se iban formando á las orillas de Antequera. En recompensa no pagaban tributo, eran libres como los vecinos españoles, y aún les habia

1 Los vecinos de Coyotepec se quejaron de que además de los diez y seis indios que daban por repartimiento para el servicio de los vecinos de la ciudad de Antequera. eran compelidos á dar mayor cantidad á otros particulares. (Archivo nacional, vol. 6, fol. 197). Al pueblo de Tlalistac que daba diez y seis personas, se exigian además otros veinte. (Id. vol. 5, fol. 190).

ofrecido el municipio repartimiento de solares, para edificar en ellos y habitar en casas propias. Como habian pasado treinta años sin que la promesa se cumpliese, los *naborias* elevaron al virey sus quejas, y D. Luis de Velasco, á pesar de la resistencia de los vecinos españoles, mandó el 7 de Julio de 1563 que se repartiesen los solares ofrecidos, dando motivo á la formacion del pueblo de la Trinidad, llamado desde entónces "De las Huertas."

4.—La más importante contrariedad que habia sufrido el municipio de Antequera era relativa á sus antiguas pretensiones de poseer en torno de la ciudad campos comunales como las otras villas de la Nueva España. Para conseguirlo, no habia cesado de gestionar, por medio de sus procuradores, ya en México, ya en la corte de Madrid, aunque sin lograr otra cosa que no malas esperanzas. En 1552 se habia dirigido al rey, representando la molestia y daño que recibian de la cercanía de los indios, y pidiendo que fuesen éstos asentados en otro lugar léjos de Antequera. El rey proveyó en Monzon de Aragon la cédula siguiente: "D. Luis de Velasco, Virey y Gobernador de la Nueva España que en ella reside. Francisco Herrera en nombre de la Ciudad de Antequera me ha hecho relacion, que para bien y utilidad de los vecinos de ella, conviene que Vos la visiteis y deis órden de como se aparte de ella un pueblo de indios, que se llama Oaxaca en lengua mejicana; por que de apartarse ambas repúblicas se conservarán y tendran salidas desocupadas y entradas, y que señalásedes á la dicha Ciudad términos como los tenian los demas pueblos de esa Nueva España, ó como la mi merced fuese. Por ende Yo os mando, que proveais de persona que visite la dicha Ciudad, y si por la dicha visita resultare y pareciere que convenga hacer alguna provision cerca de lo suso dicho, nos enviareis relacion de ello juntamente con vuestro parecer, para que visto se provea lo que más convenga. Fecho en Monzon

de Aragon á 3 de Septiembre de 1552. Yo el Principe Por mandado de su Alteza, *Francisco de Ledesma*." [1] Es probable que hecha la visita y practicadas las diligencias que la cédula previene, se encontrase que no se podian conceder ejidos á la ciudad sin lastimar los derechos del marqués, ó que se hubiese pulsado algun otro grave inconveniente, pues Antequera quedó esta vez sin los campos que deseaba.

Cada dia se hacia sentir más, sin embargo, la necesidad de los ejidos, así que, los republicanos de Antequera no podian ménos de insistir en su demanda; y ya que habian sido ineficaces los medios puestos hasta entónces, proponíanse escogitar otros de mejor efecto. Unas veces habian querido mudar de asiento á la ciudad y otras alejar á los indios de Huaxyacac á Oaxaca, como ya se le llamaba; ahora pensaban reunirlos en pueblos, pues parece que no los tenian los indios mexicanos, sino que habian ordenado sus casas, formando desde Tepeaca y Jalatlaco hasta Zochimilco y Santa María del Marquesado una larga hilera en torno de la ciudad, de modo que los vecinos de ésta ciertamente no tenian salida. Formularon, pues, sus peticiones á México, y el virey D. Luis de Velasco libró el mandamiento que sigue: "Yo D. Luis de Velasco, &c. hago saber á vos Cristóbal de Espíndola alcalde mayor de ciudad de Antequera del Valle de Guaxaca que por parte del cabildo justicia y regimiento de la dicha Ciudad se me hizo relacion que acausa de que los indios mexicanos del pueblo de Guaxaca no se han juntado ni poblado en congregacion y policia como comunmente se acostumbra por lo mucho que importa á su doctrina é instruccion tienen ocupadas las salidas de la dicha ciudad las cuales quedarian realengas y libres si se juntasen y congregasen en un sitio bueno sobre lo cual me fué pedido mandase prover que ansí se juntasen é congregasen é por mi visto atento lo suso dicho por la presente os mando

1 MS. de la Biblioteca del convento de Santo Domingo de Oaxaca.

que llegado al dicho vuestro cargo veais en que sitio ó sitios podrán poblarse é congregarse los dichos naturales mexicanos del dicho pueblo de guaxaca en congregacion é policia de manera que dejen desembarazadas las salidas de la ciudad y deis órden como se haga la dicha junta é poblacion repartiendoles sus solares en que hagan sus casas con parecer de los religiosos que tienen cargo de su visita que para ello os doy poder cumplido cual en tal caso se requiere. Fecho en México á 16 dias del mes de Agosto de 1560."

Fácil hubiera sido á la corte de España remover el embarazo de los indios mexicanos pasándolos á otro sitio que no hubiera sido imposible encontrar adecuado, pues tantos habia para dar de merced á cuantos españoles lo pedian. Lo que impedia resolver esa dificultad en favor de la ciudad, no era ciertamente el temor de lastimar los derechos de los indios dueños de la tierra, pues tales derechos no habian sido suficientes para estorbar que á Cortés se consediese el dominio de esa misma tierra, ni fueron bastantes para impedir que despues, en tiempo de las congregaciones muchos otros indios fuesen arrancados del suelo natal y trasladados á lugares insalubres en que innumerables perecieron. Además que no podia decirse que los indios mexicanos tuviesen mejor derecho que los españoles, pues unos y otros habian sido sucesivamente conquistadores y colonos del lugar, de modo que en rigor de justicia la tierra era de los zapotecas, sus primeros pobladores. Tampoco se tenia respeto á los derechos del marqués del Valle, pues á pesar de sus reclamos, Antequera se habia fundado y permaneció en territorio de su marquesado. Otro designio tenia la corte de España cuando mantenia indecisas la dependencia de los ejidos de Antequera y otras varias de interes para la casa de Cortés. Entre las villas con que los reyes católicos habian remunerado los inmortales servicios que el gran conquistador prestara á la corona de Castilla, se contaba la de Tehuantepec, que los reyes quisieran haber con-

servado para sí. Tehuantepec era un puerto á que se daba entónces suma importancia, y que se prestaba por su situacion á mil vastos proyectos de comercio por la mar del Sur, y de conquistas en el Asia y la Oceanía. Pero Cortés no podia ser privado de Tehuantepec sin inconsecuencia, sin ingratitud y sin peligro: conservó, pues, aquella villa; mas se vió envuelto en litigio interminable; murió sin ver concluido el pleito; sus herederos frecuentaron los tribunales por esta misma causa, hasta el 16 de Diciembre de 1560 en que, á pesar del fallo adverso de los jueces, Felipe II confirmó á D. Martin Cortés, hijo y heredero de D. Fernando, la donacion que se habia hecho á su padre de veintidos villas y lugares, con sus aldeas, jurisdicciones y derechos, sin limitacion ni restriccion de número de vasallos "con tanto, dice la cédula, que el puerto de Tehuantepeque con sus subjetos, que es puerto en la mar del sur quede para nos y para la corona real de estos reinos;" se le dejaron las estancias y ganados que tenia en Jalapa y la Ventosa, y se le mandaba remunerar por las rentas que perdia en Tehuantepec con los tributos de otro pueblo que quisiese. [1] Oaxaca quedaba esta vez, como ántes era, del dominio del marqués, y la ciudad de Antequera sin ejidos.

Todavía el municipio tentó adquirir los campos que deseaba promoviendo un litigio contra Francisco de Alavez. El 31 de Diciembre de 1553, ante el corregidor Juan de Avendaño se presentó Gonzalo Jimenez, vecino y regidor de la ciudad, pidiendo se le pusiese en posesion de la merced de una caballería de tierra que el virey le habia otorgado, que sin obstáculo le fué concedida en el sitio que es hoy la hacienda de San Luis, cubierto entónces de grandes carrizales. En 1564, Francisco de Alavez quiso comprar esta finca, y el Lic. Cabello, que era corregidor, no halló difi-

1 Testimonio auténtico de las mercedes, etc., concedidas al marqués del Valle. MS. en la Biblioteca del Sr. D. José M. Agreda, fol. 23.

cultad para que el contrato se verificase; pero el procurador de la ciudad, Juan Gallego, se opuso á él por estar la hacienda comprendida en la legua que para ejidos habia concedido en torno de la ciudad la reina Doña Juana. El pleito se siguió con calor por ambas partes; mas la sentencia notificada el siguiente año al corregidor D. Rodrigo Maldonado, no fué conforme á los deseos del procurador. [1] Dos siglos despues, renovó la ciudad el mismo pleito, pretendiendo tener derechos sobre la misma hacienda de San Luis; mas el éxito fué idéntico, pues en la área del terreno que decia pertenecerle, tenian labores y haciendas Viguera, vecino y regidor de la ciudad, y Montoya, empleado cerca de la persona del rey y muy considerado en su corte.

Juan Gallego, al mismo tiempo que el litigio sobre ejidos, promovia otras mejoras importantes. D. Antonio de Mendoza habia encontrado bastante buenos los caminos en su viaje á Oaxaca, si no se paraba la atencion en "ciertos pasos estrechos y no bien fijos," y creia conveniente que se nombrasen dos ó tres personas de confianza y entendidas para proseguir su construccion indispensable por la actividad que tenia el comercio de cacao. Juan Gallego consiguió que se compusiesen los que iban á México y Tehuantepec, y que se fabricase el de Huatulco. Tambien logró abastecer á la ciudad de carnes, cuya falta se hacia sentir por 1560. La ciudad habia conseguido ántes hacer mesta sin tener que acudir á México, y para resguardo de sus mujeres é hijos, los vecinos, á falta de una fortaleza, habian levantado un muro en torno del atrio de la catedral que estaba en construccion.

5.—En la misma ciudad, los dominicos daban principio con buen éxito al cultivo de las ciencias. Ya hemos visto que desde el año 1547, fué asignado por el capítulo provin-

1 MS. de la Biblioteca del convento de Santo Domingo de Oaxaca.

cial de su Orden, Fr. Fernando Mendez, para dar lecciones de teología. Es muy probable que por entónces solo se hayan consagrado al estudio los mismos regulares y algunos otros pocos, deseosos de recibir Ordenes sacerdotales; pronto se conoció, sin embargo, la necesidad de ensanchar la esfera de los conocimientos, y en 1553 fué ya instituido maestro de artes y teología Fr. Juan Martinez, á quien sucedió en el mismo encargo poco despues, Fr. Gerónimo de Tejeda. Tres años más tarde, en 1556, se instituyó además la cátedra de gramática latina y se prescribió que los regulares celebrasen conferencias morales. [1] Estos religiosos no circunscribieron la enseñanza á los límites del convento, sino que abrieron las puertas á la juventud en general, haciéndola cobrar amor al saber.

El cuidado principal de los dominicos era la conversion de los indios, y sus atenciones despues de la ciudad, de preferencia se dirigian á la Villa-alta. El Sr. obispo Zárate habia puesto allí á sus clérigos, quienes teniendo á su cargo innumerable pueblo, para cumplir sus deberes partian el trabajo, separándose cada cual por su camino, desamparando entretanto la villa poblada entónces por treinta familias españolas. Semejantes ausencias causaban desagrado á los vecinos, que no tenian oportunos los auxilios espirituales: se quejaron al obispo, que proveyó en el caso mandando que fuesen visitados con frecuencia por religiosos dominicos. Dos de éstos marcharon en efecto á la villa, en donde fueron recibidos con demostraciones de júbilo. El virey Mendoza, y despues D. Luis de Velasco, mandaron que se edificase monasterio para ellos, distribuyéndose el

1 Así dicen las actas del capítulo de este año: "En el cual dicho convento (de Oaxaca) ordenamos que se enseñen dos facultades: una de gramática y otra de artes, cuyos lectores serán los que determine el Prior del mismo convento. Espliquense además en la misma casa diariamente casos de conciencia." (Levanto. MS. fol. 54).

trabajo entre los pueblos inmediatos. Permanecieron en efecto allí cuatro años; mas por ciertas diferencias con los beneficiados, en el de 52 abandonaron el lugar regresando á la ciudad.

El obispo promovió entónces que los religiosos quedasen solos en la villa, y á sus instancias y de las del virey, que tuvo conocimiento de las inquietudes de los beneficiados, proveyó el rey de España cédula especial para que fuesen éstos removidos y la casa cedida en favor de los regulares; mandando además que se les ministrasen de las cajas reales mil pesos, y todo el vino, aceite y ornamentos necesarios para el templo. El primer prelado de Villa-alta, designado el 15 de Enero de 1558, fué el venerable Fr. Jordan de Santa Catalina, cuyo proceso de canonizacion se remitió á la San Sede y debe existir en los archivos de Congregacion de ritos. Se dieron por compañeros á Fr. Jordan, otros tres regulares, Fr. Pedro Guerrero, Fr. Pablo de San Pedro y Fr. Fabian de Santo Domingo, lego de costumbres ejemplares. Su primer cuidado fué la construccion de un templo, para lo que les prestó notable ayuda D. Juan de Salinas Alavez, corregidor que habia sido de Teutila, y desde 1555 de San Ildefonso. El lego se encargó de enseñar á los niños los rudimentos de las letras; tomando luego bajo su direccion cosa de quinientos. Estos prontamente aprendieron á leer y á escribir, y con algunos principios de doctrina cristiana y de canto llano, se esparcieron por los pueblos, enseñando á otros muchos lo que sabian. Fr. Jordan, perfecto conocedor del zapoteca, emprendió la predicacion de los indios de este idioma, y Fr. Pedro Guerrero el estudio del mije, para recorrer despues las comarcas habitadas por éstos.

6.—Nejapan fué otro de los pueblos que comenzó á percibir la luz del Evangelio en este tiempo, por el ministerio de los mismos religiosos. Era entónces poblacion de dos

mil casados, de idioma zapoteca, establecidos allí desde las guerras de Zaachilla para tener seguro el paso á Tehuantepec. Por instancias del obispo Zárate fué señalado hácia el año de 50 Fr. Pedro García, religioso penitente y amante de los indios, para predicarles el cristianismo. Así él como el que le sucedió, Fr. Matías Portocarrero, auxiliados por los indios, levantaron el primer templo, bastante suntuoso, pues comenzaban ya á mirarse con desagrado los techos de paja. Al ejemplo de Zaachilla, los vecinos de Villa-alta quisieron poner un presidio en este lugar, para contener por una parte á los mijes y por otra á los chontales que los amagaban sin cesar. Con autorizacion, pues, del virey D. Luis de Velasco, el viejo, por 1560 la mayor parte de los vecinos de Villa-alta trasladaron su domicilio á las vegas de un rio que corre cerca del pueblo de Nejapan. Como el clima es ardiente allí, en donde juntamente con frecuencia soplan los vientos helados de los mijes, produciendo la destemplanza del aire accidentes á veces mortales, muchos de los pobladores se volvieron á Villa-alta; el virey los apremió al retorno haciendo grandes ofrecimientos á los que quisiesen avecindarse en Nejapan, haciendo la fundacion de la villa en toda forma; y en efecto, escogiendo lugar á propósito, en un dia de Santiago, se hizo el reparto de solares, se nombraron un alcalde ordinario y cuatro regidores, y enarbolando el estandarte real, se vitoreó repetidas veces al rey de España. A D. Juan de Salinas, alcalde mayor entónces, no solo de San Ildefonso sino de la villa de Nejapan, con jurisdiccion sobre los zapotecas, mijes y chontales, por el recargo de trabajo se le asignaron cuatrocientos pesos anuales de oro comun.

El Sr Zárate depositaba la más completa confianza en la eficaz cooperacion de los dominicanos, para el efecto de cambiar la faz de su diócesis haciéndola toda cristiana. Por eso no cesaba de instar al virey y al provincial, pidiendo

los distribuyesen entre los pueblos de los indios para que los doctrinasen en la fé. Así obtuvo que los Huitzos y Ocotlan fuesen parroquias regulares; y para conseguir lo mismo en órden á Cuilapan, removió al clérigo que administraba allí los sacramentos, señalándole una silla en el coro de la catedral, que acabó de construirse, aunque con formas no muy arrogantes, en el año de 1555. Fué este uno de los últimos actos del señor obispo, que en este mismo año, asistiendo al primer concilio mexicano, falleció en la capital de Nueva España, el 10 de Setiembre, [1] siendo inhumado en el templo de Santo Domingo y en el mismo sepulcro del R. P. Delgado, como él pidió.

A la muerte de este obispo, los religiosos dominicos comenzaron á ser hostilizados por el clero secular. El cabildo eclesiástico que gobernó la diócesis por más de cinco años, vacante la sede episcopal, quiso sustituir á los frailes que administraban los pueblos con sacerdotes clérigos. Pero los religiosos dominicos eran del todo necesarios en aquellas circunstancias, y comprendiéndolo así la autoridad, les dispensó su proteccion, prohibiendo en 1556 al dean de Oaxaca, que impidiese la predicacion de los frailes ni hiciese la menor innovacion en los pueblos.

7.—Al Sr. Zárate sucedió el Illmo. Sr. D. Fr. Bernardo Acuña de Alburquerque, religioso dominico y morador del convento de San Pablo de Oaxaca. Era natural de Alburquerque en España, pero se ignora el nombre de sus padres. En Alcalá estudió gramática, filosofía y teología. En este tiempo, aquellas palabras del Salvador: "aprended de mí que soy manso y humilde de corazon," fueron así como el asunto de sus meditaciones contínuas, el primer fundamento de sus relevantes virtudes. Se dirigió despues á Salamanca con el designio de recibir el grado de doctor; mas en lugar de ir á la universidad, penetró en el convento

1 Códice. Tell. Rem.

de San Estéban y vistió el hábito de Santo Domingo de Guzman. Recibido en calidad de lego, desempeñó las humildes faenas de su profesion, con tanta exactitud y órden, que juzgó el cócinero un deber de conciencia dar excelentes informes del jóven á los superiores. Con motivo de una intrincada cuestion que debatian dos sabios paseándose en el jardin del convento, se esclareció lo que hasta entónces habia sido un secreto para todos: el talento y la instruccion del jóven Alburquerque. Admirado en efecto de que aquellos maestros dudasen en una materia para él clara como la luz del dia, interrumpió su diálogo indeliberadamente, resolviendo la dificultad con precision, explicándose á la vez con tal profundidad y abundancia de doctrina, fundada en Aristóteles y Santo Tomás, que todos comprendieron ser imposible que aquel lego ignorase aun las primeras letras, como se creia. El sabio es una antorcha cuyo mismo brillo lo denuncia en donde quiera que se oculte. Alburquerque recibió, pues, las Ordenes sagradas.

A México vino con otros religiosos de su Orden en el año de 1535.[1] y fué uno de los primeros que se dedicaron al estudio del idioma zapoteca, que adquirió con admirable perfeccion, pudiendo muy en breve predicar y confesar á los indios, y aun componer un catecismo que fué muy útil á los misioneros y á los curas. Estuvo en la Villa-alta y fué el segundo vicario de la casa de Tehuantepec, en donde se hizo amar extraordinariamente por los indios. De D. Juan Cortés Cosijopii recibió este religioso señales de una sincera y grande adhesion, entre otras las abundantes limosnas con que pudo fabricar el convento que aun existe. La mayor parte de su vida regular pasó en Oaxaca, ya como simple morador, ya en el desempeño de las prelaturas que se le confiaban, En 1553 fué, á su pesar, electo provincial de su Orden en México.

1 Levanto. MS. fol. 33. Torquemada, lib. 15, cap. 17.

Al visitar su provincia en cumplimiento de su deber, los indios le mostraban, siguiéndole en tropas, el cariño filial que le profesaban. La paciencia en verdad con que los habia enseñado, la ternura con que los atraia, la dulzura de su trato, la eficacia de su palabra, el ejemplo de su austera vida y los viajes y fatigas que habia emprendido por el bien de aquellos neófitos á quienes habia domesticado y bautizado por millares, tenian bien merecida su gratitud. A la muerte del Sr. Zárate, hallándose en España, á donde habia ido á sostener los derechos de los indios, Fr. Bartolomé de las Casas, testigo muchas veces del grande afecto que Alburquerque profesaba á los indios, persuadió al rey que lo nombrase obispo de Antequera, como el más idóneo en aquellas circunstancias. Remitieron las bulas sin la menor noticia del santo varon, que, obligado por la autoridad del provincial, que lo era Fr. Pedro de la Peña, obispo despues de Quito, á su pesar, ofreciendo mil resistencias y protestando siempre su indignidad, al fin las aceptó.

Habia sido electo ya por tercera vez prior de Oaxaca cuando recibió la mitra episcopal. Llegando al convento cierto dia un vecino principal, halló al obispo electo sentado en la portería del convento con la correa de las llaves al hombro, como si todavía viviese con aquel descuido de un fraile lego que tuvo en su noviciado de Salamanca. ¿Cómo esta aquí V. S. (le dijo el seglar) con las llaves al hombro como si no hubiese fraile á quien darlas en el convento? Respondió el V. Obispo: "Por cierto que quisiera más esta vida y estas llaves, que el nuevo cuidado en que sin merecerlo me ponen. Duéleme mucho dejar la compañía de estos santos religiosos, porque además de la seguridad que trae consigo la pobreza y obediencia religiosa, tenia yo tantos maestros de virtud como frailes habia en el convento. Uno me enseñaba á ser devoto, otro á ser humilde, otro á ser penitente ó caritativo, y esto me hacia ver, aunque yo no quisiera, la eminencia que algunos tenian en estas vir-

tudes, aunque todos en comun las tienen todas. En cada cosa que hace el fraile merece, porque todas brotan de la raíz fértil de la obediencia que se prometió á Dios y al prelado en su nombre." Era tanta la humildad de Fr. Bernardo, que en el año de 59, ya electo obispo, fué instituido en el capítulo provincial vicario de Cuilapan, y aceptó sin vacilar el encargo.

8.—Al apartarse de su convento para gobernar la diócesis, llevó consigo á un compañero, recio de génio, de semblante severo y de palabras generalmente ásperas y desabridas, Fr. Pedro del Castillo, á quien se propuso obedecer en lo que tocaba á su persona, cumpliéndolo así toda su vida, como pudiera el más fervoroso novicio. Sus costumbres de obispo no desmerecieron de las de un observante religioso, guardando fielmente la regla en todo lo que miraba á la comida, al lecho y á las distribuciones de la Orden, pues aun haciendo la visita, se levantaba á media noche al rezo de maitines, como entónces era costumbre en las religiones todas: él mismo remendaba su hábito, y su calzado y su vestido interior eran de la misma clase que los usados en ese tiempo por los diminicos.

Privadamente Fr. Bernardo fué siempre un perfecto religioso; como obispo cumplió tambien exactamente su deber. Cuanto tenia era de los pobres; todo lo que adquiria iba á dar á manos de los indígenas. El mismo, acompañado de un religioso y á veces tambien de un pajecillo indio que le llevaba el sombrero, visitaba en persona á los enfermos: vez hubo en que les llevara hasta la comida, pidiendo al convento algo de limosna para su propia mesa. Aun la grosera jerga que cubria su lecho dió á los desnudos, y cuando por sus extraordinarias limosnas, su compañero, Fr. Pedro del Castillo, solia reconvenirle, Alburquerque respondia: "¿Qué hacer? No hay más que pedir otra limosna á nuestros frailes." Claro está que ninguna alhaja de valor

pudo conservar por mucho tiempo: un vaso de plata que habia escapado á sus liberalidades, al fin cayó en sus manos y fué la limosna que se dió á un pobre vergonzante.

Con igual empeño velaba por las necesidades espirituales de su rebaño. Visitaba frecuentemente su obispado cuidando que los curas cumpliesen con su ministerio. El mismo daba el ejemplo predicando no solo en su catedral sino en todos los pueblos, confesando á cuantos lo solicitaban, y administrando la confirmacion sin manifestar enfado por mucho que fuera el concurso de gentes que acudian á recibir este sacramento. Cuidaba con especial esmero del esplendor del culto divino, proveyendo de ornamentos y vasos sagrados á muchas de las parroquias de su obispado.

9.—Durante su visita pastoral, hallándose de paso por Tehuantepec, le pidió audiencia una india principal de aquella villa. Era nieta del último rey de los zapotecas, heredera legítima por la sangre y por las leyes de sus mayores del trono de sus padres, y se llamaba Doña Magdalena Cosijopii. Era discreta, sinceramente cristiana y tan respetada de los que deberian haber sido sus vasallos, que aún le doblaban la rodilla, sin atreverse á mirarle el rostro, cuando andaba por la calle. La noble india se presentó con el esplendor y majestad de los antiguos reyes, y despues de los primeros saludos, hizo algunos esfuerzos para hincarse ante el obispo, cosa que no permitió el respetable prelado. Doña Magdalena se proponia en aquella entrevista agradecer cordialmente, como lo hizo con excelentes razones, las fatigas que se tomaba el Sr. Alburquerque en beneficio de los suyos: para mostrar mejor su reconocimiento, le ofreció unas muy bellas pieles, gran cantidad de ricas plumas y algunos vasos llenos de valiosas joyas de oro. El señor obispo recibió las pieles, suplicando á la india repartiese las alhajas entre los necesitados. Este generoso desprendimiento acabó de cau-

tivar el corazon de la cacica y el de otras doscientas personas principales que formaban su acompañamiento.

Era digno en efecto el Sr. Alburquerque de la gratitud de los indios por el tierno amor que les profesaba, no dispensándose para su bien trabajo alguno; tanto que en cierta ocasion, no vaciló un momento en salir de la ciudad, sobre una mala cabalgadura, sin acompañamiento alguno, por asistir en Huitzo al matrimonio de un pobre indio que deseaba tener ese gusto.

10.—El rey de Tehuantepec vivia aún, cuando el Sr. Alburquerque visitó aquella poblacion. Estaba anciano, y los antiguos y funestos anuncios relativos á su persona, que se habian ya comenzado á verificar, estaban próximos á recibir el más perfecto complemento. Pacíficamente habia cedido su corona en favor del rey de España. Su bautismo habia sido un gran acontecimiento para todos sus Estados: aún brilló en esta ocasion con la majestad de los reyes; pero todas las cosas de la vida son instables, y pronto se reconoció la exactitud de esta máxima en perjuicio del nuevo creyente. D. Juan Cortés Cosijopii poseia, procedentes de los tributos de sus vasallos, grandes riquezas, que distribuia con magnífica liberalidad entre los mismos tributarios. Privado del reino, se vió en la imposibilidad de continuar sus cuantiosas dádivas: esto fué lo que comenzó á producirle sinsabores. Es verdad que Cortés le habia dejado algunos bienes de fortuna; pero eran éstos tan escasos, que apénas bastaban para mantener á su escasa familia y servidumbre, y aun esto de un modo poco digno de su antigua grandeza y esplendor. Todavía fueron, sin embargo, reducidas posteriormente por los vireyes sus escasas rentas, en términos de no poder satisfacer con ellas las necesidades primeras de la vida. [1] Los pueblos, que vie-

1 En 1555, D. Luis de Velasco, confirmando una resolucion dictada el año anterior por el visitador del marquesado del Valle, Dr. D. Antonio

ron á su rey en tales estrecheces, sin obligacion de tributarle, pues lo hacian al nuevo monarca que les habian impuesto los invasores extranjeros, voluntariamente sin embargo le hacian obsequios de valor. Semejantes recursos son por su naturaleza precarios, herian además la nativa altivez del monarca destronado, y en fin, despertaban la suspicaz envidia de los conquistadores. Para evitar lo último, Cosijopii recibió aquellos dones tan ocultamente, que durante algunos años nadie se apercibió de ello.

El trato frecuente con sus fieles súbditos, idólatras todavía en su mayor parte, le recordaba sus glorias pasadas, obligándolo á mirar con desagrado su abatimiento presente. Tal amargura de ánimo lo preparaba para la apostasía, á la que vino á determinarlo un acontecimiento imprevisto. No pudiendo ya ejercer sus funciones los sacerdotes de Mitla en el santuario de este nombre, que habia sido invadido por los españoles, se trasladaron con sus ídolos á la corte de D. Juan: el *Huijatóó,* es decir, el gran atalaya, el que lo ve todo, el sumo sacerdote de los zapotecas, y los *Copavitóó,* es decir, los guardianes de los dioses y ministros subalternos del culto, se presentaron en el palacio y le pidieron amparo en la desgracia. D. Juan no podia hospedar á los viejos dioses en su casa sin traicionar las promesas de su bautismo; mas por otra parte, su noble corazon re-

Rodriguez de Quesada, redujo á cien pesos la renta anual de D. Juan Cortés. El mandamiento del Dr. Quesada dice así: "Han de dar los del pueblo de Teguantepec y sus sugetos á D. Juan Cortés cacique y gobernador de sobras de tributos cien pesos de oro comun cada año, la mitad por navidad y la otra mitad por Sn Juan de Junio de cada año y no le han de dar otra cosa alguna ni comida ni servicio ni sementera, ni el lo lleve aunque se lo den de su voluntad so pena que lo pague con el doble para los gastos del monasterio y de suspencion de encargo y oficio por el tiempo que fuere la voluntad del Illmo Virey de esta Nueva España y con esta tasacion se dan por ningunas todas las tasaciones que estan hechas &" (Archivo nacional, vol. 4, fol. 140, vuelta).

sistia el rechazar á los fugitivos sacerdotes, tan respetados en otro tiempo y tan desgraciados y perseguidos en la actualidad. Se resolvió á recibirlos, destinando á los ídolos un salon poco frecuentado de su palacio. En él, á la media noche, rodeados del pueblo que ocultamente entraba, los sacerdotes continuaron ofreciendo los acostumbrados sacrificios.

11.—Por más que parezca increible, semejantes idolatrías permanecieron secretas algunos años, ni acaso se hubieran descubierto sin la codicia de un español. Deseaba éste ser partícipe de las liberalidades de D. Juan, que se habian hecho famosas. Como no era frecuente que Cosijopii repartiese sus riquezas entre los conquistadores, no creyendo el español que le faltasen cuadales suficientes, quiso entender, que por una predileccion muy natural, solo á los suyos quisiese dispensar sus favores: por lo que, ya que no por la benevolencia del monarca, por el engaño y la astucia quiso lograr sus deseos. Observando cuidadosamente que de noche se dirigian á la deshilada muchos indios á la casa de D. Juan, y juzgando llegado el momento de alcanzar las ambicionadas reales dádivas, se acomodó al cuerpo un vestido de los que usaban los tehuantepeques, y con el auxilio del idioma zapoteca que poseia, escurriéndose por las cuadras más oscuras, pudo entrar en el palacio del cacique, como si fuese indio. Sus esperanzas no fueron satisfechas, pues no le alcanzaron las liberalidades de D. Juan, que muy léjos estaba de repartir riquezas en aquellos momentos; pero presenció el ceremonial del culto que se tributaba á los dioses. Poseedor de un secreto importante, presumió el español que si sabia guardarlo, tenia hecha su fortuna. Su silencio, sostenido por el interes y no por moralidad, no podia ser largamente duradero: así fué que, por algunas palabras suyas relativas al descubrimiento que habia hecho, el vicario del lugar, que lo era entónces Fr. Bernardo de Santa María,

llegó á concebir sospechas vehementes de la fidelidad religiosa del cacique.

Por motivos más honestos, pero con no ménos fuerte determinacion, quiso el religioso esclarecer los misterios que D. Juan ocultaba en su palacio. Al intento se sirvió del fiscal, indio que le era muy adicto, instruyéndolo suficientemente sobre las cautelas que habria de usar para no ser conocido. Conocedor por este medio, y sin abrigar ya dudas sobre la apostasía del cacique, para proceder contra él en justicia, solo faltaba sorprenderlo en el momento de perpetrar el delito, cosa fácil, puesto que se sabia perfectamente la hora y el lugar de sus idolatrías. Fr. Bernardo, pues, señaló dia; citó al alcalde mayor; convocó algunos otros vecinos principales que sirviesen de testigos; se previno con bastante gente de armas, y cuando fué oportuno, seguido de todos, á la media noche se dirigió á la casa de D. Juan. Todo se verificó á la medida del deseo. Al recorrer las cuadras del palacio, por la luz que se proyectaba desde ciertas ventanas, descubrieron el lugar de la ceremonia. Por las mismas ventanas pudieron contemplar á placer lo que pasaba en el interior del salon. Sobre un elevado altar se erguia el ídolo resplandeciendo con multitud de antorchas: á sus piés D. Juan, revestido con blanca túnica y ceñida la frente con una riquísima mitra, desempeñaba las funciones de sacerdote principal. Los *vijanas* (niños de servicio) tomaban del pueblo los pavones y demás víctimas y las llevaban á los ancianos sacerdotes de Mitlan, quienes luego las degollaban, enrojeciendo las manos con su sangre. Los braseros y sahumadores ardian tambien, esparciendo por el salon el fragante humo del copal. Por en medio de todos se abrió paso el fraile, adelantando con aspecto grave seguido de los españoles, hasta llegar cerca del altar. La sorpresa fué tan general y completa, que ninguno pensó en hacer la menor resistencia ni en huir siquiera. Los seis ancianos sacerdotes fueron con-

ducidos por el alcalde á la cárcel, y D. Juan, por Fr. Bernardo, al convento.

12.—El religioso rodeó al noble preso de atenciones y cuidados, ni podia ménos, pues entre otros motivos tenia el muy poderoso de la gratitud: D. Juan habia empleado los restos de su antigua fortuna en construir el templo y el convento magnífico de Tehuantepec, aquel mismo convento que le servia entónces de prision. Entre ambos sostuvieron largas conversaciones, empeñado el religioso en que renunciara sus ídolos y abjurara sus errores el preso, quien más de una vez expresó la presuncion que habia concebido de que pagando el tributo y dando á los españoles bastante oro, lo dejarian vivir en paz con sus groseras divinidades.

Como era de esperarse, la noticia de la prision del rey produjo entre los indios viva sensacion, no solo en Tehuantepec, sino á largas distancias, desde donde acudian en tropas, lamentando la desgracia, y tomando á veces una actitud amenazadora. Un dia se presentó una gran muchedumbre, mezclados hombres, mujeres y niños, delante del convento, pidiendo con voces y alaridos que les fuese devuelto su señor. Los vecinos españoles tímidos y los monjes andaban confusos sin saber qué determinacion tomar: el aspecto de los indios no inspiraba confianza y todos se persuadian que aquella escena terminaria con sangre. En tal angustia, Fr. Bernardo se apersonó con D. Juan y le significó los desórdenes que habia él ocasionado con sus idolatrías y los mayores que eran de temerse, si la muchedumbre no era contenida oportunamente, manifestándole al mismo tiempo la resolucion en que estaba de morir ántes que soltarlo, hasta que se hubiese enmendado y cumpliera las prescripciones del Illmo. Sr. Alburquerque á quien ya se habia mandado aviso. D. Juan escuchó con tranquilidad al religioso y le contestó con entereza: "Sacerdote, yo he

sido padre para mis vasallos: ellos no se manifestarian mis hijos, si viéndome ayer rey y hoy un miserable prisionero, no me compadecieran ni tomaran parte en mi dolor. Si yo, á quien temieron tantas naciones poderosas, me encuentro de esta suerte oprimido, á pesar de haber cedido mi trono á vuestro rey, ¿qué deben esperar mis súbditos en el porvenir? Pero, vamos, hablaré á mis vasallos, y ellos me obedecerán y templarán la ira de sus pechos."

Rodeado, pues, de religiosos, fué conducido al patio de la iglesia, en donde cargaba el mayor número de gente, la que al ver á su señor, redobló sus voces y clamores, expresando su dolor de modo que enternecia. A una señal de D. Juan todos callaron, pudiéndose oir distintamente que les decia: "Conozco la fidelidad, la gratitud y el amor de mis vasallos, de quienes espero no quieran agravar mis penas; hace muchos dias os anuncié, que acabarian los reinos y señoríos de esta tierra con la venida de unos extranjeros que á su dominacion nos tendrian sujetos. Esta fué determinacion de lo alto á la que no era lícito resistir: ya se ha cumplido. Yo tengo ánimo para sobrellevar el peso de mi desgracia, que bastante suaviza la bondad de estos sacerdotes (los frailes): nada remediareis vosotros con vuestros clamores; ántes bien, si algunos excesos cometeis, quedará empeorada la condicion en que vivo, y vosotros mismos reportareis castigos que colmarán la medida de mis sufrimientos. Obedeced, pues, y aquietaos." Acabando su razonamiento, se volvió á los religiosos y entró al convento, dejando á los indios mudos, pero llorosos.

13.—El intento de los regulares era convencer á D. Juan de sus errores, precaver la trascendencia de su mal ejemplo con alguna pena ligerísima pero pública que le impusiesen, y restituirlo al goce de su libertad y merecidas consideraciones. A este fin, el obispo Sr. Alburquerque envió dos religiosos de reconocida prudencia, Fr. Juan de Mata

y Fr. Juan de Córdova, para que sumariasen al reo, haciendo resaltar en el proceso más bien las condescendencias de la caridad, que el rigor de la justicia; pero al notificarle la comision, recusó á los dos jueces, así porque el obispo era su amigo, como porque siendo rey (así dijo) el conocimiento de sus negocios tocaba á la corona de Castilla, á la que se habia sometido. Libre de la jurisdiccion eclesiástica con esta excepcion declinatoria, se vió precisado á defenderse ante la audiencia, de la que obtuvo, despues de negociar un año entero con grandes gastos, sentencia definitiva que lo condenó á perder sus pueblos, oficio y rentas. Al regresar á su país, de paso para Nejapan, un ataque de congestion cerebral lo llevó brevemente al sepulcro. Los vasallos le conservaron hasta última hora el amor que siempre le profesaron: en su viaje á México fué honrado por todos los pueblos del tránsito: los españoles mismos lo respetaron, así por su noble orígen como por las excelentes cualidades de su persona. En México dió muestras de arrepentirse de su apostasía y en Nejapan llamó á los sacerdotes para reconciliarse con el catolicismo luego que se sintió enfermo; la muerte se anticipó, y falleció ántes de poder recibir los últimos sacramentos. [1]

Los jueces eclesiásticos sustanciaron la causa de los otros seis delincuentes que habian sido sacerdotes de Mitla: los hallaron impenitentes y los entregaron al brazo secular. Todos fueron ejecutados en solemne auto de fé, en que se presentaron con las insignias de los juzgados por el tribunal de la Inquisicion: sogas, corazas, velas negras y azotes ó disciplinas en las manos.

Fr. Bernardo de Santa María no quedó contento de su obra. La duda se apoderó de su espíritu y no quiso desampararlo nunca. Disputaba frecuentemente consigo mismo, si no habria sido acertada su determinacion de sor-

1 Burgoa, 2ª parte, cap. 72.

prender á D. Juan en su palacio, y si hubiera sido más conforme á la gratitud que le debian, usar para su conversion otros remedios más suaves; y aunque se excusaba con las amonestaciones privadas que le habia hecho, y principalmente con la suma importancia de la honra del verdadero Dios, que padeceria con aquellas torpes idolatrías, si su extirpacion se retardaba por una condescendencia sin duda culpable, todavía su conciencia no se aquietaba. El trabajo contínuo, empleado siempre en bien de los indios, solia distraerlo; pero en medio de sus fatigas le asaltaba la memoria amarga de los tristes acontecimientos pasados. Aquejado por el remordimiento, llegó á perder la salud, por lo que hubo de pasar á Jalapa, esperando restablecerla con el cambio de clima. Allí murió. Los indios habian recibido tantos bienes del religioso, que olvidaron sus resentimientos pasados y abrieron ancho campo en su corazon al amor. Sintieron con extremo su separacion de Tehuantepec, y ya muerto, recogieron su cadáver para darle honrosa sepultura.

¿Cometió una falta en no disimular las apostasías del rey de Tehuantepec? ¿No será suficiente excusa para la historia el temor fundado de escándalo de un pueblo entero, que á ejemplo de su señor, opondria sérias dificultades á la civilizacion y al cristianismo, que continuaria en sus costumbres supersticiosas é idolátricas si no se les extirpase, aunque con un golpe rudo y sensible? Decídalo otro.

Pero si el fraile cometió una falta, por lo ménos es cierto que la expió con su remordimiento y dolor, que lo reparó con su beneficencia y abnegacion en favor del pueblo ofendido, y que al fin mereció una sepultura honrosa ¿Qué excusa tendrian los ministros y jueces reales, á quienes no guiaron tan nobles motivos? ¿No habia sido espontánea la abdicacion de Cosijopii? ¿No habia cedido su reino á los españoles? ¿Su conducta no habia sido siempre leal hácia ellos? ¿Por qué, pues, la Audiencia lo redujo á tan miserable estado?

La noble hija de Cosijopii, Doña Magdalena, aun despues de la prision de su padre, acallando la voz de su resentimiento, donó á los dominicos las salinas de Tehuantepec, sus huertas, es decir, un parque de árboles frutales de media legua de extension; sus baños de recreo que eran unos manantiales de agua cristalina que regaba los árboles frutales del parque y formaba un hermosísimo estanque, en un lugar, á cuatro leguas de la villa, llamado "Loayaga," y en fin, fundó en beneficio del convento productivas capellanías.

Además de Doña Magdalena tuvo Cosijopii dos hijos legítimos, D. Felipe y D. Hernando Cortés, quienes por 1563 habian ya sucedido á su padre en el gobierno de Tehuantepec. Sin el ascendiente ni los talentos de Cosijopii, sin la superioridad que da el recuerdo de gloriosos hechos personales; sin otro poder que el muy mezquino que los españoles concedian á los gobernadores de indios, D. Felipe y D. Hernando fueron poco respetados y mal obedecidos por sus súbditos. Sus descendientes quedaron olvidados entre el pueblo. Una hija bastarda de Cosijopii fué constantemente amada por los tehuantepecanos. [1]

Tehuantepec, desde el año de 1550 hasta 55, estuvo sujeto á la provincia de dominicos de Chiapa, volviendo en este último año á la de Santiago de México. En el capítulo provincial habido en Yanhuitlan en 1607 fué erigido en priorato.

1 Todas estas noticias están tomadas de Burgoa, 2ª par., caps. 72 y siguientes.

CAPITULO XV

FRAY JORDAN Y FRAY PEDRO GUERRERO.

1. Primeros años de Fr. Jordan.—2. Sus estudios y profesion religiosa.—3. Su austera virtud.—4. Prodigios que se le atribuyen.—5. La Sierra de Oaxaca.—6. Los buscadores de oro.—7. Guerrero entre los mijes.—8. Los apóstatas de la Sierra.—9. La salvilla sagrada.

1.—El estruendo de las armas habia cesado, cediendo el puesto á la tranquila predicacion del Evangelio. Su poder, sostenido por la Iglesia y por la autoridad del rey de España, se vigorizaba cada dia más, así como se extendia su influencia entre los indios á quienes dispensaba inmensos beneficios. Solo encontraban oposicion sus humanitarios trabajos en algunos españoles, ciegos adoradores del oro. Podian ya contarse como conquistas del Evangelio las mixtecas, Tehuantepec y el valle de Oaxaca: quedaba una parte de la Sierra del Norte, reservada al celo apostólico de Fr. Jordan de Santa Catalina, de Fr. Pedro Guerrero y de otros excelentes religiosos dignos de inmortal memoria.

Fr. Jordan fué natural de Béjar del Castañar, cerca de Valladolid, hijo de padres humildes y pobres, de apellido Fuentecillas, labradores laboriosos, pero constantemente escasos de fortuna y reducidos en sus haberes al corto salario de los que se acomodan al trabajo de haciendas ajenas: en el bautismo recibió el nombre de Cristóbal. Muy niño perdió á sus progenitores: fué recogido por una anciana abue-

la suya que se procuraba el sustento mendigando el pan de puerta en puerta. No pudiendo por su pobreza pagar maestros, tampoco pudo aprender las primeras letras sino despues de algunos años. Lecciones orales de moral fueron las únicas que recibió en su infancia de los labios de su abuela, que para él no tenia sino mendrugos de pan negro de centeno y un fondo inagotable de caricias y de amor: hasta los ocho años, pues, sus ocupaciones fueron acompañar á la anciana en las faenas domésticas y rezar el rosario, sirviéndose de una cuerda con nudos para llevar la cuenta. En los dos años siguientes estuvo al servicio de un molinero, sin otro provecho que ganar la subsistencia propia y de su protectora anciana,[1] cuya muerte tuvo que lamentar á poco. Libre por esta causa, Cristóbal se dirigió á Toledo, acomodándose con cierto sacerdote, vicario de monjas, á quien ofreció toda suerte de servicios á condicion de que le enseñase á leer: frustrado en su esperanza, pues si él cumplió religiosamente el contrato, nada sin embargo aprendió, se alejó del vicario, y en union de otro jóven, en busca de más propicia fortuna, marchó á Valladolid.

Habia en esta ciudad un vecino acaudalado y de regulares costumbres, á quien, sin vacilar un momento, se dirigió el jóven, sin más recomendacion que su propia humildad, la cual ciertamente nada tenia de afectada, pues era el resultado necesario de su pobreza. Pidió que lo sustentase y le enseñase las letras, y como lo queria se verificó: aquel vecino bondadoso lo recibió benignamente, lo vistió con sencillez y decencia y pagó maestro que le diese instruccion. Cuatro años empleó en los primeros estudios, esforzándose á la vez en no desmerecer la generosidad del buen señor. Cumplia los catorce de su edad cuando su protector, llevándolo á parte en que pudiese hablarle á solas, le hizo

1 Conducia estiércol al jardin de unas monjas en un jumento llamado "Orejuela."

presente la obligacion de todos los hombres honrados de trabajar. Le dijo que sabiendo ya el jóven leer y escribir correctamente y teniendo adelantada su edad, parecia tiempo de que escogiese una industria propia con que por sí solo pudiese sustentarse, y que á este fin le ofrecia el socorro y favor que hasta entónces le habia dispensado.

Al oir este razonamiento, Cristóbal comprendió que la fortuna le volvia la espalda: se habia dejado halagar por bellas ilusiones: creia poder entrar algun dia en el palacio de las ciencias; ahora veia disipadas sus esperanzas como un sueño. Se resignó sin embargo á su suerte y contestó protestando que seguiria el camino que su protector le demarcase. "Sin merecer, dijo, el puesto del último de los criados de esta casa, encontré en vd. un padre compasivo y generoso: por lo mismo, no tengo más voluntad que la de vd." Pero al pronunciar estas palabras con acento poco seguro, dejó ver en el semblante la viva contrariedad que en su interior experimentaba. El buen hidalgo, que todo lo advirtió, se apresuró á manifestarle, que no era su ánimo expelerlo de su casa ni retirarle su proteccion, sino atender á su futuro bienestar. "Los bienes de fortuna, le dijo, son tan necesarios á la vida humana como la instruccion y la virtud. La muerte me puede sobrecoger en cualquier momento y no quisiera yo verla llegar sin dejar á mi jóven protegido un modo honesto de vivir, patrimonio utilísimo y preferible cien veces al que se adquiere por herencia. Estos he creido, agregó, son los deseos de mi hijo Cristóbal; pero si fueren otros sus designios, puede manifestarlos con ingenuidad." Alentado el jóven, indicó que tenia voluntad de seguir la carrera de la Iglesia. El pensamiento fué bien acogido y Cristóbal comenzó el estudio de gramática latina y de retórica.

2.—En el curso de estos estudios tuvo lugar un episodio dramático que no juzgo ajeno de la historia referir.

Ciertos accidentes de la vida caracterizan cumplidamente á los hombres y aun á los pueblos. Entre la casa de su habitacion y el colegio á que concurria estaba de por medio un templo de religiosos dominicos, en el que por mañana y tarde, tomándolo al paso, entraba nuestro jóven para encomendarse á Dios y rezar el rosario que nunca omitia. Frecuentaba la misma iglesia un señor principal de la ciudad, noble y bien acaudalado, quien con la costumbre de ver allí á Cristóbal le cobró afecto singular. Sin otro antecedente, lo llamó cierto dia, y llevándolo á su casa, le expuso: que conocia su pobreza, el retiro y aislamiento en que vivia y sus tendencias al cultivo de las letras; le ofreció sus riquezas y su proteccion en todo su valor; le expresó el deseo de que siguiera la carrera del foro, pintándole con los más bellos colores los encantos de un porvenir seductor; le brindó con la mano de su propia hija, cuya vista le ofreció desde luego, y sin dar tiempo al jóven para que reflexionase, levantándose lo condujo á la casa en que habitaba la jóven en compañía de su madre. Acontecia esto en una tarde de invierno, en que por las lluvias recientes el suelo estaba húmedo y el lodo se adheria fuertemente al calzado. Cristóbal marchaba en silencio, luchando por dar algun órden á sus reflexiones, sin encontrar, sin embargo, una sola idea luminosa ni tomar una determinacion fija. Al entrar en la casa de la jóven, por las huellas impresas en el pavimento, se apercibió de que álguien habia penetrado primero en ella. Las huellas eran de lodo, marcaban la pisada de un hombre y no se interrumpian desde la puerta de la calle hasta la entrada del salon. En éste se manifestaban turbadas en extremo la jóven y su madre. Era evidente que otro las habia prevenido, y que ántes que el padre, la hija tenia escogido varon con quien convenir en las cláusulas de un matrimonio. Con Cristóbal no se volvió á tratar del asunto.

Pero aquella ilusion tan prontamente formada como deshecha, produjo una revolucion en el alma del jóven: fué

una importante leccion de que se aprovechó toda la vida. Buscaba una idea luminosa, y en efecto, la luz se hizo esta vez en su espíritu. Comprendió cuán caprichoso es el mundo al dispensar sus favores y cuán mentidos y falsos son sus halagos, y sin perder un instante, obtenido el consentimiento de su protector, pidió el hábito de religioso dominico.

En el año de noviciado dió pruebas de santidad ejemplar. Su profesion, en que tomó el nombre de Jordan de Santa Catalina, no fué para él un sacrificio penoso. Estudió despues filosofía y una parte de teología; y luego que se le presentó oportunidad, emprendió viaje á México. Vivia entónces en esta capital un religioso, Fr. Cristóbal de la Cruz, cuyas purísimas costumbres y penitencias extraordinarias le habian conciliado en el público un gran concepto de santidad; á éste escogió Jordan por maestro y director, trabándose entre ambos, en consecuencia, una de aquellas íntimas, sinceras y muy bellas relaciones de amistad que solo la religion engendra. Fr. Cristóbal enseñaba, y Fr. Jordan recogia y guardaba cuidadosamente en el corazon las palabras del maestro. El primero daba vuelo á los nobles sentimientos que fecunda y desarrolla con su calor suave el amor al prójimo; el segundo se juzgaba en el estrecho deber de imitar aquellas acciones generosas. Tan pronto como el discípulo exponia sus dudas ó las turbaciones de su espíritu, el sabio y caritativo maestro acudia con su luz, y con sus saludables consejos difundia la calma y el dulce bienestar en el alma de Jordan.

Un dia preguntó éste: "¿Qué haré para aprovechar el tiempo en el servicio de Dios?" Contestó el Mentor: "Negarse á la propia voluntad, y estar sujeto á la de Dios." Otra vez que Jordan leia y meditaba en las Santas Escrituras, Cristóbal le dijo: "Ese libro es el mejor, y solo, basta; mas conviene leerlo con respeto y docilidad de corazon." En cierta ocasion, Jordan no acertaba con el nervio de un

razonamiento de Santo Tomás: el maestro le aconsejó que buscara en Dios la luz de la verdad y en la oracion el sentido de los libros. Terminó en México sus estudios de teología: por el año de 1552 se ordenó de sacerdote, y poco despues, por mandato de sus prelados, tomó el camino de Oaxaca.

3.—El Sr. Alburquerque lo trató con intimidad en esta última ciudad; conoció su talento y virtudes, el acierto y prudencia de su juicio y el gran fondo de santidad que poseia; y quiso aprovechar tan buenas cualidades nombrándolo maestro de novicios cuando fué electo provincial. Dos veces desempeñó Jordan á satisfaccion de todos aquel delicado encargo.

Se tiene á Fr. Jordan como fundador en Oaxaca de la Orden á que perteneció; porque si bien Lucero fué quien zanjó los primeros fundamentos del convento en el órden material, Jordan en el órden moral comunicó á los suyos el espíritu que los hubiese de guiar en el curso de los siglos. No era su virtud sencilla, fácil, condescendiente y casi insensible á los demás como la del ilustre obispo de Génova, sino enérgica, vigorosa y extraordinaria como la de los Macarios y Stilitas. En él se veia matemáticamente cumplida la letra de las más menudas prescripciones de su regla: aún más; en él se veian sobrepasadas con exceso las severidades de la ley comun. Cuanto los libros refieren de cruel y horroroso en las penitencias de los santos, Fr. Jordan lo ejecutaba en su persona. Tener momento á momento fijo y como enclavado en Dios el pensamiento, como San Luis Gonzaga, no era la más penosa de sus mortificaciones. Hacer cada dia centenares de genuflexiones como alguno de los antiguos anacoretas; mantenerse meses y años sin comer cada dia sino un mendrugo pequeñísimo de pan negro; pasar las noches insomne, empleando en la oracion horas prolongadas; tener el cuerpo de contínuo ceñido con

cilicios y cadenas; aplicarse cada noche dos ó tres veces sangrientas disciplinas, no pasaban en el santo varon de hechos vulgares, sin mérito, para que en ellos se fijase un instante la atencion.

Su mayor anhelo era comunicar á los demás su mismo vigor, encender en ellos el fuego que lo devoraba; y en obsequio de la verdad, es preciso confesar que no solo entre los novicios y religiosos, sino en toda la sociedad oaxaqueña, sembró y dejó establecida de un modo permanente la idea de esa virtud austera cuyo más poderoso resorte es el ayuno y la mortificacion. Aun no hace mucho se creia que para ser santo era necesario comenzar por dejar de ser hombre, convirtiéndose en un sér extraordinario inaccesible al trato social. Aun ahora, cuántos hay que ponen el nervio de la piedad en el retiro y la abstencion, obligando al hombre bueno á retraerse de la comunicacion y de toda actividad que no sea orar; que en lugar de ennoblecer el alma con hábitos laudables, dando vuelo al génio, empequeñecen el espíritu y oprimen el corazon con el insoportable peso de multiplicados y frívolos temores? Esto es un vicio, una corrupcion, una degeneracion del concepto que se tenia hace tres siglos de la virtud.

Por lo que hace á Fr. Jordan, sus acciones extraordinarias no podian ménos de imponer admiracion á los de su tiempo. Su talle era esbelto, su estatura elevada y su complexion robusta; sus maceraciones, sin embargo, habian adelgazado sus carnes, hundido sus mejillas y descolorido su semblante, de tal suerte, que al observar su cuerpo enjuto y tembloroso, su rostro demacrado, sus movimientos lentos y como acompasados y el aire de severidad de toda su persona, cualquiera en su presencia se sentia penetrado de veneracion y de temor. A esto se agregaba la noticia de ciertas maravillas realizadas á la influencia de sus oraciones. No les doy el nombre de milagros porque no los creo tales, ni la Iglesia los ha calificado, ni tengo más fun-

daménto que la autoridad de Burgoa que los refiere. Cumple sin embargo al historiador contar no solamente los hechos indubitables, sino tambien las creencias, los juicios, las opiniones y hasta las preocupaciones y errores de los pueblos. Aun las reflexiones sobre virtud y piedad cristiana omitiria, si no quisiera caracterizar y dar á conocer tales cuales fueron á los personajes que animaron en otro tiempo á la sociedad oaxaqueña. No hablar de la piedad, tratando de un pueblo eminentemente piadoso, fuera un extravío en la historia. Me veré precisado, pues, muchas veces á repetir, segun la oportunidad, semejantes reflexiones.

4.—Durante el tiempo en que permaneció en la ciudad Fr. Jordan, sucedió que el cielo negase el beneficio de las lluvias por más de dos años continuados: por lo que, perdidas las sementeras, se dejaron sentir en Oaxaca los estragos de una cruel hambre, que no satisfecha con devorar á los pobres, penetraba amenazadora y terrible en la casa de los ricos. La sociedad entera gemia de pena, teniendo en cercana perspectiva la muerte y la desolacion del país. Los dos cabildos dispusieron una solemne rogativa, con procesion de sangre y otras penitencias públicas que aplacasen la ira del Altísimo é impetrasen sus misericordias. El sermon se encomendó á Fr. Jordan. A la hora conveniente, y en medio de un concurso innumerable, el orador se presentó, descubrió el rostro regularmente impasible y sereno, entónces contraido y demudado por las emociones que sentía; desplegó sus labios é hizo resonar en medio del auditorio, al mismo tiempo los ecos sonoros de su voz y los singultos de un llanto, provocado, segun decia, por los escándalos públicos que habian desenvainado los filos de la justicia divina. Enumeró los vicios envejecidos que corroian á la sociedad y clamó enérgicamente contra ellos. Se hubiera dicho que era Jonás predicando á los Ninivitas. En el auditorio entretanto, se dejó oir un sordo rumor que á po-

co se convirtió en confuso vocerío. El clamor y las lágrimas del pueblo se levantaron imponentes ahogando con su estruendo la voz del orador, que tuvo que suspender sus palabras haciendo una breve paúsa. Cuando cesó el ruido, Fr. Jordan consoló al pueblo, diciendo que Dios, compadecido, enviaria las lluvias y que ya no se careceria en lo sucesivo de los frutos de la tierra. Acontecia esto en los momentos en que el cielo entoldado con negras nubes, comenzaba á distribuir por el suelo reseco gruesas gotas de agua, que pronto se convirtieron en aguacero tan copioso, que no pudo retirarse del templo el auditorio, hasta despues del medio dia. Como es claro, el mal desapareció y el remedio se atribuyó á Fr. Jordan.

Semejantes á éste se referian de él otras cosas admirables. Reprendiendo á un novicio, le dijo estas proféticas palabras: "Lo que me lastima el corazon es que vuestro natural os ha de traer á tan miserable ruina, que morireis desastradamente y sin ese santo hábito." Aquel novicio, en efecto, consagrado sacerdote y siendo ya ministro antiguo de indios, tuvo vicisitudes de suma gravedad que obligaron á sus prelados á despojarlo del hábito regular, muriendo poco despues con fama de costumbres estragadas, al combatir con otros soldados á los chichimecas.

A otro religioso austero y grave, venerado de todos como un santo, Fr. Juan de Osa, hizo anuncio semejante, expresándole que si no reprimia su amor propio, corria inminente peligro de morir sin el trage de su profesion. Y aunque estas palabras fueron desaprobadas por entónces, el éxito comprobó su exactitud.

Miéntras Fr. Jordan recorria los pueblos de la sierra ocupado asíduamente en instruir á los indios en la fé católica, se padeció una fuerte carestía de semillas por falta de agua. En este estado se le presentó el cacique de Temascalapa, hombre osado y muy despierto, hablándole en estos términos: "Padre Jordan: ¿qué Dios nos has dado tan sin prove-

cho y sin socorro á nuestras necesidades? Muchas veces le hemos representado ya esta gran seca que padecemos, significándole los trabajos que nos esperan y advirtiéndole que por tí hemos arrojado á nuestros antiguos dioses, con quienes teniamos costumbre de recibir lluvia del cielo al punto que la pediamos. Ahora, pues, si tú no alcanzas de este tu Dios agua del cielo y remedio de este grave mal, para que el pueblo no perezca, nos veremos obligados á dejar el nuevo Dios que nos diste, tornando á nuestras antiguas divinidades que nos entienden y conocen." Al oir tal razonamiento, Fr. Jordan derramó algunas lágrimas, sin duda por la falta de fé de aquellos neófitos: se volvió luego al cacique, reprendiéndole la facilidad con que tornaba á sus errores, á pesar de tanta doctrina y predicacion de la verdad de un solo Dios, autor de todas las criaturas, Señor de las aguas y lluvias y Padre de los hombres á quienes socorre en sus necesidades, negando á veces temporalmente su socorro para probar su fé, pero en quien en todas ocasiones, prósperas ó adversas, deberia tenerse una confianza sin límites; le advirtió que recogiese las blasfemias que habia pronunciado y que pidiese á Dios perdon de ellas, si no queria recibir un severo castigo del cielo; y dejándolo, en seguida entró en el templo y se postró ante el altar. Su oracion fué tan angustiosa, que los indios que asistian en el cuerpo de la iglesia, lo veian con turbacion y sobresalto temiendo que les trajese un gran castigo de lo alto. Pidió las lluvias al Dispensador de todos los bienes con tan extraordinaria fatiga, que regó el pavimento de sudor, como si en él se hubiese vertido considerable cantidad de agua. Se levantó tranquilo, celebró el sacrificio de la misa y predicó prometiendo un pronto remedio á las necesidades públicas. En efecto, se desprendieron del cielo torrentes de agua que no dieron lugar á los indios para salir del templo y retirarse á sus casas.

Estos y otros hechos semejantes, que se contaban, per-

suadian al público de la santidad y poder sobrehumano de Fr. Jordan; pero lo admirable, lo en verdad maravilloso fué su predicacion á los indios de la Sierra. Para formar idea de sus apostólicos trabajos era necesario conocer el teatro de su predicacion: algo se ha dicho ya del terreno que recorrió y ahora se procurará completar la descripcion.

5.—Es la Sierra de Oaxaca una extension de terreno que se dilata al norte y al este de la ciudad, comprendiendo casi la mitad del territorio de lo que es hoy el Estado de este nombre, erizado de montañas de tal suerte encadenadas, que las más veces no média entre ellas un valle de veinte varas. Suelen hallarse planicies hermosas en las cumbres, y no es raro tambien que al tocar una cima, cuando el viajero cree que va á descender por la falda opuesta de la montaña, tropiece con la base de otra enorme montaña, que á su vez tiene en la cumbre los cimientos de otra que se iergue entre las nubes. Se creerian inmensas gradas destinadas á escalar el cielo.

Desde estas alturas se alcanzan á ver los dos océanos y una gran área de tierra firme, No es raro tambien que desde los más dominantes crestones y con un cielo limpio y trasparente, se contemplen las nubes y las tempestades mecerse y resonar bajo de los piés. Desde allí, en fin, se descubren á veces, hasta donde llega la vista, bosques de árboles corpulentos, cuyas copas unidas asemejan á distancia la verde grama de un prado.

La vegetacion es en efecto exuberante en las vertientes de algunas de estas montañas, y á veces se encuentran de tal suerte entrelazadas las ramas de los árboles y tejidas por bejucos y otras hierbas enredaderas, que no puede abrirse paso entre ellas, por leguas enteras, un solo rayo directo de sol. El follaje solo que se desprende de las ramas y cubre la tierra, suele tener una ó dos varas de espesor. En tre estos bosques cruzan centenares de leones y otras fie-

ras, se mecen tropas de monos y se arrastran serpientes de todas dimensiones y figuras.

En las laderas brotan manantiales y en las cañadas corren torrentes, que á veces se precipitan en hermosísimas cascadas y que uniéndose á otros confluentes llegan á formar majestuosos rios. En los declives más pronunciados, suele tambien acontecer que la tierra floja que reviste el núcleo de granito de las montañas, no pudiendo sostenerse, resbala y cae al fondo de las cañadas, arrastrando consigo árboles, animales y caminos, dejando en pos un plano tan inclinado, que no fuera posible tenerse allí en pié.

Se podrian llamar estas montañas vírgenes aún, pues solo las cruzan los viajeros apresurando el paso para llegar presto á los pueblos distantes unos de otros muchas leguas, pues si la noche los sorprendiese en el camino, tendrian que sufrir largas horas de desvelo, encaramados en los árboles y oyendo el temeroso rugido de las fieras.

Nada más deleitable que contemplar las bellas perspectivas ó los grandiosos cuadros que allí se ofrecen á la vista; pero nada más penoso que caminar por esos montes en que cada paso es un peligro, así por los precipicios que bordean las sendas como por los caminos mismos abiertos, que con frecuencia oponen dificultades que no se pueden vencer sin gran fatiga. Además, las ilusiones que se producen al medir con la vista las distancias que se han de recorrer, causan muy poco grata sensacion. Al partir de un pueblo muchas veces se presenta á la vista el otro, punto final de la etapa, tan aproximado y cercano, que se diria estar al alcance de la mano: desde la una de estas poblaciones se ven las casas y sus moradores, se oyen tañer las campanas, cantar los gallos y cacarear las gallinas de la otra; sin embargo, entre ambas média un dia ó poco ménos de distancia, por la razon de estar ambas situadas en cumbres elevadísimas cortadas casi verticalmente hasta inmensa profundidad, á la cual hay que descender serpenteando y ro-

deando largamente para subir despues del mismo modo por la parte opuesta.

Son tan ásperas estas montañas que hasta hoy no se han docilitado al acceso de los ejércitos, ni en nuestras guerras civiles ni en tiempo de la invasion española, pues como ya se ha dicho, no pudo pasar esta armada adelante de Villa-alta. El clima recorre todas las temperaturas, desde el frio más intenso en las alturas de los montes, hasta el sofocante calor de las profundas cañadas. El carácter de los indios es aún hoy áspero y cerril; en aquella época debe haber sido intratable.

A éstos fué enviado Fr. Jordan por el provincial, que lo era Fr. Domingo de Santa María. En el desempeño de su encargo, el austero religioso observó fielmente las siguientes prescripciones cuya dificultad conocerá cualquiera. Primera, no dispensarse uno solo de los estatutos y reglas especiales de su Orden. Segunda, no rebajar sus penitencias ni disminuir las prácticas piadosas de costumbre. Tercera, acudir adonde la necesidad lo llamase, sin perder un momento. Cuarta, no perdonar fatiga ni concederse descanso en la conversion al catolicismo, de los indios.

Así es que Fr. Jordan trabajaba en su ministerio desde el principio al fin del dia, continuando despues sus fatigas durante una gran parte de la noche. El pensamiento que dirigia todas sus operaciones era el de salvar de su eterna ruina á los infieles. Para lograr su intento todo la sacrificaba, desapareciendo el cansancio y las enfermedades, los peligros y el temor mismo de la muerte. Cuando la necesidad lo exigia, marchaba de un punto á otro sin reparar en que lloviese ó no, en que alumbrase el dia ó fuese tenebrosa la noche, sin medir las jornadas, sin servirse de cabalgadura, sin proveerse siquiera de alimentos. Vez hubo en que pasó el dia caminando sin gustar otra cosa que cinco almendras de cacao y un poco de agua; ni fué raro que sobrecogiéndole la noche en los caminos, la pasase tranquilo, orando

al borde de un barranco, escuchando sin conmoverse el rugido de las fieras y el silbo temeroso de las víboras.

6.—La mayor dificultad que pulsaba para dar cima á su empresa, era la codicia de algunos españoles que á toda costa buscaban oro. El religioso, atrevidamente se metia entre los infieles, les hablaba sobre sus intereses religiosos, se esforzaba en persuadirles la falsedad de sus divinidades groseras é impotentes, y la excelsa grandeza del Dios único de los cristianos; y cuando de mil y una penalidades, soportadas con perfecta resignacion para conseguir el propósito, obtenia que le entregasen sus ídolos de piedra ó de metal, tenia que emprender nueva lucha con sus compatriotas que seguian sus pasos y le tendian asechanzas espiando la oportunidad de apoderarse y reducir á moneda corriente aquellos mismos idolillos: de este modo los indios se persuadian que no el deseo de salvar sus almas, sino la sórdida avaricia era el móvil de los operarios de la Iglesia. Además, que la inhumanidad y trato cruel de algunos de aquellos déspotas dominadores, hacian desconfiar á los indios de los sacerdotes, que confundian á unos y otros blancos en una execracion comun.

A pesar de todo, y venciendo toda clase de obstáculos, inclusas groseras calumnias que algun mulato esparció contra su honor y de que su mismo autor tuvo al fin que retractarse obligado por el clamor de su conciencia, Fr. Jordan docilitó á los indios, los congregó en pueblos, les enseñó algunas artes, los doctrinó en la fé de Jesucristo, y cuando entendió que dejaba firmes en las creencias católicas á los zapotecas serranos y á los netzichus, prestó sus auxilios tambien á los mijes y á los chontales. En el espacio de dos años redujo al cristianismo á una gran parte de aquellos indios. En medio de sus fatigas incesantes, no aflojaba sin embargo sus penitencias, ántes bien, las aumentaba cada vez, tratando á su cuerpo con una dureza inaudita. De dia,

como se ha dicho, cruzaba los caminos en todas direcciones, sin sombrero ni abrigo, sin cuidarse de las lluvias ni de los ardientes rayos del sol, y por la noche, su descanso era la disciplina. Sus mortificaciones contínuas minaron su salud y lo redujeron á tal debilidad, que se vió expuesto á perder la existencia; no pudiendo sostenerse en pié á la orilla de horribles precipicios, cayó en ellos más de tres veces, atribuyéndose á milagro evidente que hubiera salido sin lesion.

7.—Fr. Jordan consagró sus afanes á los zapotecas, porque poseia con perfeccion su idioma; más difícil era la empresa de convertir á los mijes, por lo que, como más jóven, se hizo cargo de ella un digno compañero, Fr. Pedro Guerrero. Este religioso tomó con tanto calor el cuidado de estos indios, que á los seis meses de haber llegado á Villa-alta sabia con perfeccion el idioma de los mijes y estaba instruido en sus costumbres más íntimas. Fr. Pedro reprodujo entre estos indios lo que Jordan habia practicado con los zapotecas. Desde el primer dia lo vieron llegar á sus pueblos sin aparato alguno de armas, sin apoyo alguno en los conquistadores, saltando como los gamos sobre los riscos, mal cubierto con el hábito y débilmente sostenido por un bejuco. Los mijes eran valientes, y hasta entónces habian permanecido con pecho indómito ante las alabardas españolas; mas por no sé qué ley de la naturaleza, la debilidad triunfa casi siempre de la fuerza: aquellos indios varoniles, que habian destrozado ejércitos, mansos y dóciles abrieron sus puertas al fraile dominicano.

Cuando le vieron llegar, se agruparon en torno suyo, lo contemplaron en silencio y se maravillaron oyendo que les hablaba en su idioma, y que como si fuese con el dedo les tocaba las llagas del corazon. Observaron por algun tiempo las costumbres del fraile y las encontraron raras en extremo. Aquel hombre no pedia cosa alguna, ni buscaba oro como los otros españoles: comia parcamente las tortillas

que álguien le ofrecia: pasaba la noche murmurando conversaciones con séres invisibles, y cantando canciones en lenguaje extranjero y durmiendo muy pocas horas en el suelo desnudo y en el campo abierto: frecuentemente buscaba la conversacion con los indios mismos, por quienes parecia tener especial predileccion: no los perseguia como el resto de los blancos, ántes bien, procuraba servirlos, especialmente si los aquejaba alguna enfermedad. Lo más singular era, que miéntras le animaban tan benéficos afectos para con los indios, consigo mismo se conducia de un modo cruel, valiéndose de varios instrumentos para ensangrentar su propio cuerpo.

La doctrina que predicaba era una filosofía nueva, inaudita para ellos, pero irresistible, pues parecia fundada en la naturaleza de las cosas, encontrando siempre eco en los sentimientos del corazon. El resultado de todo fué el que debia preverse. Al principio, andaban los indios confusos, concertando en el interior de su alma la doctrina que les predicaban, y un poco despues, como alumbrados súbitamente por un rayo de luz del cielo, en masa fueron al sacerdote pidiendo las aguas del bautismo.

8.—Las obras grandes no se realizan sin graves dificultades: era, pues, necesario que Fr. Pedro sufriera en la prosecucion de su empresa sérias resistencias; y si bien es cierto que por entónces los mijes se rendian á la voz del pastor, los españoles por una parte y los zapotecas por otra, fraguaron contra él tales imposturas, que por poco no le hacen retroceder en su camino. El motivo fué su ardiente celo, que no quedando satisfecho con la conversion de los mijes, quiso además prestar algun socorro á su colega Fr. Jordan, aprendiendo con él en poco tiempo el idioma zapoteca y consagrando parte de su tiempo al bien espiritual de estos indios. Por el año de 1559, en que por ausencia de Fr. Jordan á México, habia quedado de vicario de am-

bos idiomas, supo que D. Alonso, cacique de Comaltepec, y su hijo, apostatando de la fé católica, tributaban adoraciones á los ídolos. Con esta noticia emprendió la marcha, deseoso de reducir á la oveja descarriada. Llegó á Comaltepec, se avistó con el cacique relapso, le habló con entereza, le obligó á confesar sus delitos, recibió de sus manos los ídolos que tenia ocultos debajo del altar católico, lo acompañó á una cueva retirada en donde halló cuatro marmitas de barro llenas de idolillos, derribó el sacrificadero erigido en aquel lugar, despedazó los frágiles ídolos, holló las plumas, el oro y las joyas que los adornaban, y en presencia del pueblo, con manifiesto peligro de su vida, aprehendió al cacique culpable y lo condujo solo á la Villa-alta.

Luego se dirigió á Choapan, por la noticia que le dieron de nuevas apostasías verificadas allí, en busca del gran sacerdote Coquitela; mas no tuvo la fortuna de encontrarlo por haber muerto meses ántes. Dávila [1] refiere las ceremonias de su inhumacion. Préviamente adornado con joyas, medallas de oro, escogidas y curiosas mantas y otras preseas, conducido el cadáver en hombros de los *vinajas* ó concolegas de los sacrificios, habia sido depositado en un sepulcro abierto en una montaña, siendo con él sepultados vivos otros muchos indios é indias que deberian asistirle en los campos elíseos.

Iguales apostasías habia en el pueblo de Tabá, á donde se encaminó luego el celoso apóstol. Encontró allí un adoratorio, é inquiriendo el nombre de los culpables, le fué revelado el de siete personajes principales del pueblo. Los llamó á su presencia, les habló con su acostumbrada energía, y los persuadió que entregasen los ídolos. Así lo prometieron; mas apénas se retiraron á su casa, se arrepintieron. Uno de ellos, el más antiguo, habló á los otros en estos términos: "Sabeis que nuestros dioses, á quienes he-

1 Dávila, lib. 2, cap. 87 de su historia.

mos servido con la sangre de nuestras venas y con los sacrificios de que son mudos testigos los montes, en sus palacios del otro mundo nos tienen preparado el descanso; y que para gozarle luego, y salir del dominio de estos poderosos extranjeros y librarnos de la persecucion de sus sacerdotes que nos quitan nuestras divinidades, queriendo que solo á su Dios adoremos, desamparando á los nuestros, que durante tanto tiempo nos han dado aguas é hijos, es el mejor medio morir. Nos esperan fiestas y regocijos: si teneis valor, seguidme á la muerte; si no quereis seguir mis pasos, esperadme, que intercederé con los dioses y vendré por vosotros." Se despidió de todos, tomó un lazo, se internó en el monte, y atado á las ramas de un árbol, se extranguló.

Cuando el corregidor y encomendero del pueblo, Gonzalo de Alcántara, tuvo conocimiento del hecho, mandó congregar al pueblo, y haciendo traer el cadáver del suicida, lo arrojó á las llamas. La sensacion que tal mandato produjo en los indios fué indescriptible. Cuando el cadáver comenzó á carbonizarse, devorado por las llamas, entre la masa de los espectadores agrupados en torno de la hoguera se oyó un sordo rumor semejante al que precede la tempestad: de repente, el espanto del pueblo estalló como un trueno formado por los aullidos y las voces confusas. La multitud se revolvió en desórden y corrió en tropel al templo en que se habia refugiado Fr. Pedro Guerrero. No era la ira sino el desengaño lo que conmovia tan enérgicamente á los indios, quienes arrastrándose por el suelo é inundados en lágrimas, pedian al monje misericordia y perdon. Estaban persuadidos que los dioses defenderian el cadáver del sacerdote suicida; mas al ver su esperanza fallida, los mismos cómplices del idólatra se apresuraron á señalar la cueva que les servia de templo y á entregar las estatuas de sus principales deidades.

Todos los pueblos de Cajones siguieron el ejemplo: se

recogieron de los templos y de las habitaciones privadas, ídolos de todas materias, de todos tamaños y figuras, y juntos con los instrumentos del culto se pusieron á los piés de Fr. Pedro. Aquel dia fué funesto para los ídolos: se les juzgó en solemne auto de fé, y todos, sin excepcion, fueron condenados á perecer. No hubo clemencia para ellos, pues Guerrero redujo á polvo así los que estaban formados de vil barro como los más preciosos y ricos.

9.—Entre otras cosas le presentaron una salvilla ó plato de piedra finísima verde con rayos rojos como la sangre, todo tan bien bruñido y lustroso cual si acabase de salir de las manos del mejor lapidario: estaba destinado al servicio del ídolo de más nombradía, y en él se depositaba la sangre de los penitentes. Fr. Pedro admiró la hermosura del plato; mas no lo perdonó: lo redujo á polvo menudo, que dispersó despues, arrojándolo al viento. Como hizo lo mismo con otras varias joyas de valor y el oro que se recogia lo aplicaba al adorno de los templos católicos, los españoles disgustados murmuraban, diciendo que aquel fraile usurpaba los quintos del rey, quitaba la comida á los conquistadores y encomenderos, quemaba á los indios y los ahuyentaba á los montes, desolando la tierra.

Tuvieron ocasion los más exasperados para desarrollar su malignidad en el castigo que el religioso impuso á otro indio. Supo que estando ya éste bautizado habia recaido en sus antiguas idolatrías y para escarmiento le mandó dar doce azotes. El castigo era leve bajo todos aspectos; sin embargo, el indio pareció desfallecer por la fuerza del dolor, y quedar muerto á los pocos momentos. Sus deudos lo amortajaron, abrieron la sepultura y lo trajeron á ella. En el instante de inhumarlo, Fr. Pedro, que sospechaba algun fraude, mandó acercar paja á los piés del cadáver y prenderle fuego: el ardid produjo su efecto, pues el indio se levantó de un salto y desapareció entre la multitud. Aquel

desgraciado se dejaba sepultar vivo con la esperanza de resucitar presto y ser venturoso al lado de sus dioses; mas como el fuego redujera el cuerpo humano á pavesas, presumiendo que nunca volverian á la vida los que sucumbian en las llamas, aquellos idólatras temian extraordinariamente la muerte de fuego, siendo así que la desafiaban en cualquiera otra forma, por más horrible que pareciese. Aquel indio, pues, que se hubiera dejado sepultar vivo por gozar de una feliz inmortalidad, no quiso perder su esperanza devorado por las llamas.

Pero ¿quién creyera que tan sencillo acontecimiento fuese la más séria causa con que acriminaron al padre Guerrero los encomenderos y los indios mismos? Dieron conocimiento al obispo y al provincial de la Orden; se denunciaron á la Audiencia y al virey los abusos del fraile; se libraron por las autoridades órdenes estrechas; se practicaron exquisitas pesquisas: el resultado fué, que constara con la claridad de la luz meridiana la inocencia del religioso. No quedó sin embargo justificado sino despues de sufrir numerosos y graves disgustos, que sujetaron á fuerte prueba su paciencia y la de Fr. Jordan, á quien por 1561 obligaron á pedir temporalmente su separacion de la Villa-alta.



CAPITULO XVI

TRABAJOS APOSTOLICOS DE LOS DOMINICOS.

1. El P. Guerrero entra en la Chinantla.—2. Predica el Evangelio en Petlalcingo.—3. Informacion sobre la conducta de los dominicos.—4. D Pedro de Piedra.—5. Fr. Diego de Carranza.—6. Su muerte.—7. Fr. Pedro de Feria.—8. Los chontales son de nuevo reducidos.—9. Auto de fe en Teitipac.

1.—Léjos de moderar su actividad por las multiplicadas adversidades que le habian perseguido, el P. Guerrero, luego que se vió superior de la casa de Villa-alta, pensó en dilatar el campo de su predicacion, comprendiendo en ella á los chinantecas juntamente con los zapotecas y mijes, para lo que contaba con nuevos auxiliares que le fueron remitidos de Oaxaca. Su energía increible para perseguir ídolos, y el valor con que los despedazaba, á riesgo de sucumbir él mismo á manos de los idólatras, eran ya muy conocidos y su nombre, llevado en alas de la fama, se habia hecho escuchar por todos aquellos pueblos, causando no pocas veces admiracion en el ánimo de los unos y terror en el de los otros. Los chinantecas, que se reconocian culpables, más aún que los zapotecas, al tener noticia de los ataques de Fr. Pedro al antiguo culto, no se dejaron dominar por la sorpresa ni por el miedo, sino por la indignacion y la ira. Formaban un pueblo arisco desparramado en las quiebra

de la montaña. Algunos de ellos habian recibido el cristianismo; pero otros muchos, no bien instruidos en los dogmas, ni del todo persuadidos de la verdad de la religion del Calvario, no pudiendo resistir la lógica de los predicadores, habian cedido un momento, recibiendo el bautismo, sin perjuicio de volver cuando pudiesen á sus viejas supersticiones. Estos últimos, unidos á los muchos otros que aun no estaban bautizados, fueron los que se ensañaron contra el animoso fraile. Dieron en sus pueblos la voz de alarma, y consultando entre sí el modo de librarse de aquel extranjero importuno, concertaron darle la muerte si se atrevia á dirigirse á ellos.

No fué necesario más que la noticia de tal preparacion de ánimo llegase á oidos de Fr. Pedro, para que empuñando la caña que le servia de báculo, llevase sus pasos á la provincia de Chinantla. Al llegar al primer pueblo, encontró á los indios alterados y dando muestras de algun criminal intento en la actitud reservada que habian tomado. El fraile se dirigió al templo á descansar. Una india se le acercó para avisar el peligro. "En la garganta, le dijo, de la montaña vecina, te esperan muchos determinados á darte la muerte: tienen ya el aviso de que has llegado y no dejarán de sacrificarte á su odio: vuélvete, no pases adelante, si no quieres perecer." Aquel aviso fué nuevo aliento que recibió Fr. Pedro para continuar su marcha, pues nada deseaba tanto como la gloria del martirio. Empuñó, pues, de nuevo su caña, y atravesando las calles desiertas del pueblecillo, se internó en la espesura de la montaña.

No muy léjos estaban, en efecto, escondidos los malhechores, armados con piedras, palos y espadas, resueltos á perpetrar el premeditado crímen. Desde su escondite, vieron que á lo léjos se acercaba el valiente sacerdote, apoyándose en su báculo y subiendo con dificultad las peñas del camino. El monje habia dado á su semblante una expresion de dulzura y de humildad inefable, miéntras con los

labios murmuraba fervorosamente las oraciones del rosaric que llevaba en la mano. Su hora suprema habia llegadc pues era el momento en que pasaba por la temible gar ganta; pero.... los hombres de génio con su sola presen cia imponen miedo á una revuelta muchedumbre. Tal ve aquellos fieros indios, acostumbrados á lidiar en sus bata llas con la obstinada resistencia de fuertes enemigos, heri dos súbitamente por el aspecto de mansedumbre del fraile no atreviéndose á despedazar cobardemente al que se le presentaba indefenso y humilde como un cordero, repri miendo su coraje y avergonzándose de sus homicidas de signios, soltaron de repente las armas de la mano. Lo cier to es que todos huyeron, dispersándose entre los árbole del bosque. Fr. Pedro escuchó al pasar el ruido que haciar al huir sus enemigos; mas sin perturbarse, continuó su ca mino.

2.—Al pueblo de Petlalcingo, entónces grande y bien poblado, encontró sin un solo viviente á quien dirigir la palabra: todos sus habitantes habian huido al acercarse el sacerdote. Sin embargo, cuando se dirigia hácia la iglesia, vió que se le acercaba el hijo del cacique. Este jóven, aún de pocos años, dias ántes, cuando oyó que se trataba entre los suyos de dar muerte al religioso, noblemente se opuso, combatiendo con razones la inícua determinacion de que participaba su mismo padre; y cuando vió llegar á Fr. Pedro, léjos de huir como los otros, se llegó á él, le advirtió los peligros que corria, así como el temor del pueblo de ser terriblemente castigado por su apostasía. Como el sacerdote le dijese que era ministro de paz y que solo pretendia el bien de los indios, abrirles las puertas del cielo y jamás causarles daño, el mismo jóven corrió al lugar en que su padre, con los habitantes todos del pueblo, se habian refugiado, indicándoles que estaban asegurados de todo miedo y que tranquilamente podian regresar á sus casas.

Así, Fr. Pedro tuvo ya modo de dirigirles la palabra. Hi-
o presente á los indios los bienes que les habia hecho sa-
ándolos de las breñas, reduciéndolos á pueblos, enseñán-
olos á andar vestidos y sobre todo á amarse como herma-
ios, cuando ántes, encendidos en odios mútuos, se despe-
lazaban y destruian en contínuas guerras. Agregó que la re-
igion que les predicaba era inofensiva, que no les arrancaba
l corazon ni derramaba sobre las aras la sangre de sus venas,
omo exigian sus antiguos impíos dioses. "¿Por cuál de to-
los estos bienes me habeis aborrecido?" les preguntó. Los
ndios contestaron que sus *vejanas* les habian aconsejado que
se escondiesen del bautismo y adoptasen la poligamia co-
no ántes, repudiando á la única esposa que les permitia el
catolicismo y disfrutando de su antigua libertad pagana. Fr.
Pedro rebatió los errores que contenian estos conceptos,
persuadió á los indios que volvieran al catolicismo, recogió
los ídolos, los despedazó, y cuando no tenia ya que hacer,
dió á Villa-alta la vuelta por los mijes, entre los que des-
cubrió y destruyó nuevos ídolos.

Tal vez alguno dude que sean exactos estos hechos. Así lo refieren los historiadores contemporáneos y aún algunos constan en los archivos de los pueblos. Además, existen y están allí, en sus lugares, los pueblos chinantecas, zapotecas y mijes que fueron convertidos. Primero fueron idólatras y sus formas sociales eran apénas rudimentarias; despues fueron católicos y se agruparon en numerosos pueblos; el cambio no se debió á la fuerza: preciso es, pues, convenir en que fuese el resultado de la persuasion y de las fatigas de estos sacerdotes, beneméritos de la civilizacion y de la fé. Que los indios hubiesen opuesto alguna resistencia era natural; que no la hubiesen opuesto mayor, como lo hicieron otras naciones y como era de presumirse, atendida la pureza de la religion católica, las costumbres libres de los indios y su apego á los tradicionales usos y al antiguo culto, es cosa que los honra dejándolos ver más flexibles de carácter

de lo que se cree y más dóciles á la razon que el resto de los pueblos de la tierra.

3.—A pesar de a evidente abnegacion de los religiosos dominicos y de los sacrificios que hacian en favor de los indios, no les faltaban enemigos. Eran éstos, como ya se ha dicho, ciertos españoles sin ápice de moralidad, que no pudiendo disponer á su antojo de los tesoros y personas de los indios por la resistencia que hallaban en los frailes por deshacerse de ellos, primero los acusaron ante el obispo y la Audiencia de México; y siendo ineficaces estos medios, se dirigieron al Consejo de Indias y al rey de España, procurando desacreditarlos é infamarlos. Para vindicarse, Fr. Domingo de la Anunciacion, vicario provincial entónces, presentó al presidente y oidores de México un memorial, pidiendo se hiciese una informacion acerca de la conducta de sus súbditos en Oaxaca. El 9 de Noviembre de 1564 la Audiencia mandó, por auto, que las justicias de Antequera, San Ildefonso Villa-alta y cualesquiera otras á quienes correspondiese, recibiesen la informacion pedida examinando los testigos, segun el tenor de un prolijo interrogatorio de treinta y seis preguntas que se les remitieron por escrito. Dos traslados de esta diligencia se conservaban en el archivo de Santo Domingo; ahora deben estar perdidos desde la exclaustracion de los frailes.

Se hacia constar en esta informacion, que los dominicos en todos los domingos del año, reunian en los patios de los templos gran cantidad de negros para instruirlos, moralizarlos y socorrer sus necesidades, sin retribucion alguna (preg. 6); que con inmenso trabajo habian aprendido los idiomas de los indios (p. 11), los habian buscado en sus pueblos, recorriendo á pié los caminos, sin pedir otra recompensa que la comida (ps. 8 y 9), predicándoles el Evangelio, convirtiéndolos al catolicismo (p. 11), é inculcándoles juntamente la obediencia á las autoridades constituidas, co-

mo una necesidad religiosa y social, (p. 12); que sin reducirse á los límites de sus obligaciones religiosas, se habian extendido procurando algunos otros bienes á los indios, "enseñándoles á labrar las tierras, criar ganados, seda y grana y otras granjerías con que se sustentasen y pagasen sus tributos (p. 15); procurando que labrasen sus casas, las cubriesen y cercasen, obligándolos á dormir en alto, por las enfermedades que contraian si se arrojaban en el suelo como lo acostumbraban (p. 20); haciéndolos andar vestidos y limpios, señalándoles además un régimen alimenticio sano, para precaverlos de toda dolencia (p. 21); curando á los enfermos, recogiendo á los huérfanos, impartiendo proteccion á las viudas y ejercitando todas las obras de misericordia con amor y desinteres (p. 19); fundando escuelas en sus monasterios para los niños (p. 29); enseñando á los más crecidos oficios mecánicos, como de canteros, albañiles, carpinteros, sastres y otros (p. 22); levantando mesones y hospederías para que los viajeros tuviesen pronta comida y cabalgaduras (p. 23); componiendo poesías y cantares para hacer olvidar los de su gentilidad (p. 25), y esmerándose en las atenciones y cuidados que prodigaban á los caciques y sus hijos (p. 26); que los mijes y chontales se habian mantenido sin bautismo ni comercio con los cristianos, sin que nadie los hubiese podido domar, hasta que ellos los doctrinaron en la fé (p. 18); sacándolos de las "sierras, montes y barrancas á donde vivian apartados unos de otros como salvajes, en vicios, borracheras é idolatrías, y reduciéndolos á pueblos y repúblicas con policía humana" (p. 28); lo cual todo los habia hecho tan aceptos á los indios, que los vireyes y la Audiencia se servian de ellos para pacificar á los que se alzaban y mantener en quietud á los demás (p. 14).

En la pregunta 31 se hacia constar: "que los indios tenian por costumbre acudir á los religiosos á contarles sus miserias y trabajos, y los agravios que les hacian los enco-

menderos y otras personas, y á consolarse con ellos, y para que los amparasen y defendiesen; y como los religiosos eran informados, y lo entendian y sabian, y veian los malos tratamientos que sus encomenderos y otras personas les hacian: y se lo reprendian cristianamente, y les rogaban por bien, que no los maltratassen ni agraviassen: y quando esto no aprovechaba, daban noticia de ello á la Real Audiencia, y á las justicias más cercanas para que lo remediasen. Y era causa bastante entre ellos para aborrecer á los religiosos: y así estaban odiosos y malquistos: y procuraban los encomenderos de hecharlos de sus pueblos, levantándoles muchas infamias y afrentas: y procuraban testigos con que lo probar, criados y allegados suyos, y personas de mal vivir y de poca fee y credito y calidad, y apassionadas contra los religiosos, por las causas que están dichas."

En la pregunta 32 se informaban los jueces "como tambien estaban mal con los religiosos, les que andaban tratando y hechos vagamundos por los pueblos y entre los indios: tomándoles por fuerza y en su casa las tortillas, frutos y aves para comer y para se lo llevar, y las mantas y lo que tienen, quebrandoles las puertas y aun las cabezas, y los árboles frutales: y forzandole sus mujeres é hijas: y hacianles llevar por fuerza y sin paga sus cargas, y lo que les hurtaban y robaban. Y por que los religiosos procuraban de los defender de lo dicho, y de otras muchas fuerzas y agravios: y daban de ello cuenta á la Audiencia real y á las justicias cercanas, para que lo remediasen, estaban mal con ellos, y odiosos y aborrecidos con todos estos."

En la pregunta 34 se hacia constar, "como los españoles y otras gentes, especialmente encomenderos, y los que andaban tratando, y vagamundos y viciosos entre los indios, decian, que si los Religiosos quisieran, y los dexaran vivir, y no los persiguiessen, y no les fuessen á la mano: que estarian muy bien quistos, y estimados, y honrados de todos ellos."

En la 25 se afirmaba, que si los religiosos no eran aceptos á los españoles, sí lo eran á los indios, quienes los deseaban, porque no les eran molestos ni gravosos; y que si alguna vez decian los indios lo contrario, era por la violencia que les hacian los encomenderos y otras personas por intereses particulares, que no conseguirian sin expeler primero á los frailes que con todas sus fuerzas los defendian, como era público y notorio, segun se demostraba en la pregunta 36.

Tal vez fué la práctica de esta diligencia el motivo de una Cédula de Felipe II que trae Remesal, [1] prohibiendo á las justicias hacer informaciones sobre los regulares (el 5 de Junio de 1565) y de que poco despues Pio VI en su bula *Decet Rom. Pont.* prohibiese á los jueces seglares hacer libelos ó procesos contra los religiosos de Indias. [2]

4.—No por estas persecuciones desmayaban los dominicos, ántes bien, miéntras por un lado se defendian con entereza de las imputaciones injuriosas de los encomenderos, por otros lugares hacian entre los indios entradas útiles aunque llenas de peligros. Se ha dicho ya que por inspiracion del Sr. Obispo Zárate, los vireyes habian fundado la Villa de Santiago de Nejapan, compuesta de treinta familias españolas. El sitio era malsano: además, los vecinos vivian en contínuo sobresalto por la cercanía de los mijes y de los chontales, que los obligaban á estar siempre con las armas en la mano. Quisieron por esto repetidas veces desamparar el lugar; mas la autoridad los contuvo, pues comprendia cuán importante era sostener allí un presidio militar que tuviese á raya á aquellos indios indómitos.

A los chontales habia conquistado Maldonado "el Ancho," por la superioridad de sus armas, aunque no tan completa-

1 Remesal, lib. 10, cap. 13, núm. 3.
2 Levanto. MS. fols. 59 y sigts.

mente que no hubiesen vuelto á su primitiva libertad, luego que las fuerzas extranjeras salieron de sus terrenos. En Nejapan pagaban el tributo que se les habia señalado; pero cada dia se manisfestaban más remisos en el cumplimiento de esta obligacion; las autoridades de la villa nombraron juez á un vecino de alma dura, llamado Pedro de Piedra, facultándolo para que entrase en sus terrenos cobrándoles lo que adeudaban. Los chontales no sufrieron la aspereza de este desgraciado español: tan pronto como se desmandó, lastimándolos con la primera injuria, se apoderaron de él, lo hicieron cuartos y se lo comieron, celebrando un festin para el que convidaron á las rancherías inmediatas. La misma suerte hubieran sufrido los compañeros de Piedra, si no se ponen en salvo á toda prisa.

Este acontecimiento impuso miedo á los vecinos de Nejapan y á los de la ciudad, cuyas autoridades resolvieron irse con tiento y no emprender reconquistar á estos indios por la fuerza, por temor de estrellarse, ya en su condicion indomable, ya en la fragosidad del terreno que poseian por sí solo defendido. Con prudencia, pues, se les redujo á la promesa de pagar por sí mismos el tributo castigando apénas á los autores de aquel crímen. Y en efecto, cada año, fieles á su palabra, llegaban á Nejapan en tropa, imponiendo siempre miedo á los españoles la presencia de aquellos hombres membrudos, tostados al sol, casi desnudos, con alguna piel de tigre atada á la cintura, el cabello largo, pendientes del hombro el carcax y el arco. Recibia el alcalde los tributos que ofrecian y los despedia con agasajo, volviendo ellos luego á sus leoneras, á donde no se atrevia á llegar ningun ministro seglar ni eclesiástico.

Cuando el virey encomendó á los dominicos la doctrina de Nejapan, tuvieron valor algunos frailes para acercarse á los chontales; mas siempre fueron recibidos con desagrado. Bajo una enramada, que servia de iglesia, prevenian al sacerdote tortillas, y en un tiesto habichuelas condimentadas

á medias para que comiese; mas ningun indio comparecia. Cuando el monje los hacia buscar, si por suerte se encontraba alguno en sus barrancas, contestaba éste al llamamiento: "Decid al sacerdote, que coma y que se vuelva: por hoy no tenemos necesidad de su misa." De esta manera perseveraron muchos años, hasta que se determinó á permanecer con ellos Fr. Diego de Carranza.

5.—Era este un jóven español que habia llegado á México en busca de caudal, pero que cambiando de parecer, renunció á sus esperanzas de fortuna, tomó el hábito dominicano y se hizo notable en Oaxaca por la propiedad y correccion con que hablaba el idioma zapoteca. Hallándose en Nejapan, observó el temor que inspiraban los chontales y el consiguiente retraimiento de los frailes, que no osaban pernoctar entre aquellos indios. La dificultad misma de predicarles el Evangelio, que oian con tanta repugnancia, fué un estímulo para el animoso fraile. Obtuvo licencia de los superiores para acometer la peligrosa empresa, y empuñando el báculo, única ayuda que se permitian los regulares en ese tiempo, se dirigió sin acompañamiento á los temidos indios.

Al llegar á sus guaridas, por señas y hablando en mexicano hizo entender su determinacion de quedarse con ellos para enseñarles el camino del cielo. No quisieran los indios tanto amor, ántes bien, para manifestarle su desagrado, lo desampararon de comun acuerdo, internándose en sus montañas, sin dejarse ver en muchos dias. Raíces y hierbas crudas fueron entónces el único alimento del fraile, que no por eso desmayó en su propósito. Acaso, se le aparecia de tarde en tarde algun compadecido que le ofrecia tortillas y pimientos: se regalaba entónces Fr. Diego con aquellos manjares groseros que le parecian exquisitos, y aprovechaba la oportunidad para recoger algunas palabras del idioma chontal, que procuraba grabar firmemente

en la memoria. Penosa era su situacion, y parece increible que hubiera podido sostenerse en ella, sin quebrantar su tenaz resolucion, durante los seis ó siete meses que tardó en adquirir, aunque imperfectamente, el lenguaje de los indios. Pero ¡cuánto puede la constancia de un ánimo invencible!

Luego que pudo comunicarse con los ariscos indios, vislumbró algunas esperanzas de buenos resultados en su empresa. El carácter apacible y las dulces palabras del sacerdote, ablandaron insensiblemente aquellos fieros pechos: su resignacion en las hambres, su callado sufrimiento en las crueles miserias que padeció, pues nunca pidió cosa alguna, los convenció que no era el interes el móvil de sus pasos: la solicitud generosa con que los curaba en sus enfermedades obligó la gratitud de los indios, que ménos esquivos, comenzaron á frecuentar su compañía. Pudo entónces Carranza completar sus conocimientos en el idioma, y á su vez los indios, con el trato, le cobraron una confianza sin medida, concurriendo muchos á su presencia cada dia para consultarle sus dudas y escuchar sus consejos: al fin, los chontales amaron al religioso como se ama á un padre.

El sacerdote aprovechó discretamente la influencia que llegó á ejercer sobre ellos y el conocimiento del idioma adquirido á costa de tanto sacrificio. Los sacó de sus cuevas: los indujo á prestarse mútuos auxilios, explicándoles cuánto es útil el dulce lazo de la amistad con que unos á otros deberian vivir estrechamente unidos, pues ántes cada cual moraba en su barranca con sus hijos, sin relacionarse sino muy escasamente con los demás vivientes: con las lecciones de caridad cristiana que les repetia, ensanchó el círculo reducido de la sociedad de la familia; y haciéndoles comprender las ventajas de la sociedad civil, formó pueblos, levantó iglesias y chozas, todo de humilde paja: indicó á los indios cómo habian de vestirse para cubrir la honestidad: bautizó á la mayor parte, les enseñó los rudimentos de la fé, y aun

escribió en su idioma instrucciones religiosas, sermones y devocionarios, que no les fueron poco útiles.

6.—Como por todas partes se conocia la índole indomable de aquellos fieros indios, cuando llegó á saberse su conversion al Evangelio, todos se admiraron, reputando aquella obra por milagro. Milagro fué en efecto de paciencia, de laboriosidad y de sufrimiento; milagro que costó á su autor nada ménos que la existencia. Las hambres frecuentes, los alimentos sin preparacion alguna, las noches á la intemperie y sin abrigo, las marchas contínuas á pié por los montes en busca de los indios y las incesantes fatigas en el ejercicio de su ministerio durante doce años no interrumpidos, le causaron una cruel enfermedad que ningun remedio pudo curar. Murió en Tequisistlan, víctima de su celo apostólico, mas con el consuelo de no haber regado estérilmente su sudor.

El cariño que los indios consagraron á su ministro fué proporcionado al pesar que manifestaron en su separacion. Desampararon sus pueblos, se retiraron á sus cuevas y no quisieron prestarse dóciles á los nuevos sacerdotes que señalaron los superiores regulares. Domingo de Grijelmo, que fué el inmediato sucesor de Carranza, hizo algunos esfuerzos para reducirlos de nuevo, sin conseguirlo completamente. Duró poco en este ministerio, así como Fr. Diego Serrano. El que verdaderamente siguió los pasos del apóstol de los chontales, fué Fr. Mateo Daroca, de quien hablaremos despues.

7.—Lo que Fr. Diego conseguia entre los chontales, lograba tambien en Teitipac, aunque á ménos costa, Fr. Pedro de Feria. Es probable que ántes hubiese sido predicado el Evangelio en este pueblo, pero solo pasajeramente fué el último religioso quien se detuvo muchos años inculcando allí la fé católica. En aquella época, por una

disposicion particular de la Providencia, no fueron escasos esos hombres generosos, que consagrados por completo á la realizacion de un designio elevado, todo lo sacrificaban en beneficio del género humano. Las utopías modernas solo han logrado hacer de cada hombre un egoista. El sentimiento religioso que animaba á los regulares hace trescientos años era más noble: movidos por él, aquellos hombres abandonaban á sus padres, olvidaban su patria, arrostraban trabajos y peligros, no por el oro ni por los placeres, sino por civilizar á un mundo: tal fué Fr. Pedro Feria.

Era natural de un lugar de su nombre en Estremadura. Sus padres fueron nobles, y en consecuencia, la primera educacion de Pedro fué esmerada. Desde sus primeros pasos en la vida, cultivó la piedad, distinguiéndose por ella de sus hermanos, tanto como se hizo notable poco despues por sus talentos en la Universidad de Salamanca, en que cursó las aulas. Su excelente entendimiento descubrió prematuramente los riesgos del mundo; por lo que, niño aún, pidió el hábito religioso de San Estéban, de la misma ciudad de Salamanca, en que desde luego se consagró al cultivo de las virtudes que podian hacerlo un monje perfecto, así como al estudio de las letras sagradas, especialmente de la Santa Escritura y de la Suma del angélico maestro. Ya sacerdote, se distinguió en el púlpito por la energía de su espíritu y la eficacia convincente de sus razonamientos.

A los veintiseis años de edad, y en 1550, fué nombrado vicario de la misma casa de San Estéban, como el más apto para hacer los honores de la recepcion al Rmo. General Fr. Vicente Justiniani y á tantos otros respetables varones que de todas partes concurrian al capítulo general de la Orden. Cumplió satisfactoriamente su encargo, pero fué á costa de su propia quietud, pues la estimacion que conquistó y el crédito que adquirió fueron tales, que luego los superiores, para utilizar sus prendas, lo destinaron al gobierno y á las prelacías siempre temidas por las personas

justificadas. Para huir los peligros de esos puestos de honor, Fr. Pedro determinó pasar á las Indias, alistándose, con licencia de los prelados, entre los que deberian caminar en un viaje inmediato.

La marcha fué como se acostumbraba en ese tiempo, á pié, con el hábito remendado, la capa raida, el breviario en el cinto y la alforja provista solo con el auxilio de las limosnas. En México permaneció poco tiempo: los superiores lo destinaron á Oaxaca, en donde á su turno fué señalado por morador de Teitipac. Largos años permaneció en este pueblo, constantemente ocupado en doctrinar á los indios, convertirlos á la fé y sostenerlos en su nueva religion. Es admirable que haya querido esconder sus talentos en un pueblo oscuro, y que á tantas fatigas consagrase su vida sin esperar otra recompensa que el cielo. El fruto que recogió fué copioso, sirviéndole mucho el conocimiento perfecto del idioma, que logró poseer, y que hablaba con mucha propiedad en las voces, elegancia de frases y naturalidad en los giros. En 1570 imprimió un librito intitulado: "Gramática castellana y zapoteca," que fué muy útil á los ministros que le sucedieron.

8.—Entre éstos se hizo notable Fr. Domingo de Grijelmo, de quien conviene dar alguna noticia. Era español, y habia profesado en el convento de Santa Cruz de Segovia. Cuando aún permanecia en la península tenia tal deseo de predicar á los indios, que acusaba su propia tardanza, lamentando que otros le hubiesen prevenido en tan laudable como penosa tarea. Enérgico de carácter, acometia con valor y proseguia con perseverancia la ejecucion de sus difíciles determinaciones: consigo mismo era severo con exceso. En Oaxaca aprendió el idioma zapoteca, que hablaba casi con tanta correccion como Fr. Pedro Feria. Predicó frecuentemente dejando ver en sus sermones su celo ardiente por la pureza de la fé y su profundo conocimiento de las cos-

tumbres del país. Tanta era su compasion por las miserias que padecian los pobres zapotecas, que partia con ellos la porcion que para sus alimentos le señalaba el convento: tanto pesar recibia por los agravios que les inferian los conquistadores, que al conocerlos derramaba lágrimas.

En medio de sus fatigas apostólicas, oyó decir que allá entre las asperezas de las incultas montañas de los chontales estaba derramado un pueblo cerril é indómito, que olvidado de las instrucciones de Fr. Diego Carranza, habia vuelto á sus antiguas y bárbaras idolatrías; y sabiendo que hacia falta un sacerdote resuelto que los redujese de nuevo, se ofreció á la difícil tarea. En efecto, acompañado de otro religioso modesto y caritativo, Matías Portocarrero, se dirigió á la Chontalpa, sin otra prevencion que la alforja en que depositar las tortillas que mendigase.

No es fácil decir cuántas fatigas, hambres y peligros soportaron en el cumplimiento de su propósito. No fué el menor trabajo aprender un idioma rudo y salvaje como el que se habla en aquellas montañas. Marchaba Grijelmo á la ventura, entre los bosques poblados de fieras; y cuando encontraba al paso algun indio, trababa conversacion con él, siguiéndole por las quiebras y derrumbaderos, persuadiéndole la importancia de la vida cristiana y social. A veces descubria en la sima de profundas cañadas una cabaña aislada: sin tardanza se encaminaba hácia ella, resuelto á perecer, si era preciso, con tal de señalar á los ariscos indios el camino de la felicidad. De allí partia para otra, levantada acaso sobre un alto y desnudo peñasco, ó para alguna cueva escondida entre inaccesibles gargantas. Endurecidos los chontales en el ejercicio de una vida áspera, todavía encontraban admirable á Fr. Domingo, que como ellos, saltaba sobre los riscos con la ligereza de una cabra, y que á veces, manando sangre por las heridas de las zarzas, los seguia sin embargo, hablándoles del Salvador Jesucristo. Cuando despues de tantas fatigas sentia cansan-

cio y hambre el ardiente misionero, encaramábase en los árboles para cortar sus frutos, y se reclinaba para dormir pocas horas sobre las hojas secas del campo. ¡Cuántos sudores, qué penosos sacrificios costó á los frailes organizar la sociedad oaxaqueña y hacerla marchar como se ve en la actualidad! Al hombre juicioso causa indignacion observar que hay quien pasea por los pueblos miradas estúpidas, sin ocurrírsele siquiera preguntar ¿quién congregó á los indios en poblaciones, quién levantó en medio de ellas suntuosos templos?

9.—Antes de que los chontales fueran reducidos completamente, Fr. Domingo fué arrancado de su seno por la obediencia y destinado á Teitipac. Aquí habia predicado el Evangelio el P. Feria; los indios, sin embargo, no se habian convertido tan sinceramente, que no conservasen muchos en secreto los errores y culto de su antigua gentilidad. Grijelmo tuvo noticia de apostasia tan lamentable, inquirió con diligencia y descubrió que á los idólatras tenian embaucados nueve sacerdotes gentiles, tan ciegos y obstinados en sus errores, tan obscenos en sus costumbres, como hábiles para engañar á los crédulos con narrativas de apariciones y visiones extraordinarias. Fr. Domingo hizo constar con toda exactitud la verdad del hecho, sustanció la causa con las formalidades que el derecho prescribe, hizo aprehender á los nueve impostores, y dejándolos asegurados, se encaminó á Oaxaca para dar conocimiento del caso al Illmo. Alburquerque. El obispo tomó providencia para reducir á los extraviados; mas como éstos, con escándalo público y gran daño de los indios, que á toda prisa se iban alejando del cristianismo, permaneciesen obstinados, con madura consulta se determinó á hacer una demostracion, simulando que se les daria muerte por medio del fuego, para obligarlos con el asombro y el miedo á renunciar á los ídolos.

Se reclamó, pues, el auxilio del brazo secular, se nombró defensor á los culpables, se terminó la causa con sentencia de muerte, se prepararon nueve maderos, en que los delincuentes fueron atados, teniendo á sus piés cada uno leña suficiente para ser abrasado, y en medio de inmenso concurso, se les conminó con una muerte segura y próxima, si no renunciaban á sus errores. ¡Amenazas inútiles! Ni ellas, ni los ruegos de Fr. Domingo, ni las lágrimas y clamores de la multitud pudieron ablandarles. Aquellos fanáticos estaban acaudillados por uno más obstinado aún, que reia y burlaba de los religiosos cuando éstos le hablaban del Salvador, y que sostenia la indocilidad de sus compañeros con razonamientos y promesas halagadoras, asegurándoles que no se atreverian los cristianos á quemarlos y que llegado el caso, los dioses los sacarian ilesos del furor de las llamas, pues así se lo habian asegurado.

Puestos los nueve en el patíbulo, esperaban los indios, que de muy léjos habian concurrido, el éxito de las promesas de aquel impostor. Fr. Domingo subió á una eminencia, desde donde pudiera ser escuchado de todos, y con animacion y tono levantado comenzó un discurso en que manifestaba vivos deseos de que aquellos desgraciados abandonasen sus locas supersticiones, demostrando con toda evidencia la verdad de la religion católica. Ellos permanecieron inmutables. A la mitad del sermon, el sacerdote parecia estar poseido por un espíritu superior: hubo un momento en que puso los ojos en alto y con energía singular pronunció aquellas palabras de un salmo *Exurge, Domine, judica causam tuam.* "Levántate ¡oh Dios! y juzga tu causa." En ese instante, por acaso se prendió fuego en la leña de los braseros, ó tal vez, una mano oculta produjo la destructora llama: Burgoa dice que descendió fuego del cielo. Lo cierto es que nadie vió ni supo explicar cómo tuvo principio el incendio; y que cuando todos volvieron el rostro, crecian rápidamente las llamas y amenazaban devo

rar á los reos. El concurso se conmovió: el sacerdote clamó pidiendo á los presentes que extinguiesen el fuego; todos acudieron: fué inútil: el viento, excitado por las llamas, soplaba sobre ellas en remolino, haciéndolas crecer con pujanza increible. Pocos minutos fueron bastantes para que la obra terminase. Cuando las llamas cesaron y el humo se disipó, en medio de un pavoroso silencio se dirigieron todas las miradas á los braseros: el principal dogmatista estaba convertido en pavesas; sus ocho compañeros, á pesar de estar inmediatos al lugar del siniestro, se conservaban con vida y permanecian ilesos.

El culpable habia sido juzgado por la autoridad eclesiástica con todas las formalidades prescritas por el derecho: entregado al brazo secular, y permaneciendo obstinado, fué legítimamente condenado: visto, pues, el caso á la luz de la legislacion de aquella época, la muerte fué justa, y el desgraciado sucumbió como solian morir los apóstatas. Pero no fué esta la intencion de sus jueces: se queria representar una comedia, simulando que se le daba la muerte, para obligarlo por el temor á cambiar de creencias: bajo este aspecto no fué discreta la determinacion de la autoridad. Se creyó despues que la muerte del dogmatista habia sido castigo del cielo; y en efecto, puede haber sido un castigo fulminado providencialmente sobre el delincuente ó sobre los autores del imprudente consejo, pues no impunemente se juega con la vida de un hombre.

El venerable obispo no estuvo presente al acontecimiento: practicó despues severas informaciones; mas no encontró culpable á nadie. El P. Domingo de Grijelmo fué perseguido por las opiniones, que con estrépito se cruzaban entre seglares y eclesiásticos, disputándose si estaba irregular, con tanto calor, que aun á la Universidad de México se dirigió consulta en la materia. La respuesta del claustro fué favorable al misionero. Dios cuidó de justificarlo mejor, pues más adelante, veinte años despues de su muerte, que

aconteció en 1592, con ocasion de renovar el altar mayor del templo en que está sepultado, al exhumar el cadáver, se encontró fresco y exhalando grato olor. [1]

Los ocho culpables que sobrevivieron fueron instruidos y de nuevo convertidos al Evangelio. Por sus declaraciones se pudo encontrar el templo en que adoraban los indios cuatro ídolos de piedra de figura humana, notablemente deformada. Se hallaron tambien navajas de pedernal para las penitencias, sahumadores en abundancia y ofrendas recientes de flores. De un viejo sacristan que cuidaba del culto de estos dioses, no se halló entónces ni despues vestigio: es probable que hubiese escapado á los montes.

1 "El P. Pr G! Fr. Christóval de Chavez de Castellexos, en el lib. 4, cap. 8, de la Poblacion de las indias que dejó manuscrito: hablando del Sto. P. y Apostólico Varon Fr. Domingo Grigelmo, Ministro Excelentísimo zaapoteca, dice que su cuerpo está oy enterrado, y entero en el Convento de Zimatlan de esta Provincia de Guaxaca: y el año de 1620, queriendo bajar el altar mayor el P. Fr. Márcos de Bocarando Predr G! Vicario que era de aquella casa, le sacó de dó estaba enterrado, mas habia de quarenta años: por que fué forzoso hacerlo, por estar en la propia peaña del altar mayor, que se habia de bajar al lado del evangelio: para tornarle á dar sepultura en el propio planicie de el altar Mayor que se hazia de nuevo: Y halló el cuerpo de el Sto. Apostol de esta Zaapoteca, entero, con su habito, manos y rostro como si le acabassen de enterrar: y así lo mostró á otros religiosos que presentes estaban, que fueron testigos de ellos, con otros muchos españoles, officiales de la obra, y indios, y lo tomó por testimonio: y hecho esto, lo tornó á enterrar." (Nota tomada de los Ms. de Fr. Leonardo Levanto, en el folio 2º del Ms. suyo que tengo en mi poder).

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE DEL TOMO PRIMERO

Páginas

Páginas

Página

